

SANTIAGO MORCILLO

Sexo por dinero

*Experiencias e identificaciones de mujeres
que hacen sexo comercial*

.UBAsociales

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

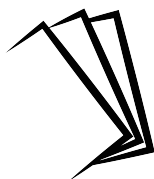
teseo 

SEXO POR DINERO

SEXO POR DINERO

Experiencias e identificaciones
de mujeres que hacen sexo
comercial

Santiago Morcillo



ISBN: 9789878831114

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.

TeseoPress Design (www.teseopress.com)

teseopress.com

Índice

Breve nota previa.....	9
Resumen.....	15
Introducción	25
1. Marco teórico y contexto	33
2. Metodología. Construcción de puentes	137
3. Carreras en el fango. De la experiencia de trasgresión a las reglas del mercado	191
4. Las relaciones dentro y fuera del “ambiente”. El ocultamiento como dislocación	251
5. Los clientes. Comerciar ilusiones de intimidad entre fronteras	341
6. Amor(es) y dinero(s).....	415
7. Lo que hago y lo que soy	489
Conclusiones	543
Bibliografía	557
Anexo	587

Breve nota previa

Antes de publicar este trabajo de tesis doctoral, me preguntaba si es una “tesis vieja” y, si es así, en qué sentidos. Creo que una primera respuesta es que, en realidad, envejeció prematuramente por lo que podríamos llamar una causa externa, pues si en algunos sentidos esta tesis ha “envejecido”, es gracias al avance incontenible de los feminismos. Di por concluido el trabajo de campo entre fines del 2011 y principios de 2012, al año siguiente finalicé la escritura; apenas un año y medio más tarde la explosión feminista se haría evidente con el #niunamenos¹.

Esta expansión de los discursos, cuestionamientos y movilizaciones de los feminismos en la escena pública tuvo diversas repercusiones en el campo del mercado sexual. Sintéticamente, es posible ligar esta expansión feminista tanto a un crecimiento de las organizaciones de trabajadoras sexuales, AMMAR (y para el caso de esta tesis, especialmente AMMAR San Juan), como a una profundización de las formas de criminalización en el mercado sexual, de la mano del crecimiento e institucionalización de la campaña anti-trata. Sobre este último punto varios estudios han abordado tanto la gesta como las repercusiones y diversas facetas de dicha campaña (Daich y Varela, 2014; Martynowskyj, 2020; Morcillo, Martynowskyj y De Stéfano Barbero, 2021; Morcillo y Varela, 2017; Morcillo y Varela, 2021; Varela, 2015; Varela y Martynowskyj, 2021), dando

¹ El 3 de junio de 2015 se produjeron movilizaciones masivas en plazas de toda la Argentina (y en algunos otros países de la región). La convocatoria inicial fue lanzada con el hashtag #niunamenos por un colectivo de periodistas, artistas, escritoras y activistas en reacción a una serie de femicidios. La rápida viralización, que tendrá resonancias con otras como la de #metoo, implicó una expansión internacional en la lucha contra la violencia de género.

cuenta además del crecimiento del campo de los estudios sobre el mercado sexual en Argentina, que habían sido escasos, como documenta esta tesis.

Entre los puntos importantes que se transformaron en los escenarios que analiza esta tesis se encuentra, por un lado, las transformaciones legales que se implementaron con la campaña anti-trata que permitieron la criminalización de vastos sectores del mercado sexual. Es notorio el caso de los cabarets que casi han desaparecido del espacio público. En este sentido, la tesis nos muestra un mercado sexual donde aún los cabarets, si bien comenzaban a ser cuestionados, aun eran una alternativa posible tanto para los varones que buscan sexo pago como para las mujeres que lo venden. Si el cabaret como sitio de venta de sexo y sociabilidad masculina ha declinado, en los últimos años el espacio de internet se fortaleció como arena del mercado sexual y ciertas formas de homosocialidad. Las distancias son importantes, el mercado sexual en internet está más circunscripto a mujeres de clases medias (y especialmente jóvenes) que cuentan con los recursos necesarios para ofrecer comercio sexual *online* saltando las restricciones cada vez más presentes, sobre todo en las redes sociales masivas.

Por otra parte, las transformaciones legales deben contraponerse a otro cambio que resulta relevante para los análisis que propone esta tesis: el intento de reapropiación del significativo “puta”. En algunos discursos feministas, especialmente en aquellos que suscriben la idea de pensar el comercio sexual como un trabajo, y crucialmente en los posicionamientos de las trabajadoras sexuales organizadas en AMMAR hubo en los últimos años una transformación radical en relación al significativo que concentra su estigmatización. El surgimiento de la identificación como “puta” o “puta feminista” deja de estar de lado y se pone a la par de aquella más consolidada como “trabajadora sexual”. Esta nueva identificación supone un potente intento de desmontar una de las herramientas de control patriarcal sobre la sexualidad femenina positivando la identidad de “puta”. A

la vez, “puta feminista” implica una puesta en tensión de las posibilidades de “ser feminista” cuestionando a las posiciones feministas que posicionan a la sexualidad como la principal fuente de opresión de las mujeres y a la prostitución como su expresión más evidente. Si los alcances y repercusiones de la campaña anti trata han sido más investigados, no es el caso de este corrimiento discursivo respecto al estigma de puta. Resta como una incógnita qué transformaciones podría implicar (y aquí deberíamos pensar en la sexualidad femenina en términos más amplios, no solo en las posiciones de las mujeres que se dedican al comercio sexual) y qué alcances podrían tener las mismas, en términos tanto territoriales como de clase.

A su vez, AMMAR ha desarrollado un conjunto de articulaciones trazando alianzas con actores del campo LGLBT, lo que ha significado que deje de ser una organización exclusivamente de mujeres cis, y también dentro de los feminismos, aunque con las limitaciones que impone la polarización del debate feminista sobre la prostitución. Si en esta tesis reflexioné sobre dicha polarización como un obstáculo –tanto epistemológico como político–, la expansión feminista también ha ido de la mano con el recrudecimiento de las posiciones. Esto ha generado la paradoja de un mayor crecimiento y a la vez un constante bloqueo en los posibles avances políticos. Al mismo tiempo que el discurso del “trabajo sexual” y sus articulaciones políticas han ganado terreno y fuerzas en varios sectores, la retórica de la “trata de personas” se ha impuesto como clave de comprensión de las relaciones en el mercado sexual en buena parte del sentido común (especialmente en los grandes medios de comunicación) y el campo abolicionista ha enfocado sus esfuerzos en caracterizar como enemigas a quienes defienden la idea del trabajo sexual y obstaculizar sus avances.

Todo este conjunto de transformaciones, que claramente no puedo tratar exhaustivamente en estas páginas, tiene algunas implicancias para esta tesis que podrían significar reelaboraciones y reescrituras. Por mencionar solo

un punto: hoy problematizaría más el término “proxeneta” -si bien lo utilicé porque surgió de los discursos de las entrevistadas-, pues el propio avance punitivo de la campaña anti-trata hizo evidente que esta denominación era una herramienta del derecho penal más que una forma de pensar el papel de las terceras partes en el comercio sexual. Es evidente que el paso del tiempo ha dejado marcas -como el uso de “las/os”, en un momento donde la escritura inclusiva no era bien vista en tesis doctorales, o de “travestis” que era la denominación más utilizada en el momento-. Sin embargo, apuesto a los efectos productivos del envejecimiento, como una forma de añejamiento. Por ejemplo, el hecho de que buena parte del análisis de esta tesis podría replicarse hoy, especialmente en los contextos más alejados de los grandes centros urbanos y las dinámicas de clase media, donde los feminismos aún pujan por llegar, nos puede servir para abrir una reflexión sobre la no-linealidad de los procesos de transformación abiertos (y adicionalmente, darnos elementos para comprender la pujanza de las reacciones antifeministas). Entiendo, también, que el añejamiento está ligado con el enraizamiento del análisis en el trabajo de campo, y por ello alimentaría cierto potencial para leer transformaciones y permanencias de un momento histórico.

A su vez, me parece importante poder dar más accesibilidad a esta tesis dado que -si bien parte de ella ha sido reelaborada, trabajada y editada en otros artículos- muchos puntos y relaciones quedaron fuera en estas publicaciones. Aquí es posible reconstruir el hilo conductor, fruto de años de trabajo, que articula todo el análisis y que en los artículos no puede desarrollarse con profundidad.

Finalmente, un motivo crucial para publicar esta tesis es que resulta una forma de rescatar el valor de los relatos de las entrevistadas, cuya valentía y empatía merecen un mejor destino que el del archivo.

Santiago Morcillo, diciembre de 2021

Referencias

- Daich, Deborah y Varela, Cecilia. (2014). Entre el combate a la trata y la criminalización del trabajo sexual: las formas de gobierno de la prostitución. *Delito y sociedad*, 23(38), 63-86.
- Martynowskyj, Estefanía. (2020). *La “trata de mujeres con fines de explotación sexual” como problema público: política sexual, moralidades y poder punitivo*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Morcillo, Santiago (dir.); Martynowskyj, Estefanía y De Stéfano Barbero, Matias. (2021). *Sé del beso que se compra. Masculinidades, sexualidades y emociones en las experiencias de varones que pagan por sexo*. Buenos Aires: TeseoPress.
- Morcillo, Santiago y Varela, Cecilia. (2017). “Ninguna Mujer...” El abolicionismo de la prostitución en la Argentina. *Sexualidad, Salud y Sociedad (Rio de Janeiro)*(26), 213-235.
- Morcillo, Santiago y Varela, Cecilia. (2021). ¡Puaj! Las retóricas del asco en el movimiento abolicionista de la prostitución en Argentina. *Estudios Feministas*, 29(1), 1-10.
- Varela, Cecilia. (2015). La campaña anti-trata en la Argentina y la agenda supranacional. En D. Daich y M. Sirimarco (Eds.), *Género y violencia en el mercado del sexo. Política, policía y prostitución*. Buenos Aires: Biblos.
- Varela, Cecilia y Martynowskyj, Estefanía. (2021). De cabaret vip a circuito prostituyente: nuevas fronteras para la visibilidad del comercio sexual. *Zona Franca*, 218-246.

Resumen

Esta tesis describe y analiza las experiencias de mujeres dedicadas al comercio sexual enfocando en las tensiones y negociaciones sobre: las sexualidades, el dinero, el uso del tiempo, los espacios y los vínculos comerciales y socio-afectivos. A partir de estas dimensiones de las experiencias de vender sexo, la tesis busca comprender las identificaciones ambivalentes que se ligan a la prostitución.

El debate feminista sobre prostitución ha conducido a concepciones dicotómicas y polarizadas. En este contexto resulta fructífero reconstruir las posiciones de las propias involucradas desde sus relatos. Para interpretar la diversidad de experiencias y comprender los diferentes sentidos atribuidos a la práctica por las propias mujeres se abordaron distintos escenarios de comercio sexual. El trabajo de campo incluyó tres ciudades con características disímiles –Buenos Aires, Rosario y San Juan– y distintas modalidades (estratos) de comercio sexual. Se realizaron entrevistas semi-estructuradas que fueron complementadas con la observación y datos de fuentes secundarias. Entre enero de 2008 y diciembre de 2011, se construyó una muestra de conveniencia compuesta de 35 entrevistas. A partir de estos relatos se interpretan tanto las construcciones compartidas como la variabilidad de las visiones y los significados que producen y reproducen las protagonistas.

La tesis se divide en siete capítulos. El primero incluye el marco teórico, los conceptos más globales y las principales investigaciones sobre la problemática en Argentina. Además, aquí se analizan las posiciones del debate feminista sobre la prostitución, para luego plantear la concepción de “sexo comercial”. Finalmente, se contextualiza a la prostitución en un marco histórico y legal en Argentina.

El segundo capítulo describe el abordaje metodológico. Se caracterizan la estrategia y las técnicas utilizadas, condiciones de entrada al campo y configuración de la muestra de entrevistas. Esta descripción implica también delinear la posición epistemológica que articula la tesis y problematizar la posición del investigador. Luego, como preludeo del análisis, se describen los principales escenarios (modalidades de sexo comercial) y algunas de las entrevistadas cuyos casos serán retomados antes de las conclusiones.

Las carreras en el mercado sexual son el foco del tercer capítulo. Se analizan relatos sobre los comienzos en el comercio sexual y la articulación compleja entre economías monetarias y morales. Se describen las modalidades de entrada y los desafíos que supone lograr retirarse “a tiempo”. Para ello resulta clave comprender, desde las miradas de las entrevistadas, el funcionamiento de este mercado, cómo valoriza y devalúa capitales, y cómo ellas incorporan (o no) las complejas reglas de un mercado ilegítimo y cuasi-ilegal.

El capítulo cuarto aborda los vínculos de las entrevistadas con sus pares y con sus familias. Primero, se describen las relaciones conflictivas, de competencia y solidaridad, que traban estas mujeres entre ellas. Luego se analiza la dinámica micropolítica del secreto entre estos dos mundos –dentro y fuera del “ambiente”–. Finalmente, los vínculos familiares muestran algunas de las permeabilidades y negociaciones económico-simbólicas entre mundos, a la vez que sitúan a las mujeres entrevistadas en clave de género y permiten vislumbrar el papel descolante de su rol como madres.

El quinto capítulo describe cómo las mujeres intentan manejar los encuentros con los clientes. Se analizan las tácticas, los límites simbólico-corporales y el trabajo emocional desde los momentos previos y en el desarrollo del encuentro. Estas prácticas, con el doble objetivo de obtener la mayor cantidad de dinero y de eludir las violencias físicas y/o simbólicas, van delimitando el espacio, el tiempo y

el cuerpo que performa sexo comercial, materializando la frontera que busca deslindar la prostitución del resto de la vida cotidiana e íntima.

Además de la construcción de esa frontera, en el sexto capítulo se analizan las permeabilidades y las complejidades que representa sostener dicho límite. Por un lado, se analizan los dilemas que representan las relaciones de pareja para estas mujeres, sus concepciones sexuales y amorosas, el papel de la monogamia, y las economías conyugales. Por el otro lado, se abordan los casos limítrofes entre sexo comercial y vida personal: los enamoramientos y los afectos en las relaciones con algunos clientes, donde distintos valores se plasman en intercambios económico-sexuales que se apartan de los estereotipos sobre la prostitución.

El séptimo capítulo tiene un carácter sintético. En primer lugar, dejando de lado las dicotomías del debate “trabajo vs. esclavitud”, se analiza el término nativo “trabajo” desde las concepciones de las entrevistadas. A partir de allí, y retomando las experiencias relatadas en los capítulos anteriores, se describen las identificaciones que surgen en torno a la posición de “prostituta”. Aquí se ponen en juego tanto las especificidades del sexo comercial como las diversidades y similitudes de las experiencias de las entrevistadas; todo el conjunto permite comprender las ambivalencias de sus identidades.

En las conclusiones se retoma la pregunta inicial articulando los puntos clave de cada capítulo en torno al núcleo central de la tesis: las fronteras que –aunque permeables– estructuran las experiencias de las mujeres en la prostitución y problematizan sus identificaciones. Además de trazar una mirada global sobre el problema, se busca comprender algunas de sus implicancias políticas y culturales. Por último, se plantean algunos interrogantes que surgen de este trabajo en vista de posibles investigaciones y reflexiones futuras.

Abstract

This thesis describes and analyzes the experiences of women who perform commercial sex focusing on the tensions and negotiations on: sexualities, money, use of time, space and commercial and socio-affective relations. By exploring these different dimensions in the experiences of selling sex, the thesis seeks to understand the ambivalent identifications linked to prostitution.

The current state of academic debate on prostitution has led to dichotomized and polarized visions. In this context, it is important to reconstruct the positions the positions of those involved from within their testimonies. In order to interpret the diversity of experiences of the women who perform commercial sex and to understand the different meanings attributed to the practice by them, the thesis the thesis explores diverse prostitution scenes. Fieldwork included three cities with different characteristics –Buenos Aires, Rosario and San Juan– and different sex markets. Semi-structured interviews were performed in combination with observation and use of secondary data. A convenience sample of 35 interviews was obtained between January 2008 and December 2011. Both the similarities and the variability of visions and meanings about prostitution are interpreted from the respondents' accounts.

The thesis is divided into seven chapters. The first one provides the theoretical framework, the main concepts and reviews major research on prostitution in Argentina, as well as the positions of feminist debate on prostitution. Then the chapter address the conceptualization of “commercial sex”, and contextualizes prostitution within historical and legal frame in Argentina.

The second chapter is devoted to describe the methodological approach, characterizing the strategy and techniques used, the conditions of fieldwork accessibility and the composition of the interview sample. This description entitles the definition of the epistemological position which

underpins the thesis, and problematizes the role of researcher. As a prelude for the analysis, the main scenarios (commercial sex modalities) and some of the interviewees are described.

The third chapter focuses on the careers in the sex market. The interviewees' accounts of their beginnings in the sex trade and the complex articulation between monetary and moral economies are analysed here. The modalities of entry and the challenges entailed in exiting 'on time' are described. Then the chapter seeks to understand, from the viewpoint of the interviewees, the functioning of the market, the processes of capital valuation and devaluation, and how respondents incorporate (or not) the complex rules of a quasi-illegal market.

The fourth chapter deals with the relationships of the interviewees with their families and their peers. The conflictive, competitive and solidarity-based relationships held by these women are described, focusing as well on the role of police and the different sex workers or prostituted women organizations. Micropolitics of the secret between the two worlds –inside and outside commercial sex– is the second issue of the chapter. Finally, family bonds show some of the economic/symbolic permeabilities and negotiations between two worlds, while they situate the interviewed women in terms of gender, allowing the visibilization of their crucial role as mothers.

The fifth chapter addresses relationships between women and their clients. It explores how interviewees attempt to manage the encounters using tactics, symbolic and bodily boundaries and emotion work. These practices, performed with the double aim of obtaining the maximum amount of money and avoiding physical and symbolic violence, delimit the space, time and body of commercial sex performances, materializing a frontier that seeks to differentiate prostitution from the rest of the everyday and intimate life.

Besides the construction and the meanings of such frontier, the thesis also analyzes its permeabilities and the complexities involved in upholding this border. Chapter six deals with, on the one side, the dilemmas connected with loving relationships for these women. These dilemmas reflect respondents' conceptions on sexual and love –which are influenced by romantic discourse–, the role of monogamy, and the marital economies. On the other side, the chapter explores the 'borderline cases' between commercial sex and personal life: falling in love and affective bonds with some clients. Here different values are expressed in the economic-sexual exchanges detaching these experiences from stereotypes of prostitution.

The seventh chapter is a synopsis. First, leaving aside the 'work vs. slavery' dichotomy that permeates the prostitution debate, the native term 'work' is analyzed in terms of interviewees' accounts. Building on from this, and recapping the experiences previously accounted, the chapter describes the identification processes regarding the 'prostitute' position. Here, both the specificities of commercial sex and the differences and similarities of the interviewees' experiences are played out, these points altogether allow to understand the ambivalence of these women's identities.

The conclusion returns to the initial question by articulating the key issues of each chapter in relation to the central theme of the thesis: the boundaries that, even when permeable, structure the experiences of women in prostitution and problematize their identifications. As well as a global look over these issues, some of their political and cultural implications are addressed. Finally, some questions that emerge from this work are raised as a form of putting forward a future research agenda.

Agradecimientos:

Esta tesis es fruto de la colaboración, la paciencia, las críticas y el aliento de un gran grupo de personas e instituciones. Quiero agradecer a quienes colaboraron con mi formación académica y personal en estos últimos años.

A todas y cada una de las entrevistadas, mujeres gigantes, con temple de hierro y corazones frondosos ("tan cinco estrellas"), quienes generosamente me ayudaron a construir puentes para compartir y comprender parte de sus vidas. Especialmente mi gratitud a Eli y Vicky en San Juan, Georgina Orellano y Mimí Sifón en Buenos Aires, y a Yaque en Rosario. También a las organizaciones: Asociación de Mujeres Meretrices Argentinas (AMMAR-CTA) y Asociación de Mujeres Argentinas por los Derechos Humanos (AMMAR Capital), cuya cooperación fue clave para esta tesis.

A mi director Mario Pecheny, que me acompañó con paciencia y dedicación, tan generoso al abrir puertas como meticuloso en sus correcciones y críticas durante todo este proceso, y que me enseñó un estilo de trabajo riguroso, a la vez afectuoso y comprometido.

A mi codirector Carlos Figari, cuya mirada atenta, siempre original y creativa me mostró senderos fructíferos y me llevó a pensar varias veces antes y después de escribir.

Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, que me otorgó la beca para poder realizar el doctorado y dedicarme a escribir esta tesis. Al Instituto de Investigaciones Gino Germani, en particular al Área de Salud y Población que me propició un espacio de formación e intercambio permanente. También al Centro de Documentación e Información cuyo personal siempre respondió pronto a mis pedidos de bibliografía y me facilitaron innumerables artículos y libros.

A mis colegas del Grupo de Estudios sobre Sexualidades (GES). Formar parte de este colectivo excepcionalmente amplio, plural y apasionado, me ha brindado un ámbito de discusión y de trabajo, productivo y placentero por partes iguales. Las lecturas y los diálogos sostenidos allí han enriquecido todo este trabajo. A

Lucía Ariza, Mabel Bellucci, Rafael Blanco, Sara Barrón López, Martín Boy, Josefina Brown, Malena Costa, Anahí Farji, Carlos Figari, Renata Hiller, Joaquín Insausti, Daniel Jones, Carolina Justo von Lurzer, Micaela Libson, Malú Moreno, Mario Pecheny, Graciela Sikos, también a Lucila Martínez, Gabriela Stivala, y a todos los y las colegas que han transitado por las reuniones en la cálida sala del Germani.

Un agradecimiento especial merece Daniel Jones. Como colega crítico y como amigo afectuoso, me acompañó desde el comienzo, compartiendo las primeras discusiones (todavía recuerdo cuando me recibió en su casa para prestarme una pila de fotocopias), hasta la última lectura minuciosa del borrador de este trabajo.

Agradezco a Josefina Brown, Alejandro Capriati, Malú Moreno y Malena Costa quienes aportaron sus valiosas miradas y comentarios a versiones tentativas de algunos capítulos. También a Carolina Justo von Lurzer con quien supimos compartir años de trabajo, horas de bibliotecas y apasionadas discusiones.

Otros colegas, profesoras y profesores han contribuido de diversas formas: mi primer mentora María del Carmen Goldberg, cuyo recuerdo me inspira siempre el entusiasmo por la sociología; Adriana Piscitelli que ha mostrado ser una intelectual tan sagaz y perceptiva como generosa; los y las colegas del CLAM y Horacio Sivori que me recibió en la UERJ y también aportó sus lecturas; José Miguel Nieto Olivar, otro apasionado investigador que comparte parcerias e trabalho; Andrea Lacombe, Juan Marco Vaggione, María Luisa Múgica, Ana Lía Kornblit, Ana Clara Camarotti, Pablo di Leo, Juan Pedro Alonso, Ramona Vijayarasa e Isabelle Tracol-Huyn, quienes más cerca o a la distancia aportaron ideas, bibliografía “inconsequible”, soporte técnico o moral, etc. A María Epele y a mis colegas de las cátedras de Psicología Social y de Ciencia Política por el apoyo durante los meses de escritura.

El taller de tesis I, además de ayudarme a delinear un plan, también me ha dado valiosas amistades a quienes quiero agradecer aquí: Juancito, Carlinha y Jime. Además, a mis amigos y amigas de la vida que supieron comprender ausencias, monotonías, y siempre, de una u otra forma, se las ingeniaran para estar

ahí: Adrián, Pali, Carla, Li, Virgi, Miguel, Cocu, Malena, Lau, Facu, Sergio y Judi. También a Cintia que me acompañó un gran trecho de mi vida y me ayudó a dar el salto.

À Morgane, pour la patience, la tendresse et la bonne humeur résistante à toute thèse, merci beaucoup.

A toda mi familia. A mi tía Estela que me bancó en Rosario y contribuyó en los comienzos de mi carrera como sociólogo. A mis abuelos y a mis viejos que me hacen sentir su cariño a la distancia; a mis hermanos y a Nachito y Pili, que entendieron muchas ausencias a los asados (ahora sí, ya pueden ir prendiendo el fuego).

Introducción

“...en el gran caldero de la prostitución se funden una diversidad de imaginarios sociales, de ‘representaciones’ que se proyectan, desde la ‘normalidad’, sobre un universo de funcionamientos que le escapan” (Néstor Perlongher)

La prostitución puede pensarse como una institución paradójica, que construye fetichismo desde la marginalidad. Llamada “vida alegre” pero también “mala vida”, entre una supuesta trasgresión y una sanción moral se configura un espacio de exclusión marcado por la estigmatización y la subalternidad. ¿Cómo se hace posible habitar, o transitar, esa vida?, esta fue la pregunta que me lanzó a investigar las experiencias de las mujeres que protagonizan este libro. Conocer las vidas de las mujeres que se dedican a la prostitución nos puede enseñar mucho sobre las formas en que nuestra sociedad organiza no solo las sexualidades y el dinero, sino también el uso del tiempo y los espacios, los significados del cuerpo y sus zonas, los vínculos comerciales y socio-afectivos. Aquí, a partir de un recorrido por estas dimensiones de las experiencias de vender sexo, busco comprender las identificaciones ambivalentes ligadas a la prostitución.

El núcleo central de esta tesis son las fronteras que –aunque inestables, permeables y siempre por rehacer– estructuran las experiencias de las mujeres en la prostitución. Estas fronteras atraviesan las experiencias en diferentes dimensiones. En la tesis el recorrido está organizado desde los niveles más amplios y abstractos (entradas, carreras, reglas y modalidades del mercado del sexo), pasando por niveles intermedios (relaciones familiares y con otras mujeres que venden sexo) hasta los más micro (parejas y

clientes, negociación de intimidades y dineros). Luego, busco comprender cómo estas experiencias se articulan en concepciones de la actividad, valoraciones e identificaciones.

La cuestión de la prostitución ha sido intensamente debatida tanto en el ámbito académico como en los activismos. Sin embargo, el estado actual del debate ha conducido a concepciones dicotómicas y polarizadas que tienden a condenar la actividad como un todo, o a celebrar sus supuestas trasgresiones o libertades. En este contexto me pareció fructífero reconstruir las posiciones de las propias involucradas desde los relatos de sus experiencias para comprender cómo estas se insertan en los entramados más amplios de relaciones sociales.

Sin olvidar el marco de las asimetrías estructurales, la tesis apunta a examinar en un nivel micro-sociológico los relatos de mujeres que se dedican a la prostitución. Los sentidos que las mujeres entrevistadas dan a la prostitución en sus experiencias son comprendidos en relación a los marcos sociales que estigmatizan la actividad y la situación de subalternidad de estas mujeres. Sin embargo, una posición subalterna no implica eliminar la agencia, ni perder de vista las violencias que constituyen dicha posición. En este sentido, analizo las distintas tácticas y los recursos que las entrevistadas movilizan en sus enfrentamientos y relaciones cotidianas. Para ello partí de considerar las posiciones de clase, género y origen nacional/etnia/raza, pero sin imponer sentidos fijos a las prácticas y atendiendo a las diversas formas en que las entrevistadas significan y/o resignifican su papel en la prostitución.

Mantener los interrogantes abiertos, sin obturar sentidos, supuso enfocar la cuestión de la identidad en términos de identificaciones, multiplicidades, reconocer tanto constricciones como capacidad de acción y, a la vez, partir de una mirada de las sexualidades como construcciones sociales. Desde allí, la perspectiva microsociológica, enriquecida con teorías de mayor alcance, así como el objetivo de interpretar la diversidad de experiencias de las entrevistadas, me

llevaron a buscar definiciones amplias que permitan comprender los diferentes sentidos atribuidos a la práctica por las propias mujeres. Por ello me referiré a la prostitución como “sexo comercial”, cuya conceptualización discutiré más adelante. Asimismo, he abordado distintos escenarios de prostitución como forma de comprender mejor las experiencias de las mujeres involucradas. El trabajo de campo incluyó tres ciudades con características diversas –Buenos Aires, Rosario y San Juan– así como distintas modalidades de prostitución. Me interesa interpretar tanto las construcciones compartidas como la variabilidad de las visiones y los significados que producen y reproducen las protagonistas en el plano de sus interacciones cotidianas.

Estructura de la tesis

La tesis se divide en siete capítulos, cada uno de ellos subdividido en secciones y apartados. En el primer capítulo incluyo el marco teórico y los conceptos más globales que estructuraron el análisis y las principales investigaciones sobre la problemática en Argentina. Además, analizo y critico las posiciones enfrentadas en el debate feminista actual sobre la prostitución, para luego plantear la concepción de “sexo comercial” que sostengo en la tesis. Finalmente, contextualizo a la prostitución en un marco histórico y legal en Argentina. Esto permite tener un panorama para comprender las experiencias de las mujeres entrevistadas tomando en cuenta tanto la legislación vigente y las diferencias entre las tres ciudades incluidas, como algunos de los sentidos que permanecen y/o se transforman en sus concepciones.

En el segundo capítulo describo el abordaje metodológico. Caracterizo la estrategia y las técnicas utilizadas, describo las condiciones de entrada al campo y la configuración de la muestra de entrevistas. La descripción de las herramientas metodológicas y del trabajo de campo

realizado implica también delinear la posición epistemológica que articula la tesis y problematizar mi propia posición como investigador. Como preludeo del análisis, luego de este capítulo describo brevemente los principales escenarios (las modalidades de sexo comercial incluidas) y algunas de las entrevistadas que expresan posiciones y experiencias diferentes del sexo comercial, cuyos casos retomaré al cerrar el séptimo y último capítulo.

Las carreras en el mercado sexual son el foco del tercer capítulo. Aquí analizo los relatos de las entrevistadas sobre los comienzos en el comercio sexual, donde se pone de relieve una articulación compleja entre economías monetarias y morales. Describo las modalidades de entrada y los valores que se ponen en juego en las motivaciones relatadas, así como los desafíos que supone lograr retirarse “a tiempo”. Para ello resulta clave comprender, desde las miradas de las entrevistadas, el funcionamiento de este mercado, cómo valoriza y devalúa capitales, y cómo lograr retirarse. Así busco comprender cómo se incorporan (o no) las reglas complejas del mercado sexual como mercado ilegítimo y en los márgenes de la legalidad.

En el capítulo cuarto analizo los mundos de relaciones que entablan estas mujeres centrándome en dos universos: los vínculos con sus pares y con sus familias. En primer lugar, describo las relaciones conflictivas, de competencia, de solidaridad, de aislamiento y de aglutinamiento que traban estas mujeres entre ellas. En estos lazos juegan papeles importantes las fuerzas policiales y la presencia o ausencia de las organizaciones que nuclean a las mujeres que se dedican al sexo comercial (en adelante las “organizaciones”). Entre estos dos mundos –dentro y fuera del “ambiente”– se busca instaurar una segregación y mi análisis alude a la dinámica micropolítica del secreto y su funcionamiento en diversos contextos. La indagación sobre los vínculos familiares muestra algunas de las permeabilidades y negociaciones económico-simbólicas entre estos mundos. A la vez, los

relatos sobre las familias sitúan a las mujeres entrevistadas en clave de género y permiten vislumbrar el papel descolante de su rol como madres.

A lo largo del quinto capítulo describo las formas en que las mujeres intentan manejar los encuentros con los clientes. Desde los momentos previos de seducción y negociación-indagación, y en el desarrollo del encuentro, se ponen en marcha tácticas y límites simbólico-corporales con el doble objetivo de obtener la mayor cantidad de dinero y al mismo tiempo eludir las violencias físicas y/o simbólicas. A estos fines responde también el trabajo sobre los aspectos emocionales de las mujeres, donde podemos leer significados y valores morales. En todas estas prácticas, que van delimitando el espacio, el tiempo y el cuerpo que performa sexo comercial, se va materializando la frontera, más o menos porosa, que busca deslindar la prostitución del resto de la vida cotidiana e íntima.

Además de la construcción y los sentidos que adquiere esa frontera, también analizo las complejidades que representa su sostenimiento y sus permeabilidades, tema central del capítulo seis. Allí me detengo sobre, por un lado, los dilemas que representan las relaciones de parejas para estas mujeres, donde se ponen de relieve las distintas concepciones sexuales y amorosas –influidas por el discurso romántico–, el papel de la monogamia, y las economías conyugales. Por el otro lado, abordo casos limítrofes en términos de la frontera que divide entre sexo comercial y vida personal. Los enamoramientos y los afectos en las relaciones con algunos clientes, así como los distintos valores –en bienes y dineros– que entran en esos vínculos, se plasman en intercambios económico-sexuales que se apartan de los estereotipos sobre la prostitución.

El séptimo capítulo tiene un carácter sintético. En primer lugar, dejando de lado las dicotomías del debate “trabajo vs. esclavitud”, busco delinear las formas en que las entrevistadas conciben el término nativo “trabajo” y cómo construyen sus miradas en relación a la venta de sexo. A

partir de allí, retomando las experiencias relatadas en los capítulos anteriores, describo los procesos de identificaciones que surgen en torno a su posición como “prostitutas”. En este análisis se ponen en juego tanto las especificidades del sexo comercial como las diversidades y los aspectos comunes de las experiencias de las entrevistadas, todo el conjunto permite comprender las ambivalencias de sus identidades.

Aclaraciones preliminares

Para conceptualizar la problemática de la tesis me he valido sobre todo de la denominación “sexo comercial”. He usado el término “prostitución” generalmente para referirme a los discursos institucionales, legales o médicos, por ejemplo, o para denotar una mirada estereotipada o de sentido común. En las referencias directas a otros textos he intentado seguir las formas de denominación que emplean las y los autores. En ocasiones he utilizado “situación de prostitución” o “trabajo sexual” cuando abordo los posicionamientos de las organizaciones. Me he valido de las denominaciones “prostituta” y/o “puta” para referirme a las construcciones simbólicas sobre estas mujeres. Para referirme a las mujeres con las que he dialogado durante el trabajo de campo, he optado por no usar el término “prostituta” ni sus variantes, pues en general ellas no se autodenominaban de esta manera. Uso “mujeres que hacen sexo comercial” u otras variantes para no asumir previamente sus identificaciones. Aunque pueda ser una expresión extraña en español, he preferido usar la frase “hacer sexo comercial” (y no “tener sexo comercial”) como forma de dar cuenta de su carácter performativo, en el sentido de que está siempre por hacer. En otras ocasiones uso el verbo “trabajar” que era el término nativo compartido por todas las entrevistadas.

He utilizado las comillas para referirme a las expresiones de las entrevistadas y las cursivas para los términos de otros idiomas. Todas las citas de textos en lengua extranjera son traducciones propias a partir del original referenciado en la bibliografía.

El idioma español impone una estructura genérica muy marcada que no siempre permite expresarse como una/o desea y que, con el uso del masculino como universal, refleja las jerarquías de género que atraviesan nuestras sociedades. He intentado tanto como me fue posible solucionar este problema, pero, sin salirme de los cánones de escritura académica, el intento tiene sus limitaciones.

Al referirme a los “clientes” los menciono utilizando el masculino pues las entrevistadas señalaban que casi en su totalidad eran varones. Esto no implica negar la existencia de clientas mujeres, pero estas no jugaban ningún papel significativo. Cuando aparecían mujeres para consumir servicios casi siempre acompañaban a un varón. A su vez, uso esta denominación pues es el término nativo más frecuente.

He optado por usar la primera persona del singular¹ como una forma de posicionarme dentro de la escritura y las discusiones que plantea la tesis, sin que ello signifique desconocer el carácter colectivo de toda producción científica. Nada hay de exclusivamente individual en las ideas y reflexiones que aparecen en esta tesis, son diálogos, confrontaciones y/o aprendizajes donde necesariamente están presentes otras/os.

El anexo contiene un cuadro con las principales características de las entrevistadas. Este ha sido plastificado y ensamblado al anillado de estas páginas para que el o la lectora pueda acceder a él fácilmente (y adicionalmente utilizarlo como señalador).

¹ Ocasionalmente utilizo el plural como forma de interpelación al/a lector/a

1

Marco teórico y contexto

Este capítulo está dividido en tres partes: a continuación desarrollaré las líneas teóricas que guían la tesis y las investigaciones más importantes realizadas en Argentina sobre la temática. Luego explico los argumentos y las posiciones en el debate que –desde hace más de tres décadas– atraviesa la producción intelectual sobre la prostitución, y delinearé el enfoque del que he partido en esta tesis. Finalmente cerraré este capítulo brindando una contextualización básica para comprender el derrotero que ha seguido la prostitución en nuestro país.

Brújulas teóricas. Algunos conceptos clave

En esta sección me refiero a algunos conceptos básicos que han servido a modo de brújulas, es decir dando una orientación general en el recorrido de esta tesis. A lo largo de los siguientes capítulos continuaré enlazando el análisis con el desarrollo de otros elementos teóricos más puntuales. Aquí he organizado el tratamiento de los enfoques y conceptos desde los planteos más globales a aquellos más delimitados. Comienzo por nociones panorámicas (género, sexualidad) para pasar a las que enmarcan el análisis (experiencia, identidad) y finalmente algunas más específicos y centrales para esta tesis (estigma, tácticas). A su vez, para cada concepto he trazado lineamientos teóricos básicos para luego enriquecerlos a partir de varias críticas.

En las ciencias sociales, desde hace un tiempo se han abierto una cantidad de discusiones sobre la sexualidad, el sexo y el género. Aquí sostengo una posición enmarcada dentro de la tradición amplia del constructivismo. Este enfoque concibe tanto sexualidad como sexo y género como producciones sociohistóricas cuyo análisis cuestiona divisiones taxativas entre naturaleza y cultura.

Un punto de partida es lo que Gayle Rubin llamó “sistema de sexo-género” y que define inicialmente como: “el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (1986: 97). Para Rubin la opresión de las mujeres está ligada a las relaciones que producen y organizan el sexo y el género. Ella señala tres cuestiones que sintetizan la forma en que se organiza el sexo: el género, la heterosexualidad obligatoria y la constricción de la sexualidad femenina. A partir de las ideas de Levi-Strauss sobre los sistemas de parentesco, Rubin destaca el papel del “intercambio de mujeres” como forma de funcionamiento del sistema de sexo-género y critica las asimetrías que aquel supone.

Aquí un asunto importante para esta tesis es entender el papel de la interdependencia económica que surge de la división del trabajo, como forma de producir género y asegurar el matrimonio heterosexual. Rubin subraya la necesidad de ir más allá del planteo marxista y concebir una economía política del sexo, para entender cómo se reproducen las asimetrías de clase por el sexo-género. “El parentesco y el matrimonio siempre forman parte de sistemas sociales totales, y siempre están ligados con ordenamientos económicos y políticos” (Rubin, 1986: 138). Así, el comercio de sexo por fuera de esas estructuras de parentesco queda sancionado como una trasgresión y, podemos agregar, en la asimetría de la sanción –que cae sobre las mujeres, pero no tanto sobre los varones– se refleja la asimetría más general del sistema de sexo-género.

Rubin también retoma críticamente los desarrollos del psicoanálisis, para pensar el papel del complejo de Edipo en la producción de sexualidad que gesta el sistema de sexo-género. En ese sentido establece una comparación con los efectos del capitalismo para producir sujetos obreros:

El complejo de Edipo es un aparato para la producción de personalidad sexual. Es un lugar común decir que las sociedades inculcan a sus jóvenes los rasgos de carácter apropiados para llevar adelante el negocio de la sociedad, por ejemplo, E.P. Thompson habla de la transformación de la estructura de la personalidad de la clase trabajadora inglesa, cuando los artesanos se convirtieron en buenos obreros industriales. Así como las formas sociales del trabajo exigen ciertos tipos de personalidad, las formas sociales del sexo y el género exigen ciertos tipos de gente. (Rubin, 1986: 123)

Así delineado el sistema de sexo-género sirve de base a la opresión, pero Rubin deja en claro que esta no es una característica inmutable. Para comprender de qué forma se producen y reproducen las posiciones de género podemos recurrir a Judith Butler y su teoría de la performatividad. Dejaré de lado la discusión sobre la relación entre género y sexo¹, para concentrarme en la performatividad como forma de comprender cómo el accionar de las personas reproduce un género. Este enfoque permite abandonar el carácter estático de las identidades de género y complejizar las relaciones entre género, prácticas sexuales, y otras coordenadas:

Si una “es” una mujer, es evidente que eso no es todo lo que una es; el concepto no es exhaustivo, no porque una “persona” con un género predeterminado sobrepase los atributos específicos de su género, sino porque el género no siempre

¹ Al respecto sólo señalaré que entiendo que Butler cuando postula al sexo como un efecto discursivo del género está lejos de negar su materialidad –por lo que habla de “materialización”– sino que está radicalizando los efectos de desnaturalización que produce la inicial división sexo/ género.

se constituye de forma coherente o consistente en contextos históricos distintos, y porque se entrecruza con modalidades raciales, de clase, étnicas, sexuales y regionales de identidades discursivamente constituidas. Así, es imposible separar el “género” de las intersecciones políticas y culturales en las que constantemente se produce y se mantiene. (2001: 35)

La inestabilidad del género se explica por el carácter iterativo de la performatividad, por su repetición ritualizada². Butler deja claro que no hay un sujeto que lleve los actos performativos según su pura voluntad, tanto como que no debe entenderse la performatividad como un acto único ya que la naturalización es un efecto de la reiteración.

Como un efecto sedimentado de una práctica reiterativa o ritual, el sexo adquiere su efecto naturalizado y, sin embargo, en virtud de esta misma reiteración se abren brechas y fisuras que representan inestabilidades constitutivas de tales construcciones, como aquello que escapa a la norma o que la rebasa, como aquello que no puede definirse ni fijarse completamente mediante la labor repetitiva de esa norma. (2002: 29)

Siguiendo la lógica iterativa de Jacques Derrida, Butler señala que la necesidad de repetición abre una “distancia entre momentos” donde acecha la desestabilización³. Así como el concepto de “sistema de sexo-género” me permite tematizar la construcción de asimetrías, la performatividad del género habilita a pensar su inestabilidad.

2 En este sentido interpreto el carácter de “ritual” que adquiere la performance como ligado también a la idea de habitus de Pierre Bourdieu, tal como señala la propia Butler (2001: 15).

3 “La ‘distancia entre momentos’ de tiempo no puede, según la terminología de Derrida, espacializarse o limitarse como un objeto identificable. Es la *différance* no tematizable que erosiona y se opone a toda afirmación de una identidad distintiva, incluyendo la identidad distintiva del ‘momento.’” (Butler, 2002: 31)

Además esta concepción no agota la explicación del género en su jerarquía como sucede en otros enfoques⁴, sino que permite pensar también las complejidades de las posiciones subalternas o abyectas, en particular sus escisiones y ambivalencias en la identificación. Tras reconocer la influencia de Homi Bhabha en este punto, Butler indica: “la condición dividida de identificación [es] crucial para una idea de la performatividad que ponga énfasis en cómo se forman y al mismo tiempo se dividen las identidades minoritarias en situaciones de dominación” (2001: 16).

Butler explica que sería un error pensar “la identidad” en primera instancia para luego analizar la identidad de género pues los sujetos se hacen inteligibles en tanto tales sólo cuando se ajustan a una cuadrícula de inteligibilidad, la matriz heterosexual.

Los géneros “inteligibles” son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. [...] La matriz cultural –mediante la cual se ha hecho inteligible la identidad de género– exige que algunos tipos de “identidades” no puedan «existir»: aquellas en las que el género no es consecuencia del sexo y otras en las que las prácticas del deseo no son “consecuencia” ni del sexo ni del género. [cursivas agregadas] (2001: 50)

Es fácil ver cómo homosexuales y personas trans quedan por fuera de la inteligibilidad y caen en el campo de la abyección, pero ¿qué sucedería con las “prostitutas” que tienen, por lo general, prácticas heterosexuales? Podemos considerar *a priori* que cuando se hace sexo por dinero dichas prácticas sexuales no son “consecuencia” del deseo, al menos no del deseo sexual. Esta forma de abyección pasa inadvertida para Butler (en la segunda parte de la cita puede

⁴ Tal es el caso de MacKinnon, cuya concepción resulta tautológica según Butler (ver 2001: 13). También Joan Scott (1990) ha señalado la circularidad existente entre la jerarquía de género y el propio género.

verse que habla directamente de “prácticas del deseo”, soldando así prácticas y deseo). En esta tesis indago sobre esto que Butler pasa por alto, la forma que toma la abyección para quienes tienen prácticas socialmente concebidas como sexuales pero desligadas de su deseo sexual como motor de la actuación. Ello introduce especificidades respecto de los otros abyectos. Uno de los desafíos de esta tesis es repensar dichas especificidades y explorar la particular dislocación entre prácticas y deseo sexuales, algo que no ha recibido suficiente atención en aquellos estudios que han pensado sobre la abyección del sexo-género.

Precedente de los desarrollos de Butler, la concepción foucaultiana sobre la sexualidad también resulta de interés para esta tesis. Michel Foucault (2002) analiza el surgimiento de un dispositivo de poder que denominará “dispositivo de sexualidad”, el cual instaaura las dinámicas del poder-saber vinculándolas al campo del placer y produce la noción moderna de “sexualidad”. Este dispositivo exhorta a los individuos a confesar sus placeres, y así, a decir su verdad, ya que la inteligibilidad misma de toda la subjetividad se halla enraizada en la sexualidad que ha de ser confesada.

El dispositivo de sexualidad no sólo busca la normalización de los cuerpos sexuados, sino también implica la implantación de las “sexualidades periféricas”. Pero para Foucault las relaciones de poder que se instauran no pasan sólo por la represión, sino que son productivas. Si bien las sexualidades periféricas son hostigadas, son, al mismo tiempo, multiplicadas por el aparato de saber-poder donde el complejo médico psiquiátrico juega un importante papel.

Al situar al sexo como clave para descifrar la identidad subjetiva, el dispositivo de sexualidad genera personajes perversos, esencializando ciertas prácticas calificadas como “desviadas” y postulándolas como meros emergentes, puntas de un iceberg que esconde un complejo sistema subjetivo pervertido. Así se configuran histórica y socialmente los estereotipos que gobiernan no sólo las ideologías y los discursos sobre estas sexualidades periféricas, sino también

las prácticas y las técnicas de control sobre las mismas. Este enfoque permite comprender la constitución de la figura de “la prostituta” como uno de los efectos de este dispositivo, sumado a leyes específicas que generan el aislamiento de estas mujeres y la segregación del resto de la población (Guy, 1994; Walkowitz, 1980).

La sexualidad emerge como “la cifra de la individualidad, a la vez lo que permite analizarla y torna posible amaestrarla” (Foucault, 2002: 177). Si la sexualidad es la clave de comprensión de un sujeto, las prácticas sexuales constituirán manifestaciones de esa subjetividad, espacios en los que esa subjetividad sexuada se corporeiza.

En efecto, es por el sexo, punto imaginario fijado por el dispositivo de sexualidad, por lo que cada cual debe pasar para acceder a su propia inteligibilidad (puesto que es a la vez el elemento encubierto y el principio productor de sentido), a la totalidad de su cuerpo (puesto que es una parte real y amenazada de ese cuerpo y constituye simbólicamente el todo), a su identidad (puesto que une a la fuerza de una pulsión la singularidad de una historia). (2002: 189)

A partir de estas conceptualizaciones de sexo, género y sexualidad, me ha sido fructífero retomar el concepto de identidad (al que pongo en juego junto con la noción de experiencia). Se ha cuestionado largamente la noción de “identidad” como una entidad unificada y originaria, con efectos esencializadores y reificantes (por ejemplo en Brubaker y Cooper, 2001)⁵. No obstante, considero que algunas formulaciones permiten evitar dichos efectos, tal como el enfoque que asume Stuart Hall. En un artículo que presenta

⁵ Para Rogers Brubaker y Frederick Cooper, la noción de identidad resulta esencializadora (en sus versiones “fuertes”) o bien se torna demasiado ambigua (en sus versiones débiles). Aunque considero valiosas las críticas y los comentarios de estos autores, cuando sugieren abandonar la categoría de identidad uno de los sucedáneos propuestos es la “identificación”, noción que desarrolla con mayor profundidad y más críticamente Stuart Hall.

una síntesis de muchas perspectivas, Hall plantea la posibilidad de usar el concepto de identidad bajo la idea derrideana de someterlo a “borradura”:

Esto indica que [los conceptos clave] ya no son útiles –“buenos para ayudarnos a pensar”– en su forma originaria y no reconstruida. Pero como no fueron superados dialécticamente y no hay otros conceptos enteramente diferentes que puedan reemplazarlos, no hay más remedio que seguir pensando con ellos, aunque ahora sus formas se encuentren destotalizadas o deconstruidas y no funcionen ya dentro del paradigma en que se generaron en un principio. (2003: 12-13)

En el caso de la identidad, es necesario sostener esta categoría para poder pensar cuestiones como la agencia, pero ello no implica volver a una noción transparente y no mediada del sujeto. La forma que Hall plantea para pensar el “proceso de sujeción a las prácticas discursivas, y la política de exclusión que todas esas sujeciones parecen entrañar” (2003: 15) apunta a recuperar el carácter procesual e inconcluso. Por ello, propone pensar la identidad como “identificación”, de forma que también ponga de relieve el carácter contingente de la misma.

Las identidades están ligadas a la lógica de la diferencia, es decir que, lejos de partir de una esencia profunda o unívoca del yo, se sostienen a partir la exclusión de un “otro”.

Esto implica la admisión radicalmente perturbadora de que el significado “positivo” de cualquier término –y con ello su “identidad”– sólo puede construirse a través de la relación con el Otro, la relación con lo que él no es, con lo que justamente le falta, con lo que se ha denominado su afuera constitutivo. (Hall, 2003: 18)

Esa diferencia implica una jerarquía donde el otro siempre representa el término marcado: hombre/mujer; blanco/negro, y para el caso de esta tesis: (buena) mujer/puta –o también santa/puta o madre/puta–. De esta forma,

en los procesos de identificación tiene un papel importante la ambivalencia, donde ese otro amenazador permanece siempre demasiado cerca. Bhabha ha señalado la doble condición, de incorporación y amenaza, que yace en el carácter ambivalente de las identidades coloniales, las que comprenden bajo la figura del mimetismo. Este, asociado a la técnica de camuflaje, implica la identificación y la diferencia puesto que la mimesis produce algo que es “casi lo mismo, pero no exactamente”, es decir que se construye como una ambivalencia, pues para ser eficaz “el mimetismo debe producir continuamente su deslizamiento, su exceso, su diferencia” (Bhabha, 2002: 112). Por ello el mimetismo produce dominación y apropiación del otro, pero siempre hay un resto inapropiado que emerge como amenaza. En particular para esta tesis me interesa considerar el papel que tiene el mimetismo respecto de la interdicción:

La visibilidad del mimetismo es producida siempre en el lugar de la interdicción. Es una forma de discurso colonial que es proferido ínter dicta: un discurso en la encrucijada de lo que es conocido y permisible y lo que aunque conocido debe ser mantenido oculto; un discurso proferido entre líneas y como tal a la vez contra las reglas y dentro de ellas. (Bhabha, 2002: 116-117)

La comprensión de esta identidad ambivalente conlleva también considerar no sólo las formaciones discursivas o estructurales y sus interpelaciones a los individuos, sino también las formas en que impactan y son reconocidas (o eludidas) por los individuos y sus prácticas discursivas. La acepción de identidad de Hall permite concebirla como un punto de “sutura” temporaria entre ambas.

Uso “identidad” para referirme al punto de encuentro, el punto de sutura entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan “interpelarnos”, hablarnos o ponernos en nuestro

lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de “decirse”. (2003: 20)

Emerge así una concepción no fijada de la identidad, sino estratégica y posicional. La respuesta frente a la interpelación supone un margen de variabilidad que habilita una posibilidad de desplazamientos dentro y más allá de las identificaciones.

No somos cuerpos tan inmensamente dóciles ni la interpelación es tan ineludible y tenemos un margen que puede ser más o menos amplio de transgresión, distorsión o incluso desconocimiento de tales identificaciones. Incluso poseemos espacio para construir marcos referenciales en base a experiencias colectivas muchas veces ni siquiera tematizadas cognitivamente, es decir, no vividas como identidades. (Figari, 2012: 41-42)

Para trabajar sobre este campo complejo donde las identidades pueden nombrarse o eludirse, me he valido también de la noción de experiencia. Esta me ha servido como referencia teórica para enmarcar los relatos de las entrevistadas sobre los distintos aspectos que comprende su paso por la prostitución.

El concepto de experiencia ha sido objeto de diversas elaboraciones teóricas, especialmente al interior de los feminismos. Desde la función que tuvo la “experiencia de mujeres”, ligada a la política en los grupos de concienciación, a las más actuales discusiones sobre el valor epistemológico de la experiencia, los feminismos han construido varios conceptos de “experiencia” (Bach, 2010). Un punto de partida fue considerar la experiencia como ligada a las posiciones que ocupan los sujetos, en tal sentido las experiencias están atravesadas por el sexo-género, y aquellas de las mujeres son concebidas como experiencias desde un lugar subordinado, que han sido históricamente silenciadas como fruto de su posición subalterna.

Para precisar el alcance de este concepto, Joan Scott critica las concepciones que parten de la experiencia como evidencia. Advierte que si se atribuye una transparencia a los contenidos de las experiencias, tomándolos como un dato incuestionable, se obtura la posibilidad de hacer un análisis que cuestione la propia producción de la experiencia y se naturalizan los términos ideológicos que la estructuran. Esos usos acríticos de la experiencia

toman como evidentes las identidades de aquellos cuya experiencia está siendo documentada, y de este modo naturalizan su diferencia. Ubican la resistencia fuera de su construcción discursiva, y hacen real a la agencia como un atributo inherente de los individuos, descontextualizándola. (Scott, J. W., 2001: 47-48)

Las experiencias deben ser interpretadas en relación a los discursos que las producen, allí se encuentran las claves para comprender sus significaciones. Esta mirada evita la naturalización de las identidades, pero permite ligar las experiencias con el terreno de las subjetividades, como plantea Scott siguiendo a Teresa de Lauretis.

La experiencia es el proceso por el cual se construye la subjetividad para todos los seres sociales. A través de ese proceso uno se ubica o es ubicado en la realidad social y de ese modo percibe y comprende como subjetivas (referidas a y originadas en uno mismo) esas relaciones –materiales, económicas e interpersonales– que de hecho son sociales y, en una perspectiva más amplia, históricas. (de Lauretis, citada en Scott, J. W., 2001: 53)

Scott valora el trabajo de E. P. Thompson sobre la experiencia como encarnación de las posiciones de sujeto, pero critica la preponderancia que otorga a la clase como determinante de las experiencias por encima de otras dimensiones. El mismo tipo de crítica dirige a las miradas feministas que universalizan la experiencia de mujer, tal como lo

hace, según Scott, el enfoque de Catharine MacKinnon. En este sentido interpreto los cuestionamientos del feminismo poscolonial sobre el sentido homogeneizante que asume el género y la figura de “la mujer del tercer mundo” como categoría que aplanar las variaciones. “Este tipo de análisis feminista, al homogeneizar y sistematizar las experiencias de los diferentes grupos de mujeres en estos países, borra todos los modos marginales y resistentes de experiencias.” (Mohanty, 2003: 40). En el caso abordado por esta tesis, he tomado esta crítica para repensar la homogeneización en torno al género en las experiencias de las mujeres que hacen sexo comercial, y habilitar los cruces con otros clivajes (por ejemplo, clase, raza, edad, nacionalidad) que permitan concebir una diversidad de experiencias.

Historizar las experiencias, como sugiere Scott, va de la mano con el intento de hablar de identidades sin esencializarlas, y para ello la tarea es entender las operaciones por las cuales las identidades se adscriben, resisten o aceptan. Esto se vincula a un tema cardinal para esta tesis, el comprender las formas en que las mujeres que hacen sexo comercial se identifican (o desidentifican) ligándolo a sus experiencias. En este punto en particular, el trabajo de Dominick LaCapra (2006) me permite pensar dichos vínculos entre experiencia e identidad pues uno de los sentidos que LaCapra otorga a la experiencia es el de “haber pasado por algo” y esto incluye tanto a quienes se identifican o rechazan la identificación con dicha experiencia. Los procesos experienciales incluyen aquellos que pueden devenir en una identificación, pero no se agotan allí, sino que la exceden.

Varias/os críticas/as han señalado que el planteo de Scott de la experiencia como un efecto discursivo –en una tónica foucaultiana– anularía la capacidad de agencia del sujeto (Bach, 2010). Pero Scott niega que la conexión de las experiencias con los discursos produzca un determinismo lingüístico pues los sistemas discursivos siempre sostienen una dimensión de conflictos y contradicciones, y no hay ningún orden fijo de significados. Y aclara:

Los sujetos tienen agencia. No son individuos unificados y autónomos que ejercen su libre albedrío, sino más bien sujetos cuya agencia se crea a través de las situaciones y estatus que se les confieren [...] Estas condiciones hacen posibles elecciones, aunque éstas no son ilimitadas. Los sujetos son constituidos discursivamente, la experiencia es un evento lingüístico (no ocurre fuera de significados establecidos), pero tampoco está confinada a un orden fijo de significado. (Scott, J. W., 2001: 66)

Sin embargo, Scott no establece claramente cómo funcionaría esta agencia de los sujetos. Para abordar este punto he recurrido al enfoque de Lois McNay, quien ubica la cuestión de la experiencia y la agencia en el terreno sociológico. McNay propone concebir la experiencia –en especial la del género– no desde el nivel de una posición estructural, sino como una “relación social vivida” (*lived social relation*). En su enfoque, que la autora plantea como complementario al de Scott, la noción de agencia permite comprender esta imbricación de las fuerzas abstractas estructurales en la vida de las personas.

Es mediante el desarrollo de conceptos de mediación, en este caso la agencia, que la fuerza de la determinación de las relaciones económicas y culturales sobre la vida diaria se puede hacer visible y, de este modo, la cuestión de la identidad se puede conectar a la de la estructura social. (McNay, 2005: 175)

La conceptualización de McNay me permite ir más allá (o más acá) del plano discursivo abstracto y, sin dejar de considerar las posiciones estructurales, comprender las experiencias de las mujeres entrevistadas en el marco de sus acciones cotidianas. Este enfoque me habilita para atender el orden de la interacción sin descuidar el marco social, que le da sentido, pero no la determina. Retomando la propuesta de McNay, entiendo las experiencias de las mujeres en el sexo comercial, a la vez que sus procesos de reconocimiento (o no) en las identidades que las interpelan, en

términos de sus agencias, y las negociaciones y tensiones que surgen en este escenario. En esta tesis recupero la idea de que la reproducción de identidades “no puede entenderse simplemente como una cuestión de posicionamiento dentro del lenguaje, sino como una relación social vivida que pasa necesariamente por la negociación de conflictos y tensiones.” (McNay, 2005: 185)

La cuestión de la experiencia no puede concebirse sin pensar en las posiciones que se ocupan en la sociedad. LaCapra resalta el papel significativo –aunque no automático– que tienen las “posiciones subordinadas” en la experiencia y agrega otro punto significativo para el caso que analizo: “Podemos tener una posición subordinada sin experimentarla, y a menudo nuestra experiencia de ella depende del reconocimiento, muchas veces ofensivo, de otros” (2006: 88).

Desde aquí parte la necesidad de pensar el papel de esa “ofensa” tanto en las experiencias como en las identidades de las “prostitutas”. Para ello me ha servido la noción de estigma, considerando críticamente la formulación de Erving Goffman. En su conocido estudio *Estigma, la identidad deteriorada*, aborda la cuestión del estigma en el marco de la interacción. Goffman sostiene que la sociedad produce formas de categorizar a las personas según sus atributos, y así se construyen estereotipos que, cuando nos hallamos frente a un extraño, permiten hacer anticipaciones que luego se convierten en “expectativas normativas”. Al caracterizar “en esencia” a los individuos, irreflexivamente, se constituye la identidad social virtual, que será contrastada en la interacción con la identidad social real, es decir aquella cuyos atributos pueden demostrarse de hecho. El estigma funciona como un atributo que “constituye una discrepancia entre la identidad social virtual y la real” en especial cuando “produce en los demás, a modo de efecto, un descrédito amplio” (Goffman, 1986: 12).

Goffman indica que no debe pensarse al estigma de forma sustancialista, lo que se necesita es un lenguaje de relaciones. Entonces, más que un atributo en particular, “un estigma es, pues, realmente, una clase especial de relación entre atributo y estereotipo” (1986: 14). Sin embargo, este autor no profundiza las implicancias de este lenguaje de relaciones (volveré sobre este punto) ni los procesos mediante los que surgen los estigmas, sino que se limita a concebir los distintos tipos de estigma que son “atributos que resultan desacreditadores en toda nuestra sociedad” (1986: 14). Los clasifica en tres tipos: abominaciones del cuerpo, defectos del carácter del individuo y estigmas tribales (de la raza, la nación y la religión, a los que se podría sumar el estigma de clase baja). Puede considerarse que las mujeres que se dedican a la prostitución cargan con el segundo y, muchas veces, también con el tercer tipo de estigma.

Otro aspecto desarrollado por Goffman relevante a los efectos de esta tesis es la doble situación que se plantea según se conozca o no la “calidad de diferente” del individuo, pues serán “desacreditados” o “desacreditables”, respectivamente. El “estigma de puta” que marca a las mujeres que se dedican a la prostitución, las pone en distintas posiciones según los contextos. Para desacreditados o para desacreditables, el manejo de la información, las posibilidades de encubrimiento y toda la dinámica de la interacción (y de las relaciones con esa “identidad deteriorada”) son distintas. Mientras “los normales” usualmente –a excepción de los “sabios”⁶– construyen una teoría del estigma que explica la inferioridad y peligrosidad de las personas estigmatizadas, estas últimas pueden responder de diversas formas. Con frecuencia entre los/as que sufren un estigma surgen

6 Los “sabios” son “personas normales cuya situación especial las lleva a estar íntimamente informadas acerca de la vida secreta de los individuos estigmatizados y a simpatizar con ellos, y que gozan, al mismo tiempo, de cierto grado de aceptación” (Goffman, 1986: 41)

sentimientos de vergüenza como fruto de la distancia entre las autodemandas (internalizadas) y el yo, ya sea en el contacto con los normales o frente a un espejo. Otra chance es que se intente corregir el defecto, lo cual, según Goffman, no redundaría en la adquisición de un estatus de normal, sino de “normalizado”, situación que usualmente se acompaña de una “tendencia a la victimización” (1986: 20). Finalmente, la última posibilidad es el empleo de una interpretación no convencional acerca del carácter de su identidad social, que puede incluir pensar al estigma como forma de obtener “beneficios secundarios”, como un aprendizaje y/o reevaluar las limitaciones que tienen los normales.

Ahora bien, creo necesaria una revisión de la teoría de Goffman sobre la estigmatización, especialmente, en relación a la despolitización de su mirada. La ausencia de una crítica contextualizada sobre las relaciones de poder se vincula al menos con tres aspectos. En primer lugar, el nivel de enfoque restringido al plano de las interacciones. Sin embargo, esto se puede corregir de dos formas que se complementan, sin desechar el análisis microsociológico. Por un lado, tomar más en cuenta los aspectos de las posiciones de sujeto –respecto al sexo-género, la clase, la raza, nacionalidad, edad– que circunscriben las “jugadas” (*moves*) que cada participante de la interacción puede hacer. Por otro lado, considerar los marcos discursivos que le dan un sentido a la interacción que será siempre discutible y objeto de pugnas. Otro punto a cuestionar tiene que ver con el tratamiento de diversos tipos de estigma bajo un único enfoque. Esto no sería criticable en términos de las propias pretensiones del estudio de Goffman, cuya intención es abordar el conjunto de estigmas. Sin embargo, para el uso que hago en esta tesis, buena parte de sus reflexiones sobre los estigmas asociados a “deformaciones” o “defectos físicos” oscurecen los conflictos que subyacen a la formación y sostenimiento de un estigma como el asociado a la prostitución. A su vez, el “lenguaje relacional” que Goffman sugiere que debemos usar para entender los estigmas queda fuera de foco

en su estudio. Esto se vincula a un último punto donde mi enfoque se diferencia del goffmaniano: la ausencia de una concepción agonística de las relaciones sociales –lo que Carlos Figari (2008) imputa, junto con la carencia de una categoría de abyección, a toda la escuela de Chicago–. Goffman se ha mostrado más interesado por analizar las formas en que se sostiene el orden o se lo restaura, que por indagar sobre cómo se desarrolla el conflicto. Un ejemplo de esta armonía en las interacciones entre “normales” es la idea de “fachada de consenso” (Goffman, 1997) que, aunque permite vislumbrar la ruptura no profundiza en sus implicancias políticas. En el caso de las relaciones entre estigmatizados/as y “normales”, Goffman sostiene que se produce una “cooperación tácita” que sostiene cierta armonía, pero esta se funda en la sumisión tácita de las/os estigmatizadas/os quienes “se abstendrán voluntariamente de reclamar una aceptación más allá de los límites que los normales consideran cómodos” (1986: 152).

Aun así, es posible hacer un uso crítico de los conceptos de Goffman, siempre que podamos leer su significado ligándolo a una trama social más amplia y conflictiva (esta es parte de la función que cumplen los enfoques sobre experiencia e identidad). Este nivel de análisis puede ser descripto, tomando la expresión de Ian Hacking (2004), como aquel cruce entre discursos en abstracto y la interacción cara-a-cara –por referencia a los trabajos de Foucault y Goffman respectivamente–. Busco, entonces, poner en juego la idea goffmaniana del “sí mismo” como efecto dramaturgico, sin perder de vista la concepción foucaultiana del sujeto como efecto discursivo.⁷

⁷ Otros autores también señalan la potencialidad antiesencialista interaccionismo en este sentido: “El sujeto situacional-interaccionista nace de la interacción, y es a través de esa multiplicidad de situaciones, muchas de ellas superficiales, epidérmicas, como se hace a sí mismo. Se trata de un sujeto necesariamente múltiple, marcadamente antiesencialista” (Marrero-Guillamón, 2012: 324). En estas propuestas aparece la posibilidad de articular interaccionismo y postestructuralismo, tal como he intentado hacer en

Para reconsiderar los procesos de estigmatización me ha resultado productiva la propuesta de Richard Parker y Peter Aggleton (2003), quienes han abordado la cuestión del estigma en relación al VIH y desde allí han sugerido una relectura politizada de la estigmatización. En primer lugar, los autores destacan los inconvenientes de las usuales interpretaciones del estigma como “un tipo de cosa” más o menos estática. De esta forma se remite el asunto a la esfera individual, omitiendo la trama de relaciones sociales y de poder, así como los factores estructurales que subyacen a la interacción y que generan la exclusión de la vida social. Parker y Aggleton proponen que la estigmatización como proceso social “sólo puede ser comprendida en relación a las nociones más amplias de poder y dominación” y afirman que “el estigma juega un papel clave en la producción y reproducción de las relaciones de poder y control” (2003: 16), por ende, establece asimetrías entre los grupos sociales. Asimismo, el estigma debe ser comprendido como un hecho histórico inserto en un contexto sociocultural determinado que permite entender su función en la reproducción

esta tesis. Usar una mirada microsociológica es forma de abordar empíricamente los planteos postestructuralistas que, si bien pueden aportar una mirada donde la estructura aparece valorada más justamente, muchas veces restringen el análisis a un nivel semiótico. Esta articulación teórica ha encontrado una limitación en el campo del psicoanálisis lacaniano, retomado con frecuencia por el postestructuralismo. Giddens ha intentado una articulación entre psicoanálisis e interaccionismo, pero deja de lado explícitamente las vertientes lacanianas y se limita a las psicologías del yo (Besse, 2001). La articulación que propone Giddens, si bien fructífera en muchos aspectos, no explota al máximo la lectura anti-escencialista del interaccionismo. Algo similar se puede afirmar de las apropiaciones feministas de la teoría lacaniana que hace Nancy Chodorow, quien según Manning (2005) podría colaborar en la articulación interaccionismo-psicoanálisis, pero reintroduce nociones universalistas que dificultan una crítica cultural (ver varias críticas en Nicholson, 1992). Otros/as autores/as han indagado en las potencialidades de esta articulación (Hochschild, 2008; Manning, 2005; Wiley, 2003), enfatizando la importancia del análisis sociológico de las emociones. Sin embargo, muchas veces las relecturas del psicoanálisis reconducen a veces al esencialismo y/o la omisión de un análisis interseccional que considere no sólo género, sino también la clase, raza, nacionalidad.

de inequidades. Parker y Aggleton se valen de la concepción foucaultiana del poder/saber como fuerza que produce sujetos a partir de la diferencia, lo que para Goffman aparece como “desviación”. Así, se puede elaborar un marco conceptual combinando ambas miradas, “dentro de este marco, la construcción del estigma (o, más simplemente, la estigmatización) conlleva subrayar las diferencias significativas entre categorías de personas, y a través de ese énfasis, su inserción en sistemas o estructuras de poder” (2003: 17). La estigmatización no es entonces un fenómeno aislado, sino un mecanismo fundamental de la constitución del orden social. Los autores comprenden este último punto, y la función estratégica del estigma, recurriendo a las nociones de “violencia simbólica” y “hegemonía”, planteadas por Pierre Bourdieu y Antonio Gramsci respectivamente.

Primero, si como establece Bourdieu, todos los significados y prácticas culturales expresan intereses y señalan distinciones sociales entre los individuos, grupos o instituciones, entonces muy pocos significados y prácticas lo hacen tan clara y profundamente como el estigma, la estigmatización y la discriminación. Por lo tanto, el estigma y la discriminación operan no solamente en relación con la diferencia (como nuestras lecturas de Goffman y Foucault tienden a enfatizar) sino aun más claramente en relación con las desigualdades sociales y estructurales. De hecho, la estigmatización puede visualizarse jugando un rol principal en la transformación de la diferencia en desigualdad, y en principio puede funcionar en relación con casi cualquiera de los ejes principales de la desigualdad estructural presentes transculturalmente: clase, género, edad, raza o etnicidad, sexualidad u orientación sexual, etc. Segundo, y aun más importante, la estigmatización no ocurre simplemente de una manera abstracta. Por el contrario, es parte de luchas complejas por el poder que se encuentran en el centro de la vida social. Más concretamente, el estigma se despliega a causa de actores sociales concretos e identificables que buscan legitimar su propio estatus dominante dentro de las estructuras existentes de la desigualdad social. (Parker y Aggleton, 2003: 18)

También con una perspectiva gramsciana, el enfoque de James Scott sobre las relaciones entre dominados y dominantes me he resultado sugerente para comprender en un entramado de poder más amplio las relaciones entre personas estigmatizadas y normales. A partir del estudio de distintos grupos subalternos, Scott plantea la necesidad de concebir el accionar de estos bajo dos modalidades: discurso oculto (*hidden transcript*⁸) y discurso público (*public transcript*). Este último representa una “descripción abreviada de las relaciones explícitas entre los subordinados y los detentadores del poder” (2000: 24), mientras que el discurso oculto remite a

la conducta ‘fuera de escena’, más allá de la observación directa de los detentadores de poder. El discurso oculto es, pues, secundario en el sentido de que está constituido por las manifestaciones lingüísticas, gestuales y prácticas que confirman, contradicen o tergiversan lo que aparece en el discurso público. (2000: 28)

Según los grupos dominados se encuentren o no bajo la mirada de los dominantes, emergerán el discurso público o el discurso oculto respectivamente. Scott aclara que los discursos público y oculto no deben interpretarse como falso y verdadero (aunque esa posibilidad recorre su texto), y plantea que la frontera entre ambos discursos es porosa. Sin embargo, los contextos que estarían dentro y fuera de la mirada de los grupos dominantes sí parecen estar más

⁸ Menciono las expresiones en inglés pues es importante considerar la nota del traductor al español quien refiere la siguiente explicación de Scott: “*transcript* se usa casi en el sentido jurídico (*procés verbal*, acta judicial) de la transcripción completa de lo que se dijo en un juicio. Esta transcripción completa incluye, sin embargo, también actos que no usan el habla, como los gestos y las expresiones faciales’. Según esa explicación, *transcript* debería traducirse en español como ‘declaración’. En otros momentos del texto, la palabra *transcript* parece significar ‘guion preestablecido’; en otros más, simplemente ‘lenguaje’ (lenguaje público / lenguaje oculto). Pero todos esos términos resultan a la vez ambiguos y estrechos. Por ello, hemos preferido traducir *transcript* por ‘discurso.’” (Scott, J. C., 2000: 25)

claramente definidos, así como los sectores en pugna. La concepción de este autor resulta un tanto esquemática para el caso de esta tesis y el uso que hago de ella es menos uniforme. En este sentido, resulta necesario no dicotomizar las fuerzas en pugna ni los espacios donde dichas fuerzas se encuentran y se oponen o se esconden.

Algunas de las diferencias entre las conceptualizaciones de Scott y el modo más matizado en que las empleo en esta tesis tienen que ver con las diferencias de casos. Su libro *Los dominados y el arte de la resistencia* analiza grupos sociales en relaciones de servidumbre o esclavitud, campesinos y sus levantamientos, casos extremos que llevan a presuponer una cuota de rebeldía que se expresa como “deseo de revancha” en los discursos ocultos. Sin embargo, muchas de estas expresiones permanecen ocultas y su desarrollo depende de un ámbito colectivo, ese espacio “fuera de escena” que no siempre es tan sencillo de hallar. Así, cuando Scott se refiere al “caso del género”, el contraste le sirve para cuestionar qué tan separadas están las supuestas esferas separadas donde puede emerger un discurso oculto (un asunto que indagaré a lo largo de la tesis). Desde esta perspectiva, la prostitución como forma de relación puede ser pensada como un punto intermedio donde se combinan formas de dominación impersonales (asociadas al mercado, las fuerzas económicas, la legislación, el género y la sexualidad como dispositivos discursivos) y formas de dominación más personales –más similares a las analizadas por Scott– en las que se ponen en juego las posibilidades de accionar de los dominados.

Es en esta última cuestión donde la mirada de Scott me resulta útil para pensar lo que él llama la “infrapolítica”, asociada no sólo al discurso oculto, sino también a un conjunto de prácticas (las tácticas dilatorias en el trabajo, el hurto, los engaños, la ignorancia fingida, la evasión de impuestos, el trabajo deliberadamente mal hecho). En el ámbito que indaga esta tesis no creo pertinente interpretar estas dimensiones como expresión en potencia de un discurso

contrahegemónico, como indica Scott, pero sí como una forma de entender el encubrimiento y sus tácticas en términos de relaciones de poder. De esta forma es posible pensar al ocultamiento como la contrapartida de la vigilancia –sobre la que Foucault llamó la atención– y la invisibilidad como una posibilidad deseable en algunos contextos para los grupos subordinados. Entonces, aun sin pretensiones contrahegemónicas, se pueden leer distintas connotaciones políticas de la dramaturgia –figura a la que apela Scott, tal como Goffman– y el manejo de emociones y sentimientos⁹ llevado a cabo por los grupos en posiciones subalternas.

Otra noción útil para pensar las actuaciones de las/os subalternas/os es la de “táctica”, formulada Michel de Certeau. Para conceptualizar las tácticas las contrapone a las estrategias.

Llamo “estrategia” al cálculo de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir del momento en que un sujeto de voluntad y de poder es susceptible de aislarse de un “ambiente”. La estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como un lugar propio y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta. La racionalidad política, económica o científica se construye de acuerdo con este modelo estratégico.

Por el contrario, llamo “táctica” a un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica no tiene más lugar que el del otro. Se insinúa, fragmentariamente, sin tomarlo en su totalidad, sin poder mantenerlo a distancia [...] debido a su no lugar, la táctica depende del tiempo, atenta a “coger al vuelo” las posibilidades de provecho. Lo que gana no lo conserva. Necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos “ocasiones”. Sin cesar, el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas. Lo hace en momentos oportunos en que combina elementos

⁹ Siguiendo a Arlie Hochschild, llamaré “trabajo emocional” a estas actuaciones. En el capítulo 5 ahondaré sobre esta noción y el uso que hago de ella.

heterogéneos [...] pero su síntesis intelectual tiene como forma no un discurso, sino la decisión misma, acto y manera de “aprovechar” la ocasión. (de Certeau, 1999: L)

Esta conceptualización de los “modos de hacer” de los dominados parece más cercana al caso de la prostitución, pues de Certeau está pensando en un contexto moderno y urbano¹⁰ que no presupone salir de la mirada vigilante del poder. La táctica

debe actuar con el terreno que le impone y organiza la ley de una fuerza extraña. No tiene el medio de mantenerse en sí misma, a distancia, en una posición de retirada, de previsión y de recogimiento de sí: es movimiento “en el interior del campo de visión del enemigo”. (1999: 43)

Las tácticas, aunque también “artes del débil” –tal como el discurso oculto para Scott–, son menos pretenciosas en cuanto a sus efectos políticos, al menos en la forma en que las interpreto aquí. Atento a la crítica que plantea Paula Abal Medina (2007) sobre los límites de la concepción de resistencia en de Certeau (sucintamente: la dificultad para pensar la articulación colectiva de las tácticas y la relación de exterioridad de estas respecto al poder), más que una resistencia confrontativa, contrahegemónica, los sentidos de “ardid” o “elusión” serían los más cercanos a la táctica tal como la comprendo. Busco así evitar lo que Lila Abu-Lughod llamó “romantizar las resistencias”, es decir “leer todas las formas de resistencia como signos de la ineficacia de los sistemas de poder y de la resistencia y la creatividad del espíritu humano en su negativa a ser dominado” (1990: 42). A partir del análisis de las prácticas de resistencia cotidiana de mujeres Beduinas, Abu-Lughod, siguiendo a Foucault, propone observar las resistencias en relación con el poder y no desligar prácticas y estructuras significativas.

¹⁰ Las tácticas son a veces interpretadas como un síntoma del capitalismo tardío (Buchanan, 2007).

El desafío supone concebir la resistencia, pero sin atribuir consciencia política a la experiencia, a la vez que entender la convivencia de la resistencia con la sumisión sin verla como una falsa consciencia (pues se negaría la propia comprensión de las mujeres).

Estado del arte de los estudios sobre prostitución en Argentina.

En este apartado me referiré brevemente a algunos estudios que han trabajado la temática de la prostitución en Argentina. La guía que esbozo aquí se completa en la siguiente sección donde abordo el debate feminista sobre la prostitución, y luego en el desarrollo de los capítulos iré poniendo en juego elementos puntuales de los estudios sobre prostitución así como los enfoques teóricos más generales.

Una de las primeras investigaciones sobre prostitución en Argentina a las que pude acceder es el estudio de Estela Soto realizado en Ogaporá, Misiones, a mediados de los 80' en el renacer feminista de la democratización (Schmukler y Di Marco, 1997). Aún no era tan fuerte en el país la polarización de posiciones que generó el debate feminista, lo cual puede percibirse en el análisis de la autora donde no desaparecen ni la coerción ni la agencia. Soto, desde un marco de “antropología de la mujer” y valiéndose de entrevistas semi-estructuradas, historias de vida y datos del sector de profilaxis de los servicios de salud, indaga sobre las vivencias y representaciones de mujeres de sectores de pobreza urbana. Se interesa por “su inserción en el núcleo familiar, en la sociedad global, en la estructura de ocupación y en la elección de la prostitución como estrategia de adaptación a sus condiciones de existencia” (Soto, 1988: 9). En su estudio son consideradas distintas modalidades de prostitución –con mayor énfasis en la prostitución callejera y de pequeños “boliches”– así como las relaciones que las mujeres trababan entre sí, con los servicios de salud y la policía, en las que abunda la violencia. La pregunta que busca responder

este estudio es por los motivos y las formas de entrada en la prostitución, una interrogación muy usual en el enfoque de la sociología de la desviación (ver Davis, 1937). Soto complejiza sus conclusiones incluyendo variables de género y socioeconómicas. Señala no sólo la participación de mujeres en los sectores más informales y peor rentados de la economía, sino también la construcción de la identidad femenina ligada al ámbito familiar y personalista, ajeno a los intercambios económicos explícitos del mercado laboral. Estas mujeres de Ogaporá tienen opciones reducidas, por estar en un sector rural no pueden proletarizarse. Las principales alternativas parecen ser el servicio doméstico, la prostitución –que tendría un carácter transitorio– o el concubinato con un varón que las sostenga. Las que

eligen prostituirse [generan] un juego de roles paralelos: uno, el que desarrolla con respecto a su grupo familiar, su vecindario, los patrones, los funcionarios, pretendidamente adecuado a las presiones del conjunto de valores de la sociedad global; y otro que constituye el contrarol del primero, que se opone y agrede a esos valores; soportando el estigma en actuaciones de desparpajo, cinismo y agresividad. (Soto, 1988: 98-99)

Según Soto, las mujeres que toman esta alternativa creen que se liberan, pero caen bajo otra forma de control de la sexualidad femenina donde “son mayores la subordinación, el sometimiento y la pobreza” (1988: 99).

Este estrato de prostitución asociado a la pobreza extrema ha sido objeto de otra investigación, de menor extensión, en Resistencia, Chaco. El estudio presentado por Ana Pratesi (2001) incluye entrevistas a diversos actores/as asociados a la prostitución, aunque la investigación se centró en las y los adolescentes, también incluyó mujeres adultas considerando sus vínculos familiares y la violencia en ellos. Una investigación más extensa sobre la explotación sexual comercial infantil en varias localidades de Argentina, aparece en un informe elaborado para UNICEF por Silvia

Chejter (2001). Aquí se recorta la problemática en torno a la prostitución infantil y especialmente la cuestión de sus mecanismos de ingreso o reclutamiento. Chejter complejiza la idea de que la iniciación sexual ligada a la coerción y el abuso tienen una causalidad directa en el ingreso de las/os niñas/os a la prostitución. Para la autora es necesario darle importancia al contexto familiar, y el efecto de aislamiento del mismo que produce el abuso, así como al contexto social más amplio que invisibiliza las dimensiones de la prostitución infantil para tener una comprensión más ajustada del fenómeno.

Más recientemente Nora Das Biaggio, Adriana Vallejos, Zulma Lenarduzzi e Isela Firpo realizaron un estudio en Paraná, Entre Ríos, donde indagaron sobre las relaciones de género en la prostitución. Un aspecto original de esta investigación es que incluye entrevistas tanto a mujeres en prostitución / trabajadoras sexuales de clase media urbana empobrecida o pobres estructurales, como a varones clientes de prostitución. Con un marco teórico plural, donde tiene un peso importante el postestructuralismo de cuño deleuziano, se analizan historias de vida de las mujeres, varias de ellas ligadas a una organización de “trabajadoras sexuales” (AMMAR CTA). Así a partir de la noción de nomadismo de Rosi Braidotti se comprenden las multiplicidades de quienes son,

a la vez, meretriz, madre, ‘madresposa’ y trabajadora sexual, en un corrimiento permanente de los límites fijos para la comprensión del sujeto en situación. La situación de mujer anclada en la prostitución se constituye a partir de este concepto en un punto de inflexión que permite anunciar su destino nómada. (Das Biaggio, et al., 2008: 53)

Aunque se mencionan algunos aspectos sobre sexualidad, incluyendo la “prohibición de dar besos”, el análisis se centra en las relaciones de género. Se plantea la concepción de la prostitución como una forma de “proletarización del trabajo femenino con características particulares”

(2008: 116) que les permite ir más allá de los roles tradicionales ligados a la reproducción. Esto no significa que la maternidad deje de ser un eje vital para estas mujeres. Las autoras ven a la prostitución como una salida defensiva frente a la pobreza que reduce a las mujeres a ser servidoras del deseo masculino. La crítica de las relaciones de género¹¹ no impide a las autoras concebir a la agremiación bajo la denominación de “trabajadoras sexuales” como una maniobra de resistencia. Los procesos de organización son valorados como una salida a la esfera pública, abandono de los lugares de enclaustramiento femenino y cuestionamiento del Estado, caracterizado como principal proxeneta. Las autoras también sostienen una mirada multifacética en las reflexiones sobre el papel de los varones clientes. Aunque denuncian la invisibilización de los clientes y las asimetrías de las sanciones sociales, no por ello dejan de advertir que algunos entablan vínculos más afectivos. Las autoras apuntan así a cuestionar las estructuras sociales que ponen a los varones en el consumo de sexo pago y dejan de lado el esquema de víctima-victimario.

La importancia de poner en escena a los clientes o “prostituyentes” ha sido señalada varias veces desde el feminismo, aunque aún continúa siendo un tema relativamente poco estudiado empíricamente. En Argentina existen dos trabajos al respecto: reflexiones desde la psicología a partir de la terapia de psicoanálisis de un conjunto de pacientes varones que consumen o consumieron sexo pago (Volnovich, 2006) y desde la sociología el estudio de Chejter (2011) con extensa población de entrevistados. Aunque con distintas metodologías y enfoques, ambos trabajos parten de una posición ideológica explícitamente abolicionista y apuntan a los clientes como responsables por sostener la

¹¹ Aunque las autoras critican el papel que representa la prostitución en las relaciones de género como una forma de reproducir las asimetrías, la ven como un “trabajo precario con fragilidad en los soportes relacionales” en referencia a la estigmatización (Das Biaggio, *et al.*, 2008: 95).

prostitución. En el caso de esta investigación sociológica empírica –algo poco frecuente para muchos de los textos que abordan la cuestión de la prostitución–, dirigir la mirada hacia una población extendida (115 entrevistas) no sólo brinda datos para sustentar las posiciones ideológicas, sino que acarrea necesariamente a tomar en cuenta algunos matices¹². Chejter se centra en las características de lo que denomina “discurso prostituyente” (2011: 9) donde se subraya el papel de la cosificación de las mujeres, la naturalización de prostitución como construcción de la hombría y como forma de dar cauce a una sexualidad supuestamente incontenible. La cosificación que experimentaron los propios entrevistados es analizada sucintamente¹³ como una “inversión” de la realidad, en tanto los relatos de sus frustraciones y los cuestionamientos de sus propias prácticas son desestimados o evaluados como efectos de la situación de entrevista.

Luego también he tenido acceso a tesinas de licenciatura (Irrazábal, 2006; Justo von Lurzer, 2004) y de maestría (Lahitte, 2012), todas situadas en la ciudad de Buenos Aires. Las primeras examinan los discursos normativos sobre la prostitución en Argentina y los procesos de organización y posterior división de las mujeres en situación de prostitución y las trabajadoras sexuales. Gabriela Irrazábal se centra en los discursos legales, de política criminal y control social que garantizan el crecimiento de la prostitución fuera

¹² Lo mismo sucede en el trabajo de Volnovich cuando se hace referencia a la investigación de Bouamana (una encuesta en Francia a partir de 13000 casos). La soledad y el sentimiento de frustración de estos varones, o sus enamoramientos, el papel de las mujeres en prostitución como poseedoras de una sabiduría sexual y emocional, son aspectos que emergen claramente tanto en el estudio de Bouamana como en las entrevistas de Chejter.

¹³ El libro está compuesto en su mayor parte por fragmentos de las entrevistas, y se dedican apenas unas pocas páginas a esbozar un análisis. Según la autora, el objetivo no es comprender las motivaciones de los clientes ni analizar su posición de sujeto, sino “sólo hacer visible su discurso” (Chejter, 2011: 14), maniobra que supone la transparencia del discurso y por ende la futilidad del análisis.

del espacio público. A ello se agrega el papel de distintas expresiones culturales (letras de tango, literatura, etc.) que generan y sostienen los imaginarios sobre las prostitutas como sujetos del desorden social. Carolina Justo von Lurzer suma los discursos médicos y “moralistas” al discurso legal¹⁴. Luego se concentra en las formas de representación que toman las mujeres que a mediados de los '90 comienzan a organizarse, puntualmente sobre la lucha de estas organizaciones, que Justo von Lurzer interpreta como “comunidades bivalentes”, en la clave de Nancy Fraser, pues enfrentan luchas de redistribución y reconocimiento simultáneamente. La tesina hace hincapié en los efectos de la estigmatización y las formas de representación hegemónicas, las cuales se tornan obstáculos para su visibilización y movilización política tanto para las que se representan como “mujeres en situación de prostitución” como para las “trabajadoras sexuales”. Finalmente, la tesis de maestría de Leticia Lahitte parte de un enfoque etnográfico, con dos momentos de trabajo de campo ambos realizados en el barrio de Flores, Buenos Aires. A partir de los contactos mayoritariamente con las mujeres de una de las organizaciones, esta investigación aborda también las experiencias de las mujeres en la prostitución callejera, tomando como marco la idea de una economía política de la calle, en el sentido que le da Philippe Bourgois (2006). Se analiza el cruzamiento entre cuerpo y género, para ello se plantea que “el cuerpo es tanto fuente de metáforas como de emociones, conocimiento y resistencia, se exploran tanto las asociaciones corporales como sus formas de resistencias” (Lahitte, 2011: 1) y se intenta dejar de lado la dicotomía opresión / liberación. Según Lahitte, la capacidad de agencia sigue presente en estas mujeres cuando ellas logran, a través de las conexiones emocionales, producir corrimientos de su “situación” y por ejemplo abandonar la prostitución.

¹⁴ Un trabajo posterior de Justo von Lurzer abordará la cuestión de la prostitución desde la óptica de los discursos de los medios de comunicación (2011)

Otros estudios importantes son de corte historiográfico, de varios de ellos me he valido para realizar la contextualización de esta tesis (Barrancos y Ceppi, 2005; Dain, Otero y Vassallo, 2003; Di Liscia, Billorou y Rodríguez, 1999; Grammático, 2000; Guy, 1994; Múgica, 2001, 2009). Fuera del país, en la región latinoamericana, destaca la producción brasileña sobre prostitución (Araújo, 2006; Blanchette y Silva, 2009; Fonseca, 1996; Freitas, 1985; Gaspar, 1985; Olivar, 2013; Pasini, 2000; Piscitelli, 2005, 2007, 2008; Piscitelli, Oliveira Assis y Olivar, 2011 entre otras). Este cúmulo de investigaciones ha sido fructífero a la hora de alimentar algunos puntos de mi propio análisis. Las posiciones y hallazgos de varios de estos estudios –así como de otros realizados en diversos países– serán referidos, expuestos o discutidos a lo largo de esta tesis.

Debate sobre la prostitución. El contexto de polarización como obstáculo a la comprensión de la complejidad

Un producto ideológico no sólo constituye una parte de una realidad (natural o social) como cualquier cuerpo físico, cualquier instrumento de producción o producto para consumo, sino que también, en contraste con estos otros fenómenos, refleja y refracta otra realidad exterior a él. (Valentín Volosinhov)

“Polarizar: 1. tr. Fís. Modificar los rayos luminosos por medio de refracción o reflexión, de tal manera que queden incapaces de refractarse o reflejarse de nuevo en ciertas direcciones.”

Dentro de los feminismos, tanto en los ámbitos académicos como del activismo, desde la década de 1980 se viene desarrollando un debate acerca de la prostitución, originado en el ámbito euro-norteamericano y luego extendido a nivel internacional. Varios puntos están en disputa en

este debate: las concepciones de sexualidad y de género, de autonomía y opresión, las distinciones u homogeneizaciones entre las modalidades de prostitución. Las posiciones han tendido a polarizarse en torno a la concepción de la prostitución ¿es un trabajo o es esclavitud? Tal como se lee habitualmente el debate¹⁵ parece que de la respuesta a esta pregunta se derivan –linealmente– posiciones políticas: de un lado se busca legitimar la prostitución concibiéndola como “trabajo sexual” y por el otro se la condena como una forma de dominación y se pretende la abolición de la “prostitución/esclavitud sexual”. Sin embargo, en la politización y polarización del debate no siempre se advierten los matices y las diferencias teóricas de una ni otra posición. Entre quienes sostienen la idea del “trabajo sexual” existen visiones más liberales que piensan la prostitución como un contrato entre partes iguales y otras que, además de poner el foco en otros aspectos como la estigmatización o la criminalización, buscan registrar las asimetrías sin por ello reificar las posiciones. Las miradas que no ven a la prostitución como trabajo también varían, desde el feminismo radical, que entiende toda forma prostitución como violencia contra las mujeres –equiparándola con la violación y la “esclavitud sexual”–, hasta otros enfoques, que matizan y contextualizan la mirada.

A continuación recorreré algunos puntos de vista feministas previos a la polarización sobrevenida en los 80' y las circunstancias que conducen a este punto. Luego consideraré las posiciones del debate, sus características, variaciones e implicancias, para finalmente presentar la posición de partida que he tomado en esta tesis.

La prostitución ya era un tema importante desde el feminismo de la primera ola. Estas feministas hacían énfasis en dos elementos: las condiciones socio-económicas de las mujeres y una crítica del matrimonio. Mary Wollstonecraft denominaba a este último “prostitución legal”, y un siglo

¹⁵ Ver por ejemplo Jeffreys (2009); o en el contexto local Lipsicz (2003).

más tarde Cicely Hamilton (1909) concebía al matrimonio como un oficio llevado a cabo en pésimas condiciones laborales, asemejándolo a la esclavitud, mientras planteaba que la prostitución permitía al menos negociar algunas de estas condiciones y otorgaba un medio de subsistencia. También Emma Goldman criticaba al sistema de explotación capitalista como principal causa de la prostitución.

No es más que una cuestión de grado que ella se venda a un hombre, dentro o fuera del matrimonio, o a varios. Que nuestros reformistas lo admitan o no, la inferioridad social y económica de la mujer, es directamente responsable de la prostitución (Goldman, 1911: 184)

Según Barbara Sullivan (1995) estas miradas del feminismo de la primera ola comprendían a la prostitución –de forma similar a otras feministas de la segunda ola– dentro de un continuo de intercambios sexuales-económicos que marcaban las posiciones de las mujeres. Probablemente ello se deba a que la categoría de prostituta, separada como una identidad especial distinta del resto de la clase obrera, era una invención aún reciente. Antes de los comienzos del siglo XIX los intercambios de sexo por dinero eran actos indiferenciados dentro de un conjunto de trasgresiones sociales (Agustín, 2005b). Judith Walkovitz (1980) muestra cómo varias medidas¹⁶, reformas legales y la persecución policial generan que las “prostitutas” sean escindidas de la población obrera y comiencen a ser aisladas como una minoría proscrita. Entonces la prostitución comienza a ocupar un lugar diferente pues deja de ser una actividad ocasional y se configura como tarea más permanente.

¹⁶ Además de los controles médicos ligados a las enfermedades venéreas, también surgen otras medidas como la institucionalización de las prostitutas en distintos “hogares” (muchas veces religiosos, como los *Magdalen Homes* o Asilos de las Magdalenas, del Reino Unido). Se apuntaba no sólo al control epidemiológico sino a la reforma moral (ver en Ditmore, 2006)

El abolicionismo ligado a la prostitución¹⁷ surge de la movilización contra estas medidas, especialmente aquellas vinculadas al control de las enfermedades venéreas que se dictaron en Inglaterra en la década de 1860 (como la *Contagious Diseases Act*, CDA). Josephine Butler, una de las líderes de este movimiento, consideraba que estas leyes tendrían consecuencias represivas no sólo para las prostitutas, sino para las mujeres en general (Pheterson, 1989). Las opiniones sobre Butler y cuáles eran los objetivos del abolicionismo se dividen. Para algunas la inglesa criticaba, junto con la CDA, la doble moral sexual, pero –a diferencia de Goldman– buscaba la castidad de los hombres más que la liberalización de las costumbres sexuales de las mujeres (Ditmore, 2006). Esto explicaría las asociaciones de este abolicionismo con los movimientos de templanza¹⁸. Para otras autoras, fueron estas alianzas las que extremaron la idea original de Butler y llevaron a que el movimiento buscara la abolición no sólo de las leyes que controlaban a las prostitutas, sino de la prostitución en sí (Pheterson, 1989). Dora Barrancos (2008) ha propuesto que el abolicionismo más extremo de los países anglosajones podría vincularse con la ausencia de regímenes propiamente reglamentaristas (con burdeles regidos por proxenetas) en dichas naciones, a diferencia de los países latinos donde el abolicionismo se dirigía sobre todo a combatir a quienes lucran con la prostitución de otras/os.¹⁹

¹⁷ Que había tomado la denominación del movimiento abolicionista de la esclavitud.

¹⁸ El objetivo de estos movimientos será regular los placeres y lograr la moderación o la abstinencia. En ellos conviven la medicina secular y la moral religiosa. La templanza es entendida aquí como virtud que implica el uso de la “razón iluminada por la fé”. (Figari, 2007)

¹⁹ De todas formas, existen matices también en estos países. Por ejemplo en Inglaterra, un abolicionismo que busca la eliminación de la prostitución y es más proclive a solicitar legislación punitiva al Estado, convive con otro abolicionismo que se propone la descriminalización y por ello logra entablar un diálogo con los movimientos de prostitutas (Laite, 2008).

Otro fenómeno va a colaborar en las transformaciones de las miradas de algunas feministas. Luego de lograr la eliminación de algunas de las leyes a las que se oponía –como la CDA–, el movimiento abolicionista se orientó hacia la cuestión de la “trata de blancas”. A fines del siglo XIX y en las dos primeras décadas del siglo XX la mayoría de los países europeos consideraban que sus mujeres²⁰ eran traficadas, entre otros países a Argentina –y particularmente a Buenos Aires–, para ser explotadas sexualmente. Algunas como Goldman pensaban que esta percepción estaba sobre-dimensionada, lo que luego reafirmarán varias historiadoras que plantean la idea de que había surgido un pánico moral (Guy, 1994; Walkowitz, 1980). De todas formas, el tema del tráfico de mujeres tendría gran impacto sobre el movimiento feminista.

Más adelante, tras haber logrado que gran cantidad de países se declararan abolicionistas y sancionaran penalmente al proxenetismo, sobrevendrían algunos años de silencio (Barrancos, 2008). Pero esta misma temática reflotaría a fines del siglo XX, denominada ahora como “trata de personas”²¹ y acicateada por los fenómenos económicos transnacionales asociados a la globalización y transformaciones geopolíticas²².

²⁰ Por ello se la denominaba trata de *blancas*.

²¹ El cambio de denominación obedecía al sesgo racial y a la incorporación de otros sujetos (niños, varones, etc.) (Ezeta, 2006). Una definición precisa llegará recién en 2000 con la creación del “Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente mujeres y niños, que complementa la Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional” (conocido como Protocolo de Palermo), no obstante, la problemática ya estaba en la agenda del movimiento desde antes.

²² Por ejemplo la “lucha contra el terrorismo” (*war on terror*) que libra Estados Unidos, las transformaciones en las políticas seguridad y de migratorias, entre otras, articulan un escenario donde el fenómeno de la “trata de personas” sirve para canalizar estas tensiones (Chapkis, 2005), donde se pueden trazar similitudes con aquellos temores que condujeron a la cruzada contra la “trata de blancas” (Doezema, 2000; Weitzer, 2007) y también en términos del tipo de alianzas que entablan algunos sectores del feminismo (Bernstein, 2010), (Para un análisis de la configuración del movimiento anti-trata en Argentina ver Varela, 2013).

A esta circunstancia se sumó también en los 80' el debate feminista sobre la sexualidad, que en el marco del feminismo euro-anglosajón se conoce como las guerras del sexo (*sex wars*). Aquí se opondrán las concepciones de feminismo radical, que conceptualizará al sexo en un contexto patriarcal como un peligro y el feminismo libertario, o pro-sexo, que lo enfocará como una posibilidad de placer (Ferguson, A., 1984). En estas discusiones las prostitutas ocuparon tanto el lugar de esclavas sexuales como de paradigma de la subversión sexual (Chapkis, 1997). Asimismo, ya desde mediados de los 70', algunas prostitutas habían comenzado a pelear por sus derechos por primera vez públicamente y conformando movimientos junto a otros actores. A partir de la década siguiente florecerán en todo el mundo diversas organizaciones de prostitutas. En este contexto, nuevas formas de pensar y denominar a la prostitución, concebida ahora como "trabajo sexual", serán el marco para que algunas feministas y académicas/os comiencen a investigar y pensar esta problemática, estudios que se visibilizarán a lo largo de la década del 90' (Piscitelli, 2006).

Si bien ya entre las primeras feministas sufragistas había visiones diferentes en relación al rol de la sexualidad en el feminismo, sus posiciones en relación a la prostitución no eran antagónicas. A partir del escenario descripto para las últimas décadas ha sobrevenido una polarización del debate sobre prostitución. A continuación me referiré a los principales puntos de cada posición y algunos de los matices que no siempre son advertidos.

Abolicionismo(s) y feminismo radical²³

Entre los feminismos asociados con la posición abolicionista, el feminismo radical²⁴ presenta la posición más tajante en relación a la prostitución. Esta es concebida como una forma de violencia contra las mujeres. Aquí se ponen en juego dos elementos: la violencia y la asignación de sexo-género. Por un lado, la violencia aparece expresada en el daño y en este sentido Sheila Jeffreys (2004) afirma que la prostitución es y debe ser conceptualizada como una “práctica cultural perjudicial” que origina la subordinación de la mujer. Esta noción (*harmful cultural/traditional practices*) fue desarrollada en el seno de las Naciones Unidas a partir de la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW, art. 5) impulsada, en principio, por la problemática de la mutilación genital femenina. Jeffreys sostiene que la prostitución, en cualquiera de sus formas, encaja perfectamente en esta definición²⁵.

²³ Este apartado fue posteriormente reelaborado y publicado (Morcillo, 2016)

²⁴ Resulta difícil sintetizar las posiciones de feminismo radical. Para el contexto de esta tesis tomaré como rasgos centrales de esta vertiente la idea del patriarcado como un sistema donde varones dominan a las mujeres y donde los roles de género y especialmente la sexualidad (heterosexual) juegan un papel clave –más que otras variables como la clase, raza– para sostener dicha dominación. Dejaré de lado otras características como la exclusión de los varones del proyecto emancipador o el uso de la *consciousness raising* como método de lucha política. (para una crítica certera de dos autoras fundamentales esta corriente ver Butler, 1991)

²⁵ La Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en el *Folleto Informativo N° 23 Prácticas tradicionales perjudiciales para la salud de la mujer y el niño* no formula una definición precisa, pero señala: “Las prácticas culturales tradicionales reflejan los valores y creencias de los miembros de una comunidad a menudo por períodos que abarcan varias generaciones. Todo grupo social tiene prácticas culturales específicas tradicionales y creencias, algunas de las cuales son beneficiosas para todos los miembros, mientras que otros son perjudiciales para un grupo específico, tales como las mujeres. Estas prácticas tradicionales dañinas incluyen la mutilación genital femenina (MGF), la alimentación forzada de las mujeres, el matrimonio precoz, los diferentes tabúes o prácticas que impiden a las mujeres de controlar su propio la fertilidad [...] A pesar de su carácter dañino y su violación de las leyes internacionales de derechos humanos, estas prácticas persisten debido a que no se cuestionan y toman un aura de moralidad

Desde otro ángulo, pero haciendo énfasis también en el daño, Melissa Farley liga la prostitución con la violación y el abuso sexual (1998; 2000; 2005), y plantea que es un crimen de odio (1996). Esta autora, mediante técnicas psicométricas en cuestionarios y siguiendo las definiciones del DSM²⁶, asevera que hay una elevada correlación estadística entre la prostitución y los síndromes de estrés post traumáticos (PTSD por sus siglas en inglés). A partir de estas generalizaciones empíricas, que Farley corrobora en diversos contextos, asegurará que en cualquier modalidad “la prostitución es intrínsecamente traumatizante”²⁷ (Farley, Lynne y Cotton, 2005: 263). Todas las variantes posibles, de contexto sociocultural, modalidades, trayectorias, parecen insignificantes ante el ultrajamiento esencial que supone cualquier práctica de venta de sexo.

en los ojos de quienes los practican”. La adecuación de esta categoría para pensar la prostitución parece problemática, pues: opera una universalización bajo el supuesto del daño –lo cual se vincula con la concepción de sexualidad de Jeffreys como veremos más adelante– y omite el aspecto económico que es central para esta práctica, además el “aura de moralidad” que se atribuye en la definición de las “prácticas culturales perjudiciales” resulta discutible en relación a la prostitución. Para mostrar el daño que produce la prostitución, Jeffreys menciona estadísticas de probabilidad de transmisión de HIV en prostitutas en países de regiones con altas tasas de prevalencia (África subsahariana y el Sudeste asiático), o alude al uso de drogas y alcohol entre aquellas “sobrevivientes de la prostitución” que piden ayuda en centros de asistencia (2004: 390-391)

²⁶ *Diagnostic and statistical manual of mental disorders*.

²⁷ En un estudio afirma haber encontrado que “la severidad del PTSD no estaba relacionada con la violencia física en la prostitución ni con el tiempo transcurrido en la actividad” (Farley y Barkan, 1998: 42) y deja abierta la pregunta sobre si la asociación con el PTSD se da en todas las formas de la prostitución. En otro trabajo posterior señala: “A menudo se asume que la prostitución callejera es cualitativamente diferente de la de escorts o en burdeles. Nuestros datos arrojan algo de luz sobre este supuesto. Encontramos significativamente más violencia física en la calle que en el burdel. Sin embargo, no hubo diferencia en la incidencia del trastorno de estrés post-traumático en estos dos tipos de la prostitución. Esto sugiere que el trauma psicológico es intrínseco al acto de la prostitución” (Farley, *et al.*, 1998: 421)

Por otra parte, las posiciones de género también son constitutivas de la concepción del feminismo radical sobre la prostitución. Este argumento contiene un punto clave: la prostitución está atravesada por relaciones de género. Luego, de este punto se derivan posiciones y significados fijos: los clientes o “prostituyentes” son varones y dominantes, las “prostituidas” y dominadas son mujeres. Catharine MacKinnon, una de las principales pensadoras de esta vertiente feminista, afirma: “el lugar del sexo y el género en la prostitución, y de la prostitución en la inequidad sexual, parece casi demasiado obvio para ser discernido” (2001: 1349). MacKinnon comprende a la prostitución como una forma de expropiar y vender la seguridad de las mujeres en función de la afirmación de la masculinidad. “La prostitución como institución social da el estatus de persona [*personhood*] a los hombres –en este caso, la masculinidad [*manhood*]– a través de privar a las mujeres del suyo” (MacKinnon, 1993: 14). Estas concepciones han llevado a algunas investigadoras a poner de relieve el papel de los clientes en la prostitución. Aquí el cliente aparece como el agente causal del “sistema prostitucional”. Por ejemplo, Chejter (2011) indica que el verbo prostituir debería conjugarse poniendo al sujeto del lado de los clientes (por ello llamados “prostituyentes”), pues es su demanda la que origina y sostiene el sistema prostituyente.

Carole Pateman, cuya teoría ha sido muy influyente en el abolicionismo, ha conceptualizado el “contrato de prostitución” como una modalidad del “contrato sexual”. Ella muestra que el contrato sexual –base de la dominación masculina– no aparece en las teorías contractualistas de la modernidad y lo define como el derecho patriarcal de los varones sobre las mujeres²⁸. Al referirse específicamente

²⁸ “El pacto originario es tanto un pacto sexual como un contrato social, es sexual en el sentido de que es patriarcal –es decir, el contrato establece el derecho político de los varones sobre las mujeres– y también es sexual en el sentido de que establece un orden de acceso de los varones al cuerpo de las mujeres. El contrato original crea lo que denominaré, siguiendo a Adrienne

al contrato de prostitución, Pateman subraya que allí se hacen explícitos y públicos los significados patriarcales, y se reafirma el poderío masculino sobre las mujeres.

Cuando los cuerpos de las mujeres se venden como productos en el mercado capitalista, no pueden olvidarse los términos del contrato original; la ley del derecho sexual masculino se afirma públicamente y los hombres obtienen reconocimiento público como amos sexuales de las mujeres: eso es lo que tiene de malo la prostitución. *[cursivas agregadas]* (1995: 287)

Para Pateman, la prostitución actualiza el poder masculino y recuerda los significados de la sexualidad masculina y femenina: dominación y subordinación respectivamente. Este enfoque funciona, como también el de MacKinnon, en el marco de la filosofía política, pero transpolar esta mirada para una investigación sociológica, empíricamente fundada, acarrea varios problemas. Hay en este último plano, desde el que se plantea esta tesis, una serie de matices y conflictos que no pueden ser advertidos desde la mirada normativa de la filosofía política. Por ejemplo, Pateman afirma que a través de la prostitución los hombres están reafirmando su masculinidad y son reconocidos públicamente como “amos”. Sin embargo, no se pregunta por qué “no todos los varones desean, en términos generales, ser reconocidos como compradores de tal bien” (Pateman, 1995:

Rich, ‘la ley del derecho sexual masculino’. El contrato esta lejos de oponerse al patriarcado; el contrato es el medio a través del cual el patriarcado moderno se constituye”. (Pateman, 1995: 11). A partir de esta idea, Pateman construye una certera crítica del contractualismo y de las miradas liberales sobre los individuos –las que usualmente hacen abstracción de las condiciones sociohistóricas– y se concentra en el papel oculto que tiene el sexo en los contratos. Al introducir la historia del patriarcado queda expuesto el papel ideológico de la concepción liberal del contrato como un acto de libre voluntad. Este punto es un pilar fundamental para las críticas al rol del consentimiento, pues demuestra que este debe ser comprendido en un contexto sociocultural más amplio que permita determinar el significado de lo consentido.

261). Considerar esta situación llevaría a una apreciación más detallada de los significados y de las distintas formas en que estos se ponen en juego e incluso los conflictos entre las formas de masculinidad²⁹. Pensar la prostitución desde una mirada sociológica implica, sin negar las relaciones de poder y de género, tener en cuenta los diversos valores que las culturas le atribuyen al sexo, o la situación de marginalidad legal, entre otros factores que permitirán conocer qué significados se producen allí. Además, tomar en consideración la prostitución de travestis habilita comprender de otras formas las relaciones entre las posiciones de sexo-género en la prostitución, pues allí se transforman los vínculos con clientes (ver por ejemplo Fernández, 2004; Kulick, 1998).

La mirada del feminismo radical aporta algunos elementos importantes: el énfasis en el carácter generizado de la prostitución y la crítica de una concepción liberal contractualista. Sin embargo, este enfoque percibe, o mejor dicho, da importancia únicamente a un cierto rango de procesos en la prostitución, aquellos estructurales. Por ello me ha resultado más productivo pensar en términos de relaciones de género, entendidas como un producto históricamente construido, pero también como los resultados del constante enfrentamiento cotidiano entre e intra-géneros, las redefiniciones de sus posiciones y las disputas por los significados que le son asociados. Aunque la caracterización del orden social vigente como patriarcal sea correcta, desechar las variaciones, los desplazamientos y las luchas o los subterfugios de las mujeres al interior de esa estructura implica la concepción de una dominación monolítica y

²⁹ Nancy Fraser (1993) señala la necesidad de considerar las culturas masculinas actuales que menosprecian a los que “tienen que pagar” para conseguir sexo. Carla Corso habla del “estigma del cliente” y señala que “los hombres quieren ser identificados como hombres pero no como clientes” (2004: 122). También otros estudios han analizado los múltiples sentidos, distintos de la dominación, que están presentes en las concepciones de los clientes de prostitución (Bernstein, 2001).

estática que no se condice con la mirada historizada y dinámica que los procesos sociales reclaman, y que constituye una de las bases de los feminismos. Tal como habría una ceguera en una mirada que hace foco sólo en nivel individual, también al observar sólo la estructura social –concebida como un bloque homogéneo– corremos el riesgo de producir conceptos estáticos que no registren posibilidades de corrimientos, desestabilizaciones o fugas.

Es posible notar algunas de estas características en los planteos de Pateman. Al discutir la afirmación de Marx sobre la prostitución (como una expresión de la prostitución general del trabajador), Pateman busca una diferencia clara y distinta para el “contrato de prostitución” respecto de otros contratos de trabajo en el marco de un capitalismo patriarcal.

“Ninguna forma de fuerza de trabajo puede separarse del cuerpo, pero sólo a través del contrato de prostitución, el comprador obtiene, por cierto, el derecho unilateral de uso sexual directo del cuerpo de una mujer”. (1995: 281)

Existen, también, otras diferencias entre el contrato de empleo y el de prostitución. Por ejemplo, la prostituta siempre está en una singular desventaja en el “intercambio”. El cliente hace uso directo del cuerpo de la prostituta y no hay criterios “objetivos” por los que pueda juzgar si un servicio ha sido llevado a cabo satisfactoriamente. Los sindicatos negocian el salario y las condiciones de los trabajadores, y el producto de su trabajo tiene un “control de calidad”. A las prostitutas, en contraste, los varones pueden siempre negarles el pago alegando que sus demandas no se han visto satisfechas. (1995: 286)

Pateman conoce la “variedad de estrategias de distanciamiento o acercamiento ‘profesional’ en el trato con los clientes” (1995: 285) que utilizan las prostitutas. Incluso sabe que estas estrategias socavan el reconocimiento de los varones como amos y cita investigaciones donde los clientes se quejan del “acercamiento mercenario” de muchas

mujeres. Sin embargo, el énfasis de su propuesta teórica apunta a otro lado, no da importancia a estas cuestiones y reafirma el poder absoluto de los clientes sobre las prostitutas como efecto del contrato de prostitución. El riesgo de aplicar sin mediaciones enfoques como este para hacer sociología radica en que, al partir de la comprensión simbólica a nivel estructural de la institución de la prostitución como dominación patriarcal, se sobreimprime un libreto fijo a las interacciones de varones y mujeres.

Un punto crucial para esta tesis es la forma de comprender las relaciones que se dan en la prostitución. El esquema de Pateman, paradigmático para el feminismo radical, supone las posiciones fijas de varón-amo y mujer-esclava. No obstante, como señala críticamente Nancy Fraser (1993), la mercantilización del sexo en vez de otorgar dominio irrestricto al cliente –y ser así una ejemplificación perfecta del “derecho sexual masculino” que postula Pateman–, más bien plantea limitaciones al mismo. El contrato de matrimonio tiene una duración indeterminada donde el “marido puede obtener más fácilmente servicios fieles y un reconocimiento de su dominio” (Pateman, 1995: 286). En cambio, en la prostitución, generalmente fuera del marco de amor romántico, la interacción supone un enfrentamiento más claro por poner límites a la dominación e incluso disputas por los sentidos que se ponen en juego en esa performance. Las relaciones de poder que se establecen en la prostitución y especialmente la forma en que se materializan en cada interacción reclaman una comprensión que las aborde en su variabilidad. De esta manera es posible, sin olvidar las constricciones globales de la dominación patriarcal, comprender mejor las experiencias y los sentidos que las mujeres les atribuyen a sus performances.

A su vez, el modelo amo/esclava que utiliza Pateman tampoco permite comprender cabalmente las formas estructurales e impersonales que moldean las constricciones y que no dependen del comando de un varón individual (Fraser, 1993). Este mismo esquema de comprensión parece

aplicar MacKinnon cuando interpreta al pago en la prostitución como una forma de coerción que la iguala con una violación: “el dinero sirve para coaccionar el sexo, no garantiza el consentimiento. Esto convierte a la prostitución en una forma de violación en serie” (2011: 17). En este mismo sentido, cita a Janice Raymond –fundadora de la Coalición contra el Tráfico de Mujeres (CATW)– quien afirma que el dinero “meramente redefine a la violación como prostitución” (citada en MacKinnon, 2001: 1401). Además de no contemplar la variedad de sentidos y formas de circulación del dinero en la prostitución, no hay aquí una diferencia explícita entre la forma de coerción que supondría el pago –coerción económica y generizada– que depende de unas posiciones de vulnerabilidad en la estructura social, y la coerción física y/o psíquica de una violación. Sin negar los efectos de ninguna de las dos, es necesario comprender específicamente los mecanismos con que funcionan y por los que se las puede combatir de forma diferenciada.

La característica de la mirada del feminismo radical sobre la prostitución es, como venimos viendo, sostener férreamente posiciones absolutas. Esto se refleja también en las homogeneizaciones que se operan sobre las distintas modalidades en las que se comercializa sexo, subsumidas bajo el signo de la dominación. Se desestiman las diferencias entre los distintos estratos socioeconómicos, entre adultas y niñas, si hay o no proxenetas y/o coacción física y/o psíquica. MacKinnon plantea que cualesquiera de estas distinciones son “moralistas” e “ideológicas” (2011: 16) y Andrea Dworkin define la prostitución de forma unívoca:

Prostitución: ¿qué es? Es el uso del cuerpo de una mujer para tener relaciones sexuales con un hombre, él paga dinero, hace lo que quiere. En el momento en que se alejan de lo que realmente es, que se aleja de la prostitución en el mundo de las ideas [...] La prostitución no es una idea. Es la boca, la vagina, el recto, penetrados usualmente por un pene, a veces por manos, a veces por objetos, por un hombre y luego por otro, y luego por otro, y luego por otro, y luego por otro. (1993: 1)

Dworkin aclara que ninguna de las circunstancias en que ocurra la prostitución importa “porque estamos hablando de la utilización de la boca, la vagina y el recto. Las circunstancias no mitigan o modificar lo que es la prostitución.” (1993: 2). Desde estas concepciones, con los márgenes de error y varios déficits que presentan las estadísticas en relación a la prostitución (Weitzer, 2005), se hacen afirmaciones universalizantes. Por ejemplo, Kathleen Barry, otra de las referentes del feminismo radical, señala:

En todas las regiones del mundo, las estimaciones de las organizaciones que abordan la explotación de las mujeres que ejercen la prostitución, incluyendo algunos grupos de la prostitución, muestran que del 80 al 95 por ciento de toda la prostitución es controlada por proxenetas. (1996: 198)

A partir de esta forma de comprender la prostitución Barry propone la noción de “esclavitud sexual” para englobar, a excepción del cinco por ciento que no tiene proxenetas, todas las formas de prostitución³⁰. Esta conceptualización la lleva afirmar que “virtualmente la única distinción que se puede hacer entre el tráfico de mujeres y la prostitución callejera es que el primero involucra cruzar fronteras” (1988: 20). También algunas intelectuales y activistas feministas en Argentina adhieren a este enfoque y desestiman diferencias entre distintos tipos de prostitución, incluyendo la trata de personas con fines de explotación sexual y desestimando el papel de la prostitución sin proxenetas

³⁰ Resulta interesante que Barry aplique la noción de esclavitud sexual –entendida como todos aquellos casos en que las mujeres no pueden abandonar una situación de violencia y abuso sexual– también a las esposas, dejando de lado a la vez las distinciones entre “esposas y putas”, tanto como entre prostitución “libre y forzada”. Sin embargo, la forma en que sortea estas barreras es unificando la posición de todas estas mujeres en la esclavitud, de la cual Barry aclara que no es una figura retórica sino una “realidad objetiva”.

(por ejemplo ver Campaña ni una mujer más víctima de las redes de prostitución, 2008; Chejter, 2009; Fontenla, 2008; Rodríguez, 2012).³¹

En el mismo sentido, MacKinnon (2001) lanza una crítica a Simone de Beauvoir quien en *El segundo sexo* identificaba en las condiciones materiales los aspectos más problemáticos de la prostitución y por ello distinguía entre la baja prostitución y las hetairas³². “La diferencia esencial consiste en que la primera hace comercio de su pura generalidad, de modo que la competencia la somete a un nivel de vida miserable, en tanto que la hetaira se esfuerza por ser reconocida en su singularidad.” (Beauvoir, 1997: 338). Para la norteamericana, ni el precio que se pague ni las condiciones del intercambio alteran en nada la explotación sexual, el abuso que transforma a las mujeres en una cosa y les quita su humanidad. MacKinnon tampoco repara en distinciones pues hay un tipo de “mujeres prostituidas” que tiene “características estándar” (*standard condition*) –por lo que podríamos llamarlo estereotipo–; estas son: haber escapado de sus hogares, no tener vivienda y ser pobre (*runaway, homeless and poor*) (MacKinnon, 2001: 1416). Esta mirada puede ser útil para comprender de manera normativa y abstracta la prostitución; pero para el análisis sociológico que busca esta tesis es importante tomar en cuenta cómo inciden las variaciones de las condiciones materiales en las experiencias de las mujeres involucradas.

Estas experiencias serán interpretadas en términos de pasividad y sufrimiento pues “para la vasta mayoría de las mujeres del mundo la prostitución es la experiencia de ser cazadas, ser dominadas, ser abusadas sexualmente y ser física y psíquicamente maltratadas” (Farley, *et al.*, 1998: 420).

³¹ (Para una crítica de la homogeneización de trata y prostitución ver Skulj, 2012)

³² Beauvoir usaba esta denominación para las prostitutas de clase alta por referencia al nombre que recibían las cortesanas de este estrato en la Grecia antigua (para indagar sobre las condiciones que diferencian los estratos sociales de la prostitución en la antigüedad ver Kurke, 1997).

Kari Kesler, académica feminista y ex-prostituta, critica estas concepciones del feminismo radical que aplanan las experiencias de las prostitutas:

[Pateman] afirma que 'la prostitución es el uso del cuerpo de una mujer por un hombre para su propia satisfacción. No hay ningún deseo o satisfacción por parte de la prostituta'. Ella ignora las experiencias de mujeres que disfrutan su trabajo como prostitutas, y trivializa el papel de la prostituta. Su foco está solamente en el cuerpo, sin prestar atención a las habilidades y servicios que una prostituta pone en el encuentro, despoja a las mujeres prostitutas de toda agencia. Las prostitutas no son simplemente 'cuerpos', y yo encuentro muy irónico que un análisis feminista de la prostitución deba cosificar [objectify] a las mujeres de esta manera. (2002: 229)

El énfasis en las relaciones de dominación entre varones y mujeres, y los significados fijos que se atribuyen a las prácticas sexuales, llevan a subrayar las experiencias de las mujeres en torno al padecimiento. (Barry, 1988; Farley, *et al.*, 2005; Jeffreys, 2009). MacKinnon incluso se vale de la generalización del sufrimiento para cuestionar la idea de que las mujeres en la prostitución –las “prostitutas”– son perversas, lujuriosas, y mostrar que son mujeres iguales a las demás. Para esta autora, el hecho de que las mujeres sufran en la prostitución es la prueba de que “son mujeres normales”³³. El sufrimiento garantiza la normalidad. MacKinnon no critica el principio de la norma que estigmatiza a las “prostitutas”, que las divide y jerarquiza entre las “putas” (las que podrían llevar la prostitución con placer o sin sufrimiento) y las “santas” (que no pueden sino sufrir), su estrategia para la crítica del estereotipo es la homogeneización por

³³ “La idea de que las mujeres prostituidas no son dañadas por la prostitución es refutada por sus propios relatos y por estudios científicos. Ellas son mujeres normales.” (MacKinnon, 2001: 1395)

normalización. La pregunta que podría plantearse entonces es: ¿Las mujeres que no sufren en la prostitución son anormales?

Si la victimización satura las posibilidades interpretativas de las experiencias de las mujeres en prostitución, en los casos en que ellas mismas se ubiquen de otra forma este posicionamiento puede ser desmentido. Con un enfoque similar al de Farley, pero desde la tradición psicoanalítica argentina, se plantea que los casos de mujeres que se apartan de la posición de víctima

muestran una falsa fortaleza yoica, con actitudes de desparpajo que ocultan su extrema indefensión. Les resulta imprescindible realizar un simulacro ante los prostituyentes y su disociación se incrementa aún más ya que para resultar atractivas fingen dando una idea de fortaleza dentro de esa ficción (González, 2005: 10)

El papel de víctima asignado a las mujeres prostituidas, no difiere en gran medida de la concepción más general del feminismo radical sobre las experiencias de mujeres. Al abrir el capítulo “Sexualidad”, MacKinnon interroga:

¿Qué es lo que tiene la experiencia de las mujeres que produce una perspectiva particular acerca de la realidad social? [...] La cosificación de la mujer, primero en el mundo, luego a nivel de la mente, primero en la apropiación visual y luego en el sexo forzado y por último en el asesinato sexual, proporciona las respuestas. (1987: 127)

Entonces, ¿hay algo particular en la experiencia de las mujeres prostituidas respecto del resto de las mujeres? ¿Cuál sería el problema en homologar la experiencia de las mujeres prostituidas con otras experiencias laborales? La especificidad de la prostitución para el feminismo radical deriva de su concepción de sexualidad, la cual constituye el núcleo argumental más duro para negarle el carácter de trabajo. MacKinnon es concluyente:

Una teoría sobre la sexualidad se vuelve feminista de manera metodológica, en el sentido post marxista del término, si trata la sexualidad como un constructo social de poder masculino: definido por los hombres, impuesto a las mujeres y constituyente del significado de género. Este enfoque centra el feminismo en la perspectiva de la subordinación de las mujeres al hombre al identificar al sexo –es decir, la sexualidad del dominio y la sumisión– como crucial, como fundamental, como definitivo en cierto nivel, en dicho proceso. (1987: 130)

En su análisis de las posiciones feministas respecto a la prostitución y la sexualidad, Wendy Chapkis (1997) señala que aun dentro del feminismo radical se pueden separar dos concepciones de sexualidad, una que llama “anti-sexo” y otra, “pro-sexo positivo”. Dentro de la primera, enmarca las concepciones que se oponen a toda forma de sexualidad, y en la segunda, las que consideran que el sexo en el marco de reciprocidad o amoroso o igualitario puede ser una práctica positiva desde un punto de vista feminista.

MacKinnon afirma que la sexualidad es, en sí, una construcción del poder masculino constituida en y por el significado y la práctica de la dominación y la agresión de forma incuestionable³⁴. La prostitución únicamente hace más visible lo que es constitutivo de la sexualidad. Para las mujeres, la única forma de combatir ese poder es por la negativa, es la resistencia al sexo. Negociar el placer sexual no conlleva a ninguna forma de libertad, ni es el placer un tema central de la sexualidad femenina; la cuestión es la dominación y la forma de detenerla (MacKinnon, 1987).

³⁴ E incluso este significado de la sexualidad podría ir más allá del género “También puede ser que la sexualidad esté tan marcada por el género que conlleva el dominio y la sumisión, independientemente del género de sus participantes.” (MacKinnon, 1987: 145)

La radicalidad de este planteamiento³⁵ parece conducir a la trascendencia, siguiendo la lectura que sugiere Judith Butler³⁶:

En los términos de su propio análisis la ‘libertad’ que MacKinnon evoca consiste en una trascendencia radical de la ‘realidad’ social tal como ‘es’; no consiste en luchar dentro de los términos de la fábrica social, en discernir los márgenes que escapan a la marca hegemónica, o reevaluar las posiciones de subordinación como posiciones de eficacia socialmente constituida”. (1991: 94)

Un punto intermedio de esta concepción está representado por autoras como Sheila Jeffreys que dirigen la crítica especialmente al sexo heterosexual, y dejan la posibilidad de una sexualidad igualitaria para ciertas relaciones lésbicas (excluyendo las que involucran prácticas sadomasoquistas o las parejas *butch-femme*).

Por último, otras feministas radicales conciben posibilidades de sexualidad heterosexual que no implicarían la dominación de las mujeres. Por ejemplo, para Carole Pateman, a pesar de criticar el contrato matrimonial, existen chances de sexualidad no opresiva en el vínculo conyugal pues “la relación conyugal no es necesariamente de dominación y en eso difiere de la prostitución” (1983: 563). Incluso un vínculo sexual sin afecto y sin amor puede ser

³⁵ En una conferencia en Buenos Aires MacKinnon (2011) moderó el tono de sus concepciones frente al público. Allí señaló que la prostitución no es “sexo verdadero” pues no sostiene la mutualidad, y concluyó que, si los/as académicos/as que defienden el “trabajo sexual” no conciben otra realidad, las mujeres en prostitución sí pueden imaginar una vida con “trabajo y amor reales”, usando un apelativo tono moral, aunque sin precisar qué características tendrían estos.

³⁶ En la aguda crítica de Butler los problemas de MacKinnon no se limitan a su concepción de sexualidad, sino que la forma determinista en que teoriza el poder deja una incógnita sobre desde qué posición la propia MacKinnon podría iluminar la universal dominación de la mujer. Esta posición, acriticamente asumida por MacKinnon, es para Butler similar a la de un dios omnisciente, lo que la lleva a preguntarse, con preocupación por los efectos políticos de esta mirada, si MacKinnon es una teórica o una teóloga.

“moralmente aceptable si es el resultado de la mutua atracción física libremente expresada por los dos individuos” (1983: 563). Pateman construye una noción de sexualidad indisociablemente unida a la identidad: “el yo no se subsume por completo en su sexualidad pero la identidad es inseparable de la construcción sexual del yo” (1985: 284). Por ello, “cuando una prostituta contrata el uso de su cuerpo, se está vendiendo a *sí misma* en un sentido muy real” [énfasis en el original] (1985: 285) y así la prostitución no puede ser jamás consentida ni expresar ninguna forma de mutualidad. A pesar de las variantes en sus concepciones de sexualidad, este último punto –la relación intrínseca entre sexualidad, intimidad e identidad o *self*– es compartido tanto por Jeffreys como por MacKinnon, quien indica que “la sexualidad es al feminismo lo que el trabajo al marxismo: lo que es más propio de cada una/o pero también lo más robado” (1982: 515).

Aunque el feminismo radical es la línea teórica más desarrollada dentro de las posiciones abolicionistas, o que no ven a la prostitución como trabajo, también podemos encontrar otras autoras que se reconocen como feministas y comprenden de otras formas la prostitución y su vínculo con la sexualidad. En el contexto local –aun con una posición política que se opone a la prostitución como institución– algunas autoras han indicado la necesidad de captar variaciones objetivas y subjetivas enraizadas en las diferentes condiciones en que se lleva a cabo la prostitución, así como de valorizar los procesos políticos de estas mujeres (Das Biaggio, *et al.*, 2008). Dora Barrancos ha llamado la atención sobre la necesidad de escuchar, comprender y dialogar con aquellas mujeres que se reconocen como trabajadoras sexuales³⁷. “Cerrar la cuestión de la prostitución

³⁷ Otras intelectuales y activistas como Diana Maffia también han convocado al diálogo entre las distintas organizaciones de mujeres involucradas –abolicionistas y pro-trabajo sexual–, a fin de identificar en el proxenetismo al enemigo común. (ver Berkins y Korol, 2007).

en un discurso normativo que solo evoca la raíz patriarcal del sometimiento, es tan equivocado como el de argumentar simplemente que se trata de una actividad económica” (Barrancos 2008: 164). Ella propone repensar la sexualidad y el erotismo desde el feminismo y “no juzgar apenas con la teoría patriarcal en la cabeza, porque es insuficiente, más allá de su esquemática corrección” (2008: 164).

En este sentido, algunas miradas proponen dejar de lado las dicotomías forzada/libre, prostituta víctima / “prostituyente” victimario. A contramano del feminismo radical –ampliamente difundido en el ámbito local–, pero también crítica de las activistas que defienden el trabajo sexual, Analía Aucía plantea:

Pensar a las mujeres en situación de prostitución, cualquiera sea su forma, como si estuviesen en un estado de servidumbre sexual permanente, significa fijarlas en un lugar de impotencia, de victimización. Quitar márgenes de elección, de decisión, cuando es posible ejercer cierta autonomía, que de hecho se ejerce, implica constreñir a las mujeres involucradas a una posición de objeto donde la dimensión subjetiva, cultural y la historia singular quedarán borradas. El efecto de este borramiento obtura la posibilidad de explicar a la prostitución de las mujeres desde una dimensión política, más precisamente, desde el entramado de poder que la ha producido y la sigue reproduciendo. Por otro lado, asimilar la prostitución a una opción laboral, entre otras, rotulando sin más a las mujeres como trabajadoras sexuales implica desconocer el contexto cultural, social y económico en el que se han constituido, se conforman y desarrollan las diversas prácticas de sexo a cambio de dinero.” (2006: 47).

También a nivel global otras autoras desarrollan una comprensión contextualizada de la comercialización del sexo, desarticulando cualquier esencialismo. Desde estas posiciones se toma en cuenta el papel del género –pero no como una estructura de dominación dicotómica e inamovible– sin desatender el rol que juegan la clase y la raza. Por ejemplo, Laurie Shrage (1994), retomando a Geertz,

entiende que las prácticas e instituciones deben ser comprendidas no sólo en relación con las categorías que organizan las relaciones sociales, sino también como artefactos creados y transformados en cada escenario sociohistórico. A partir de allí, Shrage critica los intentos de construir una descripción unívoca y evolucionista de la prostitución, y busca comprender sus significados a partir del contraste con otras culturas y épocas. Propone hablar de “prostituciones” mostrando que tienen distintos orígenes y consecuencias sociales, y que no todas conllevan un sentido degradante (por ejemplo, aquellas ligadas a los cultos de fertilidad o la poliandria informal). Shrage concluye que en la sociedad norteamericana contemporánea los significados asociados a la práctica de la prostitución son efectivamente degradantes para las mujeres. Para ella la prostitución está actualmente construida a partir de una serie de creencias que perpetúan tanto su propia existencia como la marginación hacia las mujeres y las personas afroamericanas. Sin embargo esta no es una característica intrínseca de la práctica, sino culturalmente contingente³⁸.

Otra mirada que busca comprender a la prostitución desde un enfoque no esencialista es la de Debra Satz (1995). Ella, como Shrage, parte de la idea de que no es posible determinar *a priori* qué es la prostitución y reconoce la necesidad de evaluar los distintos contextos en que ocurre, poniendo a consideración las diferencias entre las “*call girls*” (el estrato más alto, que en la jerga local se llaman “escorts”) y las “*streetwalker*” (prostitución callejera) y la prostitución masculina. La posición de Satz se distancia tanto del enfoque economicista que comprende a la prostitución desde una mirada abstracta en términos de mercado, como del enfoque esencialista que la ve como inherentemente dañina.

³⁸ La contingencia de los sentidos asociados a la prostitución se revela también en su propuesta de “un aparato regulatorio que busque detener la prostitución por la subversión de algunos de los principios que le dan forma. Este dispositivo debería proteger a las mujeres de la explotación capitalista extrema de formas no paternalistas” (Shrage, 1994: 125).

Al tomar en cuenta distintas vivencias de la sexualidad, Satz apunta la crítica en otro sentido. Para ella, lo problemático de la prostitución es que contribuye a degradar el estatus de las mujeres frente a los varones, aunque esta no es una característica propia de la comercialización del sexo, sino del contexto de inequidad de género y los modos actuales de los mercados de labor sexual.

Una mirada que ha aportado varios elementos para esta tesis es la de Julia O'Connell Davidson, quien combina el enfoque de género con la crítica marxista del contrato liberal que revela las asimetrías entre las partes contratantes. La autora señala que esta crítica no está presente en algunos de los discursos que sostienen la idea del trabajo sexual (O'Connell Davidson, 2002). No obstante, objeta tanto las miradas abolicionistas como las pro-trabajo sexual; cuestiona la concepción reificada del poder, que para unas aparece en manos de los clientes y/o proxenetas, y para otras se halla concentrado en el estado y en la legislación que criminaliza a la prostitución. También discute las concepciones naturalistas del sexo, inextricablemente ligado al *self* de las prostitutas para el feminismo radical, o naturalizado en el deseo/necesidad sexual del cliente para las que defienden la idea del trabajo sexual. En este punto, O'Connell Davidson critica acertadamente los planteos de Chapkis y de Pat Califia³⁹ quienes se basan en la supuesta satisfacción de necesidades vitales de los clientes para fundar el valor social de la prostitución, permitiendo que se reinstale, sin notarlo, la idea del deseo sexual masculino como irrefrenable.

O'Connell Davidson conceptualiza a la prostitución como “una institución que permite a los clientes obtener temporalmente ciertos poderes de mandato sexual sobre

³⁹ (Ver una crítica similar en Overall, 1992). Dicha cuestionamiento también cabe a las reflexiones de Laura Agustín vertidas en un artículo de 2012 donde valora el papel del trabajo sexual como forma resolver demandas de satisfacción sexual, pero no considera significativo el hecho de que la mayoría de los clientes sean varones y pasa por alto el papel de las técnicas autoeróticas como formas de resolver la supuesta necesidad sexual.

prostitutas” (1998: 3). Al igual que otros contratos de trabajo asalariado en el capitalismo, la prostitución implica una rendición de los poderes personales sobre la propia voluntad a favor de otro⁴⁰. A ello se suman las inequidades que marcan el mercado del sexo en términos de clase, raza y nacionalidad, además de los más evidentes de género –aunque la autora señala que no por evidentes deben ser tratados de forma simplista como lo hace el feminismo radical al fijar posiciones estáticas para varones-dominantes y mujeres-subordinadas–. Pero las diferencias con otras formas de explotación no sólo radican en las inequidades del mercado, sino también en la relación entre el *self* y la sexualidad. O’Connell Davidson se distancia de las miradas esencialistas que ligan inextricablemente la sexualidad con el *self*, pero advierte que el sexo está construido socialmente como una esfera gobernada por nociones no comerciales (el honor, la vergüenza, el placer, el amor y la lealtad, entre otras) (1996: 193). Esto posiciona a los intercambios de sexo por dinero en un espacio liminal, marcando a la prostituta como Otro social (1998). Ahora bien, en este punto O’Connell Davidson no problematiza las distintas formas en que las mujeres que se dedican a la prostitución se sitúan respecto de esta concepción hegemónica que liga al sexo con el amor y la intimidad, algo que he abordado en esta tesis a partir de los relatos de las entrevistadas.

La concepción de trabajo sexual y el feminismo pro-sexo

La otra posición del debate feminista sostiene la noción de “trabajo sexual” como forma de conceptualizar a la prostitución. Aquí ocupan un lugar importante las feministas que en el contexto de las *sex wars* se han denominado “pro-sexo”.

⁴⁰ Aquí se agrega la crítica a la ficción liberal de la propiedad de sí mismo, lo que Marx denominará la “fuerza de trabajo”, como algo inescindible de la propia persona.

Para este conjunto de intelectuales y activistas la comprensión de la prostitución funciona dentro de un marco más amplio. Se analiza, además de la prostitución, el lugar de la pornografía, el sadomasoquismo (S/M), y otras prácticas sexuales desvalorizadas dentro de lo que Gayle Rubin (1989) denominó la “jerarquía de valor sexual”. Allí, las distintas prácticas sexuales y los contextos en que se llevan a cabo se distribuyen en un orden que sanciona como negativo todo lo que se aleje de la heterosexualidad monogámica, procreativa y doméstica.

Es necesario establecer distinciones dentro de los planteos pro-sexo, pues allí encontramos miradas que perciben a la prostituta en un sentido diametralmente opuesto al del feminismo radical, como un agente de subversión del orden sexual. Chapkis (1997) denomina *sexual libertarianism* a esta posición –que diferenciará de las *sex radicals*– y pone como ejemplo a Camille Paglia quien invierte los términos del discurso victimizante del feminismo radical: son los varones quienes están desprotegidos frente a la sexualidad femenina y, en una posición de inferioridad, sólo pueden apelar al dinero frente a las prostitutas. Ellas, no sólo dejan de ser víctimas, sino que están en total control de la situación. Luego, afirma Paglia, simplemente dejando de lado los prejuicios moralistas del feminismo, la prostitución puede ser vista no sólo como un trabajo igual a cualquier otro, sino mejor pago. Incluso describe la figura de la prostituta como aquella mujer rebelde (*outlaw*) que logra liberar su sexualidad⁴¹. Esta forma de concebir las posiciones de los sujetos en abstracto reduce las interacciones a decisiones de actores individuales y hace caso omiso de los procesos sociales más amplios que las enmarcan y atraviesan. El foco en el nivel individual se asemeja a las posiciones liberales,

⁴¹ Podemos preguntarnos si los parámetros con que se juzga a la prostitución como práctica sexual subversiva responden a las pautas de las sexualidades contemporáneas o a los que regían en la época de la represión victoriana de la sexualidad femenina.

que acertadamente critica el feminismo radical⁴², donde la ficción del contrato oblitera las asimetrías que subyacen entre las partes.

Según Chapkis, las feministas *sex radicals* elaboran sus concepciones sobre sexualidad teniendo en cuenta un contexto cultural de dominación masculina: “el sexo se entiende como construido por esta cultura, sin ser completamente determinado por ella” (1997: 23). Lo que caracteriza a esta perspectiva es la noción de que el sexo es un terreno de lucha y no un campo de posiciones fijas de género y de poder. Dos casos que ejemplifican esta posición son la reflexión sobre las prácticas de prostitución sadomasoquistas (S/M) y la redefinición del tráfico de mujeres. En esta última, se abordan las actuales cruzadas anti-trata trazando paralelos con el clima de pánico moral que cundía a fines del siglo XIX con la “trata de blancas” (Doezema, 2000; Schettini, 2013). A su vez, los procesos que muchas veces son interpretados como casos de trata con fines de explotación sexual son reenmarcados –a partir de los relatos y las experiencias de las mujeres– dentro de diversos tipos de tránsitos transnacionales y problemáticas migratorias, sin perder de vista la agencia de estas mujeres (Agustín, 2006; Kempadoo, 2005; Piscitelli, 2008; Piscitelli, *et al.*, 2011). En el caso de la comercialización de servicios S/M, la posición dominante de la prostituta y subordinada del cliente –si bien son una fantasía delimitada y no subvierten todo el orden social y sexual– complejizan los significados de la práctica. Las interpretaciones sobre los servicios S/M pueden ir desde la subversión representada las “amas” o *dominatrix*, al énfasis sobre el marco más general y el deseo del cliente que sigue rigiendo la interacción, pero en cualquier caso dejan de lado la matriz lineal y dicotómica del amo y la esclava. (crf. McClintock, 1993; O’Connell Davidson, 1996)

⁴² (ver especialmente la crítica de Pateman a Ericsson, 1983)

La puesta en cuestión de los significados dominantes en relación a la sexualidad y la atención que se presta a las experiencias que se articulan en los grupos sexualmente marginales son aspectos centrales de la concepción de las miradas pro-sexo. Carole Vance advierte que:

Dar por hecho que los símbolos tienen un significado unitario, el que les da la cultura dominante, significa dejar de estudiar la experiencia y el conocimiento de los símbolos en los individuos, así como la capacidad individual de transformar y manipularlos de una forma compleja que se nutre del juego, la creatividad, el humor y la inteligencia [...] Dejar de lado el potencial de cambio es colocar a las mujeres, sin pretenderlo, fuera de la cultura, salvo como receptoras pasivas, de los sistemas oficiales de símbolos. (1989: 33)

Sin embargo, un deslizamiento puede conducir desde la comprensión compleja y matizada del poder a considerar directamente como subversivas ciertas prácticas. Tanto el individualismo descontextualizado de Paglia como el determinismo de MacKinnon se dejarían de lado en la concepción *sex radical* que comprende al sexo como una “táctica cultural” –según Chapkis en referencia a la noción acuñada por de Certeau–. Se propone que dicha táctica puede servir para desestabilizar o reforzar el poder masculino (Chapkis, 1997).

Ahora bien, diferenciar cuándo la táctica funciona en una u otra dirección y en qué medida es efectiva, implica dos claves de análisis. Por un lado, como dije más arriba, si se quiere evitar una mirada “romántica” de las resistencias será necesario ponerlas en relación con el poder, no desligar las prácticas y las estructuras significativas, para poder responder a las difíciles preguntas: ¿Hasta qué punto estas prácticas pueden desestabilizar o, más puntualmente, disputar la hegemonía masculina que les otorga sentido? ¿Se ensamblan en un proyecto político colectivo que se opone a las formas instituidas de las relaciones de poder o

son elusiones, ardides que sólo desestabilizan momentáneamente el sentido y las relaciones de poder, operando sobre todo en un nivel micro?

Por otro lado, si nos referimos al sexo que acontece en la prostitución es necesario considerar, sin desestimar las variaciones, las características que la signan y delimitan sus propiedades como terreno de lucha particular dentro de la sexualidad. Aunque las concepciones constructivistas sobre sexualidad que enmarcan esta tesis coinciden en un nivel general con las posiciones pro-sexo, considero que algunos aspectos específicos de la prostitución como trabajo sexual se pierden en el enfoque de las *sex radicals*. Al partir del esquema de la jerarquía de valor sexual y englobar a la prostitución junto con otras formas de sexualidad marginadas y estigmatizadas, se omiten algunos reparos previos para pensar a la prostitución como una forma de sexualidad. No me refiero a los reclamos de las feministas radicales que igualan prostitución y violación, sino a los propios reclamos de la posición del “trabajo sexual”, las miradas de feminismo marxista (o de las propias mujeres que se dedican a la prostitución y la conciben como un trabajo).

A diferencia de otras formas de sexualidad estigmatizada, la prostitución cruza sentidos sexuales y económico-laborales. En el análisis laboral, la explotación y precarización laboral, así como la resistencia contra ella, son puntos centrales, más que los que ligan la práctica al deseo o al erotismo. Rubin señala: “las prostitutas y otros trabajadores sexuales difieren de los homosexuales y demás minorías de este tipo. El trabajo sexual es una ocupación, mientras que la desviación sexual es una preferencia erótica” (1989: 148), pero luego su análisis se ocupa más de los rasgos que los asemejan, dejando de lado esta diferencia. Si bien en esta tesis efectivamente concibo que la sexualidad es un terreno de lucha donde se disputan los sentidos y las valoraciones, también pienso que es necesario caracterizar a la prostitución como una práctica sexual que, además de estigmatizada, es atravesada por variables erótico-económicas.

A diferencia de otras formas eróticas marginadas, este es fundamentalmente un erotismo de mercado que se constituye dentro de las formas de explotación capitalista y patriarcal⁴³.

En este último punto hay también otro matiz que considero indispensable para pensar la relación entre sexualidad y prostitución. Aun sosteniendo una concepción del género como un conjunto de posiciones móviles y en conflicto, es imprescindible tener en cuenta que la prostitución es globalmente un fenómeno constituido de forma asimétrica. Es decir, la gran mayoría de las que comercializan su sexualidad son mujeres o travestis feminizadas y quienes compran en este mercado son varones. Entonces, si la mirada del feminismo pro-sexo tiende a independizar la sexualidad del género, puede cuestionarse en qué medida este enfoque es útil para analizar un fenómeno tan atravesado por el género. Comparto en términos más globales la crítica de Rubin a la fusión total entre sexo y género para pensar la sexualidad. No obstante, para conceptualizar el caso puntual de la prostitución creo más pertinente la perspectiva de las *Notas sobre la economía política del sexo* (1986) y su concepto de sistema sexo-género, que aquella de las *Notas para una teoría radical de la sexualidad* (1989), donde sexo y género son

⁴³ Este marco revela que para el caso de la prostitución serían insuficientes los puntos que Rubin sienta para evaluar las prácticas sexuales con una moralidad democrática: la forma en que se tratan quienes participan en el acto sexual, el nivel de consideración mutua, la presencia o ausencia de coerción y la cantidad y calidad de placeres que aporta (1989: 142). Evaluar las prácticas sexuales-laborales únicamente bajo estos criterios podría no contemplar los intereses de las/os “trabajadoras/es sexuales”. Si se consideran los placeres que aporta la práctica –los intereses de los clientes– podríamos pensar en una asimetría fundamental, pues sólo uno de los participantes usa su deseo sexual como criterio, tal como plantea O’Connell Davidson (1998). La mutualidad y reciprocidad sólo podría aparecer bajo la difícil traducción del deseo sexual en interés económico. Sin embargo, en el esquema de Rubin no hay ninguna consideración de los beneficios económicos o extra-sexuales. Tomar en cuenta aspectos económicos y laborales supone una reconsideración específica del sexo mercantilizado para conocer cuáles son los valores en juego desde la perspectiva de las y los trabajadores.

considerados como dos vectores de opresión relacionados, pero pensando en una teoría autónoma de la sexualidad⁴⁴. De hecho, Rubin aclara este punto en dos fragmentos:

El desarrollo de este sistema sexual se ha producido en el contexto de las relaciones entre géneros. Una parte de la moderna ideología sexual es que el deseo es atributo de los hombres y la pureza lo es de las mujeres. Las mujeres han sido hasta cierto punto excluidas del moderno sistema sexual [...] En la industria del sexo, las mujeres han sido excluidas de la mayor parte de la producción y consumo, y se les ha permitido participar principalmente como trabajadoras. (1989: 184)

Las herramientas conceptuales feministas fueron elaboradas para detectar y analizar las jerarquías basadas en el género. En la medida en que dichas jerarquías se sobreponen a las estratificaciones eróticas, la teoría feminista posee cierto poder de explicación (1989: 186)

Es crucial no olvidar estos señalamientos. Muchas lecturas de los planteos de las *sex radicals* se ven perjudicadas por el juego político de polarización. En este sentido, Adriana Piscitelli sostiene la necesidad de correrse de las posiciones extremas que tienden a la simplificación de la problemática. En *Gênero no mercado do sexo* –un artículo clave que sintetiza este punto de vista– Piscitelli aclara que los problemas ocurren cuando se interpreta la sexualidad como mera corporificación del género –tal como se puede leer la perspectiva de MacKinnon– o como parte de posiciones o identidades de género fijas; pero también cuando en una perspectiva de identidades fluidas se dificulta el acceso a los *scripts* que están siendo performados en un contexto (Piscitelli, 2005: 20).

⁴⁴ Sobre estos dos textos y sus diferencias de énfasis ver la entrevista de Butler a Rubin (Butler, 1994)

La cuestión de la identidad y las formas de identificarse han sido una clave para el desarrollo del enfoque que concibe a la prostitución como trabajo. Este punto tiene relación con el hecho de que esta perspectiva surgió del diálogo entre cientistas sociales y movimientos de prostitutas. Según la activista y prostituta Carol Leigh (1997), la expresión “sex work” y luego “sex worker” fueron acuñadas por ella en 1980 debido a los problemas que les causaba a las mujeres presentarse como “prostitutas” en los contextos feministas. Este neologismo, que acabará desplazando las anteriores reivindicaciones bajo la categoría de “puta” (*whore*)⁴⁵, según Leigh no es un eufemismo, sino un intento de construir una identificación positiva y dejar de lado la vergüenza. Entonces la concepción de la prostitución como un trabajo se halla estrechamente ligada desde su surgimiento a dos problemas centrales: la estigmatización y las divisiones entre mujeres. Ambos han sido puntos cruciales de las reflexiones de los movimientos de prostitutas, tal como se manifestó en los primeros congresos internacionales de prostitutas. Allí, avanzaron los intercambios y la cooperación entre activistas y académicas que quedaron plasmadas en *A vindication of the right's of whore*.⁴⁶ El juego con el título del libro de Mary Wollstonecraft denota la intención de poner en cuestión las divisiones entre putas y el resto de las mujeres.

En ese contexto, Gail Pheterson (2000) ha desarrollado la noción del “estigma de puta” como elemento constitutivo sin el cual no puede comprenderse a la prostitución. Asimismo, Pheterson subraya la interacción entre estigma y género –visible en las diferencias que implica involucrarse en la prostitución para mujeres y para varones– y también con la clase, etnia y nacionalidad. Para Pheterson, lo que se

⁴⁵ Aunque algunas como Gabriela Leite o Pia Cove, persisten en la idea de reivindicarse directamente como “putas” y cambiar el sentido degradante de esta denominación.

⁴⁶ Traducido al español como *Nosotras, las putas* (Pheterson, 1989).

sanciona específicamente con el estigma de puta es el pedido explícito de dinero, pero además se condena cualquier gesto de autonomía femenina⁴⁷. Así, el estigma y el epíteto de “puta” actúan no sólo sobre las prostitutas, sino sobre todas las mujeres. Dolores Juliano (2002, 2003) ha retomado esta idea al concebir a la estigmatización de las putas como modelo de control sobre la sexualidad femenina, que refuerza la división entre mujeres puras y putas aislando a las prostitutas en un submundo. Por ello, para estas autoras, como para toda la posición pro-trabajo sexual, es clave la alianza entre putas y no putas como forma de poner en cuestión la división patriarcal entre mujeres “buenas” y “malas”. Kamala Kempadoo también ha sugerido otras alianzas posibles a partir de la redefinición de la prostitución como trabajo sexual pues se vincula con:

Las luchas por el reconocimiento del trabajo de la mujer, por los derechos humanos básicos y por condiciones de trabajo dignas: luchas que no son específicas de la prostitución y el comercio sexual, sino que son comunes a la lucha general de las mujeres [y a su vez esta redefinición] destaca la naturaleza variada y flexible del trabajo sexual así como sus similitudes con otras dimensiones de la vida de las/los trabajadores/as. (1998: 1).

⁴⁷ Pheterson plantea una lista de actividades que supuestamente llevan a cabo las prostitutas, pero que pueden imputársele a cualquier mujer, por las cuales la sociedad las considera deshonoradas: “(1) relacionarse sexualmente con extraños; (2) relacionarse sexualmente con muchas parejas; (3) tomar la iniciativa sexual, controlar los encuentros sexuales y ser una experta en sexo; (4) pedir dinero a cambio de sexo; (5) satisfacer las fantasías sexuales masculinas de manera impersonal; (6) estar sola en la calle por la noche, en calles oscuras, vestida para provocar el deseo masculino; (7) encontrarse en situaciones determinadas con hombres insolentes, borrachos o violentos que o bien una puede manejar (‘mujeres descaradas o vulgares’) o ser manejadas por ellos (‘mujeres convertidas en víctimas’)” (Pheterson, 2000: 59). También en el contexto del temor por la expansión de la sífilis –siglo XIX– existía una asociación directa entre las mujeres obreras y las prostitutas, como peligrosas para la familia, contrapuestas a la mujer decente esposa y ama de casa (Grammático, 2000).

El enfoque del trabajo sexual expande tanto las nociones de trabajo como las de sexualidad. Por un lado, en el caso de la sexualidad permite ir más allá de los intercambios que usualmente se piensan como “prostitución”, es decir sexo a cambio de dinero y sin afecto. Por ejemplo, las investigaciones de Piscitelli (2008) consideran los vínculos afectivos que las mujeres brasileras entablan con turistas sexuales, con quienes migran y pueden casarse, como parte de una estrategia para tener una movilidad social ascendente que en su contexto vernáculo les sería imposible. También Kempadoo (1996) examina lo que en las sociedades del Caribe como en África se conoce como “sexo transaccional”, es decir intercambios sexuales a cambio de bienes o mejoras diversas. Esta autora critica la homogeneización de las experiencias de las mujeres del “Tercer mundo”. Señala que las miradas del feminismo radical suponen que los valores sexuales deben fundarse en la intimidad pues el sexo involucra lo más personal, privado y sensible de nuestro ser físico y psíquico. Kempadoo discute esta concepción tan general del sexo puesto que “borra otras definiciones y experiencias culturales de sexualidad y relaciones sexuales-económicas, como las que se encuentran, por ejemplo, en varios países de África y el Caribe, o en la juventud tailandesa y brasileña, e impone una definición muy estrecha de sexo desde una visión de sexo feminista estrictamente occidental y burguesa”. (1998: 4). Detrás de la concepción de las mujeres del “Tercer mundo” como meras víctimas sin ninguna capacidad de agencia, existe, según Kempadoo, un neocolonialismo que acalla las voces de estas mujeres e imagina su experiencia a partir de las concepciones de género y sexualidad hegemónicas en el primer mundo occidental⁴⁸.

⁴⁸ No sólo se homogeneizan las miradas sobre las sexualidades, sino que, en la polarización, las lecturas abolicionistas pueden llevar a igualar un discurso del trabajo sexual como el de Kempadoo con la doctrina de la tolerancia de la iglesia católica y plantear a ambos como etiquetas estigmatizantes. (ver Nuñez, L., 2002)

Por el otro lado, en el caso del trabajo, la concepción de trabajo sexual ligada a la noción de mercado del sexo (Pisicelli, 2005) o de industria sexual (Agustín, 2005a) muestran una plétora de actividades, directa o subsidiariamente movilizadas por la comercialización de sexo. Estas autoras señalan que la prostitución es sólo un servicio dentro de esta industria de la cual forman parte:

Burdeles o casas de citas, clubes de alterne, ciertos bares, cervecerías, discotecas, cabarets y salones de cóctel, líneas telefónicas eróticas, sexo virtual por Internet, sex shops con cabinas privadas, muchas casas de masaje, de relax, del desarrollo del 'bienestar físico' y de sauna, servicios de acompañantes (call girls), unas agencias matrimoniales, muchos hoteles, pensiones y pisos, anuncios comerciales y semi-comerciales en periódicos y revistas y en formas pequeñas para pegar o dejar (como tarjetas), cines y revistas pornográficos, películas y videos en alquiler, restaurantes eróticos, servicios de dominación o sumisión (sadomasoquismo) y prostitución callejera. (Agustín, 2000: 2)

A partir de esta expansión, el concepto de “trabajador/a sexual” da la posibilidad de conectar la prostitución, tanto con otras actividades de la industria del sexo, como con otras actividades de las mujeres trabajadoras. Esto, según Kempadoo, “puede ser la base de movilización en luchas por condiciones de trabajo, derechos y beneficios y por formas de resistencia más amplias contra la opresión de los/las trabajadores/as en general y de las mujeres en particular” pues esta concepción “pone de manifiesto que los intereses comunes de las mujeres trabajadoras pueden articularse dentro del contexto de luchas (feministas) más amplias contra la devaluación del trabajo de las ‘mujeres’ y la explotación de género dentro del capitalismo.” (1998: 3).

A pesar de estas potencialidades políticas –cuyos alcances podremos ir sopesando en paralelo con el desarrollo los capítulos siguientes–, a nivel analítico el concepto de trabajo sexual puede encontrar algunas limitaciones. La

consideración de la prostitución como un trabajo supone tomar en cuenta las similitudes con otras situaciones de explotación en el sistema capitalista, con el riesgo de homogeneizarla y descuidar sus especificidades. Kempadoo por ejemplo, siguiendo el análisis de Louise White, concluye que “el trabajo sexual comercial –trabajo sexual transformado en mercancía– es específico de una forma capitalista, abierto a similares formas de presión y manipulación que *cualquier otra forma de trabajo asalariado*” [cursivas agregadas] (1998: 2). Al igual que subsumir a la prostitución con otras formas de sexualidad estigmatizadas puede hacernos perder de vista ciertas características, algo similar sucede al concebirla “como cualquier otro trabajo”. Si bien esta homogeneización no se halla generalizada en los estudios académicos sobre trabajo sexual, en el contexto de polarización y enfrentamiento con concepciones como las del feminismo radical, los aspectos distintivos de la prostitución suelen recibir menos énfasis que aquellos que la conectan con otros trabajos. A esto se suman sentidos que aparecen en el signifiante “trabajo” que no siempre son acordes con la forma de funcionamiento de la prostitución –más abajo retomaré este punto–.

Un posicionamiento clave para esta tesis radica en poner de relieve la importancia del trabajo de investigación empírica como fuente del análisis, más que el posicionamiento político *a priori* desde concepciones ideológicas. No existe investigación sin posicionamiento político e ideológico, sin embargo existen –y con validez en su terreno– dichos posicionamientos sin investigación. Tal es la posición que planteó Elizabeth Bernstein a fines de los '90. Tras conceder que ambas perspectivas, abolicionistas y pro-trabajo sexual, pueden acertar sobre determinados aspectos de la prostitución, Bernstein (1999) señala la necesidad de realizar investigaciones empíricas para situar el análisis, especialmente considerando las diferencias que existen para los distintos mercados sexuales. Sólo recientemente en Argentina se ha comenzado a señalar esta necesidad y, a la

vez, la relevancia de poner atención en las distintas narrativas de las mujeres dedicadas a la prostitución / trabajo sexual y realizar una crítica de las posiciones esencialistas respecto a la sexualidad (Daich, 2012).⁴⁹

Bernstein propone una contextualización e historización de las distintas formas de prostitución. Un intenso trabajo etnográfico le permite diferenciar mercados para sugerir que actualmente nos encontramos en un momento de transición: desde el paradigma de prostitución moderna industrial hacia un paradigma de sexo comercial postindustrial. Este pasaje se plasma en diversas características de la transacción, en consonancia con las transformaciones entre la esfera doméstica, laboral y la “ética sexual”: el crecimiento del sector servicios, las familias recombinadas y la producción de relaciones individuales, temporarias y flexibles⁵⁰ (Bernstein, 2007b: 173). Entonces, para construir un análisis adecuado de los mercados y sus transformaciones, las prácticas de sexo comercial no deben ser vistas como excepciones, sino situadas en los cambios económicos y culturales actuales.

⁴⁹ Daich cuestiona el esencialismo del feminismo radical y afirma: “El sexo y la sexualidad no son degradantes ni deshumanizadores por sí mismos ni siquiera cuando hay dinero de por medio; ni siquiera si aceptáramos que el sexo –comercial o no– implica la cosificación del otro para el consumo o la satisfacción personal. Su decodificación depende siempre del marco cultural y social en el que se inscriben y en la imbricación compleja de ese marco con las diversas y diversificadas formas de experimentar subjetivamente el sexo”. (2012a: 80)

⁵⁰ Aunque puede ser fructífera la idea de repensar a la prostitución en el marco de las nuevas formas de sexualidad despojadas de compromisos afectivos de largo plazo –la sexualidad plástica de Giddens (1998) o el amor líquido de Bauman (2005)–, esta reflexión encuentra a mi juicio dos límites: por un lado, es necesario evaluar a qué punto y en qué clases y medios sociales (urbanos o rural) tiene cabida esta nueva ética sexual. Por otro lado, la relación con el género no sería la misma en un fenómeno que en el otro, pues estas nuevas formas de sexualidad no presentarían un carácter de género especialmente marcado, mientras que las nuevas formas de prostitución a que se refiere Bernstein continúan siendo consumos mayoritariamente de varones.

Siguiendo a Bernstein, entiendo que contextualizar y enlazar las variantes de prácticas puntuales de sexo comercial con los mercados sexuales y las estructuras culturales y económicas reinantes, más que trazar una distinción esquemática entre prostitución libre / forzada, permiten una comprensión balanceada de las distintas formas de intercambio.

Hago hincapié en la necesidad ética de distinguir entre los mercados de trabajo sexual, basada en la ubicación social y los rasgos definitorios de cualquier tipo dado de intercambio. Esto no significa sugerir que exista una división sencilla y de fácil aplicación entre la prostitución “forzada” y “voluntaria” o (aplicando una valencia moral diferente) entre trabajadoras del sexo “inocentes” y “culpables”. Más bien, estoy abogando por el escrutinio cuidadoso y atento, sobre qué precisamente está mal –y, potencialmente, bien– con diferentes modalidades de comercio sexual. (2007b: 180)

Sexo comercial: un artefacto analítico como intento de reabrir sentidos

El concepto de “sexo comercial”, aunque no es una categoría nativa, apunta a mantener una apertura para captar las miradas de las propias mujeres involucradas y pensar la prostitución desde un lugar diferente tanto de los estereotipos como de las posiciones extremas del debate. La polarización me convenció de buscar otra noción, no sólo por las diferencias en el plano teórico, sino porque varias de las mujeres entrevistadas se alineaban con, o pertenecían a organizaciones posicionadas de cada lado del debate⁵¹ tal

⁵¹ En Argentina las organizaciones de mujeres que se dedican al sexo comercial se hallan divididas, en posiciones que replican las líneas del debate feminista: las que sostienen una posición abolicionista y se autodenominan “mujeres en situación de prostitución”, la Asociación de Mujeres Argentinas por los Derechos Humanos (AMMAR Capital), y aquellas que se reivindican como “trabajadoras sexuales”, la Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina (AMMAR CTA). La similitud en las denominaciones se debe a que ambas organizaciones son fruto de una ruptura: desde mediados 1994

como se ha construido en estos años en la Argentina. De esta manera, también busco evitar la extrapolación de las categorías del debate en tanto se ligan con las discusiones sobre sexualidad emergidas en el contexto norteamericano, cuyo par antinómico (peligro / placer) no responde específicamente al análisis de las formas de sexualidad propias de la prostitución, ni de las concepciones de sexualidad en Argentina. Utilizo la denominación “sexo comercial” para hacer lugar a la comprensión de los diferentes discursos y experiencias relevadas en mi trabajo de campo y abrir las posibilidades reflexivas sobre la cuestión, poniendo entre paréntesis las dicotomías y los supuestos que implican.

Al pensar los intercambios sexuales-económicos como “sexo comercial” busco alejarme –para comprender mejor– del carácter de aberrante y la marca moral estigmatizante que señala la categoría “prostitución”. No pretendo que “sexo comercial” funcione como un eufemismo ni como gesto de corrección política, sino como un distanciamiento que permita comprender críticamente la norma que estigmatiza la prostitución. Distanciamiento por un lado y contextualización histórica por el otro; pues otro de los tantos sentidos que circulan ligados a la “prostitución” es el latiguillo del “oficio más antiguo”. Con “sexo comercial” quiero situarme históricamente en un período concreto, la modernidad capitalista, y así diferenciarlo de esa omnipresencia histórica que se imputa a la “prostitución”. A su vez, el significado que tiene la “prostitución” en el lenguaje cotidiano tampoco ayuda. En los diccionarios aparecen tres acepciones: La Real Academia Española (2001) señala:

las mujeres estaban nucleadas en AMMAR, que al año siguiente comenzó a funcionar en la CTA (Central de Trabajadores Argentinos). En 2002 tras discusiones y diferencias aparentemente insalvables –sobre todo en torno a la definición como “trabajadoras sexuales” y el objetivo de formar un sindicato– un grupo de mujeres comenzó a funcionar autónomamente como AMMAR Capital y acabaron escindiéndose y abandonando la CTA. Este proceso de división ha sido analizado con mayor detalle por Justo (2004) e Irrazábal (2006).

prostituir v. tr.

1. tr. Hacer que alguien se dedique a mantener relaciones sexuales con otras personas, a cambio de dinero.
2. tr. Dicho de una persona: Deshonrar, vender su empleo, autoridad, etc., abusando bajamente de ella por interés o por adulación.

Y el Diccionario Manual de la Lengua Española Vox (2007) agrega:

1. Hacer que una persona mantenga relaciones sexuales a cambio de dinero.
2. Deshonrar o envilecer un cargo, autoridad, etc., generalmente para obtener dinero u otro beneficio: el poder y el dinero prostituyen la política.
3. Deshonrar o envilecer una cosa, especialmente una cualidad o facultad natural.

Estos significados y sus confusiones son problemáticos para el enfoque de esta tesis. Estas acepciones no sólo presuponen que es un sujeto quien “hace que” otro lleve a cabo la práctica, además reiteran la usual descalificación moral de la “deshonra” o “envilecimiento” y sugieren que lo que se degrada es “especialmente” algo “natural”, lo cual va en dirección contraria a cualquier intento sociológico constructivista de desnaturalizar la sexualidad. Además, como señala Shrager, “prostitución” pone énfasis en la “invasión de las normas materialistas” (1994: 122), presuponiendo una relación de exterioridad entre estas normas económicas y el sexo, a la vez excluye cualquier sentimiento afectivo de la “prostitución”. Por último, los lazos entre la denominación “prostitución” y los sentidos patológicos, criminales o pecaminosos me convencieron de utilizar este significante para aludir a los discursos que alimentan esos significados, pero no a toda la práctica.

Aunque algunos de los efectos que produce la redefinición como “trabajo sexual” son productivos para esta tesis, dicha denominación también acarrea inconvenientes, sobre todo en el marco de polarización política en torno al estatus legal que debería tener la prostitución. Muchas veces se propone una distinción tajante entre el trabajo sexual, pensado como derivado de decisiones autónomas, y la trata de personas, pensada como resultado de la imposición violenta, distinción que otorga un papel definitorio a la presencia o ausencia de consentimiento de la mujer, considerado a su vez como algo bien identificable. El significado del consentimiento debe ser leído en un contexto amplio, y de manera dinámica. Al darle un papel definitorio *per se* al consentimiento, ya sea formal o implícito, se puede caer en la visión ideológicamente liberal, en este caso de las mujeres como sujetos que actúan libremente y guiadas por su sola voluntad, tal como el sujeto racional autónomo, habilitando una mirada contractualista que omite e invisibiliza las asimetrías estructurales, de género, clase y etnia-raza-nacionalidad; y las demás constricciones (legales, culturales) que subyacen en los encuentros “prostituta-cliente”. Buscar una distinción precisa entre prostitución forzada y voluntaria es caer en una trampa. La salida que propongo aquí no supone negar las constricciones, sino ponderarlas a partir de las experiencias de las propias protagonistas.

Asimismo, una distinción taxativa entre mujeres “trataadas” y aquellas que ejercen el trabajo sexual “voluntariamente”, negaría la capacidad de agencia a las primeras, instaurando una nueva división entre subalternas. Pia Cove (2004), prostituta y activista de la primera ola de movimientos de prostitutas, desconfía de los efectos de la denominación *sex worker* pues para ella no sólo traba el reclamo por derechos de ciudadanía junto al trabajo, sino que a la vez sirve para segregar y excluir a las migrantes que hacen sexo comercial (por ejemplo en los casos de la legislación alemana y holandesa). De igual manera, Elina Penttinen (2008) a partir del trabajo etnográfico ligado al tráfico de mujeres

rusas y del báltico, critica las formas de exclusión de las “traficadas” y las “drogadictas”⁵² que pueden aparecer en algunas versiones del discurso del trabajo sexual con tintes liberales e individualistas. Para Penttinen es necesario, sin romantizar la posición de la trabajadora sexual como agente de libertad sexual, considerar también la capacidad de agencia de las/os abyectos. Así como es política y teóricamente problemático asimilar todas las formas de prostitución con la esclavitud y la trata de personas; también lo es plantear una barrera clara y distinta a partir de la “voluntad” de un sujeto para entrar en el mercado.

En muchos aspectos el sexo comercial puede pensarse de formas similares a otros trabajos (por ejemplo, aquellos que incluyen trabajo emocional, corporal o de cuidado y que se sitúan al margen de la formalidad)⁵³. Tener en mente estas similitudes es especialmente importante a la hora de comprender parte de las experiencias de las mujeres involucradas. Sin embargo, como señala Kathi Weeks (2011), el propio significante de “trabajo” incluye un aura de dignificación y de cierta institucionalización, algo que podría llevar a descuidar las características particulares del sexo comercial asociadas al estigma que acarrea y su cuasi ilegalidad⁵⁴. El “comercio” puede pensarse como desplazamiento de los lugares fijos tanto de la degradación asociada a la “prostitución” como de la dignificación del “trabajo”. Laurie Shrage (1994), quien usa la denominación “*sex commerce*” entre otras, plantea también la posibilidad de acuñar un término como “*sex lending*”, “*sex trafficking*” o “*sex sharking*”,

52 También en los discursos nativos el consumo de “drogas” suele ser uno de los puntos a partir de los que las mujeres trazan distinciones entre las que “trabajan” y las “otras”. En el capítulo 4 me referiré a estas distinciones.

53 Para un análisis de los puentes y barreras que aparecen entre el trabajo corporal y sexual ver el artículo de Sarah Oerton y Joanna Phoenix (2001) donde se comparan las narrativas de mujeres masajistas y trabajadoras sexuales.

54 Si bien los trabajos calificados como precarios se aproximan más a las características del sexo comercial, el significante “trabajo” continúa aún ligado al status más institucionalizado del trabajador asalariado (asociado a su vez a la masculinidad).

que mantienen parte de las connotaciones de ilicitud de la actividad; sin embargo, las traducciones de estos términos al español no tienen los mismos efectos de significado.

El “comercio” del sexo ocurre actualmente en un mercado que, aunque crece y se diversifica, funciona como un mercado negro o clandestino en el que desaparece la simetría entre las partes que supone el contractualismo liberal. Esta situación puede reflejarse en una de las acepciones de “comercio”: “comunicación y trato secreto, por lo común ilícito, entre dos personas de distinto sexo” (Real Academia Española, 2001). El mercado del sexo no termina de ser un ámbito pacificado como lo son otros a partir del proceso civilizatorio (Elias, 1993) y la institucionalización del capitalismo. El “sexo comercial” no termina de dejar atrás su pasado, donde la “prostitución” emergió como la contracara ilegítima del matrimonio –el régimen precapitalista de regulación religiosa-estatal de la sexualidad (Ariès, Béjin y Foucault, 1987; Rossiaud, 1986)⁵⁵–. Estas características suponen, como dije más arriba, la mezcla de formas de dominación más impersonales ligadas al mercado y otras más personales ligadas a la servidumbre, combinando elementos de ambos tipos.

El sexo comercial tiene características que permiten pensarlo como un “trabajo servil” tal como lo concibe Marx, e involucra elementos que parecen responder a un orden pre-capitalista –o que no acaban de encajar en las formas capitalistas–, ellos están ligados a las concepciones hegemónicas sobre la sexualidad. Por supuesto, es difícil definir qué pautas son las que estructuran la sexualidad hoy, o mejor dicho, las sexualidades. Por una parte habría un crecimiento de formas de sexualidad desligadas de los marcos

⁵⁵ Otro motivo para hablar de “sexo comercial” y no de “prostitución” es poder incluir la serie de cambios que, aun sosteniendo su carácter de ilícito, han transformado al mercado del sexo, desde la prostitución medieval de los albores del capitalismo y los primeros burdeles a las diversas modalidades que emergen en el capitalismo postfordista o postindustrial, como lo llama Bernstein (2007b).

de compromiso a largo plazo afectivo, emocional (y patrimonial) como fuera el matrimonio (Bauman, 2005; Beck y Beck-Gernsheim, 1995; Giddens, 1998). Por otra parte, incluso aceptando un creciente avance de estas formas de sexualidad, todavía se socializa a las personas dentro de pautas que colocan al sexo por fuera de lo comercial y lo laboral. En particular en el caso de las mujeres, aunque ya el vínculo matrimonial no sea el marco privilegiado para regular la sexualidad, es posible notar todavía una ligazón del sexo con el amor y la pareja (Szasz, 2004). Estas concepciones están sujetas a múltiples variaciones y algunas intelectuales feministas han planteado que se socializa a las mujeres para dar sexo a los varones a cambio de beneficios (ver en MacKinnon, 2001). No obstante, aun en medio de estas transformaciones, un punto parece claro: recibir directamente dinero a cambio de sexo permanece como tabú. Según Rubin, “las leyes del sexo prohíben severamente la mezcla de sexo y dinero excepto vía matrimonial” (1989: 152; ver también De Zalduondo y Bernard, 1995). Si bien siempre está presente la posibilidad de instrumentalizar el sexo, el intercambio directo por dinero aparece paradigmáticamente como la última de las posibilidades. En la cultura dominante, vender el propio sexo es una opción para todos y en particular para las mujeres, pero aparece connotado como la última opción.

Estos significados también signan la constitución histórica del mercado del sexo como un mercado que, aun en constante crecimiento, es persistentemente expulsado a las márgenes de la vida social. Brewis y Linstead (2000a) han sugerido, siguiendo a O’Connell Davidson, que el sexo sufre una mercantilización (*commodification*) incompleta. Podemos pensar en una pugna entre una sexualidad liberada de las ataduras tradicionales y por momentos compulsiva (Giddens, 1998) –acicateada por el mercado y otras instituciones como la medicina–, y el carácter sagrado que aun

sostiene, en parte, el sexo⁵⁶ en su ligazón con la intimidad. El efecto de esta pugna no es la integración plena del sexo en el mercado –posible apenas en sus estratos más altos (Bernstein, 2007b; Brents y Hausbeck, 2010)– pero tampoco su exclusión, sino que el sexo toma un carácter paradójico: una suerte de mercancía sagrada⁵⁷, doblemente fetichizada –como mercancía y como sexo–. El sexo comercial se situaría así en el cruce entre la mercantilización del trabajo que genera el capitalismo, la escencialización de la sexualidad que provoca el dispositivo de sexualidad (Foucault, 2002) y el consumismo incrementado de los modelos socioculturales actuales.

Así como el trabajo implicado en el sexo comercial presenta particularidades respecto de lo que más comúnmente puede concebirse como “trabajo”, lo mismo sucede respecto a cómo se sitúa en relación a la sexualidad y las relaciones de poder implicadas; para caracterizarlo con precisión es necesario distinguir todas sus facetas. Ann Ferguson (1984), tras analizar las posiciones del debate feminista sobre sexualidad, propone distinguir entre prácticas sexuales “prohibidas” y “riesgosas”. Las primeras son aquellas donde existe una indiscutible situación de dominación y subordinación (violación, incesto, abuso sexual infantil). La diferencia con las segundas es epistemológica, pues las prácticas riesgosas pueden “ser sospechosas de conducir a relaciones dominante/subordinado” (1984: 111); esta sospecha no puede confirmarse *a priori* ni de modo conclusivo.

⁵⁶ “El que la vagina siga siendo un fetiche y se la trate como algo sagrado, secreto y tabú, es la razón de que el sexo permanezca estigmatizado, tanto en la consciencia común como en la letra del derecho, pues ambas excluyen que las mujeres puedan decidir entregarse a la prostitución como si fuera un trabajo.” (Bourdieu, 2000: 16)

⁵⁷ Aun en los mercados sexuales de las clases altas y en sociedades postindustriales que describe Bernstein (2007b), donde la sexualidad aparece como mejor integrada al mercado, algunas de las mujeres que brindan estos servicios apelan a retóricas cuasi-religiosas o de una terapéutica ligada a la mística para describir sus vínculos con los clientes. (ver también la entrada “Prostitución sagrada contemporánea” en Ditmore, 2006)

Esta distinción epistemológica me parece clave para comprender en su complejidad las implicancias de cada práctica sexual y sus significados. Esto implica desglosar las características de las prácticas riesgosas que Ferguson enumera no sólo en términos de relaciones de poder. Del conjunto de prácticas nombradas como riesgosas (sodomismo, pornografía producida de forma capitalista, prostitución y relaciones en una familia nuclear de varón-proveedor y mujer-esposa), a excepción del sadomasoquismo, todas están directamente atravesadas por una dimensión económica. A su vez, salvo la relación marido-esposa, el resto de las prácticas también se hallan más o menos estigmatizadas. Finalmente, la prostitución no sólo se halla estigmatizada y atravesada por una dimensión económica, sino que es, en muchos casos, criminalizada. A ello se suma el papel del género, la clase y la racialización que recorre todo el mercado sexual. Todas estas especificidades nos permiten comprender con mayor profundidad las dimensiones que pueden estar produciendo asimetrías en la práctica de la prostitución, sin por ello subsumirla junto con la violación y otras prácticas que sí constituyen *a priori* formas de dominación o violencia contra las mujeres.

El sexo comercial como estructura social, como institución paradójica, férreamente anclada en las márgenes de la vida social, es la expresión más nítida –aunque no la única– de la incursión del capitalismo en el orden de la sexualidad. Sólo puede funcionar, tal como lo hace actualmente, en el contexto del uso del dinero como principal medio de expresión de las relaciones capitalistas; pero también en el contexto de los efectos del dispositivo de sexualidad. Así es que, como señala Néstor Perlongher (1993), el “dispositivo de prostitución” puede ser comprendido como máquina de captura que atrapa cuerpos marcados por alguna o varias asimetrías –no cualquier cuerpo, cuerpos de feminizados y/o cuerpos de clase baja y/o cuerpos racializados, y/o cuerpos extranjeros–, los sexualiza, los produce como perversos, erotiza las asimetrías y rápidamente licúa el deseo en

dinero, que produce perversiones y las rentabiliza. Siguiendo lo que señala fugazmente Foucault respecto a la prostitución, entiendo al sexo comercial como una mediación de las tantas sexualidades perversas que implanta el dispositivo de sexualidad, que hostiga y a la vez acicatea en una eterna persecución entre el poder y el placer. Este papel que cumple el sexo comercial contribuye a reafirmar lo duradero del juego entre poder y placer, pues como mediación asegura la recaudación económica (Foucault, 2002).

Retomando la concepción de Pheterson (2000) del “estigma de puta” como constitutivo y distintivo de los intercambios explícitos de sexo por dinero, y sumando el carácter asimétrico en términos de género, clase, raza, nacionalidad y edad, podemos caracterizar globalmente al sexo comercial como una institución que reproduce asimetrías. Sin embargo, ni lo que sucede en una institución se agota en la reproducción, ni este proceso se da en forma lineal o exenta de conflictos.

Además, para examinar diversas formas del sexo comercial retomo el esquema de O’Connell Davidson (1998) que considera distintas modalidades de prostitución considerando tanto si existe un intercambio más o menos delimitado (x servicio, durante x tiempo, por x cantidad de dinero) como la relación de empleo, que puede ser de “esclavitud”, directa o indirectamente empleada, cuando interviene un tercero, o por cuenta propia.

El cruce de sexo y comercio muestra tanto las fronteras que distinguen estos intercambios como sus tránsitos. Mi intención al pensar el sexo comercial es tener en mente tanto sus especificidades como los puntos que lo conectan con otras prácticas e instituciones. Por ello recurro también a la concepción de Paola Tabet (2004) quien señala la existencia de un abanico de formas en que se intercambian sexo y bienes económicos, donde se incluyen la prostitución y el matrimonio –y también, siguiendo a Piscitelli (2011), las

distintas variantes de sexo transaccional y sexo táctico⁵⁸-. Tabet plantea dichos intercambios como un *continuum* donde pueden apreciarse matices respecto a quiénes intercambian, la modalidad y temporalidad del intercambio, y las formas de retribución económica.

Entonces, sin olvidar el marco cultural e histórico, el “sexo comercial”, operativamente definido, refiere a la transacción de una cantidad de dinero a cambio de una performance delimitada temporalmente cuyo contenido supone la disponibilidad de algunas prácticas sexuales y puede representar diversos grados de afecto o intimidad. Estas características son sólo una guía para aproximarnos a las fluctuaciones que produce la performance, cuyos guiones, atravesados por las micro-luchas y los desplazamientos, no se ajustan al de amo-esclava ni al de la compra-venta del libre mercado. En la medida en que los elementos intercambiados varían –por ejemplo, el dinero se transforma en “regalos” o deja de ser una contraprestación; el tiempo se expande o pierde sus límites; la intimidad, el afecto o la violencia toman más o menos protagonismo; o se incluyen otros repertorios de prácticas sexuales– se difuminan los límites del sexo comercial. Este constituye así un recorte puntual, culturalmente cargado de significados, dentro del continuo de intercambios sexuales-económicos. Allí también se inscriben la “esclavitud sexual” y el matrimonio, con diversas correlaciones de poder, en términos de los márgenes de autonomía de quienes intercambian y la trama

⁵⁸ Piscitelli retoma definiciones de sexo transaccional y sexo táctico para reconstruir una diversidad de transacciones. El primero aparece como intercambio sexual económico en relaciones no maritales, que pueden ser con múltiples parejas consideradas como novias/os y el intercambio incluye tanto dinero como otros bienes –de subsistencia o de consumo– pero dentro de un marco más amplio de obligaciones. El segundo refiere al uso del sexo para aliviar las penurias económicas, sin eliminar el placer, el compañerismo y la amistad.

simbólico material que marca cada arreglo⁵⁹, desde el marco amoroso y de legitimidad del matrimonio⁶⁰ a la abyección de la prostitución callejera.

Pensar desde este continuo de intercambios me permite dar un significado más básico al “trabajo sexual”, comprendiéndolo en el sentido que le asignan Jean Duncombe y Dennis Marsden (1996), es decir, como un esfuerzo emocional-sexual que se lleva a cabo para lograr la satisfacción emocional-sexual de otra persona. En el marco de un matrimonio o una pareja ocurriría un trabajo sexual no remunerado, o al menos no remunerado bajo una tarifa, y legitimado por el supuesto lazo amoroso. Lo que constituye el objeto de estudio de esta tesis podríamos denominarlo “trabajo sexual comercial”, al cual, por los motivos que expliqué y para acortar la expresión, llamo “sexo comercial”. Un trabajo, en el sentido más amplio del término –un esfuerzo que produce una modificación sobre el mundo–, puede ser remunerado o no. En cambio, el comercio supone siempre algún tipo de intercambio y suele involucrar dinero. Por tal motivo, “comercio” resalta mejor que “trabajo” las

⁵⁹ Aunque no abordo en esta tesis la prostitución masculina, el análisis de Perlongher (1993) sobre las transacciones gay-miché muestra de qué formas pueden modificarse las jerarquías según quién sea considerado “desviado”, algo que puede ocurrir con ciertas prácticas en la prostitución femenina como veremos más adelante.

⁶⁰ Las relaciones entre matrimonio y prostitución también son consideradas desde el feminismo radical. Sin embargo, todo el espectro de variaciones queda aplanado bajo la rúbrica de la dominación patriarcal. Por ejemplo, Jeffreys (2009), en aras de trazar conexiones entre matrimonio y prostitución, descuida las transformaciones dentro de la institución matrimonial. A diferencia de Beauvoir, para Jeffreys la forma moderna denominada “matrimonio de compañeros” (*companionate marriage*) que tiene su auge en occidente a mediados del siglo XX, no introduce ningún cambio. Siguiendo la lectura de Pateman, Jeffreys sostiene que estas nuevas formas de matrimonio no modifican sustancialmente el derecho patriarcal de los varones a acceder a los cuerpos de las mujeres. Esta lectura parece pasar por alto el hecho de que en gran cantidad de países se ha legislado condenando las violaciones dentro del matrimonio y otorgando la posibilidad del divorcio de forma igualitaria a ambos cónyuges. El minimizar estas transformaciones, aún cuando sean recientes, supone dejar de percibir la posibilidad de transformaciones al interior de las instituciones, aunque fueran instituciones patriarcales.

características específicas de mercantilización que signan a la prostitución; en este sentido el sexo comercial sería una forma específica de organización social del trabajo sexual.⁶¹

Quiero cerrar esta sección con una digresión sobre las posiciones políticas implicadas en el debate feminista. Tanto transformar a la prostitución en un trabajo legal y socialmente aceptado como su abolición por ser una situación deplorable y de inexorable violencia, son dos proyectos políticos que implican fuertes transformaciones sobre la realidad actual de la actividad. En este momento, la polarización entre quienes pelean por dichos proyectos impide su diálogo. Sin embargo, no creo que sean mutuamente excluyentes en todos los aspectos. Por ejemplo, se comparten la oposición al control y la opresión que ejercen la policía y los grandes proxenetas. Y, en un plano más general, deberíamos pensar si la propia transformación de la prostitución no puede significar su desaparición, tal como sugiere Shrager (1994). Intentar salir del corsé de “la prostituta” y retomar la escucha crítica de los relatos de las mujeres involucradas puede dar un nuevo aire para este estancado debate.

Este último es el objetivo central de esta investigación y en ese sentido que creo que desde la idea de sexo comercial es posible trazar un arco que permita comprender las distintas experiencias de las mujeres que se dedican a esta actividad. Las organizaciones, sean de “mujeres en situación de prostitución” o de “trabajadoras sexuales”, representan a sectores subalternos y en ese sentido no habría una diferencia en términos políticos. Ambas pelean por mejorar las vidas de este grupo de mujeres. Desde que comencé a involucrarme en esta problemática he sido inquirido varias

⁶¹ Kamala Kempadoo, siguiendo lo planteado por Thanh-Dam Truong, señala: “Las nodrizas, la prostitución religiosa, la ‘reproducción’ en esclavitud, el alquiler de útero, el sexo de donación, el sexo comercial y la reproducción biológica pueden considerarse como ejemplos de formas históricas y contemporáneas de organización del trabajo sexual [...] todas ellas con interpretaciones y significados culturales y sociales específicos” (Kempadoo, 1998: 2)

veces a tomar partido por alguna de las posiciones del debate, sin embargo he resistido tanto como pude a las fuerzas de la polarización que conllevan a la simplificación de los matices⁶². Si tengo que tomar partido, pues es imposible escribir y hacer sociología desde una posición neutral fuera del campo de juego, tomo partido por este grupo subalterno en su totalidad y en su complejidad. Ciertamente esta puede ser una de las limitaciones de esta tesis, pero es a la vez su objetivo: intentar comprender la polifonía de este grupo subalterno. La sociología proporciona herramientas para comprender mejor las realidades sociales en sus complejidades y procesos, y a través del conocimiento se puede generar herramientas para transformar.

Creo en una forma de hacer sociología que toma partido sin sentimentalismos, es decir sin eludir aquellas investigaciones o descubrimientos que podrían incomodarnos y hacer tambalear nuestras convicciones (Becker, 1967). No sostengo un posicionamiento que busque la neutralidad –por ello la concepción agonística de la vida social me llevo a repensar el esquema interaccionista clásico–, pero lo que busco no es librar batallas entre subalternas, sino contra el olvido frente a los procesos estructurales que disponen asimetrías, así como contra la ceguera frente a los matices, las trasgresiones, los deslizamientos de cada interacción. Para ello me sirve tener en mente tanto los planteos ligados al abolicionismo que abordan la complejidad de la

⁶² Un ejemplo de esto es la postura de Janice Raymond quien discute el papel de los clientes y primero afirma: “Estamos de acuerdo en que los factores que promueven la expansión mundial de explotación sexual comercial son realmente complejos. Sin embargo, no estamos de acuerdo que la complejidad se debe permitir que sirva de excusa académica para la inacción” (2004: 1159). En la página siguiente, critica a O’Connell Davidson y Anderson por plantear que no hay una relación directa y unilateral entre la demanda y la expansión de los servicios sexuales, y que es dudosa la efectividad de criminalizar a los clientes. Entonces Raymond, para fortalecer su posición, sucumbe al impulso de la simplificación y construye un argumento tan irrefutable como contrafáctico: “Esto puede ser etiquetado como simplista, sin matices, o menoscabado conceptualmente, sin embargo, un mercado de la prostitución sin consumidores varones iría a la quiebra.” (2004: 1160)

prostitución sin ceder a la tentación de la simplificación, como aquellos que conceptualizan el trabajo sexual sin caer en la celebración y sin ignorar las opresiones.

Contextos. La prostitución en Argentina

Para enmarcar las experiencias de las mujeres que analizaré en esta tesis, repasaré algunos elementos que permiten comprender las características locales. El lugar que ha ocupado la prostitución en la sociedad argentina ha cambiado en algunos sentidos y permanece afincado en otros. Del reglamentarismo de mediados del siglo XIX a las actuales políticas anti-trata, las transformaciones en la legislación nos guiarán para comprender qué se transforma y qué permanece en relación al lugar de la prostitución. A continuación realizaré un recorrido por algunas de las principales medidas y posiciones que ha adoptado el Estado frente a la prostitución⁶³. De la gama de discursos sobre la prostitución he seleccionado los que tienen que ver con el Estado y la legislación pues sus transformaciones permiten trazar una breve historia de la prostitución en Argentina. A su vez, a través de este análisis enhebraré algunos elementos de los discursos médico y religioso-moral sobre la prostitución.

Los enfoques legales sobre prostitución suelen clasificarse en tres tipos: reglamentarista, abolicionista y prohibicionista. En el primero el Estado regula la actividad, registrando y exigiendo controles sanitarios para las prostitutas, usualmente confinándolas a determinadas zonas y cobrando impuestos. El enfoque abolicionista supone la sanción de terceros que fomentan o lucran con la prostitución, se busca así desincentivar la actividad, pero sin penalizar a las/os que se dedican a ella. El prohibicionismo criminaliza

⁶³ Parte de esta contextualización surge de un trabajo anterior. (Morcillo y Justo von Lurzer, 2012)

directamente a todas las personas involucradas, transformando en delito toda la actividad. Esta clasificación permite orientarnos, pero rara vez representa de forma exacta las legislaciones que los estados han establecido, donde frecuentemente se mezclan los distintos enfoques⁶⁴. La descripción de los enfoques tampoco es representativa del funcionamiento concreto de las normas, si se toman en cuenta los desfases entre la letra de la ley y su aplicación.

El reglamentarismo. Fundamentos científicos, morales y contradicciones⁶⁵

En Argentina hasta antes de la mitad del siglo XIX la prostitución no recibía una atención específica del Estado, pese a ser considerada un desorden social, su control no estaba expresamente regulado y las mujeres podían ser castigadas arbitrariamente por la policía (Guy, 1994) o llevadas a los cuarteles militares⁶⁶ (Ferguson, J., 2010). Pero junto con el avance de la urbanización y el crecimiento de la migración comienzan a aparecer en distintas ciudades las primeras medidas reglamentaristas para intentar controlar la prostitución: Rosario será la primera en 1874, seguida de Buenos Aires en 1875. A partir de entonces varias municipalidades autorizaron los burdeles a través de ordenanzas que reglamentaban el ejercicio de la prostitución, pero sin que hubiera ninguna medida a nivel nacional. La reglamentación estaba inspirada en el sistema francés cuyos dos pilares son el control policial y sanitario, a ellos se sumaba el control administrativo (Múgica, 2001). Este sistema permitía que los organismos de control recaudaran para las arcas

⁶⁴ Puede verse un ejemplo en el trabajo de Gema Nicolás Lazo (2007) donde se exponen las transformaciones de la legislación en España y se muestra cómo a veces bajo un rótulo de abolicionismo o reglamentarismo aparecen medidas prohibicionistas.

⁶⁵ Los aspectos sanitarios y médicos de este apartado y el siguiente fueron reelaborados y posteriormente publicados (ver Morcillo, 2015a)

⁶⁶ Por eso recibían el apodo de “chinas cuarteleras”.

estatales, sea por el cobro de impuestos o multas, por los cánones en concepto de atenciones médicas o por los arreglos extra-legales con las fuerzas de seguridad.

Quiero detenerme en los fundamentos ideológicos del reglamentarismo, pues estos explican la articulación con los discursos médicos y religioso-moral: a nivel científico estaba basado en la doctrina higienista y a nivel filosófico se apoyaba en la doctrina de la tolerancia. El higienismo influirá sobre los sistemas reglamentaristas de buena parte de América Latina (Nuñez, F., 2001 en México; Obregon, 2002 en Colombia; Trochon, 2009 en Uruguay). Helen Ward y Sophie Day (1997) afirman que para el higienismo –e incluso en toda la epidemiología clásica del tratamiento de enfermedades sexualmente transmitidas– las prostitutas son vistas como una suerte de reservorio de infección, un grupo medular (*core group*) con altos niveles de prevalencia. Este grupo sostiene la infección, impidiendo erradicar la enfermedad y esparciéndola al resto, al que se suele llamar la “población general”. Con el estudio señero de Alexandre Parent-Duchâtelet (1845), quien realizó la primera encuesta epidemiológica a prostitutas de París en 1836⁶⁷, se logra un doble efecto: por una parte se alimenta, con fundamentos científicos, un imaginario sobre las prostitutas que asocia, entre otros aspectos, pobreza, enfermedad y fallas

⁶⁷ Parent Duchatelet es citado como uno de los fundadores de la investigación en temáticas sexuales desde las ciencias sociales y del comportamiento (Bullough y Bullough, 1996). El médico francés realizará un examen pormenorizado para su estudio: trabaja con encuestas y con registros policiales, hace exámenes médicos, revisiones clínicas y biométricas –tomando, por ejemplo, medidas del clitoris de las prostitutas, lo que por la época se suponía explicativo de su comportamiento sexual–. Pero también hace un análisis exhaustivo de las condiciones de vida –hábitos cotidianos, alimentación, forma de vestir, etc.–, variables sociológicas de base e indaga sobre la respuesta frente a la autoridad, frente a la religión y al matrimonio, y los deseos de abandonar la prostitución. Estudios de este tipo serán luego replicados varias veces en otros países.

morales⁶⁸; y por otra parte, cristaliza la construcción de las prostitutas como una “población” en sentido foucaultiano⁶⁹, como un objeto susceptible de ser regulado. Así, se establecieron, en diversas ciudades de Argentina, controles que incluían el registro de las prostitutas, a quienes se les otorgaba un carnet que debían llevar siempre consigo y donde debían constar los controles médicos. Estos controles se intensificaron a partir del aumento de los índices de sífilis –aunque nunca incluyeron a los clientes–. A pesar de la evidencia empírica en sentido contrario, el higienismo no cuestionaba la creencia de que el contagio era de las prostitutas a los clientes, pero no a la inversa.

Estos controles y las encuestas epidemiológicas contribuyen a la construcción del cuerpo de la prostituta en tanto conjunto de caracteres patológicos (y a la vez moralmente reprochables), susceptible de un tratamiento y hospitalización. La construcción del cuerpo de la prostituta se enmarca en, y se refuerza por, una internación / reclusión, donde se denota el carácter moral subyacente. Aparecen tres lugares de encierro para la segregación de las prostitutas: por un lado el hospital y particularmente el hospital de sífilíticas⁷⁰. Allí, aisladas de su contexto malsano, las prostitutas son analizadas, tratadas, evaluadas, interpeladas moralmente –buscando su arrepentimiento– y finalmente también castigadas, en tanto el hospital funcionaba a la vez como cárcel. También la prisión pone de manifiesto las

⁶⁸ La versión más amplia de la imagen que el higienismo creó de las prostitutas incluye: alcoholismo, mala alimentación, ociosidad, gusto por los consumos suntuarios, tendencia al robo, mala higiene personal, bajo nivel intelectual y poca capacidad de abstracción, necesidad de movilidad constante y una larga serie de patologías sexuales.

⁶⁹ Se explica así por qué la mayor parte de los estudios higienistas están preocupados por la “extensión” de la prostitución: se necesita medirla, conocer sus rasgos como grupo.

⁷⁰ Debe recordarse el papel que la sífilis tuvo como generadora de pánico social: caracterizada como “peor amenaza a la humanidad” y, en tanto contagia a las generaciones por venir, es concebida por el eugenismo como la principal causa de degeneración de la raza. (Potenzianni, 2006)

vinculaciones de la prostitución y la delincuencia –sobre todo para las clases bajas. Finalmente, el burdel, devenido “casa de tolerancia” contribuye a segregar a las prostitutas. Estos establecimientos debían cumplir con determinadas condiciones edilicias⁷¹ y administrativas –que apuntaban a establecer normas de salubridad–, y tener un determinado emplazamiento en la ciudad. Preciado (2008) señala la tensión entre desarrollo urbano y burdeles: mientras que estos proliferan con las ciudades, se corren a los márgenes o en un espacio bien delimitado evitando (o más bien controlando) el contacto con el resto de la urbe.

No es casual entonces la denominación “casas de tolerancia” para estos dispositivos de gestión del comercio sexual, pues es la lógica de la tolerancia la que impera en este sistema. Este esquema de administración o gestión de los efectos colaterales de un fenómeno no deseado, es muy caro al catolicismo, donde tuvo origen la doctrina de la tolerancia⁷². Repasemos brevemente estas concepciones que en buena medida continúan vigentes para algunos sectores⁷³. El pensamiento de Agustín, considerado uno de los primeros teólogos que reflexiona de modo sistemático acerca de la prostitución, plantea:

⁷¹ Típicamente los prostíbulos debían estar alejados de templos y establecimientos educativos, en algunos casos no podían instalarse en el radio céntrico; las habitaciones no debían estar comunicadas por ventanas ni puertas con otras viviendas, ni las prostitutas podían asomarse por puertas o ventanas.

⁷² El concepto de *tolerantia* según Bejczy (1997) tiene un origen medieval y aparece como un posicionamiento de la iglesia católica frente a otras religiones, en particular frente a los judíos. La *tolerantia* no implica dejar de categorizar como maligno a un elemento sino tan sólo adoptar una actitud pasiva –dejando de lado la posibilidad de buscar activamente su desaparición– para prevenir otros males mayores (en el caso de la prostitución estos males históricamente fueron el adulterio, las violaciones y luego la homosexualidad masculina).

⁷³ (Para una versión ampliada de estas visiones católicas sobre la prostitución ver Justo y Morcillo, 2008)

“¿Qué cosa más horrible que un verdugo? ¿Ni más truculenta que su alma? Y, sin embargo, él tiene lugar necesario en las leyes y está incorporado al orden con que se debe regir una sociedad bien organizada. Es un oficio degradante, pero contribuye al orden ajeno castigando a los culpables. ¿Qué cosa más sórdida y vana que la hermosura y las torpezas de las meretrices, alcahuetas y otros cómplices de la corrupción? Suprime el lenocinio de las cosas humanas y todo se perturbará con la lascivia. Pon a las meretrices en lugar de las matronas y todo quedará envilecido, afectado y mancillado. Así, pues, esta clase de hombres de vida desordenada se reduce a un vilísimo lugar por las leyes del orden”. (Agustín, citado en Blázquez, 1986: 385).

En este pasaje de su *De Ordine*, Agustín muestra cómo ciertos sujetos y actividades contribuyen al sostenimiento del orden para fundamentar la necesidad de su existencia. Así, la prostitución será vista como un mal menor que debe ser tolerado para evitar males mayores. La doctrina de la tolerancia establecerá también la necesidad de un control sistemático para evitar los daños colaterales en particular el escándalo y el contagio de enfermedades.⁷⁴

La reglamentación que se pone en vigencia a mediados del siglo XIX en Argentina retoma buena parte de estos fundamentos de la tolerancia: se tolera un “mal menor y necesario” el cual por su peligrosidad (y rentabilidad) es preciso

⁷⁴ En Europa, ya en la Edad Media podían encontrarse regulaciones respecto del ejercicio de la prostitución y controles sanitarios: se instalan los primeros conventos para prostitutas, cuyos objetivos eran la reeducación y reinserción social, y también la atención médica. Además, se demarcan claramente las zonas donde pueden transitar las prostitutas y ejercer su oficio. Las restricciones que se imponían a las prostitutas en la Edad Media son casi las mismas que aún imponen, con mayor o menor vigor, los Códigos Contravencionales actuales en varias ciudades de Argentina. En París en 1256 “Las prostitutas debían alejarse de las calles céntricas y de los lugares vecinos a las iglesias y a los cementerios, quedando relegadas y confinadas en los suburbios de la ciudad” (Blázquez, 1986: 400). Incluso en algunos lugares y períodos se llegó a la expulsión de las prostitutas de las ciudades. se determinan exámenes físicos con mayor rigurosidad luego de las epidemias de sífilis del siglo XV (cfr. Blázquez, 1986; le Goff, Truong y Pinto, 2005).

controlar. La alianza entre la mirada tolerante y el higienismo que se plasma en el reglamentarismo argentino, soporta la prostitución, la rentabiliza, y a la vez la aísla como forma de defender los valores que representan el matrimonio, la masculinidad heterosexual y la nación (Guy, 1994).

A fines del siglo XIX y comienzos del XX las modificaciones de las normativas continuaron dentro de una misma perspectiva de control por parte de los funcionarios, médicos y policía⁷⁵. Estas disposiciones, las crecientes exigencias de controles, los altos impuestos, hacían oscilar el ejercicio de la actividad entre la legalidad, la ilegalidad y la clandestinidad absoluta.

Las dos características fundamentales de estas regulaciones (el control sanitario y la segregación espacial) planteaban contradicciones. En primer lugar, entre el importante papel que jugaban los burdeles en el desarrollo urbano, su regulación legal e institucionalización por un lado, y por el otro, el intento de invisibilizarlos, ocultar y segregar a las mujeres que trabajaban en ellos. La tensión, urbanización/guetización, será provechosamente gestionada para las arcas municipales. En segundo lugar, otra aparente anomalía surge en relación a los exámenes sanitarios. Estos eran pretendidamente rigurosos y burocráticamente administrados, pero exclusivamente aplicados a las mujeres y no a sus clientes mostrando así su sesgo de género –y además un sesgo de clase pues tampoco se controlaba a las prostitutas de clase alta, consideradas “menos peligrosas” (Guy, 1994)–. Si bien estos controles sanitario/morales carecían

⁷⁵ En Rosario a partir de 1917 se obligó a las prostitutas a registrarse no sólo en las instituciones sanitarias, sino también en una división de la policía, que luego se llamaría “Moralidad Pública” (Múgica, 2009) lo cual aumentaba los requisitos para estar dentro del orden legal. En Buenos Aires se procedió al registro de los grandes burdeles, luego se los trasladó a calles secundarias de la ciudad; en 1919 se decidió cerrar las grandes casas de prostitución y se estipuló que las mujeres debían trabajar solas, una mujer por casa (Guy, 1994).

de cualquier eficacia en términos de control epidemiológico, sí resultaban productivos a la hora de distinguir entre las mujeres buenas y las otras⁷⁶.

La llegada del abolicionismo y las pequeñas incongruencias locales

A partir del contexto del pánico moral que originará la cuestión de la “trata de blancas”, en las primeras décadas del siglo XX se pondrá en cuestión el sistema reglamentarista (Guy, 1994). A ello se suma la adhesión que generó el abolicionismo en la Argentina, cuyos postulados fueron recogidos por algunos de los primeros movimientos de mujeres –con figuras como Julieta Lanteri o Alicia Moreau de Justo– y por legisladores como Alfredo Palacios. Ya en 1913 se había promulgado la denominada “Ley Palacios” que sancionaba a los traficantes y proxenetas. En 1930 se dictará en Buenos Aires un decreto que abolía la prostitución autorizada por la municipalidad. La fundamentación de este decreto suponía el reconocimiento por parte de las autoridades de que “la prostitución legalizada era una farsa ineficaz” y de la fama que Buenos Aires ganaba como centro internacional de la “trata de blancas” (Guy, 1994: 163).

Las críticas al reglamentarismo señalaban el crecimiento de la prostitución clandestina y el fracaso en la lucha contra las enfermedades venéreas. Se subrayaban tanto los problemas que generaba la resistencia de las prostitutas al control coercitivo, como la evidencia de que los clientes también podían ser fuente de contagio. Tal como señala María Luisa Múgica (2009), los mismos argumentos de salubridad e higiene que habían legitimado al reglamentarismo ahora eran usados para sostener un enfoque

⁷⁶ Este efecto de distinción, más velado en el reglamentarismo del siglo XIX, fue buscado abiertamente en las prácticas tolerantes de la prostitución medieval que obligaban a las prostitutas a llevar el signo de Rajab (una cinta roja) y vestirse de forma que pudieran diferenciarse de las mujeres honestas (Blazquez, 1986; Rossiaud, 1986)

abolicionista⁷⁷. Aun así, buena parte de quienes abogaban por este enfoque apuntaban más a la abolición del sistema de burdeles y prostitución legalizada, y de la “trata de blancas”, que a la eliminación toda forma de prostitución⁷⁸.

La condena del proxenetismo y la trata aparece en los artículos 125 a 127 del Código Penal⁷⁹ en 1921. Luego en 1936, durante el gobierno del general Justo, se sancionó la ley 12.331 de profilaxis social, que en su Artículo 15 indica: “Queda prohibido en toda la República el establecimiento de casas o locales donde se ejerza la prostitución, o se incite a ella.” y además condena a sus dueños/as y gerentes/as. Pero no quedaba claro el alcance de esta normativa respecto a las mujeres que trabajaban de forma independiente, ¿era esto una infracción? ¿dependía de la cantidad de mujeres, de la propiedad del inmueble utilizado?⁸⁰ Al abolir las casas de

⁷⁷ En los discursos médicos el problema de la salubridad y las enfermedades venéreas han sido utilizados para legitimar tanto la abolición como el sostenimiento del sistema de burdeles reglamentados. En 1947 el Plan Analítico de Salud Pública planteará: “todas las estadísticas nos muestran [...] que la Ley [12.331] no ha dado los beneficios profilácticos, que ha abolido la prostitución reglamentada, se nota el ascenso de la curva de contagios, estando en condiciones de afirmar que la abolición referida no ejerce mayor influencia en el movimiento de dicha curva”. (Di Liscia y Rodríguez, 2004: 79-80). De esta manera, muchos médicos también fueron críticos del sistema abolicionista pues favorecía el crecimiento incontrolado de las casas clandestinas (especialmente en las provincias del interior) y recrudecían los focos infecciosos entre la población.

⁷⁸ En ninguno de los artículos de la ley de profilaxis se prevé alternativas laborales para las mujeres que se ocupaban en los burdeles legales hasta ese momento. Este es uno de los motivos que lleva a pensar que la norma no apuntaba tanto a la abolición de toda forma de prostitución, como a la retirada del Estado de la regulación de ese sector del mercado sexual.

⁷⁹ El código penal hasta 1999 sancionaba estos delitos bajo el título “Delitos contra la honestidad”, donde se incluyó al adulterio hasta el año 1955.

⁸⁰ Frente a estas dudas la Cámara criminal de la Capital Federal emitió un dictamen en 1940 para clarificar la interpretación de la ley. Pero la claridad no logrará una gran extensión territorial. Si bien esta cámara resolvió que “el simple ejercicio de la prostitución por una mujer, en forma individual e independiente, en un local” sí era un delito, a pocos kilómetros, en Rosario, el criterio de la justicia iba en sentido contrario y se lo consideraba legal (Grammático, 2000).

tolerancia y toda su reglamentación se desdibujaba –en un movimiento repetido que se prolonga hasta la actualidad– la frontera entre la prostitución clandestina y aquella legal.

En 1951 Argentina ratificó su posición abolicionista –sostenida hasta la actualidad– a través de sus compromisos con los tratados internacionales⁸¹. Sin embargo, ello no ha impedido que proliferen un conjunto de múltiples legislaciones menores que tensionan este posicionamiento, me referiré aquí a los edictos policiales y los códigos contravencionales, y también a la reglamentación de “whiskerías” o “cabarets”.

Luego de la clausura y prohibición de los burdeles por la ley de profilaxis, la prostitución quedó bajo la órbita policial. Así se comenzará a controlar su ejercicio a través de diversos edictos vinculados especialmente a los comportamientos “escandalosos”. A su vez las distintas legislaciones provinciales sancionaron la prostitución en los códigos contravencionales, principalmente en sus apartados de faltas a la decencia o a la moralidad, bajo dos modalidades: la “prostitución escandalosa” y la “prostitución peligrosa”. En la primera se sanciona a quienes estén ofreciendo públicamente relaciones sexuales a cambio de dinero en forma “escandalosa”, algo que en ninguna ocasión es definido claramente, por lo cual son los agentes policiales y los comisarios quienes imponen su criterio haciendo así de “juez

⁸¹ En 1949 la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó el Convenio para la Represión de la Trata de Personas y de la Explotación de la Prostitución Ajena, un documento fruto de las luchas del movimiento abolicionista europeo donde se sanciona: Artículo 1.- Las Partes en el presente Convenio se comprometen a castigar a toda persona que, para satisfacer las pasiones de otra: 1. Concertare la prostitución de otra persona, la indujere a la prostitución o la corrompiere con objeto de prostituirla, aún con el consentimiento de tal persona; 2. Explotare la prostitución de otra persona, aún con el consentimiento de tal persona. Artículo 2.- Las Partes en el presente Convenio se comprometen asimismo a castigar a toda persona que: 1. Mantuviere una casa de prostitución, la administrare o a sabiendas la sostuviere o participare en su financiamiento. 2. Diere o tomare a sabiendas en arriendo, un edificio u otro local, o cualquier parte de los mismos, para explotar la prostitución ajena

y parte". Esta situación no respeta las garantías ciudadanas básicas e instaura una suerte de "estado de excepción" (Tiscornia, 2004) que contribuye a naturalizar los arrestos arbitrarios contra prostitutas y consolida un imaginario que asocia el sexo comercial con el delito. En la segunda figura, la prostitución "peligrosa", se refuerza la concepción de las prostitutas como fuente de infecciones, pues la "peligrosidad" radica en la transmisión de enfermedades venéreas. Las sanciones a estas faltas se incluyen tanto como un agravante al escándalo o como una falta en sí y se indica un "tratamiento forzoso". Este carácter compulsivo de los exámenes y tratamientos médicos, vulnera los derechos hoy consagrados por la "ley Nacional de Sida"⁸²; más aún, la sanción contravencional se termina constituyendo en una barrera de acceso a los servicios de salud.

Las diferencias en cuanto a estas legislaciones locales en las tres ciudades abordadas en esta tesis muestran los distintos escenarios con que uno puede encontrarse. En San Juan prima una situación casi prohibicionista para la prostitución callejera pues se sostienen todas las penalizaciones contra las personas que hacen sexo comercial. El código de faltas vigente (Ley 7819) en el "Título IV: Contravenciones contra la moralidad" pena la prostitución escandalosa y prostitución peligrosa, y prescribe análisis compulsivos⁸³.

⁸² La ley 23.798 busca evitar la estigmatización, sostiene la voluntariedad de los exámenes y la confidencialidad de los resultados.

⁸³ El Código reza "PROSTITUCIÓN ESCANDALOSA ARTICULO 124.- La persona de cualquier sexo que individualmente o en compañía, moleste o dé ocasión a escándalo, se exhiba, ofrezca, incite, realice señas o gestos provocativos a terceros en lugar público, abierto o expuesto al público, con el propósito de mantener contactos o prácticas sexuales será sancionada, conjunta o alternativamente, con pena de instrucciones especiales, prohibición de concurrencia y/o arresto de hasta veinte (20) días. Queda comprendido en este supuesto el ofrecimiento llevado a cabo desde el interior de un inmueble o vehículo a la vista del público.- PROSTITUCIÓN PELIGROSA ARTICULO 125.- La persona comprendida en la disposición anterior que tenga o debiera tener conocimiento de estar afectada de una enfermedad venérea o contagiosa será sancionada con pena de arresto de hasta treinta (30) días.-MEDIDAS SANITARIAS ARTICULO 126.- En los casos previs-

Desde ya, esto no impide que haya efectivamente mujeres y travestis ofreciendo sexo en las calles y plazas, sino que meramente habilita las arbitrariedades policiales, los procedimientos para-legales de la justicia y de los servicios de salud⁸⁴.

El caso de la Ciudad de Buenos Aires muestra cómo, pese a las modificaciones de pretendido tono abolicionista, se sostiene la normativa reglamentarista. Desde mediados de los '90, la lucha contra los abusos de las fuerzas policiales movilizó a mujeres y travestis, quienes comenzaron a organizarse, en primer lugar, para intentar defender sus derechos y luego para transformar la legislación. Tras derogarse los edictos policiales, las sucesivas modificaciones de las sanciones estuvieron comprendidas en la sección de la Ley Contravencional⁸⁵ denominada "Uso del espacio público". No sería la oferta o demanda de sexo lo que se penaliza, sino el llevarla a cabo en el espacio público. Si bien no se encuadra bajo una sección de "moralidad" como en San Juan, la penalización tampoco busca limitar una actividad perjudicial para las mujeres –lo cual sería afín a la posición abolicionista–. El objetivo es quitar del espacio público una actividad considerada disruptiva del orden *per se*. En el año 2004 se dicta la última modificación –aún vigente–, y la sección pasa a llamarse "Protección de uso del espacio público o privado". Allí el artículo 81 sanciona a "Quien ofrece o demanda en forma ostensible servicios

tos en los artículos 124 y 125 es obligatorio el examen venéreo y de detección de enfermedades de transmisión sexual y, en su caso, el tratamiento curativo. Comprobada la enfermedad el juez lo hará saber a las autoridades sanitarias a los fines de la aplicación de la legislación vigente, sin perjuicio de las sanciones que dichas normas prevean."

⁸⁴ Según las entrevistadas, en San Juan las mujeres eran obligadas a hacerse los análisis y presentar los resultados en el juzgado, pero los jueces jamás firman las órdenes de testeo.

⁸⁵ Aunque los edictos fueron derogados en el año 1996, el Código Contravencional de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires fue sancionado recién en marzo 1998. Aunque en una primera versión no se penalizaba la oferta y demanda de sexo, en julio del mismo año, tras las presiones del Gobierno Nacional y la Policía Federal, será incluida como contravención.

de carácter sexual en los espacios públicos no autorizados o fuera de las condiciones en que fuera autorizada la actividad”. Dichas condiciones se detallan apenas en una cláusula transitoria que dicta:

Hasta tanto se apruebe la autorización a la que se hace referencia en el artículo 81, no se permite la oferta y demanda ostensible de servicios de carácter sexual en espacios públicos localizados frente a viviendas, establecimientos educativos o templos o en sus adyacencias. En ningún caso procede la contravención en base a apariencia, vestimenta o modales. Se entiende por “adyacencias” una distancia menor de doscientos (200) metros de las localizaciones descriptas precedentemente.

En las contravenciones referidas en el párrafo precedente, la autoridad preventora sólo podrá proceder al inicio de actuaciones por decisión de un representante del Ministerio Público Fiscal.

En la Ciudad de Buenos Aires el trazado urbano y la densidad poblacional hacen que casi ningún espacio público cumpla estas condiciones, lo cual se refleja en la importante cantidad de contravenciones que genera esta figura⁸⁶. A pesar de la diferencia que supondría que “en ningún caso procede la contravención en base a apariencia” y que se involucre al Ministerio Público Fiscal –por ello aparentemente menos arbitrario que sancionar el “escándalo” juzgado por la propia policía– el tono moral reaparece en los

⁸⁶ Según el Informe estadístico del Ministerio Público Fiscal las presuntas contravenciones al Art. 81 son la segunda causa contravencional en cantidad de casos en el período 2008-2010 y en ese lapso han tenido un crecimiento sostenido (122%) con el incremento más importante entre todas las figuras contravencionales en este último año. Por otra parte, estas causas se han concentrado casi en su totalidad en algunas comisarías de las zonas sur y sudeste, puntualmente en los barrios de Flores y Constitución. <https://bit.ly/3h0DPsG>

parámetros con que se restringe la actividad en la cláusula transitoria, los mismos que se solían utilizar en las normas reglamentaristas.

De las tres ciudades abarcadas en esta tesis, sólo Rosario tiene, recién desde 2010, despenalizada la prostitución. En ese año la Ley 13072 derogó el artículo 87 (ex 81) del código de faltas de la provincia de Santa Fe, que sancionaba la prostitución “escandalosa” como una falta “contra la moralidad y las buenas costumbres”. El código que rigió hasta junio de 2010 sancionaba a

El que ofreciere públicamente a mantener relaciones sexuales por dinero o promesa remuneratoria o provocare escándalo con tal motivo; o que en lugares públicos o locales de libre acceso hiciere manifiestamente proposiciones deshonestas u ofreciere relaciones sexuales con otras personas, será reprimido con arresto hasta treinta días. Si las proposiciones o incitaciones fueren dirigidas a un menor de dieciocho años, la pena podrá elevarse hasta sesenta días. (Art. 87)

La derogación de este artículo sólo fue posible tras arduas luchas de las organizaciones de trabajadoras sexuales (AMMAR CTA) y otros colectivos de mujeres. Allí tuvo gran importancia el trabajo político de la activista y trabajadora sexual Sandra Cabrera, dirigente de AMMAR CTA Rosario, que fuera asesinada en 2004 tras denunciar casos de corrupción policial. Hasta lograr la derogación la normativa había permitido la arbitrariedad y la violencia de las fuerzas policiales⁸⁷ que tenían una sección especial, denominada “Moralidad Pública”, para combatir la prostitución escandalosa.

⁸⁷ Hasta la derogación del artículo 87 la Ley orgánica de la policía provincial de Santa Fe que entró en vigencia en 1975, incluía en su artículo 9 como función de la policía al inciso k) “Velar por las buenas costumbres en cuanto puedan ser afectadas por actos de escándalo público. Actuar *en la medida de su competencia* para impedir actividades que impliquen incitación o ejercicio de la prostitución en los lugares públicos” [cursivas agregadas].

Otras normativas locales que tensan la posición abolicionista de Argentina son las que reglamentan los “cabarets” o “whiskerías”. Aunque desde mediados de la década del ‘30 las casas de tolerancia dejan de ser consideradas legales⁸⁸, no por ello dejarán de existir. Pasarán a ser locales con “reservados”, casas de masajes, whiskerías, locales de alterne o cabarets, entre otras múltiples denominaciones. En el plano local la reglamentación, ya no de burdeles, sino de “cabarets”, continúa vigente muchas veces a nivel de las ordenanzas municipales. Si bien recientemente se ha comenzado a cambiar la normativa, aún en muchas ciudades están vigentes este tipo de regulaciones. Tal es el caso de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, donde el código de habilitaciones (Ordenanza n° 33266, de 1976) estipula las condiciones para los locales bailables “clase A”. Entre estas condiciones conviven: la denominación un tanto ambigua de “alternar”⁸⁹ con los clientes, un régimen complejo de visibilidad (los locales no pueden situarse en las proximidades de establecimientos educativos, templos y/o viviendas, no deben ser visibles desde la vía pública pero deben tener un letrero que los identifique como “clase A” y a la vez se les prohíbe tener habitaciones, reservados o lugares no visibles en el interior⁹⁰), y la exigencia de una libreta sanitaria para

⁸⁸ El último intento de retornar al sistema reglamentarista, a nivel nacional, fue en 1954. Juan Domingo Perón firmó un decreto –derogado tras el golpe de Estado de 1955– que permitía la apertura de burdeles en las zonas aledañas a los cuarteles militares o de “reconocida necesidad” –por ejemplo, las zonas portuarias– y a la vez aclaraba que la prostitución independiente no era un delito. Según Donna Guy (1994) este decreto se liga al “pánico homosexual” que, desde las filas militares, acechaba tanto a la masculinidad como a la nación.

⁸⁹ El diccionario de la Real Academia Española hace una distinción generizada para las acepciones de “alternar” que aplicarían a este caso, por un lado: “Hacer vida social, tener trato. Alternar con personas de cuenta”, y por el otro: “*Dicho de una mujer*: En ciertas salas de fiestas, bares y lugares semejantes, tratar con los clientes, para estimularles a hacer gasto en su compañía, del cual obtienen generalmente porcentaje”.

⁹⁰ El apartado de la ordenanza señala: “d) No contarán con comunicación de ninguna naturaleza con otros locales; e) No tendrán recintos ni compartimientos reservados y en caso de existir mamparas, divisiones o palcos, los

las “alternadoras”. Las similitudes con las regulaciones que legalizaban las “casas de tolerancia” son evidentes⁹¹, aunque la legislación busque afanosamente garantizar que lo que se está habilitando no es un burdel, el pudor parece impedir la referencia explícita al intercambio de sexo por dinero.

La legislación en San Juan atribuye como “recursos municipales” las patentes de “cabarets, casa de tolerancia, albergues transitorios y *boîtes*” así como la “Inscripción e inspección de inquilinatos, casas de vecindad, de departamentos, cabarets, garages de alquiler, establos, casas de tolerancia, albergues transitorios y casas de masajes” (Ley 6289 art. 94). A su vez, la ley tarifaria fija los montos de “impuestos mínimos” y las tasas sobre ingresos brutos más elevadas (el 15%) para “Cabarets, espectáculos ‘strip tease’ y otros establecimientos análogos, cualquiera sea su denominación.” (Ley 7946 arts. 56 y 58)⁹². Según noticias periodísticas recientes, por pedido del ejecutivo se presentará un proyecto prohibiendo cualquier tipo de establecimiento donde se ejerza la prostitución con motivo de “luchar contra la trata de personas” –penalizando también a los clientes, en consonancia con una tendencia a la que me referiré más adelante-.⁹³ Sin embargo, aún al momento de escribir esta tesis la legislación de San Juan se preocupa más que nada por obtener ingresos de los negocios del mercado del sexo y por segregarlo del espacio público.

mismos no podrán ser mayores de un (1) metro de altura, medido desde el respectivo solado; f) No se permitirán colgantes, rejas u otros elementos decorativos que pudieran obstruir la libre visibilidad de cualquier sector”.

⁹¹ La confusión es tal que en 1980 en Buenos Aires se dicta una ordenanza (Nº 35.724) donde se deja establecido que “los locales de baile Clase A, a los que se refiere el Capítulo 10.2 del Código de Habilitaciones y Verificaciones, Ordenanza Nº 33.266 (B.M. 15.419 - AD 762.1), constituyen una actividad tolerada”; al parecer, era necesaria la aclaración.

⁹² El rubro que le sigue en la escala impositiva es el de “*Boîtes*, café concert, pubs, dancing, night club y establecimientos análogos, cualquiera sea la denominación utilizada”.

⁹³ Ver nota en <https://bit.ly/3h0eDIV>

En Rosario, desde 2010 las modificaciones a las ordenanzas buscan restringir más la actividad de los “cabarets o whiskerías”. Estas modificaciones presentan como fundamentación la lucha contra la trata de personas con fines de explotación sexual y contra el proxenetismo, cuestionando la función de “alternadora” pero sin proponer una norma prohibicionista⁹⁴. En este sentido, son importantes para la situación de las mujeres que trabajan en estos locales las ordenanzas 8667 y 8674 que, respectivamente, derogan el requisito de libreta sanitaria para las “alternadoras”⁹⁵ y exigen a los propietarios de los locales que presenten los contratos de locación de servicios de las empleadas –y recuerdan, explícitamente, que los empleadores bajo ningún concepto pueden exigir a las “alternadoras” que sostengan relaciones sexuales con los clientes. Incluso la reglamentación de esta ordenanza, por el decreto 2054 de agosto de 2012, indica que los contratos de las “alternadoras” deben ser certificados por el Instituto Municipal de la Mujer y agrega

Dicha dependencia deberá realizar las consultas y averiguaciones que considere pertinentes a fin de garantizar el libre consentimiento de los prestadores del servicio. En el mismo acto se ofrecerá a las los alternadoras/es un curso de formación y capacitación básica en materia de derechos humanos, especialmente en derecho internacional de la mujer. (Art. 6)

⁹⁴ En el transcurso de las correcciones de este apartado la legislación se modificó. Rosario, también bajo la fundamentación de luchar contra la trata de personas, pasó a prohibir todo tipo de “cabaret o whiskería”, sumándose así a las nuevas tendencias que describo en el apartado a continuación.

⁹⁵ Además de eliminar el requisito de libreta sanitaria la ordenanza detalla: “Art. 3O.- El Departamento Ejecutivo Municipal a través del Programa Municipal de Sida - Promusida- profundizará el alcance del trabajo de prevención en enfermedades de transmisión sexual (ETS), orientado a la población que atraviesa situación de prostitución, tomando los siguientes objetivos de acción: -Autonomía para la negociación en el uso del preservativo. - Posibilidad de negarse a una relación sexual coercitiva. - Lograr mayores grados de empoderamiento de las mujeres en las opciones de vida en el cuidado de la salud.”

Sin embargo, estos esfuerzos por proteger a las mujeres sin caer en el prohibicionismo no han sido la característica de los últimos años.

Nuevas tendencias. Entre abolicionismo y prohibicionismo

La problemática de la trata de personas con fines de explotación sexual ha recibido creciente atención a nivel global en la última década –por ejemplo en Argentina, llevará a que se dicte en 2008 una nueva legislación sobre trata (Ley 26.364)–. En este contexto han tenido auge ciertas tendencias que, al subsumir las distintas formas del sexo comercial bajo la figura criminal de la trata, acercan la mirada abolicionista al prohibicionismo. Esta tendencia, que algunos llaman “nuevo abolicionismo” o “feminismo carcelario” (Bernstein, 2007a), tiene origen en los países centrales pero se pueden encontrar algunas expresiones recientes en Argentina. En primer lugar algunas de las organizaciones de mujeres nucleadas en la Campaña “Ni una mujer más víctima de las redes de prostitución” (2008), tanto como el propio gobierno nacional⁹⁶ proponen la penalización de los clientes de prostitución como forma de luchar contra la trata y la violencia contra las mujeres. Aunque no hay aún una penalización para los clientes en Argentina⁹⁷, quienes proponen la penalización toman como modelo la legislación de otros países europeos⁹⁸.

⁹⁶ Ver notas del diario Página/12 <https://bit.ly/3eSMYKU> y <https://bit.ly/3vJ0M7Z> allí las palabras del ministro de Justicia y derechos humanos son claras: “vamos a impulsar la penalización del cliente de prostitución, como ya lo hicimos en la ONU y el MERCOSUR”.

⁹⁷ En 2010 ya se presentaron proyectos de ley afines (ver <https://bit.ly/3ebqADD>) Estas iniciativas contarían con el apoyo del gobierno nacional (ver notas en <https://bit.ly/3efeObl> y también <https://bit.ly/3aZiGet>)

⁹⁸ Es posible encontrar legislación de este tipo en otros países. Por ejemplo, en Inglaterra, donde también se sanciona la tenencia de pornografía “extrema”. Varios estudios (Carline, 2011; Sanders, 2009; Scoular y O'Neill, 2007) sostienen que éstas y otras políticas públicas de Inglaterra respecto a la prosti-

En segundo lugar, en los últimos años se han multiplicado las ordenanzas que prohíben la habilitación de cabarets en cada vez más ciudades⁹⁹. Esta medida ha suscitado críticas de parte de las mujeres nucleadas en AMMAR CTA –pues afirman que afecta a “trabajadoras sexuales autónomas”– y cierta insatisfacción entre aquellas de AMMAR Capital –por la escasa protección que reciben las mujeres una vez clausurados los cabarets–. En Argentina estas pro-

tución, bajo argumentos supuestamente fundados en el feminismo radical, muestran connotaciones moralizantes. El modelo más consolidado –y más mencionado como ejemplo a seguir (ver MacKinnon, 1993, 2009; Raymond, J., 2003)– es el que se impuso en Suecia en 1999, que penaliza a quienes compren o intenten comprar “relaciones sexuales temporarias”. Don Kulick (2005) ha señalado tanto la ineficacia de la ley en términos de la cantidad de arrestos y procedimientos que efectivamente se han llevado a cabo, como los perjuicios que ha ocasionado a las trabajadoras sexuales de ese país afectando casi exclusivamente a las que trabajan en las calles y particularmente a las migrantes. Estos incluyen: menos posibilidades de seleccionar los clientes, incentivos a no utilizar preservativos (pues pueden servir como pruebas judiciales), mayor acoso policial, deportación inmediata para las indocumentadas, renuencia a denunciar a clientes violentos o proxenetas, y renuencia de los clientes a denunciar casos de trata o explotación. Las autoridades suecas no pueden determinar ciertamente si ha descendido la oferta de prostitución, salvo por su visibilidad en las calles. Pero los efectos problemáticos no acaban allí; en un estudio que analiza la recepción de la ley por los habitantes suecos (Kuosmanen, 2010) se puede observar que: la ley es vista positivamente aunque no se tiene certeza sobre si ha servido para disminuir la demanda o la oferta de sexo comercial; no ha habido cambios significativos en las actitudes hacia los clientes pues la influencia de la ley ha sido principalmente sobre quienes de antemano tenían una opinión desfavorable sobre la prostitución; y la mayoría, especialmente las mujeres, piensa que también debe prohibirse la venta de servicios sexuales. A nivel ideológico –aspecto fundamental si, como afirman quienes defienden la ley sueca, su objetivo es “dar un mensaje” sobre la prostitución–, Kulick (2005) advierte cómo, con las encuestas y las distintas producciones científicas sobre los clientes de prostitución, se está generando una nueva especie de perverso, en el sentido foucaultiano; es decir, pasando de una caracterización de “acciones aberrantes” a delinear un personaje (tal lo como Foucault señala en referencia al pasaje del sodomita al homosexual).

⁹⁹ Por ejemplo, en Santa Rosa y varios municipios de La Pampa, Gualeguaychú y Paraná - Entre Ríos, Villa Nueva - Mendoza, recientemente Rosario, entre muchos otros. Uno de los casos más resonantes fue el de Córdoba que provocó varias manifestaciones de repudio por parte de las mujeres de la filial de AMMAR CTA.

puestas legislativas son muchas veces elaboradas haciendo caso omiso de las voces de las propias involucradas y sus organizaciones, ya sea que se posicionen con el abolicionismo o defiendan al trabajo sexual¹⁰⁰.

Finalmente, otra expresión de normativas que puede ser leída en consonancia con los ecos prohibicionistas del abolicionismo tuvo lugar durante 2011 cuando se anunció la promulgación del decreto 936/11. Este en su artículo 1º indica:

[...] prohíben los avisos que promuevan la oferta sexual o hagan explícita o implícita referencia a la solicitud de personas destinadas al comercio sexual, por cualquier medio, con la finalidad de prevenir el delito de Trata de Personas con fines de explotación sexual y la paulatina eliminación de las formas de discriminación de las mujeres.

Apoyado por algunos sectores del feminismo abolicionista, el decreto se fundamentó en dos puntos: la lucha contra la trata de personas con fines de explotación sexual y contra las distintas formas de violencia ejercida contra

¹⁰⁰ Una excepción es la ordenanza 8955 dictada en Paraná que inhabilita a las whiskerías o cabarets, pero implementa una Comisión de Evaluación y Seguimiento de la implementación que incluye entre sus integrantes una representante de AMMAR CTA.

las mujeres (Ley 26.485). Sin embargo es cuestionable en qué medida contribuye a estos fines¹⁰¹ (cfr. Maffía y Moretti, 2012)

Al vedar la publicación de todos los avisos se recorta una de las herramientas de quienes buscan ofertar sus servicios sexuales por su propia cuenta¹⁰² sin exponerse a los maltratos policiales ni las miradas interpelantes que supone la oferta sexual callejera –penada en casi todo el país– y sin aceptar condiciones de explotación como las de los prostíbulos –prohibidos– los cabarets o whiskerías –legalmente

¹⁰¹ Por una parte, al prohibir los avisos sólo se obstaculizaría, parcialmente, la publicidad de servicios sexuales, pero ello no implica detener ni las distintas formas de sexo comercial ni la trata. En cambio, limitar la publicación de avisos –bajo el supuesto de que se anuncian sólo servicios sexuales de mujeres traficadas o explotadas– puede significar, paradójicamente, bloquear posibles caminos de investigación de dichos casos. AMMAR-CTA ha propuesto el camino inverso como forma de luchar contra la trata: la distinción entre trabajo sexual autónomo y trata, y la participación de las propias trabajadoras sexuales como informantes calificadas para investigar los posibles casos de trata. Respecto de la publicación de avisos proponen la aplicación de un protocolo de publicación con el registro de los anunciantes. La prohibición de la publicación de avisos de oferta sexual elimina de la superficie de la prensa gráfica imágenes de mujeres consideradas denigrantes (ver Maffía y Moretti, 2012), al tiempo que elimina la posibilidad de contar con información sobre las condiciones en que los servicios sexuales serían ofrecidos. De hecho, la UFASE (Unidad Fiscal de Asistencia en Secuestros Extorsivos y Trata de Personas) en febrero de 2010 proponía el uso de los avisos para la “investigación proactiva” de posibles casos de trata, explotación sexual y delitos conexos. (Ver el “Informe anual 2010” UFASE o la Resolución UFASE expediente interno N°174/09). “Investigaciones proactivas por publicación de avisos clasificados”. Allí se sugería el registro de quienes anuncian, en forma similar a lo propuesto por AMMAR CTA.

¹⁰² Esta opción, constatada en mi trabajo de campo, fundamenta parte de las objeciones de las propias organizaciones de trabajadoras sexuales (AMMAR-CTA) pero desde el gobierno parece ser desestimada como poco significativa (ver <https://bit.ly/3vDG3SL>)

reguladas en buena parte del país pero, sin tener en cuenta las condiciones laborales de las mujeres, excepto en relación a las ITS¹⁰³–.

Según las organizaciones de trabajadoras sexuales, tanto el decreto 936/11 como la clausura de cabarets y whiskerías –que muchas veces, según afirman, incluye los domicilios de “trabajadoras sexuales autónomas”–, en el contexto local de corrupción policial, son normas que favorecen la clandestinización, restan autonomía y dificultan la detección de los casos de trata. Algo similar han planteado otros autores en países con legislaciones similares, o donde se incluye la penalización de los clientes (Kulick, 2005; Kuosmen, 2010).

Para sintetizar el recorrido de la prostitución en Argentina se pueden plantear tres momentos: primero un impulso reglamentarista, donde subyacen las tensiones urbanización/ guetización y control sanitario/ control moral; luego este esquema se complejiza al superponerse una normativa abolicionista con restricciones arbitrarias y de tono moralizante sobre el espacio público, y habilitaciones con subterfugios para los “cabarets”; y por último, aparece en ciernes un modelo de nuevo abolicionismo (con ecos prohibicionistas) que, al homogeneizar todo el mercado sexual bajo la “trata de personas” y concebir a las mujeres en prostitución meramente como víctimas y degradadas, reactualiza las calificaciones morales sobre la comercialización de sexo.

Las estrategias legislativas, que se pretenden abolicionistas, han apuntado muchas veces a la intervención sobre el espacio público, atacan la visibilidad¹⁰⁴ o las formas de

¹⁰³ El modelo epidemiológico del riesgo individual surgido en el contexto de la epidemia de VIH/sida (Pecheny y Petracci, 2006) mantiene en buena medida las nociones higienistas pues se aboca al control de las mujeres que ofrecen sexo comercial pero no al de aquellos varones que lo consumen. (ver Morcillo, 2015a)

¹⁰⁴ Por ello algunos autores han señalado que la prostitución acaba siendo abordada por el estado de forma similar a la mendicidad. (Ogien, 2012)

administración, pero no abordan estructuralmente el problema pues no inciden sobre las asimetrías socioeconómicas y de género, ni sobre la estigmatización y vulnerabilidad que supone dedicarse al sexo comercial. Lejos de abolir, este esquema legal al perseguir fundamentalmente la prostitución callejera produce clandestinización. Así, muchas veces obliga a las mujeres a trabajar en contextos de mayor explotación –como suelen ser los “cabarets” o “privados”– socavando las posibilidades de relativa autonomía que ofrecería el contexto callejero, pues esta modalidad es comparativamente la que más prescinde de proxenetas y resulta más accesible a las personas con menos recursos.

Este panorama legal permite pensar que el marco vigente contribuye directamente a normalizar los abusos policiales contra prostitutas, clandestiniza la actividad y, por ende, apuntala los estereotipos que ligan al sexo comercial con el delito. A su vez, las tensiones legales estarían vinculadas tanto al sostenimiento del estigma que pesa sobre la prostitución, como a mantener condiciones precarias para este mercado, las cuales serían funcionales a los intereses de algunos actores beneficiados. Es decir que el mercado sexual –o al menos la forma en que actualmente funciona la prostitución como parte de él– requeriría la producción de un marco normativo que impida su completa institucionalización, unas formas legales que dejen entrever la existencia de algo problemático en este sector. Otros dos elementos que podrían servir a la comprensión serían por un lado la vinculación de este modelo legal espurio a una dinámica de interdicción-erotización¹⁰⁵ y a la regulación y control sobre la sexualidad femenina (Juliano, 2003).

¹⁰⁵ Aunque no es posible desarrollar esta hipótesis aquí quiero al menos sugerirla. Siguiendo los planteos de Bataille, Perlongher señala que los estigmas y prohibiciones que pesan sobre la prostitución se reconvierten como fuentes de erotización a las que denomina operadores de intensidad libidinal: “El interdicto sexual funcionaría en un sentido positivo no sólo al ordenar los intercambios y designar los contrayentes: erotizaría el objeto mismo de la prohibición” (Perlongher, 1993: 130).

Un punto importante para comprender la forma que toma la legislación en Argentina y cómo se construye la dinámica de funcionamiento del mercado sexual es la invisibilización de las voces de quienes hacen sexo comercial (sea que se reconozcan como en situación de prostitución o que sostengan la idea del trabajo sexual). Esto consolida una forma de legislar que parece más orientada a sostener los límites de la sexualidad socialmente aprobada (y ocultar aquella no aprobada) que a favorecer a sectores subalternizados. En este sentido es importante pensar qué efectos simbólicos tendrá ocultar del espacio público y/o prohibir determinadas expresiones y prácticas, sobre todo cuando esto se hace sin escuchar las voces de las propias involucradas.

Metodología. Construcción de puentes

La estrategia metodológica con que abordé la investigación de esta tesis está marcada por tres cuestiones: en primer lugar, los objetivos delineaban la necesidad de una estrategia cualitativa orientada a la comprensión a partir de la mirada de las involucradas. En segundo lugar, el interés por conocer una diversidad lo más amplia posible de experiencias y, finalmente, la accesibilidad al campo, terminaron de trazar las líneas metodológicas en cuanto a las técnicas de producción de datos empleadas y las modalidades de entrada.

En este capítulo describo la estrategia metodológica y las técnicas utilizadas, lo que me lleva a explicitar mi propio posicionamiento epistemológico. Además, a medida que describo la estrategia y las técnicas, las relaciono con las características del campo y mi propio posicionamiento allí como investigador, anticipando así algunos elementos de análisis. Relato también cómo mi abordaje se fue modificando tras los primeros avances y algunos hallazgos. Expongo los principales escenarios, los criterios de selección y los caminos de entrada al campo (aspecto crucial dado el difícil acceso y gran cantidad de rechazos en investigaciones con poblaciones estigmatizadas). También consideraré la cuestión de la investigación sobre sexualidades en contextos erotizados donde la posición de sexo-género regula roles específicos.

La investigación que dio origen a esta tesis ha utilizado una estrategia cualitativa, valiéndome de la técnica de entrevistas semi-estructuradas y complementándola con la

observación. El criterio de selección apuntó a entrevistar a mujeres, de 18 años o más, que hubieran hecho sexo comercial de manera no esporádica por al menos doce meses, que se desempeñaran en Buenos Aires, San Juan o Rosario, y que aceptaran participar de la investigación, previa explicación y pedido oral de consentimiento. Los lugares de observación fueron definidos en primer lugar en base a la factibilidad y procurando observar lugares de distinta localización espacial, y de distinto nivel socio-económico (expresado en las tarifas de los servicios sexuales ofrecidos). Las observaciones fueron registradas mediante notas de campo y las entrevistas fueron grabadas –con consentimiento informado, garantizando el anonimato con pseudónimos y cambiando el nombre de los lugares– y luego transcritas. A lo largo del trabajo de campo, desarrollado entre enero de 2008 y diciembre de 2011, construí una muestra de conveniencia compuesta de 35 entrevistas, de entre 40 minutos a una hora y media de duración en promedio.

(Ver cuadro con los detalles de las entrevistadas en Anexo)

Estrategia metodológica, posiciones epistemológicas y técnicas de obtención y análisis de datos

Teniendo en mente los objetivos que guiaron la investigación de esta tesis, opté por un abordaje cualitativo. Este tipo de abordaje no sólo es el más adecuado para indagar en cuestiones como significados, valores y experiencias, sino que además permite, incluso demanda, un reajuste constante a medida que se desarrolla el trabajo de campo. Así, enmarcada desde una tradición sociológica, la estrategia cualitativa permite indagar las interacciones, las prácticas, las narrativas y los procesos por los que las y los agentes se posicionan en relación a las instituciones, las reproducen y/o las desestabilizan. El conocimiento emergente representa

ese carácter procesal y fluido, por ende, presupone una metodología que pueda transformarse y readaptarse con el devenir de los acontecimientos en el campo, como manera de alcanzar una mejor comprensión. A su vez la investigación cualitativa abre posibilidades interpretativas a partir de materiales diversos, por ello Denzin y Lincoln (2003) proponen la figura del *bricoleur* para representar a las y los investigadores. Son múltiples y abiertos los caminos y las modalidades bajo las cuales se compone este *bricolage* que será la investigación.

La meta de poder conocer un abanico amplio de situaciones y contextos sumada a la restricción de accesibilidad que presenta el trabajo de campo con sujetos/as estigmatizados/as, ayudaron a definir el tipo de técnicas a emplear en la investigación y el enfoque general de la estrategia metodológica. El llamado de atención sobre la necesidad de conocer las distintas circunstancias y formas en que se lleva a cabo sexo comercial es recurrente en casi toda la literatura que parte de una investigación empírica (por citar solo algunas Agustín, 2005a; Araújo, 2006; Aucía, 2006; Bernstein, 1999; Chejter, 2001; Daich, 2012; Kong, 2006; Lamas, 1993; O'Connell Davidson, 1998; Oliveira, 2004; Piscitelli, 2005; Sanders, 2006; Satz, 1995; Tabet, 2004). Surgió entonces la preocupación, guiada teóricamente, por abordar una diversidad lo más amplia posible de espacios y modalidades de sexo comercial, donde resultaba fundamental incluir a mujeres que no tuvieran vinculación con las organizaciones. El trabajar en tres ciudades diferentes y buscando indagar en las distintos estratos y modalidades de sexo comercial respondía a esta intención. Entonces desistí de una etnografía en el sentido más clásico (entiendo por esto el método que propone la investigación a partir de una interacción prolongada, permanencia, una convivencia

con los y las informantes¹). En este marco, adoptar una estrategia flexible, incorporar distintas técnicas y fuentes de datos, y abordar diferentes espacios y modalidades de sexo comercial me ha permitido conocer más la diversidad y complejidad de experiencias, y comprender mejor cómo se ligan estas con los procesos de identificaciones.

Desde este posicionamiento opté por usar la entrevista semi-estructurada como técnica de producción de material empírico. Las entrevistas habilitan la posibilidad de conocer los significados desde la perspectiva de las entrevistadas. Si bien no he realizado entrevistas etnográficas (Fontana y Frey, 1994) he apuntado a la flexibilidad de esta técnica. A partir de algunas entrevistas no estructuradas con informantes clave (dirigentes de las organizaciones) construí una guía de entrevista. Haber realizado yo mismo la totalidad de las entrevistas me permitió que, luego de las primeras entrevistas en terreno, el uso de la guía de entrevistas fuera haciéndose más flexible, y funcionara más como ayuda-memoria que como una serie de preguntas a responder por las entrevistadas.

A su vez, al usar el método de comparación constante (Glasser y Strauss, 1967)² los énfasis en las entrevistas se fueron modificando al ir saturando determinadas categorías (como el caso de uso de preservativo) y profundizando algunas líneas de indagación que aparecieron como elementos nuevos a partir de la primera fase del trabajo de campo (por ejemplo, las concepciones amorosas de las entrevistadas). También algunas preguntas triviales o aparentemente inútiles funcionaron como “puentes” hacia temas más importantes, pero más difíciles de abordar directamente (por ejemplo, preguntar si tenían alguna

1 Una crítica a los presupuestos de la etnografía clásica “malinowskiana” puede hallarse en el debate entre George Marcus y Judith Okely (2007). Ejemplos de las dificultades de plantear un enfoque etnográfico más clásico en estudios sobre prostitución se relatan en la investigación de Lorraine Nencel (2000) –quien encontró graves restricciones para entablar vínculos estables y obtener la cooperación de sus informantes–.

2 De todas formas no he seguido puntualmente los pasos para la generación teoría fundamentada (*grounded theory*) tal como señalan Strauss y Corbin (ver en Jones, Manzelli y Pecheny, 2007), sino una variación libre.

religión a veces sirvió para abordar cuestiones de moralidad). A fin de abrir los sentidos de las preguntas y evitar proponer yo mismo las categorías de respuesta empleé una técnica que probó tener resultados positivos: hacer algunas preguntas intencionalmente vagas y generales, especialmente al principio de la entrevista. En una primera instancia estas preguntas a veces desorientaban a las entrevistadas, pero luego encontré que las preguntas descriptivas permitían solucionar este problema –tal como sugiere Rosana Guber (2004)–. Esto permitió un margen mayor para que las entrevistadas propusieran orientaciones y expresaran su propia mirada en el diálogo.

He dicho que la principal técnica utilizada fue la entrevista, antes de referirme a las técnicas complementarias (observación) y los modos de análisis, quiero hacer un paréntesis para pensar sociológica y epistemológicamente las relaciones de investigación.

Entiendo la entrevista como un encuentro donde ambos participantes interactúan, la intención en todas mis intervenciones y gestos apuntaba a declinar cualquier posición de autoridad que pudiera inhibir a las entrevistadas para desarrollar sus relatos (Walby, 2010). Puse especial cuidado en que las relaciones en las entrevistas no tuvieran el tono paternalista que pueden asumir estos encuentros (Fontana y Frey, 1994) cuando no se toman en cuenta las relaciones de género entrevistador–entrevistada. Aunque no es posible hacer desaparecer las asimetrías, especialmente de sexo–género, mostrarme explícitamente como alguien que tiene una mirada no moralizante y abierta a conocer sus propios puntos de vista, facilitó que las entrevistadas se sintieran suficientemente cómodas. Atento a la crítica feminista sobre la técnica tradicional de la entrevista, donde el entrevistador se mantiene distante y sin mostrar sus sentimientos, como paradigma masculino que excluye las emociones y la sensibilidad (Oakley, citada en Fontana y Frey, 1994: 369), busqué posicionarme de otra manera. Muchas veces sin proponérmelo, simplemente como fruto de la empatía, me alegraba, indignaba, reía o entristecía junto con las entrevistadas. Esto significaba en ocasiones compartir también mi propia inti-

alidad. Enlazada con una posición ética como investigador, hay aquí también una mirada epistemológica que supone la creación de conocimiento como un trabajo intersubjetivo, más que una oposición sujeto-objeto.

Parto de una posición epistemológica crítica tanto de las pretensiones de un conocimiento objetivo y no situado o neutral, que niega las características de quien conoce, como de los vínculos jerarquizantes entre investigador e investigados que signan la mirada científica masculinizada como un gesto hegemónico. Busqué construir relaciones de investigación donde la lógica no sea ni la de encasillar al otro –al estilo de la ciencia más tradicional– ni tampoco pensar la producción científica como una posibilidad para dar voz a las/os subalternas/os, confundiendo “las voces y los portavoces” (Pecheny, 2008a: 9). Este gesto vanguardista, que niega el papel de quien investiga como intérprete y traductor, puede llevar a representar a quienes no desean ser representados. (Figari, 2011)

En los vínculos de investigación, y especialmente las interacciones en las entrevistas, entiendo a la afectividad y las emociones como formas de generar puentes entre subjetividades. Esto implica situarme como investigador en lo que Figari llama una “posición amorosa” centrada en el otro, o también, siguiendo a Evelyn Fox-Keller, una percepción alocéntrica:

Una percepción alocéntrica se relaciona con el cuidado del otro (que no se resuelve tan simplemente con un consentimiento informado contractual). No se propone “sacar” información, pretende producirla. Acompaña, escucha, da soporte y soporta, ríe, pone el hombro, abraza, guarda silencio, habla, transmite o comunica y si es necesario, no dice nada. (Figari, 2011: 10)

Entonces el posicionamiento que habilita la entrada de los afectos y emociones en el marco de las entrevistas no tiene que ver con un gesto compasivo, ni tampoco con una mera estrategia metodológica, sino que ensambla con la concepción ético-epistemológica desde donde concibo la investigación. Justamente una entrevistada, Carina, fue la que me hizo notar esto

—más que las lecturas teóricas— cuando, luego de una entrevista cargada de emociones e incluso lágrimas, se interesó con mayor profundidad por los objetivos de mi investigación y luego por otros aspectos de mi vida. El vínculo se cargó de afectividad enriqueciendo y trasformando la relación informante-investigador.

Como veremos, una de las características frecuentes en las experiencias de las mujeres que hacen sexo comercial es el secreto y/o el silencio como táctica para eludir la estigmatización. En este sentido el espacio de la entrevista —pero no necesariamente el texto que luego resulta de mi análisis— funciona como una posibilidad para la aparición de discursos soterrados o narrativas fragmentadas. Sin suponer que puede eliminarse completamente la asimetría de la situación de entrevista, cuando se abre la percepción alocéntrica, se garantizan el anonimato y la confidencialidad, y se logra generar un clima de confianza, la entrevista puede transformarse en un espacio donde las entrevistadas construyen su propia reflexividad. Algunas veces, afortunadamente pocas, las entrevistas no lograron trascender un umbral mínimo de comunicación. Pero en muchas oportunidades el diálogo en la entrevista se transformó en un espacio donde las entrevistadas ponían en palabras una cantidad de vivencias y experiencias que permanecían silenciadas. Una entrevistada rosarina al finalizar la entrevista me agradeció —antes de que yo le agradeciera a ella—, me dijo que le había servido para hablar de muchos temas que no charlaba con nadie, entre risas me confió: “me hiciste de psicólogo, fue como una terapia”. Dejando de lado la referencia a la psicología, estas manifestaciones me permiten considerar a la entrevista como posibilidad de construir una (otra) narrativa personal. Otra expresión de estos puentes narrativos emergía cuando me revelaban sus dos nombres. Es difícil saber hasta qué punto yo y el artefacto de la entrevista pudimos transformar la interpelación como “prostitutas” a las mujeres, probablemente no se haya eliminado totalmente la interpelación, pero al menos se abrieron dudas sobre los sentidos y las valoraciones asociadas, permitiendo un lugar de escucha-diálogo.

Además de las entrevistas utilicé como técnica suplementaria la observación en terreno con diversos grados de participación³ (más abajo analizaré las limitaciones que aparecían para las formas de participación, especialmente para la participación como cliente). En cada escenario el grado de involucramiento era distinto (en plazas y calles debía mantener por momentos una cierta distancia para no entorpecer las tareas de las mujeres, mientras que en bares y cabarets podía permanecer e interactuar desde la proximidad). En una primera fase la observación me sirvió para conocer el terreno y las/os posibles informantes, y para hacer una caracterización general del entorno. Tras haber iniciado la observación sin parámetros previos, esboqué una guía de observación –más o menos flexible– para focalizar en algunos aspectos⁴. Llevé un registro de cada salida al terreno mediante notas de campo. Busqué ampliar el espectro de observación variando la localización espacio-temporal realizando observaciones en diferentes lugares y zonas, en diversos días de la semana y a distintos horarios. Usé esta técnica para observar en espacios como plazas, bares y cabarets, lo que me permitió registrar distintas características de las interacciones entre las mujeres y con los clientes.

La principal potencialidad de la observación se halla, en gran medida, ligada a su capacidad de ser vinculada con otras técnicas (Adler y Adler, 1994; Atkinson y Coffey, 2001), en el caso de esta investigación con la entrevista semi-estructurada. Aquí fue importante desestimar una pretendida primacía de las

3 “La observación participante nunca es del todo neutral o externa pues incide en los sujetos observados; asimismo la participación nunca es total excepto que el investigador adopte, como “campo”, un referente de su propia cotidianeidad; pero aun así, el hecho de que un miembro se transforme en investigador introduce diferencias en la forma de participar y de observar” (Guber, 2001: 62)

4 Algunas de las dimensiones de observación fueron: formas de manejar el cuerpo y gestualidad en la “parada” o en el cabaret; vestimentas, distancias y diálogos entre las mujeres que realizan sexo comercial; formas de abordar o aguardar a los clientes (proximidad, lejanía, gestos, tiempo que dura la negociación); disposiciones en el espacio, movimientos y lugares ocupados, relaciones entre las mujeres, horarios.

acciones por sobre lo que se dice de ellas⁵, o la consideración de los dichos de las/os entrevistadas/os como posiblemente distorsionados. A los fines de mi investigación, estas supuestas distorsiones tienen un valor importante pues no sólo expresan la mirada particular de las entrevistadas, sino que también muestran la forma en que logran o prefieren narrar sus experiencias, algo que difícilmente podría conocer de otra manera. Entonces más que recurrir a las observaciones para hacer un careo⁶ con los relatos de las entrevistas, las he usado para complementar otros aspectos. Este enfoque que mezcla datos de observación con entrevistas ha sido también utilizado exitosamente en varias investigaciones sobre sexo comercial. (Sanders, 2006)

Por último, otra fuente de información fue la participación en reuniones, acciones, charlas y eventos, llevados a cabo por las diferentes organizaciones y grupos de activistas⁷. He utilizado de forma secundaria material de foros en Internet de clientes de sexo comercial –donde también participaban las propias mujeres–. De forma menos sistemática, he consultado textos y blogs escritos por mujeres dedicadas al sexo comercial y por clientes; literatura y producciones audiovisuales cinematográ-

5 La concepción de la observación participante como la técnica más completa, por sobre la entrevista, como sostenían Becker y Geer (ver en Atkinson y Coffey, 2001), tiñe de naturalismo a los comportamientos y concibe a la observación como la lente que puede captarlos en su transparencia.

6 Una profesora me había aconsejado “desconfiar” y “no creerle todo” a mis entrevistadas. Desde mi perspectiva, no tiene mucho sentido desconfiar de lo que las mujeres me relataron. En todo caso mi clave de análisis ha sido la de comprender desde dónde y por qué optaban por relatar determinados eventos y de determinadas maneras, más que chequear la correspondencia de los relatos con los eventos.

7 Entre otras varias reuniones y eventos llevados a cabo por las distintas organizaciones, fue de especial importancia la participación en la “Primera Consulta Nacional sobre Trabajo Sexual”. En esta reunión, que tuvo lugar en agosto del 2008, se congregaron trabajadoras sexuales de distintas provincias del país. Las discusiones mantenidas, organizadas en torno a tres ejes (violencia, estigma y discriminación; condiciones laborales y VIH/sida), dieron cuenta de las principales vulnerabilidades que marcan a estas mujeres y travestis, pero además fue un marco excelente para contrastar las diferencias y similitudes que se producen en distintas ciudades del país.

ficas, de ficción y documentales, así como material periodístico –particularmente donde aparecían entrevistas a “prostitutas” o “escorts”–.

Para analizar los datos las entrevistas fueron transcritas y comencé las primeras fases del análisis a medida que fui avanzando con el trabajo de campo. Esto me permitió tener algunas pautas iniciales y temas de interés al hacer la codificación. El análisis y la codificación partieron tanto de una mirada teórica como de construcciones inductivas a partir del material de las entrevistas. Con la lectura minuciosa de las entrevistas puede ir depurando y re-codificando algunos fragmentos. Luego los códigos fueron reunidos en torno a ejes temáticos y según los intereses analíticos planteados en respuesta a los objetivos de la investigación, las discusiones teóricas y las cuestiones emergentes del propio material fruto del trabajo de campo.

En este proceso me resultó útil el uso de software específico para codificar y manejar los códigos creando vínculos entre ellos, agregar memos y distintas anotaciones sobre las transcripciones. Luego el análisis cualitativo, a diferencia del trabajo con estadísticas, no puede automatizarse con el uso de computadoras⁸. Sin embargo, el software me permitió organizar y manejar con ductilidad la gran cantidad de información reunida. Así pude realizar con precisión búsquedas en las transcripciones referidas a distintas combinaciones de códigos o por agrupaciones de los documentos de entrevista (según ciudades, pertenencia a organizaciones, franja etaria, etc.) o rastrear palabras clave y sus asociaciones. Esto no sólo me facilitó la lectura del material, sino que amplió las posibilidades interpretativas.

En el análisis he seguido algunas de las nociones de la teoría fundamentada, pero de una manera flexible, adaptándola al propio contexto de esta investigación y combinándolas con otras modalidades de análisis –como la construcción de

⁸ El propio programa tiene una función llamada “*Relevant text search*” que entusiasma al/la usuario/a. Al ejecutarla emerge una ventana y aclara: “*Mission impossible: Do you believe in magic?*” recordándonos que los procesos interpretativos complejos del análisis no pueden conocerse bajo fórmulas preconcebidas y sólo pueden ser ejecutados por las y los investigadores.

esquemas analíticos gráficos (algunos incluidos en el cuerpo de los capítulos) para plantear y organizar las distintas relaciones entre categorías, sus propiedades, dimensiones y conceptos—. El fruto de este análisis está plasmado en los capítulos siguientes, durante cuya escritura continué volviendo constantemente al material y reinterpretándolo a partir del diálogo con la literatura.

Características del trabajo de campo. Conformación de la muestra

El trabajo con poblaciones estigmatizadas suele presentar problemas de accesibilidad y/o rechazos, este es el caso de las mujeres en el sexo comercial (Sanders, 2006; Shaver, 2005). Patricia y Peter Adler señalan que las características que pueden llevar a que una persona no quiera responder o participar de un estudio pueden ser varias, entre ellas destacan la pertenencia a los sectores más altos o más bajos de la sociedad o aquellas personas que poseen un secreto (Adler y Adler, 2001). Las mujeres que se dedican al sexo comercial usualmente tienen una o más de estas características. A la habitual (y esperable) falta de tiempo y/o de deseos de participar en una investigación de la que no obtienen ningún beneficio tangible, también se pueden sumar la posesión de un secreto y la estigmatización como causas de los rechazos a dar entrevistas.

Otros puntos también dificultaban la accesibilidad⁹. El estatus legal de la prostitución hace que buena parte de este sector esté ligado a situaciones ilegales y/o clandestinas. Estas condiciones, sumadas a la arbitrariedad del accionar de la policía, desalentaban a las mujeres para conceder una entrevista. Asimismo, tener que trabajar en muchas oportunidades en un

⁹ En un nivel anecdótico –pero ilustrativo del conjunto de diversos obstáculos para acceder al campo– puedo mencionar los bloqueos a las páginas de internet que tienen contenidos asociados a prostitución en las computadoras del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires.

horario nocturno también hacía más difícil o riesgoso el acceso. Finalmente, otro problema en relación a la accesibilidad en la ciudad de Buenos Aires fue el alto grado de enfrentamiento y enemistad entre las dos organizaciones. Tanto la polarización del debate feminista como la historia de división y enfrentamiento de las organizaciones, llevan a que las activistas busquen asignar rápidamente a las y los actores de uno u otro lado del debate. Esta situación hizo que el acceso al campo a través de las organizaciones fuera un sendero estrecho e implicara repetidos escrutinios acerca de mi investigación, los objetivos de la misma y, especialmente, cómo me posicionaba respecto al debate. Las dirigentas de las organizaciones querían saber “de qué lado” estaba, sin embargo, mi forma de posicionarme no encaja con esta visión dicotómica. Aunque esto resultó problemático en términos de accesibilidad, también ha servido para poner de manifiesto y comprender mejor los posicionamientos de las organizaciones y de las mujeres que tienen algún contacto con ellas. En términos generales tanto los rechazos como los asuntos de accesibilidad han servido para mostrar que estas mujeres, aun en una posición de subalternidad, no son pasivas y eligen cómo manejar su información.

En este contexto, en consonancia con los motivos que me llevaron a trabajar en tres ciudades diferentes y entrevistar a mujeres en distintas modalidades de sexo comercial, decidí que la mejor forma de encarar el trabajo de campo sería tener tantas puertas de acceso como fueran posibles¹⁰. Tanto por el interés

¹⁰ De todas formas, había optado por desechar algunas vías más problemáticas. La primera de ellas fue el uso de “métodos encubiertos”, utilizados en algunas investigaciones sobre mercado del sexo (ver Sanders, 2006). Un involucramiento profundo con sujetos investigados/as encubriendo los fines de investigación no sólo sería cuestionable desde un punto de vista ético, sino también metodológica y epistemológicamente, al menos para mis concepciones –más abajo retomaré este punto–. Otras/os investigadores han logrado un acceso al campo a través del contacto con las fuerzas policiales, sin embargo, esta vía me resultaba también problemática por el papel opresivo de la policía en relación a las mujeres en el sexo comercial –Sharpe señala que estas relaciones demandan una flexibilidad que bordea la esquizofrenia (citada en Sanders, 2006: 460)–. Acceder al campo como agente de servicios sociales o de salud hubiera generado confusiones y probablemente disminuido la posibilidad de indagar en temas personales, tal como señala Frances Shaver (2005: 302),

teórico de construir un campo lo más diverso posible, como por la dificultad del acceso, debía multiplicar los caminos de entrada, cada posibilidad me brindaría alguna perspectiva. Dos vías de entrada confluyeron en el inicio del trabajo de campo. Por un lado el acercamiento a las organizaciones y sus referentes, y por el otro el contacto directo con las mujeres en las zonas de sexo comercial callejero, en los cabarets o boliches, o a través del teléfono.

Tras haber entrevistado a las dirigentas de las organizaciones y relatarles los objetivos y el alcance de mi investigación, les pedí contactar a otras mujeres para entrevistarlas. En este primer momento temía que la reproducción de un discurso cerrado en torno a las representaciones de cada organización obturara el relato de las experiencias de cada una. A lo largo del trabajo fui descubriendo –y luego de finalizadas las transcripciones de las entrevistas lo confirmé–, que mis temores eran infundados, pero esto anticipaba el problema de trabajar las tensiones y contradicciones de estos discursos. Así como las mujeres tenían distintos grados de involucramiento con las organizaciones, también en las entrevistas aparecían –a excepción de las dirigentas– concepciones más o menos matizadas y pobladas con elementos discordantes. Esto me permitió conocer un

además de tener que adaptar los objetivos de la investigación para compatibilizarlos con los de dichas instituciones. A su vez, también descarté pagar remuneraciones en dinero a cambio de las entrevistas por dos motivos. Por un lado, por la ausencia de recursos que me permitieran pagar montos apreciables para las entrevistadas, en particular para las escorts. Por otro lado, estimo que es muy difícil manejar con certeza los sentidos que introducía la mediación monetaria en la relación con las entrevistadas. Según algunos estudios el pago por las entrevistas en el contexto de prostitución puede significar la mercantilización del vínculo con las entrevistadas (Russo, 2008). Aunque los vínculos mediados por el dinero que estas mujeres tienen con los clientes pueden llegar a tener un cierto grado de intimidad (ver capítulo 6) esto sólo ocurre en algunas ocasiones y cuando la relación se sostiene en el largo plazo (muchas veces varios años). En este marco, las probabilidades de poder lograr un buen *rapport* en una entrevista paga parecían muy bajas, además el riesgo de la asimilación con un cliente aumentaba (más abajo me referiré a los problemas que esto acarrearía).

abanico de posiciones en las relaciones con las organizaciones, desde militantes de tiempo completo hasta simples colaboradoras eventuales.

Por su parte, establecer contacto directamente con las mujeres, si bien generaba gran cantidad de rechazos, fue una vía importante para acceder a algunas entrevistas a “escorts” (las mujeres que hacían sexo comercial en las modalidades más exclusivas y el grupo de acceso más difícil). Persuadido por la afirmación de Perlongher, “no hay mejor manera de estudiar el callejeo que callejeando” (1993: 20), deambulé (“yiré”) por diversos escenarios. En las calles y los cabarets realicé aproximaciones sucesivas a partir de la observación en terreno en distintas localizaciones. Esto ha sido llamado “vagabundeo”:

un acercamiento de carácter informal, incluso antes de la toma de contacto inicial, al escenario que se realiza a través de la recogida de información previa sobre el mismo: qué es lo que lo caracteriza, aspecto exterior, opiniones, características de la zona y entorno, etc. [...] Vagabundear implica situar aquello que es común; informarse sobre los participantes, aprender dónde se reúnen, registrar las características demográficas de un grupo de estudio, construir mapas sobre la disposición física de un lugar, y establecer una descripción del contexto de los fenómenos o procesos particulares objeto de consideración (Gómez, Flores y Jiménez, 1996: 72)

Estos dos caminos, por intermedio de las organizaciones y por contacto directo con las mujeres, me habilitaron una doble entrada en el campo para ampliar los posibles límites de acceder solamente bajo una línea de contactos. A partir de allí utilicé la “bola de nieve” como técnica para multiplicar contactos y a la vez tuve en cuenta procedimientos para “saltar el cerco” (Guber, 2004), es decir iniciar nuevas líneas de entrada –algo difícil cuando establecía contacto mediado por las organizaciones ya que ellas decidían a quiénes me presentaban–.

Sin abandonar el rumbo que señalan los contactos ya entablados, se puede intentar otros nuevos que pertenezcan a fracciones distantes u opuestas a las iniciales. Generalmente, estas redes inexploradas pueden ser fuente de perspectivas y de información con diferentes puntos de vista y pertenecientes a los opositores de los primeros contactos. Por eso es necesario advertir que prácticamente a cada fracción de informantes se contraponen o distinguen otras –ya se planteen como clivaje o diferenciación política, personal, religiosa, etc.–. Cuanto más amplio sea el acceso del investigador a todas las “campanas”, más profundo y complejo será su conocimiento sobre ese mundo social. (Guber, 2004: 137)

La selección de las tres ciudades en que realicé trabajo de campo se debió a razones teóricas así como de conveniencia y oportunidad. Busqué caracterizar y analizar las experiencias de mujeres en ciudades que suponen diferencias tanto en lo económico y sociocultural, como en los procesos de constitución histórica del sector del sexo comercial y de las organizaciones que nuclea a las personas que realizan sexo dicha actividad. Buenos Aires, una metrópolis urbana y moderna, es la ciudad donde mayor importancia tienen las organizaciones (y en el período en que realicé trabajo de campo, la única donde había una organización con una posición abolicionista, AMMAR Capital), mientras que en San Juan, una ciudad pequeña, periférica y de aires conservadores, no existía ningún tipo de organización¹¹. Estas ciudades presentan grandes diferencias en cuanto a las posibilidades de posicionamiento de las mujeres: una megalópolis como Buenos Aires brinda un cierto “anonimato” que abre diversas posibilidades a la visibilización de las y los estigmatizados, una ciudad pequeña como San Juan funciona como una suerte de panóptico donde la marca estigmatizante se vuelve omnipresente. La tercera ciudad, Rosario, surgió de

¹¹ Sólo en los últimos dos meses del trabajo de campo comenzó a gestarse una filial de AMMAR CTA, cuya continuidad está en duda al momento de escribir esta tesis.

la participación en una investigación¹² que me dio la chance de hacer trabajo de campo allí. Incorporar esta ciudad, que inicialmente no estaba contemplada en la investigación, fue una forma de obtener mayor diversidad para la muestra al incorporar una ciudad de tamaño intermedio, enriquecer las posibilidades comparativas y dar mayor propiedad y rigor al análisis que de ellas se deriva. Pero además abrió la posibilidad de trabajar en una ciudad muy significativa en esta temática. La importancia que históricamente ha tenido el sexo comercial en la ciudad de Rosario ha sido documentada por varios estudios¹³. También, especialmente a partir del asesinato de la dirigente Sandra Cabrera, una de las organizaciones de mujeres que realizan sexo comercial (AMMAR CTA) ha tenido un destacado papel en la ciudad y es una referencia fuerte para las mujeres que hacen sexo comercial allí.¹⁴

¹² Sobre sexualidad y transmisión de VIH en el sector del transporte, que incluía al vínculo de camioneros con mujeres y travestis que practican sexo comercial (Pecheny, 2008b)

¹³ A los estudios de Múgica (2001, 2009) se puede agregar, entre otros, el libro de Zinnie Ielpi (1992)

¹⁴ También en Rosario tienen gran vigor organizaciones vinculadas a la diversidad sexual y las políticas de salud pública (sobre todo las relativas al VIH/sida y otras ITS).

Las particularidades de cada una de las ciudades y mi inserción en ellas marcaron las posibilidades del trabajo de campo. En Buenos Aires la vía de acceso más frecuente, para las entrevistas, fue a partir de las organizaciones, aunque también residir en esta ciudad me permitió complementar con varios contactos establecidos directamente en las calles, y a través de llamadas telefónicas. Aquí el trabajo de campo, observación incluida, abarcó: las plazas de “Once” y “Flores”, el barrio de Constitución, Villa del Parque, Palermo y la zona “Costanera Sur” y tres “boliches” o “night clubs” localizados en Almagro, Balvanera y Recoleta.

Mapa 1: Zonas de trabajo de campo en la Ciudad de Buenos Aires



En Rosario a través de una ONG de lucha contra el VIH/sida conocí a Brenda, una travesti que ofició de portera (*gatekeeper*). Ella, además de acompañarme durante varias noches, me habilitó gran cantidad de contactos en distintas zonas con mujeres (y travestis) de organizaciones y fuera de ellas. Además, tener familiares en la ciudad me facilitó la estadía y pude hacer algunos otros contactos vía telefónica.

Mapa 2: Zonas de trabajo de campo en la Ciudad de Rosario



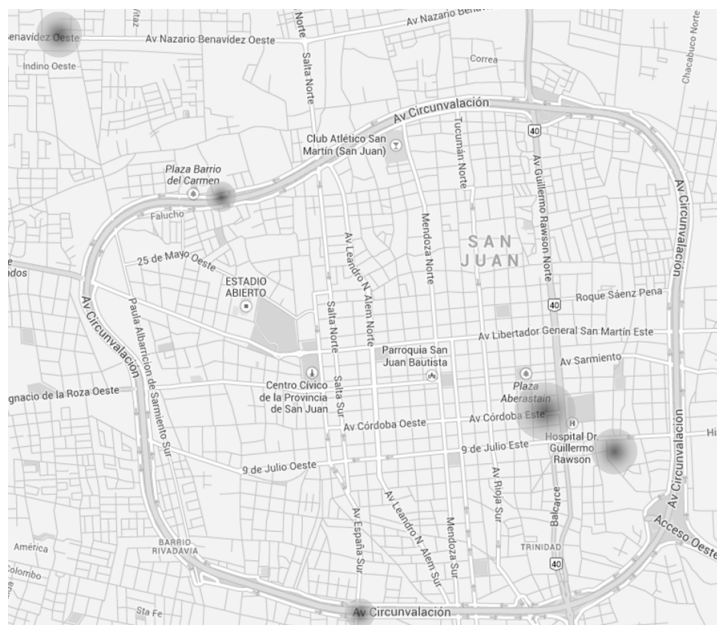
Las zonas en que hice trabajo de campo en Rosario fueron las calles Av. Provincias Unidas, Av. Presidente Perón (ex-Godoy) y la zona de la Terminal de ómnibus, las calles aledañas y en algunos “privados”, y en cabarets en los barrios de Pichincha¹⁵ y del Centro.

Finalmente, en la ciudad de San Juan establecí contactos directamente con personas que hacían sexo comercial en las principales zonas. Haber vivido muchos años en esa ciudad incrementó la accesibilidad al campo por conocer de antemano las zonas de trabajo y los horarios pertinentes para los encuentros. También, a través de algunos amigos en común, conocí a María, quien me permitió contactar y

¹⁵ Este barrio concentraba el sexo comercial durante la época de reglamentarismo (Múgica, 2001)

entrevistar a algunas escorts en esta ciudad, algo que parecía casi imposible por otra vía. Por último, a partir de contactos con organizaciones locales de travestis, pude lograr otra línea de entrada al campo. En esta ciudad trabajé en las zonas de: Av. Rawson, las calles aledañas a la terminal de ómnibus, Av. Benavidez y la plaza Aberastain; y dos “boliches” ambos cercanos a la Av. Circunvalación (que rodea la zona más céntrica de la ciudad).

Mapa 3: Zonas de trabajo de campo en la Ciudad de San Juan



A partir de esta multiplicidad de entradas al campo conformé una muestra de conveniencia guiado por criterios teóricos intentando buscar la mayor diversidad posible de entrevistadas. La muestra quedó integrada por 35 entrevistas, las que fueron grabadas previo consentimiento (excepto

una entrevistada que prefirió no ser grabada). Se realizaron en distintos horarios y lugares (en bares, en las calles o plazas –durante las horas de poca afluencia de clientes–, en las sedes de las organizaciones y en las casas de las propias entrevistadas). Los lugares respondían a la comodidad de las entrevistadas y/o la necesidad de mantener el secreto respecto de su familia y encontrar un lugar seguro y discreto para ellas.

Dadas las condiciones de accesibilidad, hay algunas limitaciones para esta muestra: no contiene gran variedad en cuanto a características de nacionalidad y étnico-raciales, ya que sólo entrevisté a cuatro mujeres extranjeras y una única afrodescendiente, y las entrevistas a mujeres de los estratos más exclusivos del sexo comercial –de tarifas más altas–, las “escorts”, son una proporción menor de la muestra. Por supuesto, el tipo de muestra implica que los hallazgos de esta tesis no pueden ser simplemente extrapolados a la generalidad de las mujeres que hacen sexo comercial. A pesar de ello creo que el valor de la investigación de esta tesis se halla, no en un intento de explicar y generalizar¹⁶, sino en la posibilidad de comprender cómo se estructuran las experiencias y los procesos de identificación¹⁷.

¹⁶ Más allá de las características de mi investigación, las dificultades para establecer generalizaciones en relación a la prostitución incluyen no sólo la dificultad del acceso al campo –que implica que la mayor parte de la literatura se base en muestras de conveniencia– sino que también las estadísticas sobre la temática son incompletas y poco confiables, y la historiografía sólo cubre algunos períodos. Según Ronald Weitzer muy a menudo en los estudios que parten de un marco de feminismo radical –los que llama *victimization studies*– “las conclusiones extraídas de muestras de conveniencia y por ‘bola de nieve’ no son debidamente caracterizadas como no-generalizables” (2005: 938). Además, Weitzer afirma que en estos casos usualmente las muestras están sesgadas por obtener entrevistas en lugares donde la victimización puede estar sobrerepresentada, o directamente no se dan detalles de la metodología empleada.

¹⁷ Siguiendo a Ana Lía Kornblit, pienso que la investigación con estrategias cualitativas: “se trata de un tipo de trabajo intensivo más que extensivo, con lo que se pierde la posibilidad de generalizar. Sin embargo, ello no implica dejar de lado la aspiración a llegar a un nivel de abstracción mayor que el de aquello que se describe. Al establecer la significación que determinados con-

Además de las 35 mujeres entrevistadas, con otras tantas tuve varias charlas informales cara a cara y con menor frecuencia por teléfono, vía mail o chat. También realicé 13 entrevistas semi-estructuradas a travestis (cinco en Rosario, cuatro en San Juan y cuatro en Buenos Aires). Estas entrevistas no formaron parte del análisis central de esta tesis, pero han servido de contraste para comprender mejor las experiencias de las mujeres. Asimismo, sostuve conversaciones informales con otras dos mujeres que fueron actrices de pornografía y ofrecieron servicios de video chat erótico, y realicé tres entrevistas a clientes regulares de sexo comercial. Aunque el foco central del trabajo de campo y el análisis está puesto en las entrevistas con mujeres, estos otros datos han servido para enriquecer las posibilidades analíticas y de comprensión de las experiencias y las formas de identificación de las mujeres que hacen sexo comercial.

Investigar sobre sexo comercial siendo varón

En esta sección¹⁸ me propongo reflexionar sobre las formas de interacción que acontecieron durante el trabajo de campo enfocando en las dimensiones sexo-genéricas y erotizadas de dichas relaciones. Desde el comienzo de la investigación tuve en cuenta mi posición de sexo-género, de clase y raza. A medida que se fue desarrollando el trabajo noté la necesidad de tomar en cuenta las dinámicas de seducción, atracción, es decir, la forma en que la interpelación sexual se hacía presente en el marco de mi trabajo de investigación

tenidos o determinadas prácticas tienen para los actores, se muestra simultáneamente algo sobre la sociedad a la que ellos pertenecen, y es posible que eso pueda extenderse a contextos más amplios". (Kornblit, 2007: 9)

¹⁸ Algunos fragmentos de esta sección han sido reelaborados a partir de un artículo anterior (Morcillo, 2010)

y en particular cuáles eran las implicancias del rol de cliente que suponía mi lugar de varón (también presuntamente heterosexual).

La búsqueda por construir las ciencias sociales como un cuerpo de conocimientos objetivos ha resultado en varios problemas, uno de ellos es el intento de fabricar una mirada descorporeizada, es decir, que omite en su análisis los cuerpos de quienes investigan. Un largo tiempo ha transcurrido hasta poder abordar explícitamente el papel que tiene quien investiga en la producción de los datos. En todo caso, la investigación con estrategias cualitativas ha sido más permeable a este tipo de reflexiones, Ana Lia Kornblit señala: “Hay que tener en cuenta que los resultados de las investigaciones cualitativas que escriben los científicos sociales son interpretaciones en las que intervienen sus propios mundos culturales (incluyendo sus trayectorias biográficas y su condición genérica).” (Kornblit, 2007: 10).

Retomo esta mirada sobre mi propia posición como investigador para comprender más cabalmente desde dónde parte esta investigación. Es clave aquí el papel que juega la reflexividad, entendida como “consciencia del investigador sobre su persona y sus condicionamientos sociales y políticos en el proceso de investigación” (Guber, 2001: 48). La reflexividad ha permitido tanto iluminar algunos de los diversos sesgos, o marcas de situación, como puntualizar parte de las asimetrías de poder que supone la relación entre los sujetos que investigan y los sujetos/objetos que son investigados.

Pero esta reflexividad pocas veces ha tomado como foco la posición no sólo sexuada –como ya había señalado la epistemología feminista–, sino también sexualizada o erotizada de quien investiga. Es importante preguntarnos, como lo hace Esther Newton (1996) en un artículo señero en abordar este problema, si el poder de nombrar a un “otro” subordinado plantea un problema ético, ¿por qué no se ha problematizado el poder que atraviesa las relaciones erótico sexuales con ese “otro”? Recién desde mediados

de los '90 han comenzado a surgir este tipo de cuestiones (Kulick y Willson, 1995; Markowitz, 2003; Newton, 1996; O'Connell Davidson, 2008; Sanders, 2006). Desde la antropología, se ha puesto en cuestión el mandato hegemónico de celibato para los etnógrafos, que surgió no sólo para garantizar la objetividad de la información adquirida en el trabajo de campo, sino también como forma de mantener a salvo el *self* del investigador (ver Wengle, citado en Kulick y Willson, 1995). A su vez, la falta de un registro explícito de las dimensiones sexuales y eróticas de la investigación en el campo, resguarda de la crítica a la mirada del varón blanco heterosexual construido como la posición no marcada desde la cual se produce una mirada supuestamente neutral. (ver el capítulo de Andrew Killick en Kulick y Willson, 1995)

Muchas veces, en las investigaciones sobre sexualidades las relaciones entre investigados/as e investigadoras/es adquieren un particular cariz sexual y según Kevin Walby (2010) las entrevistas sobre sexualidad pueden devenir en una sexualización de quienes investigan. Así, investigar sobre sexo comercial hace improbable evitar un cierto grado de sexualización o erotización de quien investiga, todas las marcas que refieran a su identidad de sexo-género aparecen y dan un influjo a la investigación, tal vez con más evidencia que en otras áreas. Por ello no es extraño que desde estas áreas –la antropología de la sexualidad, la sociología de la sexualidad– hayan brotado los primeros interrogantes al respecto, aunque en Argentina no ha sido un tema central para muchos trabajos, sino más bien algo infrecuente (Pecheny, Manzelli y Capriati, 2010). Según Teela Sanders (2006) en las investigaciones sobre la industria sexual tampoco es frecuente el análisis de las relaciones erótico-sexo-genéricas entre investigadoras/es y las/os informantes profundizando en las discusiones metodológicas ni la reflexividad sobre el papel que ocupa quien investiga. En algunos estudios, fundamentalmente realizados por mujeres se abordan cuestiones metodológicas, aunque haciendo

foco fundamentalmente en la accesibilidad del campo y la seguridad dentro del mismo. (por ejemplo Gaspar, 1985; Justo von Lurzer, 2004; Oliveira, 2004)

Mi posición de sujeto como varón investigando mujeres supone potencialidades y limitaciones, muchas de ellas enraizadas en los diferenciales de poder que estructuran las relaciones de género. Sin olvidar esto, es importante contextualizar cuáles son las implicancias y cómo se conjugan las relaciones de género que se establecen en las interacciones en el campo. Alejarse de posiciones preestablecidas y esencialistas –por ejemplo, la tradición que dicta que sólo mujeres entrevisten a sus congéneres– permitirá evaluar en el contexto particular de cada investigación, cómo y cuáles efectos pueden producir las relaciones de género pues estos no son *a priori* generalizables, unidireccionales ni homogéneos (Pecheny, Manzelli y Capriati, 2010). Asumir directamente que las entrevistas hechas por una mujer en el contexto del sexo comercial lograrían necesariamente un mejor *rappor*t y mayor intimidad no es correcto –especialmente teniendo en cuenta que el estigma de “puta” divide precisamente al interior de las mujeres entre “putas” y “santas” o “normales” y podría resultar en una mayor visibilidad de la asimetría entrevistadora-entrevistada (Gaspar, 1985). En todo caso, cada perspectiva permite conocer y comprender algunos aspectos, y no es posible resolver *a priori* cuáles serán, pues si bien es vital tomar en cuenta la posición (y el cuerpo) de quien investiga, tampoco entiendo que ser varón o mujer sea una construcción inmodificable y con sus sentidos completamente cerrados. “Desde el conocimiento situado como una posición crítica la relación de investigación siempre va a ser cuerpo a cuerpo, no importando qué cuerpo, es decir, como un lugar y no una esencia; como el ‘carácter situado de una mirada’” (Figari, 2011: 4). En mi caso me interesa evaluar, especialmente tomando en cuenta tanto mi posición epistemológica como los objetivos de mi investigación, cuáles eran los riesgos y potencialidades de

mi posición subjetiva como “varón”, algo que en el contexto del sexo comercial se carga de sentidos consolidados, aunque nunca definitivamente.

En mi propia experiencia como investigador en el contexto del sexo comercial, y mi posición como varón, presuntamente heterosexual, universitario de clase media, “blanco” (para el canon étnico latinoamericano), noté que la identidad de varón facilita una entrada al campo. Probablemente ser mujer suponga una menor accesibilidad y permanencia en los espacios de sexo comercial, tal como señala en su etnografía María Dulce Gaspar (1985). Ser varón abre las puertas al campo, aunque de cierta forma particular. En un contexto de sexo comercial nadie cuestiona “¿qué hace un varón acá?”, como sí sucedería si hubiera una mujer que no estuviera ofreciendo sexo comercial. Según la bibliografía, para las mujeres aparecen otros elementos que complejizan la ecuación: investigar sobre sexo comercial puertas adentro parece menos accesible para investigadoras mujeres, aunque representaría una menor exposición a violencia o inseguridad de los contextos de calle, otros asuntos son la posible percepción de las investigadoras como “competencia” para las mujeres que están haciendo sexo comercial y las interpelaciones sexuales de los varones clientes (cfr. Justo y Morcillo, 2011). Ser varón en contextos de sexo comercial representaría comparativamente un menor riesgo frente a sucesos violentos (Nílan, 2002), pero también pude notar que –en contraste con las investigaciones conducidas por mujeres (por ejemplo Gaspar, 1985; Lahitte, 2012)– limitaba los comentarios respecto a algunas cuestiones de embarazo, higiene femenina y menstruación. Cada posición tiene sus puntos dilemáticos, más o menos variables, así como para algunas mujeres investigadoras puede aparecer el dilema sobre si hacer observación participante implica directamente hacer sexo comercial (Sanders, 2006), para los investigadores varones la disyuntiva sería si participar implica transformarse en clientes. Es justamente esta

potencialidad de tornarse clientes que tendrían los varones la que garantiza un acceso menos problemático, pero acarrea otros conflictos.

¿Cómo se abre el juego al entrar en los espacios de sexo comercial, cómo es la primera aproximación para interactuar en el campo? En estos contextos, las formas de seducción parecen circular más directa y unidireccionalmente que en otros como bares o discotecas (Lacombe, 2009). Es decir que, desde un lado, el de quienes ofrecen sexo comercial, está definida una manera específica de seducción que tiene un fin comercial y que, en principio, no se basa en una atracción de tipo erótico. Ahora bien, desde el otro lado de la interacción el sentido no siempre está claro. Los individuos que se acercan o pasan son observados según sus potencialidades de ser cliente, sobre todo en el contexto callejero. La importancia de la mirada es clave en el contexto de sexo comercial. Es imprescindible para interpretar tanto que una mujer está ofreciendo sexo comercial –pues en las calles o plazas, esto no siempre es inteligible a partir de la vestimenta o de las posturas corporales–, como que un varón está queriendo comprar lo que ella ofrece. En estos contextos, las marcas que hacen inteligible un cuerpo como varón y heterosexual, y las que lo inscriben en determinadas clases, aumentan la potencialidad de alguien como cliente. Aquí la pretensión de que los investigadores/as sostengan una mirada supuestamente neutral –y para ello descorporeizada– se hace (evidentemente) insostenible.

La categoría de “frecuentadores”, que Elisiane Pasini (2009) acuña para englobar a los varones que transitan por el contexto de sexo comercial sin ser necesariamente clientes e incluye la homosocialidad, ofrece un paraguas para los roles de varones. Sin embargo, esta categoría, que no excluye a clientes ni potenciales clientes, parte desde el enfoque de los propios varones. En cierta medida se diferencia de los esfuerzos de las mujeres que hacen sexo comercial quienes, como lo aclara la autora y pude constatar en mi trabajo de campo, estereotipan a los varones a partir de

algunas características para clasificarlos. Un lugar fundamental de esta clasificación es la contraposición entre el cliente o potencial cliente y los otros tipos de relaciones que se entablan con varones como novios, amigos, etc.

Incluso más allá de la propia dinámica de los espacios de sexo comercial y las concepciones de quienes los habitan, las implicancias de ser varón y estar en un contexto en que se ofrece sexo comercial, parecen evidentes para el resto. Por ejemplo, al comentar sobre mi investigación aparecía siempre una presuposición de que mi trabajo de campo consistía en “ir de putas”. Esta presunción se repetía sin importar el género de mis interlocutores (aunque unos la expresaran con más desenfado y otras con más timidez) y fuera o dentro del ámbito académico. La fuerza y ubi- quidad de estas presuposiciones me indicó que analizar cómo posicionarme me permitiría comprender algunos aspectos no sólo relativos a la estrategia metodológica, sino respecto a las concepciones de las propias mujeres en el sexo comercial.

Tanto por la dinámica específica del campo como por el sentido común estaba claro que el principal peligro era ser asimilado con el rol de cliente, o potencial cliente. ¿Por qué entiendo esto como un peligro? Varios elementos entran en juego. En primer lugar, posicionarme como cliente para lograr el acceso, la permanencia y la información en el campo supondría en buena medida ocultar mi investigación. Desde algunos enfoques que conciben la posibilidad de usar métodos encubiertos esto no sería necesariamente un obstáculo para una investigación. Varios textos han tratado la cuestión de los métodos encubiertos, y una investigación sobre sexualidad es un ejemplo frecuente en estas discusiones: el controversial estudio de los *tearooms* de Laud Humphreys (1974) donde el investigador mantuvo ocultas las intenciones de su estudio como forma de garantizar la accesibilidad¹⁹. Desde mi posicionamiento epistemológico

¹⁹ Ver también en la discusión sobre esta investigación en Adler y Adler (1994).

—que incluye, necesariamente, una posición ética y política— entiendo que usar otra fachada, ocultar mi rol como investigador y, más aun, luego hacer públicos aspectos íntimos de las personas, es inadmisibile y alimenta una forma de construir conocimiento desde el distanciamiento (y la expropiación), una relación sujeto-objeto muy distinta de mi concepción sobre la investigación.

Además, la posición de varón-cliente suponía dificultades en el terreno pues, a veces, podía ocurrir que algún varón-cliente tratara autoritariamente hacia quienes están haciendo sexo comercial y me reclamara una supuesta complicidad dándome más motivos, no sólo metodológicos, sino ético-políticos, para distanciarme de la posición de cliente cuando asume estas características.

Finalmente, investigar desde el rol de cliente podía ser un obstáculo para mis propios objetivos de investigación, donde las relaciones de poder entre los clientes y las mujeres que hacen sexo comercial ocupan un papel importante. Más que las prácticas sexuales en sí, me interesaba indagar en los sentidos que las mujeres les otorgaban. Quedar en la posición subjetiva de cliente implicaba que, aun develando las intenciones de mi estudio, muy probablemente se me hubieran ocultado informaciones que constituyen datos importantes para mí. Por ejemplo, me hubiera sido inaccesible el “discurso oculto” (Scott, J. C., 2000). Frecuentemente quienes hacen sexo comercial encaran las interacciones con los clientes usando la “psicología” y el “chamuyo”²⁰, es decir, usando tácticas que buscan anticipar los sentidos y posibles derroteros de la interacción, y dirigir la atención de los clientes usando una verborragia no exenta de engaños. Leer las prácticas desde el lugar de cliente no supone una aproximación más íntima a las experiencias de las mujeres en el sexo comercial pues justamente buena parte de esa experiencia consiste en segregar a los clientes de su

²⁰ El “chamuyo” y la “psicología” son términos utilizados en la jerga, en el capítulo 5 me referiré al uso que hacen las mujeres que ofrecen sexo comercial.

intimidad. Si bien existen otro tipo de vínculos con algunos clientes, como mostraré más adelante, estos pueden aparecer bajo ciertas condiciones, entre ellas el sostenimiento de un vínculo durante un tiempo muy prolongado, usualmente de varios años. Entonces, aun cuando las fronteras que segregan a los clientes puedan ser porosas, si compartir intimidad en los vínculos de las entrevistas demandaba un esfuerzo, el camino para lograr intimidad en un vínculo de sexo comercial resulta mucho más difícil y cargado de contradicciones. En el corto y mediano plazo identificarme como cliente habría complicado la posibilidad de un vínculo empático y afectivo, sumando otra barrera de accesibilidad más.

Mi opción de no involucrarme en relaciones sexuales comerciales con las mujeres no surge de las concepciones que postulan al celibato como forma de sostener el distanciamiento y garantizar el conocimiento objetivo. Comparto la crítica a un celibato obligatorio como forma de garantizar la objetividad y de resguardar el *self* de quien investiga, y abogo al mismo tiempo por una puesta en juego de este *self* (*put the self at stake*), como propone Kulick (Kulick y Willson, 1995), y por desdibujar los límites simbólicos (y corporales) que distancian a quien investiga de quien es investigado/a. Ahora bien, tal como el impacto de las posiciones de sexo-género de quien investiga es relativo a cada investigación, lo mismo sucede con la sexualización o erotización. En el contexto del sexo comercial la forma en que habitualmente se trazan los límites simbólicos no sitúa las prácticas sexuales comerciales del lado de la intimidad, sino lejos de ella.

Los intentos por diferenciarme de los clientes estaban supeditados a varios factores propios de la dinámica de los espacios de sexo comercial. Uno de ellos era la constante confusión entre mi interés por lograr interactuar, conversar, entablar vínculos y el interés sexual. Entonces, además de las características que tienen los contextos de sexo comercial como escenarios altamente erotizados, se sumaban las similitudes que hay entre la dinámica de seducción,

por un lado, y el *rapport* y cierta proximidad que se debe generar en el trabajo de campo, por el otro (Lacombe, 2009). En este sentido, me vi obligado a no rechazar de antemano el juego de seducción y, a la vez, tampoco involucrarme demasiado en él. Como dije más arriba, usualmente la primera aproximación en los contextos de sexo comercial es a partir de una mirada seductora, entonces se hace difícil la interacción sin entrar en este juego al menos por un momento. Pero claramente debía transformar mi posición rápidamente, pues la seducción en este contexto es parte del negocio y no una forma de ganar intimidad.

Asimismo, cuando abandonaba la “bola de nieve” e intentaba “saltar el cerco” entraba en contacto por canales utilizados también por los clientes, lo que demandaba reforzar los intentos por distanciarme de esa posición. Muchas veces debía hacer varias llamadas o visitas hasta que las mujeres dejaran de creer que era un cliente “haciéndome el vivo” –es decir, pretendiendo sacar beneficios o sexo gratuito–. Otros investigadores han relatado situaciones similares, por ejemplo, Walby (2010) ha señalado que algunas de las formas de establecer contactos con sus entrevistados (varones que hacían sexo comercial) se asemejaban a las de los clientes, aunque sus intenciones eran distintas. Sin embargo en este caso el investigador remuneraba a sus entrevistados como forma de obtener las entrevistas, algo que nuevamente lo asimilaba al lugar de cliente.

Tanto las vías de contacto como el espacio donde ocurren los encuentros condicionan de diferentes formas los sentidos que pueden atribuirse en la interacción. En el contexto de calle, aun en una “zona roja”, hay mayor circulación de personas y de sentidos para connotar la interacción. Esto me habilitó a usar algunas tácticas que aclaraban mis intenciones y me distanciaban del rol de cliente. En las calles pude trabajar sobre mi apariencia e incluso llevar visiblemente una carpeta, papeles y lapicera que daban, ya

desde antes de abrir el diálogo, algunas señales de qué es lo que estaba buscando en esas interacciones, adónde se dirigían mis miradas.

Este atuendo enmarcaba mi posición en el campo, alejándome de la posición de cliente y era un signo cuya significación era compartida (al menos parcialmente) por mí y las entrevistadas. En el marco de las entrevistas la forma de interacción supone que las preguntas fluyan en una dirección, pero estos roles están siempre abiertos a reinterpretaciones y por momentos se invertían. Entonces este marco de interacción, cuya fachada –grabador, libreta– suele ser concebida como distanciadora, no habilitaba tanto roles predefinidos para entrevistador y entrevistada, sino una puerta al diálogo donde la entrevistada desglosaba y reconstruía aspectos de sus experiencias que se encuentran normalmente ocultos o encubiertos, al tiempo que podía inquirir sobre mis propias experiencias. Allí la entrevista propiciaba un marco de intimidad auténticamente fructífero.

La situación era diferente en los contextos de sexo comercial puertas adentro, pues allí ya no había lugar para los elementos de mi atuendo que me diferenciaban de los clientes. A ello se suma la fuerte heterosexualización de estos entornos que dejaba poca cabida a otras posiciones sexuales más allá de la que supone ser varón y, por ende, heterosexual. Aquí, entonces, despojado de libretas y grabador, se ponían más en juego los aspectos que tenían que ver con mi propia posición de sujeto y los márgenes que podía hallar en la interacción para abrir sentidos al respecto.

Distanciarme de la posición de cliente no significó tener ya otro rol claro, sino que me interpeló en mis propias capacidades para ser yo –poner en juego ese yo– en el contexto del sexo comercial. Es decir, me empujó a reflexionar sobre cómo podía, desde mi posición subjetiva y mi experiencia vital, abrimme a entablar los tipos de vínculos que alimentaran la comprensión en dicho contexto. El planteo y las dudas iniciales sobre si podría o no ser un cliente, me

permitieron no sólo clarificar metodológicamente mi posición como investigador, sino reflexionar también sobre mis propias construcciones significativas entorno a las prácticas sexuales, asociadas al deseo erótico, el afecto y cierta reciprocidad. Hacer explícitas mis concepciones, cuestionarme e interrogarme al respecto me habilitó una comprensión más cabal del trabajo emocional y de reelaboración de sentidos que supone dedicarse al sexo comercial. También en ese marco una ruptura amorosa durante el trabajo de campo me habilitó la escucha de los elementos del orden de ese discurso amoroso y romántico del que muchas mujeres me hablaban.

El cruce de ciertas características del campo y las mías propias como sujeto ponían algunos límites, sin por eso señalar ninguna dirección. Pero el rumbo se esclarecería no sólo desde la introspección y el cuestionamiento de mi lugar, sino fundamentalmente en la propia interacción en el campo y la reflexión constante sobre dichos eventos. La inicial sexualización de los espacios de sexo comercial es en cierto punto inevitable (Sanders, 2006), especialmente en los lugares cerrados al estar rodeado de mujeres desnudas o en ropa interior. Sin embargo, en un cierto momento logré una insensibilidad a dichos estímulos, o mejor dicho, logré descentrarme del lugar de varón/cliente y sensibilizarme desde otro lugar más próximo al de las mujeres y comencé a ver esa sexualidad como una performance laboral. Este proceso se acompañó de insinuaciones y chistes sobre temas sexuales o mi orientación sexual, saber cómo entender y responder en estos momentos significó poder ganar la confianza de muchas de estas mujeres. A medida que fui adentrándome en el campo y entablando vínculos con las mujeres, escuchando sus relatos, una dimensión deserotizada se fue haciendo presente. Pude notar que el vínculo entablado con las entrevistadas se tornaba diferente

y abría una dimensión de intimidad no sexualizada cuando ellas mismas expresaban que después de haber charlado largamente conmigo no podrían tenerme como cliente.²¹

Mi posición subjetiva, que en un principio podía asimilarse a la del sujeto varón, blanco, de clase media ilustrada y heterosexual, resultaba problemática en una interacción con subalternizadas, tanto para involucrarme sexualmente como para hablar en condiciones simbólicas de igualdad sobre mi sexualidad en ese contexto. Pero la desertización y el desplazamiento constante de la figura del cliente fueron habilitándome un espacio distinto. Allí ocupaba un lugar diferente, desde las interpelaciones que daban por sentada mi orientación homosexual hasta las dudas que despertaba una masculinidad no hegemónica. Esto me permite destacar que no es solamente el sexo-género lo que impactará en una investigación, sino también otros aspectos de las biografías, las características de clase, orientación sexual, de generación, lingüísticas, raciales, etc. (Pecheny, Manzelli y Capriati, 2010). Son varios los elementos que deben tomarse en cuenta, más cuando consideramos que el mercado sexual está atravesado no sólo por el género, sino también por la clase, la edad y la raza, entre otras. En este cúmulo de elementos fui encontrando qué lugares de mi biografía y de mi posicionamiento como varón facilitaban la empatía con mis entrevistadas (a mi masculinidad no hegemónica y mi trayectoria de rupturas de parejas, sumaba mi estatus de migrante en Buenos Aires o Rosario, ser de familia obrera, estar en una franja etaria intermedia, o cierto gusto por la música popular, entre otros).

En el campo se conjugan las miradas, o las llamadas, el acercamiento y demás formas de interacción que son connotadas con sentidos eróticos o no, según un conjunto de factores que van desde algunos más estructurales, como

²¹ En este punto aparecían algunas diferencias en el caso de las travestis con quienes los juegos de seducción y las ofertas de “servicios” podían continuar, sin desaparecer del todo en ningún momento.

la posición de sexo-género, hasta variables más coyunturales como el tipo de entorno donde se da el encuentro. Sin embargo, los sentidos preestablecidos se pueden consolidar o poner en cuestión en el devenir de la interacción. Al abrir mi propia posición, atento a las respuestas (y preguntas) que esta genera, pueden emerger resignificaciones que habiliten otros roles distintos de los de cliente-prostituta. Como veremos más adelante, estas reflexiones no sólo fueron importantes metodológicamente para trabajar en el campo, sino que me ayudaron a comprender qué significaban las interacciones sexualizadas en el contexto comercial.

Tras muchos años de un silencio (pretendidamente) célibe²², algunos textos han comenzado a discutir sobre el papel de la sexualidad y el erotismo en las investigaciones. Sin embargo, como suele suceder cuando una tendencia surge para contrarrestar a otra, algunas veces se hacen valoraciones sobre el papel de la sexualización en la relación con los y las informantes que pecan, por lo menos, de cierto simplismo. Tal es el caso cuando, a contramano de quienes afirmaban al celibato como una manera de garantizar objetividad y proteger el *self* de quien investiga, se plantea que entablar relaciones sexuales con nuestros informantes funciona como un puente que conecta mejor nuestro *self* con el de aquellas/os que investigamos. Esta posición presupone que el “buen sexo” funciona como una comunión y nos permite compartir dimensiones más íntimas y así franquear barreras intersubjetivas que bloquearían información muy rica (como afirma Ralph Bolton respecto a su trabajo de campo vinculado a las prácticas homosexuales, en (Kulick y Willson, 1995). Otras veces se sugiere, no necesariamente entablar relaciones sexuales, pero sí mostrarse como un/a investigador/a sexualizado/a como algo que puede servir—incluso a investigadores varones blancos heterosexuales—

²² El nombre del volumen compilado por Kulick y Margaret Wilson (1995) es elocuente, *Taboo: sex, identity, and erotic subjectivity in anthropological field-work*.

para construir un “nexo natural” con los informantes (Markowitz, 2003). Aunque esta última alternativa parece más viable en el caso de mi investigación, también resulta criticable la concepción naturalizada del sexo.

En estas posiciones subyace un sentido sobre el significado de la sexualidad que resulta problemático. De hecho, ya parece problemático asumir que haya un único significado sobre las sexualidades. Creo necesario comprender los distintos significados que en diferentes contextos pueden asumir las sexualidades y las prácticas sexuales. Incluso la identidad de género tampoco es una instancia subjetiva coherente, sino una serie de posiciones contradictorias, conflictivas y mutables que se establecen en contextos situados (Kulick y Willson, 1995). Entonces, tanto qué signifique ser varón como qué significaciones adquieran las prácticas sexuales no son algo que pueda ser definido fuera de las interacciones que se dan en el campo. En este sentido investigar sobre sexo comercial me ha interrogado constantemente sobre los significados que se asocian a las prácticas sexuales, cuestionándome si siempre el sexo es sinónimo de intimidad y de reciprocidad. Aquí las reflexiones metodológicas y epistemológicas se ensamblan dando paso directamente a algunos de los puntos centrales que conforman esta tesis, sobre lo que volveré en los capítulos subsiguientes.

Escenarios y protagonistas

En los siguientes apartados quiero, por un lado, dar algunas descripciones resumidas de las modalidades de sexo comercial que he investigado y, por otro, introducir a algunas entrevistadas. En consonancia con los objetivos de la tesis, estos relatos apuntan a comprender desde una mirada general sus carreras y sus diferentes posicionamientos en el sexo comercial. La descripción de las modalidades de sexo comercial y las historias de estas protagonistas funcionan

ahora a modo de introducción narrada. Luego retomaré, antes de las conclusiones de la tesis, los casos de estas cuatro mujeres para reinterpretarlos a la luz del análisis.

Escenarios

El sexo comercial se organiza bajo múltiples variaciones locales, no obstante, es posible distinguir algunos rasgos centrales y delinear modalidades. Podemos partir de dos escenarios, el callejero y puertas adentro, donde se presentan diversas modalidades.

El sexo comercial callejero suele concentrarse en lugares de mucho tránsito, las cercanías de terminales de ómnibus o estaciones de tren, en algunas plazas y parques, o en avenidas y calles en áreas urbanas devaluadas. Las “zonas” del sexo comercial callejero se dividen por tiempo, según turnos, y por espacio, en distintas “paradas”. Dependiendo de los usos y costumbres de cada zona, del asedio policial y/o de diversos/as proxenetas²³, pueden haber distintos turnos. Aunque lo más característico es encontrar la oferta de sexo comercial por las noches, en muchas zonas es posible ver mujeres o travestis en sus “paradas” prácticamente en cualquier horario. El espacio suele estar celosamente dividido no sólo entre mujeres y travestis –que excepcionalmente pueden compartir las zonas–, sino también según las edades, las nacionalidades y/o etnias, y, especialmente, de acuerdo al tiempo que cada una lleva en su parada. Los clientes suelen pasar en autos para negociar las tarifas y servicios, pero también quienes están ofreciendo sexo pueden, además de esperar apostadas en algún punto visible, abordar a los transeúntes que detienen su mirada en ellas. En el contexto callejero las mujeres pueden trabajar

²³ Estos pueden ser varones o mujeres, donde los primeros serán generalmente los esposos o parejas de alguna de las mujeres, y las segundas mujeres que llevan más tiempo haciendo sexo comercial o se han retirado del mismo y cobran a las novatas o las extranjeras.

individualmente y por su cuenta, explotadas por un/a proxeneta, o agruparse en pequeños conjuntos o duplas donde puede o no haber líderes según hayan pagado más o menos “derecho de piso”.

Dentro del sexo comercial puertas adentro, hallamos distintas modalidades. Los que se conocen como “privados” (o “PV”) son departamentos o pequeñas casas generalmente regenteadas. Esta es la modalidad que registra la mayor cuota de explotación según las entrevistadas, la gran mayoría de los avisos que se esparcen en la vía pública en Buenos Aires responden a esta modalidad. Aquí los clientes pueden llamar por teléfono o ser invitados por algún repartidor de avisos ubicado en las cercanías del departamento. Estos lugares, al no contar con ningún cartel o señalización –pues su intención es pasar desapercibidos– están diseminados por todo el ejido urbano y tienen distintos niveles –que inciden en la calidad de las instalaciones y en las tarifas que se cobran–. Una de las formas de funcionamiento más comunes en los “privados” consiste en la recepción de los clientes por el o la regenta quien informa las tarifas de los servicios y hace pasar una a una a las mujeres para que se presenten brevemente y los clientes seleccionen. Tanto de esta forma como en la variante donde las mujeres aguardan cada una en un cuarto (más común en hoteles o grandes inmuebles), no hay chances de filtrar clientes ni de fijar otras tarifas. Estas características cambian cuando los privados son autónomos, o sea, donde una o un pequeño grupo de mujeres asume los gastos de mantenimiento de un departamento y pueden llegar a compartir o “pasarse” algunos clientes, pero cada una administra sus ingresos de forma independiente. De esta última manera se organizan varias “escorts” (como dije, esta es la denominación nativa que hace referencia a un nivel más “exclusivo” expresado en las tarifas más altas). Para evitar las confusiones denominaré “privados” a la primera modalidad, regentada por proxenetas, y llamaré “escorts” a quienes trabajan en departamentos o casas, pero de forma autónoma.

Puertas adentro también podemos encontrar los cabarets, boliches o whiskerías. Allí las mujeres alternan con los clientes mientras estos escuchan música y bailan o conversan, o ven algún show de *striptease*. El objetivo de las “alternadoras” es lograr que los clientes las “inviten” una determinada cantidad de copas y usualmente reciben una comisión por esos consumos. Pero, además, esa es la condición para poder abandonar el establecimiento con un cliente para hacer “la salida”, o hacer el “pase” en algún recinto del interior del cabaret. En el último caso los propietarios del cabaret cobran un porcentaje de la tarifa en concepto de uso de los cuartos. Cuando el encuentro sexual ocurre fuera del cabaret generalmente se utiliza algún hotel de las inmediaciones y es el cliente quien debe abonar la habitación. En esta modalidad es posible encontrar diversos niveles, con distintas tarifas tanto para la entrada y las “copas” como para los servicios sexuales, y además varían otros aspectos: el tipo de música, la ambientación, la forma de vestir de las mujeres y el lugar de la ciudad donde están ubicados. Así, mientras en un cabaret de una zona urbana degradada o a la vera de la ruta se escucha música popular con apenas algunas luces de colores y las mujeres semidesnudas abordan prestamente a los clientes, en un *night club* localizado en un barrio de clase alta se oye música electrónica tomando costosas bebidas importadas, mientras las mujeres vestidas de fiesta, conversan, bailan entre las luces y grandes pantallas de LCD, y miran aguardando a ser requeridas por los clientes.

Por último, otra modalidad puertas adentro, donde también podemos hallar diferentes niveles, es la que establece los contactos por teléfono. Aquí las mujeres o sus proxenetas, anuncian los servicios sexuales en los diarios, encubiertamente, o a través de páginas de Internet. Esta modalidad permite mayor flexibilidad, tanto en términos de horarios como de los lugares, ya que ambos son convenidos para cada encuentro. Así, en esta modalidad –que en San Juan se denominaba “trabajar con punto de encuentro”– la

cita puede darse en un hotel; en un restaurante, o en otro punto de encuentro; en un departamento o casa, de quien brinda el servicio o bien de quien lo paga. Cuando es un o una proxeneta quien administra los contactos la modalidad suele llamarse “agencia”. Las “escorts” independientes usualmente también utilizan este método de contactos. Para ellas los aspectos positivos de la flexibilidad de horarios y lugares, tienen como contrapartida tener que entrar en contacto con algunos desconocidos, por lo que suelen hacer llamar más de una vez a los clientes nuevos para obtener información y tratar de descartar riesgos. Algunas, cuando ya tienen una cierta clientela más o menos estable, dejan de poner avisos y se limitan a un grupo de clientes ya conocidos y otros que llegan por recomendación.

Protagonistas

A continuación describo en líneas generales a algunas de las entrevistadas cuyos casos considero útiles para tener un panorama de las distintas experiencias y contextos, antes del análisis. Estos casos representan variantes en términos de las ciudades de residencia, las modalidades de sexo comercial, las edades, la vinculación o no con organizaciones, y me permiten reconstruir diversas formas de identificaciones. El tiempo presente utilizado en estas narraciones corresponde respectivamente a los momentos de cada una de las entrevistas. Todos los nombres y lugares han sido modificados para preservar la identidad de las entrevistadas.

Abril

Había conocido a Abril a través de María, quien me la presentó como una “chica muy interesante para charlar”. Después de algunas conversaciones combinamos para hacer una entrevista y me recibió en su casa al terminar su jornada. Era un departamento perfectamente equipado con

mobiliario sencillo pero nuevo, muy cerca del parque más grande de la ciudad de San Juan, apenas a unas quince cuadras del centro comercial. Estaba vestida con unas delicadas sandalias, una remerita y un jean ajustado que marcaban su esbelta silueta, fruto del cuidado con dietas y el ejercicio en el gimnasio (apenas a unos metros de su casa). Abril tiene el pelo castaño largo cortado en degradé, las uñas pintadas, sus cejas prolijamente torneadas enmarcan sus ojos claros, sin mucho maquillaje luce un cutis perfectamente cuidado. Acepté el café que me ofreció y nos ubicamos en el living comedor, antes de sentarse me preguntó si me molestaba el humo, trajo un cenicero y encendió un cigarrillo.

Abril habla con seguridad y evitando usar lenguaje “vulgar”. En su voz ya casi no hay vestigios de la tonada sanjuanina que caracteriza al pequeño pueblo del interior de San Juan donde nació en 1986. A los 17 años no soportó más el pueblo, su “rebeldía” y su necesidad de “independencia” la llevaron a irse de la casa de sus padres y mudarse a la capital de San Juan. Abandonó la escuela secundaria y luego –me comentó rápidamente, casi con vergüenza– completó esos estudios en una escuela nocturna.

Recién llegada a la ciudad de San Juan se había encontrado con un alquiler y deudas que pagar. Después de un tiempo concluyó que los empleos precarizados que conseguía eran trabajar “como negra” a cambio de “unos mangos” que no eran suficientes. Buscó en los avisos clasificados del diario y llamó a una casa de “damas de compañía”, tomó un remis y empezó su recorrido en el sexo comercial. Con la estrecha moral sexual sanjuanina, Abril ya había sentido desde antes que su entorno la calificaba como “puta” por sus coqueteos con varones, por lo cual, según ella, hacer sexo comercial en relación a su imagen como mujer, era simplemente empezar a cobrar.

Al momento de la entrevista Abril llevaba siete años haciendo sexo comercial en diversos lugares y modalidades, según ella tuvo más sexo pago que gratuito. A pesar de su reputación como “puta”, había tenido su debut sexual a los

17 años y cuando empezó a hacer sexo comercial, “dos días antes de cumplir 18”, apenas tenía alguna experiencia. Los recuerdos la hacen reírse de su propia inocencia en esos primeros encuentros, pero me aclara que fueron momentos difíciles donde tuvo que aprender muchas cosas. En el “privado” donde había comenzado a trabajar, acuciada por la necesidad económica, no se preocupaba demasiado por poner límites a los clientes ni tenía posibilidades de filtrarlos. Para Abril, lo único importante ahí era hacer “el pase” lo más rápido posible, considerando que sólo ganaba el 50%, era necesario sumar muchos clientes si quería ganar dinero.

Desde ese entonces Abril ensayó distintas formas de hacer sexo comercial: en cabarets en San Juan y luego en Mendoza, en Puerto Madryn en otro privado, en Río Cuarto, Villa Dolores, Córdoba capital, en Buenos Aires trabajando exclusivamente por contactos, entre otras. Relata distintas experiencias en este recorrido: ser explotada en los privados, divertirse en el ámbito festivo de los cabarets –aunque desgastada por el consumo de alcohol–, volverse frustrada de Madryn por no haber ganado casi nada de dinero –aunque dice que aprovechó para conocer–. Una de las vivencias que narra con mayor entusiasmo era la de viajar con algunos clientes. En esas ocasiones, no sólo ganaba sumas importantes de dinero, sino que además podía disfrutar de cenas, bailes y distintas actividades donde “no era un objeto sexual”. Marca así una gran diferencia respecto a cómo se sentía en el privado donde había “veinte mil chicas más” y toda la dinámica de funcionamiento la hacía sentirse un “objeto”.

Ahora Abril ha consolidado otra forma de trabajar, incluso dejó de publicar avisos hace ya un tiempo y se mueve exclusivamente entre “contactos”. Es decir, si alguien quiere tener un encuentro con ella deberá llegar a través de alguna de sus redes. Abril destaca tanto la selectividad que esta modalidad le permite como la discreción que puede garantizar. Por ello dice que jamás trabajaría en la calle,

“no es que sea degradante” aclara, pero se cobra poco y no soportaría tener que estar con cualquier cliente, especialmente si no estuvieran bien higienizados –y, riendo, se admite “traumada” con los olores–. Tiene claro que una de las cosas que más exigen sus clientes es la discreción y mira con desengaño la hipocresía de las familias sanjuaninas que sólo se preocupan por las apariencias, “con la familia puede estar a las patadas, pero la sociedad no lo puede saber”.

Para Abril su actividad en el sexo comercial actualmente es algo que va más allá del “sólo sexo” e incluye saber cómo tratar a los clientes, generar lazos afectivos, no hacerlos sentir un “objeto” y tampoco sentirse ella de esa forma. En el trabajo señala dos puntos: un componente fundamental es “una cuestión de psicología” –lo cual relaciona con la carrera que estudia–. Esto da un marco diferente para el otro componente (sexual) pues Abril puede (y prefiere) sentir placer sexual y disfrutar sin culpa, previo haber dejado claro los términos del cobro. La claridad en los términos comerciales no le impide entablar relaciones de amistad con muchos de sus clientes. A la vez, ello tampoco niega la posibilidad de sostener contactos afectivos y sexuales con algún novio o *affaire*, sin demasiado romanticismo y siempre evitando cualquier situación que pueda producir “cuestionamientos”.

Abril no conoce ninguna organización de mujeres dedicadas al sexo comercial –salvo las organizaciones “mafiosas”– y prefiere no involucrarse con demasiada gente, ni clientes ni compañeras. Mantiene en secreto su actividad en el sexo comercial, pues su familia no lo vería con agrado. Sólo su hermana, que hizo una breve incursión en el sexo comercial, está al tanto. Por momentos Abril deja entrever que quisiera poder compartir sus relatos sobre el sexo comercial con algunos amigos sin tener temor a la reacción. Sin embargo, no vive el ocultamiento hacia el resto de su familia con angustia, por momentos piensa que sus padres y hermanos deben intuirlo y no le preocupa.

Simplemente opta por no hablar de eso con sus padres, prefiere hablar de sus estudios de psicología, que no sólo le dan placer, sino orgullo.

De hecho, mencionó desde el principio de la entrevista que estaba estudiando Psicología y varias veces lo relaciona con su trabajo en el sexo comercial, tanto por su concepción de este, como porque le permite solventar el pago del instituto privado donde estudia. Abril se preocupa por priorizar su carrera como psicóloga y acomoda los encuentros con sus clientes de forma tal que no le interrumpan sus tiempos de estudio.

Descreída de los relatos victimizantes, Abril afirma que el sexo comercial le gusta, lo puede disfrutar y gana muy bien –incluso ironiza sobre sus ingresos diciendo con una sonrisa “y... ganaré por mes... 1500 pesos”–. Sin embargo, según ella no le queda mucho tiempo más en el sexo comercial, siente que con 25 años ya está empezando a ponerse vieja y todo el mundo la conoce. Le gustaría “establecerse” una vez que se retire –aunque aún no lo ha planificado demasiado– dedicarse a la psicología y a cuidar a sus padres, algo que ninguno de sus hermanos mayores hará.

Doris

En un primer momento Doris se mostraba desconfiada sobre el tono personal de las entrevistas y celaba a sus compañeras de organización. Ella estaba acostumbrada a responder entrevistas, pero hablando sobre el papel de la organización, su historia, cuáles son sus demandas. En ese terreno y en el de la prevención de VIH Doris tenía un repertorio armado. Finalmente, sus compañeras disiparon sus sospechas y accedió a aventurarse en el territorio más desconocido que le planteaba mi entrevista.

Doris tiene la piel de su rostro surcada por las arrugas y los ojos hundidos en ese rostro, estaba vestida con un buzo y un jean sueltos, el pelo aún teñido de rubia para ocultar, infructuosamente, sus 52 años. Fue la mayor de las

entrevistadas. Doris se siente más cómoda cuando puede hablar usando lenguaje coloquial, le molestan los formalismos. Habla y fuma mucho. Recuerda con melancolía, pero también con picardía.

Nacida en Chaco en 1959, había aprendido de pequeña a trabajar el mimbre para comprar sus cigarrillos y ayudar a sus padres. Migró a Buenos Aires con sus siete hermanos cuando aquellos murieron. Sin saber leer ni escribir se lanzó a la gran capital donde la aguardaba el trabajo doméstico, el “trabajo por hora” como ella y las mujeres de la plaza de conchabe lo llaman. También cerca de la plaza hizo durante un tiempo trabajo de cocinera preparando “copetín al paso”. Aunque ha vivido en provincia de Buenos Aires y en otros lugares de Capital, Doris se siente más identificada con el barrio porteño donde trabaja que con su pueblo natal.

Se casó “de grande” según ella, pero profundamente enamorada, y para Doris el amor es algo “sagrado”. A los dos años de casada, con 26 tuvo su primer hijo, “ya sabía lo que hacía”. Al cabo de unos años más, alquilaba una vivienda en una ciudad pequeña de provincia de Buenos Aires. Allí vivía con su marido y tenía cuatro hijos para alimentar, dos propios y dos del matrimonio anterior de su marido. “El dolor por la viudez que él llevaba”, reflexionaba Doris, pudo haber sido el principio de la crisis de su pareja. Además, los ingresos del trabajo nocturno de su marido no eran suficientes. Ella “siempre fue de trabajar” y a los 31 años, tras discutirlo con su esposo, retomó el trabajo doméstico. Pero allí mismo donde se paraba para ofrecerse como empleada doméstica conocerá un rumbo inimaginable para ella. En la misma plaza se encontraba con grupos de mujeres que ofrecían sexo comercial (algunas de ellas también habían trabajado “por hora” antes). Doris ayudaba a estas mujeres a esconderse de la policía y también recibía ayuda de ellas en momentos de necesidad económica, hasta que después de un año de haber vuelto al trabajo doméstico, un día de febrero en la época en que más desciende la actividad de las que trabajan “por hora”, Doris comenzó a hacer sexo comercial.

Desde su inexperiencia en el terreno del erotismo será guiada por sus compañeras para aprender el oficio y lo primero que aprendió es que el placer debe ser para el cliente y no para ella. El desvanecimiento de aquel amor que la unió a su marido es, visto retrospectivamente, también algo que le permite entender a Doris cómo empezó a hacer aquello que había considerado un “pecado mortal”. Sólo persistía un respeto al matrimonio que hizo que “ni con el pensamiento le [haya] puesto los cuernos”. En ese contexto, sin reconocerlo, se enamoró de un cliente con el que salió durante tres meses. Aun casada disfrutaba las salidas, los paseos y comidas, pero jura que nunca tuvo un orgasmo con ese cliente. Hasta que un día lo vio salir con otra chica, según Doris ese fue el día que se “despertó” y se dio cuenta que ella era “una prostituta más, lo que la sociedad más discrimina”.

Luego se separó de su marido, perdió su casa y todas sus pertenencias, “porque así era en esa época” –previa a la ley de divorcio–. Del matrimonio sólo le quedaron dos hijos y los recuerdos de aquel amor, perdió también las esperanzas de volver a enamorarse de algún hombre –sobre todo habiendo conocido las constantes “traiciones” de estos–. Pero Doris ganó la libertad, según ella, de no estar atada a ningún hombre, y también ganó un nuevo amor: su militancia en la organización.

En un principio Doris era escéptica, no creía que las mujeres como ella pudieran tener algún derecho, para ella eran “NN”²⁴. Pero ella, aún descreída, “era de querer ver las cosas”. Así fue que su compañera más cercana, su dupla en el trabajo, la convenció de ir a una reunión. Hasta antes del 2002 Doris seguía desconfiando cuando escuchaba lo que proponían las compañeras de las organizaciones. Una de las tantas veces que sus colegas de la plaza le pidieron ayuda para una mujer que había sido detenida, puso a prueba la palabra de las mujeres que dirigían las organizaciones.

²⁴ Las iniciales “N.N.”, del latín *nomen nescio*, significan “nombre desconocido”, además connota alguien sin importancia para la sociedad.

Tuvo una respuesta positiva y le enviaron abogados para ayudarla, ese día Doris comenzó a creer y a militar en la organización.

Desde entonces, Doris cambió su mirada respecto al sexo comercial, dejó de considerarlo un pecado y de “autodiscriminarse”. Ahora, separada, sigue manteniendo la estructura que aprendió al empezar el oficio (el placer es para el cliente y no para ella) pero ya no sostiene la sanción moral al placer propio. Para ella el “trabajo sexual” es un trabajo como cualquier otro, con la única diferencia que utiliza sus genitales para hacerlo. Dice que no es una elección como las de las clases más altas, sino que es una “opción” cómo las que suelen tomar las “clases pobres” sin muchas alternativas. Por eso lucha por “el reconocimiento del trabajo sexual” y para mejorar las condiciones laborales de sus compañeras.

Tras haberse “empoderado”, logró resituarse en el vínculo más problemático para las mujeres que hacen sexo comercial: pudo contarles a sus hijos que era una prostituta o una “trabajadora sexual” sin sentir remordimientos por ello, algo que pocas han hecho. Para Doris superar ese momento y dejar de estar sobrellevando este secreto en sus espaldas fue “sacarse una gran mochila”. Poder cambiar su perspectiva la pone en un lugar distinto en su familia, e incluso le permite interrogarse si realmente su ex marido ignoraba la actividad que ella hacía.

Doris dice que no le queda mucho tiempo más en la calle, quiere dedicarse a la organización y a sus nietos. La plaza que la vio crecer y donde trabajó toda su vida pronto no la verá más –aunque alguna de sus compañeras comenta que desde que está con la organización ya casi no viene a trabajar–. Sin embargo, el retiro del “trabajo sexual”, que percibe cercano, le deja por delante muchos años más para dedicarse a “la lucha” y defender los derechos de sus compañeras.

Beatriz

La entrevista con Beatriz fue muy extensa, al menos eso consideraban las dirigentas de su organización. Charlamos en tres ocasiones y al principio dudaba de la percepción de sus compañeras y el enfoque de la entrevista. Tras asegurarle el anonimato, Beatriz me relató con más tranquilidad su paso por el sexo comercial.

Antes de comenzar la entrevista Beatriz se pone los anteojos que cuelgan de su cuello e intenta trabajosamente responder un mensaje de texto en su celular. Estaba vestida con una blusa rosa y una pollera larga que cubrían su generoso cuerpo, no tenía ningún maquillaje, solo sus cabellos apenas teñidos de rubio que se mezclaban con algunas canas y una mirada expectante. Tenía 51 años cuando la entrevisté, el acento salteño había desaparecido en su hablar, había vivido casi la mitad de su vida en Buenos Aires.

Beatriz afirma que tuvo una “infancia muy jodida” con muchas carencias de todo tipo. Sin haber aprendido a leer ni escribir, sin haber entrado jamás en el sistema educativo, Beatriz tuvo una hija a los 16 años y se había casado muy joven, enamorada de un muchacho de su provincia. Su marido era muy tierno con ella, le hacía regalos y le mostraba todo el tiempo su amor. Por primera vez, a ella que no había sabido “ni lo que era un zapato”, alguien le mostraba una perspectiva distinta. Él le contó sobre la señora de un amigo, que “trabajaba así” y la podía ayudar a empezar, le habló de comprar una casa, viajar y salir de esa vida miserable que había tenido.

A los 19 años, en sus comienzos en el sexo comercial, Beatriz estaba un poco confundida, y según ella no comprendía bien lo que estaba sucediendo, pero seguía confiando en su marido y los obsequios que él le daba. Recién mucho tiempo después comprendió la situación de otra forma, dice que antes el enamoramiento y el relativo bienestar le impedían notar la explotación: “vos no te das cuenta de que sale eso de tu cuerpo”. Se “paraba” en una esquina cerca

del centro comercial de Salta donde comenzó a sufrir el maltrato policial y las repetidas y prolongadas detenciones –hasta por 70 días–.

En 1984, el año que tuvo a su segunda hija, migró, la “trajeron”, a Buenos Aires. Aunque no tan violenta como en Salta, la persecución policial continuaba en la Capital Federal. Al llegar comenzó a trabajar en Palermo, pero luego rotaba hacia Flores y Constitución para evitar los arrestos. En los años del final de su carrera Beatriz se quedó en este último barrio, luego de que su marido negociara con la policía y con los otros proxenetas. Al maltrato policial se sumó el de su propio marido, el amor ya había desaparecido y Beatriz dormía con cancanes, pijamas y todo lo que pudiera para que él no intentara tocarla. Aquel tierno novio se había tornado un “alcohólico y adicto” que la “basureaba” constantemente. Las amenazas de muerte contra ella y sus hijos la disuadieron por un tiempo de huir, pero tanta violencia comenzó a encontrar respuesta. Beatriz llegó a intentar apuñalar a su marido, “gracias a dios no le hice nada porque se cerró la cortaplumas, dios sabrá por qué no habrá pasado eso”.

Finalmente 7 años más tarde, cuando Beatriz tenía 31 años, harta de la violencia y el maltrato logró abandonar aquel vínculo. Llevándose a su hijo con ella dijo: “No, basta, acá me planto. Me voy. Así como te di de vivir a vos, me voy a trabajar para mí”. Había logrado juntar algo de dinero y alquiló un pequeño departamento. Beatriz dice que hasta entonces no sabía manejar el dinero que ganaba porque se lo entregaba todo a su marido-proxeneta, no sabía manejar su vida autónomamente, según ella era como una adolescente hasta ese momento. A partir de alejarse de aquella situación opresiva y poder administrar su dinero comenzó a cambiar: “salir, saber lo que era una cena, vivir tranquila, saber ir a un baile tal vez, ir a pasear con mi hijo, sí, cambió un montón mi vida”.

Beatriz había aprendido el oficio, se había ganado la parada, se defendía de los otros proxenetas que, como no podían controlarla, la aislaban de sus compañeras. Beatriz había asimilado tácticas para mejorar sus ingresos, ahora los podía disfrutar. Pero el disfrute sólo estaba asociado al dinero y el consumo, pues ella había aprendido a ser “profesional” y se esforzaba mucho por evitar el placer sexual o, en su defecto, ocultarlo. Incluso aunque Beatriz tuvo algunos clientes que eran “buenos amigos” –como uno que la ayudó y acompañó durante su tercer embarazo–, siempre puso el placer junto al amor, del lado de su vida personal. Varias relaciones se sucedieron y entrelazaron en la vida de Beatriz, pero siempre respetando ese esquema. Así, se volvió a enamorar de quien fue el padre de su segundo niño. Durante seis años estuvo en una relación con él, pero cuando finalmente él dejó a su esposa, la pareja con Beatriz no prosperó. Ahora él la “ayuda un poco” con su hijo, pero no tienen otro vínculo. Otro hombre, un cliente conocido de hacía muchos años, se había enamorado de ella. Beatriz tenía una motivación económica y durante un tiempo se pusieron de “novios”. “Yo no lo quería, yo lo quería por lo que él me daba, ya no me pagaba, ya me daba lo que yo le pedía”. A pesar de la buena posición económica de este hombre y del buen trato hacia ella y su hijo, Beatriz “no podía amarlo”. También tuvo otras dos relaciones de pareja, durante las que Beatriz dejaba de trabajar o trabajaba intermitentemente, pero siempre retornaba el desamor y/o la infidelidad. Ahora dice que busca mantenerse alejada de cualquier posibilidad amorosa.

Al momento de la entrevista Beatriz llevaba cerca de quince años militando en la organización. Convocada por otras compañeras, había comenzado en “la lucha” durante los 90’ con las primeras manifestaciones. El espacio de la organización ha sido muy importante para darle contención a Beatriz y para impulsarla a abandonar su “situación de prostitución”. En la organización estaba haciendo sus primeros pasos para alfabetizarse. Allí también ha recibido

ayuda psicológica para el “problema de los nervios” que tiene desde antes de separarse de su marido. Ahora sabe que ese que llamaba “marido” era un “proxeneta”. Beatriz agradece a dios la muerte de este hombre, a continuación pide perdón a dios por eso y me cuenta que hace algún tiempo viene intentando incorporarse a la religión cristiana que le da “muchísima paz espiritual”. También me dijo, al principio de la entrevista, que sólo dios sabía que ella tenía que tomar un ansiolítico cada vez que –cada tanto y cuando tenía mucha necesidad de dinero– volvía a hacer eso que ahora había aprendido que no era un trabajo. Beatriz quería dedicarse a ayudar a esas otras mujeres:

me hace mal ver a mis compañeras ahí que están todavía trabajando porque, porque como yo te digo, no tienen otro recurso, ellas lo llaman trabajo, esto no es un trabajo ¿Me entendés? Nosotras no lo aceptamos como trabajo, aprendí ahora.

Mabel

Contacté a Mabel a través de una pequeña ONG de lucha contra el VIH/sida donde ella eventualmente colaboraba. Desde el primer momento se mostró muy dispuesta a dialogar, Mabel tiene cientos de historias y anécdotas por contar y disfruta relatando vertiginosamente e intercalando chistes, describiendo personajes y vívidos detalles.

Nos encontramos en un living que servía como oficina de la ONG, mi contacto se retiró y nos quedamos charlando y compartiendo mates con Mabel. Llevaba una pollera de jean desflecada por encima de la rodilla y lucía un largo collar por encima de una remera escotada, el pelo rubio con flequillo, los rasgos marcados y los labios pintados.

Mabel ha nacido y vivido sus 45 años en Rosario. Aunque no consiguió concluir sus estudios secundarios dice que viene de una familia de “clase media con buena educación”. De todas las decisiones de su vida sólo se arrepiente de haber despilfarrado demasiado dinero. A los 20 años

salía con un muchacho a escondidas de su madre, “si sabía quién era me mataba, o sea, él no era un ladrón, pero era un muchacho que tomaba alcohol...”. Juntos conocieron el boliche de una amiga, una whiskería donde salían a divertirse y tomar whisky. La dueña ya había mirado a Mabel de pies a cabeza y le había dicho “vos tenés futuro acá”. Mabel quedó embarazada de su novio furtivo y tuvo su primer hijo. Según cuenta, a los 8 meses de haber tenido a su hijo el padre “cae preso”. La situación se tornó crítica, su madre y su abuela tuvieron problemas de salud. Al salir de la cárcel su marido la contactó con una amiga dueña de una whiskería. Mabel ya no ocultaba frente a su madre al padre de su hijo –se había mudado con ellas–, pero sí mantenía en secreto la actividad que hacía (decía que iba a cuidar a un enfermo). En la casa de un amigo tenía escondido un ropero repleto de prendas de última moda, allí se cambiaba cuando iba a trabajar. Cuando su madre supo que trabajaba en la whiskería, negó la faceta sexual y le dijo que sólo servía copas.

Luego Mabel experimentó otras modalidades –salió a trabajar en las calles, las rutas y playas de camiones cercanas a Rosario– para incrementar sus ingresos. Desde entonces tuvo que aprender a convivir con la corrupción de la policía rosarina. Los empleados de la “Brigada de Moralidad” sostenían la costumbre de cobrar coimas y/o llevar detenidas a las mujeres que ofrecían sexo comercial. Aun así, Mabel mejoraba sus ingresos, primero se mudó a un hotel y luego alquiló una casa. Cuando ya tenía clientes fijos que le “pagaban muy bien”, pudo comprar una casa y al tiempo tenía un bar. Allí tenía anotado a su “marido” como mozo aunque él no hacía este trabajo. “Sí, tuve un marido que me explotó también, siempre hay una primera vez” dijo Mabel, y aclaró que “no es que me explotaba, a mí en una palabra me cabió porque si a mí no me hubiera gustado algo...”.

Pero luego de unos 6 años de esta situación Mabel decidió que ya había sido suficiente tiempo de mantener a su pareja. “Hasta aquí llegó mi amor”, vendieron la casa y

ella se fue con su hijo. Un año y medio más tarde conoció al que sería el padre de su segundo hijo. Mabel siente que amaba a este hombre, porque notó que la quería. Según sus palabras, él la retiró de la calle, mientras estuvieron juntos, hasta que un accidente la dejó viuda.

Aun en este período en que estuvo “retirada” de la actividad, Mabel no dejó de frecuentar las esquinas y los bares que compartía con sus compañeras. Su pareja no tenía problemas con eso, “él me conoció así”. Mabel aún hoy disfruta, no tanto los encuentros con los clientes, pero sí del “ambiente” de la noche, las salidas y las andanzas con sus compañeras. Se lamenta por la muerte de algunas de ellas y el retiro de otras. Mabel, tras los enfrentamientos con la policía y con otras mujeres, había consolidado un grupo de cinco mujeres que trabajaban en una esquina, se rotaban para salir con los clientes, sin competir entre ellas. También atacaban a las invasoras de su parada, Mabel sabe que la calle es un territorio difícil y donde debe ganarse el respeto de las y los demás. Explica: “las paradas se respetan porque es cuestión de vida o muerte. O sea, una ya es veterana y yo no voy a matar una persona... pero sí le doy...” y luego aclara que ya no pelea a golpes de puño, prefiere “herir” con las palabras.

A lo largo de sus años en el sexo comercial Mabel vio morir a algunas de sus compañeras con VIH/sida. Desde entonces ella se informó y colabora con las campañas de prevención, tanto con la ONG con la que me contacté, como con la organización de “trabajadoras sexuales”. Allí conoció a Sandra Cabrera y luego participó en la lucha por el esclarecimiento de su crimen. Mabel, dice que va a luchar para que nunca vuelva la “Brigada de Moralidad” y su corrupción, y también para ayudar a informar a las mujeres más jóvenes que hacen sexo comercial sin cuidarse y “por la bolsa” (por cocaína). Sin embargo, decidió distanciarse de AMMAR, colaboraba con ellas y con la ONG sin sentirse completamente parte de ninguna. Mabel hace las cosas a su manera, no usa pseudónimo para trabajar

(“soy Mabel de noche y de día”), mezcla los santos católicos con los de la religión umbanda, le gusta ayudar a sus compañeras, pero no se aferra a las instituciones. Antes tuvo viviendo en su casa a una compañera que había contraído tuberculosis y había adoptado “como si fuera un hijo”, y a un “chico travesti” – “de día es un chonguito” pero “a la noche sale montado” – que está infectado con VIH. También convive con su hijo menor, un “amigovio” y de a ratos con su hermano que “viene y va”. Mabel dice con una sonrisa “somos una familia”, y siente que tiene una muy buena familia. Pero también hay otra familia que interpela desde los márgenes a Mabel:

Nosotros somos más marginados siempre porque [dicen] “¡ah!” las trabajadoras sexuales y los travestis “esta gente de la noche...” “¡No!, somos una familia grande, que algunos sirven y otros no, pero tratémonos de rescatarlo, son seres humanos, tienen derecho a vivir, ¡tenemos derecho!

3

Carreras en el fango

De la experiencia de trasgresión a las reglas del mercado

En este capítulo haré una lectura de las experiencias de las mujeres en el sexo comercial a partir de dos aspectos ligados entre sí: las formas que toman sus carreras y las reglas que rigen el mercado sexual.

Las carreras, en el sentido goffmaniano, son tanto “carreras morales”, ligadas a las identidades, como carreras profesionales en términos de mercado. Utilizo la idea de carrera considerando esta característica particular:

Una de las ventajas del concepto de carrera consiste en su ambivalencia: por un lado, se relaciona con asuntos subjetivos tan íntimos y preciosos como la imagen del yo y el sentimiento de identidad, por el otro, se refiere a una posición formal, a relaciones jurídicas y a un estilo de vida y forma parte de un complejo institucional accesible al público. Gracias al concepto de carrera podemos, pues, oscilar a voluntad entre lo personal y lo público, entre el yo y su sociedad significativa. (Goffman, 1992: 133)

Para los objetivos de esta tesis el énfasis está puesto sobre el primer punto que señala Goffman. Pero este doble aspecto del concepto de carrera me permite articular el

nivel experiencial y las transformaciones en la autoimagen con las características del mercado laboral y sexual, ese es el núcleo del presente capítulo.

Entonces, de un lado, primero buscaré comprender las formas en que las entrevistadas dan significado a sus experiencias de entrada en el sexo comercial y sus motivaciones. Aquí no me centro en las causas objetivas que llevan a las mujeres a la prostitución, sino en las reconstrucciones narrativas que ellas hacen de este proceso. En el análisis veremos cómo se entrecruzan constantemente las dimensiones morales-simbólicas con aquellas económico-monetarias. Esto nos da una idea de los desafíos que enfrentan las mujeres que entran en el sexo comercial y cómo afectará sus carreras y posibilidades de retiro.

Del otro lado, en la segunda sección abordaré las formas que adquiere el mercado sexual, y especialmente cómo son experimentadas e incorporadas (o no) sus normas, se vinculará directamente con las posibilidades que marcan el desarrollo de las carreras. En este sentido, el fango en el título del capítulo alude metafóricamente a las propiedades complejas del sexo comercial como mercado estructurado al margen de la legalidad. El análisis aborda estas propiedades desde las miradas de las entrevistadas para comprender mejor las diversas maneras en que impactan sobre sus experiencias.

Carreras en el sexo comercial

En esta sección abordo las carreras en el sexo comercial, los distintos modos de entrada y las formas en que emergen estos relatos, las experiencias iniciales y motivaciones, y, finalmente las salidas y los reingresos. El análisis de estos aspectos pone en juego el entrecruzamiento de concepciones de moral sexual y aspectos económicos y laborales. A este doble aspecto se refieren Brewis y Linstead (2000b) al

señalar dos dimensiones de la carrera de las trabajadoras sexuales: la carrera comercial (*business career*) y la carrera moral, que se cruzan constantemente.

La entrada en el sexo comercial impacta también sobre los procesos de identificación, a los que seguiremos aludiendo a lo largo de la tesis. Aquí es útil recordar lo señalado por Goffman respecto a los tipos de carreras morales de los estigmatizados según el momento en que perciban su estigma. En el caso de las mujeres entrevistadas su carrera moral corresponde a la de quienes conocen su estigma en un momento tardío, estos

son individuos que han realizado un consciencioso aprendizaje de lo normal y lo estigmatizado mucho antes de tener que considerarse a sí mismos como personas deficientes. Es probable que tengan un problema especial para reidentificarse consigo mismos, y una especial facilidad para la autocensura. (Goffman, 1986: 48)

Repuestas sin preguntas. Entradas y justificaciones económico-morales

La sanción moral que cae sobre las prostitutas me llevó a ser cuidadoso de no emitir juzgamientos en las conversaciones. Por ejemplo, busqué evitar la pregunta sobre por qué habían comenzado a hacer sexo comercial, pues esta interrogación podía interpretarse como un cuestionamiento moral. Sin embargo, la fuerza de la interpelación estigmatizante hacía que, aunque comenzara pidiéndoles que describieran con sus propias palabras la actividad que realizaban, varias respondían justificando su entrada en el sexo comercial (particularmente para mantener a sus hijos/as, o por no tener una educación que les permitiera buscar otro sustento). En otras ocasiones, al conversar sobre sus inicios y primeras experiencias emergía un relato justificatorio paradigmático. Algunas dijeron tener “intacto” el recuerdo del primer día e incluían detalles sobre las necesidades económicas (casi

siempre asociada a los hijos e hijas o la familia¹) situándolas como impulso fundamental; o sobre el paso por otros trabajos en situaciones precarias –frecuentemente como empleada doméstica– con remuneraciones demasiado bajas como para sostener a sus familias.

Yo me fui de la casa de mis viejos con la niñita, cuando tenía un año, dos años la bebé. Y me fui a la casa de un tío, de vivir re cómoda con gas natural, mi camita, mis viejos que me hacían de todo, ¿Viste cuando vivís con tus viejos que tenés todo, la ropita planchadita, todo? Me fui a vivir a un saloncito que tenía el baño afuera, sin techo, al lado de un gallinero y piso de tierra, viviendo con mi hija ahí y dije: “No, yo no quiero volver a la casa de mis viejos, pero tampoco quiero que mi hija pase esto porque yo no lo he pasado”, ahí hice claro, era sí o sí. Con lo que yo ganaba limpiando, cortando el pelo y enseñaba alumnos, como yo terminé el secundario agarraba a los pendejitos de la villa –en una villa viví–, agarraba a los pendejitos de la villa y les enseñaba, les cortaba el pelo, estaban ardidos de liendres y piojos, los mocos por acá, vos no sabés, dije: “No, no, no sirvo para esto y tengo que salir de acá”. Y menos mi hija, ella ni se acuerda porque era un bebé, viví, ponele, tres, cuatro meses, un poquito más, ahí, me prestaban en una casa, viste, era un lote hogar que primero hacen la, la casita rápida, que hacen una piecita y le instalan un baño, bueno, y después le hacen una casa linda, bueno, yo me fui a vivir a la casa del fondo al lado de un gallinero, había un olor, no, no. Me acuerdo que tenía que calentar agua en una garrafita, que nunca había tenido gas envasado ¿Me entendés? (María)

Entonces me quedé sin trabajo [...] justo cuando yo me quedé sin trabajo, mi mamá cayó internada... eh... por un... gastroenteritis... Y necesitaba medicamento y todo eso. Y la señora esa se fue sin pagarme el mes entero. Me había quedado sin gas, se nos venció la luz... Tengo dos hermanos más chicos, tengo uno, en ese tiempo tenía trece y el otro nueve... Siete

¹ La mayor parte de las entrevistadas comenzaron en el sexo comercial cuando ya tenían hijos y la mayoría de ellas eran solteras.

tenía el otro. Y... no tengo, digamos, mi mamá está separada de mi papá hace quince años. Y éramos las únicas, digamos, que nos ayudábamos. Mi mamá cayó internada, estuvo como dos semanas internada. [...] Entonces encontré a otra chica y me dice... Yo andaba re bajoneada ¿viste?, mal, porque no teníamos ni para comer... la luz cortada, mi mamá internada, un bajón total. Y me dice la chica... me dice: “¿Qué te pasa?” “No, –le digo– tengo problemas familiares” “Uh, qué bajón –me dice– ¿En algo te puedo ayudar?” Me dice: “¿Necesitás plata?”, me dice la chica, ¿viste? “Sí, la verdad que necesito plata. Necesito un trabajo ya” Entonces me dice: “Uh, ¿tan mal?” “Sí –y le empecé a contar– mi mamá está internada hace dos semanas, tengo mis dos hermanos, no tenemos para comer, nada” Y me dice: “Uh, ¿y vos no te animás?”, me dice, ¿viste? Y le digo: “¿Animarme a qué?” “A trabajar” (Sabrina)

Irene, me decía: “Atrás de todas nosotras siempre tenés...este. Atrás de cada piba que trabaja hay una historia y todas son tristes. Si las escuchás, ninguna va a ser linda y alegre. Todas son tristes”. Alexandra Oliveira (2004) entiende estos relatos como “técnicas de neutralización”, formas de justificar las trasgresiones morales por seguir un principio moral superior (en este caso mantener a sus hijos/as o familias). Otros estudios han señalado el papel de estas “historias tristes” como modo de impresionar a clientes –para obtener un mayor pago (Gaspar, 1985)– o a miembros de ONG, religiosos o investigadores (Blanchette y Silva, 2009). Renan Freitas afirma que la pregunta por los comienzos es “clásica” y por ello las mujeres estandarizan las historias para responder rápidamente y sin dar lugar a otras preguntas (1985: 108).

En mi lectura, estos relatos sobre los comienzos de las entrevistadas en el sexo comercial permiten conocer, más que las presiones económicas o de otras índoles, el valor que dan a la familia y los hijos/as en la construcción de la propia identidad. Además, en el nivel de detalles que se incluyen y en lo repentino del surgimiento de estas justificaciones, se connota la necesidad de establecer desde el comienzo

una legitimación socialmente válida para hacer sexo comercial. La familia, especialmente el papel que muchas de las entrevistadas tenían como madres, aparece como la legitimación que más generalmente y que primero se expone para comenzar explicando “cómo llegaron ahí”.

Otro planteo frecuente en las entrevistas era que antes de empezar a hacer sexo comercial jamás habían imaginado hacer “algo así”. Incluso aquellas que dijeron que habían tenido una mirada crítica o prejuiciosa hacia “este trabajo” tampoco lo situaban dentro de sus expectativas y requirieron buenos motivos para comenzar.

Yo nunca critiqué si el trabajo este... o antes de empezar a trabajar, yo jamás lo critiqué, me pareció un trabajo más, pero yo hasta los 16 años, que empecé a trabajar, siempre fui de la idea que yo nunca iba a hacer una cosa así. Me costó tener un motivo, pero nunca pensé que iba a tener un laburo así. Y bueno, por la situación que me llevó mi familia. (Mariana)

Según Goffman (1986), la forma en que se reconstruye la experiencia inicial de la carrera moral permite enmarcar las creencias de las personas estigmatizadas. Poner al sexo comercial como un emergente de una situación económica crítica y lejos de sus expectativas constituye una forma de distanciarse de la actividad. Esta lejanía, más presente entre las mujeres de mayor edad, muestra que aunque se haya trasgredido la norma cultural que impide cambiar sexo por dinero, ello no supone que se cuestione el orden que ella implica, y este carácter de inimaginable denota la concepción del vender sexo como una zona de abyección².

2 “Dentro de la socialidad hay ciertas zonas abyectas que también sugieren esta amenaza y que constituyen zonas de inhabilitabilidad que el sujeto, en su fantasía, supone amenazadoras para su propia integridad pues le presentan la perspectiva de una disolución psicótica (‘Prefiero estar muerto antes de hacer tal cosa o ser tal cosa’). (Butler, 2002: 20)

La distancia que las separa del sexo comercial es aquella que las acerca a las concepciones más comunes sobre la actividad. Gran parte de las mujeres que entrevisté decía que antes de comenzar con la actividad miraban con “la mirada de la sociedad” a las que se dedicaban al sexo comercial. Otras lo veían como una fantasía, a través de películas o novelas

Carina: Empecé en San Luis. Estaba trabajando cama a dentro, me sentía que el pago era nada, y yo quería ayudar a mi familia, y un día pasé por este lugar en el que había luz roja y te imaginás...qué sé yo, como en las novelas, todas las novelas pasan en el prostíbulo y qué sé yo, voy a pasar...siempre pasaba por ahí, porque los días lunes iba a internarme cama a dentro, y decía, bueno: ¿Qué hago? ¿Paso, sigo? Y un día me animé.

Santiago: ¿Y cómo fue?

Carina: Les pregunté primero si necesitaban chica para limpieza, dijo que no el dueño, que él necesitaba chicas, pero no de limpieza. Imaginate, era flaca, alta, pelo largo hasta debajo de la cola, el tipo cuando me ve dijo: “acá vos pum”, y es cierto, dijo y pum.

El relato de Carina deja entrever cómo el carácter de impensado y excepcional, convive, paradójicamente, con los frecuentes deslizamientos que se dan desde otros trabajos al sexo comercial. En los propios relatos de las entrevistadas aparecía un tránsito entre las experiencias en el sexo comercial y otros empleos históricamente realizados por mujeres: cuidadora, niñera, masajista, mesera o el “trabajo por hora”³.

³ Esta denominación evita nombrarse en función de la tarea (“empleada doméstica”) por lo que podríamos pensar que ser una “mucama” también tiene una cierta carga de estigma. Pero a la vez, propicia sentidos equívocos para la actividad, causando a veces confusiones entre los “trabajos”. En el capítulo 7 me referiré a esto nuevamente.

Y, supuestamente yo vine a buscar trabajo por hora, en ese momento vine ahí, a la plaza, no había mucho trabajo, era así, te vuelvo a repetir, te llevaban un día, dos, hasta que un día vino una persona, que yo no conocía, y le dijo a una compañera: “quiero salir con esa fulana”. Vino mi compañera y me dijo: “sabés qué, aquel fulano quiere salir con vos”. Y yo le decía: “yo no salgo, si vos sabés que yo no salgo”. Y me decía que me iba a dar una propina. Así, hasta que me costó como... dos meses, porque me he ido sin plata para darle de comer a mis hijos. Un día que levanté y dije que dios haga lo que quiera, porque yo hago lo que que... lo que puedo, pero hoy traigo plata, como sea. (Nelly)

Aquí Nelly muestra cómo a veces el deslizamiento se facilita también por una proximidad espacial: varias de las plazas donde se ofrece sexo comercial (por ejemplo, dos de las plazas donde hice trabajo de campo, Flores y Villa del Parque) fueron y siguen siendo lugares donde se buscan mujeres para contratar como empleadas domésticas. En estos espacios compartidos se gesta una complicidad entre mujeres⁴ que, en el marco de la necesidad económica, habilita el tránsito. Estas eran conocidas como plazas de “conchabe”. Dos de las acepciones de este término resultan esclarecedoras: “contratar a alguien para un servicio de orden inferior, generalmente doméstico” y “dicho de dos o más personas: ponerse de acuerdo para un fin, con frecuencia ilícito.” (Real Academia Española, 2001)

La feminización y consecuente sexualización del trabajo doméstico está presente en buena parte del imaginario respecto a las relaciones entre mucamas y patrones varones⁵. Según los relatos de algunas mujeres que trabajaron

4 Frente al hostigamiento de la policía también surgen vínculos solidarios, y las mujeres que trabajan como empleadas domésticas permiten que las que hacen sexo comercial se mezclen entre ellas para ocultarse de la vigilancia policial.

5 Además de la figura de la “mucama sexy” del imaginario masculino hegemónico, otros productos culturales reflejan la sexualización de este trabajo y su cercanía con la prostitución. La película brasileira *Domésticas* –basada en el texto de Renata Melo quien entrevistó a varias empleadas para su novela–

como empleadas domésticas en agencias, a veces se suman requerimientos sexuales a los servicios domésticos (Puglia, 2012). El tránsito entre el empleo doméstico, visto como degradante y mal pagado, y el del sexo comercial, degradante y prohibido, pero bien pagado, es parte de los recorridos usuales entre estas mujeres y sin embargo muchas veces se experimenta como un cruce de frontera.

La sexualización de los trabajos realizados por mujeres –típica del sector servicios– no responde a una moda de *management* económico, según Sara Barrón López (2012), sino que implica la rentabilización de este trabajo corporal y emocional que a la vez instituye una heterosexualización y objetificación que, bajo ciertas circunstancias, puede entenderse como violencia de género⁶. El deslizamiento hacia el sexo comercial puede ser visto como un *crescendo* de esta sexualización y su rentabilización. Así, como vimos en el relato de Carina más arriba, las mujeres cuyas características físicas son eróticamente valiables en términos de mercado pueden percibir la viabilidad de realizar sexo comercial mientras desarrollan otros trabajos como los de masajista, mesera o cajera. La posibilidad del sexo comercial se muestra como una alternativa económicamente rentable, aunque moralmente problemática.

Cuando lo tuve [a mi hijo] conseguí trabajo de mesera. Pero igual también dejé porque las presiones [...] en vez de usar una camisa como todas las meseras de ese lugar, como yo estaba dando de amamantar, tenía... un buen físico...

retrata vívidamente esta situación. La deplorable situación de las domésticas, para la que “ninguna chica ha nacido” según una de las protagonistas, se contrapone al fantasma de la prostitución que sobrevuela sus historias. Sobre el final del film una de las empleadas parece haber conseguido mejorar su situación económica, aunque no siendo modelo como pretendía, sino que ha comenzado a ser prostituta.

- 6 Un ejemplo de esta sexualización se puede ver en el análisis de Barrón López (2012) sobre las “playeras” de las estaciones de servicio. Sin embargo, la autora aclara que no toda sexualización es de por sí violenta, sino aquella donde no hay una puesta en común de los roles y los significados ni una experiencia aceptada ni gratificante.

digamos... que se notaba... El... dueño me pidió que fuera en musculosa, para mostrar un poco más de pechos. Que aprovechara que yo tenía bastante... No me gustó porque era... antiético, segundo era discrimi... para mí era discriminarme, porque yo lo que estaba haciendo era... dando de amamantar a una criatura recién nacida. Que creo que todo el mundo hemos pasado por eso cuando nacemos, y no me parece que por estar dando de amamantar o por tener un par de tetas grandes, tenga que estar mostrándoselas a todo el mundo. (Luli)

Nosotras éramos como diez cafeteras [sirviendo café a puesteros en horario nocturno]. Y en ese momento se ganaba muy bien. Y la dueña en ese momento nos aclaró bien: “Si venís a trabajar, venís a trabajar. Fuera del horario del trabajo, hagan las amistades que ustedes quieran.” En ese momento yo no se me cruzaba por la cabeza, ni por ahí, ni por las tapas a qué se refería ella. (Irene)

La sexualización de los trabajos de Luli e Irene incrementaba la proximidad con el sexo comercial. Como pasos previos a cruzar la frontera y entrar al sexo comercial, Luli pasaría de los pedidos de su jefe como mesera a ser empleada como cajera en cabaret, e Irene de las insinuaciones de su jefa como cafetera a “trabajar por hora” en la casa de una “chica que trabajaba” en la zona de Flores. Sin embargo, estas proximidades entre otros trabajos y el sexo comercial rara vez son tematizadas, aunque hay algunas excepciones, en general hacer sexo comercial aparecía como una actividad “inimaginable”.

En otros casos, generalmente entre las más jóvenes, la entrada en el sexo comercial es vivida de forma menos problemática. Susy, recordando sus comienzos en el sexo comercial, me dijo que no tenía un registro de esta “entrada” como algo traumático, pues como joven actuaba impulsiva e irreflexivamente “como un animalito salvaje”. La irreflexividad y el carácter impulsivo, que Susy asocia con la animalidad, parecen alejar de lo humano, por ende de lo moral y a la vez de las sensaciones de culpabilidad. En

otras ocasiones las jóvenes descubrían la posibilidad de ganar dinero teniendo sexo sin por eso hacer una asociación directa con todo el imaginario de la prostitución. Daniela y una amiga, antes de comenzar a hacer sexo comercial, “robaban” dinero de “un viejo” con el que se iban a “hacer las novias” y a partir de ello se dieron cuenta de que podían cobrar por tener sexo. Así, cuando las prácticas no están tan directamente asociadas a la “prostitución” –sino a “hacerse la novia”– disminuye el cuestionamiento moral. Otro ejemplo es el de Anahí:

Yo salía con un chico y él quería estar conmigo, pero cuando él quisiera, cuando él quisiera estar en un telo, él me llamaba, sino chau olvidate, no hacemos nada. Ahí ella [Nazareth] me empezó a contar que yo tendría que trabajar, que tendría que cobrar. (Anahí)

Conocí a Anahí por intermedio de Nazareth, una travesti sanjuanina –ella es la mejor amiga de Anahí y su mentora en el sexo comercial–. Al dialogar con Anahí noté que estaba comenzando su carrera en el sexo comercial, le pregunté cuánto tiempo llevaba haciéndolo y me dijo que apenas algunos meses⁷, pero al contarme esto agregó: “ahora ya estamos acá” con una sonrisa. En esta expresión subyace el sentimiento de irreversibilidad compartido por muchas mujeres, la impresión de que al haber hecho sexo comercial, aunque sea por unos meses, se ha cruzado una frontera, aun cuando esto no sea una experiencia traumática. Esta experiencia de la entrada al sexo comercial como traspaso irreversible de una barrera, aparece más marcada entre las mujeres. No era tan visible ni en las entrevistas que hice a travestis –para quienes el sexo comercial era un momento más de su devenir trans– ni aparece en la literatura sobre prostitución masculina –donde se señala que el tránsito por

⁷ Aunque Anahí llevaba relativamente poco tiempo (6 meses) haciendo sexo comercial, decidí incluir esta entrevista pues sus relatos resultaban valiosos para reflejar las posiciones de las que tienen aún poca trayectoria.

el sexo comercial, aunque estigmatiza, no deja una marca indeleble (Kong, 2009). Algunos estudios conciben esta irreversibilidad como un *turning point* en términos biográficos⁸. Si bien aquí no hago un análisis de historias de vida, sino un recorte en términos de la experiencia dentro del sexo comercial, el carácter de irreversible sirve para caracterizar parte del sentido que asume la entrada en esta actividad para las mujeres.

Al analizar el ingreso de las mujeres en la prostitución se suele intentar entender sus causas o evaluar si esta entrada es forzada o voluntaria. Me interesa aquí poner de relieve otro punto. Comenzar hacer sexo comercial supone una “entrada” tanto más marcada cuando se liga directamente con la imagen de la “prostitución” y más sutil cuando aparece como comenzar a cobrar “aprovechando” relaciones ya existentes. Esta entrada tiene algunas características particulares: muchas veces es vista retrospectivamente como inimaginable, si bien la sexualización de los trabajos llevados a cabo por mujeres podría permitir anticiparla. Aunque el sexo comercial sea pensado como un momento pasajero para varias entrevistadas, entrar en este “mundo” supone la trasgresión de una barrera moral que, vivida más o menos traumáticamente, al no cuestionar la norma se ve como irreversible. Con mayores presiones económicas, bajo la violencia de un proxeneta, o con mayor margen de manioobra, al comenzar a cobrar por sexo aparece la trasgresión de una frontera para la sexualidad. Aquí los relatos de las mujeres de mayor edad remiten a otra forma de “perder la virginidad”: perder la “virginidad” comercial. Si el discurso romántico solía explicar la pérdida de la virginidad en las mujeres en aras del amor, la trasgresión del sexo comercial demanda otro discurso que permita comprenderla. Y si bien

⁸ Por ejemplo la tesis de maestría de Raffo (2012) plantea esta lectura, sin embargo allí la marca de género queda difuminada pues se pone en paralelo la experiencia de la entrada en el sexo comercial de las mujeres con aquella de las travestis.

el carácter trasgresor de esta práctica es reconocido por todas, el significado que se da a esta trasgresión es variable, desde la culpa y el trauma hasta las justificaciones y el juzgamiento con la vara familiar, maternal o simplemente económica. Al analizar los ingresos de las mujeres en el sexo comercial no pretendo determinar si estos son forzados o voluntarios, ni tampoco dar una explicación causal⁹ de los mismos. La faceta que importa a los fines de esta tesis es comprender la propia experiencia del ingreso en el sexo comercial como una fase de un posicionamiento frente a las interpelaciones y como elemento de la configuración identitaria en relación a este marco.

Del proxeneta a la protectora

Como vimos al analizar el debate feminista sobre la prostitución, hay una tendencia a enfocar la atención en el carácter forzado o voluntario de la entrada en la prostitución. Creo que esta distinción produce una dicotomía que mal podría servir para comprender las experiencias y los diferentes márgenes de agencia. Además el centrar la atención en este único aspecto impide captar otras dimensiones de la entrada en la carrera de sexo comercial¹⁰.

⁹ Una explicación más allá de la linealidad causal supondría considerar una combinatoria de elementos estructurales (configuración histórica del mercado del sexo y los patrones de sexualidad, de las relaciones de género), otros coyunturales (como transformaciones económicas de la estructura social, los procesos migratorios, los cambios en el mercado laboral y las estructuras familiares, entre otros) y probablemente otros factores a nivel individual. Además, como bien señala Pateman (1985), indagar exclusivamente sobre las causas por las que las mujeres optan por la prostitución a partir de sus testimonios puede llevar a suponer que la prostitución es más un problema de ellas que de los varones que demandan sus servicios. Shrage (1994) coincide, pero agrega que plantear lo mismo respecto a los clientes supone ponerlos en un lugar de agentes autónomos y causantes.

¹⁰ Por ejemplo, en el modelo que propone Barry (1994) las mujeres, seducidas y engañadas por un proxeneta, hacen su primera salida con un cliente pensando que es una única vez o que no es algo trascendente a lo que deban prestar atención. Cuando describe la entrada de las mujeres en la prostitución se centra únicamente en el sometimiento y detalla con precisión las

Entre las entrevistadas que habían empezado en el sexo comercial con un proxeneta la mayoría habían sufrido engaños y/o coerción (analizaré los vínculos con los que he llamado “maridos-proxenetes” al referirme a las relaciones de pareja en el capítulo 6). Sin embargo, no todos los casos responden a este modelo, hay una diversidad de elementos que condicionan la entrada de formas diferentes. En esta diversidad puede haber posiciones de clase y de género más o menos compartidas, pero la presión del género y la clase puede tornarse concreta y puntual encarnada en un proxeneta (sobre todo cuando se tiene un vínculo afectivo con este) o permanecer más anónima, por ejemplo, en la marginación del mercado laboral. Tener un proxeneta circunscribe aún más los márgenes de acción e impacta sobre la experiencia y la carrera en el sexo comercial. Mientras que una posición subalterna en términos de clase y de género puede empujar al sexo comercial a las mujeres, pero sin tener un efecto tan puntual sobre su carrera y sus experiencias. En este marco de constricciones más sistémicas y anónimas aparece otro tipo de entrada en el sexo comercial y otros vínculos, marcados por el género, pero de manera distinta.

Al escuchar los relatos sobre los comienzos en el sexo comercial de varias mujeres fui notando la mediación de un vínculo entre mujeres que la literatura apenas refiere (por ejemplo, en Araújo, 2006; o Williamson y Baker, 2009; también relaciones similares, pero con características más autoritarias se mencionan en Chejter, 2001; y Soto, 1988). Muchas de las entrevistadas comenzaron a hacer sexo comercial siguiendo los pasos de una amiga, de alguna compañera de trabajo o de una mujer que les “ayudaba”.

estrategias de los proxenetes. Sin embargo, sólo menciona al pasar cómo la estigmatización y la internalización de los juicios morales de la sociedad son lo que garantiza la efectividad de las prácticas con las que los proxenetes someten a las mujeres.

Valeria recordaba con agradecimiento a la mujer que, frente a su situación crítica, la había introducido en el sexo comercial y le había dado los primeros consejos:

Valeria: Me senté en una plaza a llorar, de tanta impotencia no sabía qué hacer: robar, pedir. No sabía qué hacer, se acerca una mujer muy adulta, que trabajaba en la calle ella ya, me vio llorando, me preguntó qué me había pasado si me había caído, no tengo plata para comer hoy ni para darle de comer a mi hijo. Ella me tuvo pena, agarró compró gaseosa, dos sándwiches para mí y para mi hijo. Ella tenía un cliente que iba a venir a buscarla a ella, que le pagaba muy bien. Entonces, me dice: “yo lo único que puedo hacer es esto, por ahora, ¿dónde vas a ir a trabajar?” Y yo en el momento dije no: prefiero sentarme y pedir en la vereda que hacer la vida que tenía ella [...] ella tenía mucha experiencia y me enseñó. Algunas cosas me explicaba, si quiere tal cosa te tiene que dar más plata

Santiago: ¿Qué cosas te explicaba?

Valeria: Por ejemplo, ella me decía “si entramos al telo si quiere chuparte las tetas, vos le tenés que cobrar un poquito más porque vale un poquito más. Vos sos joven tenés que hacerte valer, no como yo que soy una vieja chota que se las arregla con lo que tiene, pero vos sos jovencita, tenés que hacerte valer”. Es lo que ella me decía, “si pide otra cosa más cobrale otro precio, porque vos lo vales”. Entonces, ahí aprendí con ella, siempre usar preservativo. Ella me enseñó bien.

Como vemos en el relato de Valeria, en estas relaciones las mentoras enseñan a valorizar su cuerpo, su juventud y cotizar las diversas prácticas sexuales por las que deben cobrar extra a los clientes. Si bien en algunas oportunidades estas mujeres cobraban algún porcentaje sobre los ingresos de las que se iniciaban, en muchos casos hacían de “protectoras” sin recibir dinero a cambio. Uso la denominación de “protectora” para referirme a este vínculo pues a veces las mujeres hacían referencia a las chicas más jóvenes que adoptaban como “protegidas”. También denomino “mentoras” a estas figuras. Ambos términos me permiten señalar los aspectos de cuidado y de aprendizaje presentes en estos

vínculos. Esta relación de protección y mentoría, no tiene una denominación estable en el ámbito del sexo comercial ni tampoco en la literatura específica, es una relación que permanece invisibilizada, como suele suceder con las alianzas entre subalternas.

Goffman señala que en las relaciones de los estigmatizados con sus “iguales” –“conocedores por experiencia propia de lo que se siente al poseer ese estigma”– estos pueden “enseñarle las mañas del oficio” (1986: 32). A partir de estas relaciones podemos comprender mejor cómo se pueden traspasar las fronteras morales y subjetivas que supone el vender sexo, sin necesidad de apelar a las presiones de un proxeneta. Las experiencias de entrada en el sexo sitúan en lugares distintos a las mentoras y los proxenetas: éstas son recordadas con aprecio y gratitud, aquellos son despreciados, odiados o desterrados de la memoria. Un punto importante que explica esta diferencia es que las mentoras son vistas como pares, como colegas con mayor conocimiento, no sólo introducen a las mujeres en el sexo comercial, sino que enseñan el oficio: dónde conviene trabajar, cómo tratar a los hombres, cómo cuidarse de los posibles peligros, y las tácticas o maniobras con las que intentan manejar en las coyunturas las desventajas estructurales.

Yo le cuidaba los chicos a ella [...] Entonces yo le dije a ella: “Yo voy a ir a un boliche a trabajar.” Entonces ella me dijo: “Vos estás loca. ¿Vas a ir a trabajar en un boliche que te sacan el tanto por ciento? Ya que te arriesgás a hacer este trabajo, ¿por qué no te arriesgás directamente y trabajás para vos? Lo que sí, tenés que cuidarte, ¿eh?” [...] “Te voy a llevar. Te voy a llevar por lo menos donde yo estoy y te voy a cuidar con otra chica. Te vamos a cuidar hasta que vos te puedas desenvolver.” (Irene)

Estos vínculos entre mujeres pueden disminuir algunos riesgos para las novatas e incrementar su autonomía. Todos estos aspectos no se perciben si se ve a estas mujeres como

meras reproductoras de la dominación patriarcal. En el caso de Irene, antes que ser explotada en un boliche prefirió trabajar “sola” porque estaba acompañada por su protectora.

En el apartado anterior hice hincapié sobre el hecho de que existe una “entrada” en el sexo comercial, ello no implica que sea idéntica para todas. Hay una diversidad de relaciones y modalidades bajo las que se podría entrar en el sexo comercial: de forma independiente (en la calle, o con un anuncio), con una amiga o “protectora” (sea que esta recibe algún pago en dinero o que trae a la “nueva” para ayudarla), con una proxeneta que también hace sexo comercial, entrando en una agencia, “boliche” o “privado” (donde los requerimientos y el nivel de explotación pueden variar), con un marido-proxeneta (bajo distintas forma de combinar pareja y opresión) o bajo toda una gama de relaciones que van desde las migraciones laborales hasta el engaño y la coerción en la trata de personas. Estos modos de entrada impactan sobre la carrera, afectan la forma de afrontar las tensiones entre las presiones derivadas de la posición de clase y de sexo-género, y las negociaciones morales a nivel subjetivo. En este sentido, comenzar a hacer sexo comercial de la mano de una protectora proporciona a las mujeres una perspectiva diferente a la de aquellas que son sometidas por un proxeneta. Sin borrar los cuestionamientos morales internalizados, los aprendizajes que brinda una mentora facilitan el llevar a cabo las performances de sexo comercial de forma más efectiva y con menor sufrimiento. Los vínculos con las mentoras no son suficientes por si mismos para cuestionar la ideología estigmatizante, pero proveen alianzas que, al ampliarse en una red, pueden hacer florecer dichos cuestionamientos. Por último, aun en el marco de las constricciones estructurales, las protectoras proporcionan elementos que permiten sostener algunos grados de autonomía, especialmente en relación a los ingresos y la administración del dinero

“Por la plata”. Dinero, mercado laboral restringido y moralidad

Empecé cuidando con unos nenes, a pocas cuadras de mi casa, la chica me dijo que de diez de la mañana hasta las cuatro o cinco de la tarde que yo los cuidaba, me pagaba cincuenta pesos por día, de lunes a viernes. Eh... y bueno, y ella en un momento me dijo... eh..., después, ¿no?, cuando empezamos a tomar confianza, me dijo: “¿Sabes que yo... eh... patino?” Me dijo: “Yo soy trabajadora sexual desde los dieciocho años” La mina tenía treinta y cinco, treinta y siete, por ahí... “Y el tema es así y así”... Me contó del lugar, cuánto cobraba, cuántas cosas hacía por día, cuánto se llevaba por día. A mí no me entusiasmó el tema de... encamarme con tipos, a mí me entusiasmaba el tema de la guita. (Inés)

Las principales motivaciones para comenzar a hacer sexo comercial son la necesidad de mantener a sus hijas e hijos o colaborar con la economía familiar y/o la posibilidad concreta de mejorar sus ingresos y posición socioeconómica, ambas están ligadas al dinero. En los relatos de las entrevistadas la necesidad de dinero lleva a las mujeres a trasgredir las barreras culturales y morales que les prohíben vender su sexo. Más arriba he analizado el papel de los relatos que emergen como justificaciones frente a otros, estos a la vez funcionan como motivos subjetivos y dan un sentido de proyección en el futuro de los hijos e hijas.

Eso pensé cuando me metí en la prostitución. No tengo nada que perder. Lo único que tengo es sacar adelante a mis hijas. Mi propósito era sacar a mis hijas adelante. Tener una casa, una casa digna, dar una educación bien a mis hijas y que nunca sepan lo que es necesidad, porque yo lo pasé muchas veces. (Irene)

Pero también las que no tienen hijos/as mostraban siempre una clara motivación económica: la posibilidad de obtener un nivel de ingresos más elevado en el sexo comercial que en otros trabajos. Jo Weldon (2010), activista y

trabajadora sexual, señala que el aspecto económico –central para comprender la motivación de muchas mujeres– es frecuentemente eclipsado por el sexual, y critica el desinterés por la cuestión del dinero entre quienes investigan sobre trabajo sexual. Según Weldon, es mucho más común que en las entrevistas las preguntas que buscan conocer los motivos por los que las mujeres entran en la industria sexual apunten al abuso sexual infantil que al dinero.

Comprender cómo funciona el dinero como motivación requiere tener en cuenta las características del mercado laboral para las mujeres, y en particular para aquellas de clases bajas. El mercado laboral argentino tiene persistentes inequidades en términos de género. Aunque en las últimas décadas hubo un ingreso masivo de las mujeres al mercado laboral, este continúa siendo menor al de los varones y en peores condiciones, como resultado de una inserción laboral más precaria (Rojo Brizuela y Tumini, 2008)¹¹.

Paradójicamente, las mujeres por primera vez fueron autorizadas con toda legitimidad a salir de sus hogares en el momento en que se reducían los derechos de los sectores del trabajo, cuando menguaban las garantías obtenidas hacia mediados del siglo XX (Barrancos, 2007: 217)

Además, estas características generizadas del mercado laboral se cruzan con la diferencia de clase que significa una entrada al mercado laboral más temprana y más precaria. Por ello el ingreso al mundo laboral y la concepción

¹¹ Las mujeres tienen mayores tasas de desempleo, menor acceso al empleo asalariado registrado y menor ingreso por hora trabajada. Además, el mercado laboral presenta para las mujeres una segregación ocupacional tanto horizontal (recluyéndolas en algunas ramas de actividad devaluadas, especialmente las que tienen que ver servicios los trabajos de cuidados) como vertical (negándole el ascenso a puestos jerárquicos, lo que se conoce como “techo de cristal”). “Las trabajadoras acceden en menor proporción a cargos de conducción, aun presentando mayores niveles educativos, incluso en actividades muy feminizadas” (Rojo Brizuela y Tumini, 2008: 53).

del trabajo como espacio de liberación pudo ser una de las reivindicaciones feministas para las mujeres de clases medias, pero un planteo difícil de comprender para otras.

Para la mayoría de las entrevistadas, las condiciones del mercado laboral se reflejaban en las bajas remuneraciones de los trabajos que realizaban antes de comenzar a hacer sexo comercial. La amplia diferencia de ingresos permite hacer primar el interés económico y tolerar el desinterés a nivel del deseo sexual, la estigmatización y los cuestionamientos morales –incluso cuando se dice que el sexo comercial “de bueno no tiene nada, sólo la plata”. Además, los mayores ingresos en el sexo comercial pueden llevar a cuestionar otras alternativas laborales como poco dignificantes –o percibir otros tipos de maltratos, como vimos con Luli en su trabajo de camarera–, y comenzar a verlos como “limpiar la mugre de los demás” o “hacer trabajos de negra”.

Santiago: ¿Y cómo pensaste en empezar a trabajar?

Abril: Necesitaba plata, necesitaba...yo alquilaba y necesitaba plata, punto. Trabajar en otro lugar era trabajar... era, era trabajar... como negra, ganar unos mangos y no te alcanzaba, o sea, vivías de... ¿cómo? No me sirve.

El cálculo nunca es sólo económico, aunque sea lo primero que se menciona, la ecuación se complejiza con la ponderación moral. En pocas ocasiones las mujeres tenían empleos paralelos, pues las escasas remuneraciones recibidas en otros trabajos hacían que nunca “den los números”. Pero algunas me comentaron que tenían otros trabajos, más que por el dinero, como una prueba para demostrarse a ellas mismas que eran capaces de hacer otras cosas además de “estar en la esquina”.

Cuando yo empecé a trabajar, después me empecé a dar mucha manija con el tema de que una prostituta es muy poca cosa. Yo como...me auto...me autocontrolaba. Yo trataba de buscar otra cosa. Y decir si realmente servía solamente para estar en la esquina o también para hacer otras cosas. Entonces

yo siempre buscaba cosas para hacer, depende del horario de... estuve trabajando en Liniers en una...en un geriátrico. Estuve mucho tiempo trabajando ahí, de día. (Irene)

Varios estudios de corte socio-económico analizan la cuestión de los ingresos más elevados que reciben las mujeres que hacen sexo comercial en comparación con los de otros trabajos¹². Aquí he indagado acerca del papel que juega el dinero en la compensación por la trasgresión, poniendo de relieve cómo se conjuga una economía moral entremezclada con aquella monetaria.

Una forma de ver este punto es a través de las respuestas a la pregunta por los ingresos mensuales. Este suele ser un tema sensible y los/las informantes rehúyen a brindar esta información (Weiss, citado en Adler y Adler, 2001). En varios estudios sobre prostitución se ha encontrado alguna resistencia a declarar los ingresos mensuales. Por ejemplo, Oliveira (2004) atribuye la subdeclaración de los ingresos a la estigmatización –lo cual se invierte al referirse a las tarifas cobradas cuyas elevadas cifras son mencionadas casi con orgullo–.

Al hablar sobre los ingresos noté tres tipos de respuesta: algunas no tenían un cálculo claro sobre sus ingresos mensuales, algo que puede ligarse con cierta dificultad para administrar sus finanzas¹³. Varias declaraban sus ingresos,

¹² Algunos estudios plantean que los ingresos que se obtienen en el sexo comercial pueden representar, para mujeres de sectores populares, una posibilidad para salir de la miseria y lograr una movilidad social ascendente –tal como también es el matrimonio– (Blanchette y Silva, 2009). Para otros, las ganancias obtenidas deben superar la pérdida causada por la estigmatización y las dificultades para tener una pareja o un matrimonio, y ello explica por qué la prostitución reporta mayores ingresos que otros trabajos (Edlund y Korn, 2002). También se suele señalar que algunas características como la juventud o la capacidad de desarrollar trabajo emocional mejoran los ingresos (ver Blanchette y Silva, 2009; Edlund y Korn, 2002; Moffat y Peters, 2004 entre otros). Volveré sobre esto para considerar cómo estas formas de fijar valores del mercado sexual inciden en las carreras de las mujeres.

¹³ Se podría considerar esta respuesta como un rechazo a declarar, pero cuando las entrevistadas no deseaban revelar este dato lo negaban directamente.

contándome orgullosas como habían podido acceder a bienes inmuebles o, sin explicitar una cifra, me daban a entender que ganaban muy bien (especialmente las “escorts”). Finalmente otras preferían no responder o se negaban a declarar sus ingresos pues así lo decidía su organización¹⁴.

En cualquiera de los casos se pone en juego un vínculo con la estigmatización y la trasgresión moral implicada en el sexo comercial: para las que declaraban sus ingresos –caracterizándolos como elevados o buenos por contraste con sus otras alternativas laborales– es posible pensar que la calidad de vida que logran y el bienestar que otorgan a sus hijos e hijas compensa la falta moral y les permite referirse al dinero ganado con su sexo.

En cambio las otras respuestas, tanto las que aquellas que no recordaban sus ingresos como las que no respondían, pueden ser entenderse remitiéndonos a la idea de “dinero sucio” en el sentido de que es moralmente cuestionable (Zelizer, 2008). Aquí la suciedad de este dinero puede captarse en las no respuestas: es un dinero “difícil de contar”, tanto en el sentido de llevar una contabilidad, como de hablar de él. Luli, por ejemplo, me decía que cuando contaba el dinero que había ganado a veces necesitaba tomarse vacaciones; pero no porque había ganado lo suficiente, sino porque la suma de dinero –que se traducía en una cantidad de relaciones– le daba asco. Estos dos elementos, el dinero y la suciedad o el asco, emergen sobre todo cuando se evocan las primeras experiencias en el sexo comercial.

¹⁴ La prohibición de hablar sobre los montos de sus ingresos que tenían las mujeres dentro de esta organización, podría leerse también en clave política. Las mujeres que daban entrevistas eras instruidas para declarar únicamente: “la calle está muy dura” sin precisar ninguna cifra. Esto podría ligarse a que uno de los reclamos de esta organización es que el Estado les brinde otras fuentes laborales más “dignas”, sin embargo, las razones de esta práctica no fueron expuestas, sino que cuando pregunté por qué optaban por no declarar sobre los ingresos las dirigentes respondieron que era un dato “muy íntimo”.

Primeras experiencias, “suciedad” y dinero

Cuando conversábamos acerca de las primeras veces que hicieron sexo comercial todas las entrevistadas señalaban en primer lugar que les impactaba el enfrentamiento a lo desconocido. Esto se ligaba con emociones y significaciones específicas como el “asco” y la “suciedad”. Lo desconocido refiere aquí tanto a hacer sexo por dinero, como a hacerlo con un desconocido, pues los clientes son, sobre todo en las primeras experiencias, desconocidos por definición.

Estás con alguien que no conociste en tu vida, es la primera vez que lo ves y te tenés que ir a acostar. No es un pibe que te gusta, que conocés, que te re calienta y que te querés ir a encamar, no, es alguien que no conocés, que no tenés, no sabés ni cómo se llama. (María)

Dentro de las pautas que orientan la conducta sexual de estas mujeres no parece haber una pauta para el sexo con un extraño que no resulta atractivo. Una manera de menguar el impacto de las primeras experiencias es tener estos primeros encuentros con un cliente al que las protectoras consideran “de confianza”¹⁵. Esto atenúa el efecto del desconocimiento del primer cliente, quien a su vez puede dejar pasar ese primer encuentro sin que tengan relaciones sexuales aunque pague por ellas, según relataban las entrevistadas.

Estuve ahí un rato, al final me decidí, le dije que sí. Me citó con el señor, me explicó, y poco y nada, yo todo le decía que sí. Entonces, me llevó al hotel y lo único que me puse a llorar, como una marrana, lloraba porque no quería que me toque. Y bueno hasta que al final el señor me tuvo piedad, me tuvo un poco de piedad, se ve que era bueno “dale, por qué

¹⁵ Muchas veces estos primeros clientes entablan vínculos duraderos y afectivos con las mujeres tornándose clientes-amigos. Más adelante me ocuparé de este tipo de relaciones.

lloras tanto, no te voy a hacer nada del otro mundo” Y bueno, me pagó igual sin tocarme nada y salí del hotel; eso fue mi primera experiencia. (Valeria)

Desaparece el sexo de la escena, uno de los elementos que marcan la trasgresión en la “prostitución”, pero aún se mantiene el intercambio de dinero. Seducir a un varón, o tener sexo como forma de conseguir beneficios no resultaba una práctica ajena para algunas, sin embargo, hacerlo directamente a cambio de dinero parecía tener otro significado.

Marisol me dijo que siempre recordaba lo que hizo cuando terminó su primer día: “Yo la primera vez que llegué a mi casa di vuelta la cartera y había una montaña así de plata y me parecía que estaba tan sucia”. En repetidas oportunidades las entrevistadas mencionaban sentirse “sucias” en sus primeras experiencias en el sexo comercial.

El conocido estudio sobre la suciedad y la pureza de Mary Douglas (1973) brinda una clave de lectura. Allí se plantea que la suciedad es desorden y la contaminación ritual tiende a reforzar la estructura de una sociedad dada, es una defensa de las fronteras de esa estructura cuando están amenazadas. Entablar relaciones de sexo comercial implicaba para estas mujeres, al menos al principio, una ofensa al orden sexual. La contaminación que proviene de trasgredir las normas morales respecto a la sexualidad y el intercambio de dinero impregnaba los cuerpos de las novatas. En estos casos, para algunas mujeres bañarse funcionaba como técnica ritual de purificación

Irene: Lo primero que uno hace es bañarse y sacarse como que...sacarse la mugre que te quedó. Es psicológicamente, por supuesto, porque en realidad eso te queda acá también [señalando la cabeza].

Santiago: Pero a veces ¿vos te bañás como una forma...?

Irene: Sí, sí, me baño, me baño, me baño como una forma de decir que me quedo más limpia.

Según Douglas, combatir la suciedad contiene dos aspectos el cuidado por la higiene y el respeto por las convenciones. Este tipo de prácticas de limpieza –junto a otras que van más allá de bañarse e incluyen el uso de fármacos para hacerse lavajes vaginales– ha sido también documentado en otras investigaciones (Gaspar, 1985; Lahitte, 2012). En el relato de Irene, la necesidad de higiene y el intento por reparar el orden trasgredido eliminando la contaminación simbólica aparecen combinados. Irene llevaba a cabo esta operación simbólico-corporal a nivel consciente, pues aclara “es psicológicamente, por supuesto”. Pero además, el uso del impersonal para explicar el procedimiento que lleva a cabo (“lo primero que *uno* hace”) da cuenta de una operación que, en tanto compartida por un colectivo y socialmente codificada, puede ser pensada como rito de purificación y, tal como apunta Douglas, crea cierta unidad en la experiencia.

Otra emoción, asociada a la “suciedad” de esas primeras experiencias, es el “asco”. Por ejemplo, Irene me comentó que incluso vomitó tras sus primeros encuentros con clientes. Figari retoma el análisis de Douglas, suma las reflexiones de Martha Nussbaum acerca de la repugnancia y señala:

El asco es la forma primordial de reacción humana a lo abyecto. El asco representa el sentimiento que califica la separación de las fronteras entre el hombre y el mundo, entre sujeto y objeto, entre interior y exterior. Todo lo que debe ser evitado, separado y hasta eliminado; lo peligroso, inmoral y obsceno entra en la demarcación de lo hediondo y asqueroso. (2009: 133)

Sin embargo, las sensaciones de asco y la suciedad tienen una contrapartida, ya no simbólica sino económica, en el dinero obtenido. Este es también uno de los recuerdos más evocados de las primeras experiencias en el sexo comercial. El relato de María enlaza el asco frente al cuerpo desconocido de un “viejo” con la cantidad de billetes que

recibía de sus manos, lo cual, a su vez, la eximía de tener que limpiar la suciedad ajena (su trabajo anterior había sido como empleada doméstica)

Fue asqueroso porque nunca había estado con un hombre grande, ¡uugh! y verlo desnudo nada más me dio, uugh, qué asco [...] lo único lindo fue cuando vi la plata en la mano, dije bueno, en vez de estar limpiando la casa, la mugre ajena ocho horas, me banqué este viejo que me quiso besuquear todo el tiempo y me gané mucho más, me gané lo que una mina laburando una semana limpiando. (María)

El pago recibido hace más tolerable la contaminación en el sexo comercial que limpiando “mugre ajena”. Como venimos viendo, junto con las motivaciones económicas hay una ecuación de contaminación simbólica que se juega en la entrada –como proceso inaugural de la estigmatización– y en las primeras experiencias de sexo comercial. Ninguno de estos aspectos, ni el económico monetario ni las economías morales, pueden ser omitidos ni separados a la hora de analizar estos procesos.

Santiago: ¿Te acordás cómo eran esas primeras veces?

Mariana: Sí, ¡muy difíciles! ¡Muy difíciles!, sí, para mí, sí, porque no estaba acostumbrada. O sea, me era muy difícil. Inclusive los primeros meses me han jodido varias veces y (Risas) hasta que ya bueno, me avivé, me avivé rápido, bastante rápido y ya no me jodieron más. Pero las primeras veces fueron difíciles. Me sentía como violada, como... por ahí llegaba a mi casa, llegaba y lloraba en el baño, me sentía sucia, me miraba en el espejo y me sentía mal, pero bueno, la parte económica me compensaba al otro día cuando podía comprar todo lo que yo quería.

La contaminación simbólica-corporal y el balance económico aparecen mezclados. Mariana muestra tanto el sentirse, sucia y hasta “como violada”, los duros aprendizajes del sexo comercial (“avivarse”), como el poder adquisitivo

que le permite salir de las penurias económicas (“comprar todo lo que yo quería”). La compleja ecuación entre estos elementos contribuye a trazar el devenir de las carreras de estas mujeres.

La suciedad no es sólo interna, también aparece asociada en estas primeras experiencias a la vergüenza y la culpa ante sus parejas y, sobre todo, frente a sus hijos/as. La mirada de los hijos, aparece como un juez que interpela sus trasgresiones como “putas” a la luz de los atributos que se requiere a una “madre”.

Los primeros tiempos, yo te puedo asegurar, la primera salida que hice estuve, más o menos, dos o tres días que ni lo miraba a mi ex, no lo miraba porque me daba... no miraba a mi familia en sí porque me daba tanta vergüenza, porque yo era parte de esta sociedad (Doris)

Vos llegabas a tu casa y venían los chicos, te saludan así, pero como que vos no... como que los corrías porque vos te sentías... así... sucio, por más que te bañaras. Yo me sentía así... como que... yo por adentro decía... Viene mi hijo a abrazarme y pensar que estaba con un tipo así, tipo asá... Como que... te sentís culpable de él. Yo por ejemplo me sentía culpable. Y con él... no podía... no podía porque me sentía culpable. ¿Entendés? Como que yo lo estaba engañando, algo así... (Daniela)

Siguiendo a Douglas, la contaminación y el riesgo de contagio de la suciedad de las trasgresoras se contraponían a la pureza de sus hijos/as. Los ojos de su propia descendencia son la encarnación más interpelante de los ojos de una sociedad de la cual, según Doris, ella “era” parte. Algunos estudios señalan también los cuidados especiales que toman las mujeres previamente a tener algún contacto con sus hijos/as (Lahitte, 2012). Volveré sobre estos puntos en el próximo capítulo cuando me refiera a las relaciones madre-puta/hijo.

La suciedad nunca es absoluta, sino que depende de la mirada del observador, de un sistema de clasificación: “La suciedad, tal como la conocemos, consiste esencialmente en desorden. No hay suciedad absoluta: existe sólo en el ojo del espectador”. (Douglas, 1973: 14). Esta concepción sobre la suciedad como un efecto de un sistema de clasificaciones culturalmente construido permite pensar en su complejidad tanto las fuentes de contaminación como las formas de combatirla. Estas últimas llevan o bien a la confesión que asume la culpa, o a involucrarse en rituales de purificación que la evaden. Sin embargo, la búsqueda de la pureza encierra para Douglas una paradoja irresoluble:

La paradoja final de la búsqueda de la pureza reside en su intento de obligar a la experiencia a que entre dentro de las categorías lógicas de la no contradicción. Pero la experiencia no es fácil de manejar y quienes lo intentan se ven inmersos en contradicción. (1973: 217)

Estas contradicciones pueblan la experiencia, especialmente, de las mujeres dedicadas a la “doble carrera” como la llama Claudia Fonseca (1996): el sexo comercial y la maternidad, es decir, la gran mayoría de las entrevistadas. Pero esta contradicción lleva a que las mujeres no permanezcan pasivas en el lugar de la culpabilización. Si dejamos de considerar únicamente las primeras experiencias, los sistemas de clasificación pueden verse como esquemas dinámicos que pueden ser modificados o al menos negociados a lo largo del tiempo y con el desarrollo de la carrera en el sexo comercial. La permanencia de las mujeres en este trayecto supone un trabajo activo sobre las propias estructuras de significación y los límites simbólicos para poder superar la experiencia de la suciedad. A lo largo de la carrera se aprende a construir una subestructura que permite refugiarse, esta tiene varios componentes que iremos viendo en los capítulos subsiguientes.

Tanto el esfuerzo de combatir la contaminación, como las dificultades económicas y otras variables estructurales (por ejemplo, los efectos de las sanciones legales), pueden hacer que una carrera, cuando se corre en el terreno resbaladizo y viscoso de la abyección, se parezca más a un laberinto que a un recorrido lineal.

Salidas y reingresos, la proyección a futuro

Otra forma de lidiar con la trasgresión de fronteras y la consecuente contaminación que implica la entrada en el sexo comercial, es concebirla como un pasaje coyuntural que tuvo un origen y tendrá una pronta conclusión. Sobre todo para las entrevistadas más jóvenes o las que llevaban poco tiempo, la carrera en el sexo comercial es pensada como un capítulo breve de su biografía, un puente hacia otra cosa, más que un elemento constitutivo.

Yo lo estoy haciendo hasta cumplir lo que yo quiero hacer, después sé que voy a trabajar en mi peluquería, y aparte...nada, quiero buscar un laburo en blanco. Es hasta lograr el propósito de comprarme mi casa, ponerme mi negocio, y decir basta. (Yamila)

Yo si hubiese sido por mí ya hubiese dejado a fin de año, de este año. Pero ya te dije, quedé embarazada de la bebé. Y bueno, mi idea es trabajar todo este año, seguir juntando, y a fin de añoirme a vivir a Paraná con mis hijos y hacer de cuenta que esto fue... ¿me entendés?, algo que tuve que hacer por ellos. (Mercedes)

Thaddeus Blanchette y Ana Paula Da Silva señalan que entre sus informantes mujeres de Río de Janeiro la prostitución es más bien un medio para lograr un fin puntual, antes que “una opción totalizante de vida” y por tanto, siguiendo las propias afirmaciones de las mujeres, sería más correcto decir que “*se están prostituyendo* y no *son prostitutas*” [curativas en el original] (2009: 21). Fonseca (1996) afirma que

muchas veces las mujeres, aun cuando puedan asumir su papel en el sexo comercial como una profesión o un trabajo, no piensan su trayectoria en términos de una carrera profesional. Tanto la entrada como las salidas o los reingresos al sexo comercial se supeditan a su trayectoria como novia, esposa o, sobre todo, como madre.

La mayoría de las mujeres que entrevisté pensaban hacer sexo comercial sólo por un tiempo y algunas habían tenido retiros temporales. Estos últimos tenían que ver con embarazos o, muchas veces, con varones que las “sacan de la calle”. En general, ellas no confiaban en la proyección de retirarse del sexo comercial con un matrimonio –como parece más frecuente entre las mujeres brasileras (ver Blanchette y Silva, 2009; Piscitelli, 2008)– ya que muchas conciben las relaciones de pareja como algo problemático y que difícilmente pueda perdurar.

El plazo para abandonar el sexo comercial es a veces más indeterminado y otras veces muy preciso. Lo programaban en función de conseguir mejorar su posición económica, comprar una casa, terminar la educación de sus hijos/as o reunir un capital económico que les permita iniciar algún negocio. Pero pocas expresaron una idea clara de cómo instrumentar su retiro en términos prácticos y varias eran conscientes de que alejarse del sexo comercial no suele ser sencillo.

Tengo chicas, o sea, compañeras así... que hacen diez años, más de diez años que están trabajando. Y siempre dicen: “Sí, yo también decía... yo quiero salir. Y mirá hace diez años que estoy trabajando”. No sé si voy a llegar a diez años de estar trabajando. Pero no me gustaría... no me gustaría. [...] una compañera mía me decía, el dicho que ella me decía: “No seas tonta, si vos ponés el culo, ponelo pero para algo que vos el día de mañana, cuando ya no trabajes y... estés y te sentés y digas: esto lo hice con mi culo [con énfasis] (Daniela)

Compartiendo saberes con sus compañeras, Daniela reflexiona sobre su futuro en el sexo comercial y fuera de él. Siguiendo la enseñanza de su compañera (que Daniela concibe como una premisa colectiva al nombrarla como un “dicho”) busca asegurar que el dinero que obtiene por uso del cuerpo redunde en una propiedad durable, trataba de no gastar en ropa –algo muy común en las que recién se inician– y apuntado a una casa por ejemplo. Esto que le permitiría, al momento de su retiro, re-apropiarse de su “culo”, al menos en parte. Sin embargo, también una compañera la pone al tanto de las dificultades que supone el retiro. En este sentido, las dificultades para administrar el dinero obtenido en los intercambios son conocidas entre las mujeres que se dedican al sexo comercial.

La “suciedad” del dinero contaminado simbólicamente hace difícil su administración y se gasta rápidamente en bienes de consumo, pero este no es el único problema. Weldon (2010) plantea que las fantasías de casarse con un hombre rico –lo que llama síndrome del “caballero blanco”– tienen efectos desastrosos sobre autogestión financiera. Nelly no pensaba en ningún caballero blanco y desconfiaba de las promesas de los clientes, pero me comentaba que “también es malo trabajar de esto, porque cuando más trabajás de esto pensás que vas a ganar plata más rápido, pero no, te metés en más cuentas”. Vanesa, como muchas, dijo que había empezado para alimentar a su hija, pero luego aclaró: “después no me quedé por ella, me quedé porque me gustó la plata”. Carla Corso, ex prostituta y activista por los derechos de las prostitutas, ha señalado al respecto:

Yo creo que con este trabajo se corre el riesgo, la mayoría de las veces, de perder el sentido del valor del dinero. Lo gastas con una facilidad tremenda, cien mil como si fuesen diez mil, porque sabes que te lo puedes gastar hasta el último céntimo. Después sólo tienes que salir dos horas y siempre consigues juntar algo. No tienes que esperar a final de mes, no tienes que esperar a que te acaben de pagar, es un dinero que tienes antes, antes de trabajar, y lo puedes ganar cuando quieras,

por la mañana, por la tarde, a cualquier hora del día. Así que, pongamos que tenga cien mil, las gasto tranquilamente, porque sé que aunque sean las doce de la noche... salgo, y siempre encuentro algo; en fin, consigo algún dinero. Muchas mujeres entran en este mecanismo perverso de gastos, de dilapidar todo antes todavía de ganarlo, así que están siempre sumidas en las deudas, y a pesar de todo viven en la miseria más negra". (Corso, citada en Ruiz, 2002: 7)

La dificultad para retirarse se manifiesta aquí en lo costoso que puede resultar administrar el dinero, por ejemplo, para alcanzar los objetivos que se proponen como precondiciones. Esta dificultad responde también a que para muchas el cálculo de cuánto pueden llegar a incrementar su capital económico, cómo invertirlo y cuáles son los límites de su productividad están fuera del rango de valores monetarios sobre los que normalmente han calculado sus ingresos y sus proyecciones. Doris me explicaba: "Vos entendé que una, una chica que está trabajando en casas [servicio doméstico] no se va a comprar un terreno, no se va a comprar camioneta".

En términos bourdesianos podríamos pensar en un desplazamiento de su posición social original, no sólo por el incremento del capital económico, sino también por el constante riesgo pérdida de capital simbólico que supone el estigma y todo el desplazamiento que implica el sexo comercial para su posición respecto a las relaciones de género, e inclusive desplazamientos en términos geográficos, usualmente desde poblaciones pequeñas a grandes ciudades. Toda esta transformación provocaría un desgarramiento en sus *habitus*¹⁶ y la consecuente pérdida de la capacidad de cálculo y proyección.

¹⁶ "A posiciones contradictorias, aptas para ejercer sobre sus ocupantes 'dobles coerciones' estructurales, corresponden a menudo *habitus* desgarrados [*habitus clivé*], dados a la contradicción y la división contra sí mismos, generadora de sufrimiento" (Bourdieu, 1999: 210; ver también Suárez, 2012). En los siguientes capítulos veremos varios elementos más (el desdoblamiento, las fronteras) que alimentan esta interpretación.

Bueno, a vos no te pasó porque no estuviste así, pero... generalmente las personas que no tenemos casa, hogar donde... siendo tan niña... tratamos de sobrevivir el hoy... Que como hoy... que... dónde duermo hoy... y mañana pienso... por mañana. (Susy)

Susy llevaba más de 30 años haciendo sexo comercial. Desde sus comienzos –huyendo de su hogar con pocos recursos y embarazada con 16 años– migro varias veces y pudo comprar su casa, donde viven sus hijos en una provincia pequeña. Pero sistemáticamente contrae deudas –en parte tal vez también porque pierde dinero jugando al bingo, porque paga un alquiler de una pieza de hotel, o porque gasta desmedidamente en el teléfono para comunicarse con sus hijos–. Mejoró notablemente su situación económica y habitacional, así como pudo dar a sus hijos/as la educación –una de ellas a punto de alcanzar el grado universitario– que ella no tuvo, pero no ha podido planear cómo pagar sus deudas y retirarse con algún ingreso. Incrementar su capital económico, pero cuyo valor simbólico implica la impugnación moral del “dinero sucio”, resulta un arma de doble filo para escapar a la pobreza de una forma definitiva.

Además, la escasa oferta laboral, sobre todo cuando son mujeres mayores y con baja o nula calificación, así como la precariedad de los trabajos alternativos que consiguen, también son motivos para permanecer o volver a hacer sexo comercial. Carecer de experiencia laboral fuera del sexo comercial –como señalaba Susy– y no tener jubilación pueden hacer que, aun cuando se consideren retiradas, sostengan algunos encuentros con clientes de tanto en tanto ante eventuales necesidades económicas. Fernanda expresaba lo relativo de su retiro:

Obvio... Vuelvo a contradecirme, si el día de mañana... por x cosa, porque uno nunca puede decir: de esta agua no bebo yo... Si... por mis hijas, o por mí misma, por llevarme un pan en la boca... tengo que volverlo hacer... lo hago. (Fernanda)

Nelly: Y te digo la verdad, el que dice que no vuelve nunca más a esta vida está mintiendo. Tarde o temprano siempre volvés acá. Siempre volvés acá.

Santiago: ¿Por qué?

Nelly: Situación económica llamale, tiene muchos nombres, comodidad, como dicen algunos, la vejez, te dicen que sos vieja para trabajar. Pero la situación económica sobre todo, porque te vuelvo a repetir vos podés salir con un carro a vender, pero si la gente no te compra... (Nelly)

El “siempre” en la frase de Nelly expresa lo polifacético de las dificultades para un retiro efectivo. Además de las condiciones desfavorables del mercado laboral, la normativa legal que criminaliza (y/o la arbitrariedad del accionar policial), así como la ausencia de políticas públicas especialmente dedicadas –tal como demandan algunas organizaciones¹⁷ y activistas–, estrechan el camino de salida de aquellas que buscan abandonar la actividad.

Sanders (2007) analizó los casos de mujeres que intentan abandonar el trabajo sexual y construyó una tipología de formas de salida¹⁸. Aun desde un marco de interaccionismo simbólico, Sanders niega que el principal obstáculo para dejar el trabajo sexual sea la falta de compromiso de las mujeres. Si bien en todos los tipos de salida intervienen elementos de agencia individual, tanto las que trabajan en las calles como las escorts que trabajan puertas adentro

¹⁷ Especialmente Ammar Asociación por los Derechos Humanos (conocido como AMMAR Capital) que tiene como uno de sus objetivos encontrar posibilidades laborales y educación para lograr que las mujeres salgan de su “situación de prostitución”.

¹⁸ Sanders propone cuatro tipos: “reactivo”, la salida como respuesta a un evento significativo en la vida (ej. embarazo, un episodio de violencia extrema, enamoramiento), “planeamiento gradual” la salida como fruto de un largo proyecto (tratamiento de rehabilitación de drogas, construcción de una carrera alternativa), “progresión natural” como fruto del agotamiento (envejecimiento, desmejoramiento en las condiciones de trabajo) e “idas y vueltas” (*yo-yoing*) sucesión de varias interrupciones (necesidad de vacaciones temporarias, entradas y salidas de la cárcel). Sería interesante analizar también el papel que juega la participación en organizaciones como forma de lograr un retiro. (ver Mathieu, 2003)

están sujetas a factores estructurales como el peso de la criminalización y las modalidades que toman las políticas públicas con respecto al trabajo sexual.

También opera en esta dirección la estigmatización y la consecuente discriminación que se halla presente en todas las ciudades donde realicé trabajo de campo. Aunque muchas habían migrado en el pasado para trabajar en otros lugares, ninguna de las entrevistadas mencionó la posibilidad de migrar como forma de retirarse y evitar la discriminación (probablemente a causa de que la migración incluiría a sus hijos/as). Mirta me contaba cómo incluso cuando encontró otro trabajo sus patrones eran cuestionados por emplearla:

Santiago: ¿Y cuando trabajabas cuidando a esa señora, te convenía eso o tampoco te convenía?

Mirta: Sí porque, hay gente como la que yo encontré trabajando en esos años, en esos 4 años [cuando estuvo retirada], muchos a lo mejor te cierran las puertas, entendés, al saber que vos has estado en una esquina. Yo te explico, ellos, son peluqueros, o sea, y a él, a mi patrón le reclamaban que por qué tenía [empleaba] a una mujer sabiendo que yo había estando laburando.

Santiago: ¿Él sabía?

Mirta: Sí, sí, pero es como ellos dicen, “¿ustedes la van a cuidar a mi vieja?”, porque era la madre de él, “yo le digo a ella que se vaya, pero a lo mejor ella quiere también cambiar de vida ¿por qué no hay que darle otra oportunidad?... ella quiere cambiar de vida, no estar siempre en la misma” entonces estuve, y es lindo, o sea, porque yo estoy acostumbrada a trabajar... pero bueno a veces te cierran las puertas después de que vos has laburado en la calle y te ven y te... no te dan trabajo.

El obstáculo de la discriminación se acentúa en las ciudades de menor dimensión. En San Juan, donde la exposición es mayor, se torna más difícil escapar a las miradas y los juicios condenatorios, incluso habiendo abandonado la actividad. Pero aun en Buenos Aires, donde habría mayores

posibilidades de mantener el anonimato, el requerimiento de un certificado de antecedentes –algo común al momento de ingresar en un trabajo– puede traer complicaciones (“el pasado siempre te condena” según Susy).

Un caso que me resultó ilustrativo es el de María quien, tras comenzar en el sexo comercial puso su propia “agencia de chicas”, sin abandonar ella misma los encuentros con algunos clientes. El caso de María puede entenderse como unos de los patrones de proxenetismo que O’Connell Davidson (1998) llama “proxenetismo de emprendedor/a” (*entrepreneur pimping*). En esta modalidad de proxenetismo¹⁹ es frecuente hallar a quienes han hecho o aún hacen sexo comercial, tal como María, y tiene funciones claramente definidas, sea montando un “departamento” (*working flat*) –lo que en la jerga local es un “privado”– o una agencia. Esto representaría, según O’Connell Davidson, una progresión en la carrera, aun en los casos en los que las mujeres todavía trabajan, pues hay una clara diferencia entre sus condiciones laborales y las de “sus chicas”.

No obstante este progreso en su carrera, en el testimonio de María es posible ver, a la vez, la dificultad para retirarse completamente de la actividad (me dijo “para mí para todo hay una etapa, viste lo que me pasó a mí, fui puta, pasé a... a manejar las chicas” aunque sigue haciendo sexo comercial), los problemas para administrar el dinero (“yo no sé ahorrar, pero junto”) y el intento, aún dubitativo, de planificar su retiro completo del sexo comercial (“si pudiera tener una remisería la tendría, algunos negocios donde tenga ubicadas a mis hermanas, a mi familia, viste, de ropa,

¹⁹ O’Connell Davidson (1998) plantea la necesidad de definir quién es un proxeneta: aquel/aquella que obtiene un beneficio de la prostitución de otras/os, sea porque ejercen un control directo sobre estas/os y/o porque llevan a cabo una función específica en la reproducción cotidiana de dicha prostitución. Esto plantea la necesidad de no subsumir todo el proxenetismo bajo la figura estereotípica del “fiolo” (*pimp*), sino comprender la implicación de distintas modalidades de proxenetismo (*patterns of pimping*) según: el tipo de vínculo entre el proxeneta y la prostituta, el modo de extracción de la plusvalía y la forma en que se asegura la obediencia.

de lo que sea, y un par de autos, capaz que ahí cuelgo el teléfono”). Aunque el plan de María para retirarse aún no era muy preciso, ella reflexionaba sobre las carreras en este mercado. Esto quedaba muy claro cuando me relataba cómo aconsejaba a “sus chicas” con un tono propio de relaciones laborales paternalistas:

Hay algunas que yo les agarro cariño y las estoy viendo que se ponen viejas y les digo: “Fijate si podés estudiar algo, andate buscando otra cosa”, como ya veo que no salen mucho a laburar, pero aparte porque las qui... Les tengo cariño, les digo que vayan buscando otra cosa, que se vayan, vayan estudiando, o que vayan haciendo otra cosa como para que dejen de laburar, a veces las incentivo para que dejen de laburar ¿Viste? Y es porque ya no venden, cuando no venden no las podés tirar a la calle así nomás, les vas diciendo: “Mirá, ya te estás poniendo vieja”. (María)

Algunas de las entrevistadas que tenían mejores ingresos, las “escorts”, me contaron algunos proyectos más organizados para dar paso a su retiro. Luli por ejemplo pensaba abandonar el sexo comercial dentro de dos años, continuar su carrera como profesora de artes marciales y abrir su propia academia. Tenía claros los peligros de acostumbrarse demasiado al nivel de ingresos que le ofrece el sexo comercial, e incluso lo pensaba como algo a manejar con precaución respecto a su hijo (algo poco usual, pues generalmente se da una tendencia a satisfacer cualquier tipo de demandas cuando provienen de los/as hijos/as). Con un agudo sentido del funcionamiento de este segmento del mercado, ella me explicó:

Te cuesta conseguir la plata, te cuesta salir adelante, porque –vamos a ser sinceros– uno no empieza trabajando para uno mismo... arranca trabajando para alguien... [tenés que] juntarla para poder sacar a tu familia para salir adelante, juntarla para poder salir a trabajar sola después... [...] tratar de juntarla... y mientras que vas haciendo tu vida, te vas molestando vos... eh... juntarla la que es tuya y ponerla... en lo que son tus

metas, para el día de mañana salir. No embobarte con esto, porque esto no es eterno, nuestra juventud no es eterna... Los precios van cambiando, la economía va cambiando, los clientes van cambiando... Se van renovando constantemente el staff, siempre hay chicas nuevas..., siempre hay chicas más jóvenes... eh... Ahora conseguí que... tres se operan, te cobran el 40% de una operación para ponerte siliconas. Está muy complicado el mercado, considero que es muy complicado. Y nada... si la vas delirando a medida que las vas haciendo... nunca vas a salir... (Luli)

Luli, así como otras escorts, ha podido pensar e ir planeando su retiro. María percibía que “esto, laburar con el cuerpo, es para la que es vaga, para la que es viva, no sé... pero no es para toda la vida”. Las características del funcionamiento del sexo comercial en el mercado configuran una forma determinada para la carrera. En este sentido, Yamila comparaba la actividad en el sexo comercial con otras carreras:

De positivo tiene, como te dije, que en el momento te da ingresos, te da plata, y de negativo que tiene un límite, no es que, por ejemplo, yo me recibí de doctora y voy a tener mis conocimientos de doctora hasta que yo me muera. Esto tiene un límite, hay un límite de edad, los clientes ya no te van elegir, obviamente (Yamila)

Poder incorporar esta dinámica y organizar la propia carrera tomándola en cuenta, supone pensar la incursión en el sexo comercial como una carrera profesional y no como un mero recurso de emergencia, lo cual permitiría adicionalmente planificar mejor el retiro. No pienso esta diferencia como una mera cuestión de voluntades individuales. Ambas cosas, pensar al sexo comercial a la manera de una carrera y calcular el retiro, suponen además de un posicionamiento particular respecto de las normas de la moral sexual, poseer los recursos y las condiciones objetivas para ello.

Hasta aquí hemos visto que hacer sexo comercial implica una “entrada” que conlleva pasar una barrera moral. Esta trasgresión es experimentada de diversas formas, más traumática para las mayores o menos reflexiva para las adolescentes, pero siempre como el traspaso de un umbral. Ello se hace visible en la emergencia más o menos espontánea de relatos justificatorios a partir de las necesidades económicas (particularmente aquellas de los y las hijas) y en la experiencia de irreversibilidad de la entrada.

Ese ingreso no siempre es bajo la coacción de un proxeneta, sino que también puede hacerse bajo la tutela de una “protectora”, lo cual implica más autonomía relativa en el manejo del dinero –y mejores ingresos por aprender más prontamente las tácticas del oficio. Aun dentro de los márgenes de un mercado laboral restringido y signado por las inequidades de género y de clase, esta mayor autonomía en el manejo del dinero es muy valorada pues este aparece como la principal motivación para comenzar a hacer sexo comercial. Para algunas, las diferencias en los ingresos respecto a sus otras alternativas laborales permitían saldar simbólicamente la trasgresión moral –sobre todo para las madres– aunque para otras estos mayores ingresos eran “dinero sucio”.

La “suciedad”, que marca tanto al dinero como a sus cuerpos, es una de las referencias más significativas de las primeras experiencias en el sexo comercial. Desde entonces se pondrán en marcha diversos procesos que buscan eliminar la suciedad, algunos ligados a los ritos de purificación y otros que implican aprendizajes más a largo plazo. Estos aprendizajes serán clave tanto para gestionar, más que eliminar, la persistencia de la suciedad en sus cuerpos y en el dinero.

Este último aspecto pone de relieve las dificultades para manejar una carrera que se niega como carrera, pero reconociendo –y justificando– la entrada, se busca pensar como un puente hacia otro estatus. Para algunas el desafío pasa por construir el retiro exitoso y a tiempo, mientras

que para otras la carrera parece más un ciclo de repeticiones, para ambas las constricciones estructurales son igualmente complejas.

En el mercado: cuerpos y reglas

Arriba me he referido a las carreras de las mujeres en el sexo comercial, a continuación abordaré algunos aspectos del terreno donde se corren estas carreras. Las observaciones y diálogos con las mujeres involucradas me permitieron conocer cómo se estructuran y, sobre todo, cómo se incorporan normas de una actividad cuya legitimidad está cuestionada. Veremos cómo impactan estas características en la experiencia a partir de dos ejes: el papel de la edad y de las modalidades de sexo comercial.

El mercado sexual valoriza los cuerpos principalmente a partir de tres rasgos: edad, sexo/género y raza/etnia. En esta tesis he enfocado mi análisis sobre mujeres y no ha sido posible lograr en la muestra variedad en términos de raza/etnia, por lo cual me centraré en la edad como un eje organizador del mercado.

Además de los cuerpos, los efectos de valorización –así como otras reglas y “códigos”²⁰ de funcionamiento del mercado sexual– se ligan a las distintas modalidades del sexo comercial. El segundo eje de este análisis aporta una descripción de las normas que regulan estas modalidades, haciendo énfasis en los conflictos y tensiones que significan para las mujeres que hacen sexo comercial.

²⁰ Uso la denominación nativa “códigos” para aquellas pautas que las mujeres referían como formas propias de estructurar la actividad que se combinan, a veces de formas conflictivas, con la dinámica o las reglas de mercado.

Juventud, divino tesoro. La cuestión etaria en un trabajo corporal

Fernanda, la única afrodescendiente que pude entrevistar, se negó a decirme su edad. Sabiendo de la dificultad del ojo blanco para leer la edad en la piel negra, me dijo con una sonrisa: “Esas son mis armas...”

La edad es un factor clave en el sexo comercial y actúa a diversos niveles condicionando parte del capital erótico²¹ con que se cuenta pues afecta al cuerpo y puntualmente a la belleza física y el atractivo. El concepto de belleza es relacional, histórica y culturalmente construido, e intervienen en él distintos elementos además de la edad. Sin embargo, en la mirada de los clientes –tal como la percibían las entrevistadas– la ecuación se simplifica un poco y la regla

²¹ Recupero aquí, críticamente, la propuesta de Catherine Hakim sobre la noción de “capital erótico” como otra forma de capital que se sumaría a aquellas que conceptualiza Bourdieu. Según Hakim, el capital erótico es “una combinación de estética, atractivo visual, físico, social y sexual para otros miembros de la sociedad” (2010: 501). Esta conceptualización resulta útil pero la forma en que Hakim piensa el funcionamiento de este capital pone de relieve el esencialismo y la ingenuidad de su propuesta en términos de sexopolítica. Sintéticamente, no concuerdo con dos puntos planteados por Hakim que simplifican excesivamente la cuestión: que las mujeres tienen más capital erótico que los varones, pues se dedican más a cultivarlo; y que el capital erótico no está controlado por la clase y estatus, y tiene un carácter subversivo. En el primero de estos puntos se pierde de vista el carácter relacional del capital, es decir que lo que da valor a este capital no es sólo el trabajo personal sobre sí mismo, sino es la mirada del otro. Tener en cuenta esto pone también en cuestión el pretendido carácter subversivo. Hakim considera la sanción que pesa sobre las que comercializan sexo y el efecto inhibidor que tiene para el resto de las mujeres; pero no repara en las asimetrías de género y la heteronormatividad presentes en las formas de valorización del capital erótico que determinan –aun cuando sea campo de disputa– qué es erótico y qué no para un mercado sexual. Retomo por ello dos puntos que plantea Adam Green: la necesidad de trabajar con un concepto más restringido de capital erótico (belleza y atractivo sexual) e insertarlo en un “campo”. Coincido con Green (2013) en que el principal problema de la noción de capital Hakim es que deja de lado el concepto bourdesiano de “campo” y así pierde poder sociológico. Parte de mi análisis supone evaluar como funciona el “capital erótico” en el “campo” del mercado sexual, aunque acotado al caso del sexo comercial.

general es: a mayor edad, menos atractiva. Esto repercutirá en la cantidad de clientes y el precio que se cobra, incidiendo sobre los ingresos y el tiempo necesario para obtenerlos. La juventud, con la capacidad de atraer clientes y cobrarles más, permite seleccionarlos y evitar “tener que subir a todos”.

Varias mujeres mayores –de más de 40 años de edad– me comentaban que en “esta época” no había dinero como antes, y atribuían la merma de sus clientes a que “la gente no tiene plata”. Antonia con sus 50 años me comentaba: “Al principio había plata, sí, hacías la plata en dos horitas ya te ibas a tu casa”. Valeria era un poco más joven –aunque con 36 años ya es “vieja” para los estándares del mercado–, casi retirada, hacía un año trabajaba sólo algunos días por mes para complementar los ingresos que obtiene de la verdulería que montó con sus ahorros y los de su marido, ella me explicaba:

No hay nada, antes laburaba porque era joven, ahora tampoco soy tan vieja, pero ya el cuerpo cambió. Engordé bastante, me siento gorda, el cuerpo es diferente, ahora ya no es el cuerpo de antes; no me siento... Antes por ejemplo no estaría nunca parada, entraba y salía, entraba y salía, ahora ya estoy tres horas parada, dos horas parada, una hora parada. Así que todo cambia. [...] ellas [las mujeres mayores] dicen: “¡antes, cómo laburaba, antes yo re laburaba, antes laburaba!” Yo me pongo a pensar si yo hubiese laburado cuando ellas laburaban yo hubiese comprado un departamento, alquilan departamento, pagan alquiler. Yo quiero saber, ¿Qué hicieron con su plata? ¿Qué hiciste con tu plata que ganabas antes? Que alguna vez vienen te piden dos pesos, me da pena. Yo dije yo voy a aprovechar la juventud, lo demás, no, no voy a ir a dar lastima, que me den dos pesos. (Valeria)

Tener una edad avanzada es un obstáculo para cambiar de modalidad. Antonia habría preferido no pasar tantas horas esperando clientes en la calle y poder estar puertas adentro, pero “lo que pasa que nosotros cuando ya tenemos

una edad ya no entramos”. Si el acceso a lugares como cabarets o “privados” está vedado a las mujeres mayores, en los contextos de calle se organiza el espacio según las edades. Esto puede funcionar delimitando la “zona” o dividiéndola en “paradas”.

Acá, nos paramos, somos tres chicas que nos paramos acá, pero somos chicas jóvenes... atrás de la terminal paran varias mujeres que ya son, ya viejas... y para el lado de la plaza Aberastain, paran otras chicas que son grandes, y paran todos los travestis (Deby)

Una es más vistosa que la otra, o una es más joven que la otra. Entonces, esas chicas se tienen que tratar de pararse en otro lugar, donde no joda a la otra. (Irene)

Al inicio de mis observaciones pude ver, con sorpresa, que las mujeres en las calles o plazas no llevaban ropas que denotaran lo que hacían –esto se notaba más en su forma de pararse y en la mirada–. Sin embargo, pude observar dos excepciones a esta regla de discreción: las travestis y las chicas muy jóvenes. Según Cressy (citado en Blanchette y Silva, 2009) mudarse a una zona con menor competencia en términos de edad, es decir donde no abundan mujeres más jóvenes, puede ser una estrategia para las mujeres que envejecen en el sexo comercial. Otras veces para dirimir el conflicto se imponen tarifas diferenciales para las más jóvenes.

“Encima que sos pendeja y cobrás barato... y si cobrás barato”, me dice, “nos vas a sacar a todos” Y le digo: “No, está bien, y no sé... ¿cuánto es lo que tengo que cobrarle?” (Risa leve) Y me dice: “Y vos como sos pendeja, tenés que cobrar cien pesos mínimo... Porque sos pendeja” –me dice– “nosotras cobramos cincuenta”. (Sabrina)

Para las más jóvenes cobrar precios más elevados a los clientes no sólo es una posibilidad, sino que suele ser una regla que funciona en cada zona de trabajo. En un

estudio económico Moffatt y Peters (2004) concluyen que el determinante más importante sobre los precios de los servicios en el mercado del sexo es la duración del encuentro, aunque también hallan un efecto no lineal de la edad, el lugar del encuentro y la zona. Saliendo de la lógica estrictamente económica podemos advertir que estas variables, que se tratan como elementos aislados, funcionan en una articulación compleja entre la edad, el punto de la carrera, la modalidad y la zona.

Al igual que en otras actividades donde el cuerpo juega un rol fundamental, como en el deporte, la edad va incidiendo en el valor de mercado y en las capacidades personales. Si la mirada asedia los cuerpos femeninos en general, este fenómeno se potencia en el sexo comercial donde el cuerpo es la herramienta de trabajo. Yamila se desnudaba completamente con los clientes, pero ya anticipaba su futuro: “no soy acomplejada con mi cuerpo, mientras pueda (risas) ahora cuando empiecen a sobrar unas cosas digo: hoy no me saco la remera (risas)”. Ser mayor de edad y tener “complejos” con el cuerpo reduce la capacidad de trabajar, por ejemplo, reduce la posibilidad de desnudarse frente a los clientes, algo que las más jóvenes prefieren hacer para aumentar la excitación de sus clientes y acelerar el tiempo del encuentro.

Algunas de las “escorts” más jóvenes calculaban el momento de su carrera para intervenir quirúrgicamente sus cuerpos. Las operaciones estéticas aparecen como una estrategia para mejorar sus ingresos, o mejor dicho para enfrentar la desvalorización de sus cuerpos. Luli a los 25 años ya estaba al tanto de una “promo” de descuentos para operarse. Si bien ella dijo que se operaría también por su propio interés, el cálculo del impacto sobre su actividad en el sexo comercial no le era ajeno en absoluto. María, con 31 años, es completamente explícita al respecto “si ahora tuviera que laburar de puta, primero me hago enterita, me hago tetas, cara, culo, todo, y cobraría el doble, el triple, más.”

Abril pensaba que le quedaban dos años más pues, para mi sorpresa, con sus 25 años me dijo: “soy vieja, ya me conoce todo el mundo, aparte es diferente ya...en dos años voy a tener 27 años, casi 28, y es complicado, ya necesítas orientar tu vida hacia otro lado”. Cómo se define la juventud es algo relativo a cada ámbito, rangos etarios que en otros campos pueden considerarse dentro de la “juventud” son edades avanzadas y que comienzan a restringir las posibilidades en el mercado sexual. La incidencia negativa del envejecimiento sobre el capital erótico conspira contra las posibilidades de acumulación y rápidamente margina del mercado a las mayores. Pero tampoco las más jóvenes pueden capitalizar fácilmente el valor erótico de su edad. Al final de esta sección retomaré una paradoja que expone esta dificultad.

¿Calle o puertas adentro? Modalidades de sexo comercial en las experiencias

Las experiencias de las mujeres presentan variaciones ligadas a las diversas modalidades de sexo comercial. Cada modalidad supone formas de organizar el espacio y los tiempos, regular contactos, pautar los encuentros y definir valores; en definitiva supone modos de producción/exploatación. Es decir, la “calle”, los cabarets o whisquerías, los departamentos o “privados” y los contactos a través de avisos en el diario o en Internet, suponen: diferentes formas de seleccionar (o no) a los clientes, jornadas diarias y semanales de diversa duración y regularidad, mayor o menor riesgo de maltrato, distintas posibilidades de negociar precios y prácticas sexuales, y finalmente, cuando intervienen terceros, diversos modos de extracción de la plusvalía (O’Connell Davidson, 1998). Más allá de las condiciones objetivas o estructurales del mercado, mi pregunta es ¿cómo se significan estas variaciones en las experiencias de las mujeres?

Las entrevistadas destacaban como positivas algunas características del sexo comercial callejero: administrar su dinero y su tiempo. La posibilidad de manejar sus horarios y no “rendir cuentas” a nadie eran mencionadas frecuentemente por las que trabajaban en la calle.

Yo no estoy pendiente que tengo que venir acá a la calle, ¿viste? Lo hago tranquila, hago todo lo que tenga que hacer, si tengo que venir más tarde lo hago. No tengo ningún problema, en ese sentido me desenvuelvo bien (Lidia)

Vos... de tu plata hacés lo que querés, tenés tu horario. Vos podés estar todo el día como ama de casa, con tus hijos, dedicarte a tus, yo voy a natación, voy a mi organización y de noche puedo venir a trabajar, quedarme dos o tres horas y, por la inseguridad, a la 1 o 2 de la mañana me voy, no tengo que estar hasta las 5 o 6 de la mañana ni darle el 50% a nadie (Marisol)

Como deja entrever Marisol, esa autonomía tiene restricciones. En la calle deben respetar los horarios en que se dividen las paradas –en caso de que en la zona haya varios turnos–. Además, deben evaluar una compleja ecuación considerando el desgaste físico de trabajar de noche y a la intemperie, los horarios en que hay menor exposición a las miradas de los transeúntes (sobre todo si pueden ser del entorno familiar), pero también cuándo menor control policial, mayor afluencia de clientes y menor riesgo de asaltos.

Juana, entre las modalidades que había conocido, por agencia y en la calle, optaba por la segunda: “la agencia no te conviene porque es a medias [50% de ‘comisión’], en cambio lo que vos cobrás acá en la calle es para vos, listo... Pero sí, tenés muchos riesgos, yo me he largado de autos andando”. Aun conociendo los riesgos en carne propia, Juana, al igual que muchas otras, prefería la calle. Allí la posibilidad de una relativa autonomía y los riesgos van de la mano. La contrapartida para quedarse con el cien por ciento de lo cobrado,

y evitar la comisión que deben pagar en los departamentos, “privados”, agencias o cabarets, es la exposición en la calle (que incluye las miradas y la posibilidad de agresiones de los transeúntes y otros/as).

Esta peligrosidad puede mostrar al sexo comercial callejero como un terreno caótico y sin normas. Según Mabel, “en la calle tenés que imponerte, es la ley del más fuerte”. Pero veremos que esta ley sigue algunas pautas:

Inés: Como que la calle tenés que ganarte la parada... Yo empecé a rotar, estaba un tiempo en una esquina, después allá, después allá... y bueno, después encontré una esquina en la que yo me sentí cómoda para trabajar, por el tema que estaba... había un grupo reducido de chicas, que no eran la mayoría, eran muy pocas, entonces ahí fue donde me quedé.

Santiago: Ajá. ¿Y antes en los otros lugares donde... ibas parando?

Inés: No, no había problema, lo que pasa era que éramos muchas chicas. Igualmente es ahí, a una cuadra de donde yo estaba.

Santiago: ¿Y cómo es eso que vos decís ganarte la parada?

Inés: Ganarte la parada en el tema de... de respeto con tus compañeras. Cuando yo entré ahí era muy jovencita y siempre me hacían problema por todo.

Santiago: ¿Porque eras muy jovencita?

Inés: Claro, me hacían problema porque “saliste con mi cliente...” eh... porque “ya te llevaste tanto, y tenés que irte a tu casa, dejá laburar a las otras...”.

Acá no te vamos a permitir [que una nueva se pare], pero para allá, podés ir para allá que te cobran el derecho de piso, te cobran por cada salida 20 pesos, allá en la plaza y acá no, nosotros no cobramos, no dejamos que se pare nadie. (Lidia)

“Hacer la calle” conlleva aprendizajes y no cualquiera puede sencillamente “pararse” para vender sexo, fijar tarifas y apropiarse del dinero obtenido. Las reglas de mercado se combinan con los “códigos” que surgen entre las mujeres. Algunas formas de “ganarse la parada” incluyen haber

caído presa varias veces, o llevar un tiempo prolongado de permanencia trabajando. La relativa autonomía que implica estar libre de explotadores/as sólo puede lograrse a lo largo de un tiempo.

Esa autonomía tiene otras regulaciones y “códigos” internos en cada zona. Beatriz señalaba: “ahora pedís cien dólares y te matan. Claro, hay muchas, en estado de prostitución, muchas chicas trans, eso es lo que también, también cuesta que las mujeres puedan trabajar y ganar un poquito más”. Aun en las condiciones de clandestinidad en que funciona el mercado sexual, la oferta y la demanda funcionan y son parte de los mecanismos que regulan las tarifas que las mujeres pueden cobrar. En general, el precio es fijado entre las mujeres y varía por zona y/o por horarios.

El precio generalmente se cobra lo que cobran las mujeres. Si vos preguntás en el día, a lo mejor piden cuarenta, cincuenta pesos, si preguntás a la noche, son ochenta, cien. Y si te vas a Palermo... te piden en la calle trescientos y si vas a un boliche te piden mil [...] yo no puedo irme a sentar en un boliche de Palermo... y pedir ochenta pesos, y... las chicas están saliendo por mil. Es como... pasar sobre ellas, buscarme problemas. Me van a decir: “No, te vas de acá, porque acá estamos pidiendo mil” ¿Entendés? (Susy)

Por fuera de los “códigos” establecidos entre las propias mujeres, la autonomía en las calles se encuentra amenazada por dos poderes: las fuerzas policiales y los proxenetas. Las mujeres acuerdan entre sí en algunas zonas, pero en otras puede haber “dueños/as de las paradas” y/o policías que las ahuyenten o les pidan sobornos. Ambos pueden ser motivos de disputas –incluso entre las propias mujeres– y/o de traslados.

Santiago: ¿Y parabas siempre en el mismo punto?

Beatriz: Al principio iba rotando, donde veía, es por calle, antes era donde, bah, siempre hice, trabajé bien ¿No? Gracias a dios, trabajé bien, pero iba rotando las esquinas hasta que

a lo último me quedé con Pavón y Salta y ahí quedé, con los últimos años que estuve ahí en Constitución. También paré en Flores, Palermo, cuando yo vine acá empecé en Palermo, después pasé a hacer Constitución.

Santiago: ¿Y por qué ibas cambiando? ¿Qué cosas te hacían que fueras, cambiaras de una esquina a otra, de una zona a la otra?

Beatriz: Y, porque a veces se ponía muy bravo Constitución, hubo una época muy jodida. Con la policía. [...] Viste, pero era yo contra todos, porque cuando vos te parás en una esquina sin tener marido te quieren sacar y yo decía “a mí nadie me va a sacar porque me planto acá y que venga quien sea”, porque hay que tener, en esa situación tenés que sacar valor, que creés, que capaz no lo tenés pero lo tenés que sacar. [...] [Cuando tenía proxeneta] yo no tenía derecho a irme a sentar a tomar un café, pero yo lo hacía igual, a mí no me importaba, lo hacía igual, yo quería comer y comía, si iba a tomar un café, lo hacía, pero las otras mujeres no.

Beatriz relató que había comenzado en el sexo comercial engañada por su marido-proxeneta. En ese régimen la mirada del proxeneta controla las acciones y los tiempos de las jornadas (“trabajaba 18 horas por día ¿Me entendés? Más vivía presa que vivía en mi casa”). Sin embargo, abandonó a su marido y comenzó a trabajar de forma independiente. La denominación de “loca suelta”, que reciben las mujeres que trabajan sin estar bajo el control de un proxeneta, da cuenta del aislamiento y la irreverencia que supone lograr la autonomía. Queda claro que la calle, como territorio que nunca puede ser apropiado definitivamente, muestra la falta de un lugar propio que de Certeau (1999) indica como características de las tácticas; desde este espacio ajeno, siempre en disputa, es desde donde las mujeres deberán movilizar sus intentos de autonomía.

Otra de las fuerzas que buscan controlar a estas mujeres es la de la policía, cuyos efectos son similares a los de los proxenetas²². La persecución policial no sólo impone el dominio por medio de la coacción legal y el uso de la violencia (legítima o no), también incide económicamente pues, además de las “coimas”, los días de arresto son también días donde se pierde la posibilidad de ganar dinero (a veces incluso generando deudas, como le sucedía a Susy, quien cuando salía de la cárcel se encontraba con que debía varios días de alquiler en el hotel). También se pierde la posibilidad de incrementar los ingresos por no poder llevar “juguetes sexuales”, ya que la policía los toma como evidencia, según Mabel. Finalmente, el asedio de la policía puede empujar a las mujeres a cambiar de zona –perdiendo sus clientes regulares– u optar por trabajar puertas adentro y someterse a condiciones de explotación más intensas, lo cual Susy asociaba con la “trata”

Yo estaba por todos lados, ¿viste?, con esto de la persecución [policial]... Yo estaba en la época de persecución... y siempre... uno... este... trata de cambiar de lugar para que no se persiguiera tanto... Incluso esto de la persecución, digamos, a situaciones de trata. Porque la policía al perseguir, uno busca lugares donde no te persiguen, porque no quiere uno estar presa. Entonces caen en situaciones de trata, como en situaciones de trata [...] Si bien no me obligaron y me llevaron con un revolver, pero yo caí en esos lugares porque... eh... estaba cansada de que me lleven presa... ¿Entendés? Entonces es como un descanso para uno no caer presa [...] he estado en casa así que... que tenía que dejar el 50% de lo que... O sea, ellos te reciben toda la plata... y después te dan la mitad de lo que hiciste. Por ejemplo... dan así... este... quince días,

²² Al momento de la escritura de esta tesis, algunas entrevistadas con las que continuó en contacto me comentaron que la policía estaba extorsionando a los clientes para que les pagaran coimas utilizando como amenaza los proyectos de leyes para penalizar a los clientes recientemente presentados (ver <https://bit.ly/3td1DMI>). En las palabras de Susy “hay una lucha entre la policía y las mujeres para ver quién le saca la plata al cliente”.

veinte días... y todo lo que uno hace... todo lo tiene que dar, y después cuando te vas, te dan la mitad de lo que hizo. Y algunos no te la dan nada. Hay mujeres que no le dan nada... Yo tuve una situación así, como que tuvimos que dibujar que me iban a buscar y que iban hacer lío, porque no me daban la plata. Y yo tenía... 22; 23 años... y no me daban la plata (Risa leve) Y hay muchos que se la quedan... (Susy)

Huyendo de la persecución policial y de los riesgos de la calle, muchas optan por hacer sexo comercial puertas adentro, en cabarets, boliches o privados, manejados por proxenetas. En los casos como los que relata Susy, la vulnerabilidad se incrementa y los proxenetas aprovechan esta situación al máximo posible.

El costo monetario por evitar los riesgos de la calle es muy variable, entre las mujeres con las que hablé las comisiones cobradas iban desde el 30 hasta el 60 por ciento de lo ganado. O'Connell Davidson (1998) señala que parte del alto grado de explotación al que son sometidas las mujeres se debe al hecho de que los proxenetas solo pueden obtener “plusvalía simple”, es decir que sólo incrementan sus ganancias a partir de la duración de las jornadas de las mujeres. Por ello el recurso de incrementar los porcentajes de las “comisiones” es una de las variables de ajuste y quienes fijan porcentajes de comisión tanto como tarifas son los dueños-proxenetas. No obstante, Yamila me explicaba que “obviamente la plata es diferente que en zona, no es la misma plata acá [Capital] que en zona sur”, también el nivel socioeconómico de los barrios donde funcionan los boliches puede intervenir en los precios.

Una variante de modalidad extractiva se da en los boliches o cabarets donde las mujeres trabajan como “alternadoras”. Allí antes de “hacer el pase” con los clientes ellos deben pagarles algunos tragos y las mujeres pocas veces reciben un porcentaje de estos.

Vos... por llegar a trabajar, ponele, hasta las doce de la noche, cumplir el horario, la primer copa es tuya. Y después tenía que pagarte dos o tres copas como mínimo, para poder sacarte o... hacer el pase ahí adentro. Ellos se aseguraban con lo que tomaran la chica y el... Pero allá [Santa Cruz] es más distinto, por ejemplo allá te sacan el 30% y te quedabas con el 70% de las salidas. Acá no, acá [San Juan] y en todas estas provincias, te sacan mitad y mitad. Te has hecho cuatro mil pesos un mes... y vos seguro que cobrás dos mil. Y a veces que te puentean la plata, con suerte te pagan dos mil y sino te pagan mil. (Úrsula)

Además de las condiciones estructurales –las asimetrías de género y de clase del mercado laboral, y la vulnerabilidad en términos legales–, en mi trabajo de campo pude encontrar otros elementos que, según las mujeres, también influyen sobre el grado de explotación. Úrsula había trabajado en varias ciudades además de San Juan y había notado que, en las provincias más pequeñas, donde el control policial es más intenso y son menores las posibilidades de desplazarse a otras zonas, las comisiones que retienen los cabarets o privados son mayores.

Las entrevistadas veían otra desventaja en el incremento de la competencia, pues en los lugares puertas adentro usualmente trabajan muchas mujeres.

Fernanda: El dueño no te exigía mucho. ¿Por qué?, porque era un boliche grande, había minas de todos los colores...

Santiago: ¿No te exigía que los clientes tomaran copas y eso?

Fernanda: No, no me exigían, como no... tenés que ir y... como decía el cliente, para esto... Era como que... bueno, no trabajo, no me llevo un peso... [...] era como que dice: “si no te movés... no vas hacer un peso”, y si no hacés un peso... ponele que me daba una semana, ya a los quince días... me decía: “No podés entrar porque hay muchas mujeres” Pero a mí lo que me quedaba en claro, era [que no podía entrar] porque no le daba producción

Una vez fui a un sauna, un lugar que tenés que estar desnuda, un bikini y en corpiño. No me gustó... porque sentía que no... estar tanto en la calle y estar desnuda ahí y competir con 30 mujeres, entraba uno loco, tres locos y tenías que estar ahí poniéndome en cada pose para que me de bola, viste. Mucho no me gustó, y más la plata que le tenía que dar al chabón [el dueño-proxeneta]. (Valeria)

El relato de Valeria muestra otro inconveniente, la exposición física. En los cabarets a veces, tras terminar el “show” de *striptease* y bajar del escenario, las mujeres no podían disimular el pudor por su desnudez y recorrían apresuradamente el trecho que las separaba de los camarines. Si bien en el contexto de calle hay una mayor exposición en términos cuantitativos (la cantidad de individuos que las miran), en los cabarets exposición es cualitativamente más intensa por la desnudez.

Otra característica negativa de los “privados” es la falta de margen para filtrar clientes. Estos incluso pueden exigir algunas prácticas sexuales con la amenaza de “quejarse con los dueños”. Daiana sintetizaba las características de estos espacios:

El cabaret no me gustó, era o sea, muchísima exposición y muchas veces para nada... claro, porque obviamente, en un cabaret tenés 20 chicas, entendés, de diferentes países, y bueno no me gustaba el tema de la exposición, exposición muchas veces para hacer 40 pesos, entendés entonces no me parecía, estar toda la noche, también cumplir un horario, no, no me parecía, en cambio así, si quiero salgo, si no quiero no salgo, si quiero hacer cuatro servicios por día hago cuatro, si quiero hacer uno hago uno, si no quiero hacer ninguno no hago ninguno, no importa, entendés, esa es la diferencia de estar trabajando para alguien o en un lugar o trabajar sola, esa es la diferencia. (Daiana)

Daiana trabajaba entonces como “escort independiente”, esta modalidad aparece como la que mayor margen de autonomía relativa les brinda en términos de horarios

y administración de sus ingresos. Además, algunas percibían esta modalidad como menos riesgosa en términos de los clientes que recibían. Contrastaban esa situación con el contexto de calle donde supuestamente corren mayor riesgo porque “no sabés quién puede venir”. Luli sentía que trabajando como escort en el departamento que alquilaba a otra compañera tenía bajo control el riesgo de violencia por parte de los clientes, pero no pensaba así sobre la calle:

Santiago: ¿Y nunca trabajaste en calle, por ejemplo?

Luli: No, no me gusta...

Santiago: ¿Por?

Luli: Le tengo miedo. Eh... sé artes marciales, sé defensa personal, pero nunca sabés hacia dónde te llevan. Te subís al auto y no sabés adónde terminás. No sabés con quién terminás, no sabés si va a coger con forro o sin forro. Si te va a violar, si te va a contagiar algo...; si te va... si va a tomar el servicio y después te va degollar... Nunca sabés.

Además de disminuir riesgos, hacer sexo comercial como escort significaba otro tipo de protección. Cuando le pregunte si alguna vez había trabajado en la calle, Abril me explicó “trabajar en la calle supone...trabajar...no sé, cobrar poco...y tener que aguantarte un montón de gente. El que viene de cosechar ajo con todo el olor, ¡imagínate, me muero!”. En su explicación se mezclan la esfera económica con la simbólica –tal como vimos más arriba que pasaba con las experiencias asociadas a la “suciedad”–. Trabajar como escort, o “ser una escort” –como algunas aceptaban sin problemas–, supone también una protección simbólica pues, muchas veces, emerge una lógica de distinción (en el sentido bourdesiano) respecto a las otras modalidades. Para las escorts trabajar en la calle es algo muy “bajo”, tanto en términos simbólicos como en el valor de la “salida”. Abril fue enfática para dejar claro que ella trabajaba a “otro nivel” mucho más reservado y seleccionando clientes,

pero también me relató su paso de estar en relación de dependencia a hacer sexo comercial por su cuenta, primero poniendo avisos y luego exclusivamente “por contactos”:

Abril: Yo trabajaba en una casa de compañía, trabajaba de 7 de la tarde a 7 de la mañana. Generalmente ahí no podías elegir con quién salir y con quién no, es a eso a lo que me refiero con que yo puedo escoger con quién salir y con quién no, ¿sí? Existe una gran diferencia entre un principio y ahora. Qué sé yo, 7 de la mañana, a veces día sábado, a veces día domingo...trabajaba hasta las 9 de la mañana, eran 12 horas de corrido, donde tenías que atender mucha gente para que...para que realmente te fuera conveniente, para ganar cierta cantidad de plata y vos decir: bueno, me conviene. Y a veces había días que no aparecía nadie, que éramos 20.000 chicas y en la cual...vos pasabas, te presentabas y eras un objeto más. Pasaban y decía bueno con esa, pum el tiempo era reducido, entrabas, sexo y a otra cosa, y mientras más rápido era mejor, más atendías y era mejor.

Santiago: ¿Y ahí cómo arreglabas, vos tenías que dejar...?

Abril: Ganábamos el 50%... en ese momento era como ir y decías: necesito plata y punto, no te interesaba con quién ibas a estar, ahora no, o sea...

Luli había hecho un recorrido similar, dijo que ahora como escort puede capitalizar realmente su trabajo, pero para ello tuvo que empezar “trabajando para otro” y finalmente logró ahorrar e independizarse. María pudo hacer lo mismo utilizando un “regalo” de un cliente con el cual pudo alquilar un departamento y dejar de estar en relación de dependencia. Todas las escorts que entrevisté habían pasado por otras modalidades previas donde eran explotadas.

La modalidad de escort permite al mismo tiempo, en términos del capital económico, la valorización cualitativa de los servicios, y en términos de capital simbólico, cierta distinción respecto a las otras modalidades de sexo comercial que puede atenuar parte de los efectos de la estigmatización. Pero acceder a esta modalidad supone una posesión de capitales económico, cultural y erótico (salvo una,

todas las escorts tenían hasta 30 años o menos y un nivel educativo superior a la media²³), por ello esta modalidad, más claramente que otras, es a la vez un estrato. Entonces podemos pensar esta modalidad como más “exclusiva” en ambos sentidos, tanto por la distinción como por la exclusión que presupone.

Para la mayoría de las mujeres que entrevisté una de las cuestiones más importantes en relación a las modalidades de sexo comercial era lograr manejarse con la mayor autonomía posible. Para otras pocas la exposición que implicaba obtener esa autonomía en la calle era lo suficientemente elevada como para resignarse en aras de la protección asociada a los lugares puertas adentro. La modalidad de las escorts permite seleccionar más a sus clientes y manejar con relativa autonomía su actividad (en cuanto a horarios, tarifas y servicios). Esta modalidad exige un conjunto de recursos que no parecen estar al alcance de todas. Más aun, leída a través de los testimonios de las entrevistadas, la dinámica del mercado sexual está marcada por tres tendencias: aumentar la explotación y la segregación, y restringir la autonomía²⁴. En la búsqueda de trabajar con mayor autonomía, algunas reúnen los capitales, económico y erótico como para lograrlo como escorts, mientras otras intentarán gestar su autonomía en la calle. Las condiciones adversas para la autonomía actúan como una tenaza de constricciones puntuales: policía por un lado (calle) y proxenetas por el otro (privados, cabarets o agencias).

²³ Casi un tercio de las entrevistadas no había concluido la primaria. Las que trabajaban bajo la modalidad escort eran las únicas –a excepción de una entrevistada que estaba estudiando en el Ciclo Básico Común– que habían concluido la secundaria o comenzado estudios superiores.

²⁴ Otro indicio de las tendencias a restringir la autonomía aparece en la normativa legal que prohíbe la publicación de avisos clasificados, a la cual me referí antes. Esto, si bien no impide anunciar, lleva a que las mujeres tengan que movilizar más recursos pues la clandestinización encarece el servicio (según las entrevistadas habían subido los precios por anuncios en los propios diarios o en las páginas de Internet).

A estas características se suma la presión de la edad, como principal condicionante sobre el capital erótico. Más arriba ya dije que el envejecimiento actúa devaluando en mayor o menor medida el capital erótico y por ello este es un capital difícil de acumular. Pero además, en la forma de funcionamiento del mercado sexual que he podido observar, el efecto de la juventud como potenciador del capital erótico supone una paradoja respecto de la autonomía. Obtener cierto grado de independencia, sea como escort o en la calle, supone un tiempo de permanencia en el mercado, usualmente algunos años, con lo cual los años de mayor juventud probablemente serán explotados por algún proxeneta o la policía. En este esquema, una vez conseguida cierta autonomía, las mujeres estarán eventualmente compitiendo con otras más jóvenes, reforzándose así las tendencias del mercado a socavar la autonomía y expropiar la valorización del capital erótico.

Recapitulación

En este capítulo he abordado las experiencias de las mujeres en el sexo comercial bajo dos ángulos que se ligan entre sí: sus carreras y sus percepciones sobre el mercado sexual.

En términos de sus carreras, comenzar a hacer sexo comercial implica entrar en un terreno atravesado tanto por la economía como por la moralidad. Vimos que varias de las entrevistadas construían un relato justificatorio espontáneamente –es decir sin que mediara ninguna pregunta al respecto– para narrar su entrada en el sexo comercial. Aquí se pone de relieve tanto el peso simbólico asignado a la maternidad como la distancia respecto de la prostitución que aparece como inimaginable (aun cuando forma parte de las estrategias de subsistencia de las mujeres que las rodean, por lo que varias entran de la mano de una “protectora”).

En términos del mercado laboral, atravesado por asimetrías de clase y de género, y de la sexualización de los empleos otorgados a mujeres, hacer sexo comercial podría parecer simplemente una variante más, no muy lejana a las otras alternativas laborales. Sin embargo, desde la experiencia de las mujeres no se reconstruye esa continuidad, sino que comenzar a hacer sexo comercial es vivido como una transgresión.

Para otras pocas la entrada en el sexo comercial aparecía como un deslizamiento irreflexivo y no traumático –que de hecho en su momento no era pensado/vivido como una “entrada”–. En estos casos desaparece en buena medida el relato justificatorio, todo lo cual podría hacernos pensar que no existe para ellas la experiencia de una “entrada” en el sexo comercial. Sin embargo, un elemento continúa denotando el cruce de frontera, pues aún en los casos en que no es traumático, el comienzo se acompaña de un sentimiento de irreversibilidad. Este tiene una marca de género específica pues se liga a las experiencias de las mujeres –a diferencia de aquellas de las travestis donde el punto de inflexión está más ligado a mostrarse “montadas” en público y el sexo comercial es apenas una dimensión en el proceso más amplio de devenir trans.

El carácter transgresivo de la entrada en el sexo comercial se expresaba en la sensación de “suciedad” que se asociaba a las primeras experiencias. Esta suciedad impregna tanto los cuerpos de las mujeres –que serán sometidos a distintos procedimientos de purificación– como al dinero obtenido. La ecuación a resolver conlleva negociar la falta moral que expresa la suciedad con la necesidad económica y las pocas alternativas que impone la estructura de género y de clase del mercado laboral.

Una vez en el sexo comercial las características específicas del mercado sexual restringen la autonomía de las mujeres. Como alternativa a la fuerte explotación que es común en las modalidades puertas adentro, las mujeres intentan trabajar bajo modalidades que les brinden mayor

autonomía. Las constricciones se expresan puntualmente en el accionar de policías y proxenetas, y, de forma más anónima, en el funcionamiento del propio mercado sexual y laboral. En este marco, los caminos para lograr algunos grados de autonomía relativa dependerán o bien de las posibilidades de acumular capitales (económico, cultural y más difícilmente capital erótico) en el caso de las que logran trabajar como escorts, o bien de la exposición a ciertos riesgos para las que “hacen la calle”. Allí la autonomía no será la del lugar propio, sino la que se consigue –siempre momentáneamente– mediante tácticas y respetando los “códigos” de la calle.

Otro punto que he resaltado respecto de la dinámica del mercado sexual es la valorización del capital erótico que se liga directamente con la juventud. Las más jóvenes tienen la posibilidad (o la obligación según los “códigos” de la “zona”) de cobrar tarifas más elevadas. Paradójicamente, esta ventaja es difícil de aprovechar pues las más jóvenes suelen ser novatas que tienen menor autonomía y serán explotadas por un/a proxeneta; incluso ingresando de la mano de una protectora, les tomará un tiempo prolongado aprender las tácticas del oficio y rentabilizar su capital erótico.

Finalmente, todos estos elementos se ponen en juego a la hora de lograr retirarse del mercado. Las múltiples dificultades para el retiro incluyen la desvalorización que supone el envejecimiento, los problemas para administrar el dinero –que abarcan la dimensión simbólica del “dinero sucio”–, la estigmatización que perdura aún después del retiro, y la complicación, para aquellas más desaventajadas, de planificar el retiro con antelación.

Podemos pensar las carreras también en términos de las ecuaciones de capitales. La “prostitución”, como forma de convertir directamente capital erótico en capital económico, supondría una pérdida de capital simbólico que se expresa en el “estigma de puta”. El complejo (des)balance de los capitales erótico, económico, cultural y simbólico,

que se ponen en juego en las distintas modalidades del sexo comercial, marcará de distintas formas las carreras de las mujeres, según la posesión y acumulación de capitales que logren.

Las mujeres al comenzar a hacer sexo comercial entran en un territorio de abyección donde deberán aprender a manejar los costos simbólicos de la estigmatización (y al mismo tiempo intentar valorizar sus capitales) para subsistir. A lo largo de los capítulos siguientes continuaré analizando con qué herramientas cuentan y qué esfuerzos implica utilizarlas para moverse en este terreno fangoso.

Las relaciones dentro y fuera del “ambiente”

El ocultamiento como dislocación

En este capítulo abordo el posicionamiento de las mujeres en el sexo comercial desde las relaciones o distancias que ponen con otras personas fuera y dentro del sexo comercial (el “ambiente”). Para comprender cómo ellas buscan desarticular estos mundos me referiré a las tácticas de desdoblamiento y sus limitaciones. Analizar los vínculos con, y las concepciones sobre, las otras mujeres en el sexo comercial, así como el ocultamiento o encubrimiento hacia quienes las rodean en el ámbito privado, me permiten conocer las formas en que se maneja la identidad estigmatizada.

En la primera sección describo las relaciones entre las mujeres que hacen sexo comercial. A partir de las tensiones entre la lógica individualista del mercado y los “códigos” que rigen las relaciones entre ellas surgen conflictos y solidaridades, voy siguiendo un hilo que va desde las relaciones interindividuales a otras más amplias. Aquí considero las coyunturas que favorecen el surgimiento de vínculos colectivos: los enfrentamientos con la policía y el surgimiento de las organizaciones, aspectos con características disímiles entre las tres ciudades incluidas. Esto permite indagar sobre una faceta clave de las identidades de las mujeres en el

sexo comercial: reconocer a las demás como compañeras e iguales (en un “nosotras”) y/o marcar una diferencia (jerarquizada) entre una y las “otras”.

La segunda sección de este capítulo aborda algunas de las prácticas que las entrevistadas llevan a cabo para desarticular sus identidades dentro y fuera del “ambiente”. Me refiero a las formas en que las entrevistadas manejan la información relativa a su involucramiento en el sexo comercial. Describo y analizo cómo se ponen en marcha tácticas de desdoblamiento y con qué obstáculos se topan. Aquí también aparecen diferencias entre las tres ciudades en la visibilidad y la gestión del secreto frente a los distintos públicos.

Por último, en la tercera sección analizaré las relaciones que se entablan fuera del “ambiente”. Describiré cómo la información que se oculta puede ser revelada, comunicada o filtrada –siguiendo el esquema de Mario Pecheny (2003)–, y quiénes son los/as otros/as en esa relación negada que supone el secreto. Aquí reconstruiré las formas en que el involucramiento de las mujeres en el sexo comercial singulariza las relaciones con sus otros significativos. Las relaciones con sus familias y especialmente con sus hijos/as son examinadas no sólo en términos del manejo de la información, sino considerando los lazos de afecto y la circulación de dinero en estos vínculos, como indicadores para leer sus posicionamientos y valoraciones respecto al sexo comercial.

A lo largo del capítulo podremos ir sopesando en qué medida y de qué maneras las relaciones con algunos actores (compañeras / “otras”, policía, familia e hijos/as) generan obstáculos y/o posibilidades para enfrentar o eludir la estigmatización.

Vínculos con las compañeras. Competencia y solidaridades¹

“La soledad es la condición primera de la sumisión total”
(Michel Foucault)

En el capítulo anterior referí algunas de las reglas y “códigos” que estructuran el accionar en el mercado sexual, tal como aparecían incorporadas por las entrevistadas. Ahora me interesa considerar cómo incide este funcionamiento del sexo comercial –en sus distintas modalidades– sobre los vínculos y las relaciones de solidaridad y de competencia entre las mujeres². Para comprenderlos, además de las dinámicas del mercado y los “códigos” de las mujeres, también incluyo en el análisis dos factores interrelacionados: el papel de la policía y de las organizaciones.

Los vínculos entre las mujeres están atravesados por dos tendencias. Por un lado, la dinámica competitiva del mercado que acentúa el individualismo y la atomización –fortalecida por las tácticas de desdoblamiento/ocultamiento que abordaré en la próxima sección– o la fragmentación en pequeños grupos y la distinción respecto de

¹ Esta sección fue reelaborada en dos artículos que fueron posteriormente publicados (Morcillo, 2017c, 2018c)

² No me referiré en esta sección especialmente a las relaciones con las travestis que hacen sexo comercial. La división por zonas entre mujeres y travestis es muy frecuente (Araújo, 2006), algo que pude corroborar en mi trabajo de campo –con la excepción de la zona “Plaza Aberastain” en San Juan– (para un caso similar ver Sganzella, 2009). Algunas veces la referencia a las travestis en las entrevistas tenía más que ver con el cuestionamiento de la masculinidad de sus clientes. Si bien hubo algunos comentarios sobre “los travestis” como “otros” distintos de ellas y como una competencia, esto no difería demasiado de la manera en que planteaban las relaciones con las otras mujeres –especialmente con las más jóvenes–. Los vínculos con las travestis, cuando se mencionaban, no aparecen como significativamente distintos de aquellos que se tienen con otras mujeres dedicadas al sexo comercial, tanto en las competencias, las peleas y las distancias como en las alianzas en tanto que subalternas. La aparente ausencia de diferenciación en los vínculos, en el contexto de una diferenciación por zonas ameritaría una reflexión que excede el marco de esta tesis.

“otras” mujeres. Por otro lado, el intento de construir vínculos a partir del respeto de los “códigos” entre compañeras, la resistencia frente a la policía y la articulación en organizaciones. Dichas tendencias, esquemáticamente individualismo y colectivismo, presentan matices y puntos intermedios.

Tener “códigos”. El respeto y la (amenaza de) violencia como regulaciones

Como venimos viendo, tanto en el contexto de sexo comercial de calle como en los ámbitos puertas adentro, entre las mujeres se establecen pautas más o menos explícitas que permiten organizar aspectos de la actividad: quién puede ocupar una parada, durante cuánto tiempo, qué ropas usar, quién puede salir con un cliente, cuánto se debe cobrar, en qué condiciones y por qué tipo de “servicios”. Si bien el respeto por estos códigos no garantiza la convivencia armónica, su quebrantamiento y la entrada a un terreno de competencia desleal constituyen una afrenta que instaura un conflicto cuya resolución puede ser violenta.

Aparte de las restricciones que imponen la policía y/o los proxenetas, los códigos establecidos entre las mujeres norman cómo podría obtener acceso a una parada una mujer nueva en una zona. He dicho que esto puede lograrse por medio de lo que las mujeres llamaban “ganarse la parada” –o, en una jerga más general, “pagar derecho de piso”– es decir, imponer respeto o ganárselo por enfrentar a la policía. Pero también se puede entrar de la mano de una protectora o una conocida que “trae” a alguien. Para que esta modalidad sea respetuosa, quien “trae” a alguien debe tener cierta antigüedad, si desea evitar el conflicto o minimizarlo. Las mujeres jóvenes y nuevas en las zonas pueden suscitar más disputas; la antigüedad y una edad avanzada –que disminuye la competitividad– fomentan el respeto de las demás, por ello son también las mayores quienes más énfasis hacen en esta pauta.

Antonia: Han venido otras chicas a las esquinas, porque viste, siempre una deja a la otra, viste cómo es. Acá estaba lleno de chicas.

Santiago: ¿Cómo es eso que una deja a la otra?

Antonia: O sea, siempre reciben permiso. Una le pide permiso a las chicas más viejas que están parando, ¿no? Ponele una prima, una amiga, por ahí una la deja trabajar acá. Aunque la dejara otra persona, yo no tengo que decirle nada porque la otra es más vieja que yo en la zona. Pero yo nunca tuve problemas porque no me meto en problemas. No, no, trato de, tampoco he sido de pelear con las chicas porque no. No me peleo con ninguno, sea travesti o mujer.

Yo hacía 10 años que venía, ya son 15 años ahora, como que pisaba fuerte, la persona que ya cayó en cana es como que pagó derecho de piso, acá le llaman derecho de piso. Al haber pagado derecho de piso vos tenés algunas... algunas opciones, no muchas, pero como yo nunca había traído a nadie y como la mayoría de las chicas traían a la hermana, la prima, la tía, entonces fue como que...no sé si será miedo no creo, pero respeto, pero me gané el respeto de mis compañeras, jamás me peleé con ninguna compañera, jamás les pedí ni para el boleto a las compañeras, nunca, por ejemplo, si yo no tenía para comer no comía. [...] [una compañera de la zona] me decía: “eh, gorda, ¿no te molesta si traigo a unas chicas? No tienen para comer, tienen un chiquitito”, yo le decía: “a mí no me hace sombra, si yo tengo que trabajar tengo que trabajar”. Por supuesto yo opinaba así, las demás la querían fajar, las querían fajar y las corrieron, después de un tiempo las corrieron. [...] acá es como que se cuidaba el lugar. Acá no se traen más nuevas, se respeta a las viejas. Por ejemplo, si yo hoy me voy, dentro de 4 o 5 años puedo volver, porque yo soy de las viejas. Nadie me puede decir nada, puedo caminar por toda la zona y nadie me puede ni chiflar, porque yo soy de las viejas. En cambio a las nuevas ni les recomiendo que vengan, porque las van a agarrar entre todos y las hacen sonar. (Nelly)

Los privilegios de las mujeres mayores pueden comprenderse como una forma de limitar la competencia con las más jóvenes. Esta funcionalidad implica que no cual-

quier mujer mayor puede traer jóvenes de cualquier edad ni en cualquier condición. Los códigos que mencionan Antonia en Rosario y Nelly en Buenos Aires funcionan en las tres ciudades, aunque siempre sujetos a arbitrariedades locales, no eliminan el enfrentamiento y la violencia, sino que, en cierta medida la presuponen como posibilidad. Mabel señaló casos en que se habían trasgredido este y otros principios:

Te manda, una mujer de 50 años, que lleva pibas de 14 años. Y no tienen preservativos, hasta eso llevamos las cajas... por AMMAR llevamos las cajas nosotros. Después había otra "porque yo soy la turca de San Lorenzo", bueno le dije, yo tengo a mi hijo en San Lorenzo, mañana nos vamos a encontrar con vos, estaba la madre y la hija, porque si vos sos amiga de la santafesina... después me entero por el vigilante de que vos, la turca y la santafesina, nos mandan presas a nosotras... si el pan sale al sol, sale para todas... pero plata no, o sea, yo tenía que pagar el peaje de ellas porque ellas hacen atenciones... le dan una chica, una jovencita. (Mabel)

En este relato Mabel acusa la ruptura de "códigos" de diversos niveles: traer menores de edad (se considera una falta moral, competencia desleal y un potencial conflicto legal); mujeres que trabajarían sin preservativos (si bien el uso de preservativos no es una pauta obligatoria y en general se considera una opción personal, puede ser visto como competencia desleal); las que denuncian a otras con la policía (se considera más grave y un ataque directo); y el que algunas opten por pagar sobornos, en dinero o en sexo, a los policías (que estaría en un punto intermedio de conflictividad). De los códigos que rigen entre las mujeres, algunos son considerados más substanciales y otros más laxos. Cuando no hay respeto por los códigos más importantes, cuando se baja la tarifa y especialmente cuando se trae a mujeres nuevas sin consultarlo con las de más antigüedad, se pasa del diálogo a las amenazas e insultos. Algunas mujeres relataron episodios de peleas (incluso enfrentamientos con navajas), pero las amenazas son el instrumento más

utilizado para amedrentar a las intrusas pues las respuestas de estas darán el parámetro para saber hasta qué punto pueden “ganarse la parada”.

La experiencia de algunas mujeres extranjeras –a quienes más se expulsa o se “cobra peaje” pues tienen pocos contactos con las mujeres más viejas en la zona– muestra cómo funciona este mecanismo y la violencia, física o verbal, acaba siendo la única forma de ganarse el respeto y la parada. Valeria es boliviana y desde ese lugar de extranjera entabló un vínculo empático con otra mujer peruana que le habilitó a entrar a la zona. Sin embargo, esta alianza no fue suficiente y hasta “hacerse conocer” por todas las mujeres su compañera le aconsejó ganarse el respeto y responder violentamente a los desafíos: “si vos no te enfrentás a la mujer que te busca quilombo es peor, es peor, porque va a decir ‘esta me tiene miedo’, peor. Entonces tenés que buscar guerra, guerra ella, guerra yo” (Valeria).

Dado que el uso de la violencia que hacen las fuerzas policiales no es visto como un uso “legítimo”, sino que se considera directamente una opresión, denunciar a otra mujer está fuera de todo código, es “ponerse la gorra”, asimilarse con el enemigo. Entonces, en la calle, pelear, o mostrar predisposición a hacerlo, es también una buena forma de resolver conflictos. En este sentido el sexo comercial no es un “ámbito pacificado” (Elías, 1993) pues la violencia no está centralizada y cumple un rol cotidianamente.³

Aunque las entrevistas no relataron episodios de violencia física en los lugares puertas adentro, los “privados” fueron descriptos como un contexto donde las relaciones son más problemáticas. Allí usualmente conviven en un espacio restringido varias mujeres que deben dejar elevadas “comisiones” a los proxenetas, con lo cual las relaciones de competencia entre ellas son difíciles de eludir.

³ Aquí se reflejan algunas características del funcionamiento del mercado sexual que parecen precapitalistas, premodernas, o al menos que representan anomalías respecto de otros mercados.

Carina cuando trabajaba en un departamento tenía una buena predisposición hacia a las compañeras nuevas tratando de “recibirlas bien desde el primer día que entran, de ayudarlas en lo que necesitan, de dar, no importa que después te peguen un palo en la cabeza” e intentaba sostener esta actitud. Sin embargo, la situación de competencia acababa despertando sospechas sobre la deslealtad o la falta a alguno de los códigos

Carina: Porque a veces las pibas se sienten...tal vez vos no tenés competencia con la piba y no sabés lo que siente, pero sí, me ha pasado.

Santiago: ¿En qué cosas sentías vos esa competencia?

Carina: Tal vez en el que vos hacías más pases que la otra piba, tal vez te buscaban más los clientes. De otras chicas, yo siempre...yo nunca tuve envidia, nada, ni sé lo que es tener envidia, porque si yo lo quiero lo puedo lograr, tal vez ellas se sentían... pensaban que era completa⁴ o que hacía cosas que...entendés...En este caso es así, si trabajás sin preservativo trabajás más, te piden más...

La competencia y la frecuente rotación de las mujeres entre los lugares puertas adentro socavan el respeto de los códigos y reinstalan el conflicto que aquí no puede ser dirimido por amenazas ni violencia. En ausencia de una normativa establecida, sólo en la práctica situada se puede entender cómo funcionan los vínculos. Lo que para una recién llegada puede significar una agresión o competencia desleal, para otra que ya ha pasado un tiempo en la actividad puede ser comprendido como “pagar derecho de piso”.

En los lugares puertas adentro, los clientes pueden, en principio, elegir a cualquier mujer que esté disponible, lo cual podría ir en contra de los intentos de formarse una cartera más o menos estable de clientes. Además, dado que

⁴ Se denomina “completo” al servicio que incluye sexo anal. Más adelante me referiré a la trasposición por la cual se personifica este acto y a veces se habla de “ser completa”.

las mujeres deben cumplir horario, si hay muchas mujeres y pocos clientes, la tensión puede llevar a la enemistad. En pocos casos hay un arreglo (y se respeta) para rotarse entre las mujeres y que todas puedan tener más o menos la misma cantidad de clientes. Generalmente la competencia conduce a que las mujeres busquen ahuyentar o dejar fuera a las otras (por ejemplo, rompiendo o robando sus pertenencias, poniendo en su contra a los/as proxenetas, o con una práctica a la que me referiré luego: revelando a la familia de la competidora su implicación en el sexo comercial).

Tanto puertas adentro como en las calles uno de los principales puntos de disputa es la supuesta pertenencia de los clientes; pero en cada modalidad esto se resuelve de formas diferentes e implica distintos vínculos entre las mujeres.

Hace diez años atrás todas las chicas tenían marido [pro-xeneta]... pero había un respeto en la calle, habían códigos. Entendés, había un respeto que cuando una chica quería trabajar sola se separaba... Este código era que cada una tiene sus clientes, que si vos tenés tus clientes... o si viene una chica y una de las chicas no trabajó se la deja trabajar a ella. En mi zona se respetaba... bueno, en otros lugares no. (Marisol)

Para muchas mujeres un cliente que sale habitualmente con una mujer puede ser considerado “su cliente” y por tanto que otra salga con él estaría rompiendo el código. Esto hace cesar la competencia, al menos sobre esos clientes y puede hacer florecer vínculos solidarios. Durante el trabajo de campo en las calles pude ver en acción esta pauta, mientras hacía una entrevista pasó un cliente de otra mujer y la entrevistada le avisó que su compañera estaba por volver, o como me dijo Nelly: “si pasa uno que sabemos que es cliente [*de otra*], dio dos o tres vueltas, le mandamos mensaje: ‘che, mirá que acá está fulano’, y si la otra está trabajando se apura”.

La experiencia de Fernanda en lugares cerrados mostraba otros vínculos con sus compañeras:

Tenés que cuidarte todas, de todos [...] No de todas las chicas, sino de algunas chicas, ya cuando uno pasa, una... persona entraba dos veces con ellas, o se tomaba dos veces con una persona, ya ellas pensaban que esa persona era de su propiedad. Y que esa persona no tenía derecho a elegir... a otra chica. Entonces en esos lugares así [cabarets], se hacen muchos conflictos. Como mucha discusión entre las chicas, con el tema de llegarte y agarrarte de los pelos..., de pelearse por un cliente... que no es de uno, en realidad... Como le dejan bien claro los sitios... la gente que maneja esos sitios, 'el cliente es de la casa'. El cliente no es de nadie. (Fernanda)

El código colisiona con las reglas de los lugares puertas adentro. Allí se pretende que rija una lógica de mercado con menos restricciones y que las mujeres abandonen este tipo de códigos, supuestamente para disminuir las peleas entre ellas, pero a la vez para dar vía libre a la competencia y aumentar las ganancias. El intento de expropiar de "sus clientes" a las mujeres ("el cliente es de la casa") tiene como efecto subsidiario minar los códigos que hacen cesar la competencia e incrementar así la atomización entre las mujeres.

Del individualismo a las pequeñas solidaridades

Las fuerzas que favorecen la atomización se retroalimentan en el sexo comercial. La combinación de competencia y conflictividad que emerge en un mercado marginal y regulado informalmente, incentiva a las mujeres a tener una mirada individualista planteada como la mejor forma de manejarse en relación a "las otras chicas" y eludir las peleas.

Salvo cuando pocas mujeres sin proxenetas comparten un departamento, las modalidades de sexo comercial puertas adentro suponen relaciones más conflictivas entre las mujeres. A su vez, mientras más "exclusivo" es el nivel del servicio ofrecido aumenta el individualismo.

Las chicas que tienen problemas con otras chicas es cuando se empiezan a fijar qué es lo que hace la otra chica, ahí es cuando empiezan los problemas [...] Mientras vos vayas a laburar, a buscar tu plata, y no te fijes en lo que hacen los demás...a mí hasta ahora me fue bárbaro. (Yamila)

Yamila como escort nota el contraste entre el departamento donde son pocas mujeres y se manejan con autonomía en un ambiente de mayor camaradería, y el boliche donde la mejor forma de evitar el conflicto es no entablar ningún tipo de vínculo.

Además, tanto puertas adentro como en la calle, los resquemores de los clientes por mantener su privacidad⁵ también pueden estimular la atomización entre las mujeres.

Lidia: Antes trabajábamos entre todas, estábamos acá todas paradas, juntas y el cliente venía y elegía, pero después nos fuimos separándonos, cada una buscando una esquina, ponle que yo me paro acá, la otra allá al frente, la otra ahí, la otra allá en la otra esquina

Santiago: ¿Por qué empezaron a trabajar así?

Lidia: Porque empezamos a ver que estando amontonas⁶ nadie se paraba por ese motivo, por estar juntas todas, viste y fuimos haciendo así, no alejándonos, sino cruzando de una cuadra, media cuadra.

También los/as proxenetas obstaculizan los vínculos, especialmente los maridos-proxenetas, quienes controlan que “sus” mujeres estén “bien paradas” en las calles.

⁵ En foros virtuales que observé, sobre escorts supuestamente independientes, las denuncias de los clientes mostraban su preocupación cuando había muchas mujeres en alguno de los departamentos. Algunos pocos clientes estaban interesados en que las mujeres trabajen por su cuenta –y no en “privados”–, pues ello redundaría en mejores condiciones tanto para ellos como para ellas. Pero pocas veces se referían a las condiciones de explotación, sino que era su propia privacidad lo que motivaba la mayor parte de las denuncias en el foro.

Cuando vos estás trabajando y estaba yo con él, pasaban los, los fiolos y veían si vos estabas bien parada o no. 'Bien parada' quiere decir si estabas trabajando o estabas conversando, o estabas metida en un bar, o tomando un café, no tenías derecho a nada vos, yo. (Beatriz)

El control de los maridos-proxenetas aísla a “sus mujeres” y logra que mujeres que no tienen proxeneta, las “locas sueltas”, vean como problemático el diálogo con las otras. Para Mónica las razones son evidentes: “es obvio, imagínate que alguna [*de las que tienen proxeneta*] venga y hable conmigo, se arma un conflicto de aquellos. Yo le voy a decir ‘¿qué tenés que mantener a ese vago?’ Entonces, yo tampoco me puedo meter”. También Nelly marcaba cómo estas condiciones limitaban el diálogo con sus compañeras, aunque para ella la limitación no estaba tanto en el control de los maridos-proxenetas como en la sumisión de sus compañeras

Nelly: Yo no me meto en la vida de nadie, no pregunto nada, con respecto a su casa y su familia, por ahí si ellos quieren hablar, yo escucho, doy mi opinión hasta donde tengo que opinar, aunque piensen distinto a lo que yo opino...jamás digo lo que pienso. A las compañeras, ¿no?

Santiago: ¿Por qué no?

Nelly: Porque hay muchas compañeras que no se quieren dar cuenta de lo que pasa, yo por ejemplo en mi caso... nunca mantendría un marido.

El control de los proxenetas aparece caracterizado de distintas formas en la literatura. En *Ninguna mujer nace para puta* (2007) la activista y ex-prostituta Sonia Sánchez plantea que las relaciones entre “putas” siempre están mediadas por los “fiolos”. Estos fijan los términos y los valores que debilitan los vínculos “puta-puta”, que para Sánchez son sólo de control y competencia. A pesar de las complicidades entre las mujeres frente a la policía, el poder de los “fiolos” no sólo las controla y quiebra los vínculos entre ellas

(2007: 168), sino que instaura la práctica de control entre ellas mismas (2007: 170), probablemente, agrego yo, porque los proxenetas suelen negociar con los policías, dejando fuera a las mujeres⁶.

Sin embargo, esta perspectiva resulta insuficiente para explicar los procesos por los que las mujeres se independizan y logran ampliar sus niveles de autonomía colaborando entre ellas. Otras autoras plantean que, aunque existen muchos enfrentamientos, también se dan vínculos solidarios entre algunas mujeres (por ejemplo, Fonseca, 1996; Nencel, 2000; Olivar, 2013; Soto, 1988). Estos vínculos, que son muchas veces de duplas o grupos reducidos, también son frecuentes, pero ¿cómo pueden gestarse en este contexto de competencia, individualismo y vigilancia que generalmente supone el mercado sexual?

Podemos empezar a pensar los pequeños grupos a partir de un pequeño reducto. En la disposición de los cabarets que observé los espacios centrales son el escenario donde se hacen los shows, la pista de baile, la barra, los lugares donde funciona la seducción, o, donde existen, los cuartos donde las mujeres tienen encuentros con los clientes. Pero los baños de damas están fuera de escena. Estos no son esos baños donde hay una larga cola de mujeres esperando, como suele pasar en otros locales nocturnos, son un lugar ignorado. Los baños de damas sirven como camarines, pero también como un lugar donde las mujeres pueden alejarse de las miradas masculinas y dialogan sobre los clientes, otras compañeras o sobre sus vidas cotidianas, sus hijos/as, sus afectos (Justo y Morcillo, 2011). También pude observar una dinámica similar en algunos “privados” donde había un

6 Algunas experiencias muestran que no necesariamente los proxenetas son un obstáculo para la organización, si las mujeres logran negociar con ellos, pueden valerse de sus redes de aquellos para establecer contactos entre ellas y movilizarse contra la policía (Mathieu, 2003).

comedor –fuera del recorrido de los clientes– que reunía a las mujeres que no estaban ocupadas, allí ellas conversaban mientras miraban la televisión o tomaban y comían algo.

Estos espacios de sociabilidad pueden pensarse en paralelo a los que suelen aparecer en las fábricas donde se generan vínculos entre las/os obreras/os y se constituyen como espacios para fugar de la mirada patronal (Linhart, 2008; Lobato, 2004). Si bien estos espacios no implican *per se* el surgimiento de una posición de cuestionamiento o resistencia, son ámbitos útiles para socializar información y “robar el tiempo” de los patrones. En este sentido es posible pensarlos como ese “fuera de escena” que plantea Scott (2000) donde se reúnen las/os subalternas/os, sin estar bajo la mirada vigilante de los actores dominantes. Ello no implica pensarlos como espacios liberados ni liberadores, pero sí como lugares donde el control externo disminuye.

He indicado que los mecanismos de mercado y la vigilancia de los proxenetas promueven la percepción de las compañeras como competencia, pero el control nunca es total. Aun en los lugares de puertas adentro las relaciones no son únicamente de competencia y las mujeres que ya tienen mayor experiencia pueden aconsejar, mostrar los códigos, o enseñar “trucos” a las novatas –tal como hacen las protectoras en el contexto de calle–. A su vez, las mujeres comparten información sobre clientes indeseables o violentos y sobre experiencias positivas o negativas en ciertos boliches o cabarets en otras provincias, lo cual habilita su movilidad por algunos circuitos y las protege de posibles engaños y fraudes.

En el contexto de calle, además de las relaciones de “protección” a las que me he referido, también es usual que se conformen duplas o, cuando han pasado suficiente tiempo en paradas aledañas, grupos de tres o cuatro mujeres que sostienen un respeto por los códigos y entablan una relación más o menos pacífica.

Siempre estás con chicas en las esquinas, siempre estábamos... con compañeras. Vos el otro día me viste sola, pero... tengo compañeras que están bastante juntas. Siempre estamos juntas... Y cuando no vienen las otras, uno se siente como desamparada... Como sola en una isla, ¿viste? (Risa) En cambio cuando está la otra, que está más, entonces es como que... está mi amiga allá, o está la otra allá. Y hay otra en la misma situación, uno se siente... como más acompañada. (Susy)

Varias mujeres vencen la tendencia al individualismo y la atomización, en principio, por la necesidad de alguna compañía. Según Blake Ashforth y Glen Kreiner (1999) los vínculos con colegas son más probables y más valorados en los “trabajos sucios”⁷ donde imperan la estigmatización y el aislamiento. Además, como expresaba Susy, si estar separadas incrementa la vulnerabilidad, estar en un grupo puede habilitarles –sobre todo a las que están en las calles en horario nocturno– a sentirse más fuertes y abordar a los clientes con tácticas menos pasivas.

Otras veces las prácticas sexuales solicitadas llevan a entablar vínculos con compañeras. Por ejemplo, cuando los clientes piden lo que se conoce como “un lésbico”. Aquellas que realizan este tipo de servicio lo hacen a partir de una relación de complicidad con otra compañera. Esos vínculos usualmente se dan sólo en duplas cerradas. Aquí las ideas sobre la higiene y el temor a la suciedad-enfermedad de la otra –así como la dificultad de romper la ligazón entre sexualidad e intimidad– genera efectos similares a las otras características del mercado sexual en la experiencia de las mujeres y restringe las posibilidades de ampliar las redes vinculares entre mujeres.

⁷ Los autores toman este concepto de Charles Hughes para referirse a trabajos estigmatizados por diversos motivos. En el capítulo 7 me referiré nuevamente a esta noción.

Por un lado, encontramos temores de contaminación, la mirada sobre las otras como competidoras que pueden “robarse” los clientes, y el control de los proxenetas. Todos estos procesos refuerzan el individualismo, y a ellos se suma la alta rotación de mujeres, los desplazamientos entre zonas, departamentos, boliches y las intensas migraciones que debilitan los vínculos. Pero, por otro lado, surgen la necesidad de entablar algún tipo de lazo –por la vulnerabilidad o como forma de sobrellevar el aislamiento–, y algunos espacios o prácticas que habilitan vínculos de alianza. Entonces, como resultado de ambas fuerzas, las relaciones estables más frecuentes entre las mujeres que hacen sexo comercial toman la forma de duplas⁸. Esta forma también se fortalece cuando se entablan vínculos de protección o mentoría, que usualmente son una a una.

Soto también halló en su estudio (1988) que, aun cuando había un grado importante de enfrentamientos entre las mujeres, aparecían algunos lazos solidarios a nivel interindividual. Asociarse con otra permite aliviar la sensación de soledad en las calles, a la vez que atenúa la competencia –entre dos mujeres que conforman una dupla pueden llegar a compartirse los clientes, incluso los fijos–, les brinda a las novatas la posibilidad de aprender los “trucos” que deben usar con los clientes, y sin embargo no supone una construcción de vínculos en términos colectivos, desde donde se haría más efectiva una estrategia para enfrentar la estigmatización (Ashforth y Kreiner, 1999) y los diferentes problemas que aquejan a las que se dedican al sexo comercial.

Fonseca (1996) plantea que los clientes complicados, la policía y los “maridos” son factores que aglutinan a las mujeres. Entre las mujeres que entrevisté, las formas de

⁸ Esto llevo a que, en dos ocasiones, ambas en San Juan, hice entrevistas a las mujeres en dupla. Aunque esta no es la manera metodológicamente más ortodoxa de entrevistar, fue provechoso leer el contrapunto entre las voces de las entrevistadas que podían tanto reafirmar como negar o diferir respecto de los relatos de su compañera, lo que me sirvió para comprender la variación de las experiencias aun en condiciones muy similares.

lidiar con los maridos-proxenetas solían ser individuales, sin embargo, frente a los policías y los clientes violentos sí se generaban lazos entre las mujeres.

Somos todas una, ninguna discutimos, somos muy compañeras, por ahí cuando vos tenés desconfianza [sobre un cliente] en el teléfono anotamos la patente, y ya se demora y ya le hacemos un mensaje. Eso sí, nos protegemos un montón entre nosotras, porque no tenemos nadie que nos proteja. (Juana)

Juana señala un vínculo de compañerismo y una unión fuerte entre las mujeres que se paran en una zona. Sin embargo, aquí la táctica que relata Juana para intentar protegerse frente a clientes potencialmente peligrosos se articula sobre la base de los pequeños grupos entre compañeras de una zona. También en este mismo sentido podemos comprender otra táctica o gesto solidario: las mujeres que se trasladan para trabajar en una zona lejana de sus hogares (sobre todo en Buenos Aires) llevaban un bolso con ropa y frazadas por si eran detenidas por la policía, para evitar tener que llamar a sus familias y les avisaban a sus compañeras donde dejaban el bolso para que se lo acercaran al calabozo. ¿Pero es posible construir lazos que se articulen más allá de los grupos de mujeres que comparten una zona?

En las entrevistas se señalaban dos experiencias capaces de generar vínculos que, en determinadas circunstancias, pueden ir más allá de las duplas o los pequeños grupos y que podemos pensar como experiencias que generan identificaciones compartidas entre las mujeres que hacen sexo comercial: la necesidad económica ligada a la maternidad y la necesidad de librarse del hostigamiento policial⁹. En el relato de Marisol se mezclan ambas circunstancias:

⁹ Este último, que antes operaba sobre todo en los contextos de calle, se ha expandido también a las modalidades puertas adentro, según las activistas de AMMAR CTA, de la mano las transformaciones en el accionar de las fuerzas de seguridad en el marco de la “lucha contra la trata de personas”.

Si una chica estaba embarazada o tenía problemas... yo no podía ir presa porque tenía los chicos, iba otra compañera en lugar mío ¿entendés?, venía [la brigada de] moralidad y necesitaba llevar tres chicas y me tocaba a mí, porque era según los días que te llevaba la policía, y me tocaba a mí, viste, y una amiga mía, una compañera decía voy yo en lugar de la negra porque ella no puede ir, esos son códigos de la calle... hoy las pendejas no saben. (Marisol)

Según Irene “todas están en la misma, porque se paran porque necesitan. Y la mayoría tienen chicos. Y entonces, por eso es que le tenés que respetar a la otra”. La necesidad de alimentar a los hijos/as traza solidaridades. Al ser la maternidad un rasgo compartido por la mayoría de las mujeres que hacen sexo comercial no es extraño que sirva de pilar para establecer los códigos, o como justificación para una “nueva” que intenta acceder a una parada en una zona. Sonia y Rocío, que como dupla custodian celosamente su parada, me explicaron cómo entendían ellas el “código” y me contaron que habían dejado “pararse” a una mujer que había llegado, pero también mostraron a esta “nueva” –que además era una “pendeja”– que esta excepcionalidad tiene su límite:

Sonia: Nosotras vino una chica... que habló con nosotras... Que tenía el bebé internado, el hijo... Todo bien, vos no... somos madres nosotras.

Rocío: Lo que a veces pasa...

Sonia: Hay veces que usan eso. Yo le dije: “Bueno, no te parés acá –porque era una mina joven– pero parate en aquella esquina porque vas a laburar igual” Porque así se labura... los que van para aquí y para allá... o vienen de allá. Laburó la pendeja...

Rocío: (Interrumpiendo) Da la casualidad que ella [Sonia] sale, y estoy yo y me dice [la nueva]... “Me puedo parar acá” “No” le digo “acá para mi compañera”. O sea, entre nosotras nos cuidamos.

Sonia: Pero qué pasó, cuando dejamos a esa chica... a la semana se trajo otra. Y fuimos hablarle y la otra se puso... ¡uh!

que ella se llevaba por delante el mundo... No, que ella se iba parar porque ella había estado presa muchos años. Chau... le cortamos el rostro igual. No se paran ninguna de las dos.

En este testimonio y en el de Marisol vemos nuevamente que la dificultad para salir de los vínculos competitivos yace en superar el nivel de los “códigos” que no siempre son incorporados por las “pendejas”. Por el contrario, las penurias compartidas, a las que se hace frente conjuntamente, generan un vínculo de solidaridad palpable en las memorias.

Tenía mis hijos que son míos... Y una compañera que trabajaba a la noche conmigo, tenía cinco niños más... y me dio lugar para mis hijos y para mí. Por eso me siento..., me siento bien haciendo lo que quiero hacer [organizar a sus compañeras]. ¿Me entendés? Más que bien, porque si puedo ayudar a otra compañera a lo que sea..., pero mil veces lo haría. Y más en las circunstancias que estamos peleando con la policía permanentemente, más. (Úrsula)

Los relatos de compañeras que se turnan para cuidar a los hijos/as de las otras mientras estas se encuentran ocupadas, entablando una suerte de co-maternidad, eran frecuentes entre las mujeres que cortaban vínculos con sus familias. Estas experiencias fortalecen sentimientos de gratitud duraderos que pueden nutrir el deseo de formar una agrupación más allá de las duplas o pequeños grupos por zona. Este es el caso de Úrsula, cuyo testimonio resultó muy rico para comprender estos procesos pues ella estaba intentando organizar a sus compañeras, una experiencia inédita en San Juan.

Úrsula relató que notaba un cambio en la forma de relacionarse entre sus compañeras que se habían rebelado y emancipado de los maridos-proxenetas, con el paso de los años y el conocerse cada vez más, aparecen vínculos más colectivos. Úrsula, involucrada en el proceso de

organizarse, hace énfasis en el papel de la policía en su experiencia. Un momento clave fue cuando lograron expulsar a un policía que las maltrataba:

Llegaron los milicos a mi casa e informaron de que yo estaba detenida y me habían dado veinticinco días de arresto. Pero porque le tuve que pegar a un juez porque me daba quince días de alcaldía presa. Si no estoy cometiendo un delito, estoy contra una... contravención. Yo no estoy cometiendo un delito. Así que no... "Usted va a ir directamente allá al penal de mujer..." Al penal de mujeres, fíjate vos, la palabra te lo dice... algo muy grosso para mí. Y yo le dije: "Yo no voy a ir a ningún penal, porque mis hijos no les van a dar de comer ustedes. Aparte yo no maté a nadie, no le robé nada a nadie. Y voy a pelear por mis derechos" Me dijo: "Ahora te voy a dar cuarenta días" Y me dio el locurón y le tiré la computadora y le pegué una piña. Y me mandó veinticinco días al penal de la mujer... Y me emperre, no, no... y... bueno, empezaron las violencias... y ya llegué moreteada entera a mi casa... así todo... Y me decidí hacerle la denuncia, me cansé. Y detrás me siguieron tres [mujeres más], y después tres, y después se enteraron todas y cayeron todas... Casi todas las mujeres que había, hasta travestis... a denunciarlo [al policía que las golpeaba]. Y lo sacamos. Entonces desde ahí los mismos policías empezaron a tener temor..., porque sabían que si nos boxeaban los íbamos a denunciar. ¿Me entendés? Y eso... empezaron a respetar un poco, pero... sino... no sé si hubiera cambiado, hasta qué punto hubiera cambiado. (Úrsula)

En los relatos de Úrsula podemos ver un tránsito desde la sumisión frente a maridos-proxenas y policías, pasando por la solidaridad con algunas compañeras, a un paulatino conocimiento de sus derechos; y desde formas de rebelión inorgánica (como agresiones físicas a los policías) hasta los primeros pasos en la conformación de una organización. La acción colectiva de las mujeres que denunciaron a este policía –y según Úrsula lograron expulsarlo– potencia sus deseos de “hacer algo” por sus compañeras. Estas transformaciones, en términos de Scott (2000) un paso de un

discurso oculto a un discurso público –momento eminentemente político–, suponen una coyuntura histórica que permite hacer públicas las declaraciones que antes sólo se hacían a escondidas. En el próximo apartado veremos estos procesos analizando cómo se ligan las experiencias de hostigamiento policial con los procesos de organización de las mujeres.

De la rebeldía a la organización. Las respuestas ante el accionar de la policía

Se han señalado distintos factores históricos que se asocian al surgimiento de las organizaciones de mujeres ligadas al sexo comercial en los 90': Marta Lamas (1993) señala el peso de la epidemia de VIH/sida, otros agregan la influencia del feminismo –aunque dividida– y el aumento de las migraciones a nivel global, además de la apertura de los sindicatos tradicionales a nuevas formas de organización y profesiones (Gall, 2007; Gallin, 2003). En este contexto la descriminalización emerge como principal reclamo de las organizaciones (West, 2000). Incluso antes del surgimiento de organizaciones formalmente estructuradas, los abusos de la policía han sido un disparador en los movimientos y levantamientos de prostitutas. Esta experiencia compartida, aunque con variaciones locales, permite trazar un paralelo entre aquel hito de la ocupación de la iglesia de *St. Nizier* el 2 de junio de 1975 por las prostitutas de Lyon en manifestación contra la represión policial (Mathieu, 2001) –que instituyó la fecha como el “día internacional de las trabajadoras sexuales”– y las tumultuosas movilizaciones contra los edictos policiales a mediados de los 90' que cuajaron el proceso de organización de las mujeres dedicadas al sexo comercial en Buenos Aires.

Es importante entonces caracterizar el accionar de la policía pues este varía entre las distintas ciudades. En un estudio sobre la situación de las trabajadoras sexuales, conducido en 2007 en varias ciudades del país, se señalaba que

en Buenos Aires fueron detenidas el 47.7% de las mujeres encuestadas, en Paraná el 63.6%, en Rosario el 65.6%, en Córdoba el 85.7% y en Mendoza el 93.9% el porcentaje más alto de detenciones (Ceil-Piette/CONICET, 2007). Estas variaciones aparecen también en el nivel cualitativo de las experiencias sobre hostigamiento policial que relatan las mujeres que hacen sexo comercial. Tal como lo describieron las mujeres con las que conversé y las que entrevisté, la forma en que interactuaban con la policía difería entre San Juan, Rosario y Buenos Aires. Mientras en las últimas dos ciudades los momentos de mayor persecución policial remitían a un tiempo pasado (la “época de los 21 días” en Buenos Aires o de la “brigada de moralidad” en Rosario), en San Juan ese pasado no aparecía como lejano. En Buenos Aires, las mujeres más jóvenes no señalaron sufrir actualmente una persecución fuerte, sólo una dijo haber tenido que pagar coimas antes de conocer a la organización. Las mayores recordaban cuando eran detenidas por 21 días y, cuando habían tenido experiencias en otros lugares para contrastar, señalaban una mayor persecución y violencia en las provincias. En Rosario las entrevistadas de mayor edad evocaban el período en que eran frecuentemente detenidas por la “brigada de moralidad”. La sección “Moralidad pública” de la policía rosarina había sido denunciada varias veces por Sandra Cabrera y por otras mujeres de AMMAR CTA, una historia que conocían todas las entrevistadas de Rosario. Relataban que aun tras el asesinato de Sandra Cabrera –unánimemente atribuido a la policía– y la disolución de “moralidad”, las fuerzas de seguridad continuaban pidiendo sobornos, aunque el nivel de violencia había descendido. En cambio, en San Juan la policía fue referida por la mayoría de las entrevistadas, jóvenes o mayores, como particularmente violenta. Pude tener una pequeña muestra de lo habitual del hostigamiento mientras hacía trabajo de campo en la zona de la terminal de ómnibus:

Eran las cuatro de la tarde, aún de día y mientras entrevistaba a Lorena paró un patrullero y se nos acercaron dos policías, nos requisaron y nos pidieron los documentos, yo entregué mi cédula, ella no tenía documentación y le preguntaron el número de DNI. Llamaron a la central e hicieron la “averiguación de antecedentes”, le preguntaron a ella donde vivía y a mí también. Después de un momento, que me pareció bastante largo, se fueron y Lorena me contó que los policías venían todo el tiempo. Incluso le parecía raro que no la hubieran llevado, dijo que “así nomás” venían y se la llevaban. Le pregunté si quería que siguiéramos en otro lado, me respondió que no, que no pasaba nada, que si la llevaban, la llevaban igual ahí o a dos cuadras, que no había problema. Dijo que muchas veces se agarra “a las piñas” con la policía o corre para escapar, le aclaré que no quería que tuviera problemas por mi culpa, me volvió a decir que no pasaba nada, que estaba todo bien, que ella se sabía manejar, “si vienen a hinchar los huevos les pego un par de bifes y chau”. (Nota de campo, septiembre de 2009)

En la reacción de Lorena frente a la requisa se percibe lo habitual de este tipo de situaciones y la naturalización de los arrestos –algo común para quienes, antes de participar de organizaciones, “no conocían sus derechos”¹⁰. Muchas entrevistadas pensaban que San Juan era la peor provincia para trabajar y señalaron, además de la violencia, la arbitrariedad y discrecionalidad con que operan las fuerzas de seguridad, los arrestos súbitos e injustificados, según ellas, apenas por reconocerlas. La experiencia del hostigamiento policial en San Juan –donde un código de faltas ambiguo habilita mayor discrecionalidad– también puede comprenderse por la ausencia –hasta el momento en que finalicé el

¹⁰ Así me explicaba Marisol lo que le sucedía antes de participar en la organización: “Vos cuando no estás empapada de esto como que ignorás. Paraba el patrullero y te abría el patrullero y no sabías, te subías como un cordero sin saber que la ley no te condena por estar parada en una esquina, ofreciendo tus servicios.”

trabajo de campo¹¹– de organizaciones consolidadas entre las mujeres que hacen sexo comercial. Este contexto, sumado a la falta de información sobre las organizaciones en otras ciudades, me permitió conocer un escenario similar a la situación pre-organizaciones. Sin una entidad a la que recurrir frente a la constante persecución policial, las mujeres apelaban a huir o enfrentarse resistiendo con golpes. Donde la persecución y violencia policial es frecuente, haberse enfrentado a la policía no sólo significa haberse ganado la parada, sino que puede servir para pensarse como parte de un “nosotras”: aquellas que fueron capaces de soportar los embates y “hacerle la guerra” o “pararse de manos” frente a la policía.

Y yo peleé mucho, peleé muchos años acá... con... A mí me conoce toda la policía porque soy la más antigua. Te vuelvo a repetir [risa leve] Y las veces que nos hemos tenido que matar con ella [la policía], nos hemos matado, pero porque nos callaban. Salíamos de estar tres días presas... a las seis de la tarde y veníamos a las diez de la noche a trabajar..., a las doce ya estábamos presas de vuelta. ¿Entendés? No nos dejaban ni respirar. Y después tuvimos que empezar a pararnos de mano con ellas y pelearnos. Ahí sí se aplacó un poco el tema. Y ahora han empezado de vuelta. Mujer que agarraba..., no le decía: “Está detenida” Te agarran de los pelos y te meten para adentro... del auto, el móvil, como si fuera un perro. [...] Vos sabés que antes la policía nos pegaba... Pero nos pegaban..., nos pegaban mal, peor que unos delincuentes. ¿Entendés? Si no queríamos subir al móvil, nos plantábamos... y no vamos a subir, no vamos a subir. Nos agarraban de los pelos y nos daban mansas piñas. No sabés... así con los ojos, la boca

¹¹ Una dirigente AMMAR CTA, relató en una entrevista que cuando fue a San Juan por primera vez para establecer contactos con las mujeres y abrir una nueva filial en la provincia, la policía supo de su presencia y arrestó a todas las mujeres que estaban en las calles. De esta forma la policía no sólo obstaculizó el proceso de organización de las mujeres, sino que además les recordó su autoridad a todas. Cuando concluía mi trabajo de campo AMMAR CTA había comenzado a dialogar con una posible referente para San Juan, pero no se sabía si iba a lograr organizar a las mujeres.

caíamos... Los brazos [de los policías] así de las mordeduras. Acá fuimos 37 mujeres las que firmamos denuncias para un solo hombre, que era un cabo primero de la Primera... El Costela se llamaba. Y a todas las golpeaba, a todas las golpeaba... Puta, nos trataba de putas... Cuando nos paramos de manos, cuatro..., le hicimos una ronda... y le dimos, y le dimos... [...] Casi lo desfiguramos... ahí empezó a tomar miedo. Y agarramos le fuimos hacer una denuncia. (Úrsula)

En los testimonios de Úrsula sobre la violencia policial y el caso del policía que lograron expulsar, podemos ver algunos puntos importantes para pensar las asociaciones entre experiencias e identidades. Por un lado, el rechazo a la denominación de “puta” que aparece junto con la violencia física, como expresión nítida de la violencia simbólica. Por otra parte, Úrsula pasa rápidamente del singular –para establecer su mérito– al plural. Esto es algo típico, cuando narran las experiencias de enfrentamiento o resistencias frente a la policía las mujeres utilizan el “nosotras” de una forma más frecuente que para otros aspectos –donde suele primar la oposición de un yo individual a “otras” mujeres como veremos en el próximo apartado–.

Podemos pensar que estas son experiencias que, junto con la de la maternidad, contribuyen a forjar un grupo existencial y este, a diferencia de un grupo estadístico, es capaz de generar compromiso (LaCapra, 2006). Lidia fue muy clara al respecto: “por más que una tenga más, menos, todas somos igual, todas cuando estamos presas, todas iguales en el calabozo”. La experiencia de la cárcel pone de lado las diferencias, los distintos capitales, y las iguala a todas en su posición de subalternas, desde allí se hace posible la emergencia de una identificación.

Cuando relatan la historia de las organizaciones (que en su momento fueron una única AMMAR), las dirigentas hacen referencia a las constantes detenciones que sufrían. Nuevamente vemos a la maternidad y el hostigamiento policial como motores de solidaridades: el caso de una mujer embarazada que era constantemente golpeada por la

policía es señalado por algunas dirigentas como uno de los disparadores de acciones colectivas como cortar la calle o “quemar calabozos”. Durante el período de la dictadura las mujeres recibían la máxima pena de 21 días de arresto que cumplían en un asilo. Luego con los gobiernos democráticos el tiempo de arresto se redujo, pero las detenciones mantenían la frecuencia. Entonces, las detenciones pasaron a ser en los calabozos de cada comisaría o en el departamento central de la policía federal. En este último, según relatan las dirigentas, los calabozos no quedaban cerrados con llave lo cual permitía a las mujeres reunirse y conversar. Los calabozos que las mujeres quemaban como acto de rebeldía serán el escenario para entablar diálogos que conducirán a pensar en otras acciones colectivas. En las condiciones singulares de aislamiento y vínculos en grupos reducidos que atraviesan al mercado del sexo, emerge una paradoja: el espacio de la cárcel, en vez de aislarlas, les brinda un lugar donde conectarse y comenzar a poner en común sus experiencias y su “discurso oculto”.

Según narran las dirigentas, un grupo de mujeres –estimuladas por dos antropólogas que les relataron otras experiencias de organización¹²– entraron en contacto con un par de abogadas ligadas a “la lucha por los derechos humanos”. Hacían reuniones en los bares de la zona de Constitución donde, salvo las antropólogas y las abogadas, todas las mujeres eran nuevamente arrestadas –por lo cual luego pasarán a reunirse en una sede de ATE que aparece como otro espacio fuera de la vigilancia policial. Buscaban alguna solución a los arrestos que fuera más allá de los gestos solidarios entre compañeras. En una primera instancia las mujeres que caían presas llamaban por teléfono y sus compañeras para liberarlas llevaban a las abogadas cada noche “comisaría por comisaría”. Este esquema pronto mostró su ineficiencia ya que no daba abasto para liberar

¹² Aquella de las mujeres de AMEPU (Asociación de Meretrices Profesionales del Uruguay).

a todas y, encima, comenzaba a generar recelo entre las mujeres pues algunas eran liberadas y otras no. A partir de allí, y del diálogo con organizaciones multisectoriales como “vecinos por la convivencia” –donde confluían feministas, activistas LGBT, entre otras/os–, aparece la derogación de los edictos policiales como un primer objetivo que llama a la organización.

El hostigamiento policial no fue sólo el principal disparador para el surgimiento de las organizaciones, sino que también ha sido el motivo por el cual mujeres sin ninguna participación comienzan a estar en contacto e incluso a militar activamente. Tal es el caso de Inés y Doris. Ellas, como otras mujeres de la zona, recuerdan los problemas con la policía como algo del pasado, previo a la intervención de la organización.

La existencia de una organización cada vez más establecida significará la posibilidad de otro marco de relaciones para las mujeres que se ligan a las organizaciones. Esta es la realidad de algunas de las entrevistadas de las ciudades de Buenos Aires y de Rosario. Una vez que una organización está funcionando este “nosotros” puede tener un efecto expansivo incorporando a nuevas mujeres a la organización.

Yo soy como vos... yo llego mucho, si bien somos cinco mujeres, quedate tranquilo que no llegan a las pares... yo tengo un carisma que yo me siento a hablar con las pibas y al otro día la última tobita que llegó a la organización y dice “No sé, vine porque la negra me dijo que venga y qué sé yo...” y se sienta al lado tuyo, y vos estás haciendo algo en la vida. (Marisol)

Unirse en una organización es manifiestamente una forma de conducir y fortalecer los vínculos con las otras compañeras, reducir las dinámicas individualistas y, en varios casos, acceder un espacio de contención. Goffman señala que hay “una gran distancia entre aquellos cuya diferencia apenas los provee de un nuevo ‘nosotros’ y aquellos que, como los miembros de un grupo minoritario, se

encuentran formando parte de una comunidad bien organizada con una tradición establecida” (1986: 53). Úrsula decía que para ella la organización tiene “un poder psicológico... poder... de... saber... de hacerte sentir que no estás sola”. Estos vínculos propician nuevas formas de identificación y el acceso a discursos alternativos, sea el de “trabajadora sexual” o el “mujer en situación de prostitución”, tanto para separarse de la identidad de “puta” como para comprender su actividad.

La identidad colectiva desafía la lógica de los sistemas complejos en terrenos culturales. Ligando el cambio personal y la acción exterior, la acción colectiva funciona como un nuevo medio que ilumina los elementos silenciosos y arbitrarios de los códigos dominantes, así como difunde nuevas alternativas (Melucci, citado en Chowdhury, 2006: 335)

Sin embargo, esto no significa que permita resolver, definitivamente, las cuestiones de la identificación, la ambivalencia y el manejo del estigma. Más abajo –y en los capítulos siguientes– continuaremos analizando otros elementos que tienen un rol en este asunto.

Si bien la persecución de las fuerzas de seguridad puede llevar a la emergencia de lazos colectivos entre las mujeres, otras características del mercado sexual representan obstáculos para que las mujeres participen de organizaciones. Varios estudios señalan que compartir condiciones riesgosas y estar aisladas del resto de la sociedad son factores que alimentan el surgimiento de subculturas grupales, que sirven para la resistencia (Scott, J. C., 2000) o para contestar la estigmatización (Ashforth y Kreiner, 1999). Pero también son necesarias las redes de solidaridad, las alianzas con otros grupos y la atomización representa un atolladero. El estudio de Gregor Gall (2007), que reúne datos de los procesos de sindicalización y organización de mujeres en varios países, indica que a nivel global todas las actividades

vinculadas al mercado del sexo reflejan un bajo grado de organización colectiva entre las/os trabajadoras/es sexuales –sea que se identifiquen así o de otras formas–.¹³

Las relaciones competitivas, la desconfianza que siembra el individualismo, la atomización y las tácticas de desdoblamiento y ocultamiento –que abordo en la segunda sección de este capítulo–, son un campo árido para la emergencia de organizaciones colectivas que accionan en la esfera pública. Aquí debemos sumar como obstáculo el estatus legal ambiguo que tiene el mercado sexual en las distintas ciudades de Argentina, pues en este contexto no resulta extraño que las mujeres muestren desconocimiento y/o confusión respecto a la normativa –incluso entre las que participan de las organizaciones–.¹⁴

Entonces, el hostigamiento policial puede ser un disparador para la emergencia de una organización sólo conjugado con otros factores como una red de solidaridades entre las mujeres y la articulación con actores clave que aportan experiencias y recursos políticos¹⁵ (ver Chowdhury 2006; Mathieu, 2003). En este proceso también fue importante el contacto con otras mujeres en otros países –compartiendo las etiquetas de prostitutas y migrantes– donde ya existen experiencias de organización. Tal es el caso de

¹³ Según Gall, esta particularidad del mercado del sexo se suma a la baja tasa de sindicalización en el sector servicios en general y en las ocupaciones donde hay mayoría de mujeres y/o de minorías étnicas.

¹⁴ Varias entrevistadas señalaban que en otras provincias la prostitución estaba “legalizada”, o que fue Perón quien la legalizó. Además, el conocimiento fragmentario de algunos artículos de los códigos contravencionales se puede tornar aún más equívoco debido a los procedimientos para-legales como las detenciones arbitrarias. En este contexto, sin organizaciones que puedan asesorarlas sobre sus derechos, las mujeres aprenden sobre legislación en el incesante camino a los calabozos. La adquisición de saberes sobre la legalidad tiene un matiz muy práctico, así por ejemplo varias mujeres están al tanto de que no pueden tocarlas los policías varones y lo usan para defenderse o que pueden optar por no firmar un acta contravencional e ir a juicio, pero no siempre es clara la lectura política de estos gestos individuales.

¹⁵ En el caso de AMMAR podemos nombrar la colaboración de las antropólogas y las abogadas, la articulación con ATE y CTA, y un financiamiento de la embajada de Holanda.

una entrevistada quien en un viaje a España, lejos de ser “tratada”, pudo conocer algunas experiencias de organización¹⁶ que más tarde compartiría con sus compañeras en Buenos Aires.

En otras circunstancias la respuesta a la persecución policial puede ser la mera sumisión o la evasión cambiando de zona y/o de horario lo cual debilita los vínculos entre las mujeres destruyendo las redes de solidaridad –por ejemplo algunas entrevistadas comentaron que las propias mujeres, amenazadas por los policías, expulsaban de la zona a las que no habían pagado el soborno a las fuerzas del orden–.¹⁷

Lo mismo sucede cuando, para evadir a la policía, se pasa a trabajar puertas adentro en algún “privado” o cabaret. La suposición es que los dueños de estos lugares “arreglan” con la policía, es decir, pagan sobornos a cambio de no ser inspeccionados o ser advertidos previamente de forma que puedan hacer salir a las mujeres. Pero esto no siempre implica una protección para ellas: Daniela me contó que frente a una redada el dueño de la agencia donde trabajaba no hizo ningún intento para evitar que las arrestaran. En los contextos puertas adentro, donde los hostigadores pasan a ser los/as proxenetas, las mujeres pueden usar tácticas de resarcimiento individual frente a la explotación, por ejemplo, efectuar pequeños robos a los proxenetas. Esto puede hacerse cobrando un extra a los clientes sobre el cual no se entrega ningún porcentaje a los proxenetas, saltando la intermediación y entablando un contacto directo con el cliente o directamente quedándose con ropa o con el dinero que supuestamente debían entregar. Sin embargo, estas

¹⁶ Las del entonces incipiente “Colectivo Hetaira”. También se suelen señalar las experiencias de organizaciones de otros colectivos como las Madres de plaza de mayo o los Hijos de “desaparecidos” como modelos.

¹⁷ Las mujeres de San Juan me relataron otra de las formas de elusión, también individual, frente al arresto policial. Esta consiste en “hacerse las enfermas” cuando son arrestadas por la policía e implica negociar una sumisión al control médico.

tácticas, a diferencia de los enfrentamientos con la policía, permanecen en la esfera individual y no generan lazos colectivos entre las mujeres.

Ligados a la violencia policial, los crímenes contra las prostitutas –tal como en el caso de Sandra Cabrera– pueden servir para motorizar la lucha de las organizaciones, pero también pueden generar temor y reforzar el individualismo. Así sucedía en el caso de Sonia y Rocío, quienes habían formado una dupla y se cerraban a vincularse con otras mujeres

Sonia: Lo único que sabemos es de la chica esa que hizo tanto por el laburo, que era de acá, que trabaja acá, y se fue a Córdoba.

Santiago: ¿Quién?

Sonia: Y... bue, la mataron de hecho. Cuando se puso muy... que ella era la presidenta de todas las chicas, para hacer... no es cierto ¿eh?

Rocío: Sí.

Sonia: Por el trabajo, para que el trabajo fuera... O sea, el trabajo nuestro fuese... un trabajo común y corriente. Es otro trabajo, porque... imaginate que esto está antes... de Cristo... No lo han parado... no lo van a parar [...] Y aparte estaba ella en contra de la policía, por el tema de que... Es como que se da... que antes la policía viene y nos jode mucho... nos coimean mucho... Hay un cierto miedo también. Porque... bueno, y allá la mataron y... dicen que fue un policía. ¿Entendés? Y ese es el miedo acá. Acá hace muchos años mataron una compañera también.

Santiago: ¿Ah, sí?

Sonia: Y nunca encontraron quién la mató. También... según los dichos...

Santiago: La policía.

Sonia: Porque según los tratos que tiene la mujer... porque trabaja... o dónde te estás metiendo. Porque ponele que estás hurgando, hurgando, porque... ponele que el milico te jode mucho... Vos decís: Si ese milico anda en cosas sucias. Y te ponés a quererlo... ¿viste?, para descubrirlo... antes que lo descubra él. Es algo... eso ya es otra cosa y es más peligroso.

Eso lo que le digo yo a ella, yo vengo a laburar y chau. Ya... o sea, ya no me meto en puteríos o... porque hay, acá también hay puteríos.

En este testimonio podemos ver que los crímenes de la policía pueden atemorizar a las mujeres y limitar las posibilidades de involucrarse en una organización –e incluso despertar sospechas sobre el accionar de las militantes–. Además, el desconocimiento del nombre de Cabrera, y otros detalles como que vivía en Rosario, pone de relieve otro desafío para la expansión y el crecimiento de las organizaciones: su difusión entre las mujeres. El individualismo o los grupos pequeños y cerrados por la desconfianza frente a otras compañeras quiebran la comunicación entre mujeres. Por otra parte, muchas de las mujeres que participaban activamente en las organizaciones se hallaban retiradas o trabajan esporádicamente, lo cual las distanciaba del trato cotidiano con sus compañeras que continúan en actividad. Entre las mujeres que no estaban ligadas a las organizaciones las referencias a estas eran nulas o equívocas. Generalmente cuando las mujeres no habían participado de los procesos de organización –como la mayoría de las entrevistadas en San Juan– al preguntarles si conocían alguna organización que las nucleara lo asociaban a servicios de control sanitario¹⁸ (con una resonancia del higienismo) o una “organización mafiosa” ligada a la trata de personas (mostrando la pregnancia del discurso de la trata) más que a la reivindicación de derechos. Además, algunas mujeres que estaban al tanto de la existencia y el rol de

¹⁸ Si bien las mujeres que conocían ambas organizaciones también las asocian con la promoción de la salud y especialmente con la prevención del VIH y otras ITS hay un matiz entre AMMAR CTA más ligado a la defensa contra la policía (se menciona el papel de los abogados) y AMMAR Capital más vinculado a la contención psicológica y a organizar el proceso de retiro de la prostitución.

las organizaciones se mostraban distantes, y veían la participación como una mera pérdida de tiempo que no daba ingresos económicos concretos¹⁹.

Lidia me contaba que en San Juan habían tratado de organizar reuniones (facilitadas por los servicios de prevención del VIH) y me explicaba así su fracaso:

Lidia: Acá no hay para eso, porque acá lo que pasa que cuando las mujeres tenemos que ir todos a un lado, no vamos; nos desaparecemos todas.

Santiago: ¿Por qué?

Lidia: Porque somos así... en vez de ser unidas como en Buenos Aires, ¿cierto? No lo somos.

El testimonio de Lidia reafirma que uno de los puntos clave para la formación y el crecimiento de las organizaciones son los vínculos solidarios entre las mujeres, algo que siempre recuerdan las dirigentes de las organizaciones al referirse a sus comienzos. Cuando pregunté a Lidia por qué no se pueden tender lazos colectivos entre sus compañeras su respuesta apunta a la visibilidad de las mujeres, una característica local de San Juan. Pero también, en los relatos de las mujeres en las tres ciudades, aparecían otras cuestiones que marcan las formas de relación entre las mujeres que hacen sexo comercial. Scott (2000) señala que la homogeneidad de los discursos de los subalternos depende de la homogeneidad de la dominación, pero también de la cohesión social entre estos. A continuación analizo esa otra dinámica –distinta de los códigos, las violencias, los pequeños grupos, la rebeldía y la organización– que irrumpe entre las compañeras.

¹⁹ Por ello también a veces la modalidad para convocar a que las mujeres conozcan y participen en la organización implica darles algún tipo de remuneración, por ejemplo en campañas de testeo de VIH.

(yo no soy como) Las “otras”

Hemos visto las formas de competencia y el desarrollo del individualismo, los distintos vínculos solidarios entre las mujeres que hacen sexo comercial, y las fuerzas que los potencian o que los debilitan. Hay todavía otro elemento para analizar las relaciones con otras compañeras que aparece en las menciones, siempre anónimas, expresando una denuncia o una distinción respecto de “otras” mujeres. Estas diferencias son importantes no sólo a nivel de las relaciones entre las mujeres, sino en el plano identitario, pues “las otras” funcionan como un exterior constitutivo de sus precarias identificaciones.

Fundar y sostener códigos entre compañeras es una forma no individual de hacer frente a la competencia y, a su vez, de despegarse de los estereotipos estigmatizantes. Pero este último fin también puede alcanzarse distinguiéndose de “otras” que sí encarnarían el estereotipo. Aquí las diferencias ya no son trazadas en términos colectivos –como dije que sucede con el enfrentamiento contra la policía, los proxenetas o los clientes, narrados en términos de “nosotras / ellos”–, sino que responden a prácticas de distinción individual, la oposición más frecuentemente “yo / otras”, sobre todo entre las que no militaban activamente en una organización. Pero también estas distinciones de las “otras” mujeres se formulaban bajo la idea de que hay distintas “clases de compañeras” entre las que tenían contacto con organizaciones, reconociendo una similitud (vender sexo) pero marcando una distancia.

Varias pautas marcan las fronteras con las “otras”, algunas forman parte de las representaciones estigmatizantes más comunes de las “prostitutas”, otras constituyen estigmas por sí mismos como el consumo de “drogas”²⁰:

²⁰ No me es posible abordar cómo el concepto de “droga” –sobredeterminado por procesos ideológicos donde se funden la lucha de instituciones médicas así como influjos de moral religiosa– se torna origen de un estigma particular. Referiré apenas unas palabras de Derrida al respecto: “La ‘droga’ es tam-

Hay varias clases de compañeras. Está la chica que no consume drogas, que no toma alcohol. Está la otra chica que toma, que consume. Y bueno, y yo tengo...este...me hablo con todas las chicas, pero yo siempre les digo: “Vos hacé la tuya y yo hago la mía.” Porque no es lo mismo tener una amistad con una chica que consume que con una chica que no consume, porque es totalmente diferente las ideas y demás cosas. (Irene)

Para Irene y varias más, una marca indeleble pone a “las que consumen” dentro de una categoría aparte. Sin embargo, otras entrevistadas no hacían las descripciones estereotípicas del “drogadicto” y las conductas que se le asocian. En esos casos, la distinción no refería tanto hacia el consumo de drogas, lo que hacía que “las chicas que consumen” sean una categoría aparte era que no tienen una justificación moral para vender sexo.

“Yo nunca fui una santa... yo he estado con clientes que consumen, pero nunca me vendí, lo juro por mis hijos, que nunca me vendí por la droga. Yo quiero plata y cuidados [en términos de salud sexual]”. (Mabel)

Entonces a veces no se trata tanto de consumir o no, pues, aun sin ser “santas”, hay una diferencia importante en los motivos que las llevan hacer sexo comercial. Venderse, como lo llama Mabel, “por la droga” o “para sostener el vicio”, es más denigrante aún que hacerlo por una necesidad económica, “por la plata”, y supone una clase de compañera muy distinta de aquellas que lo hacen “por los hijos”.

bién una palabra y es un concepto, aun antes de que se le pongan comillas más para marcar su mención que para servirse de ellas, pues las ‘cosas mismas’ no son compradas, vendidas o consumidas. [...] en el caso de la ‘droga’ el régimen del concepto es diferente: no hay droga ‘en la naturaleza’. [...] Como el de toxicomanía, el concepto de droga supone una definición instituida, institucional: necesita una historia, una cultura, unas convenciones, evaluaciones, normas, todo un retículo de discursos entrecruzados, una retórica explícita o elíptica.” (Derrida, 1995: 33-34)

Otras veces la raza/nacionalidad es una característica que marca diferencias. Este es el caso de las mujeres que se refieren de forma despectiva a “las dominicanas”. Mónica, que compartía la zona con estas “otras”, aun siendo ella misma extranjera, ponía una distancia tal que le impedía todo diálogo: “nunca me metí con nadie, tampoco hago sociales con las otras chicas. Digo esas chicas porque me parece que no tengo comparación”. “Esas chicas”, que según Mónica trabajan para proxenetas porque son jóvenes e ignorantes, son también una clase de mujeres (distinta a ella):

Mónica: Vos las ves ahí y parecen unos lobos marinos, la mayoría. Hay distintas clases de chicas, también

Santiago: ¿En qué sentido?

Mónica: Estéticamente, la que se quiere un poquito y valora un poquito y valora un poquito su vida, la vas a ver bien y si no bueno, venga lo que venga. Tienen 17, 18 años, pero no toda la vida es así.

Las distinciones asociadas a lo estético y al “nivel” también son evocadas frecuentemente por las escorts. Ellas son cuidadosas para no estigmatizar a las que trabajan en las calles o puertas adentro, pero en un nivel menos exclusivo. No dejan de marcar las diferencias, pero lo hacen enfocando más a las condiciones de trabajo que a las características de las mujeres.

A su vez, algunas de las que trabajan en la calle refutan las distinciones en base al “nivel” apelando a una igualdad desde la necesidad económica. Esto disminuiría la distancia marcada por tarifa más elevada, como planteaba Mabel a la vez que deslizaba nuevamente comentarios sobre la apariencia física y el consumo de drogas:

Santiago: ¿Por qué... cómo era eso de las chicas de whisquería?

Mabel: Y es otro nivel, o sea, ellas dicen que es otro el nivel, pero a la hora de la verdad somos todas iguales... porque si las agarrás de día salís espantado, como una manera de decir. Yo

no soy divina, pero te quiero decir que a lo mejor una mujer más grande que yo que se pone todo el glamour y el cliente cae con un copetín o con algo raro encima, viste, y al otro día capaz que se agarra la cabeza. Siempre se dijo “vos lo hacés abajo de la mesa”, se le dijo a la whisquera, ese bucal que uno hace en un auto o un camión ella con el nivel... hoy ya esperan la última hora que salgan y todo vale 20 pesos... como cotizarse son 200 o 300 pesos. Para hablar una habla tantas pavadas que... o sea, si ellas son más protegidas que una chica de la calle o de la ruta. Está bien, una busca su comodidad. Ahora cuando no hay plata en la whisquería salen a la ruta o a la calle, que las lleva siempre una amiga y ahí vienen las grandes peleas porque las luchadoras de la calle siempre las han golpeado o maltratado la policía. Como también he tenido que poner por muchos años plata para que no me llevaran.

Las mujeres que trabajan en las calles admiten la rivalidad con las que lo hacen puertas adentro, pues mientras aquellas quedan encarceladas ven a estas salir libres cuando los proxenetas han pagado sobornos a la policía²¹. Úrsula me explicaba que “mientras ellas están guardadas adentro, laburando para otro... y las que están en la calle son las que pagan las consecuencias... de la policía, que esto, que aquello, que hay pibas jovencitas...”, y esta situación injusta propicia el enfrentamiento.

Mabel, que había aclarado que ella quería “plata y cuidados”, también explicaba que las distinciones no deberían fundarse en el dinero:

[En la playa de camiones] no encontré un grupo de mujeres que conocía, y salieron... perdoname, mujeres de baja calaña, no por el nivel, sino que en el dialogar, en el aspecto, como que agarro lo que me dan. Es como que agarro lo que me

²¹ Ver el relato de Sonia Sánchez en <https://bit.ly/338utmC> (accedido 20-08-2012)

dan y no es así, no es sólo tema de la plata, te das cuenta, no había cuidado... nosotros²² ya estábamos con los preservativos. (Mabel)

También son “otras” las que “no se cuidan”. Cuando consultaba si usaban preservativos con los clientes todas las entrevistadas respondieron afirmativamente²³. Resulta significativo contrastar estas respuestas con el estudio de Soto (1988), donde a finales de los 80 las mujeres declaraban que no requerían a los clientes usar preservativos para evitar que pensarán que estaban “podridas”. Veinte años más tarde la situación es muy diferente. Más allá de la exactitud de las declaraciones en términos biomédicos²⁴, lo importante es cómo, en el nivel discursivo, los “cuidados” –de la mano de una especie de corrección político-sanitaria fruto de las innumerables campañas de prevención de las ITS– se transforman en un factor más que puede distinguir a las que se cuidan de esas “otras”. Ellas, las “otras”, no sólo propagan enfermedades, sino que su actitud sería poco profesional: según Daniela, esto sucede porque no lo toman “como un trabajo”.

Las que acceden a tener sexo sin preservativo, además de generar disputas por competencia desleal, aparecen como un tipo de mujeres dispuestas a “hacer de todo”. Dentro de estas últimas también se nombra como “otras” a las mujeres que ofrecen sexo anal, práctica que también puede engendrar directamente otra categoría de mujeres. En la jerga se denomina “completo” al servicio que incluye sexo anal. El valor simbólico del ano se manifiesta en una frecuente transposición desde la práctica hacia las personas

22 Este “nosotros” no remite a sus compañeras sino a quienes hacían prevención de ITS junto con Mabel.

23 Sólo una mujer dijo que sólo excepcionalmente no usaba preservativo, cuando era un cliente muy conocido.

24 No busco conocer cuántas mujeres tienen relaciones sin preservativos con sus clientes, ni cuántas realmente consumen “drogas”, etc., sino comprender cómo funcionan estas “otras” en los discursos de las entrevistadas.

(en vez de “hacer el completo”, se habla de “ser completa”). Así, las mujeres señalaban que había “otras” que eran “completas”, pero ninguna se autodenominaba como “completa”, lo cual permite leer el carácter negativo atribuido tanto a la práctica como a la denominación. Existe para muchas una asociación entre el sexo anal y la dignidad, algo que también circula en los discursos populares donde “entregar el culo” es sinónimo de traicionar las propias convicciones. Para Yamila no ser completa era una decisión que había tomado cuando empezó a “laburar” y cuando le pedían sexo anal decía que para eso había otras que estaban dispuestas, “yo soy chapada a la antigua” (aunque tenía 27 años). Para Mónica y para Valeria –ambas oriundas de Bolivia– es Dios quien está por detrás de esta valoración: “no soy completa, no, eso Dios me lo dio para una cosa y no voy a usar para otra cosa. Acá hay muchas mujeres que trabajan de eso” (Valeria).

Por último, las mujeres que son capaces de enamorarse y/o entablar una pareja con un cliente, o aquellas que sienten placer al hacer sexo comercial, representan otro núcleo de generación de otredad. Estas últimas, las que “lo hacen porque les gusta”, están también ligadas al tipo de mujeres que, aunque no hacen sexo comercial, son promiscuas, las “putas” o “trolas”. Por ejemplo, Daniela advertía que ella hacía sexo comercial “...pero a mí en la calle no me toca nadie... nadie. Y yo voy a los boliches, y yo veo minas que se están... refregando ahí con otro vago y... si están ahí ya le... Y a mí no, eso no...”. Hay aquí una frontera fundamental: aquella que permite distinguir entre prostitutas y putas²⁵.

²⁵ Un episodio interesante para analizar este punto fueron las discusiones que surgieron cuando AMMAR Capital montó en 2006 una muestra artística que se llamó “Ninguna mujer nace para puta”. Según Sonia Sánchez, quien era una de las dirigentes, su uso de la palabra “puta” –que permite enunciar la verdad sobre la prostitución– resultó tan irritante para sus compañeras que luego de la muestra decidió abandonar la organización. Es importante aclarar que Sánchez hace una crítica y no un uso reivindicativo de la catego-

Luli: Tenés la que realmente... es trola de alma... Eh... tenés la que... es por merca...

Santiago: ¿Cómo es la que es trola de alma?

Luli: La que le gusta y lo hace porque sí, no le hace falta la plata, no le hace falta nada. Lo tienen todo, pero les gusta garchar y le gusta esto.

En las charlas y entrevistas, cuando preguntaba por el placer en el sexo comercial surge un imaginario de mujeres que “van por las piernas”, o sea, que hacen sexo comercial por el placer sexual que obtienen del mismo. Las que describen su vínculo con el sexo comercial como motivado sólo por razones económicas (“*por la plata*”) y/o para mantener a sus hijos/as o a sus familias, establecen entonces una distancia y una oposición con esas “otras”.

Haciendo un paralelo con otros sectores del mercado sexual podemos ver algunos desplazamientos de la otredad que se plasma en la figura de la “puta”. Bernardette Barton (2007) analiza este fenómeno de *othering* entre las bailarinas exóticas, donde las “otras”, las “putas”, son aquellas que acceden a tener sexo con los clientes. En el contexto del sexo comercial, para algunas de las mujeres entrevistadas las otras son también las “putas”, es decir aquellas que no lo hacen por necesidad económica, sino por gusto (y por ello podrían conceder a cualquier demanda del cliente). En ambos casos, este proceso de *othering* re-instala peligrosamente los procesos de estigmatización, tal como señala Barton en su estudio. Esta distinción, que crearía una nueva exclusión dentro de la propia exclusión, constituye una forma riesgosa de manejar el estigma. No sólo hace más compleja la gestión del placer sexual que pudiera ocurrir, sino que retoma incuestionados los esquemas morales

ría de “puta”, como sí sugieren las españolas de Hetaira o Gabriela Leite, dirigente de una de las organizaciones más fuertes en Brasil, lo cual le vale también críticas de sus compañeras.

hegemónicos sobre el placer y el sexo, la categoría central de estigmatización (“puta”), y los sitúa dentro del propio discurso de las subalternas.

Alejarse del “puterío”

Para cerrar esta sección –y ligarla con la siguiente– quiero referirme a otro de los motivos que las entrevistadas esgrimían para alejarse de sus colegas y que profundizaba la atomización.

Al preguntar por las relaciones con otras mujeres dedicadas al sexo comercial, la respuesta prototípica era: “no, todo bien”, especialmente entre las que no eran militantes de organizaciones. Muchas veces los intercambios se limitaban a un saludo que, en vez de servir de apertura a la interacción, cumplía la función de pasar a la indiferencia civil (Goffman, 1979), es decir, mostrar el reconocimiento de la posición de la otra y la ausencia de hostilidad. Además de evitar el conflicto, esta distancia con las otras mujeres cumple la función fundamental de preservar la información personal, pues entablar vínculos con las compañeras supone la posibilidad de ser víctima de los chismes²⁶. Daniela me dijo que no hablaba con sus compañeras “porque les gusta mucho el puterío... si las escuchaste ya dijeron que vos escuchaste, opinaste, no, son terribles”. En estas expresiones aparece el estereotipo de la prostituta como mentirosa y engañadora que suelen referir los clientes (Chejter, 2011; Gaspar, 1985), pero ahora en boca de las propias mujeres.

²⁶ “El chisme es un relato sobre el comportamiento ajeno transmitido entre dos o más personas, percibido por sus interlocutores como información despreciativa sobre terceros y/o potencialmente perjudicial para ellos. El chisme puede servir de entretenimiento, fortalecer lazos de confianza al compartir cuestiones valiosas o definir los límites de un grupo” (Jones, 2010: 101). En este último sentido no querer ser víctima de los chismes de un grupo puede leerse también como una forma de no querer integrarse al mismo.

Santiago: ¿Y cómo es la relación con las otras chicas?

Vanessa: No, yo tengo mi vida. La única que tengo acá es ella, mi hermana y mi otra hermana. Después no me doy. “Hola y chau” y a mi casa. Porque esto, vos sabés el ambiente que es y es un ambiente de mierda. Así que una y mil veces prefiero irme a mi casa. “Hola y chau”. Punto.

Santiago: ¿Y en qué sentido, por qué te parece que es un ambiente de mierda?

Vanessa: Porque sí... mucho puterío. Muchas... envidias, una contra otra. No, no, no. No sirve. Estoy acá porque necesito la plata. Nada más.

Para Vanessa su relación con las otras mujeres era de “hola y chau” pues era un “ambiente de mierda” con “mucho puterío”, pero además porque tiene “su vida”, una vida que aparta del ámbito del sexo comercial. Estos vínculos débiles (casi inexistentes) se alejan de los lazos solidarios que pueden aparecer en otras ocasiones. Más aún, el uso, probablemente inadvertido, de la calificación “puterío” para significar que no eran cuidadosas con sus intimidades pone una vez más en el discurso de las propias mujeres los sentidos estigmatizantes asociados a la “puta”. Ahora se asocia a la “puta”, cuyo ambiente es el “puterío”, con aquella mujer que descuida su intimidad, sea esta su sexualidad o la información relativa a ella.

Ligadas al “puterío” se encuentra una práctica que varias entrevistadas señalaron como habitual, sobre todo en el contexto de los “privados”. Consiste en revelar a las personas más cercanas de una compañera que ella se dedica al sexo comercial –usualmente se revela a la familia y/o la pareja, como en el caso de Daniela–. Luli, aun sin hacer nada para replantear los vínculos con sus compañeras y evitar estas prácticas²⁷, sí advertía su carácter destructivo.

²⁷ Usualmente se hace utilizando el teléfono celular de la víctima. Luli preventivamente había cambiado todos los nombres en la agenda de su teléfono de forma que nadie pudiera saber a quién estaba llamando.

Luli: En esta profesión hay demasiada maldad. Si alguien saca tu teléfono y encuentra tus datos personales... Quedate tranquilo de que todo el mundo se entere de lo que sos. Esa es la forma que tienen las chicas de enseñarle a tu pareja, a tu familia de que estás en...

Santiago: ¿Las mismas chicas decís vos?

Luli: Las mismas compañeras.

Santiago: ¿Por qué?

Luli: Para que dejes de laburar; para que haya más laburo para ellas; para que te sientas incómoda... Para que veas que ahí no mandás a nadie... En realidad, o sea, no se dan cuenta de que se están lastimando a ellas mismas, porque lo que vos hacés hoy, mañana te lo devuelven.

Esta técnica, similar al *outing*²⁸, es utilizada por sus propias compañeras en su contra, una violencia simbólica entre subalternas, ejercicio de disciplina que marca el rigor de pertenecer a un grupo que, en realidad, es más una forma de expulsión (del grupo de las mujeres “normales”) que una bienvenida. Una invasión de la intimidad que destruye el delicado equilibrio que las mujeres hacen para proteger su vida privada y sostener un pie fuera del fango del mundo abyecto de la prostitución.

Los *outings* representan un riesgo enorme para las mujeres que se dedican al sexo comercial pues ponen en jaque todo el andamiaje de desdoblamientos que, como veremos a continuación, forma parte fundamental de las construcciones identitarias, o de desidentificación, y el manejo de la información de las mujeres que hacen sexo comercial.

Para recordar las dos tendencias (individualismo y solidaridad) que marcan las relaciones entre las mujeres que hacen sexo comercial, podemos contrastar estos violentos *outings*, que complicaban y dejaban fuera de competencia

²⁸ En la jerga gay hacer un *outing* es “sacar del closet”, revelar el secreto sobre la sexualidad de una persona. (ver Pecheny, 2003)

a algunas, con las colaboraciones entre compañeras a la hora de sostener los relatos de encubrimiento que montan para sus familias²⁹.

Como hemos visto a lo largo de esta sección, los vínculos entre las mujeres que hacen sexo comercial están atravesados por distintas fuerzas que las llevarán al individualismo y/o a intentar vínculos más solidarios e incluso al lazo colectivo que implica participar en una organización. Los controles de proxenetas y policías, así como la competencia que impone la lógica de mercado, promueven el individualismo y la atomización. Aunque esta lógica se intenta paliar estableciendo ciertos parámetros compartidos, es difícil sostener estos “códigos” informales en un mercado con alta rotación. En tales casos la violencia no deja de jugar un rol importante. Pero también vimos cómo ciertos espacios fuera de las miradas vigilantes, o ciertas experiencias como las salidas en conjunto o la maternidad pueden abrir terreno a vínculos solidarios y la formación de duplas o pequeños grupos. Más aún, el enfrentamiento contra los proxenetas, y especialmente contra la policía, las identificaciones a partir de la experiencia de compartir calabozos, pueden –si se dan otras condiciones propicias– alimentar la formación de un grupo más amplio que conlleva una organización y un lazo colectivo.

Aquí se expanden las posibilidades de reenmarcar los vínculos con las compañeras por fuera de la lógica mercantil, e incluso reflexionar acerca de sus identificaciones –sin que esto sea un proceso mecánico de adscripción identitaria, sino algo bastante más complejo. Una parte de estas complejidades se deriva de los desafíos que implican formar, sostener y expandir una organización de subalternas en condiciones de semiclandestinidad. Otra parte se liga a

²⁹ Sabrina, cuya madre también se dedica al sexo comercial, recuerda cómo en su infancia su madre y otra compañera sostenían estos encubrimientos “Siempre hicieron creer que eran como compañeras de oficina, o de la casa que trabajaban por hora... y que esto y que el otro. Nunca me dijeron sí, bajamos...” (Sabrina)

las formas de la otredad, es decir los procesos en que las propias subalternas reproducen, en sus identificaciones, las imágenes estigmatizantes de los estereotipos y las arrojan contra sus pares, lo cual es, en cierta medida, arrojarla contra sí mismas. Ello explica los deseos de alejarse del “puterio”, del mundo de las “putas” y olvidar los lazos colectivos, para pensar mejor cómo desdoblarse y ocultarse.

Desdoblamientos /Ocultamientos

Antes de abordar las relaciones que las entrevistadas entablan por fuera del “ambiente” es imprescindible describir y analizar sus tácticas de desdoblamiento, y el efecto de ocultamiento. A partir de conocer estas tácticas podremos comprender cómo manejan el estigma desdoblando su identidad en un intento, siempre difícil, por mantener en secreto y separada del resto de su vida, su inserción en el sexo comercial.

Comprendo estos procesos a partir de la diferencia entre desacreditados/as y desacreditables según la visibilidad de los atributos estigmatizantes. Si bien los individuos portadores de un estigma pueden hallarse en ambas categorías en distintos momentos, cada una de estas situaciones habilita un repertorio de manejos muy distintos. Así, por ejemplo, la situación de un individuo afrodescendiente es completamente diferente de aquella de quien tiene relaciones con alguien de su mismo sexo. La situación de las mujeres que hacen sexo comercial es distinta de estos dos ejemplos pues, como señala Goffman (1986), ciertos atributos que conforman el estigma de la prostituta, si bien pueden ser ocultados –e incluso tal vez sea deseable o conveniente ocultarlos a algunos públicos– deben ser sistemáticamente exhibidos frente a otros auditorios, especialmente los clientes.

Las posibilidades del manejo de la información marcan una diferencia importante entre las mujeres y las travestis. Esto supone que mientras que las mujeres tienen contactos heterogéneos dentro y fuera del ambiente, las travestis se vinculan casi únicamente con personas ligadas al ambiente³⁰. En el sentido común hay una asociación casi directa entre travestismo y prostitución³¹ que no se aleja de la situación real de la población de travestis, la gran mayoría de ellas tienen al sexo comercial como única opción para ganar el sustento (Hiller, Mallimaci y Moreno, 2007). Pero la asociación que se hace desde el sentido común probablemente proceda de la atribución de cierto carácter “perverso” ligado tanto a travestis³² como a mujeres que se dedican al sexo comercial. Según Susy, es esta asociación con la perversión y la subsecuente discriminación, lo que mueve a las mujeres a montar tácticas para ocultar su implicación en el sexo comercial.

“Generalmente... todas las que estamos en prostitución mentimos. Somos enfermeras, somos empleadas domésticas, somos...; trabajamos en un hotel. Se miente, bueno, por la discriminación. Porque enseguida nomás empieza el morbo con una.” (Susy)

Lo que Susy llama “mentir” es parte de las tácticas del desdoblamiento de las performances que produce un ocultamiento frente a las miradas de los más cercanos. Las

30 “El alto grado de reprobación social hacia las travestis-prostitutas lleva a que el universo de relaciones sociales posibles coincida casi excluyentemente con el agregado formado por sus compañeras de trabajo y los distintos integrantes del mundo de la baja prostitución.”(Meccia, Metlika y Raffo, 2003: 20)

31 “La asociación entre travestismo y prostitución constituye una de las representaciones del sentido común más difundidas en las sociedades latinoamericanas y en la sociedad argentina en particular.”(Berkins, 2012: 224)

32 Por ello tampoco las travestis discurrían cómodamente sobre sus asuntos relativos al sexo comercial con sus familiares o parejas. Al igual que en los casos de aquellas mujeres cuyo secreto era revelado, no es un tema del cual se hable habitualmente en el entorno familiar.

tácticas del “encubrimiento” según Goffman, constituyen uno de los primeros aprendizajes de las personas estigmatizadas. El encubrimiento, tal como lo plantea Goffman (1986), puede incluir la táctica de desdoblamiento que emplean las entrevistadas, pero no se agota allí. Lo que aquí llamo “desdoblamiento” es parte del proceso más general de manejo del estigma y la identidad –que incluye también fijar límites y fronteras para la sexualidad como veremos en el próximo capítulo–. Aquí me refiero a “desdoblamiento” para aludir especialmente al tipo de ocultamiento que se busca, una se desdobla para ocultarse tanto aquí como allí, tanto dentro como fuera del ambiente. Desdoblar no remite a una identidad originaria unificada, sino que justamente muestra los pliegues que la atraviesan, la identidad como sutura está necesariamente cargada de pliegues, de allí que sea posible desdoblarse. Sin remitir a una identidad “verdadera”, muestra la ficcionalidad de todas las identidades. El desdoblamiento, como forma específica del encubrimiento, produce entonces un doble ocultamiento. Describiré a continuación los elementos que componen el armado de este desdoblamiento; el papel que juegan la policía, las organizaciones y las diferencias en las dimensiones de las ciudades, ampliando o restringiendo las posibilidades de gestionar la información

Desdoblarse: construirse un doble

Doble nombre, doble teléfono celular, dos formas de vestir ¿son elementos de una “doble vida”? Pensar las maniobras que las mujeres que hacen sexo comercial llevan a cabo intentando eludir la estigmatización y control en términos de “doble vida” puede entenderse como una forma de disociación, lo que ha llevado a algunas/os investigadores a ver un carácter patológico en estas prácticas (cfr. Farley y Kelly, 2000). Pretendo alejarme de esta idea de “disociación” tanto por su sentido patologizante que presupone una identidad originaria y unificada, como por su carácter binario que

puede implicar una ceguera respecto de los tránsitos y permeabilidades (Olivar, 2013). En cambio, busco comprender las diferentes experiencias que encarnan estas mujeres y las torsiones entre sus performances sin presuponer una unidad. Bourdieu ha señalado:

El mundo social, que tiende a identificar la normalidad como la identidad entendida como constancia consigo mismo de un ser responsable, es decir previsible o, como mínimo, inteligible, [...] propone y dispone todo tipo de instituciones de totalización y de unificación del Yo. La más evidente es por supuesto el nombre propio (2011: 124)

Entonces podemos comenzar por el *nom de guerre* o “nombre artístico” (tal como lo llamaban algunas entrevistadas), es decir aquel que las mujeres usan para hacer sexo comercial. Anahí, aunque llevaba poco tiempo en el sexo comercial, después de que un cliente la saludara por su nombre mientras caminaba con su familia por el centro de San Juan, ya había aprendido la utilidad de decir otro nombre a los clientes. Usar otro nombre es una táctica para intentar desligar los vínculos que se entablan en el sexo comercial de otros entramados de relaciones. Por sí sola esta táctica no evita los inconvenientes que surgen del cruce de mundos, pero tiene un papel clave pues permite disolver la interpelación en la confusión, generar una otra en espejo, desdoblarse.

Llamarse por otro nombre es una forma de desidentificarse y, también, construirse un subterfugio para asumir una performance. Así se resuelve la necesidad de las mujeres de ocultarse, u ocultar su nombre oficial en sus interacciones con otros en el terreno del sexo comercial. Además de tener que ser nombradas de alguna manera, no responder a la pregunta “¿cómo te llamas?” pondría una distancia y quebraría la posibilidad de entrada en un terreno más íntimo que, aunque sea ilusoria, es parte de las performances de sexo comercial.

El “nombre artístico” puede ser uno o varios, y permanecer o cambiar. La relativa estabilidad del nombre que eligen algunas contrasta con los múltiples nombres con los que las mujeres rotan entre los “privados”, que producen frustración entre clientes³³. Ello pone de manifiesto la diferencia entre la lógica explotadora puramente cuantitativa de los “privados” y aquella más cualitativa de las que trabajan de forma independiente, que buscan valorizar sus servicios y hacerse de una cartera de clientes estables –para lo cual resulta importante hacerse de un nombre estable–. Además, el “nombre artístico” desidentifica del nombre oficial; pero su uso no es mecánico. A veces, dependiendo del interlocutor, se puede optar por usarlo o no. Con algunos clientes con quienes sostenían vínculos amistosos –a los que llamaré clientes-amigos– las mujeres utilizaban su nombre “verdadero”. Así vemos que existen tránsitos y encabalgamientos entre las performances dentro y fuera del “ambiente”.

El doble nombre va de la mano con el doble teléfono celular, algo muy común entre las mujeres que hacen sexo comercial. Actualmente el uso expandido del celular ha hecho que este sea uno de los caminos más directos para localizar a una persona, tener dos celulares significa separar dos mundos de relaciones sociales. Por ello también el acceso al teléfono debe administrarse cautelosamente pues en manos equivocadas puede hacer tambalear o derribar todo el andamiaje de ocultamiento.

³³ Visible por ejemplo en la experiencia de los clientes frustrados que buscan afanosamente a una determinada mujer (durante un tiempo funcionaba una página web llamada “cat-tracker” dedicada a intentar localizar a las mujeres, se pueden leer las discusiones en foros de clientes). Los cambios de nombre eran notorios por ejemplo cuando intentaba contactar telefónicamente para hacer entrevistas, la rotación de nombres / mujeres del otro lado de la línea sumían mis intentos en la confusión demostrando cierta efectividad de la táctica. (Las conversaciones eran del tipo: “hola, yo había hablado con x por...” “no, x no trabaja acá” “pero yo hablé con x” “no, debes haber hablado con y, pero ¿quieres tomar el servicio o no?”).

Era un amigo desde hacía mucho tiempo y se enteró de una manera que no correspondía tampoco, encontró el teléfono... y se lo llevó a su casa...y en su casa se tomó el trabajo de leerme los mensajes...de...de esa manera se enteró...y a raíz de eso tuve grandes problemas. (Abril)

El “teléfono del trabajo” se puede mantener apagado o bloquear el teléfono como forma de evitar estos inconvenientes. Como habíamos visto más arriba, el teléfono personal también puede producir inconvenientes, ya que para mantener mundos separados es importante custodiar ambos teléfonos.

Otro ingrediente del desdoblamiento es la ropa. La mayoría de las mujeres usa ropa distinta para trabajar. Inés marcaba la diferencia en las vestimentas asociándolo a sus distintos roles, en el sexo comercial y como madre. “Me visto de una manera para trabajar, pero después cuando salgo con mi nene me visto de otra”. Deby decía que en su casa ni loca se sacaba el jogging y las zapatillas. Al igual que el “nombre artístico”, tener dos vestuarios contribuye a un doble propósito: por un lado las vestimentas específicas sirven para montar un personaje apuntando a erotizar a los clientes y por otro lado vestirse “normal” actúa como un también como “desidentificador”³⁴.

Las formas de vestirse, cómo y cuánto exhiben del cuerpo varía según las edades –y sobre todo entre travestis y mujeres³⁵– pero siempre hay un traje distinto para la escena del sexo comercial. Esta diferencia a veces se combina

³⁴ Goffman llama así a los signos que tienen a quebrar una imagen, pero en una dirección positiva deseada por el actor, se oponen a los símbolos de estigma que llaman la atención sobre una degradante incongruencia de la identidad (1986: 58-59).

³⁵ Esta es otra diferencia importante, pues para las travestis la vestimenta juega además un rol muy específico en la construcción identitaria (ver el capítulo de Zambrini, en Pecheny, Figari y Jones, 2008). Para ellas, aquel vestido que es escondido en la habitación familiar será el mismo que es exhibido con osadía cuando pasa a la prostitución, como señala Josefina Fernández (2004).

con la distancia en el espacio físico: algunas mujeres dejan su ropa y se cambian en un lugar distante de sus hogares, por ejemplo, Irene dejaba todos sus “trajes de” en una habitación que alquilaba junto con una compañera en la zona. Para ella el traslado era parte de su preparación, sumando luego la vestimenta y el maquillaje.

“Cuando me subía en el tren, yo ya era otra persona. O sea, cambiaba de personalidad. Y cuando venía de allá para acá...y te digo, me pintaba para decir, para salir a la guerra”. (Irene)

Desarticulando los mundos se producen a la vez una construcción de otro personaje, según Irene “para salir a la guerra”, y una desidentificación del mundo de “la casa”. Así como vestirse y maquillarse de formas distintas, poner una distancia y hacer sexo comercial en un lugar alejado del hogar son formas de segregar los auditorios y preservar el secreto.

Goffman (1986) señala que para las personas estigmatizadas el espacio se divide entre lugares “prohibidos” (de donde son expulsadas por su estigma), de “retiro” (donde no necesitan ocultar su estigma) y una clase intermedia (donde pueden ser tratadas “cortés o penosamente”). La “zona” o el cabaret operan como un lugar de retiro para las mujeres que hacen sexo comercial, pero nunca pueden estar seguras de que no vaya a aparecer algún conocido –transformándolo en espacios de la clase intermedia que plantea Goffman—. Por ello la distancia, que puede ser espacial y/o sumarse al ocultamiento que producen los lugares puertas adentro, es una de las tácticas para evitar que se revele su secreto.

No obstante, la posibilidad de llevar a cabo esta maniobra y su efectividad dependen del tamaño de la ciudad en cuestión. Buenos Aires, Rosario y San Juan son tres escenarios bastante disímiles respecto al desdoblamiento y su efectividad. Cuando las mujeres no pueden alejarse demasiado optan por trabajar en horario nocturno para reducir su exposición y/o se aseguran de no llevar clientes a su

casa³⁶. En el caso de las mujeres que hacen sexo comercial, los motivos para separar su hogar del lugar donde ocurren los encuentros con los clientes no sólo tienen que ver con las necesidades de poner límites y poder construir espacios distintos –probablemente comunes a otros trabajos–, sino que esta separación es vital para poder sostener el desdoblamiento y manejar la información.

En el caso de Vanesa la separación era llevada al extremo y transformada en un aislamiento en su propio hogar, que funcionaba como un refugio segregado del resto de su vida –excepto por su hermana que también hace sexo comercial–.

Yo me autoencuartelo. Quizás es mío. Es psicológico mío. Pero yo no me doy con nadie. No voy a una reunión a la escuela. No, nada. Por el sólo miedo de que alguien me conozca. O que alguien me haya visto. Y que no... después no le digan a alguno de mis hijos o me señalen o... No, soy muy... yo vivo en mi casa y no salgo de mi casa. Ni a mi casa llevo a nadie tampoco. Más que a mi hermana que sabe todo (Vanesa)

Muchas mujeres optan por poner una distancia entre el mundo del sexo comercial y buscan reducir el riesgo de ser identificadas como “prostitutas” en otros ámbitos, pero ¿por qué Vanesa se aislaba de esta forma tan extrema? A causa de un escándalo mediático sobre el tráfico de drogas, el nombre legal de Vanesa había sido publicado en la prensa. Tras esto ella sentía que todas sus tácticas de desdoblamiento eran inocuas y optaba por cortar sus vínculos perdiendo capital social e incrementando su vulnerabilidad. Es posible que se trate de un caso infrecuente (algo que ella advierte,

³⁶ Sólo dos de las entrevistadas tenían relaciones con clientes en sus casas, una sólo lo hacía excepcionalmente y con clientes que conocía de varios años, y la otra, para evitar robos y reducir costos, había decidido vivir en el mismo departamento que alquilaba para trabajar.

“quizás es algo mío”) pero sirve para ejemplificar lo que podría suceder cuando actores más poderosos destruyen los intentos de ocultamiento.

Políticas del secreto, capturas y rupturas

Como otras tácticas de las/os subalternas/os, el desdoblamiento y ocultamiento de las mujeres dedicadas al sexo comercial están expuestos a fuerzas que pueden derribarlos. En el caso de las “prostitutas”, además de individuos del entorno (las compañeras, las ex-parejas, los parientes demasiado curiosos, los clientes indiscretos, etc.), interviene la fuerza del Estado. Según Goffman, la “documentación” que permite establecer una identidad personal se presenta sólo “ante quienes están particularmente autorizados a controlar una identidad, a diferencia de los símbolos de prestigio y estigma que están al alcance del público en general” (1986: 77). Mediante el acceso a los documentos, el registro que la policía³⁷ produce al enviar una citación, ligando la información nombre-domicilio, destruye el desdoblamiento que pretenden el “nombre artístico” y la locación lejana al hogar. La distancia que ponían entre los que Goffman (1986) llama sus símbolos de identidad (social) y los documentos de identidad (personal), queda anulada. Algunas mujeres ensayaban un último escamoteo frente a la interpelación de la autoridad

Antes había muchas causas, te abrían, venían con un papel, un formulario, tu nombre, pero yo antes zafaba, le daba cualquier número para que nunca llegue a mi domicilio, ¿viste?

³⁷ Esto no es patrimonio exclusivo de la policía, los controles sanitarios también pueden operar de esta forma –por ejemplo, en San Juan, donde se imponen dichos controles y se viola la confidencialidad–. En el estudio de Soto (1988) es posible ver cómo los controles de profilaxis pueden funcionar como control social y eran mucho más frecuentes durante el período de dictaduras. Además, como acabamos de ver con el caso de Vanesa, también funcionan así los medios de comunicación con el escaso cuidado por los subalternos y el afán por exhibirlo todo (ver también Justo, 2011).

Pero ahora ya cambió las leyes, ahora ya no es como antes que vos le dabas cualquier domicilio e iba a cualquier lado la... te citan, ¿viste? Ahora no sé cómo se manejan, yo cuando veo un patrullero me meto hasta acá, me meto al café, me meto al locutorio; no quiero que me agarre el patrullero. Ahora te hacen una multa y te hacen hacer trabajo comunitario, depende cuantas actas hayas tenido. (Valeria)

Valeria se esconde de la policía y ya no pelea por la parada. Detrás de este cambio a una actitud más pasiva y menos riesgosa, está la relación que sostiene con su esposo, quien desconoce su involucramiento en el sexo comercial. Los múltiples relatos de mujeres cuyas familias y/o parejas conocieron su secreto por la intervención policial, muestran su poder para dismantelar el ocultamiento.

Pecheny ha señalado que el secreto puede constituir una forma de resistencia primaria para grupos oprimidos, pero muestra algunas limitaciones. Un secreto implica una relación negativa y una separación entre quien tiene una información y de quién se oculta, su “destinatario”. Esto produce la acumulación de una tensión que pugna por emerger, dicho proceso puede darse de tres formas: la revelación, la secreción y la comunicación.

La revelación implica un alivio brusco de la tensión que anula la separación y por consiguiente el secreto. [...] La comunicación, en lugar de abolir la separación, preserva el secreto pero alivianando su peso y tensión. La comunicación implica una elección y transforma el secreto en el “soporte de un lazo social ambivalente”. A diferencia de la revelación, la comunicación del secreto se realiza a confidentes elegidos por decisión, quienes pasan a ser “depositarios” – amigos, íntimos, pares – distintos de los destinatarios excluidos. Lo interesante, dice Zempleni, es que contrariamente a la creencia, la proximidad social de los depositarios y los destinatarios es una de las condiciones corrientes de la comunicación del secreto [...] Por último, según Zempleni, la secreción es sin duda el medio más corriente de regulación de la tensión y de la preservación del secreto y constituye su “propiedad más

remarcable y paradójica”. El secreto parece no poder subsistir como tal sin mostrarse de alguna manera a sus destinatarios, mediante fragmentos o señales, lo que no significa que exista revelación o comunicación. (Pecheny, 2003: 138-139)

Una revelación podía ocurrir por ejemplo cuando llegaba una citación al domicilio, o una secreción cuando tras varias detenciones los familiares comenzaban a tener sospechas y acababan dando por sentado el motivo de las ausencias. Aun sin haber sido detenida, Irene había optado por la comunicación y le había contado a su sobrina y me explicaba: “me sentí con la necesidad de contárselo por el tema de que me llevaran presa. Entonces, yo tenía que confiar a alguien para decirle en qué lugar estoy presa, ¿me entendés? También por seguridad mía y de mis hijas.” Incluso cuando no hayan sufrido ninguna detención las mujeres pueden contar su involucramiento en el sexo comercial preventivamente a alguien de confianza pues si “pasa algo” debe haber alguien al tanto, es decir se ven forzadas a hacer una comunicación para evitar una revelación de su secreto.

El relato de Nelly permite ver cómo en el marco del secreto interactúan los procesos de estigmatización y una legislación poco clara potenciando la vulnerabilidad:

Te ponían el acta, decían que habías hecho disturbio en la vía pública. ¿Qué disturbio? Si venías a ganarte un mango, ¿de qué disturbio me estás hablando? No venía ni desnuda ni nada por el estilo, venía como viene una persona normalmente a trabajar, con un jean, todo tapado, no era que estaba mostrando nada, para decir: “esta mujer está haciendo escándalo en la calle”. Pero bueno, el policía te dice: “¿qué quiere, que le ponga que está haciendo disturbios o que está ejerciendo la prostitución?” Pero más vale que elegís el disturbio, no vaya a ser que me llega un acta a mi casa que diga que estoy ejerciendo la prostitución. (Nelly)

La estigmatización y una legalidad ambigua que favorece las arbitrariedades hicieron que Nelly, para preservar su secreto y mantener el ocultamiento, se haya visto obligada a aceptar una acusación injusta. El ocultamiento del estigma protege del sufrimiento directo y la discriminación; pero a la vez la necesidad de mantener el secreto puede tornarse una vulnerabilidad y limitar más aún las maniobras³⁸ de las subalternas.

Susy sabe que cuando la arrestan tiene que pedir que conste qué ropa llevaban puesta, tiene que rechazar la *probation*³⁹ e ir a juicio; pero también sabe que no todas sus compañeras soportan ir a juicio, que las varias citaciones y luego subir al estrado y hablar públicamente intimidan a la mayoría de las mujeres. Susy llevaba varios años militando con mayor o menor intensidad en una organización. Cuando le mencioné que algunas chicas tenían aversión a participar en las organizaciones debido a la exposición que ello podría suponer, ella me respondió casi interrumpiéndome:

A mí no me interesa, que se entere el mundo, eso es lo que quiero, que se entere. Que se entere que estamos... Que hay personas que estamos en esa situación. ¿Si no qué? Es como meter todo debajo de la alfombra. Ocultar un montón de cosas que nos pasa a la gente y la gente cree que pasa en las películas, nada más. Porque pasa a la vuelta de la casa de uno. (Susy)

³⁸ Por ejemplo, Gaspar (1985) indica que “hacer un escándalo” es una táctica común que las prostitutas de Río de Janeiro usan para amenazar a los clientes que no quieren pagar. La posibilidad de usar esta táctica desaparece en el caso de las que deben ocultar su secreto, incluso ellas pueden quedar expuestas al chantaje.

³⁹ *Procedimiento legal donde el imputado de un delito con pena menor a tres años de prisión solicita la suspensión del juicio a prueba y se compromete a cumplir un conjunto de “reglas de conducta” señaladas en el código penal (entre otras: fijar residencia y someterse al cuidado de un patronato, abstenerse de concurrir a determinados lugares o de relacionarse con determinadas personas, abstenerse de usar estupefacientes o de abusar de bebidas alcohólicas, realizar estudios o prácticas necesarios para su capacitación laboral o profesional, someterse a un tratamiento médico o psicológico, adoptar oficio, arte, industria o profesión, adecuado a su capacidad). Las reglas pueden ser modificadas por el Tribunal según resulte conveniente al caso.*

Más arriba vimos que participar de una organización puede brindar una red de relaciones y nuevas perspectivas para lidiar con el estigma. Aun así, la mayoría de las entrevistadas pensaban que el precio a pagar estaba fuera de su alcance y les resultaba inconcebible abandonar el esquema de ocultamiento. Algunas de las que participaban en organizaciones, describían un cambio de perspectiva y las discusiones con compañeras hacían declinar la dinámica de ocultamiento para pasar a la publicidad. En la medida en que supone abandonar el secreto, este cambio de perspectiva involucraría el paso, a nivel individual, desde un discurso oculto a un discurso público (Scott, J. C., 2000). Es decir que implicaría abandonar las formas de resistencia que se mantenían en un sector alejado de la vista de los poderosos y pasar un terreno de confrontación abierta, y por ello pondría en cuestión concepciones estigmatizantes. Como “mujer en situación de prostitución” o como “trabajadora sexual”, estos desplazamientos permiten un posicionamiento diferente respecto a la estigmatización y una respuesta distinta al desdoblamiento y ocultamiento frente a la mirada de las/os otros.

En algunos lugares no lo podía decir. Yo hoy lo digo en la escuela, les digo en que trabajo, siempre había sido “ama de casa”. Yo lo digo “soy trabajadora sexual”, porque yo lo tengo asumido, entendés, pero fueron viajes, charlas, discusiones, debates, entendés. [...] Hoy gracias a mi organización yo puedo sentarme en una mesa y contar cosas porque lo hablo en la organización [...] se me abrió la cabeza y puedo contar sin vergüenza ni tapujos y decir este es mi trabajo y con esto banqué a mis hijos y los sigo bancando. (Marisol)

Militar en una organización habilitaría para reconceptualizar la estigmatización y poder revalorizar la propia posición, en el caso de Marisol como en varios otros, vía la conexión del “trabajo sexual” con la manutención de los hijos (más adelante veremos algunas de las paradojas que encierra el rol maternal para las mujeres, especialmente

cuando permanecen en la tensión del ocultamiento). Aun con el peso que tiene la maternidad, Das Biaggio *et al* (2008) han observado que la militancia de las “trabajadoras sexuales” en Entre Ríos también representa una ruptura de los roles de género tradicionales y una salida a discutir públicamente sus asuntos.

Mantener el ocultamiento es por supuesto un obstáculo para “salir del closet” frente a “los normales”, pero también interviene en las relaciones con las compañeras.

Valeria: [Sé que] tienen un lugar donde ellas luchan por los derechos, hay otra asociación que también, pero nunca me metí en eso para no afiliarme

Santiago: ¿Por qué?

Valeria: Tenés que afiliarte, al afiliarte sabe hasta el pueblo que vos sos. Entonces, yo nunca me afilie a nada

Santiago: ¿no?

Valeria: nunca

Santiago: ¿tampoco fuiste a reuniones?

Valeria: He ido a reuniones que a veces se hacen por nuestros derechos, he ido, antes pagaban un colectivo, íbamos a hacer quilombo porque nos reprimían mucho y no queríamos tanta represión. [...] Iba yo a la marcha porque las que no íbamos, viste, siempre había quilombo, “¿por qué no fuiste a la marcha por nosotras?”. Íbamos antes a la marcha, pero ya como empecé a abrirme ya no quería marchas. No sé nada de la lucha.

La experiencia de Valeria respecto a las organizaciones representa las posiciones intermedias entre las militantes y las que no tienen ningún vínculo con organizaciones. Su participación parecía estar más motivada por su relación personal (no politizada) con algunas militantes y por querer evitar los conflictos con otras compañeras que por una convicción política. Para las que no eran militantes el temor a que se revele el secreto que protegen con el desdoblamiento es el principal motivo para evitar o restringir su participación en las organizaciones. Dos motivos concretos las alejaban de las organizaciones: la exposición pública

en los medios de comunicación o en manifestaciones, y el registro de su nombre “verdadero” y otros datos a través de la “afiliación” a las organizaciones.

El mecanismo de usar máscaras en las manifestaciones⁴⁰, si bien no siempre se utiliza, pone de relieve las dificultades del paso a la escena pública. Según Lilian Mathieu “las prostitutas están inevitablemente privadas de algunos aspectos importantes de la protesta, como su imagen pública” (2003: 44). La imposibilidad de abandonar el ocultamiento se hace visible, paradójicamente, al exhibir el rostro cubierto.

Quiero detenerme un instante sobre este punto. El rostro tiene una importancia difícil de exagerar en la interacción y en la vida social. La “cara” ha sido pensada como la representación de atributos valiosos en la interacción (Goffman, 1997) y más ampliamente como símbolo de respetabilidad⁴¹; en esos términos cuando el estigma está al descubierto, se puede “perder la cara” o pasar a ser considerada una “descarada”.

El uso de máscaras permite plantear un paralelo. El papel del rostro como identificador y la necesidad de ocultarlo también se puede observar en los anuncios y fotos que ofrecen sexo comercial. Allí se expone el cuerpo de las mujeres asegurando ser una “foto real”, su “nombre artístico” y/o localización, pero no su cara.

⁴⁰ El uso de máscaras en las manifestaciones de prostitutas ha sido registrado en varias oportunidades (ver por ejemplo Mathieu, 2004)

⁴¹ El concepto de cara representa “la respetabilidad y / o deferencia que una persona puede reclamar para sí a los demás, en virtud de la posición relativa que ocupa en su red social y el grado en el que se considera que han funcionado adecuadamente en esa posición, así como la aceptabilidad de su conducta en general.” (Ho, 1976: 883)

Imagen 1. Volantes recogidos en Buenos Aires







Aunque con fines muy distintos, tanto estos anuncios sin rostro –que buscan la exposición comercial sosteniendo el ocultamiento– como las marchas donde se usan máscaras –que visibilizan y politizan cuerpos sin rostros– muestran las formas complejas en que siempre conviven la exhibición y el ocultamiento dentro del mismo *closet* (Sedgwick, 1990). Los paralelos visuales entre las imágenes de la marcha y los anuncios indican la dificultad que supone construir una identidad distinta sin que sea una identidad oculta.

Las máscaras se usaron en algunas de las primeras marchas en Buenos Aires y se siguen usando en algunas ciudades del interior (como puede verse en la imagen⁴²). Esta suerte de grado intermedio en el pasaje de un discurso oculto a uno público llama la atención

⁴² AMMARCTA organiza varias actividades en público donde sus militantes y colaboradoras/es concurren con el rostro descubierto. Sin embargo, la marcha retratada en la fotografía muestra un momento de efervescencia y, según las militantes, una de las que más concurrencia de “trabajadoras sexuales” tuvo en los últimos años.

sobre la necesidad de contemplar los riesgos y las correlaciones de fuerzas –de las organizaciones, de la policía, del apoyo de aliados, etc.– al momento de la visibilización, y permite evaluar qué capacidad existe para cuestionar abierta y públicamente las ideologías que sostienen el estigma.

El otro punto problemático que inhibía a algunas de participar en las organizaciones por sostener el ocultamiento, el registro en la afiliación, se ligaba a otros inconvenientes más amplios. A veces el ocultamiento hace difícil pensar en las posibilidades de situar al sexo comercial como cualquier otro trabajo. Por ejemplo, para algunas entrevistadas las demandas por una cobertura de salud y aportes jubilatorios⁴³ como “trabajadoras sexuales” son incompatibles con mantener su secreto. Este temor fue mencionado en especial por las más jóvenes y las escorts. Luli, por ejemplo, encontraba problemático tener un registro y una obra social, no tanto por su estigmatización, sino por la de su hijo

Porque saltaría como si fuera un trabajo en blanco, y yo no llevaría a mi hijo a ningún lado donde tenga que decir que trabajo de esto [...] Teniendo esa libreta, como que... esto se transformaría en un trabajo digno, en blanco... Pero es mentira, yo llego a llevar a mi hijo a algún lado público y digo que soy prostituta, el dedo marcador va a estar siempre sobre él. No. Yo me cuido mucho con el tema de salud, pero no... En las organizaciones y en esas cosas no me metas porque no me gusta. (Luli)

De todas formas, más allá de los temores que suscita, participar en una organización no siempre significa a “salir del closet”⁴⁴, aunque ello pueda ser políticamente controvertido. Tras haber entrevistado a mujeres con diverso grado de involucramiento en

⁴³ Ambas carencias son esgrimidas por aquellas mujeres que se reivindican “en situación de prostitución” para sostener que la prostitución no puede ser considerada un trabajo.

⁴⁴ Es cierto, como señala Eve Kosofsky Sedgwick (1990), que nunca es posible salir completamente del closet pues en cada interacción frente a desconocidos/as emerge una presunción de heterosexualidad, en nuestro caso presunción de sexualidad gratuita o no comercial. No obstante, aquí me refiero a casos donde no se había “salido del closet” con la familia.

las organizaciones pude observar que participar de una organización, aun con una militancia intensa, no implica, necesariamente, haber comunicado la implicación en el sexo comercial a la familia o amigas/os. Mantener el secreto en ciertos ámbitos –especialmente en la familia–, era una opción para algunas de las que participaban en organizaciones en Buenos Aires, pero esto sería difícil en Rosario y prácticamente imposible en San Juan.

Pueblo chico... La visibilidad como panóptico

Algunas diferencias entre las ciudades permiten interpretar el contraste entre las experiencias en relación a la efectividad del desdoblamiento y las posibilidades de sostener el ocultamiento. Mientras en San Juan la mayoría de las mujeres sufrieron una revelación de su secreto, en Rosario las experiencias se hallaban más distribuidas y en Buenos Aires la mayoría o le comunicó a alguien (confidente) o lo mantiene más o menos oculto.

Cuadro 1. Experiencias de revelación, secreción/ocultamiento o comunicación según ciudad

	Revelación	Secreción / Ocultamiento	Comunicación
San Juan	++	+/-	-
Rosario	+	+	+/-
Buenos Aires	+/-	+	++

Un factor clave para comprender estas diferencias es la represión policial, que se incrementaría en San Juan y repercute sobre las posibilidades de mantener el ocultamiento (sobre todo si, además de los antecedentes y la detención, el maltrato de la policía deja huellas en el cuerpo).

Santiago: ¿Y ahí cómo fue con tu familia, ellos no sabían, o cómo manejaste ahí la cosa?

Úrsula: Ellos sabían, pero se empezaron a entender... a entender cuando empecé a caer presa. Porque nada... salía moreteada cada dos por tres, y creían que tenía un amante, alguien que me vivía golpeando (Risa leve) Y no era así. O cuando me perdía dos o tres días y era que estaba presa.

Según la encuesta sobre trabajadoras sexuales citada más arriba, en Rosario el acoso policial sería de un grado intermedio y en Buenos Aires el más bajo a nivel nacional (Ceil-Piette/CONICET, 2007). Esto se complementa con el papel de las organizaciones, tanto al proteger a las mujeres (en cierta medida) de los abusos policiales, como al propiciar las salidas del ocultamiento. La inexistencia de organizaciones en San Juan contribuye para comprender las diferencias, por contraste con Rosario y Buenos Aires donde las organizaciones son de las más fuertes a nivel nacional.

He dicho que las dimensiones de las ciudades más pequeñas impiden alejarse del hogar para hacer sexo comercial. Además, el tamaño relativamente reducido de San Juan hacía que las mujeres sintieran temor de ser reconocidas cuando trabajaban en las calles o incluso en cabarets, y también de encontrarse con clientes indiscretos en contextos inapropiados. Otras investigaciones han señalado el problema que suponen los chismes para el manejo de la información relativa a la sexualidad en ciudades pequeñas (Jones, 2010)⁴⁵. Esta preocupación aparecía entre algunas entrevistadas en las otras dos ciudades, pero en San Juan se incrementaba por la circulación de los relatos de quienes habían sufrido la experiencia de la revelación. Según Anthony Giddens

⁴⁵ El trabajo de Daniel Jones sobre la sexualidad adolescente en Trelew muestra cómo el contexto de una ciudad de dimensiones reducidas representa la amenaza constante de los chismes. Siguiendo a Simmel, afirma que en un círculo reducido es difícil mantener secretos, pues los miembros están demasiado cerca unos de otros y la frecuencia de los contactos tienta a contarlos.

La prostitución está directamente relacionada con la desarticulación de pequeñas comunidades, el desarrollo de grandes áreas urbanas y la comercialización de las relaciones sociales. En las pequeñas comunidades tradicionales las relaciones sexuales estaban controladas por su propia visibilidad, mientras que en las nuevas áreas urbanas se establecen con facilidad conexiones sociales más anónimas. (2000: 154)

Aunque ninguna de las tres ciudades constituye una “pequeña comunidad tradicional”, San Juan tampoco es una “gran área urbana” y sí mantiene rasgos tradicionales. Allí las mujeres percibían una mayor discriminación: repetían “la sociedad nos mira mal” con mayor frecuencia, había más preocupaciones por el anonimato en la entrevista y fue el único lugar donde una entrevistada pidió que no usara grabador por miedo a que se revelara su implicación en el sexo comercial.⁴⁶

Para algunas mujeres esta situación, que las expone más a la revelación o la secreción y representa un peor escenario para la comunicación, también es preocupante pues menguaría las chances de retirarse y dedicarse a un trabajo socialmente valorado

Tampoco me quiero andar quemando en esto, por ejemplo. Yo lo quiero es ser enfermera... Entonces voy a estar trabajando en un lugar público, donde va a ir mucha gente, y me va haber ponele... un cliente. Entonces el cliente va a decir “mirá, la enfermera aquella...” O así, ¿viste? es el miedo... (Daniela)

Los temores de que el “estigma de puta” invada otras esferas de la vida se incrementan donde la moral sexual es conservadora y las relaciones de género responden a

⁴⁶ Como en todas las entrevistas, garanticé el anonimato y reserva, pero Lorena me dijo que había tenido una mala experiencia con un periodista (aunque no me quiso decir de qué medio), no tenía problemas en que le hiciera la entrevista pero que estaba más cómoda si yo tomaba notas y no la grababa.

una lógica patriarcal férrea, tal como sucede en San Juan⁴⁷. Todo este contexto hace que la visibilidad se viva como vigilancia desde un panóptico y la visibilización como gesto muy arriesgado.

Los distintos aspectos del desdoblamiento (nombre, teléfonos, vestimentas, alejamiento) apuntan a mantener oculta la información que estigmatiza desarticulando distintos “yo” y mundos de relaciones dentro y fuera del ambiente. Esta táctica se ve amenazada, además de las miradas y la indiscreción de cualquiera, por el registro y la detención que establece la policía y, a la vez, por la militancia y la afiliación en las propias organizaciones. Con fines políticos antagónicos, tanto una como otras ponen a las mujeres en un problema pues exponen el nombre o el cuerpo (y el rostro) en la esfera pública. También otras condiciones como habitar una ciudad pequeña y conservadora amplifican el riesgo y hacen inminente la revelación del secreto. Pero ¿a quienes se oculta ese secreto?

⁴⁷ Un estudio sobre las creencias religiosas permite ver los contrastes en términos de moral entre las tres ciudades incluidas en esta tesis. Buenos Aires aparece caracterizado con la mayor incidencia de valores progresistas y afines a la autonomía sexual de las mujeres –por ejemplo en relación al aborto–. Rosario ocupa un lugar intermedio, mientras que San Juan y Cuyo aparecen signados por un estilo conservador y tradicional en relación a la sexualidad, expresado por ejemplo en la mayor oposición a la educación sexual o al aborto como derecho de las mujeres (Mallimaci, 2013). Otros puntos pueden colaborar a ilustrar el contexto sanjuanino. Por ejemplo, en 2010 San Juan se convirtió en el puntal de la oposición al matrimonio igualitario, y durante 2012 fue elegido como próxima sede del encuentro nacional de mujeres como forma de cuestionar el tono patriarcal imperante en esta ciudad.

Fuera del “ambiente”. ¿Cuánto cuesta mantener un secreto?⁴⁸

Me referiré ahora a las relaciones de las entrevistadas por fuera del sexo comercial. Me interesa abordar los vínculos con aquellos/as que pueden incidir sobre la autoimagen de las mujeres y que funcionarían como “otros significativos”⁴⁹ afectando las experiencias de hacer sexo comercial. Incluyo: los vínculos amistosos, luego los familiares y en particular los vínculos con los hijos/as –los más cargados de significaciones y contradicciones–.

Como podemos deducir a partir de la sección anterior, qué información fluye fuera del “ambiente” no es algo que se maneja a libre voluntad, sino como jugadas en un escenario que puede ser más o menos adverso. La complejidad del manejo de la información supone muchas veces establecer comunicaciones, o dejar que ocurran secreciones, como forma de evitar una revelación que pudiera resultar en un perjuicio mayor e incontrolado. Varias mujeres me planteaban que la dificultad de hablar sobre el sexo comercial con sus conocidas/os ajenos al mundo del sexo comercial no sólo tiene que ver con el miedo a la discriminación, sino con todas las reacciones del/a interlocutor/a. Cuando se cuenta un secreto a alguien se debe estar seguro de que no se usará esa información como forma de venganza, tal como algunas mujeres me dijeron que les había sucedido con sus parejas o ex parejas que frente a algún conflicto lo revelaban a sus familias.

⁴⁸ Este apartado y los siguientes fueron posteriormente publicados en castellano (Morcillo, 2017b) y otra reelaboración en inglés (Morcillo, 2018b)

⁴⁹ Me refiero a “otros significativos” en el sentido general que se le da desde el interaccionismo simbólico y como forma de aludir a un espectro de personas más allá de la familia. Otros significativos son aquellas personas de suficiente importancia en la vida de un individuo como para afectar sus emociones, comportamiento, y el sentido de sí mismo (ver Mead, 1972). Incluye miembros de la familia, pero también amigos cercanos (también las relaciones de pareja podrían ser incluidas, pero me referiré a estas puntualmente en el capítulo 6).

Un elemento que las mujeres consideraban para definir a quién contarle era si los/as interlocutores/as eran varones o mujeres⁵⁰. El sexo-género juega un lugar importante en relación al tráfico de información. Comunicar a un varón era visto como algo más riesgoso o difícil –especialmente si ese varón formaba parte de la propia familia–.

Lidia, además de hacer sexo comercial, trabajaba como empleada doméstica en algunas casas. Su criterio sobre con cuáles patronas/es compartir o no su secreto, tenía que ver con la forma en que se entablaba el vínculo, con quienes pudo entablar una amistad se sintió habilitada a comunicarlo.

Se lo conté así como... como estoy conversando ahora con vos. A ellos no les importa si vos sos de más o de menos, si tenés o no tenés, sino que seas sincero ¿me entendés? Bueno, conversamos con las chicas, un día me puse a conversar, conversar y yo le dije, miren, estábamos hablando de sexo, justo entre nosotras y bueno. Y salió la casualidad y yo les conté a las chicas y me empezaron a preguntar, “pero este tipo te va a gustar, ¿Cómo le haces vos?” Muchas veces me decían ellas que yo tenía que enseñarle yo a ellas para ellas estar con unos hombres... por ahí se te hace difícil que una mujer te venga y te pregunte eso, pero... Quedé bien, siempre me preguntan, a veces me llaman por teléfono para preguntarme: “eh, flaca ¿cómo andás de trabajo?, ¿cómo te está yendo?, ¿te tratan bien en la calle?” y yo me siento bien porque por lo menos sé que yo les cuento y que no les mentí nunca y saben que si me llega a pasar algo en la calle saben que estoy acá. (Lidia)

Aunque en principio a Lidia le resultaba incómodo hablar con mujeres, la complicidad o solidaridad de género funcionó y logró incluso una valorización de sus saberes

⁵⁰ No incluyo acá a las travestis pues en todos los casos que pude conocer cuando las mujeres tenían vínculos con travestis estas se dedicaban al sexo comercial y por ende hablar con ellas, si bien podía presentar algunas diferencias respecto a hablar con otras compañeras mujeres, no estaba cargado con la tensión del secreto como sucede en el caso de los/as ajenos al sexo comercial.

acerca del sexo. Para ella, haber entablado este vínculo –por “casualidad”, pero también fruto de “saber desenvolverse”⁵¹– le generó un apoyo (capital social) que no obtuvo en su familia. Varias entrevistadas encontraban más sencillo hablar con alguien que no fuera un familiar directo.

Además, en la forma en que Lidia identifica interlocutoras/es hay también una percepción sobre las diferencias de clase. Cuando Lidia señala: “a ellos no les importa si sos de más o de menos, si tenés o no tenés” está haciendo referencia a otro aspecto clave a tener en cuenta en las relaciones fuera del ambiente: el manejo del dinero, algo estrechamente relacionado con la clase.

No sólo el estigma relativo a la sexualidad era un problema, algunas entrevistadas, sobre todo las escorts cuyos ingresos eran mayores, no querían contar el secreto a algunos/as amigos/as, preocupadas por cómo el dinero (“van a saber que tengo plata”) cambiaría la relación. Aquí podemos advertir otro asunto clave: al comunicar el secreto del involucramiento en el sexo comercial no sólo se descubren aspectos de la intimidad sexual, sino que también se habla implícitamente sobre los dineros personales, algo que puede ser considerado más íntimo que la sexualidad. Las escorts se veían en la disyuntiva entre disimular todo el tiempo sus ingresos y por ende moderar sus gastos, o comenzar a dar explicaciones. Una de las coartadas utilizadas era tener otro trabajo como forma de “blanquear la plata”. Sin embargo aun así tenían que disimular la diferencia de ingresos, Daiana me comentaba: “obviamente el nivel de vida que lográs alcanzar trabajando en esto no es de una persona que trabaja en comercio o vendiendo ropa solamente, entendés,

⁵¹ Este “saber desenvolverse” que mencionaba Lidia hace referencia a las capacidades de “leer” a las personas, algo que constituye una habilidad fundamental para las que hacen sexo comercial.

entonces tenía que caretearla”⁵². Las dificultades del ocultamiento, mezcladas con la contradicción de tener que estar disimulando una de las cosas que más se valoran y que más se disfruta del sexo comercial, hacen que el dinero sea uno de los elementos que generan las filtraciones del secreto, especialmente en el marco de los vínculos familiares.

Familia. Entre afectos y silencios

Si entre las amigas/os a veces puede resultar difícil establecer una comunicación, en el marco de la familia se hace más difícil aún, y a la vez, ocultar también se torna más trabajoso. Algunas investigaciones plantean que cuando la prostitución se mantiene en secreto contribuye a la disgregación de los vínculos familiares (Chejter, 2001; Das Biaggio *et al.*, 2008; Soto, 1998). En los relatos de las entrevistadas se podía leer estos procesos, pero funcionando de formas más complejas. Aquí sostendré que las tres formas en que circula la tensión del secreto (secreción, revelación y comunicación) se regulan en relación con tres factores: los intercambios monetarios, las relaciones de género y las de parentesco.

La información del secreto permanece soterrada en el marco de la familia, sobre todo en los casos de mujeres que no han pasado mucho tiempo haciendo sexo comercial. Tal es el caso de Anahí para quien las expectativas de rol de su familia no se condecían con su actividad (“todos me tienen como la mejor, la mejor madre, pero nadie sabe porque yo no me animo a contarles tampoco”) y era también lo que sucedía a Marisol cuando comenzaba.

⁵² La dificultad que Daiana encontraba para saber qué trabajo podía usar como coartada (que pudiera tener un nivel semejante de ingresos) muestra tanto la brecha de género que atraviesa el mercado laboral como el plus de ingresos que reciben las mujeres que hacen sexo comercial, sobre todo las escorts.

Antes cuando era más joven y tenía ganas de contar y era poca gente las que me escuchaban. Venían casi siempre mis compañeras más íntimas que estaban en la esquina, cuando estaba angustiada, cuando tenía problemas, yo a mi familia no se los podía contar. (Marisol)

Cuando las mujeres han pasado más tiempo en el sexo comercial, la tensión que sostiene el ocultamiento comienza a filtrar. Las secreciones comienzan en dos frentes: las ausencias del hogar a causa del trabajo nocturno y/o por las detenciones, y el dinero. Marisol me dijo que en su familia sabían todos, pero ni ella les había contado ni se habían enterado por algún otro lado, sino que “siempre lo sabían porque yo bancaba en mi casa y salía de noche y volvía de madrugada”. Abril suponía que su familia y amigos sabían, “yo creo que se lo deben imaginar, no hacés así y viene la plata, me imagino que hay gente que se lo debe imaginar, pero no lo quiere saber en concreto, entonces no se habla”. Aun así, cuando se filtra la información por medio del dinero esto suele poner un manto de silencio mayor, pues hay algo que se intuye, pero se niega.

La introducción directa del dinero en los vínculos familiares lleva a que se dejen de lado tanto las críticas como todo tipo de comentarios. Esto se pone en evidencia en el contraste con las relaciones en las familias políticas. El relato de Irene, quien tras enviudar comenzó a hacer sexo comercial, es un ejemplo de cómo el dinero introduce consuetudinarios silencios de un lado, y del otro, insultos y acusaciones (en el marco de las celebraciones familiares).

Irene: Me costó mucho porque era una forma de ayudar también a mi familia, a mis hermanos. Pero de ayudarles no porque me obligaban, sino que yo sentía la necesidad de ayudarlos porque es una forma de escape mío, de decir...este...como justificar, creo, lo que uno está haciendo, ¿no? Porque...este...no debe ser nada difícil...para ellos debe ser re difícil, ¿no? Aunque yo no sé, hasta hoy día, ellos jamás me preguntaron en qué trabajo.

Santiago: ¿No?

Irene: Jamás. Y el tema de que yo jamás les pedí nada a ellos, jamás, ni a mi familia, ni a la familia de...de mis hijas. Ni a los tíos, ni a los abuelos. Ellos sí me cuestionaron mucho y dijeron muchas cosas de mí, como ser esta, por ejemplo, que yo era una prostituta. Una puta. Ellos no usaban la palabra prostituta, sino decían una puta [...] ellos me cuestionaban, pero tampoco nunca me ayudaron en nada. Después, cuando mis hijas más chicas cumplieron los 15, que yo le festejé el cumpleaños de 15 a la primera, mi hija me dijo: “Mamá, yo los voy a invitar a mis abuelos y a mis tíos.” Y yo dije entre mí, yo no la quiero ni ver a esa gente, digo. Pero bueno, es la sangre de ella. Se respetó su decisión. Bueno, ellos vinieron. Vinieron todos. Yo pensé que no iban a venir, pero vinieron. Este...bueno...yo me sentí...estaba muy nerviosa porque bueno, quería que la fiesta, todo saliera bien. Bueno, salió todo bien. Pero aun así, uno de ellos salió diciendo “Y cómo le habrá quedado...”, hablando, ¿viste?, en palabras grotescas, “Cómo le habrá quedado la [baja la voz] concha”, dice, “para hacer esta fiesta”.

Cuando no hay tránsito de dinero es más probable que emerjan los cuestionamientos y la condena moral, y en el caso de la familia política las envidias y resentimientos, como había sufrido Irene. Aquí podemos pensar que a las rivalidades que pueden ser más o menos comunes entre los parientes políticos, se podría sumar el resentimiento de quienes ven en el sexo comercial una afrenta al vínculo de parentesco sancionado en el matrimonio.

Sin embargo, la independencia económica de las mujeres respecto a sus familias les permite hacer frente a los planteos de quienes no les pueden dar una solución duradera como alternativa al sexo comercial.

Decían que yo no tendría que trabajar en la calle. Pero bueno, nadie te da nada. O sea, otros trabajos está bien, hay otros trabajos. Yo he trabajado también, un mes... de empleada, porque... me re-cagué de hambre ese mes y la plata que cobré...

yo pagaba alquiler, todo [...] Y he pasado muchas necesidades con mis hijos y nadie me ha dado nada. Por eso no me importó mucho... o sea, el que cuestionaran este laburo. (Sonia)

Siempre la gente y la familia te criticaba, porque la familia no era de la noche, si bien criticaba tu palo, pero siempre cuando había algún problema venían “pero, la Marisol tiene un juez, un médico, un abogado, llamemos a la Marisol...”. Y vos siempre estabas, y eso le pasa a un montón de chicas. (Marisol)

El dinero y las “ayudas” pueden acallar con el tiempo las críticas de la familia, incluso padres y hermanos pueden hacer la vista gorda. Según Viviana Zelizer (2008) los significados del dinero pueden variar en las distintas relaciones y puede ser valorado de diversas formas. En este caso, hay una tensión entre la forma de circulación (las ayudas) que expresa cierto afecto y el origen devaluado de este “dinero sucio”.

En algunas oportunidades las “ayudas” no significaban un silencio como contrapartida, sino que había una preocupación y un cuidado en el marco del afecto –especialmente de sus madres–, entonces poder ayudar era un motivo de orgullo. Sin embargo, estas eran situaciones infrecuentes y cuando la forma en que ganan ese dinero que ayuda no puede ser comunicada el orgullo permanece encerrado en el fuero interno.

En este ambiente vos tenés plata y tenés un montón de amigos, siempre, hasta tu familia, por eso te digo, hasta tu familia con plata aceptan todo, por plata te aceptan que tomes merca, por plata te aceptan que llegues dura, por plata te aceptan un montón de cosas, cosas que no las aceptarían si no tuvieras plata. Entonces como vos a veces pagás joyitas o pagás cosas, aceptan ¿Entendés? Ellos... No, no, es un bajón para mí, es como que yo ya he aprendido a aceptarlo, a mí me chocaba a veces de mi propia familia, decía: “Mierda”. Pero, y bueno, la plata mueve el mundo. (María)

En estos vínculos los regalos y pagos servían para mantener soterrada la implicación en el sexo comercial, pues sin discutir el origen del dinero se puede disfrutar de los regalos y las ayudas. Pero la valoración negativa persiste. Además, en este caso, la valoración era compartida por ambos lados, como revela María cuando asocia el sexo comercial con el consumo de cocaína en tanto conductas que no son permisibles en el seno familiar, así como tampoco es esta permisibilidad rentada lo esperable de la familia.

Vimos que otra forma en que se libera la tensión del secreto es mediante una irrupción repentina. Una revelación puede generar una rápida reacción en cadena, pero cuando la tensión que había entre la que portaba el secreto y los/as destinatarios/as estalla súbitamente, a continuación puede obturarse el diálogo y pasar a ser una suerte de secreto a voces. Esa secuencia me relató Daniela: apenas había comenzado a hacer sexo comercial cuando sus compañeras le hicieron un *outing* e informaron a su esposo y este a la familia de ella. Luego de este episodio todos sabían, pero jamás hablaban al respecto. Una revelación puede aminorar el sentimiento de culpa –así fue para Daniela y eso la habilitó a sentirse más cómoda para trabajar y tratar mejor a sus clientes–. Pero este alivio súbito de la tensión, sobre todo cuando luego no se vuelve a mencionar el asunto y queda en silencio, no habilita –a diferencia de las comunicaciones– el tendido de una red de solidaridades que permita recuperar capital social: ninguna de las amigas de Daniela estaba al tanto y tampoco sus hijos.

Si el cuidado de los hijos/as servía como explicación para buena parte de las acciones de las entrevistadas, no había mejor destinataria de una comunicación que sus propias madres quienes muchas veces quedaban a cargo del cuidado de sus nietos.

Mi mamá porque no le miento nada. Es la... que está... aparte de la niñera, la que está con mi hijo. Y el día de mañana si me llega pasar algo, no quiero que tome el papel de estúpida, de que mi hija es una santa, mi hija es esto, mi hija es aquello... No se lo merece. (Luli)

La relación madre-hija, culturalmente construida como vínculo de afecto y desinterés, parece casi la única capaz de soportar la comunicación de este secreto (excepcionalmente las hermanas cumplían este rol). En ausencia de los padres, quienes cuidaban a sus hijos/as mientras ellas trabajaban muchas veces eran las madres de las entrevistadas (en ningún caso se mencionó al padre de los/as hijos/as como alguien que pudiera cuidarlos). Así como con alguna compañera sostenían coartadas frente los hijos/as, también armaban encubrimientos con las abuelas de estos/as. Aquí la solidaridad de género sumada al vínculo filial hace que sea posible comunicar el secreto con la misión fundamental de ocultarlo a los hijos/nietos. Si las madres, a diferencia de otros miembros de la familia, son destinatarias privilegiadas de la comunicación para proteger el secreto, los/as hijos/as son los peores destinatarios para una revelación y esta posibilidad llena de temores y culpas a las mujeres. Veamos cómo sobrellevan los vínculos con sus hijos e hijas.

(Ab)negación y culpa. Por ellos/as todo (en secreto)

“Yo, quiero invertir en mi hijo en amor, cariño, plata, lo que sea, pero no en un marido, no tengo ganas” (María)

“[Las parejas] no funcionan... tengo que mantener a un vago, pero para mantener un vago, prefiero tener un hijo. Mantener un hijo más” (Mónica)

Santiago: ¿Y trabajás en conjunto con alguien?

Juana: No, para mí sola.

Santiago: Para vos sola.

Juana: Bueno, pa' la fiola que tiene un año y medio, porque los pañales, que la leche. [Risa] (Juana)

En una mesa redonda sobre antropología feminista, Dolores Juliano dejó caer la provocadora idea de que “los verdaderos ‘chulos’ [fiolos en jerga argentina] son los hijos/as de las prostitutas”. Más allá de la controversia, para analizar el vínculo de las mujeres que hacen sexo comercial con sus hijos/as, resulta interpretativamente valioso considerar de qué forma manejan el dinero que ganan: ¿cuánto destinan a sus hijos/as? ¿En qué tipo de bienes o servicios? ¿Administran ellas el dinero o sucumben a cualquier petición?

Santiago: ¿Cómo administras la plata?

Anahí: toda la plata que tengo, todo es para él, yo no me compro ni una remera. Mi mamá siempre me dice: “todo no le tenés que dar a él porque él se va a mal acostumbrar”. Le digo que sí que él ahora es chiquito, no sabe.

Podemos pensar que las madres que consienten caprichos de sus hijos/as son algo bastante común, sin embargo, esto asumía características particulares en el caso de las mujeres que hacen sexo comercial. Casi todas las entrevistadas que tenían hijos/as dijeron, sin ningún resquemor, que les compraban y regalaban todo tipo de cosas. Incluso declaraban gastos suntuarios⁵³ con orgullo. Estos consumos contrastan con su contexto socioeconómico, por ejemplo, en el caso de Valeria considerando el tipo de construcción en el que habitaba.

⁵³ Por ejemplo, Deby –que no había terminado la primaria y trabajaba en una esquina cerca de la terminal de San Juan– me contaba que dedicaba buena parte de sus ahorros a su hijo, “él no puede usar zapatillas ‘truchas’” y por eso siempre le compraba “Nike o Adidas” e incluso viajaba a Mendoza o mandaba a pedir a Buenos Aires para acceder a modelos más exclusivos.

A mi hijo mayor lo vestí con las mejores ropas. A él nunca una zapatilla de 70 pesos, de 500, 600, 700; lo empilchaba de arriba abajo a mi hijo mayor. Y tenía computadora, tenía Internet, tenía todo, todo tenía en mi casa completita, en la casilla⁵⁴ (Valeria)

A su vez, este tipo de gastos dedicados a los/as hijos/as pueden llevar a las mujeres a dilatar la decisión de retirarse. Irene se había puesto como meta terminar su casa para luego dejar finalmente el sexo comercial, pero cuando estaba por terminarla tuvo que elegir entre eso y festejar el cumpleaños de quince de su hija: “la felicidad de ella eran los quince. Y bueno, entonces, opté por hacerle el cumpleaños”⁵⁵. Susy no podía definir cuándo retirarse, ya tenía una casa propia y una pensión, pero el motivo para seguir trabajando era su necesidad de comprar cosas para sus hijos –aun cuando ellos/as ya eran grandes y se podían mantener por sí mismos–, no podía “cortar”.

Lo que pasa que gano tan poquito con la pensión... (Risa leve)
No me retiro porque siempre... ¿viste?... Siempre tenés la familia..., que algún... querés ayudar. Porque uno... la verdad que se acostumbra toda la vida a generar... A generar para los demás. Y cuando... llega a... por ejemplo, ahora que ya soy grande y... bueno... tengo una pequeña pensión... Pero... no sé... pero... uno se acostumbra con los hijos... darles cosas para que sean felices. Entonces uno... no podés cortar eso de no darles las cosas, siempre les tenés que dar cosas. Porque te sentís feliz uno... y hacés feliz al otro. Entonces bueno... es una recompensa para... para uno (Susy)

⁵⁴ Recién varios años después Valeria cambió su casilla por una casa de material.

⁵⁵ En este cumpleaños, donde invirtió una suma muy importante para cubrir todos los detalles, fue justamente donde recibió las recriminaciones de su familia política que mencioné más arriba.

En los infinitos regalos hacia los hijos/as, en esos gastos suntuarios, en la sobreprotección, y en la necesidad inagotable de “generar para los otros” se obtiene una “recompensa para uno”. El mecanismo de los obsequios parece fundarse en un sentimiento culpógeno, María me decía que cada vez que compraba algo para ella compraba también para su hija para no sentirse culpable. Esta culpa aparecía con más fuerza en aquellas que tenían las concepciones más negativas del sexo comercial. Entonces, si pensamos al consumo como una de las formas rituales contemporáneas (Douglas y Isherwood, 1990; Garcia Canclini, 1995) podemos entender estos gastos como un sofisticado ritual de purificación donde el “dinero sucio” puede limpiarse en regalos para los hijos/as. En el contexto actual es comprensible que el consumo como ritual purificador sea ciertamente más efectivo que los baños.

Al quedar la purificación ligada al consumo, la propia condena moral lleva a las mujeres que tienen hijos/as a continuar haciendo sexo comercial para ellos/as⁵⁶. María, quien conocía en carne propia las necesidades de las que tienen hijos/as a su cargo, me dijo que cuando buscaba chicas para ofrecerles hacer sexo comercial bajo su intermediación, o sea para ser su proxeneta, se concentraba en las que tenían hijos/as. Para persuadirlas⁵⁷ les explicaba:

⁵⁶ Solamente una entrevistada se oponía conscientemente a este patrón de conducta culpógena. Luli, quien a pesar de ser la que declaró ingresos más elevados, ponía límites a sus gastos en regalos y enseñaba a su hijo a hacer las tareas de la casa dándole recompensas por ello. De esta forma ella intentaba ir preparando el terreno para su retiro: “no siempre voy hacer entrar la misma plata... ni lo puedo mal acostumbrar a eso”.

⁵⁷ Usaba ese mismo mecanismo para “manguear plata” a sus clientes: “Entonces le digo: ‘Vos sos mi amigo, ayudame, no tengo trabajo, estoy desempleado, soy madre [risa] soy madre soltera’. Viste, entonces como que medio que los pongo en, en ese aprieto, claro, probablemente se deben sentir mal” (María).

“Lo bueno de esto es que no dejás a tu hijo mucho tiempo, lo dejás una hora, no tenés que dejarlo ocho horas ni cuatro horas, lo dejás una horita, te pagás una niñera y no es que te gastás mucha plata en la niñera” Les digo: “Venís, venís con plata y ya tenés para ir a comprarle zapatitos” siempre entran por los hijos: “Zapatitos a tus hijos, leche, no tenés que estar mendigándole plata a nadie, te manejas con tu plata” (María)

No obstante, no toda la relación con las/os hijas/os se resolvía en este mecanismo de consumo culpógeno. Otro gasto asociado a los hijos/as era la educación. Si bien no era referida tantas veces como los regalos, varias mujeres hacían énfasis en que “este trabajo” les había dado la posibilidad de pagarles una buena educación a sus hijos/as, y a veces agregaban “la educación que yo no tuve”. Esta educación se entendía como una forma de “progresar”, es decir un camino para dejar de reproducir su posición social. Especialmente cuando se referían a sus hijas mujeres remarcaban el deseo de que ellas optasen por “otra vida”. El caso de una mujer que había “traído” a su joven hija a trabajar a la zona enardecía a Pía quien concebía esto como un límite de su dignidad:

Santiago: ¿Y tus hijos no saben del trabajo?

Pía: No. A veces me enojo..., me pongo mal, porque acá en la zona hay muchas chicas... mayores que yo, que tienen hijas adolescentes y la traen a prostituir, ¿entendés? A mí... mirá, yo seré una... Voy a ser un poquito guasa.

Santiago: Sí.

Pía: Trola, todo lo que vos quieras, pero traer a mi hija, meterla, traerla acá... Si vos ya sabés lo que es... Lo que pasaste, lo que sufriste para llevar el mango a tu casa. ¿Exponer a mi hija acá? ¡No! A mí me da bronca, ¿viste?

Incluso ser una “trola” es más aceptable que profanar el vínculo filial, pues para muchas la sacralidad que se pierde sobre el acceso a su vagina (Bourdieu, 2000) se traslada al vínculo con los/as hijos/as. Por ello Nelly, aunque estaba

orgullosa de haber solventado la educación de sus hijos varones, también contaba con pesar⁵⁸ cómo vivía el que su hija se dedicara al sexo comercial:

Nelly: Hoy en día tengo a mis hijos grandes, son un orgullo, mi hijo va a quinto año, no me repitió un año, está bien, mi hija me ayuda, no es ningún orgullo para una madre que mi hija esté acá, no es ningún orgullo, pero bueno.

Santiago: ¿Por qué decís que no es ningún orgullo?

Nelly: Y no, me hubiera gustado otra cosa, como mamá, que fuera más como persona, como ciudadana, que sea alguien en su vida, como te decía antes, me hubiera gustado que seagendarme. Pero bueno, a veces uno no puede mandar en la vida y en los deseos de la gente, mucho menos de los hijos. Yo no te digo porque está mal lo que hizo porque yo también lo hago, pero ella no tenía necesidad de esto, porque ella no tenía hijos, no tiene nada, pero como que ella me apoya porque dice: “vos peleaste por nosotros y yo te sigo apoyando”.

Para todas las mujeres era prioritario evitar que las hijas siguieran sus pasos (aunque algunas con temor sabían que una vez siendo mayores de edad no podrían imponérselo). María, aunque había tenido la posibilidad de educarse o de trabajar en otra actividad y había elegido el sexo comercial, quería separar todo lo posible a su hija del “ambiente”.

No quiero que se entere y aparte no quiero que lo viva y lo viva como algo natural o normal ser prostituta, no, nooo. Quiero que tenga otras opciones, las opciones que... Yo no quise tener otras opciones, porque a mí no me gusta laburar ni estudiar ¿Me entendés? Pero quiero que ella sí tenga otras opciones de vida. (María)

⁵⁸ Esta situación era tan difícil para ella que al principio me había dicho que su hija era una “amiga” y recién luego de haber entrado en confianza me contó su verdadero vínculo. Este no fue el único caso de este tipo, la madre de Daniela también hacía sexo comercial, sin embargo no pude encontrarla para conversar con ella.

Estos deseos de segregar a las/os hijas/os del “ambiente” toman diversas formas, además de “pagar la educación” como forma de evitar que se sigan sus pasos, también se expresan en el temor a “contagiarles” enfermedades por el mero contacto, como habíamos visto más arriba. Esto hacía que las entrevistadas pusieran límites a ciertos contactos con los clientes, por ejemplo, cuando las mujeres estaban amamantando impedían a los clientes que tocaran sus pechos. Otras veces el uso de preservativos se fundaba en el temor a “contagiar” a sus hijos/as

Porque si yo estoy acá y no te toco una pija ni con una orden del juez, con la mano, es obvio que es porque tengo a alguien atrás mío ¿me entendés? Tengo gente atrás mío. Principalmente a mis hijos. Y yo no puedo llevar a mi casa una enfermedad. Cualquiera, la que sea. No solamente el HIV. (Vanesa)

Cuando las mujeres tenían hijos adolescentes el límite tenía que ver con la edad de los clientes. Lidia directamente optaba por no salir con “pendejos” pues lo veía como una falta de respeto: “porque les estaría faltando el respeto a los hijos de nosotras que tienen la misma edad de los pibes que vienen acá a salir”.

Mantener a los/as hijos/as segregados/as del “ambiente” es también una forma de intentar evitar que sean discriminados/as, aunque los cuidados nunca parecen suficientes.

Lorena: Esto me va traer muchos dolores de cabeza... mis hijos ya son grandes...y por la discriminación... además por más que yo deje esto... esto me va a seguir... por más que ya un día no trabaje más esto me va a seguir...

Santiago: ¿por qué?

Lorena: porque me va a seguir... por ahí alguien por hacer daño... diga lo que yo fui... y me va seguir... me preocupa por mis hijos qué van a decir, viste, su entorno...

Las preocupaciones se incrementan por el temor del contagio del estigma (*courtesy stigma*) –entendido como la capacidad expansiva del estigma de causar un descrédito en quienes rodean a la persona estigmatizada (Goffman, 1986)–. Las cualidades de la estigmatización –invasivas (hacia las distintas esferas de la vida), persistentes (aun luego de retirada) y expansivas (hacia los/as hijos/as)– complican el panorama para Lorena.

Los intentos por separar a los hijos/as de todo contacto con el sexo comercial tampoco son suficientes cuando la interpelación moral pone en cuestión la propia capacidad de ser “buenas madres”. Inés me comentaba que antes⁵⁹ ella sentía culpa pues “creía lo que la sociedad me decía” y entonces sentía que su rol como madre era puesto en entredicho: “¿Qué educación le puedo dar yo a mi hijo, haciendo lo que yo hago, exponerme, encamarme con un montón de tipos por día?”

En este contexto, el manejo de la información para con los hijos/as representa un punto particularmente delicado. Así la idea de tener que comunicarles su secreto a sus hijos/as es algo que resultaba aterrador para muchas (más aún a sus hijos varones⁶⁰). Por ejemplo, Úrsula pensaba esta comunicación –una posibilidad remota– como un “pedido de perdón” a sus hijos, para lo cual debía preparar un “discurso”:

⁵⁹ A partir de militar en una organización me dijo que su posición había cambiado, sin embargo, no había transformado el ocultamiento respecto a sus familiares y conocidos.

⁶⁰ Esto funcionaba a la inversa para María que había pasado a ser proxeneta. Ella pensaba que tal vez hubiera sido más sencillo contar que era “fiola” o “manda putas” si su hija hubiera sido varón y se imaginaba la situación: “Yo si fuera varón sería re canchero, ‘tengo mi vieja que tiene putas’, imagínate, re contento. Pero si sos mujer ¿Cómo lo tomarías?”

Pedirle perdón a mis hijos que... que más allá de que yo les doy un estudio para que mañana o pasado sean alguien... y que no les recriminen nada. A ellos sí tendrían que ensayar una buena... eh... como discurso para darles a ellos, algún día. (Úrsula)

Para muchas los años de ocultamiento hacia los/as hijos/as se vuelven una “mochila” tan difícil de cargar como de quitarse de la espalda. Doris, tras varios años militando en una organización, había juntado el coraje suficiente para sacarse esa “mochila” de encima –sus compañeras me comentaban “no sé cómo hizo”– y, si bien pensó que cuando les contara se iba “quedar sin hijos”, había recibido aceptación silenciosa de su hijo y cierta comprensión y valoración de su hija.

Sin embargo, a la gran mayoría de las entrevistadas les resultaba inabordable hablar con sus hijos/as respecto al sexo comercial. En este temor subyacía a veces la propia valoración de la actividad, a veces la reacción imaginada de sus hijos/as. Entonces, entre algunas de las que militaban en organizaciones aparecía una tensión entre por un lado defender el “trabajo sexual” como una opción personal y por el otro evitar el juicio condenatorio de sus hijos/as porque les gustara hacer ese trabajo.

Lo negativo [de este trabajo] es eso. Para mí, que no, que en un futuro mi hijo no se sienta orgulloso de la mamá que tiene, de la mamá... de lo que la mamá hizo para que él tenga una educación y todo lo que él tiene. ¿Entendés? Que no pueda valorar eso. Porque por ahí se crea lo que dice la sociedad, que yo hacía ese trabajo porque me gustaba encamarme con tipos. (Inés)

Según María “los hijos son siempre jueces de los padres”. La mirada de los hijos/as⁶¹ parece encarnar la valoración social negativa y cae como un juicio moral sobre ellas mismas. Justamente porque mantener a sus hijos/as y darles bienestar es muchas veces la causa por la que dicen hacer sexo comercial, este juzgamiento de sus hijos/as es el más temido. Aunque muchas de estas mujeres logran poner entre paréntesis algunas de las concepciones hegemónicas sobre su sexualidad, a través de sus hijos/as se cuele nuevamente la moral sexual que las marca como mujeres impuras. Esto tiene un efecto doblemente difícil de sobrellevar pues justificación en la maternidad como neutralización del estigma queda cuestionada por los/as propios hijos/as (aunque sea sólo imaginariamente en los temores).

Por ella, nada más, porque uno hace las cosas por los hijos, así como empecé capaz que lo termino por la misma persona. (María)

Pía: y me da vergüenza decirles a mis hijos: “Sí, tu mamá estuvo trabajando en la calle para mantenerte” Ojalá yo tuviera un trabajo mejor..., pero bueno no se da... Se dio así.

Santiago: ¿Y por qué vos sentís que te da vergüenza eso?

Pía Y porque... porque... sé que... podría dar mejor... mejores cosas que ésta, ¿entendés? Obvio que, con mi trabajo, a mis hijos no les falta nada. Están como reyes... Pero me gustaría otra cosa..., como estudiar, porque tengo oportunidad de estudiar... y... recibirme de algo, ¿entendés? Y bueno, ya pensaré para mí, ¿entendés?, ahora no puedo. Están mis hijos primero.

Hemos visto en esta sección cómo las mujeres manejan sus relaciones fuera del “ambiente”, y aunque el éxito al ocultar el secreto es muy irregular, existen diversas formas

⁶¹ A veces el efecto de esta mirada se extiende a todos los niños. Cuando las “paradas” estaban cerca de alguna escuela o por algún motivo circulaban niños/as, las entrevistadas decían que las miradas de los/as niños/as les generaban más vergüenza.

de sobrellevar los vínculos con los/as amigos/as o la familia. Pero frente a la mirada filial la táctica de desdoblarse o de separar una esfera del hacer/laboral y otra del ser/maternal parece debilitarse más que nunca. Así se instaura una persecución circular donde los hijos/as encarnan: primero, el motivo por el que las mujeres comienzan a hacer sexo comercial; luego, el temor de la revelación, del contagio, de la estigmatización que las pone en la encrucijada de comunicar su secreto o retirarse⁶²; y cuando no resuelven esta tensión, pues no hallan una alternativa laboral para sostener el nivel de vida (y fundamentalmente la educación) de sus hijos/as, entonces finalmente, por ellos/as, deciden seguir haciendo sexo comercial.

Recapitulación

En este capítulo he descripto y analizado dos conjuntos de relaciones, fuera y dentro del sexo comercial (o el “ambiente”), y las tácticas de desdoblamiento como forma de encubrir y ocultar el secreto que divide estos dos mundos.

Dentro del “ambiente” las relaciones están marcadas por dos tendencias antagónicas, una que produce el agrupamiento y los lazos solidarios, y otra que favorece el individualismo y la atomización. Esta última se fortalece por varios factores ligados al mercado sexual: la competencia, la alta rotación, la semi-clandestinidad y el control de los proxenetas y policías. Sin embargo –como nos enseña Foucault (1988)– este control nunca puede ser total y aparecen distintos escenarios fuera de la vigilancia, así como algunos “códigos” entre las mujeres que permiten atenuar los efectos atomizantes de la competencia.

⁶² Denisse por ejemplo resolvía esta tensión pensando que le iba a contar a su hija, pero después de haberse retirado.

Cuando se logran entablar vínculos más solidarios entre las mujeres es posible resignificar algunos aspectos individualizantes de la experiencia del sexo comercial. Como resultado de la lucha entre ambas tendencias las mujeres pueden constituir duplas o pequeños grupos para organizar su trabajo. Pero el surgimiento de una subcultura capaz de producir discursos alternativos que pongan en cuestión el estigma depende de la formación de lazos más amplios. Aquí vimos dos experiencias que favorecen las solidaridades más amplias: la maternidad y el enfrentamiento con la policía. En particular este último y la experiencia de compartir la prisión, como igualación en la subalternidad, han tenido un papel fundamental en el surgimiento de las organizaciones. Estas, aun con sus diferencias, partieron de la misión común de generar una oposición tanto a la violencia material (encarcelamiento, violencia de proxenetas y clientes) como a la violencia simbólica (estigma de “puta”). Así surgen intentos de construir nuevas identidades colectivas y refundar lazos. La efectividad de estos intentos estará minada tanto por las dificultades propias de generar y sostener una organización de subalternas como por la competencia con otras formas de sobrellevar la estigmatización.

Allí donde las experiencias compartidas construyen una oposición “nosotras – ellos”, las tácticas individuales se expresan bajo la distinción individual “yo – las otras”. A partir de distintos aspectos, todos ligados a la imagen estereotipada y estigmatizada de la “prostituta”, una buena parte de las entrevistadas prefería distinguirse de otras y alejarse del “puterío” como forma de protegerse del estigma.

En relación a este último movimiento podemos comprender las usuales tácticas de desdoblamiento. Estas –expresadas en nombres, teléfonos, vestimentas y distancia en el espacio– buscan desidentificar y crear otra identidad para trabajar en el “ambiente” y a la vez ocultarse fuera de él. Aquí reaparece el enemigo más frecuente, la policía, que –sumada a los medios de comunicación y las/

as indiscretos/as— opera capturando y destruyendo el desdoblamiento. Paradójicamente las organizaciones, en tanto demandan identificación y visibilización, también representan un riesgo en este sentido.

La (infra)política del secreto como forma de resistencia encuentra sus límites tanto frente a las instancias de control que fuerzan su revelación como frente a las que proponen el cuestionamiento del estigma y la visibilización. Entonces se hace indispensable evaluar la correlación de fuerzas e identificar las condiciones adversas: una ciudad pequeña, la moral sexual conservadora y la ausencia de organizaciones fuertes, suponen un panorama que desalentará la visibilización y fomentará el difícil intento de sostener el secreto.

La gestión del secreto signará el conjunto de relaciones que las mujeres traban fuera del “ambiente” y especialmente con sus “otros significativos”. Aquí pudimos ver que mantener oculto el involucramiento en el sexo comercial alude no sólo a la sexualidad, sino también al dinero como aspecto de la intimidad. Entonces la regulación entre revelación, secreción o comunicación del secreto se liga —además de las fuerzas referidas recién que destruyen el desdoblamiento— a tres factores: el género, los intercambios monetarios y las formas del parentesco.

En aquellas relaciones fuera de la familia el ocultamiento se mantiene, “careteando” o manejando discretamente el dinero u excepcionalmente comunicando el secreto a otras mujeres. Dentro de la familia el ocultamiento se hace mucho más difícil, pero también la comunicación, sobre todo a los miembros varones. Entonces la secreción expresa la tensión entre la valoración positiva de las “ayudas” monetarias que las mujeres hacen hacia sus familias y el silencio sobre el origen de ese “dinero sucio”. Aquí las principales destinatarias de la comunicación del secreto serán las madres, quienes tienen la misión crucial de colaborar manteniendo el secreto para evitar la revelación frente a los destinatarios más temidos: los/as hijos/as.

Las relaciones con los/as hijos/as aparecen sobrecargadas de significaciones contradictorias. Por un lado, el mecanismo de los “regalos” funciona como ritual purificador, que consume importantes sumas de “dinero sucio”. Por otra parte, los intentos de mantener segregados/as a los hijos y a las hijas (por razones particulares en cada caso) se expresan tanto en los temores de “contagio”, como en el afán de “pagarles la educación” como forma de alejarlas/os del mundo del sexo comercial. La relación filial expone las dificultades que atraviesan las mujeres para sostener tanto la reproducción material como simbólica, donde la segunda dilapida los recursos de la primera. Aquí se instaura un mecanismo perverso encarnando en la mirada de los/as hijos/as –los más amados y los representantes de la principal forma de legitimación simbólica– la principal fuente de culpa y donde retornan los peores miedos. Esta caracterización permite notar que las relaciones de poder, los conflictos y enfrentamientos no se circunscriben al ámbito del sexo comercial, sino que también atraviesan el hogar. Allí, la maternidad, al mismo tiempo que representa su mejor “escudo moral”, las interpela y las cuestiona desde las miradas de sus propios hijos/as.

5

Los clientes

Comerciar ilusiones de intimidad entre fronteras

“El acto cultural por excelencia es aquel que consiste en trazar una línea productora de un espacio separado y delimitado [...] Los límites son lugares de lucha” (Pierre Bourdieu)

“El cliente tiene el poder de la plata entonces, él puede manejar tu vida con la plata [...] me han tentado de quererme pagar mucha plata para irme a tener relaciones con un travesti, pero date cuenta, vos lo ves al travesti, vos decís ‘uh, ¿qué hago? Después de eso ¿qué límite puedo tener?’” (Mónica)

En este capítulo considero las relaciones con los clientes. Abordo los significados que se asocian a las distintas prácticas sexuales en estos vínculos, así como los diversos límites que las mujeres utilizan para sostener las fronteras y hacerlas productivas tanto simbólica como materialmente. Aquí podemos ver al sexo comercial como escenario conflictivo donde se desarrollan un conjunto de tácticas y de trabajo emocional, persiguiendo la difícil tarea de preservar las fronteras de la intimidad y, a la vez, rentabilizar los encuentros.

Las relaciones con los clientes constituyen el núcleo de las actividades del sexo comercial y aquello que las mujeres buscan estructurar a fin de poder llevar a cabo de la mejor forma. ¿Qué significa llevar a cabo de la mejor forma? Por un lado, protegerse de, o eludir, la violencia material y aquella simbólica presente en la interpelación de “puta”; y

por el otro obtener la mayor cantidad de dinero posible de la forma menos costosa, estabilizando o aumentando estos ingresos. Se intenta compatibilizar ambos fines mediante la construcción de ciertos límites y la puesta en marcha de tácticas y de trabajo emocional. Varias de las entrevistadas habían comprendido en su experiencia la importancia subjetiva de manejar las condiciones del encuentro, aspecto clave de hacer sexo comercial.

Me sentía mal. Me miraba al espejo y me decía cómo podés estar haciendo esto y... Para colmo yo de por sí soy una persona depresiva, y así... No entendía verdaderamente qué pasaba y me acostumbré. Pero, después, aprendí a tratarlos de otra forma, no aceptar todo lo que ellos me decían. (Mariana)

Decir todo que sí, que sí... es una situación muy vulnerable y... y creo que psicológicamente te destruye, porque nunca podés... tener un poco de personalidad propia. Todo hacer lo que dice la otra persona... y uno no puede... decir en algunas cosas. Yo pienso que... el poder decidir algo pone a la persona un poco más fuerte. Es tener un poco de personalidad. (Susy)

Veremos a continuación los distintos límites y las tácticas previas al encuentro, y posteriormente las que se usan durante las relaciones con los clientes. En otra sección me referiré especialmente al papel del trabajo emocional como forma de rentabilizar los encuentros y también como forma de construir una identidad en el sexo comercial. Finalmente, como parte del trabajo emocional analizaré las complejidades que entraña el placer sexual en las relaciones con clientes como emoción que puede permitir que se reinstale la acusación de “puta”, este último punto me permitirá dejar sentados los aspectos ligados a la afectividad y los sentimientos amorosos que abordaré en el próximo capítulo.

Generar y contener el desborde. Límites y tácticas pre-encuentro

La imagen de la “puta”, cuyo exceso lujurioso la hace siempre disponible para saciar el apetito sexual irrefrenable de los varones, opera generando una atracción. Un encendido de la libido por ese supuesto sexo infinito de la “puta”. A diferencia de las mujeres que aceptan las pautas de cortejo hegemónicas y atraen, pero fugazmente y luego se alejan un poco para seducir, las mujeres que hacen sexo comercial atraen deliberada, activa y sostenidamente. Pero a diferencia de las “putas” del imaginario, las mujeres que hacen sexo comercial deben manejar cuándo, dónde, cómo y a quién atraer (y a quién rechazar) si lo que se busca es extraer dinero y no sólo secreciones seminales. Veamos entonces qué límites y tácticas operan en estas fases previas.

¿Cuándo y dónde?

Un primer límite son los horarios en que se desarrolla la actividad. Dado que la demanda de los clientes puede presentarse en cualquier momento es necesario delimitar alguna banda horaria para el sexo comercial. La gran mayoría de las entrevistadas tenían un horario por fuera del cual no recibían a clientes.

Me tomo el tren, bajo en tal lado, a partir de que me bajé ahí trabajo, a partir de que llegué a la estación no trabajo más. Subo al tren soy otra persona, la mamá, la señora que vuelve a su casa... Yo estoy arriba del tren, o bajo en la estación en la que vivo, y me pueden llamar y no. Mi horario es de once a cuatro, mañana te veo, ni aunque me digan: “te doy el doble”, no vengo, ese es el horario en el que estoy con mis hijos. Es muy poco el tiempo que tengo para estar con mis hijos y lo disfruto en absoluto. Siempre trabajé así, no es que me llaman a las diez de la noche y voy corriendo. No. Yo después de las cuatro tomo acá el tren y chau. (Nelly)

Esta delimitación que explica Nelly restringe un determinado horario para su trabajo. Esto no sólo le permite organizarse “como cualquier persona que sale a trabajar”, sino que además delimita dos momentos con identidades distintas, demarcando un tiempo para su vida privada (y su maternidad) alejado de la demanda de los clientes. En algunos casos este límite puede flexibilizarse, Nelly también explicaba que si a último momento recibe una llamada de un cliente que “vale la pena” (paga bien) puede retrasar un poco el regreso en tren y extender la jornada. Como veremos, la necesidad económica es el principal factor que tensa los límites.

La explotación de proxenetas y las distintas modalidades de sexo comercial pueden restringir la capacidad para fijar límites, especialmente aquellos previos al encuentro. Como vimos en el capítulo 3, trabajar en “privados” o cabarets reduce casi toda la autonomía para fijarse lugar y horarios de trabajo (aunque en algunos casos pueden faltar algunos días). Luego, trabajar en la calle brinda cierta autonomía en cuanto a los horarios y permite elegir zonas alejadas del hogar. Finalmente, aquellas que establecen contactos por teléfono pueden manejar ambos aspectos con mayor independencia y evitan irrupciones indeseadas apagando su celular. Apagar el “teléfono del trabajo” funciona para muchas como una forma de distanciarse y concluir el día, a la manera de una jornada laboral.

La delimitación de horarios se combina con la restricción de ciertos espacios donde se hace sexo comercial. Como he dicho más arriba, estos espacios suelen estar distanciados del resto de las actividades, en especial alejados del hogar, salvo en los pocos casos donde se tienen encuentros con los clientes en la propia casa. La literatura señala que en estos casos se puede disponer una habitación de una forma particular, distinta del resto de la vivienda, para los encuentros con los clientes (O’Connell Davidson, 1996). Además, muchas entrevistadas evitaban los encuentros en los autos de los clientes cuando son desconocidos. También

se restringen otros ámbitos ligados a la vida personal, como Anahí que no hacía “salidas” cuando iba al boliche. La delimitación espacial se hacía difícil para Susy pues trabajaba en la zona de Flores, y también alquilaba un cuarto de una pensión en las inmediaciones. La superposición de lugares hacía que tuviera que ser enfática frente los varones que la abordaban cuando no estaba trabajando. Por ejemplo, me contó como una mañana mientras salía de caminata por la plaza alguien que la había visto “parada” en la noche le insistía a cada vuelta para que “saliera” con él.

Como que nosotros fuéramos, qué sé yo... personas que estamos siempre en celo para levantar a alguien, ¿entendés? Cuando nosotros lo hacemos porque... es nuestra manera de ganarnos el dinero, pero no, no nos gusta... No es que yo me voy a levantar al otro o al otro... Eso... la mayoría de las mujeres que ejercen la prostitución tiene un horario, y en ese horario, y después chau... Después chau... Yo ahora me tengo que ir... y a un montón, no les doy bola porque no es mi horario de trabajo, ya demasiado que tengo un horario y en ese horario me ocupo y después ya no... no quiero saber más nada. (Susy)

El tono indignado de Susy y el pensar este límite como algo compartido por “la mayoría” de sus compañeras, dan cuenta de su importancia. Limitar la disponibilidad horaria no sólo es una prerrogativa que podría pensarse similar a otros trabajos, sino que en este caso colabora para posicionarse como mujer en el sexo comercial (y no como “puta lujuriosa” o “siempre en celo”). Ahí yace la importancia de hacer respetar este límite y la indignación que invadía a Susy.

¿Cómo?

En esa línea borrosa que separa a la mujer (decente) de la puta aparece la seducción, táctica que resulta clave en el sexo comercial. “La seducción, en tanto ritual de interacción

y técnica de oficio, es un factor fundamental de poder sobre el cliente. Es un juego donde el hombre es conquistado, pero él se supone conquistador” (Gaspar, 1985: 102).

Las tácticas de seducción que apuntan a encender el deseo en los clientes incluyen momentos previos a la interacción y otros que se desarrollan cara a cara con aquellos. Primero, entonces, la producción de un cuerpo que active el deseo. En el caso de las escorts y aquellas que cuentan con más recursos esto puede abarcar desde ir a un gimnasio y hacer dietas o ir a la peluquería, hasta someterse a operaciones de cirugía estética. También puede incluir desarrollar habilidades para bailar o conversacionales, para aquellas que trabajan en cabarets –e incluso entender al menos algo de inglés para las que tienen clientes extranjeros–. En todos los casos incluye la elección de determinados maquillajes y vestimentas.

El relato de María sobre la selección y “producción” de “sus chicas” ilustra respecto a seducción, vestimenta y corporalidad; exponiendo a la vez las ambivalencias identitarias:

Las veo antes, si no tienen dientes y yo sé que tengo que invertir mucha plata en ellas, no. Yo, mirá, tenía una chica de Mediagua, que hace tres años que trabaja conmigo, cuatro, que es la chica esta la que te comenté, Pamela, que el marido la deja y no la deja, la deja y no la deja. Me cayó a mi casa con los pelitos cortitos, pegaditos, así, flaquita, negrita, porque es morocha, es media... [...] Y me cae así con una pollerita larga, de esas que vienen de franjas, unos borceguitos, no sé, con un taco cuadrado así ancho, ah... Me cayó así a mi casa. Digo: “Bueno, ¿Cómo estás?” Yo la conocía de antes pero nunca le había hecho el ofrecimiento. Y bueno, estuvimos conversando y le digo: “Bueno, mirá, te voy a hacer salir para que no te vayas sin plata a tu casa y te voy a acompañar. Andá a bañarte”. [...] La mandé a bañarse, agarré un pantalón Ossira que tenía, que, aunque no tengas culo porque es Ossira te hace culo ¿Entendés? Le puse un Ossira, unos tacos míos, no tacos aguja porque era el mediodía, entonces viste, unos tacos chinos blancos, unos tacos chinos, bien bonita, medios con,

los pantalón localizado, así, una cintura, así un ojete le hizo, con un pantalón que te hace las piernas rectas más o menos, le vi que tenía poquita teta le puse un push up, push up, se las acomodé, le digo: “Tenés que usar push up, ponerte así”, la peiné, tenía los ojitos chiquitos entonces le doblé las pestañas, la depilé un poco, la maquillé. Salimos a la calle y le decían de todo [...] son minas que están faltas de, de cariño o no tienen autoestima, porque encima tienen un marido, las que tienen marido o las que no tienen, tienen el marido que les está diciendo: “Putá de mierda, fiera, ¿Quién te va a dar bola a vos? Mirate cómo sos” ¿Entendés? Entonces las están todo el tiempo denigrando, denigrando, denigrando, cuando vienen conmigo a mí me encanta levantarles el autoestima para que se crean que son las más perras, y mientras más perras se sienten mejor laburan. (María)

Varias mujeres relataron cómo sus compañeras, especialmente las protectoras/mentoras, les enseñaban a vestirse de forma tal que explotaran los aspectos potencialmente erotizantes de su cuerpo. Antes de interpretar en términos de identificaciones, detengámonos un instante sobre la cuestión de la vestimenta. Una inversión importante para muchas era tener un vestuario apropiado para salir a trabajar y esto incluía comprar ropa “de marca”, sobre todo las escorts quienes enfatizaban la necesidad de mantener renovada su lencería de buena calidad. En algunos cabarets, o *night clubs* muy exclusivos se les exigía que se presentaran con vestidos de fiesta. Las formas de vestir varían, en cada “zona” en determinados horarios habrá mujeres de un rango etario y vestidas de una forma –y cuando alguna está fuera del canon sus compañeras pueden hacérselo saber–. He dicho más arriba que en ocasiones era difícil identificar a las mujeres que estaban ofreciendo sexo comercial por su vestimenta, esto les permitía mantener un perfil relativamente discreto y cooperaba con el ocultamiento. Las mujeres mayores en horario diurno usaban ropa que no era distinta de la de cualquier mujer, pero una buena parte de la vestimenta femenina regular funciona de forma erotizante por

mostrar o, mejor, insinuar el cuerpo¹. Incluso por más que las mujeres estuvieran casi “de civil”² nunca faltarían unos zapatos con tacos, un jean o calzas ajustadas o una minifalda, una camperita entallada y/o un escote pronunciado.

En la vestimenta se expresa la ambivalencia fundamental que recorre las identificaciones de las mujeres en el sexo comercial y los dos objetivos contrapuestos que han de lograr las tácticas y los límites: no ser una “puta” pero ganar dinero haciendo sexo comercial –lo que en el relato de María más arriba aparece expresado como la sutil diferencia entre ser una “puta de mierda” y ser una “perra”–. El vestuario cumple así dos funciones permitir el desdoblamiento y erotizar a los clientes³.

Un cuerpo femenino aparece en la mirada hegemónica (masculina) siempre (hetero)sexualizado, y esta característica se potencia en el contexto del sexo comercial. La cadera quebrada para acentuar las nalgas, toda la espalda arqueada y el pecho abierto para mostrar el busto mientras comienza el diálogo con un potencial cliente, o tal vez mostrar una pierna levantada con el taco apoyado sobre la pared mientras se espera y se busca con la mirada. En complemento con la ropa, las posturas corporales son también un elemento fundamental de la seducción. Las mujeres que se

¹ La diferencia entre mujeres y travestis es explicativa. Ambas deben dejar ver al menos las formas de sus cuerpos a sus potenciales clientes –nadie usa un vestido holgado para ofrecer sexo comercial– pero rigen principios diferentes. Entre las mujeres –salvo los casos de las más jóvenes en las calles o en cabarets– prima un intento de discreción. En las travestis la exhibición del cuerpo responde a una lógica distinta, no sólo pretende una valorización comercial de sus atributos, sino que muchas veces hay un deseo personal de mostrarlos. Esto es visible en los contextos de calle. En el circuito de sexo comercial travesti que funciona en los bosques de Palermo se ven cuerpos completamente desnudos, cubriendo sus genitales con una cartera y sus pies con zapatos de tacos altos.

² Término de la jerga para decir que no estaban vestidas específicamente para hacer sexo comercial.

³ Una tercera función tiene que ver con el placer que les produce comprar ropa a algunas, expresando su poder adquisitivo y también una identificación con los estereotipos femeninos.

dedican al sexo comercial han de prestar particular atención a su presentación e imagen corporal proyectada (Goffman, 1997). Realzar con las posturas o el andar las zonas consideradas eróticas y/o más capitalizables según los cuerpos de cada una. Ahora no únicamente como respuesta a un mandato cultural que se impondría a todos los cuerpos de mujeres, sino también como táctica de mercado, pues se establece una codificación entre las características (biométricas, etarias y étnicas) estimadas en los cuerpos que ofrecen sexo comercial, y su valor monetario: “algunas cobran 10 pesos, hay algunas que están mejores y te cobran 40 una salida, otras pueden cobrar 100, depende cómo están producidas, su cuerpo, sus formas” (Marisol).

Probablemente porque mi mirada masculina no estaba lo suficientemente avezada en cuestiones de maquillaje no pude notar ninguna particularidad (más allá de la generalidad de maquillarse más en lugares cerrados y cuando es de noche que cuando es de día). Algunas autoras señalan el exceso en los labios rojos, que según Susana Rostagnol (2004) aluden a los labios de la vagina, o el énfasis en los ojos, “órganos privilegiados para emitir significados en los relacionamientos eróticos” (Gaspar, 1985: 30) donde se agrega el uso de lentes de contacto cosméticas para acentuar el efecto.

Mi corporalidad masculina sí me habilitó a ser interpelado por las miradas cuando estuve en las zonas o en los cabarets. Si bien a veces no era sencillo distinguir por su vestimenta a quienes estaban ofreciendo sexo comercial, el efecto de la mirada era inconfundible. Las mujeres que hacen sexo comercial miran de una forma que transgrede las normas tradicionales de la coquetería femenina. Según Simmel la mirada que coquetea es:

de soslayo con la cabeza medio tumbada. En esa mirada reposa un retirarse, vinculado, inclusive, con un entregarse fugaz [...] en tanto se niega simbólicamente, al mismo tiempo y en

la otra dirección con la cabeza y el cuerpo. Esa mirada no puede durar psicológicamente más que unos pocos segundos. (citado en Costa, 2006: 765)

Las miradas de las mujeres que están ofreciendo sexo comercial exceden estos límites. Sin llegar a ser una mirada desafiante (y por ello masculina) es una mirada más directa, más sostenida y con un cuerpo que, en vez de alejarse, invita y llama. Para Perlongher “el golpe de vista de la prostituta [...] sexualiza y enciende la muchedumbre anodina” (1993: 128) y dentro del “dispositivo de prostitución” funciona como una máquina de captura, pues rápidamente reconvierte ese deseo encendido en cantidades medibles de dinero⁴.

Por fuera de las performances *in vivo*, pero dentro de las formas de seducción, encontramos otra máquina de captura: los anuncios. Los anuncios en la prensa han desaparecido –o se han camuflado en otros rubros–, allí el uso de imágenes no es muy habitual y las tácticas de seducción se circunscribían al lenguaje⁵. Sin embargo, los anuncios, además de los volantes que aparecen en Buenos Aires (ver imágenes en capítulo 4), proliferan en páginas de Internet que brindan una amplia gama de posibilidades, muy utilizadas por las escorts.

4 Perlongher explica su concepción del dispositivo de prostitución en este pasaje: “La prostitución sería uno de los dispositivos por los cuales el gozo (de intensidades imposibles irre recuperables) se circunviene en la intercambiabilidad generalizada del capital. La energía libidinal del goce perverso se integra, mediante el pago, al circuito de los intercambios; a resultas de esa conexión, las sensaciones y las emociones van a ser ‘negociadas al precio de la calle’” (1993: 109). Acuerdo con esta mirada global sobre la prostitución, sin embargo, mi propio trabajo de campo me lleva a hacer algunos matices, por ejemplo, respecto a los distintos significados que se expresan en el pago, y sobre las “negociaciones al precio de la calle”, como veremos más adelante.

5 Las fórmulas habituales apelaban a lo que Bataille (1997) llama erotización por interdicción, ofreciendo prácticas sexuales no-reproductivas, resaltando las edades apenas legales, la extranjería y/o la raza.

La máquina de la mirada queda inhabilitada en las fotos de los anuncios cuando se ocultan los rostros o los ojos para evitar la identificación (en el doble sentido de ser identificada y de identificarse) dada la exposición infinita que representa la circulación en Internet. Pero estos anuncios habilitan un conjunto de posibilidades, construyen un “perfil” que responde a la codificación a la que me referí (edad, altura, medidas, color de piel, de ojos, de pelo, nacionalidad), dan los datos de contacto (teléfono, días, horarios y lugares) y, un elemento fundamental, muestran no una, sino varias fotos de las mujeres, “galerías de fotos” que se actualizan constantemente.

Las fotos permiten grados más elevados de desnudez y poses más exageradas para mostrar los cuerpos y sus intervenciones quirúrgicas –varias renuevan sus “galerías” de fotos tras haberse operado–. Además, entra en juego toda una tecnología de producción de cuerpos en estudios fotográficos. Se utiliza indumentaria especial, juguetes sexuales, o “disfraces” estereotípicos (secretaria, colegiala, diablita) y sobre todo la edición vía software (el llamado “photoshopeo”⁶) para producir la excitación de los potenciales clientes. En las fotos se pueden sugerir, con las poses u objetos utilizados, las prácticas sexuales ofrecidas. Las prácticas sexuales también aparecen en los anuncios incluidas en los relatos de experiencias de clientes (las “xp”) y directamente anunciadas en un recuadro (“lo que si hago”). En algunas páginas web puede accederse a: “Búsqueda rápida por tipos de servicios: Activa, Aparatitos, Atención a mujeres, Atención a parejas, Besos negros, Bucal sin globito, Cambio de Roles, Combinados, Convencional, Depto propio, Disciplina, Domicilios, Encuentros, Fantasías, Fetichismos, Hoteles, Lesbianismo, Poses, Sadomasoquismo, Servicio completo, Shows, Strepapease. Búsqueda rápida por

6 Uno de los elementos que los clientes suelen evaluar y discutir en los foros virtuales es el porcentaje estimado de “photoshop” en los anuncios de la escorts.

tipos de masajes: Antistress, Aromaterapia, Convencionales, Deportivos, Descontracturantes, Digitoreflexología, Masofilaxia, Orientales, Prostáticos, Sedativos, Sensitivos, Terapéuticos”. Entre toda esta información y sugestión en ninguna de las páginas relevadas se muestran las tarifas⁷, si desea saber eso el cliente deberá hacer la llamada.

La seducción opera tanto desde la forma de vestir, maquillajes y diferentes accesorios, como en las propias formas del cuerpo –objeto de diferentes tratamientos según los recursos con que se cuente– y sus disposiciones y movimientos. Estos, junto con la mirada y el uso de la voz, serán fruto de diversos aprendizajes en el ámbito de sexo comercial y des-aprendizajes de las técnicas corporales⁸ de la feminidad hegemónica. En términos de Bourdieu podríamos decir que se configura una *hélix*⁹ particular, que en algunos puntos amplifica los rasgos atribuidos a la feminidad y en otros los contraviene. Más precisamente, esta *hélix* desborda por exceso los rasgos eróticos femeninos. Así, se “produce” un cuerpo que performa un exceso, para suscitar el deseo de otro. Pero la seducción para operar efectivamente como táctica debe capturar, como señala Perlongher. Es entonces un exceso que prontamente debe ser reconvertido en dinero.

7 Esto sí se podía observar en los volantes callejeros que usualmente corresponden a “privados”. Sin embargo, las formas de anunciar en estos volantes han cambiado a partir del decreto 936 volviéndose más encubiertas.

8 Según Marcel Mauss (1979) las técnicas corporales son las que permiten transformar al cuerpo en la primer herramienta. En el contexto de sexo comercial las técnicas corporales específicas ayudarán, junto con otros artificios, a performar el sexo-servicio, usando el cuerpo como herramienta primero para seducir, excitar, causar la erección y luego la eyaculación del cliente.

9 Según Bourdieu las clasificaciones sociales de género se naturalizan en forma de divisiones en los cuerpos, de *hélis* corporales, es decir, en forma de disposiciones corporales hegemónicas que se traducen en características de masculinidad y feminidad. “Lo esencial del aprendizaje de la masculinidad y la feminidad tiende a inscribir la diferencia entre los sexos en los cuerpos (en particular, mediante la ropa), en formas de maneras de andar, hablar, comportarse, mirar, sentarse, etc.” (Bourdieu, 1999: 187)

Este doble juego de excitación y reconversión se observa cuando se abre el diálogo con los clientes, mezcla de seducción y negociación, artes que han de aprender con la experiencia y con las enseñanzas de las compañeras mayores. Con un tono de voz más grave de lo normal, exhalando mucho aire al hablar, casi gimiendo, usando diminutivos, se abre una invitación al placer. En un momento siguiente el tono se vuelve informativo y rápidamente, como las aclaraciones legales en una publicidad de radio, se dan las tarifas, servicios y tiempo que incluyen, para volver al tono sexualizado y preguntar nuevamente “¿vamos papi?”. Aquellas que trabajan en privados casi no tienen oportunidad de hablar con los clientes por lo que sólo pueden apelar a las formas de seducción por el cuerpo y la mirada, deben aprender a presentarse, elegir sus ropas, etc. Las que trabajan en cabarets o whisquerías¹⁰ deben desarrollar sus habilidades de seducción también en las conversaciones, pues mientras conversan tienen que lograr que los clientes paguen las “copas” correspondientes para que les permitan luego hacer la salida. (Por ejemplo, en un night club que se presentaba como el más exclusivo de Recoleta, la zona más cara de la ciudad de Buenos Aires, las mujeres tenían prohibido abordar directamente a los clientes. Ellas debían seducirlos con la mirada, con bailes, pero siempre manteniendo una distancia inicial que sólo podían romper cuando el cliente les hacía algún gesto para llamarlas. A partir de ahí debían lograr que mientras conversaban y continuaban seduciendo al cliente, este les “invitara” al menos dos

¹⁰ Por ejemplo, en un night club que se presentaba como el más exclusivo de Recoleta, la zona más cara de la ciudad de Buenos Aires, las mujeres tenían prohibido abordar directamente a los clientes. Ellas debían seducirlos con la mirada, con bailes, pero siempre manteniendo una distancia inicial que sólo podían romper cuando el cliente les hacía algún gesto para llamarlas. A partir de ahí debían lograr que mientras conversaban y continuaban seduciendo al cliente este les “invitara” al menos dos copas (de 20 dólares cada una) para recién poder dejar el lugar y hacer la “salida” tarifada por su cuenta (normalmente unos 100 dólares para argentinos y para extranjeros podía llegar a costar 300 dólares).

copas –de 20 dólares cada una– para poder dejar el lugar y hacer la “salida” tarifada por su cuenta normalmente en 100 dólares para argentinos y para extranjeros podía llegar a costar 300 dólares). Y por supuesto la charla “interesante” –y a la vez “sensual”– es demandada cuando las escorts hacen de “dama de compañía”, comparten viajes o estancias largas con los clientes.

Mientras charlaba con Anahí, su amiga y mentora Nazareth recibió una llamada y ofreció sus servicios en una forma sensual, pero a la vez comercial, la escuchamos por un momento y Anahí me dijo “yo no sé hacer eso que ella hace... hablar así con los hombres...”. Estas habilidades se aprenden con el paso del tiempo. Las mujeres que contactan por teléfono, especialmente las escorts y las “madamas”¹¹ que administran o explotan a las mujeres de un “privado”, son expertas en auto promocionarse, aclarando su tarifa y condiciones. Además, en el caso de las que trabajan de forma independiente, buscarán información estratégica sobre el potencial cliente que llama. Una fórmula es cortar con alguna excusa y pedir a los clientes que vuelvan a llamarles. De esta manera prolongan la conversación, confirmando el interés del supuesto cliente, e intentan estimar cuánto se les puede cobrar. Se debe sostener frente a los clientes la ilusión de estar sexualmente interesada en ellos y a la par –trasgrediendo las formas cotidianas de hablar del sexo “por omisión” o en doble sentido (de Certeau, 1999)– dejar claro que no le darán besos ni harán sexo anal, o que lo harán, pero el precio será más caro. A veces tienen que lidiar con el “regateo” de los clientes, algo que irrita a las mujeres quienes optarán entre usar el “chamuyo”¹² –sin aclarar

¹¹ En muchos privados hay una mujer encargada de atender las llamadas telefónicas, muchas veces simulando ser quien dará el “servicio”.

¹² “Chamuyo” tiene varias acepciones que toma del lunfardo, fuera del ámbito del sexo comercial se puede usar para hacer referencia a una conversación que llena el silencio o al cortejo de seducción, sin embargo, para estas mujeres chamuyar refiere a persuadir y/o engañar a sus clientes. El chamuyo

demasiado, se “vende el paraíso” pero luego se manipula el encuentro y sólo se concreta una limitada porción— o dejar de lado a estos clientes.

¿A quién?

Desde el enfoque del feminismo radical ninguna prostituta podría elegir a sus clientes, sino que debe entregarse a cualquier hombre que tenga dinero. El cliente tiene el poder de elegir y tener relaciones con cualquier “mujer prostituida” según su preferencia en cada momento. (Barry, 1988; Jeffreys, 2009; ver también Overall, 1992)

Las mujeres que entrevisté muchas veces seleccionaban a sus clientes; pero no como lo hacían en su vida privada (fundando su elección en el deseo sexual y/o los sentimientos amorosos). Para comprender qué tipo de elecciones hacen las mujeres en el terreno del sexo comercial debemos pensar desde una lógica mercantil guiada por la voluntad de obtener ganancias (no placer ni amor). En un punto intermedio entre la sumisión total que origina disponibilidad absoluta e irrestricta y la elección libre y voluntaria, basada sólo en el propio deseo, allí encontraremos la capacidad de filtrar clientes.

Según las entrevistadas, filtrar ciertos clientes era un límite para intentar evitar “malas experiencias”. Claro que el margen para rechazar clientes es restringido. Además de las condiciones que imponen otras variables estructurales (relaciones de género, culturales y legales) cada modalidad de sexo comercial tiene sus restricciones para filtrar clientes. Las posibilidades de cobrar una tarifa más elevada, por tanto de reducir la presión de la necesidad económica, habilitan a filtrar más clientes. Esta capacidad se puede reducir en contextos como los cabarets o whisquerías y más aún

opera en conjunto con la “psicología” término nativo usado para referirse a la capacidad de anticipar, adivinar las intenciones y las estrategias de sus clientes, como veremos a continuación.

en los departamentos o privados donde deben aceptar a todos los clientes que ingresan –por ello muchas buscan evitar esas modalidades. No obstante, las que trabajan puestas adentro pero de forma independiente se permiten filtrar a los clientes y dejar afuera a aquellos con los que ya tuvieron inconvenientes o que les resultan repulsivos por alguna razón. También por teléfono se puede intentar identificar algunos clientes para evitarlos –muchas escorts advierten que no reciben llamadas no identificadas– y también las mujeres que trabajan en las calles valoran esta modalidad porque pueden rechazar algunos clientes. Mónica aclara que la clave es no tener proxeneta “no tengo esa necesidad de que tengo que rendirle cuentas a alguien porque no tengo plata, no. De ninguna manera”.

El filtrado de clientes, donde se ponen en marcha tácticas de indagación-seducción¹³, da como resultado un grupo de clientes confiables y estables: los “fijos”. Sin ser necesariamente clientes-amigos, los clientes frecuentes o “fijos”, son muy comunes entre las mujeres que se dedican al sexo comercial y algunas entrevistadas señalaron que constituyen la mayor parte de sus clientes. Los “fijos” son apreciados pues permiten asegurar un cierto monto de ingresos y reducir la peligrosidad o incertidumbre de los encuentros con clientes desconocidos. Los “fijos” pueden obtener el número de teléfono de las mujeres, algo delicado por las implicancias que este acceso tiene respecto al manejo de la información y el ocultamiento. Tal como señala Sabrina se debe ser cautelosa para sostener los límites claros.

Acá no vine ni para buscar novio, ni para buscar marido, ni nadie que me mantenga. Esto sólo lo hago ahora y yo lo asumo como mi trabajo. Yo vengo, trabajo, me pagás y me voy. Nada que me vas a llamar a cada rato... (Sabrina)

¹³ Estas tácticas contrastan con la forma, más activa y dominante, que aparece en la literatura sobre las prostitutas brasileiras. Por ejemplo, José Miguel Nieto Olivar (2013) emplea la metáfora de la cacería para explicar las relaciones entre las prostitutas callejeras de porto alegre y sus clientes.

Entre los clientes que resultan más problemáticos, y por ello son más rechazados, aparecen los jóvenes, los poco higienizados o los “borrachos” o “drogados”. En el caso de los clientes jóvenes¹⁴ el rechazo o la evasión se deben a que son menos considerados en el trato, más demandantes y a la vez es más difícil entablar vínculos de otro tipo u obtener remuneraciones extra¹⁵ o estabilidad en las visitas.

Evito mucho a los pibes, a los pendejos... Y, porque les gusta mucho la joda, les gusta mucho...te lo digo así, simple, te cogen...si te pagan una hora te cogen una hora. Los clientes que son más grandes no, son más de charlar, más de otra cosa, te toca una persona grande que prácticamente no te hace nada y termina, son muchos más manejables y mucho más fáciles. (Yamila)

A la inversa que con los jóvenes el problema con “los drogados” es que “no funcionen”, lo puede significar demoras y una situación tensa. Pero aparecen excepciones: dos entrevistadas señalaron que los “drogados” siempre pagan bien y son convenientes pues muchas veces sólo quieren compañía para consumir. Las dificultades para manejar la situación suelen disuadir a las mujeres de tomar algunos clientes, pero la mayor experiencia y capacidad para manejar a los clientes potencialmente conflictivos, como los “drogados”, podría habilitar a obtener mejores remuneraciones.

Quiero detenerme sobre la cuestión de la violencia de los clientes. Desde el punto de vista de la coerción estructural de género, clase y raza no habría ninguna diferencia

¹⁴ Muchas mujeres que hacen sexo comercial se quejan de las actitudes de los jóvenes, Carla Corso (2004) refiere al “*puttan tour*” como una práctica juvenil de moda en Italia y Europa que implica salir en grupos y molestar a las mujeres sin pagar por ningún encuentro. En mi trabajo de campo con las mujeres en las calles pude encontrar testimonios de conductas similares.

¹⁵ Dulce Gaspar (1985) afirma que las “*garotas de programa*” clasificaban a los clientes cruzando la edad con la situación económica. Las mujeres que entrevisté ponían atención en la edad de los clientes y lo consideraban un dato relevante, pero, como veremos, algunas cuestionaban los prejuicios de clase sobre los clientes.

entre una violación, o un abuso sexual y una “salida”, tal como se suele argumentar desde el feminismo radical (Jeffreys, 2004; MacKinnon, 2001). Sin embargo, en los relatos de las experiencias de las mujeres en el sexo comercial hay marcadas diferencias entre aquellos encuentros que respetan lo pautado –aun si esto ocurriera bajo formas de coerción más veladas– y aquellos que transgreden violentamente los límites fijados, las “malas experiencias”.

Los clientes violentos, si bien no son la mayoría según las entrevistadas, son una posibilidad que deben tener en cuenta. Algunos estudios caracterizan a la violencia de los clientes como un “riesgo ocupacional” asociado a la prostitución (Barnard, 1993). Sin escindirlo de la violencia de género –que, en una sociedad patriarcal, puede afectar a mujeres en diversos espacios o trabajos¹⁶–, las vulnerabilidades específicas que caracterizan al sexo comercial, la desprotección legal y la estigmatización, aumentan el riesgo. Dulce Gaspar (1985), siguiendo a Simmel, plantea que el uso del dinero en la transacción de la prostitución supone la idea de la compra, y ello lleva a algunos clientes a creer que por haber pagado tienen “derecho a todo”. La última ratio de esta violencia masculina se expresa en el “yo te pagué” o “para eso estoy pagando” que esgrimían algunos clientes, según las entrevistadas. Es importante evitar estos clientes, no sólo por los daños físicos de la violencia, sino también para evitar el lugar abyecto de la “puta”.

Sonia: Los clientes que vienen tan malos, que te tratan como directamente la puta... o sea... ¿Entendés?

Rocío: Todos no te tratan igual. No, hay algunos que...

Sonia: No, hasta para hacértelo te quieren pegar... o te dicen: “Dale hija de puta, perra” O sea, te tratan como lo más bajo.

Rocío: Si no te querés sacar la parte de arriba, te tironean.

Sonia: Te tironean. Te dicen: “Dale, te estoy pagando y es así” O sea, ¿entendés?, tipos muy brutos. Y hay otros tipos que te

¹⁶ ver Barrón López (2012).

hacen sentir tan mujer, tan... o sea... en el sentido más de... cómo te tratan. Que... es ahí el caso. No es todo color de rosa, no es todo que nosotras la ganamos fácil. (Sonia y Rocío)

La violencia significa ir más allá de los límites que pautan el encuentro¹⁷. Aunque esto no era muy frecuente según las entrevistadas¹⁸, la mayoría de las mujeres relató algún episodio violento con clientes. Desde no pagar por la “salida” o quebrar los términos convenidos hasta los golpes y heridas, la violencia de los clientes y la ausencia de protección legal estatal llevan a las mujeres a intentar implementar tácticas para evitar estos episodios. La violencia física y sexual fue referida en más oportunidades en San Juan –donde también las entrevistadas dijeron reaccionar violentamente con mayor frecuencia–.

Vendo mi cuerpo, no mi cara, y también el hecho de decir cuerpo, no significa que te de derecho a hacer lo que vos quieras, sí, todo tiene un límite y por eso muchas veces, por eso he tenido que trasladarme a la fuerza, lamentablemente. Porque hay casos en los que no podés manejar la situación y bueno yo me he defendido, obviamente. No voy a permitir que ningún hombre me levante la mano, y mucho menos un cliente, y mucho menos un cliente. (Daiana)

El contraataque violento es la táctica menos efectiva, de hecho no es una táctica, sino una reacción *ex post* frente a la pérdida de control sobre el encuentro y el avasallamiento de los límites. En inferioridad de condiciones físicas y sin poder evitar el ataque muchas veces se puede recurrir a un arma como forma de responder a él.

¹⁷ Esta sería la diferencia con la violencia convenida de los servicios por ejemplo de sadomasoquismo.

¹⁸ Además, en la “Primera Consulta Nacional sobre Trabajo Sexual”, en 2008, mujeres y travestis de todo el país denunciaban más la violencia en el accionar de la policía, o de eventuales ladrones, que de los clientes.

Lo malo es que hay vagos que son muy malditos... una vuelta mirá... yo salí con un tipo que era milico... me quería hacer que se la chupara de prepo, y no quise... ¿qué me hizo? Me dio con el fierro de los milicos... me lo dio en toda la cara y me desfiguró toda la cara... pero así también le fue porque le di una puñalada y le corté la mano. (Deby)

Que el cliente que atacó a Deby haya sido parte de las fuerzas de seguridad permite comprender parte de la naturalización de la violencia que aparece en su relato. Sin embargo, esto no la pone en un lugar pasivo, como también dejaba claro Daiana. Otras veces las respuestas son colectivas, por ejemplo, cuando atacan entre varias a un hombre identificado como violento, tal como me contó Úrsula que habían hecho frente a la falta de respuestas de la policía sanjuanina.

Todas las entrevistadas señalaron que jamás volvían a salir con un cliente que había resultado violento, si bien no se puede evitar esta primera violencia sí se evita la reincidencia¹⁹. Las tácticas que buscan prevenir los encuentros con clientes violentos resultan más eficaces. Compartir información sobre clientes peligrosos entre compañeras puede ser una forma de prevenirse frente a clientes violentos o problemáticos. Algunas usaban una táctica mencionada más arriba, cuando se iban con un cliente sus compañeras anotaban la patente del auto y la monitoreaban usando sus celulares para chequear que esté bien, o también avisaban a un amigo o un novio cuando salían con un cliente desconocido²⁰.

¹⁹ Según Auciá evitar la violencia de los clientes puede ser más difícil en los casos de mujeres víctimas de violencia intraconyugal y económicamente dependientes de sus parejas (2006). Así, Úrsula asociaba la “rebelión” contra los clientes y policías violentos con la emancipación de los maridos-proxenetas.

²⁰ También una entrevistada dijo tener un arreglo con el hotel donde llevaba a los clientes para que la protegieran en caso de tener problemas.

Otra táctica para eludir un cliente sin rechazarlo directamente es “cantar” un precio extremadamente alto. Según las escorts, la elevada tarifa de su servicio restringe el acceso y esto es planteado como una manera de seleccionar a los clientes y evitarse problemas. Sin embargo las mujeres que trabajan en la calle ponen en cuestión que la selección en base a la clase –o a la clase percibida– sea efectiva para evitar problemas²¹.

A veces te viene un tipo re trajeado en un súper coche y vos subís confiada y en la otra cuadra te hizo cualquier cosa. Y evitás salir con un muchacho lleno de grasa que viene saliendo de un taller mecánico en bicicleta, y ese pibe trabajó los siete días de la semana para salir con una piba y termina siendo un excelente tipo. (Marisol)

Si vos ves los autos que vienen: un Krysler, BMW, un Mercedes [Benz] no lo tiene un empleadito que con su sueldo... es el más degenerado que puede venir. Entonces, tenele más miedo a ese tipo [...] inclusive hasta el hecho de no querer usar preservativo. Un tipo que viene prepotentemente, que viene demostrando ese nivel de altura y estatus social, ponerle un preservativo parece una ofensa. Debería ser al revés, él ya debería venir con el preservativo puesto. (Mónica)

Aquí la distancia social con clientes percibidos como de clase alta parece abrir una brecha de poder difícil de manejar en los encuentros. Pero rechazar a alguien simplemente por parecer de clase alta pone ante la disyuntiva de perder un cliente que podría pagar muy bien y a la vez ser prepotente o violento y quebrantar varios límites. La táctica

²¹ La diversidad en términos de clase era valorada por varias mujeres como parte de “conocer mucha gente distinta”, aspecto positivo del sexo comercial según muchas. Esto les permitiría “aprender a diferenciar las distintas clases sociales y a tratar con cada uno de ellos”, u otras veces la charla les permite identificarse como parte de una misma clase social explotada y reducir la distancia del encuentro.

más utilizada para limitar los encuentros con clientes problemáticos, pero sin perder oportunidades de incrementar las ganancias es “usar la psicología” o la “intuición”:

Con el tiempo vas aprendiendo, hay psicología en la mirada... El que viene con algo malo o a hacerte algo malo, siempre se le va a ir algo, está nervioso... [Busco] principalmente que sea dentro de lo posible educado, no importa que sea pobre, que sea limpito y educado. (Mónica)

Si viene un hombre que quiere un bucal en el auto, vos desde el momento en que él te habla, vos tenés que empezar a estudiarlo. Si es agresivo, si no va a ser agresivo. Vos lo sacás. Vos sabés que uno tiene un...un cierto instinto con la otra persona. Y tu primera impresión sobre esta persona tenés que darle mucho caso, hacerle mucho caso porque es seguro que no te falla la intuición. [Te fijás] cómo te habla...eh...cómo...hace morisquetas así en la cara. Vos le preguntás cosas y... “¿cómo te llamás?” y “¿vivís cerca por acá?”, o “¿trabajás?”. Le buscás esa vueltita para que él se abra y ahí lo estudiás, en ese corto de... Igualmente, cuando vas a hacer en el hotel, hacés lo mismo. Le preguntás “vivís por acá o pasás de... andás de paso”. Así. Esas charlas así, ¿viste? Entonces lo estudiás. Por eso es que las personas...las mujeres que trabajamos en la calle somos muy intuitivas. (Irene)

Además del aspecto más intuitivo (o de “sexto sentido” como lo llamaba Susy) las mujeres señalaban el registro de ciertos patrones de conducta como indicios de riesgo en un cliente (nerviosismo o ansiedad al hablar, oferta de más dinero del demandado, querer tomar el “servicio” fuera de los lugares habituales o en un lugar alejado, etc.). Estos indicios que revelan la peligrosidad del potencial cliente deben obtenerse en la seducción-negociación previa al encuentro por lo que es crucial estar en un estado de atención

y alerta²² (“ser amable pero estar atenta” decía Irene), de otra forma podrían pasar desapercibidos. Esto le sucedió a Mónica cuando, tras haber discutido con sus hijas, fue a la zona con “los platos volados” y sin darse cuenta acabó en una situación muy complicada con un cliente.

El uso de esta táctica “intuitiva” requiere de aprendizajes y de experiencia para perfeccionarla. Ello muchas veces implica sufrir el maltrato y diferentes grados de violencia de parte de los clientes. Estos episodios son comprendidos como errores por falta de experiencia o como casos aislados de clientes “locos”. Estas miradas no parecen cuestionar el carácter sistemático de la violencia de género, naturalizada para algunas y cuestionada por otras –sobre todo por aquellas que participaban de organizaciones–. En contrapartida esta concepción no las ponía en una posición de víctima pasiva, sino que las impulsaba a perfeccionar las formas de protegerse de estos clientes y hacer respetar sus límites.

Otro aspecto de la “intuición” parece políticamente más complejo desde una mirada feminista, pues no sólo es una táctica individual para atacar un problema social, sino que se liga a los estereotipos femeninos. Resituarse en el terreno femenino de “las mujeres”, consideradas naturalmente intuitivas, es valorado positivamente por las entrevistadas, como se puede notar en las palabras de Irene quien usa orgullosamente la primera persona del plural. En el contexto de vulnerabilidad y de marginación en que están situadas las mujeres al hacer sexo comercial, la táctica defensiva de usar la intuición (femenina) para evitar la violencia (masculina) se vuelve un pequeño oasis donde protegerse, antes de estar en una habitación o en un auto

²² Esto era percibido por muchas como algo incompatible con el consumo de sustancias psicoactivas, sean “drogas” o alcohol, por lo cual el uso estratégico que algunos estudios proponen de estos consumos como forma de manejar psicológicamente los encuentros con los clientes (Brewis y Linstead, 2000a) era desestimado por las entrevistadas. Si había algún uso de psicoactivos, el motivo de este era más soportar el cansancio físico y/o el frío en el invierno, y aparecía mencionado más frecuentemente entre las travestis.

a solas con un cliente potencialmente problemático. Susy decía “cuando está parada en la esquina, uno no tiene que parecer tan vulnerable... Aunque está vulnerable, pero no tiene que parecer”. Este “no parecer vulnerable” y sostener una parada, así como pretender un carácter “firme” son los primeros elementos del trabajo emocional que tienen aquí un carácter protector.

Entonces, tras fijar los límites de horario y lugar para trabajar, se pone en marcha la seducción, que debe mezclarse con la indagación y la intuición para filtrar clientes problemáticos y con la negociación para fijar tarifas, prácticas y tiempos del “servicio”. Una vez allí, también se usan tácticas para conducir el encuentro y proteger los límites.

Cuerpo a cuerpo, tiempos y deseos. Límites y tácticas durante el encuentro

Una vez que se acuerda la “salida” entran en juego otras tácticas, siempre con el doble objetivo de rentabilizar el encuentro y sostener los límites –especialmente aquellos fijados en la negociación previa–. Estas tácticas y límites intentan controlar dos elementos: el tiempo del encuentro y el deseo del cliente (y con ello el tiempo y el cuerpo propio). Los cuerpos de las mujeres y las prácticas sexuales que se llevan a cabo pueden incentivar el deseo sexual de los clientes. Pero la limitación de ciertas prácticas sexuales no sólo busca controlar ese deseo, sino que se liga también al intento de preservar una esfera de intimidad. La delimitación de prácticas y la construcción de lo que llamaré, valiéndome de un término nativo, sexo-“servicio”²³, implican encarar el sexo con los clientes desapasionadamente y de una forma instrumental. En el próximo capítulo me referiré al papel

²³ “Servicio” era una de las denominaciones nativas para referirse al sexo con los clientes. También se puede denominar hacer el “pase” o la “salida”.

que cumplen las limitaciones de las prácticas sexuales para diferenciar el sexo-servicio de las relaciones sexuales amorosas. Aquí abordaré el resto de las restricciones donde, además de los sentimientos, juegan un papel importante las concepciones sobre el cuerpo (sean morales, de dolor/placer, intimidad o salud) y el dinero.

Economía y temporalidad del “servicio”

Comencemos por lo primero. Lo primero es cobrar. Aunque podría parecer obvio, nada de la interacción en el sexo comercial es obvio para una novata, y cobrar antes de tener relaciones sexuales es algo que se aprende, o bien con el consejo de alguna protectora o tras haber sido estafada por algún cliente.

Yo empecé de muy jovencita, empecé a los dieciocho años a trabajar. Y yo no sabía, no estaba canchera para hacer este trabajo, ¿entendés? Y bueno, en una palabra, los tipos te cagaban. Vos le hacés el servicio y no te pagaban... O te decían... “No, esperame acá que ahora vengo, que voy a cambiar y...” Se iban a la mierda. (Pía)

Cobrar antes del sexo no tiene que ver únicamente con asegurarse de recibir el dinero, sino que con esta táctica se busca revertir la asimetría económica que gobierna la relación con el cliente. Sin revertir la asimetría de clase, al cobrar antes los clientes pierden “el poder de la plata” al que hacía alusión Mónica en el epígrafe, y al que refiere este cliente:

Los dos tienen un poder distinto. Ella tiene el poder de... de... fingir, digamos... Tiene ese ancho en su manga. O de disfrutar cuando le quepa. Y uno tiene el poder de la plata. Lo que pasa es que a vos te despojan del poder... Todas las putas cobran antes, entonces, vos podés perder tu poder automáticamente, antes de tocarla (cliente entrevistado, en Chejter, 2011: 83)

Esta disputa de poderes no concluye con ese primer pago, pues se pueden reiniciar las negociaciones una vez puertas adentro. Pero en este escenario, con el dinero en el bolsillo, es posible controlar el tiempo en que transcurre el encuentro, otra de las variables que delimitan y caracterizan al sexo comercial. Entre las entrevistadas este trabajo de control del tiempo, pero sin “relojear”²⁴ era común entre las escorts. Luli, por ejemplo, había elaborado una táctica de control del tiempo sin usar reloj, registraba la hora que duraba el encuentro con un conocimiento del cuerpo: “la hora es como que... ya de por sí... estoy acostumbrada tanto en esto como en Ju-jitsu²⁵... en que todo se divide por tiempo, entonces es como que ya mi cuerpo tiene mentalizado cuánto tiempo es”. Además, su “servicio” incluía un momento breve de sexo anal, para hacer disimuladamente esta medición usaba la música con la que ambientaba los encuentros: “son cinco minutos. Es un tema. Pasa un tema y olvidate que la estoy sacando, ya”. Otras usaban la música para controlar el tiempo total del encuentro. El ritmo musical permite camuflar la duración temporal y la cuantificación del reloj parece desaparecer con las sincopas.

Brewis y Linstead (1998), retomando categorías de Deleuze y Guattari, plantean que en los encuentros entre clientes y prostitutas se mezclan dos formas de temporalidad. Por un lado, una simulación de intimidad, privacidad y afecto personal que corresponde a un espacio liso (*smooth*) donde el tiempo fluye (*flows*) y por el otro la realidad de la comercialización y regulación de un espacio estriado (*striated*) donde el tiempo se segmenta y hace “tic-tac” (*ticks*). “El artificio de la trabajadora sexual exitosa está en hacer que el tic-tac del reloj parezca fluir” (1998: 227).

²⁴ Así se denomina en la jerga al hábito de estar controlando constantemente el tiempo del encuentro.

²⁵ El Ju-jitsu es un arte marcial que Luli practicaba y también estaba empezando a enseñar.

Más allá de la precisión con que se mida el tiempo del encuentro este límite, como otros, puede ampliarse si hay una oferta de dinero. El tiempo de cada “salida” y el disimulo en su control dependen del monto de dinero recibido, este será el que regule por cuánto tiempo se brindarán los servicios sexuales.

“Para mí es un trabajo, qué sé yo, yo salgo y estoy mirando el reloj y trato de hacerlo lo más rápido posible. Obviamente si me ofrece más plata en la pieza, o en un hotel donde lo llevo, me quedo más tranquila” (Mariana)

Aunque el dinero parezca el principal factor que determina el tiempo de duración del encuentro, el manejo del tiempo tiene diferentes dimensiones. Hacer que el tiempo “fluya” implica no sólo controlar la duración disimuladamente, sino también manejar el transcurso del tiempo. Este manejo involucra técnicas para hacer pasar el tiempo con juegos no directamente sexuales o que evaden el contacto físico. Estos juegos podían ser masajes, “shows” tipo *streeptease* (“capaz que si lo podés hacer que se relaje... alguno’ te pagan solamente para mirarte el... traste y hacerse la paja...” decía Deby), o que los propios clientes se vistan con lencería femenina:

[Un cliente anda] con la tanguita y se para y anda “ahhh”, total tira plata y yo me acuesto y empiezo “Qué hermosa que te queda” [...] y caminan y van y vienen, y yo acostada ahí, bueno en parte a mí se me va el cliente y a mí me conviene... “Te queda bien”... gordo, sapo... (Mabel).

También se puede conversar con los clientes, para que corra el tiempo y evitar otro coito, –pero siempre cuidando mantener la conversación fuera de la propia intimidad, para proteger ese otro límite–.

Ponele, si se quedan acostados cuando terminan... es que quieren otro seguro, entonces qué le hago... y charlás... y por ahí... cuando más o menos, vos más o menos calculás el tiempo, yo más o menos sé qué tiempo llevo y cuando los veo que se están sentando o acostado ahí... y empiezo ya a decirle: “¿Y qué hacemos ahora cuando te vas? Te vas a tu casa, te vas con un amigo...” ¿Viste?, como que ya lo estás corriendo... No le decís “andate”, pero los corrés de alguna forma. (Deby)

Como señala Deby, el control del tiempo se articula con el control del deseo y del orgasmo del cliente. Para todas las entrevistadas el cliente que “se demora” aparece como una carga. En tanto esto ocurre porque no puede alcanzar el orgasmo representa un problema y potencial riesgo de violencia. Regular cuándo llega el orgasmo del cliente puede ser crucial pues no siempre queda claro en la negociación que el encuentro incluye una sola “participación” y el transcurso del tiempo convenido puede hacerse difícil de sobrellevar.

Por ahí vos le decís son quince, veinte minutos y porque el hombre está, viste, drogado... Entonces que el hombre no acabó y piensa que vos tenés que estar toda la noche con él. Por ahí son violentos, ponele, no todos. (Antonia)

Te agarran como un pedazo de carne... y no, tampoco soy de manteca, pero no... imaginate vos que en el trascurso de la noche... hay algunos que te pagan... bueno, que está escaso, una hora y... de diez te pasa que uno quiere una hora o 45 minutos quiere pasar aserruchando, es feo que 45 estás traca-traca, “¿pero qué tenés?!” digo yo... “sí, pero yo te pagué una hora”, “pero en una hora tenés sexo bucal, una penetración...” hay gente que sí se ubica entendés, pero de diez, como te dije yo, siempre te toca uno que te dice “pero yo te pagué una hora”, pero bueno “pará, ¿pero vos qué te pensás que íbamos a estar una hora traca-traca como si fuera un animal?”, ni el perro ni la perra están así una hora. (Mabel)

Muchos clientes que no quedan satisfechos con una “participación” pueden querer pagar por extender el encuentro. Tanto en los límites del tiempo como en las prácticas sexuales incluidas puede haber una constante renegociación: mientras el cliente tenga más dinero y las mujeres tengan necesidad siempre puede reiniciarse la negociación. Doris decía que no tenía límites fijos para las prácticas sexuales, había hecho “sanguchito” (salida con dos clientes) y hasta “filmado porno”. Para ella lo importante era mantenerse dentro de lo acordado –aun cuando se pueda llegar a renegociar–.

Doris: Siempre dentro de la regla, dentro de la regla es: antes de ir. ¿Me entendés? Por ejemplo, el tipo me dice: “¿Hacés anal?” “No, eso no”, o le digo “Eso sí, pero tanto [dinero], está ¿te cabe? Listo”. “Mirá, quiero tal cosa ¿Te cabe?” “Pero bueno, en total te sale esto, esta cantidad de plata”, ¿Me entendés? Ya vamos con... Si te vas adentro y me decís “No, mirá, yo quiero...” no sé, “mandarte un clavo de acá hasta acá”, te voy a decir: “No, eso no fue el trato”. Y siempre, de repente una caricia, te gusta el mimito, te gusta esto, ¿Me entendés lo que te digo? Uno dentro del trabajo también va mirando, digo, medianamente lo que va... No es que vos te vas y hacés, no, no es eso. No es que vos te vas y hacés lo que vos querés de mí. Santiago: ¿Y alguna vez te ha pasado que te pidan algo que vos no has querido hacer?

Doris: Sí, muchas veces, pero bueno, ahí otra vez es a donde yo digo, yo en ese sentido soy muy frontal, yo paro todo lo que estoy haciendo y vuelvo otra vez a recordar lo que acordamos, ¿Me entendés? Y bueno, y si quiere, y si yo estoy de acuerdo, obviamente, siempre que yo esté de acuerdo, bueno, “pero si querés esto, esto no fue el acuerdo, pero mirá si querés esto, pero sale tanto. A ver, ¿tal?”, “Sí”, “Bueno, dame”, por las dudas, dame la plata primero. (Doris)

Beatriz: Yo le decía: “Hola, hola cariño, ¿Qué tal?, ¿Querés salir?” te preguntaba cuánto, yo le decía: “Mirá esta tarifa, hay tarifa así y así”, a ver, vos estabas con una tarifa y capaz que vos entrabas por treinta pesos, en esa época, cuarenta, porque antes se pagaba más, antes cobraba más ¿Me entendés?

Entonces y te salías capaz que con cien, ciento cincuenta pesos. ¿Me entendés?

Santiago: ¿Y cómo era eso? ¿Cómo negociabas?

Beatriz: Y bueno, porque yo, ponele, entraba por el pase sólo y yo decía: “Bueno, mi amor, ¿qué te querés hacer? ¿Algo más?” qué sé yo, porque yo no me sacaba la remera si no me daba más plata, esa época era así ¿Me entendés? “Bueno, me querés sacar la remera, bueno, dame veinte pesos más” “Y si querés que”, un ejemplo, “Querés que te baile” yo nunca bailé, pero un ejemplo “Y son cincuenta pesos más”, o “¿Te querés quedar media hora?” Y bueno, así, así se pagaba.

Doris y Beatriz, habían hecho sexo comercial durante largos años y habían aprendido el espinoso oficio de negociar con los clientes. Las que aprendían a manejar mejor la negociación iban renegociando a lo largo del encuentro y poniendo un precio a cada detalle que los clientes pedían, como relataba Beatriz. Las asimetrías de clase y de género, así como la vulnerabilidad estructural de vastas franjas del mercado sexual potencian el regateo y la negociación, como en varios mercados clandestinos. Claro que, en este mercado donde la desigual pelea se hace con “uñas y dientes”, no todas han afilado sus “uñas y dientes”. La falta de *expertise* y mayor vulnerabilidad de Anahí, que (se) repetía (a sí misma) “en la media hora ellos me tienen que dar a mí 50”, contrastaban con el manejo de la negociación de otras como Abril, que regulaba los precios según “de dónde venga el contacto” y podía cobrar entre 250 a 400 pesos la hora –más el gasto de viáticos–.

Valores simbólicos y corporalidad en el “servicio” ²⁶

Ya sabemos entonces que, en tanto haya asimetrías, la re-negociación tiene siempre una puerta semi-abierta, pero el marco de la negociación no es únicamente económico, sino

²⁶ Parte de estas ideas fueron reelaboradas tomando en cuenta un trabajo anterior (Morcillo, 2011)

también simbólico y moral. Los límites sobre las prácticas sexuales nos permiten percibir estos aspectos. ¿Qué prácticas sexuales son las que se limitan, y por qué se las excluye? Estos límites variaban según las mujeres sus necesidades económicas, sus edades, sus creencias morales, sus cuerpos y según las modalidades de sexo comercial.

Veamos primero cuáles eran esos límites. Todas las entrevistadas dijeron negarse a tener contactos sexuales sin preservativo, este era claramente el límite más frecuente. La mayoría dijo rechazar, o buscar evitar los besos –salvo algunas escorts que brindaban el servicio “onda novia” al que me referiré más adelante–. Ambos límites aparecen recurrentemente en la literatura. Según muchas entrevistadas, otra práctica restringida con los clientes era el sexo anal, varias dijeron rehusarse a tener sexo comercial con otras mujeres o con travestis y otras tantas mencionaron que se negaban a recibir sexo oral o estimulación genital de parte de los clientes²⁷. Si bien no era planteado como límite explícito, muchas entrevistadas preferían reducir al mínimo necesario tanto el contacto físico con los clientes, como la desnudez de su propio cuerpo, de forma similar a lo hallado en otras investigaciones (Gaspar, 1985; Sanders 2002).

¿Cuáles son los motivos y las tácticas asociadas con el sostenimiento de estos límites y los eventuales desplazamientos para controlar el deseo sexual y convertirlo en ganancias? Globalmente, el principal papel que cumplen los límites impuestos sobre las prácticas sexuales en las relaciones con los clientes es establecer una barrera simbólica-corporal. (estudios en distintos contextos plantean una

²⁷ Otras prácticas menos mencionadas fueron dar “besos negros” (anilingus) a los clientes pues les producía asco, usar juguetes sexuales en ellas por ser considerado poco higiénico y el rechazo a ciertas posiciones cuando estaban menstruando por las mismas razones; ninguna entrevistada mencionó haber trabajado durante su embarazo, pero tampoco fue puesto como un límite (sobre las tácticas utilizadas para ocultar la menstruación y los embarazos puede consultarse Lahitte, 2012). Sólo una entrevistada dijo evitar, aunque no rechazar, las felaciones a clientes.

interpretación similar Brewis y Linstead, 2000a; Gaspar, 1985; Kong, 2006; Pasini, 2000; Sanders, 2002, 2005). No es casual que uno de los significantes ligados a las limitaciones sea la “limpieza” o higiene, pues lo que permite esta barrera es mantener alejada la “suciedad”, una de las fuentes de contaminación simbólica, como ya vimos al referirnos a las primeras experiencias de sexo comercial (capítulo 3). Aquí parece invertirse el imaginario higienista situando a los clientes como fuente de contaminación y contagios –de ahí la preferencia por los clientes “limpios”–.

Veamos ahora puntualmente los sentidos que tienen las interdicciones más mencionadas y las tácticas que movilizan. Dejaré para el próximo capítulo el límite sobre los besos que se halla más ligado a la afectividad y los sentimientos. Empecemos con el uso de preservativos. Solamente una entrevistada me dijo que, a veces, podía llegar a dar sexo oral sin preservativo, pero únicamente a unos pocos clientes que eran “muy conocidos”. Este uso uniforme según las mujeres²⁸, difiere de las experiencias relatadas por los clientes en los foros y de las ofertas que aparecen en los avisos donde los servicios “sin globito” son frecuentes. Sin embargo, más allá del uso real o no de preservativos, me interesa leer los sentidos que se asocian a esta práctica. Como he dicho más arriba, es probable que las campañas de prevención del VIH hayan instaurado cierta corrección político-sanitaria en los discursos de estas mujeres constantemente consideradas “población de riesgo”. Pero el uso de preservativos, o la prohibición de no usar el preservativo en las relaciones con los clientes, se ve a la vez como una práctica de cuidado y como una práctica protectora en un sentido más amplio que el sanitario. El preservativo es una barrera física que funciona a la vez como un límite

²⁸ Varios estudios sobre prevención del VIH muestran estas respuestas. Por ejemplo, según el estudio llevado a cabo en 2007 entre trabajadoras sexuales en distintas ciudades del país el 98.6% había usado preservativo con su último cliente y el 93% dijo usar preservativos con los clientes siempre. (Ceil-Piette/CONICET)

simbólico. En contraste con lo que relataban respecto a los clientes, muy pocas entrevistadas dijeron utilizar preservativos en sus relaciones sexuales personales, aún en el caso de aquellas que tenían parejas no-estables. Esto muestra que la preocupación no se limitaba a la prevención de las enfermedades de transmisión sexual. Por contraposición a lo que sucedería en las relaciones con los clientes, el hecho de no utilizar preservativos en las relaciones sexuales personales es significado como una muestra de afecto, de confianza o, como veremos luego, una prueba de su fidelidad. Las connotaciones afectivas nos sitúan más allá de las consideraciones estrictamente biomédicas.

A su vez usar preservativos con los clientes es parte de la construcción de un sexo-servicio, permite tener una práctica más aséptica y posicionarse “profesionalmente”.

Inés: A mí me gusta hacer la francesa, sea quien sea, con forro. Es algo que no me da asco, que ya está como muy... muy rutinario ¿Viste? El chabón, el tipo que va... el cliente que va a buscar, lo primero que te pide es la francesa... que sería un sexo oral. Lo primero que te pide es eso.

Santiago: Ajá. Y eso para vos...

Inés: Para mí, a mí me gusta. Es más preferible eso.

Santiago: Ajá ¿Por qué preferís eso?

Inés: Y (Risa leve) ¡Que pregunta! Porque, no sé, porque me gusta... hacerlo, hacérselo a los clientes, con forro es como que yo no siento tanto, por ahí ellos sí, pero yo no.

En el uso de preservativo no sólo se juega la cuestión de la salud y las barreras simbólicas que separan a los clientes de la intimidad de las mujeres. Además, para las mujeres que hacen sexo comercial, utilizar preservativos contribuye a la rutinización y la consecuente deserotización, consagrando así el sentido instrumental del sexo-servicio. Emerge aquí una confluencia de sentidos que asocia el aspecto sanitario con la profesionalidad. Tanto Inés como Marisol (ambas

militanes en organizaciones) tenían conocimientos sobre las vías de transmisión de ITS y decían que no hacían excepciones al usar preservativos con los clientes.

Yo por haberme organizado... y por haber estado en la organización... yo por ahí hablo y cuento mis cosas que hago y por ahí ya te notan que vos estás en la prevención, que estás cuidando al cliente, entonces el tipo te trata “dale, negra te ofrezco más dinero”... después yo digo, pero esto es por lo que yo he aprendido, viste...”Pero pucha, vos cuidá lo tuyo que yo cuido lo mío”...yo le digo “cuida tu familia, este es un ratito de joda” y te dicen “mirá te felicito, seguí laburando así”, pero bueno eso es porque vos te fuiste preparando de otra manera [...] eso es lo que me gusta porque una peleó tanto por la prevención. Hablás y haces talleres con las chicas... es un pequeño taller que vos le hacés al tipo arriba del auto y al tipo le gusta. (Marisol)

Aquí podemos leer el uso del preservativo como una micro-batalla que condensa límites y tácticas: según las mujeres, los clientes pueden ofrecer pagar más, “chamuyar” diciendo que son alérgicos o intentar sacárselo; ellas pueden ponerlo como condición *sine qua non* desde el principio, intentar persuadirlos por su salud y la de su familia, buscar formas de erotizar el uso o hacerlo pasar desapercibido (como la táctica de colocarlo con la boca), convencer al cliente de que luego lo van a sacar, o aceptar el dinero extra.

Una trabajadora tiene sus vueltas. En ese momento de intimidad de...cómo te puedo decir, si vos sabés hacer las cosas, si sabés negociar, le ponés el preservativo y el tipo ni se entera. Pero tenés que saber...tener, como quien dice, calle, porque si vos no tenés calle el tipo te convenció, te dio vuelta y chau. (Nelly)

En una batalla desigual en términos de posiciones estructurales de poder, la experiencia en el uso de tácticas se torna una cuestión fundamental pues se pone en juego, más que la salud, la propia capacidad como “trabajadora” como

señala Nelly. En términos de Goffman podemos pensar que esta micro-batalla por el preservativo es parte importante de establecer una definición de la situación, así sabremos si se trata de un cliente dando rienda suelta su deseo, de una “trabajadora” haciendo su labor profesional, o de los varios grises intermedios.

Las restricciones sobre el sexo anal no conllevan tanto connotaciones sanitarias o profesionales, como morales, sentimentales y/o de dolor físico. Según Lidia: “de atrás no puede hacer una mujer por más que haga el sexo completo, todo así... porque yo creo que eso es lo último que le queda de dignidad a una mujer”. Ya hemos visto en el capítulo anterior cómo estas connotaciones morales servían para distinguirse de “otras” mujeres que sí hacían sexo anal y más adelante veremos cómo a veces se lo “reserva” para los maridos o las relaciones sentimentales. Pero también había otras variantes que regulaban el acceso al ano.

Por el orto no, no hago trasero... no soy completa, no [...] porque no me gusta y creo que, más a un hombre que no quiero, no deseo ni me simpatiza, como para sentir dolor, yo creo que eso es si vos lo querés, tenés una simpatía, para aflojarte un poco porque yo adentro estoy tensa, estoy muy tensa... varias veces dije que sí porque tenía un chizito (risa) ¡mi dedo era más grande! (Valeria)

Algunas, como Valeria, con la conveniencia anatómica y económica, saldaban el recelo moral sentimental. Si seguimos a Bataille (1997), la interdicción cultural sobre el sexo anal produciría una erotización del ano, la cual en el sexo comercial se traduce en una valorización monetaria. Esto lleva a que algunas mujeres dejen el sexo anal con los clientes, para cuando sean mayores y, tras la caída de su capital erótico, “necesiten trabajar así”. Otras resuelven la tensión entre moral y necesidad económica apelando a una táctica para engañar al cliente, Sonia y Rocío me “avivaron” al respecto:

Sonia: ofrecer, ofrecemos todo. Pero de hacer no hacemos todo.

Rocío: (Risa) Ah, sí...

Sonia: (Risa, mirando a Rocío) ¿se lo digo o no se lo digo?

Rocío: Y deciseló, si... ¡ha venido para saber!

Sonia: Nosotros ofrecemos el máximo que es el completo, que vendría a ser todo. Pero damos todo, menos la cola. O sea, supuestamente le damos a entender que damos todo... Pero no todo.

Rocío: No lo avivés al pedo, no vaya ser que después venga... (risa)²⁹ [...]

Sonia: Hay muchas que no hacen..., obvio que es como..., estábamos diciendo con ella, porque muchas que no saben cómo hacerlo. Y no quieren entregar, obvio. Imaginate, no podemos salir con todo... que... tres o cuatro al día te quieran comprar un completo, te vas a ir con el trasero sabés cómo. Y hay muchas chicas que no lo saben hacer, y directamente no lo hacen. Que trabajan nada más con el polvo y media francesa... Bueno, pero las que más o menos... ya... ya más o menos sabemos, si hacemos completo.

Rocío: Y por ahí te dice, bueno un completo. Y vos te ponés boca abajo, y decís bueno, está por la cola, pero nada que ver. Santiago: ¿Y los clientes se lo tragan?

Sonia: Obvio porque lo hacemos de una manera que sea tan seco ahí... que cueste. Aparte te quejas del dolor (Risa)

Rocío: (Risa) [...]

Santiago: ¿Y eso cómo empezaron hacerlo así?

Sonia: Bueno, yo no hace mucho. Ella sí llevaba más tiempo.

Rocío: Sí, porque primero tenía miedo. A mí me enseñó otra señora que es más grande, de edad. [...] A veces yo... ponele, me decían completo. Y yo le decía: "¡No!" Porque yo tenía miedo, ¿viste? de... Entonces la señora esa me explicó cómo tenía que hacer para un completo. Entonces lo cobrás un poquito más y... Y bueno, yo lo hice así.

Sonia: Y bueno, ahí te das cuenta que cuando tenés bastante cola, es lo más fácil de hacer. Si tenés tanta cola, no puede nunca... saber... (Risas de ambas)

²⁹ Acá se puede observar cómo revelarme una táctica supone una cierta complicidad conmigo a pesar de mi posición como varón, algo que no habría ocurrido sin haberme desplazado del lugar de cliente.

He incluido este fragmento extendido para observar, por un lado, la táctica que las mujeres utilizan para aprovechar la erotización del ano, simulando y engañando a los clientes, por ende, sin perder el valor simbólico y sin soportar el dolor físico. Al contrario, desde la posición de subalternas, la picardía parece reafirmarlas en su capacidad de lograr un objetivo táctico y quedarse con más dinero. En este sentido, Scott señala que “el pícaro” aparece siempre como el héroe de los grupos subordinados, como figura del personaje que a pesar de ser más débil se vale de su astucia para sobreponerse al dominante³⁰. Además, en este pasaje de la entrevista también se manifiestan las relaciones de camaradería entre las mujeres y el uso del humor como una forma de sobrellevar las complejidades de hacer sexo comercial y trabajo emocional. Sanders (2004) plantea que el humor sirve tanto para sostener el negocio con los clientes, como para proteger su bienestar y trabar relaciones entre las mujeres.

La picardía y las relaciones entre compañeras son clave para algunas tácticas que involucran la complicidad entre las mujeres. Por ejemplo, cuando los clientes buscan lo que se llama “un lésbico” o “una fiesta”, es decir relaciones homosexuales entre dos compañeras, se pone de relieve la importancia de las duplas de trabajo:

Nos conocemos para trabajar. O sea, nosotros no es que... le fingimos todo el tiempo. Él pensará que nosotras... no sé, que ella me hace sexo oral a mí, pero siempre hay una trampa, me pone la mano y la de ella..., y en vez de hacerme sexo oral a mí, se pasa la lengua por su propia mano. O sea... una siempre elige con quién tiene más feeling y con cuál se puede trabajar

³⁰ En los cuentos populares el pícaro logra vencer a sus enemigos más poderosos “Sólo conociendo las costumbres de sus enemigos, engañándolos o aprovechando su codicia, su tamaño, su credulidad o su premura, puede encontrar la manera de escapar de sus garras y derrotarlos.” (Scott, J. C., 2000: 195)

más. Yo empecé haciendo con varias compañeras diferentes, pero después... si ellos me dicen: “¿Querés hacer una fiesta?” Yo les digo: “Sí, pero si es con fulanita de tal” (Inés)

Acá el límite en juego son las relaciones sexuales con otras mujeres. Mediante esta “trampa”, táctica que muchas llaman “hacer cuadros”, se logra vender el servicio y, engañando al cliente, proteger el límite. Sin embargo, las tácticas sólo pueden lograr éxitos coyunturales. Mabel nos recuerda la fragilidad que tiene la trasgresión pícara cuando esta se refiere a un terreno donde la propia moral está en cuestión.

Mabel: He visto cuadros... he visto hacer cuadros de mujeres viejas que están... como en Rosario norte... unos cuadros... una santiagueña... el cuadro se le llama con el cabello largo y no tocar nada a la mujer, vos lo estás haciendo y ponés la mano, y le han pagado fortuna...

Santiago: ¿Cómo es?

Mabel: Este es el cuadro, o sea, está la mujer y está la vagina, con el cabello... y el tipo se come como la mejor. Pero hoy no existe eso. Hoy van a derecho viejo... las que les gusta van entre ellas, pero qué pasa, que ha pasado que va una bi [bisexual] y una no-bi. Y la no-bi le dice “mirá, no te hagás la pícara hacelo así” y resulta que no, la otra quiere, esta se rechifla, el cliente tira para la bi y ahí se agarran a puñetes todos, entonces esas cosas las tenés que evitar, pero es el hambre también... pero una cosa es el hambre y otra es el placer.

El relato de Mabel permite comprender, a la vez, la fragilidad de la táctica que depende de la complicidad entre las mujeres para engañar al cliente, y la importancia de separar la esfera laboral y las necesidades económicas, de la esfera sexual y el placer. Irene tampoco sostenía relaciones sexuales con parejas pues “se me hace como que...si la mujer me dice: ‘Me gustás vos’, es porque se está refiriendo a que vos tenés que tener algo con ella. Entonces, como que pasás *la otra barrera*, el límite. Y eso conmigo no va”. El límite del placer con otras mujeres las mantiene dentro de

las fronteras de lo que parece aceptable para estas mujeres³¹, todas heterosexuales. Su trasgresión implicaría otra ruptura con su identificación como mujeres. Si comenzar a hacer sexo comercial implicaba entrar en un campo vedado, el placer lésbico aparece para muchas como la “otra barrera” que reaviva los fantasmas de la abyección. La importancia de sostener la coherencia entre su identidad de género y su orientación sexual –sin desplazarse de la matriz heterosexual–, impide la disociación de un sexo-servicio a la hora de hacerlo con otras mujeres.

Para muchas entrevistadas, el placer debe ser sólo del cliente. Ello también explica las restricciones al cunnilingus (el “punto débil” según varias) y la estimulación genital vaginal –que también implicaba una invasión a la intimidad y el peligro de contaminación–. Asimismo esta asignación de roles en torno al placer permite comprender por qué no se ponen tantas restricciones a las “perversiones”³² de los clientes.

[No hago] el completo que le dicen ellos, el tema anal... para mí no. No vale la pena, para mí no vale. No sé cuando sea más vieja, cuando ya no me ande adelante... Pero Dios hizo tal cosa para tal cosa y me parece que hay que tener muchísimo más cuidado. Te das cuenta que estás hablando de algo... sucio... ahora que ellos vengan con sus depravaciones y me pagan para que yo me preste al juego de ellos y de hacerles algo sucio, yo se los hago, no tengo problema. Si tengo que pegarle, les pego. Si les tengo que rasguñar, les rasguño. (Mónica)

En este fragmento Mónica muestra cómo protegía moralmente su ano (por ahora) de la “suciedad” de los clientes. Sin embargo, ella no tiene problemas para “ensuciarlos”

³¹ También podemos observar este límite, pero referido a relaciones con travestis en la cita de Mónica en el epígrafe de este capítulo.

³² Se referían así a la sodomización de los clientes –sea con juguetes, objetos o sus dedos (protegidos con preservativos)–, a lo que se conoce como “lluvia dorada” (orinar sobre el cliente) o a prácticas masoquistas.

a ellos y hasta parecía disfrutarlo en cierto sentido. Estas prácticas permiten, al mismo tiempo, no exponer su cuerpo, ganar dinero extra –siempre las “perversiones” se cobran más caro– y dejar claro que su único interés es económico, si hay alguien “perverso” o “zarpado” en la habitación esos son los clientes. Tal como en las transacciones maricamiché que analiza Perlongher (1993), aquí parece invertirse la jerarquía sexual por un momento y quien solicita el servicio pasa a ser el “desviado”. En estos casos, la moral sexual permite a las mujeres realizar prácticas que no interfieren con su intimidad ni con su identidad profesional, asegurándose la distancia por no estar guiadas por su deseo sexual, sino por el afán de lucro. Además algunas entrevistadas sentían que en estas prácticas ellas ocupaban un rol dominante³³, el cual podían aprovechar para una retaliación.

Finalmente, la propia desnudez es para unas un límite y para otras una táctica. He señalado que las más jóvenes preferían trabajar completamente desnudas, aun cuando en un principio les costaba, porque de esa forma aceleraban el orgasmo del cliente: “Si te lo querés sacar rápido... tenés que estar en bolas, como quien dice... sí. Como que lo motivas...” (Sabrina). Para ellas la desnudez es una táctica que permite controlar directamente el deseo de los clientes. Pero las mayores preferían limitar su desnudez, y expresaban varios motivos: por pudor y vergüenza de su cuerpo envejecido, para darle un acento más instrumental al sexo-servicio y evitar el contacto físico con el cliente, pero también como táctica para cobrar extra.

Acá en la calle, vos venís y decís yo voy a salir con él, vamos al hotel, te sacas una pierna del pantalón, una de la bombacha, te pones el forro y listo, y te venís [...] no nos sacamos la ropa, si nos pagan, nos pagan 150 si nos sacamos la ropa,

³³ El caso más evidente lo constituyen las que hacen un servicio como “dominatrix”, que consiste en someter sexualmente a los clientes (ver McClintock, 1993; O’Connell Davidson, 1996)

pero mientras tanto no. En general no nos sacamos la ropa, no, porque todo tiene precio, entonces, es así, cobramos por los precios. (Lidia)

En la desnudez se conjugan distintas variables: la distancia del contacto con el cuerpo del cliente, la restricción de mirada; pero también la posibilidad de cobrar más o acortar el tiempo del servicio. La necesidad de estimular al cliente para lograr su orgasmo, el valor erótico del propio cuerpo, la necesidad de proteger la intimidad y la necesidad de dinero se combinan, tal como sucede con todos los límites y las tácticas.

Los diferentes contactos con el cuerpo aparecen reglados por la moral sexual y también valorizados en términos monetarios. Entonces, cuáles son los límites que se transgreden y cuáles se hacen respetar depende de una compleja ecuación que incluye no sólo una economía monetaria, sino también una economía moral donde se juega la construcción de una identidad profesional no-sexual (no lujuriosa) y la preservación de una identidad de “mujer normal”. En este sentido varias de las escorts podían poner menos limitaciones a las prácticas sexuales con los clientes pues su forma de manejar la relación y su concepción del profesionalismo estaba ligada a otros elementos: su exclusividad y la capacidad para desarrollar trabajo emocional.

Trabajo emocional. Entre sábanas y bambalinas³⁴

Los aspectos involucrados en el “servicio” de sexo comercial no remiten únicamente a lo temporal y lo sexual. Las emociones y afectos tienen un papel importante, tanto para llevar a cabo y rentabilizar la performance de sexo comercial como para el posicionamiento subjetivo respecto de la

³⁴ Este apartado y el siguiente fueron reelaborados y publicados posteriormente (Morcillo, 2014b)

interpelación de “puta”. Esto significa que el trabajo sobre las emociones incluye las impresiones que generan en los clientes y una faceta de la identidad de las propias mujeres.

Para comprender estos aspectos del sexo comercial he partido de las conceptualizaciones de Arlie Hochschild (1979, 2008). Tomando como disparador el trabajo de Goffman, esta autora profundiza sobre los aspectos emocionales de las actuaciones que el enfoque dramático de este sociólogo no abordó. Hochschild acuña el concepto de “trabajo emocional” para referirse al intento de cambiar en cantidad o en calidad una emoción o sentimiento³⁵. Este esfuerzo por inducir o suprimir los sentimientos se orienta a sostener el “rostro” (*outward countenance*) que produce en los otros el “estado mental apropiado”. El trabajo sobre las emociones, si bien es un acto consciente que realizan las personas, está ligado a las estructuras sociales y las ideologías pues las emociones se deben acomodar a las “reglas del sentimiento” (*feeling rules*). Estas se entienden como un conjunto de pautas socialmente compartidas que indican cuáles sentimientos son apropiados en qué contextos. Así guiado, el trabajo emocional va más allá del mero control o eliminación de emociones, pues incluye la “evocación”, el

35 Siguiendo a Hochschild usaré emoción y sentimiento de forma intercambiable, y tomaré su definición de emoción: una cooperación corporal con una imagen, pensamiento o memoria de la cual el individuo es consciente (1979: 551). Pretendo, como la autora, alejarme de las interpretaciones “organicistas” de las emociones –aquellas que las ligan con un estrato biológico y pre-social– y sostener una mirada interaccionista y ligada a los procesos y estructuras sociales. El carácter social de las emociones se liga al hecho de que el trabajo emocional esté diferencialmente atravesado por el género (y en menor medida por la clase). Es a las mujeres a quienes se suele demandar más trabajo emocional, especialmente en los contextos laborales asociados a los servicios. En este aspecto dejaré de lado la distinción que algunos/as han planteado entre *emotion work* y *emotional labour*, donde el primero refiere al manejo de las emociones en el contexto privado o familiar y el segundo en el espacio laboral (ver en Stets y Turner, 2006). Dado que estas distinciones son justamente las que se ponen en juego y se confunden en el sexo comercial he optado por desecharlas, aunque sí distingo entre las formas de trabajo emocional que se dirigen más a los clientes y aquellas que apuntan en mayor medida a las propias mujeres.

moldeo de una emoción deseada pero ausente, tanto como la “supresión” de una emoción no deseada pero inicialmente presente. Hochschild señala tres técnicas de trabajo emocional: cognitiva (cambiar imágenes o ideas para modificar los sentimientos asociados), corporal (cambiar síntomas somáticos de la emoción) y expresiva (cambiar gestos expresivos para cambiar los sentimientos). Las tres técnicas están separadas analíticamente, pero muchas veces juntas en la práctica (1979: 562) como veremos en el caso del sexo comercial.

Analicemos primero la faceta del trabajo emocional que se orienta hacia los clientes. Esta comienza con el trabajo sobre el propio carácter en la “parada” (o en el contacto telefónico), antes de la salida, para “no parecer vulnerable”. Pero este primer momento de ser más “caradura”, como decía Susy, deberá estar en un delicado equilibrio con la seducción, la amabilidad, ser cariñosa, mostrarse atenta por el cliente y sus demandas, fingir el goce sexual y/o “hacer de psicóloga”, e incluso hacer pasar desapercibidos los aspectos que remiten a lo comercial: el pago, el “relojeo”, las llamadas de otros clientes, es decir todo aquello que puede romper la ilusión³⁶ de intimidad. En definitiva, el trabajo emocional es un esfuerzo global para conducir la performance durante todo el encuentro, pues “eso es el trabajo”:

La amabilidad que vos tenés que tener con el cliente para tener a ese cliente, porque si vos atendés mal al cliente no vuelve más, por más que estés, por más que estés agonizando tenés que vos ser muy simpática, muy amable, muy cariñosa, porque eso es el trabajo. (Beatriz)

³⁶ Por “ilusión” no quiero decir que esta sea necesariamente falsa, sino que es un efecto específico del tipo de vínculo creado en el contexto del sexo comercial y, puntualmente, un producto de la performance y el trabajo emocional que llevan a cabo las mujeres. En este sentido, al contrario de algunas lecturas del trabajo de Hochschild en el marco de la alienación (Brook, 2009), y como han hecho otros estudios sobre las emociones en el mercado sexual (Piscitelli, *et al.*, 2011), me propongo analizar las emociones sin juzgar sobre su autenticidad.

Yamila definía su trabajo como: “brindarle lo mejor a la otra persona. Ese es mi trabajo, hacer que se sienta bien”. Para muchas, la capacidad de hacer trabajo emocional es considerada un signo de madurez y capacidad profesional.

Ahora se hacen llamar trabajadoras sexuales y la palabra prostitutas que deberían emplear es muy amplia, no es abrirse de piernas. Hay que saber llevar al cliente. El cliente, vos te subís al auto y capaz que te dicen 20 pesos y vos le podés sacar 70. Porque a la hora de la verdad... vos venís ahora y te querés casar conmigo, si no por 70, por 150 yo me casé. Terminó la hora, pero él estuvo casado una hora conmigo. Amor, pasión platónica con él, pero uno lo tiene que llevar. Es un cliente, pero es un ser humano. No lo voy a hacer sentir que soy una computadora programada, eso es lo que dice la juventud de hoy “pero si este es un gil”, pero cómo que es un gil si te está dando de comer. Pero tampoco el abuso, ojo, donde te puede el cliente te jode. Hay clientes y clientes. (Mabel)

Mabel señalaba que no todas estaban dispuestas a hacer trabajo emocional. Algunas entrevistadas lo veían como una actuación que las incomodaba, y cuyo único sentido es pasar tiempo eludiendo el contacto sexual. Sin embargo, otras mujeres con mayor trayectoria o con un mayor dominio de la performance, daban al trabajo emocional un lugar central. Susy, por ejemplo, me decía que con los años aprendió a “ser más viva” y “vender más fantasías”. El trabajo emocional servía, según las entrevistadas, tanto para fidelizar y conservar clientes, como para obtener mejores remuneraciones.

Desde el simple “fingimiento” del orgasmo, donde se suelen usar los gemidos como una técnica expresiva, hasta las representaciones de “amor”, el trabajo emocional durante el encuentro puede tomar diversas formas. Bernstein (2007b) afirma que en la actualidad existe una modalidad de

servicios sexuales³⁷ que pueden entenderse como un lazo de “amor temporario”, que diferencia entre el servicio de *girl-friend experience* y la mera descarga sexual. Para Bernstein, lo que los clientes consumen en ese mercado es la fantasía de un vínculo deseado, vivenciado como especial por el cliente y a veces por la “trabajadora sexual”. Sin embargo, aunque ambos participen de la fantasía, será esta última quien esté a cargo de su realización dramática, para lo cual debe contar con escenografía y libreto apropiado.

El uso de un maquillaje, simbólicamente comprendido como una máscara (el *nom de guerre*, la vestimenta y otros aspectos de las tácticas analizadas con anterioridad) facilitan la entrada en el “personaje de prostituta” (Sanders, 2005). Incluso se habilita un juego de emociones y performances distintas a las que se identifican normalmente como propias, a veces la “artisteada” llega incluso a sorprender a las protagonistas, como mencionó Fernanda quien dijo haber “aprendido a ser actriz sin estudiar” haciendo el “teatro” para los clientes. Esta actuación valorizaba su performance pues, según ella, si bien para algunos clientes

³⁷ Según Bernstein esto es parte de un paradigma nuevo de sexo comercial que, aunque tiene precursores históricos –cortesanas europeas, geishas japonesas o *devadasis* indias–, representa una transformación respecto del modelo moderno de prostitución (2007b: 171). También otros estudios señalan la presencia de performances parecidas en Copacabana, Brasil (Silva y Blanchette, 2005). Como dije antes, resulta difícil saber hasta qué punto este paradigma de “sexo comercial postindustrial” se adapta a las configuraciones de los mercados sexuales argentinos (en un sentido similar apuntan las diferencias que plantea Piscitelli para comprender las especificidades del llamado “tercer mundo”, 2011). Claramente esto demanda una investigación con una mayor extensión. Haber logrado una cuota menor de entrevistas a escorts limita las posibilidades analíticas en este sentido. Sin embargo, sí es clara la diferencia en las concepciones de la “ética sexual”. En el contexto local no aparecen las críticas radicalizadas a la sexualidad burguesa que sostienen Annie Sprinkle o las mujeres ligadas a la organización norteamericana de trabajadoras sexuales activistas COYOTE (*Call Off Your Old Tired Ethics*) que Bernstein toma como expresiones ligadas al nuevo paradigma de sexo comercial. De todas formas, algunos elementos analíticos de los desarrollados por esta autora me han resultado útiles para comprender la cuestión del trabajo emocional, en especial entre las escorts.

“cualquier concha saca leche”, otros apreciaban su performance y la buscaban exclusivamente a ella. De hecho, la des-maquinización de su performance, posible a causa del trabajo emocional, no sólo valorizaba sus “servicios” en términos comerciales: según Fernanda sus clientes incluso se ponían “celosos” frente a otros. Varias entrevistadas concebían la dimensión de actuación que tiene el trabajo emocional como la creación, producción y puesta en marcha de un personaje que activa el deseo del cliente, para luego convertirlo en dinero. Entre el polo de lo que Hochschild llama “actuación profunda” (*deep acting*)³⁸ –implícita en el control de las emociones– y el de la dramaturgia de superficie de Goffman –que utiliza las “fachadas personales” compuestas de “apariencias” y “modales”–, hallamos las distintas actuaciones de las mujeres que hacen sexo comercial.

Según las entrevistadas, en ocasiones pueden representar escenas de sexo casual “haberse conocido en un boliche”, o más románticas “hacer de cuenta que se conocen hace mucho tiempo”, incluso ser “marido y mujer”. Una de las características más valoradas por los clientes es el despliegue del trabajo emocional y la performance del sexo comercial que emula relaciones afectivas de pareja, lo que en la jerga se conoce como el servicio “onda novia” –en este sentido similar a la *girlfriend experience* que refiere Bernstein–.

³⁸ Para comprender la dimensión de la actuación que planeta Hochschild es importante tener en cuenta las concepciones dramatúrgicas que utiliza. “Hochschild se basa en el trabajo de Konstantin Stanislavski para hacer la distinción entre la actuación de superficie y de profundidad. Stanislavski es el padre del ‘método de actuación’. Este método requiere al artista, intérprete o ejecutante entrar en el personaje hasta el punto en que no actúan, sólo reaccionan como el personaje. En el actuar de superficie, el artista pretende ser el personaje para el beneficio de la audiencia. El rendimiento se hace siempre con la audiencia en mente, sus reacciones y su participación. En el método de actuación, o la actuación profunda, el intérprete se vuelve el personaje hasta tal punto que la audiencia es casi secundaria; el ejecutante existe como el personaje durante la duración de la obra.” (Allan, 2006: 1)

Es algo que me favorece mucho, te digo, los besos, las caricias, ser un poco cariñosa, un poco mimosa, es lo que busca el cliente, busca mucho eso. En una pareja de rutina, rutinaria, ya esas cosas no hay. Te estoy hablando de un matrimonio, vos te das cuenta que en un matrimonio de muchos años no se besan. (Yamila)

Otro aspecto asociado a estos servicios que involucran trabajo emocional, consiste en ocultar las otras relaciones que ellas pudieran tener, replicando la exclusividad de los vínculos de pareja. Así se sostiene la ilusión de los clientes de tener un vínculo especial, y por tanto una preferencia de ellas. Según Daiana, algunos de sus clientes se pondrían celosos si se enteraran de que tiene una pareja, más aún, pensarían que ella es una “puta”. Aquí, la necesidad de sostener la ilusión de intimidad del sexo comercial origina una paradójica inversión donde el vínculo de pareja –el marco socialmente más legítimo para la sexualidad femenina– sería el que la estigmatiza. Entonces Daiana, para preservar sus ingresos y eludir la interpelación de “puta” (o sea sostenerse económica y subjetivamente) debe movilizar energías extra y hacer su performance escondiendo otros vínculos frente a estos clientes.

La performance “onda novia” puede ser parte de la modalidad del “servicio” y no implica necesariamente una relación especial –a diferencia de los que llamaré clientes-amigos, a quienes me referiré con mayor detalle en el próximo capítulo–. El concepto de “autenticidad limitada” (*bounded authenticity*) que Bernstein (2007b) elabora para comprender los vínculos entre clientes y las escorts sirve para captar la sutil diferencia entre estas relaciones “onda novia” y las de los clientes-amigos. En las primeras el pago, exclusivamente en dinero, mantiene los límites de la intimidad que se comparte y cuando las mujeres comienzan a ofrecer servicios gratuitos ahuyenta a los clientes pues se podría comenzar a desdibujar el límite para la “autenticidad”. Entonces si bien, como veremos luego, con los

clientes-amigos tampoco desaparece el pago, muy a menudo estos entregan dinero y regalos por fuera de la tarifa y así los límites de la intimidad aparecen más borrosos. Además, la *girlfriend experience* no requiere un vínculo forjado con el paso del tiempo y los vínculos con clientes-amigos sólo se construyen a lo largo de muchos encuentros.

La performance “onda novia” comprende un manejo global de las emociones y es frecuente en los estratos más altos del sexo comercial. Además de incluir los rehuidos besos, buena parte de este servicio implica ocultar el carácter comercial de la transacción, así, las conversaciones “cómodas” y “fluidas” evitarán los tópicos que puedan romper la ilusión.

Pasa que generalmente intentás estar cómoda vos, y la persona también intenta que estés cómoda, y entonces sentirse cómoda, entonces, generalmente las conversaciones son demasiado fluidas, intentan evitar ciertas cosas...intentan hacer de cuenta que no están contratando un servicio, ¿sí? Sino que están, sino que están con alguien más, entonces es como que...del tema laboral es muy raro que alguien te pregunte algo. (Abril)

Antes vimos el relato del cambio de modalidad de sexo comercial de Abril (capítulo 3). Al pasar de trabajar en un “privado” donde sólo le importaba “la plata y hacer el pase lo más rápido posible” –pues por la explotación debía acumular muchos “pases”– a trabajar por su cuenta con sus contactos, descubrió el valor del trabajo emocional y decía que como escort:

Si bien existe la necesidad de plata no vas solamente por la plata, sino que vas...no sé, porque si sabés que estás con esa persona y realmente la atendés bien...puede volver, te puede generar más contactos, un millón de cosas. En un momento [en el privado] era: bueno, si te vi una vez y no me acuerdo punto. Era simplemente por el tema de plata, no te importaba si vos te sentías bien, si la otra persona se sentía bien. Era muy diferente. (Abril)

Dos lógicas de acumulación en modalidades de sexo comercial distintas movilizan técnicas de trabajo diferentes. Entonces, cuando se abandona la lógica puramente cuantitativa del privado ¿cómo llevar a cabo una performance de sexo comercial más allá del sexo y del pago? Además de las condiciones de explotación, hacer trabajo emocional en el contexto del sexo comercial depende del desarrollo de habilidades que se aprenden con el tiempo y/o con las enseñanzas de las compañeras más experimentadas.

Un departamento o un hotel de alto nivel parecen escenarios más apropiados para un servicio “onda novia” que otros como un auto o un callejón oscuro, sin embargo, la performance romántica y el trabajo emocional no son exclusivos de las escorts. Otros estudios han tratado la cuestión del trabajo emocional enfocando en los estratos más altos del mercado sexual (Sanders, 2005; Bernstien, 2007b). Durante las conversaciones y entrevistas con mujeres que hacían sexo comercial callejero noté que el trabajo emocional no era exclusivo de las escorts. Irene y Pía, como varias de las que trabajaban en las calles, dijeron hacer performances que incluyen trabajo emocional, relatado aquí como “fingir” para el cliente.

Uno tiene que estar todo el tiempo fingiendo y tratándolo bien, porque esa es una forma de atraer más los clientes, de tratar siempre bien, de estar bien, siempre alegre, contenta, como para llamar la atención. (Irene)

Pía: Tenés que hacerte un poquito la novia...

Santiago: Ajá. ¿Y que sería hacerse un poquito la novia?

Pía: Y bueno, cuando la persona te dice: “Pía ¿me querés?” Y sí, yo te digo que sí... Sí, te quiero amor...” ¿Entendés? No es fácil, pero... para no perder un cliente.

Hacer sexo comercial de forma independiente, sea en las calles o como escort, puede propiciar performances de trabajo emocional. Celia Williamson y Lynda Baker (2009) elaboraron una tipología entre las mujeres que trabajan en la calle y señalan que aquellas que trabajan independien-

temente (*renegade prostitution*) buscan siempre “hacer sentir bien” a sus clientes para formar una cartera de clientes “regulares” –por oposición a las que están bajo un proxeneta (*pimp-controlled prostitution*)³⁹–.

Si bien todas las escorts que entrevisté hacían hincapié en el trabajo emocional, esta capacidad no es excluyente de este estrato, se desarrolla con la experiencia y se potencia cuando las mujeres trabajan por su cuenta. Pero también se connota distinto: para las escorts el trabajo emocional era propiciar un buen ambiente para el encuentro, para las que estaban en las calles era más un mero fingimiento y a otras les resultaba odioso o indignante hacer servicios “onda novia”. Estas últimas prefieren limitarse a hacer “el pase” lo más rápido posible e incluso ven este tipo de trabajo emocional, no como innecesario, sino como intolerable. Aunque los clientes las tilden de “frías” para ellas no fingir y mostrarse impávidas es casi un motivo de orgullo.

Él [un cliente] me dice “vos sos fría conmigo, ¿cuánto hace que nos conocemos no me das ni un poquito de cariño?”, entonces yo a todos los atiendo igual, para mí son clientes, yo de ellos no me enamoro, yo a ellos voy a ofrecerles el sexo por la plata nada más, no voy para enamorarme, ni para decirle “ay, sí, te quiero te amo, ahora me voy a ir a vivir con vos”, no. Ellos a lo mejor están creyendo eso, que porque son clientes de hace años que te vas a brindar totalmente y más amor, pero no, no, no, a lo mejor hay mujeres que lo hacen o fingen tenerles amor, pero yo no, no, a mí no me gusta, yo soy como soy chau, yo les brindo mi servicio y nada más. (Mirta)

Deby: Yo les digo, yo no sé mentir, no sé fingir estar excitada eso... no, yo no.

Santiago: ¿y por qué no fingís? no hacés como una escena de que...?

³⁹ La tipología se completa con un grupo de mujeres que, aunque trabajan sin proxeneta, no buscan construir un negocio ni tener clientes regulares, sino que prefieren robarlos y engañarlos de distintas formas, las autoras llaman a este grupo *outlaw prostitution*.

Deby: me da vergüenza

Santiago: está bien... ¿y por qué te da vergüenza?

Deby: porque me parece una estupidez hacer algo que no... [cambiando de un tono risueño a uno más serio] no, no me gusta. (Deby)

En estos casos, cuando pregunté por el fingimiento o algún tipo de actuación las entrevistadas decían que, aunque haya “otras” que fingen, ellas prefieren perder aquellos clientes que les reprochan ser “frías” antes que impostar sus emociones (o mostrarlas). Como ya vimos, esta puede ser una conducta frecuente en los privados⁴⁰, pero ¿por qué también algunas mujeres que parecían trabajar por su cuenta evitaban hacer trabajo emocional e incluso sentían rechazo? Hay varios elementos que colaboran para comprender esta situación. En primer lugar, a un nivel más general podemos comprender las diferencias entre las escorts y las demás en términos de clase, pues varios estudios afirman que a medida que ascendemos en la clase social, o en términos de Norbert Elías cuando nos encontramos en posiciones menos periféricas en un entramado social –y por ende con mayor interdependencia–, hay un manejo más refinado de las emociones (Elías, 1993; y también Hochschild, 2008). Esto también se liga a los distintos niveles en la profundidad de la actuación: lo que algunas veían como un fingimiento, era para otras –las escorts– una disposición personal.

No obstante, la clase sólo permitiría comprender algunas de las diferencias entre las escorts y el resto. Entre las características de las *feeling rules* que plantea Hochschild, podemos hallar otro elemento para entender estas variantes. Las “reglas del sentimiento” delimitan una zona dentro de la cual tenemos permiso para sentirnos libres

⁴⁰ Freitas relata una actitud similar en las prostitutas de burdeles de Belo Horizonte. Allí las mujeres aguardan cada una en una habitación leyendo revistas o mirando la televisión, actividades que no interrumpen frente a la entrada de un cliente, a quien parecen no notar y mostrando apatía no los miran a la cara hasta no haber llegado a un acuerdo (Freitas, 1985: 32).

de preocupaciones, culpa o vergüenza en relación con los sentimientos situados (Hochschild, 1979: 565). Así podemos comprender por qué en el marco de una pareja, sobre todo cuando es de larga duración, se puede hacer trabajo emocional –incluso fingir orgasmos y hacer “trabajo sexual” (en el sentido de Duncombe y Marsden, 1996)– sin los sentimientos de culpa o vergüenza que pueden aparecer en el marco del sexo comercial. A diferencia de lo que sucede en una pareja, en el sexo comercial, constituido como un sector marginal de la vida sexual y emocional femenina, algunas de las reglas del sentimiento no parecen tan claras para todas y esto complica las formas del trabajo emocional más ligadas a las emociones románticas o sexuales.

En cambio, había otra faceta ligada al trabajo emocional que era valorada más uniformemente: lo que se conoce como “hacer de psicóloga”. Susy sacaba sus propias conclusiones sobre el valor del doble trabajo implicado (sexual y emocional)

“¿Sabés?” –me dice [un cliente]– “yo la verdad que con vos... mato dos pájaros de un tiro” “¿Por qué?” Dice: “Tengo la contención sexual y la contención psicológica porque... yo te digo y vos me decís...” La verdad... porque te cuentan... ¿viste? Y la verdad que tendríamos que cobrarles el doble. (Susy)

Escuchar los problemas de los clientes, las vicisitudes de sus trabajos o de sus relaciones de pareja –un tópico recurrente⁴¹–, si bien podía ser desgastante, también resultaba gratificante. Esta arista del sexo comercial era uno de los aspectos positivos que señalaban la mayoría de las entrevistadas, y formulada como la posibilidad de “conocer gente y ayudarla”. Varias mujeres, tanto escorts como en

⁴¹ Varias entrevistadas aconsejaban a sus clientes “quedarse con su esposa” y relataban orgullosas que habían “salvado más de un matrimonio”. El orgullo expresa una identificación con el ideal del matrimonio y la familia, pero también con estos consejos evitaban que los clientes se enamoren de ellas, como veremos más abajo.

otras modalidades, decían que buscaban hacer más agradable (o menos “denso”) su trabajo explotando ese costado de los vínculos.

Le busqué el lado para no hacerlo... tipo trabajo y es... “Ah, bueno, me tengo que sacar la ropa y ponerme en conchita” Busco la manera de divertirme [...] Le busco siempre el lado positivo a todo. No de que esto se haga... “No, bueno, me dio la plata, listo, ya sé lo que tengo que hacer... y... le saco un polvo y que se vaya” No, trato de divertirme yo también, para que no sea denso. Porque es bastante denso... darte cuenta a la noche..., cuando estás contando la plata que hiciste..., saber por cuántos pasaste y no conocés en realidad a ninguno. [...] voy para el lado divertido de eso, riéndome, con las mejores ganas... sacándole charla... No es que es una hora... y es una hora... Siempre busco una manera de conocerlo, de divertirme... y hacer que se divierta y que tenga ganas de volver... Y cuando tenga... y cuando hago el papel de psicóloga mía, también... busco la manera de divertirme, de que a la vez como ellos se sacan sus problemas conmigo, yo poder hablarle de algunas cosas de mi vida. (Luli)

Tengo algunos clientes que me agrada como...o por ahí de repente cómo me hablan o me tratan. O por ejemplo, son señores que vienen, que te pagan y que escuchan. O te cuentan sus problemas, por ejemplo. A mí me gusta hablarlos y ayudarlos. Porque es como que uno que está en la calle y ve muchas cosas, y tenés muchas vivencias. Es como que vos les hablás y ellos te escuchan y eso me gusta. (Irene)

Estar siempre de buen humor y usar la risa, como habíamos visto antes, es una forma de hacer trabajo emocional y conducir el encuentro; pero también ser perceptiva, escuchar los conflictos de los clientes e incluso contar los propios, forman parte del trabajo. Las charlas de “psicóloga” son muy apreciadas por clientes y por las propias mujeres que sienten revalorizado su propio lugar, “hacer de psicóloga” significa colateralmente no ser una “puta”. Aunque este rol comprende un trabajo emocional, el esfuerzo es

distinto pues es desexualizado y así, mientras el estigma se difumina, el trabajo puede ser visto como algo terapéutico⁴² y por ello valorizado.

A su vez, el rol de “psicóloga” pone de relieve el papel del anonimato como límite y sostén de esta intimidad temporal:

Nosotras conversamos de diez con los clientes, ¿sabés por qué?, porque ellos no nos conocen a nosotras y nosotras a ellos tampoco. Ellos pueden venir y contar todos los problemas que le están pasando a ellos [...] saben que no va a salir nada de mi boca, ni de ellos, ni mía porque no nos conocemos, ¿me entendés? (Lidia)

En la performance de “psicóloga” las charlas sostenidas ponen en juego complejidades para las mujeres en torno al manejo de la propia información: mantener los límites de la propia intimidad en cierto anonimato, no revelar información inoportuna para el cliente ni para las propias mujeres –por ejemplo respecto a las parejas– para que ello no interrumpa la burbuja de intimidad.

Inés: [los clientes] me preguntan con quién vivo, dónde vivo, qué hago los fines de semana que no voy a trabajar.

Santiago: Ajá. ¿Y vos les contás?

Inés: No, no, trato de no contarles todo.

Santiago: Ajá. ¿Por qué?

Inés: Y porque... Se involucran..., si la mina le gusta y... ellos van a buscar una compañía también y si ven que la chica los escucha y ven que no está apurada con el tiempo, qué sé yo, ellos... como que empiezan a entrar en un idilio, que se lo

⁴² Las connotaciones del sexo comercial “postindustrial” al que se refiere Bernstein (2007b) también aluden a efectos terapéuticos (que a veces se combinan con una especie de sacralidad y las escorts aparecen como sacerdotisas sexuales). Sin embargo, en dichos casos las propias prácticas sexuales adquieren ese carácter terapéutico y no sólo la charla de “psicóloga” como sucedía entre las mujeres que entrevisté.

hacen ellos propios ¿Me entendés? Arman una historia, que la arman ellos, y que ellos se sienten protagonistas de esa historia, pero que por el lado de las otras chicas no...

Sostener una ilusión de intimidad es una forma de “enganchar” al cliente, pero al mismo tiempo tiene otro aspecto complicado pues puede llevar a que los clientes se sientan ligados afectivamente. Mostrar a los clientes un “prototipo de mujer”, como lo llamaba Luli, siempre de buen humor, receptiva para escucharlos y dispuesta a disfrutar del sexo, es efectivo para aumentar ganancias –y para desplazarse parcialmente del lugar abyecto de “puta”-. Pero también puede generar en los clientes una fantasía y sentimientos que comiencen a exceder el marco del encuentro de sexo comercial. La regla del sentimiento que parece más clara en este marco (“no enamorarse”) es trasgredida, en esta ocasión, por los propios clientes.

La performance que se construye con el trabajo emocional puede hacer que los clientes se enamoren y sean “pesados”, invadan la intimidad o demanden mayor atención. Son frecuentes las historias de clientes que insinúan separarse de sus esposas para “juntarse” con las mujeres que les dan sexo comercial. Algunas pueden buscar capitalizar estos “enamoramientos”, sin embargo, estos planteos de los clientes enamorados suelen molestar más que suscitar interés, pues en general la viabilidad de estas propuestas de formar una pareja es muy cuestionada. Algunas entrevistadas señalaron que la recurrencia de estas afirmaciones en los clientes les quita credibilidad (“todos dicen lo mismo”). Otras marcaron la diferencia entre enamorarse verdaderamente y “comerse un camote”⁴³ o “enconcharse”, es decir un mero apasionamiento o infatuación. Si bien estos clientes pueden interpretar la disponibilidad sexual comercial

⁴³ Camote es la forma de denominar a la batata en San Juan y otras provincias de Argentina, se supone que se usa como metáfora de la infatuación por el sabor dulce.

como disponibilidad afectiva –e incluso intentar “sacar” a las mujeres del sexo comercial–, otros logran establecer vínculos sin dejar de tener claro que la performance de afectividad está ligada a las remuneraciones monetarias.

Fran es... es como que él dice: “Se enamoran de mí”. “Ay”, le digo, “Fran, no seas tan payaso”, yo se lo digo en la jeta, “Nadie se enamora de vos a esta altura, tu mujer está con vos porque te quiere, no porque está enamorada. Una pendeja no se va a enamorar de vos, se enamora de tu billetera, que es diferente”, se lo digo en la jeta. En cambio el Serafín sabe, el Serafín te dice: “No, acá si no te ponés con un mango no tenés nada, es cortita la cosa” (María)

Estos dos clientes de María comprendían las performances de las mujeres de formas distintas. El significado del dinero mantiene los vínculos en la esfera comercial –como tenía claro Serafín–, pero no por eso debemos interpretar una repelencia entre el dinero y todo tipo de emociones. Como plantea Bernstein (2007b), acá el dinero no impide, sino que da un límite a la “autenticidad” tanto para los clientes como para las mujeres. Entonces, para aquellas mujeres que no han inhibido su capacidad de performar emociones en el contexto del sexo comercial, el dinero les brinda la certeza de que “no es por amor”. Y este movimiento se retroalimenta pues el trabajo emocional multiplica el flujo de dinero, cumpliendo con uno de los objetivos vitales del hacer sexo comercial.

No obstante, el trabajo emocional no sólo apunta a ganar más dinero, puede realizarse en dos direcciones o mejor dicho con dos fines. Ya me referí al trabajo dirigido hacia el cliente, mostrando una actuación y las emociones asociadas para agradarle, manejar el encuentro y así ganar más dinero. Queda ahora por abordar el papel que tiene el trabajo emocional orientado hacia sí mismas y su autoimagen, que cumple funciones tan fundamentales como la de ganar dinero.

El control emocional orientado hacia las propias mujeres apunta a dos cuestiones, por un lado eludir las emociones que les impedirían sostener relaciones sexuales con los clientes: el asco. Y por el otro inhibir, o en su defecto ocultar, los estados emocionales propios que parecen vergonzantes: el placer. Una tercera emoción a manejar, que se puede ligar a esta última, es el enamoramiento. Me referiré detalladamente a esta última en el capítulo siguiente. Aquí sólo señalaré que, aunque el control puede fallar, el enamoramiento es la emoción que presenta, comparativamente, menos problemas. Ello probablemente porque “no enamorarse de los clientes” es la regla del oficio más clara y porque el enamoramiento es una emoción más compleja y menos frecuente que el asco o el placer sexual. Abordaré ahora brevemente la cuestión del asco para luego detenerme en el placer como subtema especial.

¿De mi lado? Nada... para mí no es nada el sexo. Yo le especifico qué es lo que hago y el precio... y si quiere hago el servicio... pero nada, para mí no es nada... es como lavar un plato, como barrer la vereda...[...] tenés que mentalizarte... pensás en otra cosa mientras... al principio te cuesta mucho... yo me acuerdo, mirá lo que te voy a decir, re... nada que ver... pero me acuerdo que al principio yo lo que hacía era pensar en lo que le iba a comprar a mi hijo, en lo que le iba a poder dar lo que necesitaba... y después te acostumbrás... nada... ya no pensás nada... (Lorena)

Yo me siento bien porque cuando yo estoy con un tipo, no estoy pensando si la paso bien o no la paso bien, yo estoy pensando en que tengo que pagar tanta cosa, si este chabón me paga tanto ya cumplo con lo otro... ¿Entendés? Hay otras cosas que pasan por mi cabeza. (Inés)

Ya vimos en el capítulo 3 que uno de los recuerdos más recurrentes de las primeras experiencias de sexo comercial era el asco. Las que pudieron continuar haciendo sexo comercial han aprendido técnicas para intentar manejar esta emoción. Una de las técnicas cognitivas más comunes

es “poner la mente en blanco” o pensar en otra cosa para controlar las emociones en el momento del sexo propiamente dicho. Es frecuente que el objeto de esos pensamientos sea el dinero (tener el “signo pesos en la cabeza”) y/o los hijos. Ambos, el dinero y los hijos, son elementos significativos que se articulan en las construcciones de identidad de las mujeres en el sexo comercial.

Inés, por ser joven, tenía más clientes y filtraba a los que veía como demasiado desagradables, pues pensaba que no iba a poder “fingirles” de ninguna manera y tampoco iba a poder soportar ella misma la sensación de asco. Mantener un estado de relativa tranquilidad es una condición mínima para poder tener relaciones sexuales. Algunas señalaron que si no podían sostener ese estado de relajación la falta de lubricación vaginal sumada al látex de los preservativos podía producirles irritaciones que les impedirían trabajar por varios días –más aún en el caso del sexo anal–. Aquí podemos ver la cooperación y complementariedad entre sostener los límites y hacer trabajo emocional. Por un lado, el trabajo emocional puede ayudar a sostener algunos límites –por ejemplo, lograr que el encuentro se desarrolle en un tono “onda novia” reduciría las posibilidades del maltrato, según algunas entrevistadas–. Por otro lado, cuando el control de las propias emociones no puede ser garantizado resulta importante sostener algunos límites (por ejemplo, no hacer sexo anal, evitar besos, filtrar clientes muy desagradables o no trabajar en días en que ellas se encuentran de malhumor). Entonces, respetar los propios límites también es útil para lograr llevar a cabo la performance, ya que sobrepasarlos implicaría ir más allá de las capacidades de manejo de las emociones y rompería la ilusión que se vende.

Algunas de las entrevistadas más jóvenes, dijeron usar otra técnica cognitiva para manejar sus emociones en los encuentros con clientes que les disgustaban. Esta consistía

en pensar en alguna persona que les resultara atractiva, o un novio, mientras estaban teniendo sexo con un cliente que les producía asco.

“Trato de pensar en otra persona, en mi novio, que estoy con mi novio. Me dice ella [Nazareth] el otro día, vos tenés que cerrar los ojos y pensar en tu novio, es lo único que hago”. (Anahí)

Decíme ¿cómo hacés vos si estás con tu novia y de repente conociste a otra persona, que es divina y te calienta muchísimo? no te la vas a coger pensando en ella, te la vas a coger pensando en otra quizás, entonces por eso te digo es una cuestión psicológica. (Abril)

Anahí estaba aprendiendo, guiada por su protectora Nazareth, a usar esta técnica de trabajo emocional, para Abril la técnica era tan común que daba por supuesto que yo también la utilizaba en mis relaciones personales⁴⁴. Pero hay una diferencia importante con las otras tácticas para controlar el asco. Los contenidos de estas técnicas cognitivas pueden permitir que se mezcle una emoción que resulta problemática en marco del sexo comercial: el placer sexual –el cual, para muchas entrevistadas, como veremos a continuación, está directamente asociado a otra emoción no permitida: el enamoramiento–.

La función global de mantener los límites y manejar las emociones es habilitar para hacer sexo comercial, ganando dinero, sin enamorarse y sin sentirse una “puta”. Abril, estudiante de psicología, aunque era joven llevaba varios años en su trabajo, comprendía claramente estos aspectos, y separaba sin culpas ni vergüenza dónde ser “fría” y calcular cifras, y dónde mostrarse (y permitirse sentir) de otras formas.

⁴⁴ Como veremos más abajo, María también me planteó la cuestión en estos términos.

Mi parte comercial, yo comercializo por teléfono, empieza ahí mi parte comercial y termina cuando me pagan, después el resto... yo te trato como una persona, la transacción es el tema comercial, después el resto no tengo por qué tratarte como un objeto y no tienen por qué tratarme como un objeto. (Abril)

La claridad del marco comercial puede habilitar otras emociones, especialmente entre las escorts jóvenes. Una vez saldada la negociación y obtenido el dinero, Abril podía permitirse que por su cuerpo y su mente circulara esa emoción conectora que tiene su punto cúlmene en el orgasmo.

El peligro en el placer

Al preguntar a las entrevistadas por sus experiencias en el sexo con los clientes las respuestas más comunes consistían en negar cualquier aparición de placer y anteponer el trabajo⁴⁵. En estas respuestas subyace una cadena de significados que liga sexo-amor-placer.

Santiago: ¿y cómo es el sexo con los clientes?

Deby: ¿de mi parte?... nada... porque yo no siento nada... yo siempre hablo con los clientes... y obvio que sé que estoy haciendo... teniendo sexo pero nada... [...] no me gusta directamente... no te digo que espantoso así pero, porque vos por ahí decís, porque hay algunos que se te hacen los langa [galán] y te dicen que te van a hacer ver estrella todo eso... y... vo' lo ve' [no te hacen na'! hay algunos que sí, pero... pueden llegar a... peroooo eso está en uno si quiere tener o no quiere tener, aparte yo digo eso es tener sexo o sea... [...] no nunca he tenido una... eyaculación [sic] con un algún cliente, no.

⁴⁵ En el comienzo del capítulo 3 analicé la conexión de sentido que aparecía en las entrevistas cuando, al pedir que describieran en qué consistía la actividad, me respondían con una justificación moral. Al preguntar cómo era el sexo con los clientes a veces obtenía respuestas similares, aclarando ante todo la necesidad económica y que lo hacían “por los hijos”. En este capítulo me dedicaré a analizar la cuestión del placer y dejaré para el capítulo 7 las conexiones con las concepciones de “trabajo”.

La vinculación entre sexo y placer es tal que muchas entrevistadas los tomaban casi como sinónimos y planteaban que con los clientes no tenían “sexo”. También José Miguel Nieto Olivar (2013) ha encontrado algo similar en su etnografía con prostitutas en Porto Alegre que, desconcertantemente, afirmaban: “*programa não é sexo*” (traducido a la jerga argentina: la “salida” con un cliente no es sexo). Deby notaba que lo que me decía podía sonar extraño y me aclaraba “ya sé que estoy teniendo sexo”, y Susy, quien usaba el mismo giro para expresar su control del placer, luego revelará que este control no es infalible.

Susy: Sexuales somos todos. Ahora... con quién, esa es la diferencia. Hay con quién sí y con quién no... eso lo elegimos... Bah... yo lo elijo, hay otras que no lo eligen.

Santiago: ¿Cómo es eso?

Susy: Yo elijo... Ya a esta altura de mi vida elijo. Con quién pasarla bien o con quién no pasarla bien... Es más, uno a veces decide pasarla bien y no la pasa bien... O decís: La voy a pasar mal y la pasás bomba.

Admitir estas fallas en el autocontrol permite poner en cuestión las declaraciones de ausencia absoluta del placer en el terreno comercial. En este sentido algunas de las entrevistadas que participaban de organizaciones se permitían hablar del placer en el sexo comercial dándole un lugar marginal como un “accidente de trabajo” –sobre todo entre aquellas que hablaban de “trabajo sexual”–. Esta idea muestra al placer sexual con cierta inevitabilidad, como algo que no siempre se puede reprimir (“la que te diga que nunca... te miente”) y aun así parece ser una falla a justificar (“somos seres humanos”). De todas formas, la mayoría expresaba la necesidad de controlar esta emoción.

Beatriz: Capaz que sí alguna vez que tuve un orgasmo, pero no, nunca lo demostré.

Santiago: Ah, no, no lo demostrabas.

Beatriz: ¡Nooooo! no.

Santiago: ¿Por qué elegías no demostrarlo?

Beatriz: Porque yo no me lo permitía, porque era mi trabajo. Y si ahora me viene a... si alguna mujer te dice: "Nunca tuve un orgasmo", te está mintiendo porque de, de, de diez tipos que te están manoseando, o veinte tipos, en algún momento, no te digo que todos los días, no, pero... ¿Me entendés? Por eso te digo que hay que ser muy profesional para esto, trabajar con la mente... Hasta con el estómago trabajás.

Santiago: Aha... ¿Cómo trabajabas con el estómago?

Beatriz: Claro, porque yo pensaba y era como que, era, era como una cosa que yo endurecía acá mi estómago cuando me penetraban, cuando me penetraban [baja la voz] Entonces es como que trabajaba con la mente y el estómago. [...] Para no poner, esa sensación de contacto, de que te puedan llegar a darte un orgasmo, entonces trabajás acá, pensás y así... Por lo menos yo... y creo que hacen muchas mujeres.

Santiago: ¿De endurecer acá, así?

Beatriz: No, pero no es que endurezco. Es naturalmente ya entre la mente y eso.

La técnica que Beatriz mencionaba (compartida por otras entrevistadas con versiones similares), combinaba elementos cognitivos y corporales para impedir el placer, y en caso de que el control emocional no pueda contenerlo y se "escape" un orgasmo⁴⁶ la mejor alternativa sería no demostrarlo. Para la mayoría de las mujeres, no sentir placer con los clientes era ser "profesional", pues para construir el sexo-servicio parece necesario distanciarlo del placer.

La necesidad de reprimir el placer tenía distintos motivos. Algunas entrevistadas señalaban que les producía agotamiento. Por un lado, entonces, en relación al cuerpo, el desgaste físico que agregan los orgasmos impediría tenerlos

⁴⁶ Beatriz me explicaba: "Capaz que, capaz que estaba por empezar, este, a ponerme, a empezar a indisponerme y capaz que ese día justo que tenía ganas de, de largarte un orgasmo, pero te quiero decir esto, que yo jamás confundí mi trabajo con, con, con placer, no. Se iba ¿Me entendés? [...] se escapaba. Para mí era una cosa nada más, no sé si me entendés. No es que lo agarraba al tipo y le digo: "Guau", no, no, no, eso para mí era un trabajo y punto, se fue".

con cada cliente o frecuentemente. Pero luego, por otro lado, aparecían dos motivos que podemos relacionar con las reglas del sentimiento: morales y afectivos. Esta última motivación se liga tanto a la necesidad de reservar los orgasmos para el ámbito de las relaciones amorosas, como al riesgo de involucrarse afectivamente a partir de sentir placer, la conexión placer-amor.

Fernanda: Esa mezcla de sentimientos, que uno nunca termina por aceptarlo, por estar haciendo algo que no me gusta... Y bueno... Como tal, y si te digo que nunca tuve un orgasmo, te miento... Porque llegué a tener, algunas veces... Ahí yo me sentía peor.

Santiago: Ah, cuando tenías un orgasmo...

Fernanda: Cuando tenía un orgasmo, me sentía peor.

Santiago: ¿Por qué?

Fernanda: Me sentía peor porque yo decía... bueno, pero... eh... no lo tuve con una persona... si por lo menos que yo estuviera enamorada. Lo tuve... porque... yo digo siempre... estas palabras: la carne es débil, si no te tocan, vos no sentís nada. Pero si estás... siempre... en el toqueteo... a mí... que ninguna chica... que hace lo que hace... y que diga: "Mira, yo nunca me acabé..." No se lo creo... No se lo cree ni ella misma.

Para Fernanda, dominicana y llegando a sus 40 años, tener un orgasmo con un cliente, alguien a quien no amaba, era algo vergonzante y a la vez difícil de evitar por completo. Casi como una falla en los controles sobre el cuerpo y de los modales (cfr. Elias, 1993), los orgasmos avergüenzan, pero por razones más complejas. Es la interpelación de "puta", como aquella mujer que "lo hace porque le gusta", la que subyace a los criterios morales con que Fernanda, y otras varias, juzgaban los placeres sexuales extra-amorosos. Esto requiere reforzar el control emocional.

Santiago: ¿Cómo es el sexo con los clientes?

Marisol: Y me enchufo en la cabeza de que es un trabajo, entendés. Trato de no disfrutarlo, si bien, bueno, hago

mi trabajo, me río y jodo, pero me conscientizo que es un laburo...

Santiago: Aha... ¿por qué tratás de no disfrutarlo?

Marisol: Porque yo tengo mi pareja personal, entendés. Y tengo bien asumido que con un tipo que recién conocés no podés tener un orgasmo, si bien somos seres humanos y por ahí te llevan a un hotel... y te tratan tan bien... hay clientes que te tratan tan bien... dicen "no, hacelo tranquila, cuando vos quieras"... y vos decís pucha este tipo...por lo general estás acostumbrada al "dale, abrite, ponete así" que cuando un tipo te trata bien, como que vos decís "¿qué le pasa a este loco?", viste, y cuando está arriba tuyo y las caricias y todo, te hacen sentirte mujer, pero no te digo que no termino... hay personas que te hacen sentir... tenés ganas que ese tipo venga todos los días, ¿entendés?, pero el tipo viene de vez en cuando o por ahí viene una vez y después no viene nunca más. Por eso mismo tenés que mentalizártelo de que es un laburo, si bien lo pasaste bien esa vez y nada más... para no volarte los pelos y tener que ir al psicólogo [risas]

La relación de pareja, la educación moral ("tengo bien asumido que...") y el riesgo de enamorarse (o "volarte los pelos"), se mezclan para explicar por qué no se debe disfrutar del trabajo en las ocasiones en que este resulta placentero, pues sino podría tener que "ir al psicólogo". Por ello también Marisol, como otras, se "enchufaba en la cabeza que era un trabajo", y por las dudas, limitaba las prácticas que le podían dar placer con sus clientes: el cunnilingus y la estimulación genital. Límites y trabajo emocional cooperan para mantener al placer, y los afectos que se le pueden ligar, alejados del sexo comercial. La aparición furtiva de experiencias placenteras en este terreno muestra la fragilidad de las demarcaciones del sexo-servicio –o de las distinciones entre "trabajo" y "sexo", en los términos de las entrevistas– y el constante trabajo emocional que, ahora, se moviliza para impedir el placer.

Sin embargo, el manejo del placer sexual no es el mismo para todas las mujeres. Anna Kontula (2008) señala que las prostitutas o *call girls* independientes⁴⁷ en Finlandia no hacían distinciones claras entre el sexo privado y comercial en relación con el placer sexual. “Es cierto que las trabajadoras sexuales hacen una distinción entre trabajo y la vida privada, pero mis datos no indican que la distinción se haga situando placer y emociones mayormente en las relaciones privadas” (Kontula, 2008: 618). No obstante, señala que para esas mujeres la importancia que se le atribuye al placer será mayor en las relaciones sexuales personales que en las relaciones sexuales con clientes, donde es un elemento secundario y no problemático. Esto marca un contraste con los relatos que he analizado hasta acá, en los que sentir placer en el sexo comercial es visto como una amenaza (física y/o psíquica) y como algo vergonzante.

En la investigación de Elisiane Pasini (2000) en San Paulo, Brasil –un contexto más similar al de algunas de las entrevistadas– las mujeres que realizan trabajo sexual intentan mostrarse como sexualmente excitadas frente a los clientes. Pero frente a sus colegas demuestran que aquellos les producen indiferencia (representada corporalmente como “mantenerse seca” en las relaciones con los clientes) como signo de ser profesional y casi con orgullo. Asimismo, según Pasini, las mujeres que están en pareja bloquean mucho más fácilmente el placer y el afecto. Y viceversa, no estar en pareja habilita más cómodamente –y con menos culpa– las filtraciones del placer sexual con los clientes.

⁴⁷ Según la autora, las condiciones de las trabajadoras sexuales en Finlandia (nivel educativo elevado, oportunidades laborales alternativas para retirarse luego de 5 años en promedio, y una demanda mayor a la oferta que les permite ser muy selectivas con los clientes) se equiparan con la prostitución de elite en otros países. Por ello concluye que para comprender las formas de alienación: “En lugar de argumentar que el sexo comercial es de por sí una práctica abusiva, debemos considerar bajo qué tipo de condiciones el trabajo sexual se lleva a cabo” (Kontula, 2008: 618).

Entre las mujeres que entrevisté la desaparición de la culpa y la vergüenza por sentir placer ocurría mayormente entre las escorts jóvenes y sin pareja.

Disfruto...disfruto. Obviamente a la otra persona le gusta que disfrutes, pero generalmente disfruto por una cuestión personal. Se me pasa el tiempo más rápido, la paso bien y vamos rápido a casa, y estuve mil horas y no me di cuenta, ¿sí? Y ellos tampoco. (Abril)

Santiago: ¿Y vos sentís placer?

Luli: Sí. Sí, trato... Trato de que... sí. Trato de que sí, trato de que sí, porque estoy sola y... es lo único que... Es el único momento que estoy con alguien.

Santiago: Ajá. ¿Pero te sale, lográs tener placer?

Luli: Sí, no tan seguido como uno quisiera, pero sí... Uno va haciendo los cálculos y decís... ya van veinte servicios y no acabé una sola vez, es como que decís pará... alguna vez te toca.

Elas se permitían, sin vergüenza ni culpa, sentir placer, o incluso, en vez de evitarlo sistemáticamente, lo pueden buscar. Allí donde otras encontraban demasiado pesado o indignante el tener que “fingir” y/o vergonzante la aparición del placer, para Abril o Luli eran más “densos” los encuentros rápidos y sin emociones, el placer era una forma de aprovechar el tiempo en su propio beneficio –además de mejorar sus ingresos-. Las condiciones objetivas en que estas escorts, jóvenes y sin pareja, tenían sexo comercial, habilitaban cierto grado de disfrute en un contexto de menor presión económica.

Elas tienen también otra característica en común: confían más en su capacidad de sentir placer y distinguirlo del enamoramiento. Podríamos decir que, a la vez que tienen un mayor control sobre sus emociones, se muestran como menos románticas o desconfían de ese discurso. Es interesante el contrapunto con las que tenían ideales románticos. Para estas otras mujeres, especialmente las mayores, el

placer sexual está ligado al amor, y esta es una característica generizada, pues según ellas son los varones quienes pueden sentir placer sexual sin amar.

Susy: Ninguna mujer se quiere acostar con cualquier tipo que viene por la calle. Las mujeres somos más difíciles, funcionamos de otra manera. (Risa)

Santiago: ¿Por qué, cómo es... eso...?

Susy: Las mujeres funcionamos por la conquista... este... por el trato. No, no funcionamos por... El hombre funciona... así, ves y le gustas. No, yo no veo si me gusta... A nosotros puede ser que nos guste algo, pero... después tienen que entrar más... tiene que tener otras cosas, qué sé yo, tiene que ser caballero, amable... Qué sé yo, todo lo que vemos las mujeres (Risa leve) que a lo mejor a los hombres les guste. Parece una tontera, pero... pero funcionamos así. ¿Por qué a las mujeres les regalan bombones, flores, de todo...? Porque a nosotras nos compran así. Nos tienen que conquistar, no es que nosotros miramos, y “ya está, ese me gusta, con ese me quiero acostar” (Risa) Los hombres sí funcionan así. (Susy)

En la mirada de Susy vemos la forma lícita del placer sexual femenino ligada al marco romántico, allí los varones sí pueden “comprarlas”, pero no con dinero, sino con “flores y bombones”. Tener placer sexual por fuera del amor y libre de vergüenza, culpa o problematización es una característica masculina. Ello permite comprender la diferencia que algunas plantean entre el enamoramiento verdadero y el “*enconcharse*” de los clientes que reduce el vínculo al placer sexual, algo que se atribuye a la sexualidad masculina.

Las relaciones entre amor y sexualidad están marcadas también por las jerarquías que caracterizan a las relaciones de género aún en las sociedades occidentales contemporáneas. Estas relaciones definen características diferentes para las sexualidades femeninas y masculinas, en las que aparece un predominio del amor-pasión como característica masculina y un lazo mayor de la sexualidad femenina con el amor romántico. Las posibilidades de experimentar prácticas eróticas en

las que no intervengan sentimientos amorosos aparece como una característica más propia de lo masculino que de lo femenino. (Szasz, 2004: 72)

Pero la generización de este placer sexual disociado del afecto era mencionada también por aquellas que reivindicaban su placer sexual con los clientes y desligado del amor.

[Cuando estoy con un cliente] yo le hago que me chupe tanto la concha y el orto que ya me pongo así, entonces digo bueno [...] Yo a veces soy como un hombre, yo a veces pienso como un hombre, como vos, por más que no te gusta la mina, pero te está peteando, te está chupando la pija, estás a punto de acabar, en algún momento vas a acabar, por más que no te guste la mina, vas a acabar. ¿O no? ¿O si no te gusta la mina no podés acabar? No, yo cierro los ojos e imagino cualquier otra cosa. (María)

María, usando una técnica cognitiva y corporal lograba disfrutar su orgasmo, incluso con un cliente que le resultaba desagradable, una forma de sacar provecho de la situación, algo similar a lo que de Certeau llama un “escamoteo”⁴⁸. A diferencia de muchas otras que hubieran asociado estas prácticas con las de una “puta”, María se identificaba “como un hombre”.

Para mí un orgasmo... o un polvo... no significa que hay sentimientos para nada, ni tanto en el hombre como en la mujer. Un polvo, un orgasmo, lo puede lograr cualquiera, en cualquier momento, por cualquier cosa. [...] No, un polvo es algo que... que se me hace... que es corporal... es algo del cuerpo. Algo que necesita vibrar en el cuerpo. No se puede mediar en eso... con lo que es... un sentimiento. Por lo menos fue lo que a mí me enseñaron en las clases de sexología. (Luli)

⁴⁸ Podemos entender el escamoteo (en francés *la perruque*) como el trabajo propio del o la trabajadora que simula ser trabajo para su empleador/a. Se diferencia del hurto en que nada de valor material es robado. Se diferencia de ausentismo en que el/la trabajador/a está oficialmente en su trabajo. (de Certeau, 1999)

Luli tampoco se sentía una “puta”. La versión del escamoteo de Luli, quien contaba de sus orgasmos, aparece como por fuera del género y más biologizada –pero la biologización y la cuantificación de la sexualidad que opera la sexología son también características que pueden asociarse a la masculinidad hegemónica (Bruckner y Finkielkraut, 1995)–.

Dejando de lado los casos de estas elusiones, ¿cómo se articula la generización del placer sexual con la necesidad de evitar el goce en el contexto del sexo comercial que aparece en la mayor parte de las entrevistadas? Mi interpretación pone en el centro la figura de la “puta” como exterior constitutivo de la “mujer normal” para quién “el sexo es amor”.

Las dificultades que implicaba enamorarse de los clientes dejan fuera de juego la legitimación amorosa para el placer. Y la asimilación entre placer y sexo hace que la figura desbordante de la “puta”, perversa y lujuriosa, esté rondando a las mujeres que hacen sexo comercial no sólo entre los prejuicios comunes, sino desde sus propias miradas. Tal como vimos en el capítulo 4, el placer puede ser motivo de una estigmatización entre las propias colegas. La mayoría plantea que las que trabajan haciendo sexo comercial lo hacen exclusivamente por una necesidad económica. La exclusión del placer, junto con el dinero, serán los principales exorcistas de la “puta”.

Daiana: No soy puta soy prostituta, que es distinto, esa es la diferencia.

Santiago: ¿y cuál es la diferencia entre puta y prostituta?

Daiana: la diferencia de puta, la puta es la que se regala en cualquier lado, yo no me regalo a mí me tenés que pagar, esa es la diferencia.

La verdadera mujer se deja “comprar” románticamente, la prostituta por dinero, pero la puta, la verdadera puta se regala, fuera de todo marco, amoroso o comercial, desbordada, sólo por placer. Según Rubin (1989) en la cultura

sexual hegemónica sería la intervención directa del dinero lo que denigra la sexualidad femenina, que solo podría ser entregada en un vínculo amoroso estable. Entonces una mujer se podría “regalar”, pero a un solo hombre y en realidad uno que haga su aporte económico vía matrimonio. Sin embargo, en el planteo de Daiana es el dinero justamente el que permite distinguir a una prostituta (cuyo interés es económico) de una puta (que es simplemente promiscua y “se regala” por lujuriosa). Así una mujer puede estar con varios hombres, pero sólo si hay un fin puramente económico: buscar dinero y nunca sentir placer, de esta forma podría distinguirse de una “puta”.

Recapitulación

En este capítulo hemos recorrido los distintos aspectos que marcan las experiencias de sexo comercial en las relaciones con los clientes. Desde aquí podemos vislumbrar la construcción de identidades que aparece, en ese contexto de relaciones, marcada por la cuestión fundamental de los límites.

Los límites que se fijan refieren tanto a aspectos previos e introductorios de los encuentros –horarios y lugares de trabajo, atracción, negociación y filtrado de clientes– así como al propio desarrollo de aquellos –conversaciones, duración y, especialmente, prácticas sexuales–. Los motivos que sustentan los límites pueden responder a la salud, la moral, los afectos y emociones, las cuestiones relativas al cuerpo (placer, dolor) o las necesidades económicas. Ahora bien, trazar un límite supone una posición de poder. En el caso de las mujeres que hacen sexo comercial estos límites pueden representarse, más que como una frontera custodiada por un ejército, como un conjunto de barricadas

que, desplegadas en distintos puntos vulnerables, buscan proteger la zona fronteriza que separa su vida personal del sexo comercial.

Sostener estos límites puntuales y la frontera global que entre todos buscan proteger, dada la posición subalterna de estas mujeres, involucra constantes batallas y escaramuzas, para las que algunas se hallarán mejor pertrechadas y posicionadas que otras. Poner límites es así un acto de agencia. Pero esta agencia no se halla flotando en un mundo abstracto y puramente simbólico, y la materialidad del combate se hace presente por ejemplo cuando aparece la violencia física. Los límites se inscriben en un terreno de lucha donde acontece una performance, un proceso que en cada iteración se halla atravesado y constituido por fuertes tensiones que expresan su inserción en procesos socio-históricos más amplios. Entre estas tensiones que marcan las posibilidades de corrimiento o sujeción de los límites fijados juega un papel importante la presión económica (la necesidad económica de cada una, cuánto dinero ofrezca el cliente y cuánto dinero se haya ganado hasta ese momento de la jornada). Sin embargo, a esta deben sumarse: las pautas culturales y legales (que sancionan el estatus más o menos clandestino y estigmatizado del sexo comercial); las relaciones de poder entre los géneros (que tienen condicionantes estructurales, pero se actualizan y en cada interacción pueden desestabilizarse) y las condiciones de trabajo (el grado de independencia, el lugar donde se llevan a cabo las relaciones, el sentirse segura ahí o no, las relaciones de poder con la policía, etc.).

Además de estas características macro del mercado sexual, también interviene el capital específico que se reúne con los años de experiencia en el sexo comercial. Aquí es donde intervendrán las tácticas (por ejemplo, pactar las condiciones y cobrar anticipadamente, las diversas maniobras para engañar o persuadir a los clientes, etc.) para, a la vez, sostener dichos límites y aumentar la rentabilidad del encuentro. De Certeau (1999) describe las tácticas de

los consumidores frente a los imperativos del poder que los disciplina para que consuman sus productos. En el contexto del sexo comercial las tácticas de las mujeres surgen frente al imperativo de su sexualización y mercantilización. Tal como los consumidores, estas mujeres no escapan del imperativo, pero buscan formas de sacar algún rédito propio, aunque este no tiene únicamente un sentido económico. Las tácticas sirven entonces como apuntalamientos de los límites, sosteniendo la frontera que delimita la intimidad, y a la vez como pequeños orificios para traficar dinero, con una lógica mercantil.

Las tácticas se retroalimentan con el trabajo emocional, pues este evoca o suprime, respectivamente, sentimientos o estados emocionales que potencian o entorpecen la actuación. El trabajo emocional es así un esfuerzo que contribuye a los mismos fines que las tácticas, pero con otros medios. Por un lado, permite aumentar las ganancias, en vez de funcionar como barricada, sirve como camuflaje produciendo u ocultando emociones que pueden disimular o atenuar el carácter comercial e instrumental del sexo-servicio. Por el otro, el trabajo emocional, sea una performance romántica o el control del placer (“onda novia” o “fría”), contribuye a eludir la interpelación de “puta”. Es decir que, al construir un personaje, articula una performance, una identidad coyuntural (como todas) que permite responder, al menos pragmáticamente, a la pregunta *¿quién soy cuando hago sexo comercial?*

Las cuestiones de los límites, del trabajo emocional y la del placer sexual me permiten leer dos planos: uno económico –en términos de economía monetaria pero también de energética corporal– y el otro simbólico y moral. En este último se pueden vislumbrar también los conflictos que se expresarán en las identificaciones.

Desde los límites espacio-temporales a la fachada de la vestimenta y las formas de presentación-seducción, se juegan formas de interacción que buscan mantener a salvo su identidad como mujeres “normales”. Ser “perra”, erotizar,

para convertir deseo en dinero, pero evitando la degradación; ser prostituta sin ser puta. En este sentido el sexo comercial opera dentro de la lógica capitalista logrando con el sexo lo que con cualquier facultad humana (conocimiento, creatividad, emociones): aislarlo del deseo propio, cuantificarlo y provocar el deseo de consumo. Pero una diferencia significativa es que el control patriarcal sobre la sexualidad femenina no se contenta con someterla, sino que, en este caso, además la marca con el estigma de puta.

Desde la posición subalterna y atravesada por las vulnerabilidades, las mujeres que hacen sexo comercial performan este conjunto de tácticas que deben, en primera instancia, hacer lo posible para reducir las chances de la violencia física. Seducir, pero sin mostrarse vulnerables y además estar atentas a las posibles amenazas (seducción-indagación). Tal como señala Scott (2000), aquellas/os grupos dominados siempre prestan más atención a los dominantes que la que reciben de estos. Y una vez captada esa atención, deben encargarse de manejar el encuentro y conseguir una (difícil) definición de la situación que les permita conducir el encuentro de forma profesional. Los saberes y astucias creadas en la carrera serán casi las únicas armas en esta asimétrica batalla.

Las asimetrías no concluyen en la posición de género, de clase o la raza, sino que la propia moral sexual de las mujeres puede generar una serie de obstáculos y amenazar con la degradación simbólica. En el mejor de los casos serán las “perversiones” solicitadas por los clientes las que degraden más aún a ellos y restablezcan, al menos en este plano, cierta simetría. Otra posibilidad es que los clientes demanden un servicio “onda novia”, donde la degradación se atenuaría. Sin embargo, pocas de las entrevistadas se sentían cómodas con las performances románticas (salvo las escorts), y si algunas (sobre todo las mayores e independientes) habían aprendido los beneficios de “fingir”, para muchas el trabajo emocional implicado aquí era una carga insufrible. En cambio, la disposición para hacer trabajo

emocional era más amplia a la hora de soportar y disimular el asco, o reprimir y disimular el placer sexual. Si unas pocas podían traficar placer desde el sexo comercial, lo hacían con pasaporte masculino, y para la mayoría el precio de mantener la identificación como “mujer” se traducían en una posición desventajosa.

6

Amor(es) y dinero(s)

Las mujeres que hacen sexo comercial plantean una marcada división entre los vínculos que entablan con los hombres. En las charlas y entrevistas, en primera instancia, todas señalaban que distinguían entre los clientes y otros vínculos, y esta distinción aparecía como una regla primordial. Pero a medida que avancé en el trabajo de campo entendí que también había permeabilidad y zonas grises entre categorías.

En este capítulo¹ analizaré tanto las relaciones de pareja –los dilemas y conflictos que suponen las relaciones amorosas, las distinciones respecto de las relaciones comerciales– como los tránsitos entre ambas y las categorías especiales. Busco conocer las implicancias emocionales y afectivas en las experiencias de las mujeres que hacen sexo comercial, y poner de relieve los significados que se otorgan a los flujos de dinero y bienes, y de afectos o amores, en relación con sus identidades.

En los capítulos anteriores hemos visto las distinciones entre los mundos de relaciones familiares y aquellas del sexo comercial, o la estructuración de límites para manejar los vínculos con los clientes, y las dificultades para sostener el secreto o las fronteras en un contexto de asimetrías. Ahora me interesa abordar tránsitos y lugares de excepción que aparecen en este esquema pero que, sin eliminar las

¹ Algunos fragmentos de este capítulo fueron reelaborados y posteriormente publicados (ver Morcillo, 2017a).

asimetrías, proceden de otras maneras. Para ello centraré el análisis en las relaciones de pareja y algunas relaciones especiales con clientes.

En la primera sección veremos cómo las entrevistadas piensan los vínculos de pareja y cómo manejan los problemas que estos representan. Aquí se ponen en cuestión las distintas concepciones sobre los sentimientos amorosos y las tensiones que estos producen tanto en el terreno sexual como en lo emocional y lo económico. En la segunda sección describiré las categorías que se encuentran muchas veces en puntos intermedios respecto de la división dicotómica (comercio / amor) y suponen desplazamientos de las relaciones estereotípicas de prostitución. Estos corrimientos se expresan tanto en la afectividad como en los intercambios monetarios / de bienes y los sentidos que estos encierran, por ello permiten abrir interrogantes y resignificar las experiencias e identificaciones que las mujeres asocian con el sexo comercial. Las experiencias de enamoramientos o las figuras limítrofes del cliente-amigo y el amante-renta permiten comprender que la maleabilidad de los vínculos los hace más complejos que el esquema binario que parece plantearse en un primer momento.

Las parejas. Difíciles pruebas de amor

“Para una mujer normal el sexo es amor, como lo fue para mí antes... pero ahora no sé...” (Lorena)

Hacer sexo comercial, además de una performance sexual, involucra hacer trabajo emocional y sostener un esquema complejo en términos de los afectos. Este doble

cruce me llevó a indagar en las complicaciones que la experiencia del sexo comercial introduce en las relaciones íntimas-personales (todas eran relaciones heterosexuales).²

Según las entrevistadas, las relaciones de pareja son complicadas para quienes se dedican al sexo comercial. Para muchas, las parejas son directamente incompatibles con esta actividad, optan por no involucrarse e intencionalmente lo evitan (“me cuido mucho de no tener pareja”, Luli). A veces practican una autoexclusión a partir de la percepción de que dedicarse al sexo comercial las pone fuera del mercado matrimonial o de parejas.

Acordate que nosotras estamos en otra... No somos una mujer común y corriente. O sea, no es fácil de que... ponele que vos venís, y salís y la pasás bien conmigo, todo bien, pero... vos decís: “No, yo nunca voy hacer una vida con una mujer que está trabajando.” ¿Entendés lo que te quiero decir? O sea, nosotras eso lo tenemos claro (Sonia).

Para Lena Edlund y Evelyn Korn (2002) –citadas en el capítulo 3– esta exclusión del mercado matrimonial explica las diferencias en los ingresos que reciben las mujeres en el sexo comercial. Esto sería coherente con la mirada de aquellas que conciben la actividad como incompatible con el matrimonio, pero no contempla los casos de vínculos con maridos-proxenas (a ellos me referiré más adelante).

La posibilidad de formar una pareja se construye como mutuamente excluyente respecto de la continuidad en el sexo comercial. Aunque esta concepción puede matizarse, el sexo comercial resulta problemático para los vínculos amorosos de pareja en varios aspectos que desarrollaré en los siguientes apartados: en el terreno sexual, por el desgaste y la complejidad de darle diferentes significados a las

² Ninguna de las entrevistadas se identificó como lesbiana o dijo haber entablado vínculos de pareja con otras mujeres. Acá también pude notar el contraste con las experiencias de las travestis para quienes los vínculos de pareja no parecían singularmente problemáticos por dedicarse al sexo comercial.

prácticas sexuales (como un “servicio” o como expresión de afecto); en lo emocional, por las dificultades de manejar tanto el enamoramiento como los celos o inseguridades que generaría en la pareja; y en lo económico, por el riesgo de perder su independencia o terminar manteniendo a un “fiolo”.

Emprender una relación de pareja implica una apuesta afectiva. Aunque esta es una característica común a cualquier pareja, la inseguridad y lo que se arriesga parece mayor o los ojos de las mujeres que hacen sexo comercial. Para varias de las entrevistadas, la pretensión de exclusividad de un vínculo amoroso pondría en jaque la relativa independencia que experimentan.

Ya modifiqué mi vida sin querer, dos veces...no la voy a modificar si no sé que la tierra es firme, ¿sí? Pero tampoco busco eso...tampoco busco eso...yo tengo mucho temor por el tema de mi libertad, el hecho de depender de alguien te limita un millón de cosas... (Abril)

Como indica Abril, para muchas entablar una relación de pareja implica “modificar su vida” en términos sustantivos. Emprender esta transformación es algo que pocas están seguras de querer. Ni las anteriores experiencias negativas, ni la perspectiva de perder su “libertad” las alientan para emprender este camino.

No sólo la cuestión económica, ni los celos de las parejas, también la propia concepción de lo que implica sostener un vínculo amoroso puede representar una dificultad para algunas, tal como señala Irene: “Yo, en mi punto de vista, si yo quiero a alguien no voy a querer compartir con otra persona. Y mucho menos con un montón”. En esta concepción del amor, la exclusividad del vínculo es lo que transformaría cualitativamente el afecto en amor. Dentro de este paradigma del amor romántico –donde se enmarcan la mayoría de las experiencias amorosas de las entrevistadas–, la exclusividad ha sido descripta por algunos autores como

un rasgo específico del amor, según Georg Simmel (1993) constituye la esencia del amor y permite distinguirlo del puro hedonismo sexual. Antes, también Magnus Hirschfeld (1960) planteaba que mientras el “instinto sexual” sería polígamo, el “amor” encuentra en la monogamia su expresión adecuada. Tanto para Irene como para estos autores habría un lazo inextricable entre “amor” y exclusividad sexual. En la concepción romántica la actividad sexual es una expresión directa del amor. Entonces, la posición de las mujeres que hacen sexo comercialmente se complejiza cuando el “hedonismo” o el “impulso sexual” –contrapunto del amor–, no forma parte de la sexualidad legítima. Como vimos, esto aparece como una característica masculina, o propia de un terreno fisiológico y, para la mayoría, sin valor e incluso desvalorizante. Pero además, el efecto legitimador que tiene el amor romántico sobre la actividad sexual también sirve para demostrar que son mujeres “normales”: sin el romance el sexo (y quienes lo practican) se transforma. Empecemos entonces por aquí.

Sexo-servicio y sexo-amor. La instrumentalización y las expresiones amorosas

Para muchas parejas el sexo puede ser fuente de grandes placeres y/o de dolores de cabeza. En el caso de las mujeres que hacen sexo comercial, la labor sobre sí misma que implica construir, practicar y significar el sexo como un “servicio” pago, adiciona otras dificultades para sus vínculos amorosos. En el marco de una pareja, el significado del sexo parece muy distinto, la sexualidad se figura el punto cúlmene del vínculo amoroso o por lo menos una expresión afectiva muy intensa. Así aparecen dos significados para el

sexo: sexo-amor³ y sexo-servicio, y dos formas de vivenciarlo (o una forma de no-vivenciarlo en tanto sexo, sino “como trabajo”), pero el proceso de ida y vuelta entre estos dos polos puede ser costoso y no siempre resulta efectivo.

Cuando era más joven, me pasaba que me había enchufado tanto que el sexo era por dinero, que estaba con mi pareja personal y era como que estaba perdiendo plata, en el momento que estaba acostada con él, me entendés, en el momento que estaba arriba mío... sí, me ha pasado. (Marisol)

No sólo se trata de aprender a tener sexo instrumentalmente para obtener dinero, sino también desaprender para no repetir la performance con la pareja. El episodio que relata Marisol muestra que los (des)aprendizajes que deben hacer quienes se dedican al sexo comercial no refieren sólo a la esfera laboral, porque aquí la performance “laboral” no parece estar, *a priori*, culturalmente desligada respecto de la esfera íntima. Podríamos, por ejemplo, pensar que las mujeres que obtienen dinero cuidando (¿instrumentalmente?) niños ajenos atraviesan procesos similares respecto a los vínculos con sus propios/as hijos/as. Pero hay un conjunto de diferencias. Varias/es autoras/es han señalado que el amor romántico, como estructura discursiva que interpela especialmente a las mujeres, legitima la actividad sexual al ligarla a un vínculo íntimo afectivo (monogámico y heterosexual)⁴. Ya sea en el marco del amor romántico o incluso como placer hedonista, el sexo permanece ligado a la intimidad. Interpretar las prácticas sexuales como un “servicio” que se cambia por dinero, significa un esfuerzo y a la vez

³ También se podría llamar a estas expresiones “sexo-afecto”, pues lo que se opone es expresión de afectos vs. instrumentalización, pero el contrapunto es más perceptible si referimos específicamente a los afectos ligados al amor, en especial a las versiones de amor romántico que sostenían muchas entrevistadas, por ello he preferido usar “sexo-amor”.

⁴ Una excelente síntesis de los principales trabajos elaborados desde el feminismo sobre esta cuestión puede consultarse en el artículo de Stevi Jackson (1993)

una trasgresión –socialmente condenada– de las normas incorporadas que construyen al sexo como expresión de intimidad y afecto (y luego, en la pareja, una reversión de esta trasgresión), como dice Marisol se tiene que “enchufar” (y luego “desenchufarse”). Sostener esta distinción implica procesos que están siempre por hacer y un trabajo constante para sostenerlos. Así me explicaba Úrsula:

Úrsula: El trabajo es una cosa y el placer con tu pareja es otro.
Santiago: ¿Y por qué elegís no hacer esas cosas, por ejemplo besos o... completo?

Úrsula: Porque no lo veo, porque... más allá que igual te lo van a pagar, así hagas un pase mínimo, igual te lo van a pagar... a que hagas un completo, por un poco más de pesos... que... eso es más... más íntimo para tu cuerpo, que es lo poco que le podés brindar a tu marido, me imagino... todo lo demás lo hacés con los clientes, por lo menos rescatás algo para hacerlo con tu marido en tu casa, más íntimo. ¿Entendés?

Como ya vimos, una táctica común para distinguir sexo-amor del sexo-servicio consiste en segregar algunas prácticas sexuales. Se delimita para la pareja un espectro diferente de prácticas sexuales de aquellas que se tienen con los clientes; por ejemplo, en muchas oportunidades las mujeres reservan el sexo anal y los besos para sus parejas. Otras veces prefieren no tener, en sus relaciones personales, prácticas connotadas como “raras” (“perversiones”), o incluso sexo oral, pues remiten a los clientes y las conectarían con la esfera laboral.

La delimitación de prácticas sexuales dotadas con sentidos distintos (“afecto-amor” / “trabajo-dinero”) permite trazar los que Pasini (2000) llama límites simbólicos y corporales. Pero estos límites no son construidos únicamente como una táctica laboral ni para preservarse de la contaminación simbólica, sino que también tienen un papel en las relaciones de pareja. Poner límites a algunas prácticas sexuales en el contexto del sexo comercial representa un

intento por (re)construir una intimidad demarcando una frontera sobre determinadas partes del cuerpo o usos del mismo que son ligados al afecto y la intimidad.

Varios elementos pueden minar la efectividad de estas delimitaciones pues la separación nunca es completa, por ejemplo, prácticas como el coito vaginal –central para la sexualidad heterosexual– se llevan a cabo en ambos contextos, laboral y personal. Además, las distintas prácticas con sus distintos significados, más o menos separadas, son operadas por un mismo cuerpo que, aunque desdoblado en distintos territorios y significados, cuenta con una cierta cantidad de energía física. Este hecho material ineludible entra en juego cuando la remuneración es baja y la cantidad de “salidas” diarias es elevada, lo cual requiere una actividad física importante. Al practicar sexo en el contexto laboral, con el cansancio físico, el propio deseo sexual puede caer como efecto de una jornada laboral intensa.

Es lo mismo que vos te la pases haciendo pozos por ahí... y después llegues a tu casa y tu señora te dice: ‘¿Me hacés un pozo?’ Es medio pesado, ¿viste? No es que uno se gaste, pero... Es difícil llevar, hacer lo mismo afuera y hacer lo mismo adentro. Es difícil, no se puede llevar bien. Es lo mismo que... vos... o un psicólogo que se la pasa atendiendo clientes, y llega a la casa y le dice el marido... o el pariente: “¿Por qué no me hacés una terapia?” [...] Vos querés separar un poco... hacer otra cosa. Es muy difícil. (Susy)

Al estar...siempre haciendo esa actividad, es como que te resta sensibilidad. A mí, para mi punto de vista pasa eso con uno, porque perdés la sensibilidad de tu cuerpo. Y que te traten, te da lo mismo, bah, que pase el tren, ponelo. No sentís nada. Como están tan, tan...es como que estás programada para decir empiezo a trabajar y no tenés que sentir nada. Entonces, como que eso lo llevás tan adentro, tan adentro, tan adentro, tan constante, tan constante que llega un momento que no sentís nada. Por eso algunas veces dicen que a

nosotras, las que trabajamos en la calle, nos cuesta...ponele, este...tener pareja después, el día de mañana, ¿no? Porque nos volvemos... (Irene)

El agotamiento o la pérdida de sensibilidad ponen de relieve la falibilidad de los límites simbólicos especialmente en el terreno corporal y llevan a que muchas de estas mujeres desexualicen sus expresiones de afecto en el marco de sus parejas y prefieran otro tipo de prácticas (“Yo, por ejemplo, en particular siento como deseos de que me mimen, más que de sexo” dice Irene). Esta desexualización se condice con uno de los límites simbólico corporales más paradigmáticos. Si bien el coito vaginal difícilmente pueda ser vedado a los clientes, puede excluirse otra práctica, acaso tan central como el coito pero que –sin quitarle carga erótica– podemos concebir como más cercana al afecto y los “mimos”: el beso. He reservado el análisis de las limitaciones sobre esta práctica y la significación de su exclusión en el marco del sexo comercial pues este límite es el que más frecuentemente se vincula con el afecto y las parejas.

Algunos estudios cuestionan la mítica prohibición de dar besos que aparece entre quienes se dedican al sexo comercial (ver Allen, *et al.*, 2003); cuán concreta sea esta restricción ha generado alguna polémica. En las entrevistas pude comprobar la mención frecuente de este límite –a excepción de las pocas que ofrecían servicios “onda novia”, quienes sólo intentaban evitar besar a clientes “desagradables”–. Aun cuando no es posible chequear la consistencia de las prácticas con estos enunciados, este plano discursivo resulta fundamental para sostener los límites corporales-simbólicos a los que me refiero.

¿Cuáles son los sentidos que tienen los besos? En la compilación de Cahen *Historia del beso: primeras lecciones de amor* (1997) encontramos varios análisis sobre los distintos rituales, significados y codificaciones asociadas a los besos. Allí, Bologne señala un recorrido que va desde los besos sagrados –con un carácter oficial y religioso– hasta los de la

intimidad. Así, desde el Renacimiento, en occidente se otorgó un carácter amoroso a los besos e incluso sexualizado en el siglo XIX. También en esta compilación, Le Breton plantea que las regulaciones que codifican el contacto entre los cuerpos tienen dos zonas fundamentales: el sexo y el rostro (Daiana encarnaba esta codificación señalando claramente: “yo vendo mi cuerpo, no mi cara, yo no beso”). Los diversos besos tienen distintas significaciones, la ternura del beso maternal o el rito de salutación, pero el beso de boca a boca, que junta un rostro con el otro, y un cuerpo con el otro, es un ritual específico de los amantes.

“Solamente podés besar en la boca cuando estás bien. No podés agarrarlos a los besos a todos los locos. Vos besás cuando lo querés, porque lo sentís”. (Mercedes)

En las entrevistas las mujeres⁵ asociaban los besos con el cariño, el afecto, y una relación con alguien deseado y especial, por ello eran reservados para el sexo en el ámbito privado. No dar besos aparecía como una de las reglas del oficio. Cuando les preguntaba por sus prácticas a nivel individual respondían generalizando esta conducta: “no se besa”. Lorena me explicaba: “creo que ninguna mujer de la calle da besos... eso es lo que nos queda para nosotras... y se lo valoriza más, vale más un beso que una penetración... lo sentís más”. El límite frente a los besos emerge como una regla sostenida colectivamente desde un “nosotras”. Aunque algunas pocas dijeron dar besos a los clientes eventualmente, en la universalización de esta regla desaparecía el mecanismo de segregación hacia las “otras” que se aplicaba en el caso del sexo anal. Podemos interpretar esta diferencia pensando que mientras el sexo anal condensa

⁵ Estos sentidos otorgados a los besos también eran compartidos por las travestis, lo cual indica la hegemonía de estos significados de los besos.

una cantidad de significados –especialmente relativos a la moral– los besos son la práctica simbólicamente más ligada a los sentimientos amorosos.

También algunas entrevistadas señalaron que besar a un cliente les producía “asco”⁶, ello muestra la estrecha relación entre el beso y la persona a quien se besa. La repugnancia manifiesta la construcción de los besos como una práctica muy personal, y que contrasta con las prácticas permitidas en el sexo comercial, vistas como “impersonales” –tal el caso del sexo oral con preservativo–.

Cuando le pregunté por los besos Deby me dijo que no besaba en su servicio y me aclaró: “es sexo nada más lo que vos ofrecés”. Los besos ocupan un lugar distinto del resto de las prácticas sexuales, con la significación afectiva indeleblemente grabada. Los besos y también las caricias, salvo para las que ofrecían el servicio onda-novia, no parecen encajar con la mirada más instrumental y restringida que muchas tienen del sexo-servicio⁷, el terreno de los besos es el del amor. Veamos entonces los distintos posicionamientos de estas mujeres frente a los sentimientos amorosos y las interpelaciones románticas.

Enamoramiento y amor. El “endurecimiento del corazón” o la licuación del amor

Las relaciones de pareja suponen, además de los inconvenientes relativos al sexo, problemas en relación con el enamoramiento y las concepciones del amor. Así como para algunas performar el sexo-servicio reducía la sensibilidad o el deseo sexual, también el trabajo emocional que conlleva

6 Otras tantas también señalaban el temor al contagio de enfermedades, lo cual también puede ser un temor a una contaminación simbólica, como vimos antes siguiendo los planteos de Mary Douglas.

7 Esta diferencia es planteada por algunas activistas en términos de “sexo” y “sexualidad”: con los clientes se tiene únicamente sexo y la sexualidad (que incluye caricias, abrazos y otras prácticas) se elige con quien tenerla. (ver en Berkins y Korol 2007)

el sexo comercial podía entrañar complejidades en la vida afectiva. El esfuerzo por bloquear los sentimientos amorosos, primeramente dirigido al plano del sexo comercial, puede luego invadir el terreno de las relaciones personales. Algunas entrevistadas decían que “se te va haciendo duro el corazón” o se les generaba una “coraza”, más aún tras una ruptura amorosa y un posterior regreso al sexo comercial. Estas experiencias las llevaban a no enamorarse y restringir su amor sólo a sus hijos/as.

No, yo me puse más fría, antes era más creída. Ponele, yo tengo al padre de mi hijo que me cagaba. Me han cagado, como dicen en la jerga. Pero es como que te hacen más dura, la vida te golpeó. Podés tener tres tipos delante tuyo que no se te va a calentar nada. No se te levanta un pelo. No es como una chica que no conoció la calle y se enamora de aquella persona que está en la esquina. Esto te hace ser más duro. Puede haber diez hombres lindos que no te va a gustar ninguno. Es lo que te decía antes, que no agarrás las cosas en serio [...] Jamás me voy a subir a un auto a visitarme con un tipo para salir, para ir al baile o para ir a la peña, porque si me enamoré del hombre, me gustó o no. Yo conocí esto y nunca más. Es como que la calle me puso dura viste. Y... te pone dura la calle. (Antonia)

Santiago: ¿Y nunca has estado enamorada?

María: Una sola vez, cuando tenía 25 años, no me pasó de chica, me pasó de grande, una sola vez, y oh, qué espanto, no... No, es horrible... No, no me gusta. Prefiero así, el único amor que tengo incondicional para siempre es con mis hijos, nada más. Cuando uno quiere ahí sufrís, sabés, ay, lo que es sufrir, es horrible, y que no te quieran, es espantoso.

El sexo comercial pone a estas mujeres en contacto frecuente con una sexualidad que ellas conciben como propia de los varones, despojada de un vínculo amoroso o afectivo y, en tanto muchos clientes son casados, implicada en una traición al pacto monogámico de una pareja supuestamente amorosa. Esto produce una asimilación de los rasgos

percibidos en los clientes con una suerte de esencia o cara oculta del “ser humano” o al menos de los varones. De allí que la veda amorosa que pesa sobre las relaciones con clientes acabe por extenderse a las relaciones por fuera del sexo comercial. Doris me decía: “Tal vez hoy estoy viendo mucho la realidad, y es feo también ver mucho la realidad, porque es como que esa fantasía se te va también, viste, ya ver tan, tan crudo todas las cosas...”. Para algunas esta visión rompía la “fantasía” del amor romántico que enlaza sexo y amor, o ponía en el plano de la fantasía los vínculos amorosos al contrastarlos con la “realidad”. Este impacto se registra con más fuerza en los testimonios de las mujeres de mayor edad. Ellas, en general sostenían miradas más románticas, usualmente tenían más años en el sexo comercial y más desengaños en sus relaciones amorosas.

Sin embargo, las relaciones en el sexo comercial no siempre están desprovistas de afecto y emociones, y algunas entrevistadas también contaron haberse enamorado de clientes. Comprender esos procesos nos puede dar una imagen más amplia del papel que juega el enamoramiento en el sexo comercial y cómo se vincula con las distintas concepciones de amor.

Dentro del “ambiente” enamorarse de un cliente es visto como un indicador de inexperiencia; el enamoramiento las tomaría casi de improviso. Estos relatos empalman con la concepción del amor como una fuerza que súbitamente toma posesión de los sujetos y anula su voluntad: amor pasión. Según Giddens (1998) el amor pasión se sitúa por fuera de las rutinas de la vida cotidiana y es un desorganizador de las relaciones sociales. Para quienes hacen sexo comercial el enamoramiento puede ser visto como una fuerza peligrosa a la que intentan resistirse en un primer momento.

Tal como en las narrativas más comunes sobre el enamoramiento (Barthes, 2008; Jackson, 1993), este aparece para las entrevistadas como una emoción cuyo signo es ser inmanejable. Aquí el enamoramiento puede hacer difícil

sostener las divisiones sobre las que se estructuran las diferencias entre el sexo comercial y el sexo como expresión de afecto de la vida personal. Inés me había aclarado que ella siempre mantenía separados sus sentimientos de su trabajo, que hacía una actuación que los clientes creían y por eso a veces ellos se enamoraban, algo que nunca le sucedía a ella. Sin embargo, luego de charlar durante largas horas y habiendo entrado en confianza, admitió que el padre de su hijo fue un cliente y me explicó: “Tenía mi edad, me gustó... no pude resistir. Siempre me venía a buscar, me venía a buscar, me venía a buscar, entonces, ahí no pude separar, ahí me enamoré”.

Este borroneo de las fronteras puede leerse en vinculación con las ideas de Alberoni sobre el enamoramiento. Este autor, retomando los sentidos más comunes del amor romántico, plantea al enamoramiento como un estado de ignición de un movimiento colectivo de dos personas, a lo que agrega que la “experiencia del enamoramiento siempre conlleva la *transgresión* de una diferencia. No hay reglas para fijar en qué consistirán esta diferencia ni su trasgresión” [cursivas en el original] (Alberoni, 1983: 27).

Las emociones ligadas al amor romántico suelen experimentarse como liberadas de las reglas sociales –y, en especial, separadas de la esfera económica (Giddens, 1998; Illouz, 2006)–. Pero para las entrevistadas el enamoramiento representaba una emoción difícil de compatibilizar con el sexo comercial pues la “trasgresión de diferencias” puede provocar una desorganización del esquema emocional y la ecuación moral que las mujeres tenían organizada. Por ejemplo, puede sobrevenir el sentimiento de culpa. En esta situación, las mujeres deben luchar por sostener la diferenciación contra la cual embate el enamoramiento que reclama el monopolio sobre la sexualidad: expansión total del sexo-amor y desaparición del sexo-servicio.

Ya entre los dos había una conexión, había... habíamos comenzado, ya teníamos... ya estábamos la mayor parte del tiempo juntos... Y ya también era incómodo, yoirme al negocio [cabaret] y... y estar con otra persona. Iba y algunas veces no... no hacía nada porque pensaba... aquél se está haciendo la cabeza... todo lo que..., se está volviendo loco... con lo que yo estoy haciendo. Entonces a mí me generaba también un malestar. Porque ya no quería tampoco que ninguna otra persona me tocara. Así que (risa leve) parece que fue un flechazo. (Fernanda)

Según las entrevistadas hacer sexo comercial bajo el estado de enamoramiento les producía culpa y malestar. Estas sensaciones se incrementaban cuando sus parejas no estaban al tanto de su actividad –a veces sentían que los estaban “engañando”– pues debían ocultar o interponer información falsa frente a quienes se sienten más ligadas. En la conmoción de los esquemas que delimitan los tipos de vínculos (clientes / parejas), además de las dificultades para comunicarse, emerge la concepción común del enamoramiento como estado de “ceguera” que les impide ver las “verdaderas” características de los hombres con que se relacionan.

Con la pareja que estuve después vino el rechazo, después de haberme enterado que estaba casado...o sea, yo no le reclamé porque tendría que haberme fijado primero con quien me metía, pero con el amor no se puede, con el corazón no podés...no podés, el corazón dice: está, te enamoraste, ya está. (Carina)

Desde el punto de vista de las interacciones y la codificación de significados podemos considerar cómo intervienen los procesos de cortejo en estos vínculos. Según Niklas Luhmann, el cortejo como rito tiene una función vital: distinguir el amor verdadero del amor falso (1985: 93). Los procesos de cortejo que analiza Luhmann –que incluyen la simulación (de lo que no se siente) y el disimulo (de lo que sí se siente)–, se ven trastocados en las experiencias de las

mujeres que son cortejadas por sus clientes. En el marco del sexo comercial no sólo se da un flujo restringido de la información personal, sino que hay una entrada directa en un terreno sexual (y económico) que altera los códigos románticos con los que se evaluarían los comportamientos de los pretendientes⁸. Esto puede llevar a la confusión y la ausencia de parámetros para decodificar y saber cómo conducir su vida amorosa.

Es un momento es muy difícil, si te involucrás sentimentalmente es muy difícil, es como que estás ciego. No te interesa. Intentás justificar a la otra persona, decís: “bueno, si yo tengo sexo con un montón, él también puede tener esos momentos”. Pero estamos hablando de dos cosas diferentes. (Abril)

En este contexto, más que un abandono total del discurso romántico, aparecía una adaptación que, reemitiéndolo a un plano extraordinario, lo alejaba de sus vidas cotidianas. Algunas entrevistadas oscilaban entre desconfiar de la “fantasía” amorosa y entender al amor como un evento fortuito, o algo que sólo sucede “una vez en la vida”. Este discurso, presente sobre todo en las mujeres de mayor edad, reposiciona al resto de las relaciones sexo-afectivas como de menor trascendencia.

Cuando me casé con él yo te puedo asegurar que no había otros ojos, toda mi vida, mi alma, mi entero era para él, yo vivía para él porque era algo, era el amor tan grande para mí, viste, para mí es muy sagrado⁹ el amor y yo dije: “Nunca más me voy a enamorar” y no creo que me voy a enamorar, ya está,

⁸ Es importante la aclaración de Marta Lamas: “todavía hoy los puntos de apoyo para lo que Luhmann llama la codificación del medio de comunicación amor están culturalmente marcados por el género. Aunque en algunas sociedades la acentuación de la igualdad social entre los sexos está borrando la diferencia de sus actuaciones sexuales, aún nos encontramos con códigos amorosos femeninos y masculinos.” (1990: 172)

⁹ Eva Illouz (2009) siguiendo a Durkheim plantea al amor romántico como una experiencia de lo sagrado migrada de la religión, también Beck y Beck (1995) proponen pensar al amor como una religión secular.

ya fue, digo yo, ahora con mis 50 años menos, viste. Y tampoco no, digo, no sé si me quedé muy golpeada pero no lo estoy buscando, no busco. [...] ¿Qué es el amor? El amor yo pienso que es el querer estar con la persona, de querer compartir todo con esa persona, [...] el amor es muy distinto para mí, para mí, yo será que soy una novelera de primera. (Doris)

Además, las dificultades para reconciliar afectividad y sexualidad en el ámbito de una pareja a veces producen una visión idealizada del erotismo que, ligado a la idea de amor romántico, culminaría con el matrimonio como utopía.

Cuando me he enamorado he estado muy ansiosa... y todo eso... me afecta en la parte sexual. ¿Entendés? (Risa leve) No pasaba nada... pero quizás hay personas que sí lo pueden conectar... dos cosas. Yo pienso que cuando se pueden conectar las dos cosas es la lotería... Te enamoras y la pasas bien sexualmente... es la... Se casan... se casan ahí (Risa) Se casan... y son felices y comen perdices (Risa) ¿O no? Eso es lo ideal... bueno, ese es el sueño de todo ser humano. (Susy)

Esta mirada romántica y melancólica sobre el amor puede ser muy productiva para sostener las fronteras que separan los encuentros de sexo comercial, con su intimidad ilusoria, de aquellos que pertenecen a la esfera de la intimidad personal, sobre todo si esta se pone en un plano extramundano o utópico. Para comprender la posición romántica de estas mujeres puede servirnos considerar algunas de las transformaciones del amor romántico.

En el amor romántico, la absorción del otro –típica del *amour passion*– queda integrada en la orientación característica de “la búsqueda”. La búsqueda es una odisea, en la que la identidad del yo espera su validación del descubrimiento del otro. Tiene un carácter activo y en este sentido la novela moderna contrasta con las historias medievales, en las que la heroína es habitualmente pasiva. (Giddens, 1998: 51).

En el contexto del sexo comercial pude observar que las miradas románticas de este grupo de mujeres mayores muchas veces conservaban esa posición pasiva. Así aparecía el imaginario de un varón que podría “sacarlas de la calle”, y relataban historias cercanas sobre compañeras a quienes “el marido la sacó, se casó y... ya... es toda una señora” (Fernanda). Aunque otras ironizaban sobre estos relatos, muchas habían tenido en el pasado esa “ilusión”.

Desde esta posición, en tanto no aparezca ningún objeto amoroso concreto que suscite el enamoramiento, mientras ningún caballero (de carne y hueso) venga a querer “conquistar” todo el territorio, se facilita construir un sexo-servicio, ligado al dinero y al comercio. Si consideramos que “el amor romántico es un amor sexual, pero pone entre paréntesis el *ars erótica*” (Giddens, 1998: 64), en tanto el amor exista sólo en el plano de la fantasía, el sexo instrumental y sin sentimientos profundos resulta compatible. Conviven en paralelo el improbable ideal romántico –donde la lujuria y la sexualidad terrenal pasarían a un segundo plano, para privilegiar el afecto y lo sublime del vínculo–, y la concreción del sexo-servicio, con una mirada técnica y despojada de sentimientos.

Otra de las características del amor romántico que colaboran con el sostenimiento de las fronteras en el sexo comercial es la pretensión de desinterés económico. Para varias entrevistadas obtener cotidianamente dinero a cambio de sexo potenciaba la mirada romántica que desprecia tanto la lujuria como la ambición material. Esto redundaba en una mirada peyorativa de las relaciones de pareja donde hay un interés económico (“relaciones interesadas”) y una concepción del amor como un sentimiento profunda y claramente diferenciado.

El desinterés y el carácter no instrumental del vínculo romántico lo hacen aparecer como completamente desligado de la lógica del mercado (Bourdieu, 2000)¹⁰. Esta forma de romanticismo será funcional para aquellas que, por estar en el mercado sexual se consideran al margen del mercado matrimonial, allí el desinterés económico se lleva muy bien con un desinterés por el involucramiento en una pareja. Estas características permiten articular la frontera entre el sexo comercial y las relaciones amorosas como una oposición entre los hombres que pagan y los que podrían “conquistarlas” de otras formas, pues son las relaciones de sexo por amor las que “ilusionan”¹¹.

Cuando tengo que estar con la persona que yo amo soy una mina normal, enamorada, que le regalan un chocolate y yo me derrito (risas) Cosas así, ¿entendés? Y así aunque el cliente con el que estuve a la tarde me haya dado dólares y el tipo que yo ame me haya regalado un chocolate de 2 pesos (Yamila)

Prefiero, que me miren que estoy parada, como quien dice... porque subo o bajo del coche y no que me miren en otro lado, con un señor más grande que yo, y que digan... “Ah...” Como capaz que yo digo, yo misma digo... “Ah, pero esa anda con el viejo por la plata” [...] Sabés que esa mina lo está viviendo al viejo. “Ay, yo te amo, yo te amo” ¡Qué lo vas amar! Amás la billetera, no al viejo. (Sabrina)

¹⁰ Aunque Eva Illouz (2009) señala que la lógica mercantil capitalista puede impregnar las prácticas románticas transformándolas en prácticas de consumo, esta ligazón estaría velada en el discurso romántico. Para otros autores el vínculo romántico tendría la capacidad de poner entre paréntesis la lógica del capital. (ver las divergencias en esta cuestión en Adelman, 2011; Costa, 2006)

¹¹ Acá “ilusión” significa “fantasía” y a la vez evoca el sentido bourdesiano de *ilusão*, es decir la creencia en las reglas del campo amoroso que aparece como un terreno fuera de las luchas de dominación (Bourdieu, 2000) y por ello la “conquista” no es una derrota sino un renacimiento místico.

A su vez, como muestran estas entrevistadas –ambas jóvenes–, aun sin participar activamente del juego desinteresado del amor romántico sostener sus creencias permite retener o recuperar una identidad “normal” que asocia la feminidad y el amor, como en el caso de Yamila¹², o al menos distanciarse de las “otras minas” que son capaces de sostener relaciones aparentemente amorosas pero que esconden prácticas “interesadas” como señala Sabrina. En este sentido el “ser romántica” revela un valor importante para construir una identificación con valores de “mina normal”.

Sin embargo, al momento de formar una pareja que ponga en juego la permanencia en el sexo comercial –la principal y muchas veces única fuente de ingresos– la visión romántica y desinteresada del amor se tensa con reivindicaciones respecto de la economía conyugal.

Para mí el amor es el amor, qué sé yo... Porque para mí es algo, no sé si lo volveré a... digo, no, no creo, yo ya estoy segura que no me voy a enamorar más, pero es algo tan hermoso estar enamorado, es hermoso, das la vida por el otro. Pero sí también entendí hoy que el otro también tiene que dar la vida por vos, si no, no sirve, tienen que ser dos, porque uno no sirve, y yo creo que fui una siempre, así que, pero viste cuando estás enamorada no ves, sos ciega. (Doris)

Para varias entrevistadas el sentirse mujeres románticas –o una “novelera” como Doris¹³– las situaba en un plano de normalidad. Pero cuando este rol de mujer romántica supone muchos riesgos se adopta una versión tan idealizada del romanticismo que lo expulsa definitivamente de la vida terrenal. Esto puede producir el intento de clausurar los vínculos amorosos como en el caso de Doris.

¹² La relación de pareja en términos laxos que sostenía Yamila no era un inconveniente en este sentido.

¹³ Más adelante veremos cómo un desengaño amoroso lo que interpeló a Doris como prostituta y expulsándola a la abyección.

Otras veces la disyuntiva de tener que abandonar el sexo comercial, sumada a la desconfianza sobre la estabilidad de los vínculos, lleva a alejarse del ideal romántico de pareja y entablar relaciones más contingentes y/o situadas. En estas, la exclusividad sexual y las proyecciones de futuro indefinido se desvanecen, y aumenta tanto la autonomía de los participantes como la volatilidad de la relación, aunque no por ello su intensidad.

Abril: Me lo han propuesto en varias ocasiones [entablar otro tipo de relaciones], sí...pero...o sea, no te voy a decir que no es complicado mantener la distancia con cierta gente, pero...yo creo que es perder el tiempo.

Santiago: ¿Sí?

Abril: Sí, porque todo lo que empieza tiene un final, es muy concreto. A corto o largo plazo tiene un final. Entonces es preferible mantenerse al margen, si podés conservar la amistad de alguien, por un determinado tiempo o por un tiempo indeterminado...bárbaro, pero si vos sabés que vas a empezar algo...que vos sabés que realmente tiene futuro, o no, que generalmente nada tiene futuro, porque el futuro es muy corto hoy en día...yo prefiero mantener a esa persona viéndola con menos frecuencia o con más frecuencia pero no perder a alguien que puede llegar a suceder.

No tengo relación de pareja, es una persona con la que yo me veo cada, qué sé yo, una vez por mes, dos veces por mes. Él viaja mucho, por su trabajo y bueno, es la persona que yo amo. Yo hago mi vida y él hace la suya. Pero cuando yo estoy con él es él y yo y nadie más. (Yamila)

Si bien pocas entrevistadas dijeron tener vínculos afectivos de tipo más contingente me interesa considerarlos por la forma en que logran resolver la tensión entre los vínculos personales y aquellos comerciales. Zygmunt Bauman (2005) llama “amor líquido” a formas de relaciones modernas que se apartan del modelo romántico. Sin embargo este amor descripto y concebido solo por contraste con el amor romántico –tal la estrategia expositiva de Bauman–,

aparece como descomprometido y guiado por una lógica de consumo¹⁴. Prescindiendo de una mirada esencialista que asimila las características del amor romántico o el amor pasión con la “naturaleza del amor” (Bauman, 2005: 21) podemos comprender estas formas de amor como lazos más situados. Al abandonar el tono metafísico de una duración más allá de cualquier circunstancia (como suelen rezar los votos matrimoniales “en la pobreza y en la riqueza”, es decir haciendo caso omiso de las condiciones materiales de existencia), emerge lo que podemos llamar un amor contingente.

Lidia también tenía un vínculo de este tipo, ella rápidamente aclaraba “no, estoy de novia, en pareja no, de ahí que pase a convivir de nuevo nunca más en mi vida, por Dios, ya tuve experiencia”. Veía a su novio cada quince o veinte días y se sentía bien con esa relación, salvo cuando él le insinuaba que quería “sacarla de la calle”, me decía: “estoy acostumbrada a tener mi plata, plata para mis hijos, ¿me entendés? como que me choca un poco” y me explicaba “él también es casado, separado y tiene tres chicos y yo creo que tanto para los míos como para los de él no le va a alcanzar, ¿no? Seamos honestos, ¿no?”. La materialidad de la supervivencia lleva a poner límites a las pretensiones de las parejas, algo necesario y deseable para estas mujeres si quieren “ser honestas” o tener “los pies en la tierra”.

“Yo no se lo cuestiono, él no me lo cuestiona, punto. Las cosas están bien, cuando estamos, estamos, cuando no estamos, no estamos, punto. ¿Sí?”, Abril optaba por entablar acuerdos amorosos en su vida privada limitando la expansión de ese amor, restringiendo su posesividad a la par que su extensión temporal, como en el caso de Lidia

¹⁴ En este sentido podríamos pensar en la idea de “amor confluyente” propuesta por Giddens (1998), que no aparece como un amor romántico degradado. Sin embargo, este autor presupone para dichos vínculos una especie de equidad de género o simetría en las relaciones de poder, lo cual hace que esta noción sea también relativamente inadecuada para comprender los vínculos que entablaban algunas de las entrevistadas.

o Yamila. Estos acuerdos hacen que el desdoblamiento del sexo comercial no sea tan radical y las fronteras con el mundo personal menos contrastantes –aunque no por eso las borren–. Las relaciones sexo-afectivas que se alejan del modelo amoroso romántico, del “para toda la vida” matrimonial, conllevan también a la desaparición, junto con la trascendencia romántica, de las exigencias de una pareja que resultan demasiado complejas para la compartimentación de la vida sexo-afectiva implicada en las experiencias de las mujeres en el sexo comercial.

Las posiciones amorosas, más tradicionales o más alternativas, estaban muchas veces correlacionadas con la pertenencia a distintas generaciones (como plantean Bauman, 2005; Beck y Beck, 1995; Giddens, 1998) pero también ligadas a la experiencia acumulada en el sexo comercial. Correrse de la interpelación romántica que cae sobre las mujeres resultaba difícil y costoso, por ello varias se habían enamorado y sufrido desengaños fruto de los “errores de juventud”, otras tantas entrevistadas recluían el romanticismo en la melancolía¹⁵, y sólo unas pocas –en su mayor parte las más jóvenes– se apartaban del modelo romántico monogámico y planteaban otros tipos de relaciones.

¿Cuántos son una pareja? Ocultamiento, monogamia y doble estándar

Las tácticas de ocultamiento –descriptas en el capítulo 4– son otro obstáculo para construir un espacio de intimidad compartida en las parejas, pues entran en tensión con los sentimientos de fusión amorosa –querer compartirlo todo– y/o con la necesidad de lograr una estabilidad afectiva. Las

¹⁵ Uso la idea de melancolía desde una concepción de sociología de las emociones, más que psicológica, sin caracterizarla como un estado patológico, sino como una emoción que conjuga cierta tristeza con la satisfacción de un bienestar pasado, lo cual puede asociarse en algunos casos a las sanciones morales internas (cfr. Scribano, Magallanes y Boito, 2012; Stets y Turner, 2006)

reflexiones de Marta Lamas, que retoman la perspectiva de Luhmann, nos pueden dar un panorama de la encrucijada que atraviesan estas mujeres:

La capacidad para hablar de sí mismo parece ser la condición previa para el inicio de una relación íntima; estimula a la otra persona que, a su vez, habla de sí misma. Luhmann afirma que la sexualidad ya no puede simbolizar de manera suficiente el amor, puesto que por ese camino no es seguro que pueda llegar a ser satisfecha la necesidad de comunicación íntima. (Lamas, 1990: 172)

La información sobre la vida laboral constituye un tema de la vida cotidiana que se comunica asiduamente en los vínculos personales, y, si seguimos a Luhmann, también sería importante en el contexto de las relaciones amorosas –más aún la vida laboral de una mujer, que sigue siendo sospechosa para muchos varones–. Esta expectativa colisiona con el desdoblamiento y ocultamiento como táctica para separar el sexo comercial de las relaciones personales.

Yo suponía que él no me mentía para nada. Entonces, yo decía: No, que mal... Porque él me decía: “Ay, yo te amo” y que esto y que el otro, y todas las cosas... Y yo decía, no, le estoy mintiendo. ¿Y si le digo? A veces me daban ganas de decirle “Mirá, yo hago esto y esto” Pero yo decía, yo le llego a decir esto y me mata. (Sabrina)

“Mi miedo era que se entere por otra persona. Sí, tuve oportunidad de contárselo, pero... ¿viste?, yo me hacía la cabeza de cómo se lo digo, ¿entendés? No es fácil... Es tu pareja, es tu... tu vínculo familiar...” (Pía)

La tensión del secreto puede manejarse de diferentes maneras en el marco de los vínculos de pareja. Además de la revelación, la secreción y la comunicación a las que me he referido en el capítulo 4, el ocultamiento puede mantenerse en el contexto de pareja y ser costeadado de diversas formas, por ejemplo con trabajos domésticos en el hogar.

Nelly contrapesaba su relativa independencia y autonomía de horarios¹⁶ y movimientos, sin rendir cuentas a su marido, siendo servicial en el hogar:

Yo siempre fui una persona de carácter... muy fuerte, yo hago lo que quiero, a mí no me mandan, a mí no me preguntás a qué hora voy, a qué hora vengo, si total vos tenés tu casa, tu comida, tu ropa limpia, todo a horario. (Nelly)

Nelly prefería hacer trabajo doméstico como forma de asegurar su secreto. La comunicación del secreto resultaba inabordable para la mayoría, la sola idea de que sus parejas pudieran enterarse de la actividad que realizaban les suscitaba una gran preocupación. Simmel (1906) planteaba que en una pareja o matrimonio deben mantenerse ciertos aspectos secretos como forma de evitar la rutinización del vínculo y mantener cierta seducción en marcha. Pero el contenido estigmatizante de este secreto difícilmente pudiera tener esos efectos y se transforma en una carga difícil de sobre llevar para mujeres dedicadas al sexo comercial.

El temor de que se introduzca el estigma en el ámbito íntimo de la pareja las lleva actuar con cautela tanto en el manejo de la información como en la selección de los pretendientes. Para estas las mujeres no es frecuente lo que ocurre con las *strippers* que suelen buscar pareja entre sus colegas varones (Bradley-Engen y Hobbs, 2010). Este criterio de selección de parejas minimiza el riesgo de ser estigmatizada y supone una mirada compartida sobre la realidad laboral. La regla del oficio entre las mujeres que hacen sexo comercial (“no enamorarse de clientes”) hace que el criterio de selección de parejas sea excluir a los clientes. Una de las

¹⁶ Los horarios, sobre todo para las que trabajan por la noche, fueron mencionados como uno de los problemas que impiden tener una pareja. La demanda omnipresente o “absorbente” de algunos clientes disputaría el tiempo con las parejas. No es casual que Susy haya mencionado que estos clientes demandantes “se hacen la ilusión de que es una pareja”.

razones para esta restricción –muy compartida pero que varias trasgredían– era la imposibilidad de borrar las inseguridades en parejas con ex clientes. De allí surge la amenaza constante de los reproches por el “pasado” de las mujeres. Por eso Nelly, hablando de una joven colega, aconsejaba:

Ojalá que encuentre un novio, que la saque de esto, pero que el muchacho no se entere. El día que vos conozcas a un pibe no digas que vos estuviste acá. Esto es como una página de un libro que vos tenés que dar vuelta y terminarlo, no se puede enterar el muchacho, si el muchacho se entera no te valora. No te valora. Toda la vida te va a decir: “callate, si vos...” Y el muchacho no va a confiar. (Nelly)

La pérdida del control sobre la información puede ser muy riesgosa para las mujeres cuyas parejas, aun cuando ellas no estén en actividad, pueden enrostrar el “pasado” estigmatizante ante cualquier disputa o como justificación de un control omnipresente. La identidad de “ex-puta” echa por tierra todo el esfuerzo por quitarse la etiqueta de encima. Inés tuvo esa experiencia y creía que haberse involucrado en una pareja con un ex-cliente fue un error por ser inexperta en el trabajo:

Pasa una pelea... o tenemos una diferencia y siempre sale el tema ese. O sea que ellos no tienen la seguridad de la mujer que tienen al lado. Porque están inseguros ellos. Siempre sacaba el tema “No, si yo te conocí a vos allá en la esquina... que chupabas pija” [...] Si yo salía con pollera corta... era porque salía a levantar tipos. (Inés)

En algunas oportunidades, las mujeres que no quieren o no pueden abandonar el sexo comercial prefieren comunicar su secreto a sus novios o parejas, por la insistencia de estas, como en el caso de Daiana, o porque se puede revelar su secreto pues trabajan en la calle con mucha visibilidad, tal como sucedía a Lidia que se “paraba” en una avenida transitada de San Juan. Aun cuando esta información no se

use para estigmatizar, esta comunicación no pone un fin a los problemas pues no se establece una complicidad como sucedía cuando se comunicaba a las madres. Si se opta por la comunicación como forma de hacer a un lado la tensión y los engaños que dificultan la relación íntima, todavía resulta difícil saber qué contar, hasta dónde llegar y cómo evitar que sus parejas “se hagan la cabeza”.

Las múltiples relaciones sexuales que una mujer tiene en el sexo comercial presentan un desafío a las reglas convencionales de las parejas monogámicas. Las relaciones poliamorosas o las parejas abiertas suponen algún tipo de contrato sexual –incluso con más reglas– entre los y las participantes (Klesse, 2011). Así también el trastrocamiento sobre los criterios sociales acerca de la fidelidad sexual que ocurre en el sexo comercial implica la necesidad de reconfigurar los límites permisibles. Y esto no es una tarea que deban acometer únicamente las mujeres, sino también sus parejas. Si para las propias mujeres que se dedican al sexo comercial es a veces complejo establecer límites claros, para sus parejas varones resulta más espinoso comprender la división personal / laboral. Establecer un acuerdo se dificulta pues “el tema este del trabajo a los hombres es como que les cae medio...que no lo entienden mucho” como me dijo Irene y me explicó que “muchas veces nos dicen que lo hacemos porque nos gusta”. En la incapacidad de comprender las distinciones entre el sexo-servicio y el sexo-amor, a veces los varones proyectan el imaginario de la “puta lujuriosa” sobre sus parejas. La doble moral patriarcal permite la existencia de complementos extramatrimoniales para la sexualidad masculina, pero las prostitutas deben estar fuera y no dentro del matrimonio.

Cuando un marido no puede comprender “esto del trabajo” pues se sentiría amenazado en su monopolio sobre la sexualidad de su esposa, probablemente se le ocultará. Pero además de proteger así el vínculo amoroso, la propia institución matrimonial merece ser respetada y ello obliga a negar (y negarse) cualquier placer por fuera de ella.

Hace diez años atrás que estaba casada, sí, yo ya, digo, bueno, esto era exclusivamente el trabajo y punto, viste, no había un... algo que podía darme vuelta de decir: “Ah, me gusta esto y hago”, no por el respeto al, al matrimonio que tenía ¿No? (Doris)

Según la literatura sobre las clases populares de Brasil, el sentimiento de “respeto” en el marco del matrimonio refiere a las obligaciones sociales que sostienen la vida familiar y puede ser opuesto al placer (ver Piscitelli, 2011: 556). Acá excluir el placer en las relaciones con clientes parece ligarse a la identidad de las mujeres casadas respecto al matrimonio y la pauta monogámica. Lorraine Nencel (2000) señala que entablar relaciones de pareja monogámicas restaura la identidad de género asemejando a estas mujeres a las no prostitutas. Pero aún falta un marco claro para determinar qué tipo de relaciones, sexuales o no, constituirían una infidelidad, las mujeres ensayaban diferentes criterios de delimitación. Los más mencionados fueron la aparición de sentimientos amorosos, la gratuidad y/o lo placentero de los encuentros, otras también mencionaron la cohabitación. Estos puntos revelan elementos clave para el establecimiento o el desvanecimiento de fronteras en los significados de las prácticas sexuales, en las emociones que suscitan y en los vínculos que las enmarcan. (Veremos con mayor detalle los significados de estos elementos en los tránsitos entre categorías analizados en la próxima sección).

Si no se garantiza la relación de exclusividad que demanda el amor romántico –y todas sus formas tradicionales monogámicas– aparece la incertidumbre y el malestar. Estos se pueden paliar de dos formas: una es abandonar el romanticismo y tener vínculos amorosos eróticos más laxos, aquellos del amor contingente donde la fidelidad o infidelidad no son tan importantes y no hay “cuestionamientos”. Otra forma es intentar establecer un vínculo basado en la confianza. Ya dijimos junto a Luhmann que la confianza es un rasgo fundamental para compartir inti-

midad¹⁷. Pero la incertidumbre no invade sólo a los ex-clientes. Como he dicho más arriba, los vínculos de sexo comercial, según las entrevistadas, son en su mayoría relaciones extramatrimoniales, pues “la mayoría son casados”. Entonces, la mella sobre la confianza se suma a la desvaloración genérica de los varones propiciada por las reiteradas experiencias de una sexualidad masculina distanciada del afecto.

“Acá no hay hombres fieles... mentira que hay confianza. No he encontrado una pareja que sale con vos nada más, mentira, el hombre es hombre y ve un culo nuevo y se va”. (Marisol)

“Estuve de novia, así, pero no mucho tiempo. Es como que... me agarró la desconfianza de todos. Que pienso que todos son iguales..., que te quieren usar, como quien dice, y después te agarran y te tiran”. (Sabrina)

En este contexto una fórmula muy recurrida para renovar la confianza en la pareja es suspender el uso de preservativos. Más arriba señalé que numerosas investigaciones han constatado el uso diferenciado de preservativos según se trate de vínculos con clientes o personales. Mantener relaciones sexuales sin preservativos en el ámbito de la pareja constituye una forma de construir intimidad y, a la vez, una distinción respecto del sexo con los clientes. Pero, como señalaba Marisol, que no usaba preservativos con su pareja “por la confianza”, esta práctica muchas veces no es suficiente. Cuando se trata de hombres que han sido

¹⁷ El anonimato, efecto del ocultamiento, podría pensarse como otra posibilidad que permite compartir intimidad, aunque una intimidad paradójica en términos de la relación con la identidad (intimidad anónima) y distinta de la intimidad amorosa (romántica) que implica una comunicación personal (ver Costa, 2006). Podemos pensar vínculos de este tipo en las experiencias de las mujeres que “hacen de psicólogas” con los clientes, donde ellos revelan su intimidad. Pero, si bien se puede sostener el anonimato al principio de una relación de sexo comercial, este puede transformarse cuando comienza otro tipo de vínculo más duradero, y, según la codificación romántica, debe desaparecer completamente si la relación deviene pareja amorosa.

clientes la desconfianza es más difícil de sortear aún. El contacto frecuente con la faceta del doble estándar de moral sexual que los varones normalmente ocultan a las mujeres tiene un fuerte efecto sobre estas. Así, ellas consolidan un estereotipo del “putero” que esencializa la conducta de los clientes y afirma la imposibilidad de que estos varones dejen de consumir sexo comercial, “el tipo que es putero va a morir putero” (María). Otras veces los clientes son vistos como hombres con algún tipo de problema psicológico o que “algo les pasa” (Antonia), concepciones que resultan muy efectivas a fin de distanciarse y evitar el involucramiento afectivo.

Por contrapartida, la autopercepción como mujeres vulnerables por las carencias afectivas y/o en el intenso trabajo emocional que se despliega en el sexo comercial –y que produce el “endurecimiento del corazón”– alerta contra los aparentes enamorados que pudieran buscar aprovecharse de esta situación.

Nosotros somos como los perros de la calle, viste. Les haces un mimito y ya estamos ahí somos los perros más fieles, estamos ahí y yo pienso que es por eso que el hombre se aprovecha de esa mujer que trabaja, sabe, saben [...] vos lo terminás manteniendo porque necesitás cariño (Mónica)

Dos movimientos se retroalimentan aquí. Por una parte, las dificultades que se les presentan a las mujeres que hacen sexo comercial para entablar vínculos de pareja las pondrían en una situación de vulnerabilidad en el terreno afectivo. Por otra parte, esta vulnerabilidad, sumada a la percepción de una relativa independencia económica y movilidad social, potenciarían el riesgo de ser explotadas en una relación. Uno de los principales obstáculos para entablar parejas es el temor a “mantener un marido”.

El 8-40, marido-proxeneta. Asimetrías de poder y explotación

En toda pareja la faceta económica está presente de una u otra forma, para las mujeres que hacen sexo comercial este puede ser un obstáculo y acaso el más riesgoso. Las relaciones de pareja de las mujeres que se dedican al sexo comercial, sobre todo cuando incluyen la cohabitación y/o la crianza de hijos/as, puede tomar forma asimétrica en el aspecto económico. Desde la falta de reciprocidad en las contribuciones económicas hasta la explotación directa y violenta o velada por el lazo afectivo, surgen diversos vínculos económico-afectivos en las parejas. En el marco de una sociedad patriarcal donde el mercado laboral sitúa a las mujeres en inferioridad de condiciones, la desprotección legal y la estigmatización de las que hacen sexo comercial brindan un terreno fértil para las inequidades. Además de estos factores estructurales, las entrevistadas mencionaban: el enamoramiento, la “ingenuidad” o el desconocimiento del funcionamiento de estas relaciones, las carencias afectivas que pueden predisponer a sostener parejas que las explotan.

Cuando uno no sabe lo que es viene un proxeneta y te, te pinta todo lindo y hasta que te, te enganchás, te enamoras, y vos ves un zapato nuevo, una ropa linda, pero vos no te das cuenta de que sale eso de tu cuerpo, decís: “No, él me da”, no, cuando sos grande cuando recién te das cuenta, cuando recién aprendés, como ahora, te das cuenta la realidad de tu vida, lo que has pasado ¿No? Porque antes decías: “Ay, mi marido, sí, mi marido”. (Beatriz)

Tomaré un desvío para comprender algunos aspectos puntuales sobre las relaciones de poder en estos vínculos. Más allá de las complicaciones en las posibilidades de formar pareja, hay aquí dos puntos a analizar: las ambigüedades en la forma de nombrar estas relaciones y los enfrentamientos que suscitan.

Las denominaciones equívocas expresan la mezcla de dominación, explotación y afecto presentes en estos vínculos. Según su relato, Beatriz comprendió *ex post*, cuando fue “grande”, que lo que ella llamaba “marido” era un proxeneta que la explotaba. En estos vínculos lo explícito y violento de la explotación va desde casos donde las mujeres son “paradas en la calle”, obligadas a trabajar y expropiadas de su dinero –incluso bajo maltrato–, hasta otros donde los maridos “no consiguen trabajo” y sobreviven con los ingresos que ellas aportan¹⁸. Sin embargo, esta diversidad de situaciones no se expresaba en una diversidad de categorías. La misma denominación “marido” parece abarcar todos los casos.

Otras investigaciones han hallado este uso de la denominación marido (Araújo, 2006; Fonseca, 1996). Araújo señala que las mujeres de Dergo en Goiana (Brasil) nunca usaban la expresión “*cafetão*” (equivalente a “fiolo”). Durante mi trabajo de campo era común escuchar, sobre todo a las entrevistadas mayores, distinguir a las mujeres según las que tenían marido y las que no tenían marido, dando por sobreentendido tanto la relación afectivo-sexual como la de explotación. En contadas ocasiones se nombraba a los varones de estos vínculos de formas que permitieran distinguir el vínculo de explotación. Valeria mencionó haber estado con una pareja que la traía y la buscaba de la “zona”, al darse cuenta de que era “como un fiolo” decidió separarse.

Valeria: Yo tenía una pareja que sabía, me venía a buscar, me traía y me llevaba, era como un fiolo mío. Yo lo mantenía, pero me di cuenta que no es bueno

Santiago: ¿por?

Valeria: porque no, yo creo que el trabajo se hace de los dos,

¹⁸ Por ejemplo, Mirta me contó que su marido no podía trabajar porque tenía problemas de salud (“es asmático, problemas de próstata, y qué sé yo todos los remedios que tiene”), pero me aclaró que lo que él gana con su pensión “lo pone en mi casa, no es una persona que ande chupando, que va cobrar la plata y se la va chupar no.”

no de uno solamente. Yo venía a poner el cuerpo y él estaba en casa lavando los platos, antes porque lo amaba y por el amor seguí, pero ¡hacé algo!

Santiago: ¿y a él lo conociste trabajando?

Valeria: no, yo le dije, yo le conté de qué trabajaba. El hombre que sabe de esto no te comprende, te lo comprende hasta cierto límite, después ya no, él esperaba que llegara con plata, nada más

Otro término de la jerga es el “8-40”, usado con más frecuencia por los clientes¹⁹ que por las mujeres. Conversando con Inés sobre las charlas que tenía con los clientes me dijo que varias veces le preguntaban si tenía un “8-40” y frente a mi cara de incógnita me explicó:

Un ocho cuarenta es tener una pareja que sepa... que yo, por ejemplo, ¿no? somos pareja ¿no? somos pareja, vos sabes que yo trabajo ¿Entendés? Y a la vez vos no trabajás pero vivís de mi plata. Eso es ser ocho cuarenta, fiolo, proxeneta. Nosotros le decimos ocho cuarenta y los clientes también. (Inés)

La denominación “8-40” proviene de la jerga policial pues sería el número del artículo que penaba el proxenetismo, pero Inés me dijo que desconocía el origen de esta denominación. Tanto este dato como la propia definición hablan de una ambigüedad de esta figura. Destacan dos puntos: en primer lugar, un 8-40, un fiolo, o un marido, son parejas que “saben”, es decir que conocen la actividad de sus esposas. En segundo lugar, el 8-40 o fiolo, y también algunos maridos, usufructúan el dinero que ellas generan. Parece poco probable tener un compañero que, estando al tanto, comparta sus ingresos.²⁰

¹⁹ En el uso que le dan los clientes puede incluir tanto a los maridos como a las proxenetas, o “madamas”, o a cualquier proxeneta.

²⁰ Únicamente Mirta afirmó tener un acuerdo de este tipo con su marido quien cobraba una pensión por problemas de salud “pero el sueldo de él lo pone en mi casa, no es una persona que va cobrar la plata y se la va chupar,

Ahora bien, ¿es este un vínculo coactivo? En los relatos de las entrevistadas esto permanece en un lugar menos claro. La relación de Mabel con su primer marido muestra estas tensiones, primero ella afirmó “Sí, tuve marido que me explotó también, siempre hay una primera vez. Sí, con él tengo un hijo del amor”, y cuando repregunté por este vínculo me dijo:

No es que me explotaba, a mí en una palabra me cabió porque si a mí no me hubiera gustado algo... de repente sí, bueno... yo vengo de una clase media con buena educación, mi vida la elegí yo, hay veces que digo... nunca me arrepiento de lo que hice, sí de todo lo que perdí... en valores, en dinero monetario. (Mabel)

Varios aspectos favorecen la ambigüedad. Una transformación de los roles patriarcales varón-proveedor / mujer-cuidadora, donde las mujeres pasan a proveer, pero sin una reasignación clara del rol para los varones. A su vez, esta falta de un rol claro se potencia con la ambivalencia de la figura del 8-40, públicamente condenado pero también celebrado en algunas culturas masculinas (Bourgois, 2006)²¹. Finalmente, los sentimientos complejos de las mujeres hacia estos hombres, la vergüenza frente a sus pares (Beatriz, la más explícita al hablar de la relación de explotación con su primer marido-proxeneta²², me pidió que le

no” buscando dejar en claro que su marido no era su “fiolo”. Sin embargo, cuando le pregunté cómo había conocido a su marido me dijo “yo no hablo de mi intimidad”.

- 21 Estas ambivalencias se expresan en la letra de “Ocho cuarenta” del popular cantante de cuartetos Rodrigo (“Ese *vago atorrante*, que nunca tuvo un cospel, le puso el pecho de arranque, erizándole la piel. Con chamuyos elegantes, le pinto el mundo al revés, para que siempre lo banque, *de primera la hizo bien*. El amor sobre toda diferencia social, dentro del calendario, cada día se va, a pesar de las dudas y del que dirán, el amor puede más.”)
- 22 Siguiendo el uso en el relato de Beatriz que cité al principio de este apartado he optado por denominar “marido-proxeneta” como forma de destacar tanto el vínculo de pareja como el de explotación.

garantizara que ninguna de sus compañeras iba a escuchar lo que me había contado), el amor junto con la violencia, que les impiden, al menos en un primer momento, separarse.

En su tesis de maestría, Leticia Tedesco (2008) estudia los que ella llama *parceiros não-comerciais*, aquellos compañeros de las prostitutas que colaboran con tareas relativas a la prostitución y con quienes las mujeres entablan vínculos afectivo-económicos. Aquí entre las prostitutas de Porto Alegre aparecen las denominaciones de marido o de *gigolô*. Lo que diferenciaría a uno de otro serían, básicamente, el manejo del dinero y su situación ocupacional. Si bien Tedesco pone matices en torno a lo afectivo y la sumisión o no de las mujeres, esquemáticamente podemos plantear que mientras el marido comparte gastos y tiene su trabajo, el *gigolô* expropia el dinero de “su mujer” y no tiene una fuente de ingresos propia.

Desde otra mirada, Barry (1996) plantea que más allá del vínculo que entablen, cada vez que una mujer se prostituye para un hombre se transforma en “su puta” sea su esposa, pareja, novia, hermana o hija. Para esta autora toda la prostitución que incluye un proxeneta (*pimp*) –es decir, prácticamente toda la prostitución, según ella– es esclavitud sexual, es decir una situación donde las mujeres no pueden cambiar sus condiciones y, más allá de cómo entraron, no pueden salir de la violencia y la explotación sexual.

Entre las mujeres que entrevisté no encontré marcadas las distinciones y matices que señala Tedesco, pero tampoco las víctimas impotentes que describe Barry. Por ejemplo, Sonia me contó cómo fue que su esposo “la paró” en la esquina directamente, pero también cómo ella se rebelaba frente a las agresiones de éste.

Sonia: Me trajo en un vehículo y me dijo: “Te bajás acá o te bajás acá” “Eh, pero no, que yo...”, “Vos trabajás ahí” Claro, ¿entendés? Y él me vigilaba desde la esquina a ver con quién me iba, cuánto me demoraba. Te digo, me ha pegado montones de veces porque... o me he demorado o no he traído

la plata que tenía que traer... O sea, eso ha sido antes, hace muchos años. Yo tengo treinta y nueve ahora.

Rocío: Lo que pasa que a veces te agarran tan joven.

Sonia: Claro, a mí me agarró de pendeja. Pero qué hizo el tipo vivo... a mí me agarró de dieciséis años, esperó que cumpliera los veinte... Pero me he llevado muchas palizas con esto [...] Después me dio una puñalada, una puñalada quedé renga. Estuve tres años, después... me puse como un poco firme y... y estuvo... cinco años manteniéndome él. No trabajé más.

Santiago: Ah, no trabajaste.

Sonia: No. Hasta que... y después me separé.

Beatriz también pudo, con dolor y sufrimiento, salir de la situación que la oprimía: "Yo una sola vez tuve, este... proxeneta, después yo nunca tuve un tipo que me diga: 'Andá a trabajar', porque en mi casa mando yo, porque eso aprendí de tantos golpes, tanto sacrificio y tanta amargura ¿Me entendés?". En todas las experiencias de explotación por parte de maridos-proxenas las mujeres relataban haber aprendido, "darse cuenta" de esta situación y buscar alguna forma de revertirla. Salir de estos vínculos de explotación es un movimiento que puede resultar costoso y difícil. Sin embargo, estas mujeres pueden ejercer su capacidad de agencia y para ello resulta importante compartir experiencias con otras compañeras, sea en el marco de una organización o simplemente en la calle. Revertir la situación de explotación también supone a veces dejar de trabajar o administrar su propio dinero, y generalmente separarse de estas parejas.

Antes... la mayoría venía, trabajaba y se iba... porque tenían muchos maridos malos, que las golpeaban..., que esto, que aquello, que les sacaban la plata. O que andaban con dos o tres mujeres ahí... ¿Entendés? Y eso ya... para las que estamos de años, eso ya fue... ya cambió. Ahora una se animó a poner la denuncia, la otra se animó a... con el mismo palo que me pegaste, te pego diez palos, y así. (Úrsula)

Tal como lo relata Úrsula en San Juan, Marisol en Rosario o Beatriz en Buenos Aires, la frecuencia con que las mujeres estaban sometidas a maridos proxenetas parece haber disminuido desde ese “antes” (aproximadamente unos 20 años atrás) a la actualidad. En un nivel estructural podemos asociar dicho cambio a las transformaciones en las relaciones de género de las últimas décadas. Pero además podríamos vincularlo a la innovación en los patrones de explotación en el sexo comercial²³ y en las conductas de las mujeres cada vez más lejanas a aceptar la sumisión / explotación en estos vínculos de pareja.

Volvamos ahora a los problemas de las relaciones de pareja. Aunque sólo algunas entrevistadas dijeron haber tenido marido-proxenetista, casi todas de más de 40 años, la mayoría conocía este tipo de relaciones y buscaba preservarse de ellas. Ninguna de estas mujeres creía que fuera viable un vínculo de pareja donde ellos “sepan” y ellas continúen haciendo sexo comercial. Tanto por la ambigüedad de los sentimientos y la dificultad para manejarlos, como por los riesgos de quedar sometidas en vínculos de explotación. De esta forma a la hora de pensar en una relación de pareja entre las condiciones que se plantean aparece lo que llamo “mandato de manutención”. Es decir que, de aceptar un vínculo de pareja, el sostenimiento económico debería estar a cargo del varón.

Mindy Bradley-Engen y Carrie Hobbs (2010) señalan que dentro de los rasgos que las *strippers* buscan en sus parejas el respeto y la estabilidad financiera ocupan un lugar destacado. En el caso de las mujeres que entrevisté estas características se acentúan y no es sólo estabilidad financiera lo que se busca, sino que la pareja debe, ineludiblemente, suplir las necesidades económicas. Sin embargo, este

²³ Según algunas autoras, la explotación ha pasado de manos de maridos-proxenetas, en el marco familiar pre-capitalista y de sexo comercial callejero, a proxenetas a secas, en cabarets o privados donde funciona el sexo comercial puertas adentro en un capitalismo avanzado y globalizado. (Jefreys, 2009)

planteo va más allá de la estrategia de recurrir al matrimonio como fuente de movilidad social, que según algunos estudios es frecuente en los sectores populares (Fonseca, 1996). El carácter ineludible de este mandato de manutención expresa sentidos tanto sobre el amor como sobre el dinero. Por un lado, la manutención aparece ligada directamente con la credibilidad de los sentimientos amorosos.

Si él me... si yo soy pareja de él obviamente tengo que dejar de trabajar en la esquina, si él me quiere, él saldrá a trabajar y yo me quedaría en mi casa. (Inés)

Conozco chicas también que tienen su pareja y saben que están trabajando en una esquina y le permite que trabaje en una esquina. Para mi punto de vista, eso no...no hace bien. Para mí sería, si vos querés realmente a una persona no le vas a permitir que esté parada en una esquina [...] O es blanco o es negro. Porque si te quieren, te tienen que sacar de ahí (Irene)

Las dificultades para estar en pareja y continuar trabajando, sumadas al temor a entrar en un vínculo de explotación, llevan a dejar de lado el carácter desinteresado de la mirada romántica. En varios estudios se ha planteado una asociación entre el bienestar y seguridad social y la potencialidad del amor romántico como marco que desestabiliza la búsqueda de homogeneidad económica (Zurita, 2007). En sentido inverso, habría una dificultad para olvidar los aspectos económicos al evaluar a sus eventuales cónyuges en la situación de las mujeres dedicadas al sexo comercial, quienes si bien pueden mejorar sus ingresos económicos continúan en condiciones de vulnerabilidad estructural (doble vulnerabilidad: por las asimetrías de género y por el estigma y marginación que sufre su actividad). Allí el amor asume más explícitamente su carácter material. Tal como señala Piscitelli: “En contextos de pobreza, el amor raramente puede ser separado de un mundo de dependencias, que implica reciprocidad, desigualdades e, inclusive, violencia.” (2011: 575)

En estas condiciones, el mandato de manutención que se pone como condición para las parejas se liga a un desencantamiento de los sentimientos amorosos y la concepción de amor material. Nelly con 43 años y tres hijos, escuchaba los reproches de su hija adolescente –quien le decía que no tenía pareja porque solo pensaba en “el signo pesos”– y respondía: “Yo con amor no lleno la olla ni pago las cuentas [...] Si no tenés mínimo para pagar una boleta de luz de la novia, la mujer, la amante, lo que sea, de la que tenés ¿para qué caray querés un tipo?”.

Habitar las márgenes del mercado de parejas y matrimonial causará un efecto singular en la percepción del dinero que tienen estas mujeres. El dinero suele estar asociado a los varones y los valores masculinos (Canal, 1996). Si bien esta asociación no se cuestiona explícitamente en los discursos de las entrevistadas, su posición sí se transforma respecto a la circulación de dinero. Beatriz nunca disfrutó de hacer sexo comercial, no obstante, pudo transformar en parte su posicionamiento al abandonar a su marido-proxeneta y pasar a manejar su propio dinero.

Me sentía distinta en esto de que podía comprarme lo que quería, podía disfrutar, manejarla yo a la plata, comprarle cosas a mi hija, salir a disfrutar, estar con mi familia. ¿Me entendés? Es muy distinto manejar tu plata, no estar pidiendo: “Necesito un pantalón” o “Quiero un pantalón” (Beatriz)

Para Beatriz este cambio de posición fue como dejar de ser una niña, infantilizada por su marido explotador, y pasar a ser una adulta que puede administrar su propio dinero. Otras nunca pasaron por esa situación, se encuentran desde el principio situadas en otro lugar respecto de la circulación de dinero. Abril, por ejemplo, da cuenta de este posicionamiento al referirse a su rechazo a continuar trabajando y estar con una pareja que no la mantenga. Es decir, para ella el sentido del mandato de manutención tiene que ver con el cambio de posición respecto del dinero: “O sea...

si estás viviendo conmigo mínimo me tenés que mantener, no voy a salir a sacarle plata a un tipo para mantener a otro, me parece algo totalmente estúpido.” (Abril).

Que una mujer haga sexo comercial y no acepte como pareja a un marido-proxenetista genera un corrimiento dentro de la estructura patriarcal. Si partimos del matrimonio como la norma que pauta y legitima los intercambios sexuales-económicos, el sexo comercial sería una aparente ruptura²⁴. Pero en esta modalidad paralela de intercambios el marido-proxenetista recaptura el flujo de dinero que podría fugarse a manos de mujeres. Este reaseguro, que mantiene el doble control sobre el dinero y sobre la sexualidad femenina, sostiene la primacía patriarcal del sistema de intercambio de mujeres (ver Rubin, 1986). No tener marido-proxenetista o abandonarlo genera una fuga en este sistema que estructura las relaciones de parentesco y sociales, sexuales y económicas. De esta forma las mujeres obtienen directamente dinero de los varones, “sacándoselo” como dice Abril y alienando directamente su sexualidad sin que medien sentimientos amorosos ni matrimonios. María, descreída del romanticismo, me decía que “las esposas son prostitutas de sus maridos” y la diferencia es que las prostitutas “de afuera” no dependen de un único hombre. Por ello uno de los precios a pagar por participar del mercado sexual es estar al margen del mercado matrimonial. Adicionalmente esta fuga o corrimiento es uno de los aspectos que originan la estigmatización de las mujeres que obtienen

²⁴ La tesis de Olivar (2013) apunta justamente a mostrar cómo la prostitución funcionaba dentro, y no fuera, de las redes de parentesco. Entendida como “predación familiarizante”, la prostitución aparece articulada sexual y productivamente con el matrimonio en los '80 en Porto Alegre. Sin embargo, entre las mujeres que entrevisté los relatos de ruptura predominaban por sobre las narrativas de unidad familiar-matrimonial que describe Olivar.

dinero al vender sexo; una marca que pesa más aún para las que no tienen marido-proxenetista, llamadas las “locas sueltas” (Galindo y Sánchez 2007)²⁵.

Esto no habilita una lectura del sexo comercial como estructura liberadora de las mujeres. Si el flujo de dinero generara una amnesia de la posición subalterna, la estigmatización, la violencia (si ya no de maridos-proxenetistas) de la policía o de clientes, el desamparo legal, la criminalización y los costos en términos subjetivos –especialmente para aquellas más románticas que ligan sexo y amor– están allí para recordar la posición de subordinación estructural.

A su vez, tampoco esta subordinación inmoviliza a las mujeres. En el terreno de las parejas y los vínculos con maridos-proxenetistas, los relatos demandan una lectura más allá de ser considerados como casos aislados: el pegar “con el mismo palo que me pegaste” de Úrsula, el “darse cuenta” y escapar con su dinero y sus hijos de Beatriz, u otras como Mabel quien aprendió que “un día el alumno es más rápido que el maestro” y no dudó en dejar en la calle a su marido-proxenetista y emanciparse.

Me paré en una esquina hasta que un día me dí cuenta que el alumno es más rápido que el maestro, él fue maestro y después corrí carrera. Un día dije “hasta aquí llegó mi amor”, vacié una casa del campo, se vendió la de acá y chau... (Mabel)

²⁵ Si bien María Galindo y Sonia Sánchez tienen una posición abolicionista, resulta significativo que reparen en la diferencia entre las que tienen “fiolo” y las que no, las “locas sueltas”. Sheila Jeffreys (2009) rastrea las vinculaciones entre matrimonio y prostitución y ve en los matrimonios arreglados un antecedente de las formas en que los varones expropián y explotan la sexualidad femenina y solidifican los lazos de masculinidad (*male bonding*). Sin embargo, no marca ninguna distinción para los casos de mujeres que no tienen proxenetistas. Probablemente esta diferencia sea atribuible al énfasis estructuralista (y determinista) de su enfoque, tanto como a la poca atención a los casos empíricos y las experiencias de mujeres que trabajan sin proxenetista.

El acto insubordinado de librarse de los proxenetas cambia la posición de las mujeres y puede habilitar a percibir las relaciones entre sexo, amor y dinero bajo otra luz. Dedicarse al sexo comercial sin un marido-proxenetista puede significar una puesta en cuestión de las visiones más románticas que si bien no implican necesariamente una sumisión de las mujeres, por su mirada desinteresada y la posición de entrega de las mujeres, pueden exponerlas a una mayor vulnerabilidad. A su vez, el sexo comercial como fuente de ingresos puede transformar la visión del rol de proveedores de los varones.

“Mirá Pía, yo te quiero mucho” –me dice– “Si yo te propongo algo, si yo te diría que dejés esa vida, de que no trabajes más en la calle, yo no te voy a mantener, pero bueno, te daría con... algunos pesos” Me quería ayudar con plata, ¿entendés? “No sé –le digo– si querés podemos probar”, le digo. Pero no, no funcionó. A mí no me gusta la vida... encerrada, ¿viste? Yo tengo mis... mi vida, yo tengo mi..., yo sé manejar mi plata. ¿Entendés? Porque una vez que vos... proponés a una persona así, que... que te va a mantener, que te va a tener bien... eh..., el tipo te va a decir: “No, no salgas acá, cumplí tu horario” “No, yo soy una persona libre –le digo– yo sé manejar mi plata” A mí nadie me... A mí nunca me gustó que me maneje nadie, ¿entendés? Por esa justa razón no quería que... que nadie me mantenga, que me tenga bien, ¿me entendés? Yo soy una persona libre. (Pía)

En el mismo sentido María me había comentado que “una mujer que se independiza económicamente le pega una patada en el orto a cualquier hombre”. Una percepción positiva de la independencia económica y la relativa autonomía que les proporciona el manejar sus ingresos, y poder sostenerse a sí mismas y a sus hijos/as –muchas veces experimentado como “darles una mejor vida” que la que ellas tuvieron–, permite a estas mujeres mirar con otros ojos su situación.

La posición defensiva frente al peligro de entablar una pareja y quedar bajo el poder de un marido-proxeneta habilita un intersticio de independencia económica (que algunas complementarán con la melancolía romántica y otras con relaciones más contingentes). La figura de víctima pasiva puede ser (más o menos) adecuada para aquellas que esperaban que algún hombre las “saque de la calle”. Expectativa válida para algunas, incluso entre las que participaban en organizaciones, una fantasía para otras y algo que genera mucha desconfianza a las que valoran más su autonomía y prefieren evitar una pareja que las “tenga bien”.

Hasta aquí hemos visto un conjunto de complejidades que emergen respecto a los vínculos de pareja. He descripto y analizado estos problemas tomando en cuenta cuatro terrenos, cada uno tratado en un apartado. Repasemos:

- Sexual-corporal: la necesidad (y dificultad) de tener sexo sin sentimientos afectivos (sexo-servicio), pero también tener un sexo ligado al afecto y al amor, donde la táctica consiste en trazar una división de prácticas sexuales –por ejemplo, reservar los besos como forma de intimidad– y aparecen como obstáculos el desgaste físico y del deseo.

- Sentimientos amorosos: el enamoramiento es visto como riesgo –por la “ceguera” y el desmoronamiento de las fronteras con la expansión del sexo-amor–, y como falta de experiencia cuando ocurre con un cliente. Las identificaciones como “románticas” restituyen normalidad (más allá de las prácticas), la ideología del desinterés y el “endurecimiento del corazón” combinado con la melancolía aparecen como adaptaciones del romanticismo; para otras, los lazos más situados o de amor contingente resultan más compatibles.

- Secreto y monogamia: la táctica de desdoblamiento es difícil de usar en la pareja y el secreto complica la comunicación y la construcción de intimidad, además aparece el problema de la desconfianza (mutua) cuando se transgrede la norma monogámica. Entonces, la esencialización de los varones como “infieles” funciona como alejamiento.

– Explotación y afecto: en el terreno económico se mezclan los sentimientos amorosos con las relaciones de poder y la explotación, tanto la vergüenza frente a las demás mujeres como los lazos afectivos hacia la pareja impiden diferenciar claramente entre maridos y proxenetas. No obstante, las mujeres pueden aprender estas diferencias y reaccionar frente a la explotación –lo cual les da otras perspectivas–, así aparecen como alternativas el mandato de manutención (hacia los futuros pretendientes) o la valoración de la independencia económica.

Para las mujeres entrevistadas los vínculos de pareja se asociaban al amor. Aquí el discurso romántico interpela especialmente a las mujeres y funciona como legitimador de su sexualidad: las mujeres “normales” serán las que tienen “sexo por amor”. Se traza una ligazón entre sexo / amor / pareja / matrimonio y una separación del dinero o el interés asociados a la “prostitución”. Desde este paradigma hacer sexo comercial y tener una pareja plantean un conjunto de problemas que las mujeres encaraban por caminos diferentes. En el siguiente gráfico he representado sintéticamente las respuestas frente a los dilemas que supone la relación antagónica entre amor y dinero planteada por el discurso romántico.

Clientes-amigos, amantes-renta. Entre el contrabando afectivo y las fugas de capitales

“El capital confunde todo: libidiniza los dineros, monetariza las pasiones” Néstor Perlongher

Las distinciones tajantes entre las relaciones personales y aquellas de sexo comercial, pueden ser vistas de una forma más fluida si consideramos algunos tipos de vínculos que son intersticiales o de tránsito. Me refiero a los vínculos con clientes que adquieren una carga afectiva y/o amorosa en ese margen que, sin ser una relación de pareja, excede el marco del estereotipo de prostitución. También aquí la circulación de bienes va más allá de lo monetario y de la lógica mercantil, pues “en la economía sexual, encontramos que los pagos pueden funcionar para crear y mantener distinciones que importan moral, sentimental y personalmente” (Zelizer, 2008: 13). Aquí recupero críticamente la distinción entre compensaciones, derechos y regalos²⁷ que plantea Zelizer (2008), pero además considero el papel de los intercambios no monetarios, tomando en cuenta algunas especificidades de los vínculos en el sexo comercial.

Un abanico de relaciones económico-sexuales (Tabet, 2004) se expresan, además de por las formas de pago, por lo estricto o no del tiempo del encuentro con los clientes y por el tipo de servicios e involucramiento emocional. No creo

²⁷ Zelizer plantea que hay “tres maneras posibles de organizar cualquier tipo de pago monetario: como *compensación* (intercambio directo), como *derecho* (el derecho a una participación) y como *regalo* (el otorgamiento voluntario de una persona a otra). El dinero como compensación implica un intercambio equitativo de valores y una cierta distancia, contingencia, negociación y control entre las partes. El dinero como derecho implica fuertes reclamos de poder y autonomía por parte del receptor. El dinero como regalo implica subordinación y arbitrariedad. Las tres formas de pago definen la calidad de las relaciones sociales entre las partes. En total, derechos y regalos implican una relación social más durable entre ellas que lo que supone la compensación. La gente se preocupa mucho por hacer esas distinciones; la transferencia (monetaria) incorrecta desafía, confunde o viola la definición de las relaciones sociales particulares” (Zelizer, 2008: 44)

que sea posible trazar una distinción tajante entre vínculos que son afectivos o amorosos y aquellos que sólo implicarían la búsqueda de mayor rédito económico. Las mujeres que hacen sexo comercial pueden esforzarse por mantener estos mundos separados²⁸, pero el énfasis y los modos pueden variar, y el paso del tiempo puede ir transformando el sentido de los vínculos. Los intercambios de dinero, regalos, sexo y afecto pueden desencajar las relaciones y situarlas más allá o más acá de la dicotomía cliente / pareja. Tal como señala Laura Agustín en su artículo “Lo no hablado” (2004), estos aspectos de las relaciones han recibido poca atención desde las ciencias sociales. Podemos encontrar valiosas excepciones en los trabajos de Piscitelli (2008) y de un conjunto de investigadoras/es de Brasil que han abordado las cuestiones relativas a los sentimientos en los mercados sexuales transnacionales, asociados a las migraciones o el llamado “turismo sexual” (ver Piscitelli, *et al.*, 2011); también otros trabajos ligados a este sector del mercado sexual han problematizado la cuestión (Cabezas, 2004).

En esta sección me centraré en vínculos que implican alteraciones respecto del esquema dicotómico comercio / intimidad. A partir de los relatos de las entrevistadas, he organizado estas relaciones en tres tipos²⁹: los casos intersitiales de clientes en su tránsito hacia ser (intentos de) parejas amorosas; los clientes-amigos como una categoría más estabilizada que expresa afectos, pero mantiene el pago por “salida” y suma otras formas de intercambios; y los

²⁸ Es lo que Zelizer (2009) llama la teoría de los “mundos hostiles” para referirse a la ideología que sostiene la separación entre intimidad y mundo económico, como un fundamento moral. Algo que la autora se esfuerza por mostrar como una simplificación pues los medios por lo que se expresan los significados de las relaciones, incluyendo las íntimas, pueden ser también económicos, e incluso monetarios.

²⁹ Estos tipos no son excluyentes –pues a veces podían mezclarse–, ni exhaustivos respecto de las posibles fugas de la dicotomía, pero representan los casos más mencionados.

“viejos” o amantes-renta como relaciones sin pagos tarificados y que, sobre todo en el caso de los segundos, suponen una pretensión de un vínculo exclusivo.

Tránsitos entre la remuneración y la gratuidad

Fernanda me relató cómo fue mutando la relación que tenía con un cliente³⁰ después de algunos encuentros. Hasta la redefinición como una pareja se fueron ajustando algunos parámetros:

Fernanda: Hasta que tuvo la confianza de llevarme a su casa. Ahí sí tuvimos... Entonces ya me daba vergüenza decirle “me debes tanto”.

Santiago: ¿Y eso cómo fue?

Fernanda: Por eso te digo, cuando me llevó a su casa. Ya ahí como yo... Bueno, pero me quedaba la duda igual... y después que me fui me quedé pensando en eso, pero cuando lo volví a ver le dije: “Mirá que... cuando me llevaste a tu casa, estuvimos juntos... y no me diste ni las gracias. No –me dijo– porque yo ya no quiero... Yo te puedo dar una ayuda como quien dice... qué sé yo, comprarte un regalo, comprarte esto, pero no... no así, porque yo ya no te quiero así”. Entonces le digo: “Bueno, pero dime cómo me quieres, porque la verdad que no entiendo” (Risa). ¿No? y ahí que se había enamorado.

³⁰ El involucramiento afectivo también incluye las experiencias de los clientes. En los foros de internet pueden leerse diversos relatos al respecto. Muchos clientes cuentan sus experiencias con escorts detalles de prácticas, actitudes y del cuerpo de las escorts (sintetizados en una tabla de puntajes). Pero también se pueden encontrar relatos de confusión sentimental, de amistad, de engaños, de decepciones y de ilusiones. Los más experimentados aconsejan la frialdad a los enamorados, otros reconocen haber entablado vínculos afectuosos y francos con alguna mujer. (Por ejemplo, un forista detallaba un encuentro con una escort, valorado muy positivamente, y a continuación aclaraba que no iba a compartir más en el foro sus experiencias con esta mujer pues no quería hacer públicas cosas de una relación que consideraba íntima).

Dos puntos resultan significativos para percibir que ese vínculo se estaba transformando: entrar en la casa del cliente y dejar de cobrarle. Al igual que en el caso de Inés –cuyo enamoramiento mencioné más arriba–, entrar en la casa de un cliente –o que él entre en la de ellas– significa una apertura de la vida privada. Este papel de la entrada en la casa puede entenderse en relación con la oposición estructurante casa / calle o casa / trabajo (capítulo 4) y al sentido de la cohabitación como indicador de una relación de pareja (abandonar el hogar conyugal es uno de los criterios de infidelidad).

El otro punto, que marca una diferencia más importante aún, es dejar de cobrar, o que deje de haber una remuneración explícita por cada encuentro sexual, es decir abandonar la forma de compensación monetaria tarifada. En la descripción que hacía Fernanda dejar de cobrar la “salida” aparece como un evento no planificado. También Inés relató que “en un momento sin pensarlo ya no le cobraba más” y esto significaba “crear una relación afectiva. O sea, a partir de que... ya no era mi trabajo, no era porque yo no estaba fingiendo algo”. Úrsula comenzó a ver con mucha frecuencia a un cliente y “ya no mezclábamos el placer con el trabajo... ya era otra cosa”. Según ella, esto era claro porque empezó a “sentir cosas” y “él demostraba también”, fue entonces que “ya no se cobró más”.

Cobrar por la “salida” funciona como signo que enmarca el vínculo y da sentidos que las entrevistadas oponen al amor romántico. A la inversa, dejar de cobrar resulta ser un indicador de que el vínculo comercial ha dado lugar a otro tipo de lazo. La aparición de sentimientos amorosos puede motivar la desaparición del cobro. Sea un gesto irreflexivo o conscientemente motivado por los sentimientos, dejar de cobrar es una señal de que se han alterado los parámetros del intercambio sexual económico y, en algunas ocasiones, un indicio de que puede haber otro tipo de vínculo.

No siempre está claro que el horizonte de este vínculo naciente sea el de una pareja estable, pues ya hemos visto todas las complejidades que encierra. Pero sí es evidente que dejar de cobrar significa una transformación de la relación. La forma de concebir las relaciones y los procesos aparecía más segmentada en las entrevistas con mujeres que entre las travestis. Para ellas era más frecuente la figura del “garrón”³¹ como un lugar intersticial donde podían estabilizarse relaciones. A diferencia de las parejas, estos vínculos podían ser múltiples –se pueden tener varios “garrones”–, incluir distintos grados de afecto, intimidad y una dosis importante de placer sexual. En estos casos, las travestis decían que podían sostener encuentros sexuales gratuitos sin que ello implique la necesidad o el deseo de formar una pareja estable. Esta posibilidad no era frecuente entre las mujeres, un vínculo de este tipo entrañaría una mayor desprotección frente al estigma de “puta”³² y/o sería poco “profesional”.

Yo ni siquiera eso sé concebir, ni un garrón, porque estoy tan estructurada que vos, yo me encamo y me tenés que pagar ¿Me entendés? Para mí siempre es un trabajo, yo digo el garrón lo voy a buscar a otro lado, no acá. ¿Me entendés? Tengo como una, tengo como una... ¿Cómo se dice? Una, no sé cómo lo diría, tengo mi manera de trabajar así, viste, de, de, nada, que uno ya está. Pero sí que aprecio, me gusta y viste nos echamos los polvos ¿Me entendés? Pero la guita me la da. (Doris)

³¹ Si bien en el lunfardo común “garrón” se utiliza para referir a un evento negativo que adviene fortuitamente, en la jerga más específica del sexo comercial se denomina garrones a aquellos clientes con los que se entabla un vínculo sostenido, que incluyen lazos afectivos e intercambios sexuales no remunerados.

³² Las travestis que “garroneaban” también recibían una acusación (bajo otros términos) pero parecían resultarles menos interpellante.

Aunque pueda haber aprecio en vínculos con algunos clientes, salvo que se intente entablar una relación de pareja, el pago no desaparece. Entonces ¿cómo se conciben estos vínculos? Encontré con mayor frecuencia entre las mujeres la figura del “amigo”.

Si bien las mujeres los llamaban directamente “amigos”, me referiré a estos como clientes-amigos para marcar el doble rol de este vínculo. Esto también permite diferenciarlos de los amigos que son “sólo amigos”, es decir, que nunca fueron clientes o lo fueron y están actualmente en pareja, con quienes se entablan vínculos que excluyen el contacto sexual. En el primer caso, conocerse previamente en otro contexto y haber compartido otro tipo de intimidad inhibe la relación de sexo comercial. Además, este límite es mantenido con mayor vigor pues estas amistades son muy valoradas (especialmente cuando no hay secretos) e iniciar intercambios sexo-económicos con quienes son “sólo amigos” pondría en riesgo la estabilidad del vínculo, según las entrevistadas. Los tránsitos que las mujeres describían incluían pasar de cliente a cliente-amigo o a pareja, pero no viceversa (de amigo o pareja a cliente o cliente-amigo). Ello indica la persistencia de barreras que impiden comercializar sexo a cualquier persona. Si bien es complejo sostener la frontera entre vida privada y sexo comercial, también es difícil hacerla desaparecer.

Cuentas claras... La extraña convivencia de amistad y dinero

Con los clientes-amigos el trato iba más allá de las transacciones del sexo comercial e incluía afecto, “ayudas” de diverso tipo y compartir “charlas de amigos”. En este tipo de vínculos, forjados a lo largo del tiempo, no se suspenden los pagos por las “salidas” ni las relaciones sexuales, pero se excede lo estrictamente comercial.

Santiago: ¿De qué cosas conversan?

Daniela: Y... por ejemplo de las familias de ellos o de... del trabajo... Igual ellos saben de dónde yo soy, de lo que trabajo, de dónde vivo... Ellos me conocen la casa. Mentiras no hay... (Daniela)

Tengo, dos o tres clientes que...somos muy, muy amigos. Ya te digo, ellos vienen y si yo estoy ocupada se van a la cocina, se sirven algo, abren la heladera como si estuvieran en su casa, cosa que a mí también me agrada porque sé que están cómodos. No lo puedo hacer con todo el mundo, pero estaría bueno poder hacerlo con todo el mundo, que todo el mundo se sienta cómodos, que esa es la idea, ¿no? (Carina)

Además del afecto y la confianza, ambas entrevistadas hacen referencia a sus casas. Compartir mates, la cocina o alguna comida como contaba Carina –quien trabajaba en su departamento–, o como Luli, que ofrecía a algunos una “promo” y les cocinaba pizzas caseras, constituyen rasgos de domesticidad. Aquí se puede trazar un paralelo con los casos analizados por Paola Tabet (2004) quien, a partir de un conjunto de etnografías realizadas en distintos pueblos africanos, reconstruye un abanico de intercambios económicos-sexuales que complejizan la dicotomía prostitución / matrimonio. Entre otros factores que hacen variar los tipos de vínculos aparecen el trabajo doméstico y la cohabitación, ampliando las categorías de conyugalidad. También testimonios de clientes en Argentina aluden a vínculos similares, por ejemplo, cuando en sus casas de estudiantes universitarios refugiaban a las prostitutas (durante la dictadura de los 70’), compartían el techo y las comidas (ver Das Biaggio, *et al.*, 2008).

Estos “amigos” que mencionaban las entrevistadas, no dejan de ser clientes, pero a la vez son más que simples clientes. Con afecto, un trato personal, rasgos de domesticidad y tiempos flexibles, pero sin eliminar el cobro bajo

la forma compensatoria, se alejan de los polos dicotómicos del matrimonio y la “prostitución” –en su imagen más estereotípica–.

“No es solamente un rato de diversión, es como que me siento alguien importante porque acuden a mí... más allá de lo que yo sea o para lo que labure..., para conseguir... alguien con quién hablar, una amiga...” (Luli)

Las relaciones con clientes-amigos son muy apreciadas pues, aun sin producir una desidentificación como prostituta, permiten revalorizar la propia posición subjetiva en el sexo comercial compartiendo sus intimidades. Las frecuentes “charlas de amigos” permiten que los clientes-amigos conozcan aspectos personales de las mujeres (por ejemplo, muchas veces dejan de usar el “nombre artístico”). Esta mezcla de trabajo y afecto podría ser vista como una contravención de las reglas del oficio. Sanders (2005) señala que las trabajadoras sexuales crean un personaje para los clientes y se cuidan de no comentarles su intimidad, pues esta es una forma de segregar y proteger su vida privada. Pude escuchar posiciones similares entre mis entrevistadas, en general refiriéndose a clientes nuevos u ocasionales.

Algo parecido sucedía con los límites sobre las prácticas sexuales, Yamila me decía que con sus “amigos” se sentía bien y me explicaba: “Que me sienta bien es que me sienta cómoda, cómoda y que me pueda liberar, dejarle hacer cosas que quizás con alguien que recién conozco no se las dejo hacer”. Los casos de clientes-amigos permiten hacer excepciones a reglas y límites, probablemente porque esta “amistad” puede resituar la relación no sólo excediendo el marco sexual, sino incluso ubicándola en un lugar diferente respecto del canon laboral.

Sí, es como que o te llaman...o te mandan un mensaje. Algunas veces te traen regalos y es como que vos te sentís...eh...no te sentís tanto como que... eh... que estás laburando totalmente. Pero esa clase de personas no son la mayoría. Son

pocos. Son contados. O por ahí de repente se acuerdan la fecha de tu cumpleaños. O por el día de la madre o por el día del amigo. Entonces vos, a esas personas vos les tomás... eh... de otra forma, otro trato. (Irene)

La connotación de amistad puede llevar a sentir que “no estás laburando *totalmente*”, pero no implica estar enamorada ni dejar de cobrar. En un sentido similar al que atribuyen algunos estudios sobre “turismo sexual” (Cabezas, 2004), las relaciones con los clientes llamados “amigos” encuentran un lugar liminal entre el trabajo y el amor, donde el afecto no disputa el lugar de los ingresos. A la vez, este espacio desarticula la rigidez de la identidad estigmatizada que se asocia con la prostitución y el afecto de los clientes-amigos las interpela diluyendo el estereotipo de prostituta con las identidades de “amiga”, “mujer” o “madre”, socialmente más valoradas. Sin embargo, a diferencia de las relaciones en el marco del turismo sexual donde algunas mujeres entablaban “romances” con los turistas extranjeros y buscan evitar el cobro directo por el sexo (Cabezas, 2004; Piscitelli, 2007), las entrevistadas se podían dejar llamar “novia” por los clientes-amigos pero eso no excluía el cobro de la “salida”.

Estos vínculos eran más frecuentes entre las escorts quienes al cobrar tarifas mucho más elevadas no necesitan tener tantos clientes. Además de los relatos de las entrevistas, las interacciones entre clientes y escorts en los foros de Internet –aunque no excluyen los conflictos– también muestran una sociabilidad amistosa. Esta sociabilidad virtual no es anónima, todos/as están registradas/os como “usuarios/as”, lo que permite recrear identidades y construye cierto sentido de “comunidad virtual” –lejana del anonimato total de “la prostitución”– que, claro, tampoco está exenta de intereses comerciales³³. Las escorts y los

³³ El desarrollo de las formas de identificaciones y sociabilidad en estos foros amerita una investigación aparte para profundizar en el análisis. Sin embargo, una observación superficial permite notar que el sistema de foro con

clientes-amigos también sostienen espacios de sociabilidad (virtuales y reales) que exceden lo laboral. Ellas dicen disfrutar estos encuentros en fiestas, salidas grupales o cenas y también aquí pueden obtener nuevos contactos. Abril, por ejemplo, podía reunirse con clientes por fuera del trabajo en un ámbito recreativo y esto le generaba muchos contactos con otros que pueden ser luego clientes. Este tipo de vínculos –a la manera de las reuniones extra-laborales empresariales donde se tejen redes de contactos– son usuales entre las escorts, quienes aplican más habitualmente la denominación de “amigo” para sus clientes y valorizan su capital social a partir de los contactos que reúnen.

Tal como aclaraba Irene, muchas destacaron que los clientes-amigos no eran la mayor parte de los clientes, pero todas las entrevistadas mencionaron tener vínculos de este tipo, incluso aquellas que remarcaban ser “frías” con los clientes –como Mirta que sonrió al recordar a un par clientes frecuentes y admitió extrañarlos cuando no venían a verla–. Entablar estos lazos no sólo depende de la modalidad de sexo comercial, también supone un aprendizaje y un control de las emociones para sostener una distancia entre los clientes-amigos y los sentimientos amorosos. “Amigo” es una denominación para algunos clientes, que supone algo más que un cliente, en términos de afectos y de compartir intimidad, pero no supone exclusividad –algo que puede resultar confuso cuando se lo llama “novio”–. Mirta señalaba la necesidad de no olvidar la faceta comercial y Doris muestra cómo pasar a ver como “novio” a un cliente-amigo puede ser afectivamente riesgoso.

“El cliente por ahí ve carita nueva, y por ahí sale cinco años con vos y por ahí de repente ve una chica nueva y empezó a salir y le empezó a gustar, empezó a salir y te dejó a vos y salió con otra”. (Mirta)

usuarios registrados y con “rangos de confianza”, supone un contexto distinto del más anónimo de las salas de chat. (ver por ejemplo el artículo de Martín Boy en Pecheny, *et al.*, 2008)

Resulta que un día me bajo yo a verlo a mi novio y mi novio se enganchó a otra y se la llevó, supuestamente era mi amor, viste. Yo te puedo asegurar que ahí cayó mi corazoncito y se rompió toditito ahí, digo “Nunca más”, dije, “Ya está”. (Doris)

Doris pasó (¿sin notarlo?) de un vínculo afectuoso a uno amoroso romántico con un cliente-amigo. La decepción al ver salir a su “novio” con otra compañera transformó radicalmente su percepción del vínculo (y de los vínculos con los clientes en general). Su enamoramiento eclipsó el aspecto comercial del vínculo. A diferencia de otros casos donde se reclama la pertenencia de un cliente por un interés económico (aunque tal vez también afectivo), Doris lo hacía desde el interés amoroso y romántico (que presupone exclusividad). Este aprendizaje fue doloroso para ella. El corrimiento abrupto del tono amoroso y exclusivo del vínculo (“supuestamente era *mi amor*”) la situó, según sus palabras, claramente en el lugar de prostituta (“ahí me desperté y dije: ‘yo soy una prostituta’”). En el caso de Doris, que se autodefine como “una novelera de primera”, no fue recibir el dinero de los clientes, sino el desengaño amoroso lo que la posicionó-expulsó: “soy una prostituta más, soy la que siempre la gente lo discrimina”, una abyecta del romanticismo.

El afecto en los vínculos de sexo comercial puede tornarse difícil de manejar cuando se tiñe con una demanda amorosa de exclusividad. Entre las escorts que pude entrevistar había un manejo más cuidadoso de este tipo de vínculos, probablemente por ser más frecuentes en este estrato –entre las escorts sólo Carina, la única mayor de 30 años, relató haberse enamorado de un cliente–. Las escorts demarcaban los límites para la relación partiendo de establecer una tarifa, generalmente en la comunicación telefónica. Aunque luego pudieran entablar amistades y “trabajar” con tiempos y prácticas flexibles, este inicio marcaba que no habría un vínculo amoroso. La tarifa –que usualmente fija un precio en dinero para un servicio con

determinadas prácticas sexuales en un determinado lapso de tiempo—, siempre reinscribía el vínculo en el terreno comercial. ¿Cómo se gestionan entonces los bienes o el dinero extra-tarifario?

Los “regalos”, las “ayudas”. Más allá (y más acá) de la lógica comercial

Muchas entrevistadas me contaban que algunos clientes les regalaban dinero o bienes de diverso tipo (desde perfumes y ropa, hasta mercadería de almacén y pañales). Tanto regalos como otros tipos de flujos de dinero y bienes se sitúan al margen con respecto al intercambio de la lógica comercial en su sentido más estrecho (el pago compensatorio por la “salida”). Veamos, entonces, las distintas formas de circulación de dinero o bienes para comprender sus significados en los vínculos.

“No es que yo digo, arreglamos un precio y, bueno, por esto va todo. ¿Me entendés? Si me querés hacer un regalito, bienvenido sea.” (Doris). Estos “regalitos” o extras del servicio³⁴, serían la modalidad más cercana al pago compensatorio estandarizado de la tarifa por la “salida”, pues sólo son un plus al precio convenido. Por fuera del valor que pone el mercado sexual —y por fuera de los porcentajes que retienen los proxenetas—, este plus se entrega según el criterio del cliente, es decir que no es algo que se pueda exigir.

Estos dineros que se dan como extras pueden ser desplazamientos mínimos de lo estrictamente comercial. El sentido atribuido por los clientes puede variar entre el refuerzo de la posición de superioridad del cliente y la expresión de cariño. Según lo que se plantea en la literatura sobre clientes de prostitución, la intención de los clientes que otorgan ese extra puede ser diversa: expresar un cierto

³⁴ No debemos confundir este extra con el “regalito” o “*gift*” que aparece en la jerga de los clientes, especialmente de escorts, y refiere únicamente al precio de la tarifa establecida.

afecto, crear un lazo especial, mejorar la calidad del servicio, mostrarse como generosos y/o poderosos, o varias de estas juntas (cfr. Bernstein, 2001; Chejter, 2011; Volnovich, 2006). Las entrevistadas recibían estos dineros sin preocuparse demasiado por cuáles sean esos sentidos.

Otro tipo de tráfico económico son las “ayudas”, que pueden ser en dinero y/o en bienes o servicios. Por ejemplo, una forma de circulación de dinero extra-tarifario son los préstamos que no se reintegran a los clientes. Algunas entrevistadas contaban que, en momentos de necesidad económica, clientes-amigos de larga data les habían prestado dinero pero aclarando que no tenían obligación de devolverlo³⁵. Las “ayudas” también pueden incluir llevar alimentos o abrigo cuando las mujeres están detenidas –como un “enamorado” que llevaba botellas de agua al calabozo para que Susy soportara el agobiante calor de verano–. Otra forma de las “ayudas” son las colaboraciones con los gastos de manutención de los hijos/as. Beatriz sostuvo durante muchos años un vínculo con un cliente-amigo, quien la ayudó durante todo su embarazo y el nacimiento de su hija, y me explicaba: “Esas personas te hacen sentir, no un objeto, te hacen sentir persona, te valoran”. El elevado valor que tiene la maternidad para estas mujeres hace que este tipo de ayudas sean muy apreciadas y despierten un afecto especial. Algunos de estos gestos ponen en cuestión los estereotipos de los clientes como hombres violentos que sólo buscan ejercer dominación sobre las mujeres. Juana contrastaba las atenciones y ayudas de sus clientes con la desafección del padre de su hija, Úrsula relataba algo similar respecto al abandono de su familia:

³⁵ Si bien podía crear alguna otra obligación esta permanecía difusa. Esto supone una diferencia respecto a las deudas que se contraen y que generan un compromiso monetario, lo que la literatura anglosajona llama *debt bondage*.

No, [el padre] ni vio nacer a mi hija, nada. Después desgraciadamente en julio la internaron a mi hija, que yo no trabajaba en la calle, la internaron a mi hija en el hospital Rawson y agarró, agarré yo y me vine, le dije a la Hilda, a la Marcela estaba ahí, le digo: “Mirá, voy a volver a la parada”. A mi hija le empezaron a pedir cosas y yo plata no tenía, gracias a dios me habían salido unos buenos clientes que me ayudaron un montón, te digo, con plata, con pañales, inclusive la iban a ver todos ellos a mi hija. (Juana)

“Yo he tenido clientes de años acá... Pero... más que nada he ganado un poco de amistad con todos estos. Porque yo por ahí tengo algunos problemas y ellos... están... Y capaz que mi familia no... ¿Me entendés?” (Úrsula)

Las “ayudas” parecen situar a las relaciones con estos clientes-amigos más allá del mundo del sexo comercial e incluso a la par con los vínculos familiares. La comprensión de estas “ayudas” como forma de solidaridad las distancia del pago como compensación y, en menor grado, de los regalos como expresión de superioridad y arbitrariedad –en los términos de Zelizer (2008)–. Sin llegar a ser un “derecho”, ni por tanto algo exigible, sí se puede pedir una ayuda lo cual sostiene cierta relación de desigualdad de poder, pero disminuye el componente arbitrario de los regalos.

Piscitelli plantea que en Brasil las “ayudas” pueden comprenderse, en un sentido amplio, como “intercambios, generalmente asimétricos, que implican dinero y/o otros beneficios y tienden a crear obligaciones y, con frecuencia, afectos” (2011: 13). Así, estos intercambios que representan las ayudas, permiten hacer circular otros sentidos en las relaciones iniciadas en el mercado sexual. “Si el ‘programa’ [la ‘salida’] evoca un contrato de servicios, la ayuda, inserta en una tradición de intercambios jerárquicos, remite a nociones de amparo, cuidado y afecto, que se expresan en términos de contribución para la supervivencia económica y para el consumo” (2011: 550). Aunque Piscitelli aclara que no debe pensarse en términos de una oposición dicotómica

entre el pago de la “salida” (*programa*) y las “ayudas”, en cada una de estas formas de circulación de dinero o bienes hay sentidos y lazos diferentes.

Un punto significativo de las relaciones con los clientes-amigos es que las mujeres no dejaban de cobrar las “salidas” aun cuando recibieran ayudas; ambas parecían transitar por carriles distintos. Las relaciones comerciales, aunque si evitaban el involucramiento más romántico, no implicaban la exclusión de la amistad. En estos vínculos, el cobro de la tarifa por la “salida” es una forma de evitar confusiones, pues “la gente generalmente confunde muchas cosas, confunde la amistad con...temas sentimentales” (Abril). Así, aunque pudiera parecer paradójico, mantener el aspecto más comercial –cobrar la “salida”–, era el que permitía sostener los vínculos afectivos amistosos que se expresaban en las “ayudas”.

Las entrevistadas también mencionaban que con frecuencia recibían regalos que no consistían en dinero (distintos de los “regalitos” de dinero “extra” que se suma a la tarifa).

Quando viajan... apenas llegan, vienen... por ahí ni están... Vienen y es para dejarme el regalo que me trajeron de recuerdo de donde anduvieron. Algo para mí, algo para mi nene y se van... y después cuando tienen tiempo y están tranquilos, vuelven... (Luli)

En estos regalos no monetarios desaparece el símbolo del dinero. Según Simmel (1993) el carácter impersonal del dinero sería lo que hace socialmente degradante al intercambio de la prostitución. En la lógica de los intercambios afectivos que plantea Simmel la degradación de las prostitutas se produce al intercambiar lo más personal (el sexo) por lo menos personal (el dinero) reduciéndolas a una cifra monetaria. Venimos viendo que en las relaciones de sexo comercial hay muchos matices que pueden hacer más complejo este esquema un tanto simplista de Simmel. No

obstante, sin negar la versatilidad de significados que puede asumir el dinero en los distintos tipos de pagos, algo de la óptica simmeliana nos permite comprender el papel de los regalos. Cuando estos no son dinero, gratifican (o incomodan) ya no tanto por la forma en que se entregan, sino porque por su contenido aludiría a una singularidad (o no). Estos regalos, según la alusión que hagan, colaboran en una resignificación o complejización de la identidad de estas mujeres.

Estos intercambios no monetarios dan un tono singular al vínculo con los clientes que obsequian, sin excluir lo comercial, pero sobrepasando los límites estrechos del intercambio directo de determinada práctica sexual por determinada cantidad de dinero. Tal como en el caso de las “ayudas”, este más allá de lo comercial no implica abandonarlo, pero si las ayudas eran algo que las mujeres necesitaban, en el caso de los regalos no monetarios las significaciones pueden ser más complejas en términos de cómo sitúan a las mujeres. Inés percibía con sentimientos ambivalentes los obsequios que recibía de un cliente:

Encima que [un cliente] te pague todo el día, como si fuese que, yo estaba... trabajando parada en una esquina y, encima que te compre ropa, te compre sandalias, que te regale una cartera... eh... te... ¿Cómo se dice? Te dé plata para la peluquería, yo me sentía bien. Me hacía sentir bien. Me hacía sentir importante. No sé... Pero él también estaba creando una mina, porque no era esa, era la que él quería... que me viera así ¿Me entendés? Y que esté al lado de él así vestida, como él quería. (Inés)

Aunque Inés se “sentía bien” al recibir estos obsequios, su experiencia revela que la personalización de los regalos puede ser también una forma en que los clientes “fabrican”, de una forma más unilateral, una imagen de la mujer y el tipo de vínculo que buscan. En este caso, el valor permanece ambiguo pues la singularización que operaban estos regalos no apuntaba a las características que Inés percibe

como propias. La ambivalencia de los sentimientos de Inés, elogiada, revalorizada y a la vez desplazada de lo que ella percibe como su forma de ser, muestra lo complejo de los significados que asumen los regalos no monetarios. La interpelación más singular de los regalos pone de relieve ambivalencias de las identificaciones de estas mujeres. Y no es casual que los regalos que eran siempre bienvenidos fueran los obsequios para sus hijos/as, que aludían a su identidad de madres.

Otras investigaciones señalan que a veces los regalos no monetarios pueden incomodar, pues implican un afecto que transgrede los términos del intercambio comercial y no otorgan la “libertad” que supone el dinero al poder ser cambiado por cualquier otra cosa (Russo, 2008). En las entrevistas que realicé, estos valores de “libertad” asociados al dinero, aparecían ligados al consumo sobre todo en los primeros momentos; pero luego eran más generalmente expresados como “posibilidad” (de salir de la pobreza o poder estudiar) y aparecían casi siempre mediados por el vínculo maternal (poder mantener, educar, dar mejor calidad de vida a los/as hijos/as). Cuando apuntaban a los/os hijos/as, el valor simbólico de la maternidad compensaba el escaso valor de cambio de los regalos no monetarios, pues expresaban una identificación positiva y ampliamente compartida.

Sin tarifa. “Viejos” amigos o amantes-renta

En otros casos, las mujeres entablan relaciones con algunos clientes-amigos donde los pagos abandonaban completamente la forma tarifada. En estas relaciones el flujo monetario deja de estar ligado a las contraprestaciones sexuales. Para María³⁶ estas relaciones significaban un ingreso fundamental y se jactaba de su logro.

³⁶ María implementaba estas tácticas para obtener gratificaciones de todo tipo y más allá del contexto del sexo comercial. Haciendo uso de su capital erótico sin inhibiciones afirmaba “siendo mujer, yo no he tenido nunca que

María: No creo que, que todos los viejos mantengan a todas las putas o a todas las minas porque sí. Noooo...

Santiago: ¿Y por qué creés que a vos te pasa eso?

María: Porque tengo buena relación, somos amigos. Yo, de mis clientes, hay algunos que rescato que soy amiga, no son clientes para mí, somos amigos, entonces ¿Por qué? Por años de relación, por escuchar un montón de cosas, a veces yo sé cosas que no les cuentan a los amigos, que me las cuentan a mí, cosas de su pareja, de sus hijos ¿Entendés? Entonces creás un vínculo de amistad y cuando tenés un vínculo de amistad, una persona grande, con una persona más joven, como yo ¿Entendés? Y ves que cada vez que yo he necesitado estar, y la otra persona necesitaba cualquier cosa mía yo estoy, entonces uno llega a tener cariño con esa persona. Yo te digo, a Fran no lo soporto porque es un 'seca mente' [pesado], pero [...] viene y me tira cien pesos por la ventana, le pedí mil seiscientos y me dejó cien el lunes, pero no tiene obligación conmigo, es lo que me dicen: "¿es tu macho?" "No, no es mi macho", no tiene obligación pero ¿Por qué lo hace? Porque me quiere, un afecto tiene conmigo, sabe que no se me puede dejar sola. Es igual al Serafín, yo le digo, viste, que por lo menos por prestarles el oído que me dejen plata, porque he sido amiga de ellos un montón de años, entonces que me paguen por haber sido amiga, que me indemnicen los oídos de última (risa) (María)

Según afirmaba María, para estos "viejos" amigos ella es una "novia". Los aportes económicos habituales –sobre todo de Serafín– hacían parte de los ingresos estables de María. Ellos fueron clientes de sexo comercial, y aunque seguían teniendo relaciones sexuales hay también una relación que ella describe como afecto. María tiene claro que no tienen obligación de mantenerla porque no son "su macho", pero a la vez entiende que "prestar la oreja" también constituye un servicio que debe ser remunerado, aunque aquí los pagos son más difusos y no responden a una tarifa por cada

poner un mango para drogarme, ni para tomar alcohol [...] Siempre tenía más posibilidades, yo sé que los hombres... entonces siempre me abusaba de eso".

servicio. María puede pedir estos pagos cuando le hacen falta, como hacía con Fran, o simplemente contar con que recibirá esos dineros como le sucedía con Serafín³⁷ “él, por ejemplo, no hace falta que yo le diga: ‘Mirá, Serafín, no tengo plata’, él viene para verme y me golpea la puerta y me dice: ‘¿Cómo anda la pancita? ¿Bien? Tome un regalito’ [*haciendo el gesto de entregar dinero*]” (María). A diferencia de los “regalitos” como extra que mencionaba Doris más arriba, y de los regalos no monetarios, estos son pagos monetarios relativamente estables más allá del “servicio”.

Este tipo de vínculos toma un cariz diferente ya que el modelo del intercambio no sigue la lógica de la transacción comercial tradicional. Claudia Fonseca (1996) encuentra entre las prostitutas de Porto Alegre un tipo de cliente que es el favorito de ellas, el “viejo” (*velho*). Define así este término nativo:

Un cliente que se convierte en fijo (*freguês*) proporcionando, además del pago regular, una amplia gama de regalos. Estos van desde una canasta básica hasta secadoras de ropa, viajes y, eventualmente, una casa. El viejo (*velho*) no se confunde con el marido. Es un tipo de otario que alimenta la ilusión de ser único o al menos privilegiado en lo que respecta a los afectos de la mujer [*cursivas en el original*] (Fonseca, 1996: 24)

³⁷ Según María, el más querido de sus “amigos” era Serafín y sus aportes eran tan importantes como incondicionales: “El, prioriza a su familia, que no todos los hombres priorizan a su familia, él sí. [...] Tiene *enconche*, como todo hombre, porque sale con pendejas más jóvenes, pero nunca les ha hecho faltar nada, la mujer tiene, él, el sueldo de él depositado en la cuenta de la mujer, todo, todo para la familia. Y, obviamente, todos los rescates que se hace va y los reparte, porque tiene un montón de novias. Por eso yo lo quiero, porque el chabón prioriza a su familia y después todo lo demás. Y así no me deja nunca y aunque no estemos, no nos vemos nunca, me llama por teléfono y yo le pido plata, y si no puede venir él, me manda a alguien, así. Es buen amigo (Ríe) Porque económicamente no me deja [...] se merece que lo quiera” (María).

Los “viejos amigos” de María, se asemejan a este modelo del *velho* que según Fonseca no es exclusivo de las prostitutas. Sin embargo, la especificidad de las relaciones que entablaban tanto María como otras entrevistadas con algunos clientes (devenidos “viejos amigos” o lo que llamaré amantes-renta) radica en la eliminación del pago regular que menciona Fonseca. Al desaparecer el pago por la “salida”, todo el dinero y los bienes circulan bajo la forma de “ayudas” que, al ser el único modo de intercambio, adquieren un sentido de mayor obligación que las “ayudas” que otorgan los clientes-amigos. Por ello, estos pagos no son estrictamente una compensación ni un regalo, sino algo más cercano a lo que Zelizer categoriza como un “derecho”, pues, aunque no hay una transacción explícita, las mujeres pueden sentir que merecen estos dineros o bienes. Aun estando en una posición estructuralmente subordinada, ellas pueden lograr capitalizar su ascendente sexo-afectivo sobre estos varones, y algunas decían controlarlos y mostraban cierto desprecio.

A mí Fran no me gusta porque es un gordo espantoso, pero es porque es un gordo espantoso, encima pesado, si fuera un gordo agradable... tiene una verga [con expresión de desagrado], si fuera agradable bueno, pero es un gordo espantoso, pesado [...] lo hago que me chupe la concha cuarenta minutos, me lo garcho en cuatro minutos y me voy a bañar y voy a hacer todo lo demás en los quince minutos, una hora clavadi-ta, y si puedo menos. (María)

Fonseca plantea que, aunque las mujeres suelen burlarse de los *velhos* –especialmente frente a otras mujeres– pueden sostener lazos de afecto y respeto. María mantenía medido el tiempo de los encuentros sexuales con Fran –uno de los parámetros que delimitan la relación de sexo comercial–, pero a veces se quejaba de las eyaculaciones precoces de Serafín y hubiera querido que “durara más”, “soportaba” a uno, “quería” al otro. Pero a pesar de estas diferencias, a ambos los concebía como sus “viejos amigos”. Con ellos ha

entablado vínculos extendidos durante largos años donde el dinero recibido escapaba a la forma compensatoria de la tarifa y quedaba en un lugar de regalo que, con el tiempo, se iba transformando en un derecho³⁸. En este tipo de relaciones que se corren de los estereotipos de la prostitución, la dislocación de estos pagos respecto de los “servicios” permite resignificar el dinero que circula por fuera de la tarifa. Aquí también la aparición de sentimientos románticos en los clientes puede introducir una variante.

Santiago: ¿Y cómo fue que empezaste a eso, a relacionarte con él de otra forma?

Beatriz: No lo quería yo, yo no lo quería, ni lo amaba, ni lo quería, nos pusimos de novios, todo porque él me daba mucha plata.

Santiago: Ah, ¿Pero siempre te siguió pagando?

Beatriz: A mí ya no me pagaba, ya me daba todo.

Santiago: ¿Cómo te daba todo?

Beatriz: Todo, plata, todo lo que yo le pedía me daba, porque él tenía esperanza de que yo sea la mujer definitiva de él, apostó eso y bueno, no, no, no era así porque yo no lo quería, yo lo quería por lo que él me daba, ya no me pagaba, ya me daba lo que yo le pedía.

Santiago: Ahá, pero ¿no te pagaba cada vez que tenían relaciones?

Beatriz: Noooo, a mí me traía: “Yo hoy necesito tanto. Mañana tanto” y él venía: “Tomá, tomá y tomá” y todos los días tomá.

Además de los lazos de “amistad” como clave de las variaciones de los vínculos comerciales, también las pretensiones amorosas de los clientes pueden hacer que cambie el vínculo. Más arriba he descripto las transformaciones que aparecían cuando las mujeres se enamoraban, ahora me refiero a los casos donde los sentimientos románticos no las afectaban. En estas las relaciones, los que llamaré

³⁸ Tal como plantea Zelizer (2008) que sucedió con el “bono de navidad” devenido un derecho de los empleados.

amantes-renta³⁹ dejaban de pagar por la “salida”, se mostraban como enamorados y planteaban el vínculo con un supuesto horizonte de pareja, aunque no había una correspondencia en los sentimientos de parte de las mujeres.

Santiago: ¿Y cómo es hacerte la enamorada?

Valeria: y bueno, abrazarlo, darle la mano, decirle que lo querés, llamarlo todos los días a romperle las pelotas como si fueras la novia.

Santiago: pero ¿vos no te la creías en ningún momento?

Valeria: No. No era mi tipo, mi mentalidad era que él me iba a ayudar a comprar un terreno.

La ilusión de estos amantes –quienes, como los *velhos*, creen ser únicos o privilegiados–, llevará a que las mujeres desplieguen tácticas para sostener esta fantasía y así obtener mayores beneficios. Aquí también el pago deja de ser tarifado, el dinero se entrega desde la confluencia de los deseos amorosos de los amantes y su pretensión exclusividad sexual. En estos casos, que no eran frecuentes entre las escorts, las mujeres mostraban una mirada más interesada en la faceta económica que en la afectiva.

Según Fonseca (1996), para las prostitutas los *velhos* no sólo deben ser engañados, también deben ser explotados. La pretensión de tener un *velho que ajude* aparece como legítima entre las mujeres de clases populares en Brasil, y es un objetivo que puede estructurar las carreras de las prostitutas. En Argentina, Soto encontró entre sus entrevistadas la expectativa de que algún hombre les provea protección y sustento económico como para dejar la calle. En general estas relaciones no duran más que algunos meses, salvo cuando las mujeres aceptan sostener una relación paralela con hombres que tienen otra familia y las prostitutas muestran una actitud de renuncia “en beneficio del otro grupo familiar” (Soto, 1988: 73). Este “punto fijo” (un único

³⁹ Uso esta denominación pues varias veces las mujeres apelaban a la comparación con las relaciones de amantes para describir estos vínculos.

cliente que mantiene a las mujeres) se asemeja a lo que llamo amante-renta. Sin embargo, en las entrevistas que realicé en general no se mencionaba al “otro grupo familiar” y las mujeres asumían una posición menos pasiva, donde la manipulación de los vínculos siempre era relatada como algo consciente. La dramatización de emociones especiales buscaba aprovechar el dinero, los bienes o inmuebles que proporcionaban estos amantes-renta.

“En dos años un cliente me daba todos los días un cheque de 100 pesos y no quería que estuviera en la esquina, pero yo me quedaba igual por las ganas que tenía de trabajar...” (Mabel)

Yo me fui un poco también con él [un cliente que conoció antes de separarse de su esposo] porque yo me quedé en la calle, yo me fui de mi casa, y yo perdí todo porque yo me fui de la casa, en esa época era que si vos te ibas perdías todo, más o menos. Igual nunca lo fui a recuperar, viste. También me di cuenta, digo, que la libertad es mucho mejor que todo el dinero que puedas llegar a tener. (Doris)

Mabel engañaba a un cliente que le pedía exclusividad pues no estaba dispuesta a abandonar “la esquina” y resignar su fuente de ingresos, y Doris al tiempo de usufructuar los recursos de un cliente devenido amante-renta comenzó a valorar la independencia. La pretensión de exclusividad de los amantes-renta requiere de las mujeres un trabajo emocional intenso y cotidiano para sostener la ilusión. Varias entrevistadas dijeron no soportar estas presiones, sobre todo aquellas que tenían una mirada más romántica y desinteresada del amor. También otras valoraban más la independencia que les da tener varios clientes y sostener su trabajo, en vez de ser mantenida por un amante-renta y circunscribirse a ese vínculo.

Tanto por la desaparición de las tarifas y difuminación de los límites temporales de la “salida” –así como aquellos límites que protegen la intimidad y el espacio del hogar⁴⁰–, como por el supuesto afecto y las pretensiones de exclusividad, estos vínculos se deslizan en el continuo de relaciones sexuales-económicas alejándose del estereotipo de la prostitución. Entonces es comprensible que, al referirse a estas relaciones, las entrevistadas trazaran paralelos entre estos vínculos y “algunos matrimonios”, según señala Susy:

La ama de casa que aguanta al marido. Aunque no lo quiere, no siente nada con él... porque le deja el sueldo... Pero está bien visto, y ella está sufriendo horrores. ¿Qué diferencia hay ahí? ¿Vos le ves la diferencia? No hay diferencia. La gente no se separa y aguanta al tipo lo que sea. “¡Che, traeme la comida!” Y la mujer viene con la comidita [...] No todo es amor (Risa leve) (Susy)

El pretendido contexto amoroso y romántico del matrimonio anularía cualquier mirada especuladora de los cónyuges que pudieran estar buscando obtener algún beneficio. Cuando este contexto y las acciones supuestamente desinteresadas son puestas en cuestión la concepción de la relación cambia y no parece tan lejana a aquella del sexo comercial. Jean Duncombe y Dennis Marsden (1996) analizan el papel del “trabajo sexual” en el sostenimiento de las parejas heterosexuales de larga duración. El “trabajo sexual” es definido, en este caso, como los esfuerzos que se llevan a cabo para tener sexo considerado satisfactorio. Según Duncombe y Marsden son mayormente las mujeres quienes realizan este trabajo sexual –los hombres sólo lo harían al principio de la relación, antes del matrimonio–, y el sentido del contrato matrimonial se transforma cuando este trabajo desaparece.

⁴⁰ Los “viejos” y los amantes-renta entraban en las casas de las entrevistadas y conocían muchos aspectos de sus vidas personales.

Cuando las relaciones son despojadas de los apuntalamientos del trabajo sexual [...] las diferentes dimensiones de poder interpersonal emergen más severamente y el sexo asume un valor de cambio, ahora regulado por negociaciones verbales o corporales más explícitas que los anteriores ‘contratos’ (Saunders, citada en Duncombe y Marsden, 1996: 235)

Para Susy –quien, como vimos antes, admitía ser comprada sólo con “flores y bombones”– el paralelo entre los matrimonios interesados, sin amor, y los intercambios del sexo comercial se construye recortándose de ese ideal de amor romántico. Para ella, como para otras entrevistadas, este contraste con el “amor verdadero” igualaba las variantes entre los distintos clientes (“aunque ellos crean que somos amigos”). Otras, más alejadas de los ideales románticos, marcaban y experimentaban las diferencias en esas relaciones con algunos clientes particulares donde se combinaban de forma compleja afecto e interés.

A partir de los tránsitos y las figuras intersticiales que hemos recorrido en esta sección, podemos reflexionar sobre los significados que tienen estas experiencias de sexo comercial. La cuestión del pago tarifado y monetario contribuye a delinear los vínculos, pero no por sí sola, pues también interviene el manejo del tiempo en los encuentros, las formas de domesticidad, los regalos no-monetarios, los lazos afectivos contruidos a lo largo del tiempo y la presencia o no de una pretensión de exclusividad. Todos estos elementos se conjugan para trazar las relaciones con clientes, clientes-amigos y “viejos” o amantes-renta.

Al tomar en cuenta todo este esquema, vemos que el dinero puede adquirir diferentes significados en diversas relaciones económico-sexuales. Así como las entrevistadas asignaban distintos sentidos al sexo (sexo-servicio/ sexo-amor) lo mismo puede suceder con el dinero. Según los contextos y los vínculos, el que en las primeras experiencias de sexo comercial era “dinero sucio” de un desconocido

puede devenir un gesto cariñoso y/o de superioridad de un cliente-amigo, una forma de “ayuda”, o el derecho que debía pagar un amante-renta.

Desde el punto de vista de las entrevistadas no es el dinero lo que complejiza estos vínculos (como sucedía con las parejas), son los afectos devenidos sentimientos amorosos y pretensión de exclusividad los que parecen generar, a la par, dificultades y posibilidades. La comprensión de los distintos vínculos sexuales-económico-afectivos que emergen en el contexto del sexo comercial requiere matizar una visión binaria que opondría matrimonio-amor por un lado y prostitución-dinero por el otro. En las historias de algunas entrevistadas la aparición del afecto y luego el amor llevaba a la paulatina desaparición del cobro por el sexo. Pero este cobro también desaparecía con el supuesto amor y exclusividad sexual de los vínculos con amantes-renta que se mezclaban con el interés económico. En otras oportunidades los vínculos se afianzan en un lugar intersticial de “amistad”. Las relaciones con clientes-amigos consolidan afectos y, aunque no se pretendan desinteresadas (como quiere el discurso romántico), trazan vínculos de solidaridad y aprecio dentro del terreno supuestamente impersonal del sexo comercial. Los obsequios y atenciones juegan un importante papel para personalizar estos vínculos, así también las “ayudas” que permitían ampliar el marco comercial más estrecho. En tanto estos intercambios incluyen muchas veces a los/as hijos/as reinscriben sutilmente los vínculos en una trama familiar e hibridan las identificaciones superponiendo “prostituta” y “madre”.

Recapitulación

En este capítulo he abordado las experiencias de las mujeres que hacen sexo comercial en relación a dos nudos problemáticos: los sentimientos y los intercambios económicos.

La monogamia y la relación antagónica entre los sentimientos románticos y el mundo económico del dinero plantean un escenario complejo para las relaciones de pareja. Aquí las alternativas más frecuentes incluyen: la reclusión de los sentimientos románticos en una melancolía acompañada del “endurecimiento del corazón”; la reconsideración de los lazos de pareja desde una mirada más materialista (amor material) o desde una perspectiva que otorga un carácter más circunstancial a las relaciones (amor contingente).

Desde las posiciones más románticas, la solución al dilema que plantean las relaciones de pareja implica bloquear las posibilidades amorosas en el ámbito de los recuerdos melancólicos. Aquí la adherencia al discurso del amor romántico en sus sentidos más tradicionales garantiza la feminidad, les permite identificarse como mujeres “normales” y se expresa paradigmáticamente bajo la interdicción del beso. El precio a pagar (afectivamente) es la exclusión de los vínculos sentimentales de pareja (al menos aquellos que podrían ser rotulados como de “verdadero amor”).

Salvo para las pocas que podían pensar los vínculos amorosos desde concepciones no románticas –menos estáticas, más situadas en relación a sus contextos y necesidades– entablar una pareja pone a las mujeres frente a un conjunto de desafíos. Sea por las dificultades emocionales (y/o sexuales-corporales) que supone hacer sexo comercial estando enamoradas, o por los dilemas de mantener en secreto la actividad (o repensar la monogamia), aún para las que no sostienen un discurso tan romántico, la opción de entablar una relación de pareja estable equivale a abandonar la actividad y lograr la manutención a cargo de sus compañeros. Aquí el mandato de manutención no sólo expresa una necesidad económica, a la vez se liga a la veracidad de los sentimientos del pretendiente. Esta concepción del amor más ligada a la materialidad aparece entre quienes se encuentran en posiciones poco privilegiadas. Entonces el tono desinteresado del amor romántico –que desde una perspectiva subalterna puede traducirse como veladamente

aristocrático– se deja de lado, y el príncipe azul debe traer su bolsa llena de oro si es que quiere ganar un corazón de oro.

Aun así, esta estrategia amorosa se presenta como una apuesta riesgosa no sólo en términos afectivos, sino porque también implica una renuncia a la independencia económica. Frente a las desventajas que presenta dedicarse al sexo comercial, una de sus potencialidades es una cierta autonomía económica. Este aspecto incide también sobre la auto-percepción de las mujeres, que, como vimos, se transforma cuando, tras abandonar al marido-proxeneta, comienzan a administrar por sí mismas sobre el dinero que ganan en el sexo comercial.

Las posiciones subjetivas también pueden variar dentro de las diversas relaciones sexo-comerciales. He dicho que comprendo al sexo comercial como un recorte dentro de un continuo de relaciones sexuales económicas. Las relaciones sexo-económicas que hemos explorado en este capítulo muestran que ni las fronteras ni las profundidades del sexo comercial pueden ser trazadas de forma definitiva. Si al independizarse de los maridos-proxenetas se quiebra el esquema patriarcal tradicional, también los vínculos sexo comerciales con clientes-amigos se apartan del estereotipo de la prostitución y la figura de los amantes-renta se acerca nuevamente a la del varón proveedor, pero como parodia, fuera del marco matrimonial (con lo cual abre brechas para su cuestionamiento).

Si tomamos en cuenta las distinciones que propone Zelizer (regalo, compensación y derecho) como formas de marcar relaciones, podemos leer los trastocamientos en los pagos como corrimientos respecto de las concepciones más tradicionales o estereotípicas (matrimonio / prostitución). En este sentido, el caso más significativo lo constituyen las relaciones con los clientes-amigos que operan un conjunto de desplazamientos, pero sin abandonar el terreno comercial. Por ejemplo –sólo por retomar un aspecto– si tradicionalmente la prostitución ha sido emplazada como una

actividad pública, fuera del ámbito doméstico, los clientes-amigos ponen en cuestión esta distinción al entrar en los hogares y compartir intimidades. Si antes vimos que las asimetrías de clase, género, raza/nacionalidad podían debilitar los límites que las mujeres trazaban para proteger su intimidad y protegerse del estigma de “puta”, ahora podemos comprender cómo estos límites pueden permearse, pero bajo procesos diferentes. En estas relaciones con clientes-amigos, los lazos afectivos –que no excluyen el interés económico ni el sexo– indican que los significados de los vínculos no tienen que ver exclusivamente con la compraventa del sexo o su gratuidad, ni con la exclusividad sexual, sino también con otros aspectos como la duración del vínculo en el tiempo y, especialmente, el reconocimiento de las múltiples identificaciones. En este sentido, la cuestión de los límites (sexuales-temporales-espaciales) puestos como barricadas que protegen la intimidad y la dinámica de combate que vimos en el capítulo anterior se pone entre paréntesis en las relaciones con clientes-amigos. Aquí los límites y tácticas pierden parte de sus funciones pues por un lado permanece claro el vínculo comercial con el pago de la “salida”, y a la vez los regalos y las “ayudas” –una forma de circulación de dinero que expresa el encabalgamiento sobre las distinciones– reducen el papel estigmatizante de la interpelación de prostituta/puta y habilitan el reconocimiento de otras identificaciones. Estas relaciones, aunque aparecen como marginales en términos cuantitativos –la mayoría dijo tener relativamente pocos clientes-amigos salvo en el caso de las escorts– sirven también para iluminar mejor las características que puede asumir los intercambios de sexo comercial en distintos tipos de vínculos.

Lo que hago y lo que soy

“Nos discrimina por ser... lo que una hace, pero... es un trabajo” (Mirta)

En este capítulo analizo las concepciones y valoraciones sobre el sexo comercial y cómo ello incide –junto a otros factores que hemos venido analizando en los capítulos precedentes– en las formas de identificarse y nombrarse o no en relación a la actividad.

Cuando la polarización estructura al debate feminista sobre la prostitución y opone los significados de trabajo (como empoderamiento) al de violencia (como esclavitud) no resulta útil para comprender un fenómeno complejo como es el sexo comercial ni las experiencias de las mujeres involucradas. Me interesa en primer lugar comprender sus concepciones sobre la actividad. Todas las entrevistadas y las mujeres con quienes dialogué durante el trabajo de campo se referían al sexo comercial utilizando el significante “trabajo”. Más que sentar una posición o argumentar sobre el debate, aquí busco conocer cuáles son los sentidos que ellas asociaban con este significante y cómo funciona esa asociación en relación al estigma.

A partir de allí me referiré a las articulaciones y los quiebres entre la concepción de la actividad y las formas de identificarse. Si bien las concepciones sobre el sexo comercial parecen relativamente más homogéneas –alrededor de la idea de trabajo, con algunas variaciones–, los procesos de identificación y las formas de autodenominarse (o no) en relación a la actividad producen un conjunto de respuestas más heteróclito. Aunque algunas autoras han mencionado la poca identificación con el rol laboral (Agustín, 2000; Kempadoo, 1998) no examinan este hecho en profundidad.

Aquí será necesario retomar el papel que juegan las relaciones con sus compañeras, los procesos de distinción de las “otras”, los discursos de las organizaciones, y también las tensiones que se producen con otras identificaciones típicamente asociadas a la femineidad, especialmente la figura de la madre.

Ambas reflexiones me permiten retomar buena parte de lo que he venido observando hasta aquí. En la concepción de la actividad como trabajo –con sus matices y cuestionamientos– y en el posicionamiento subjetivo –la identificación o no con la actividad– se ponen en juego dos puntos. Por un lado, la efectividad de las fronteras y tácticas para construir un sexo-servicio o una performance de sexo comercial. Por el otro lado, los vínculos con las compañeras y con los otros significativos, que pueden colaborar en el cuestionamiento o la elusión de la interpelación estigmatizante o en el fortalecimiento de otras identificaciones.

“Lo tomo como un trabajo”. De la ética laboral a las tácticas frente al estigma¹

Para la mayoría de las mujeres la experiencia de involucrarse en el sexo comercial no es algo sencillo de elaborar por fuera del discurso que las interpela como mujeres desviadas. La idea de “trabajo” aparece como el principal escudo frente a la interpelación de “puta”. A pesar de las disputas de activistas y especialistas, el uso de “trabajo” como forma de referirse al sexo comercial era homogéneo entre las mujeres que entrevisté, e incluso entre las que pertenecían a una u otra organización. La dificultad que supone elaborar y sostener un discurso alternativo sobre la actividad se podía leer en las apariciones poco fluidas, y casi forzadas, de las categorías “trabajo sexual” y “situación de prostitución”. En este último caso, como veremos, los intentos fallidos por no usar la palabra “trabajo” para hablar del sexo comercial sucumbían rápidamente frente

¹ Otra versión fue discutida con colegas y luego publicada (Morcillo, 2014a). Agradezco sus aportes.

trabajo". Sabrina me contó que antes de hacer sexo comercial ella trabajaba "por hora" (trabajo doméstico). Pero en el barrio donde Sabrina trabajaba confluían mujeres con distintos trabajos, y las distinciones no siempre están claras:

Yo un día pasé... y ellas me dijeron: "¿Qué, trabajas por acá vos?" "Sí -le digo- trabajaba, a cuatro cuadras de acá". "Ah, sí, porque yo te veo pasar siempre" Porque una de las chicas esas... venía a las siete y media más o menos cuando yo pasaba. Pero yo no entendía de qué ella me decía. Y entonces me dice: "Yo pensé que trabajabas". Y yo agarro, la miro y le digo: "¡Sí, trabajo!" y me río. "¿Trabajás? ¿Pero cuántos años tenés?", me dice. Y le digo: "Dieciocho". "Ah, con razón vos te llevas todos los clientes", me dice. Entonces yo agarro y la miro y le digo: "No, no, pará, no mal interpretes. Nada que ver, yo no trabajo... de... coso" le digo... "Yo trabajo en una casa", le digo, ¿viste? "Ah -me dice la chica- yo pensé que trabajabas como nosotras" Y yo ahí recién me di cuenta que ellas trabajaban.

En la anécdota de Sabrina se puede notar la confusión que genera nombrar al sexo comercial como "trabajo", pero sin especificar qué trabajo. A diferencia del trabajo "por hora", donde el trabajo doméstico es re-nombrado y, si bien la tarea desempeñada no resulta evidente, la nueva nominación permite diferenciarlo de otros trabajos. Las mujeres entrevistadas por Soto diferenciaban entre "trabajo" para el trabajo doméstico y "laburo" para la prostitución que no era considerada trabajo (1988: 61), pero entre mis entrevistadas no había tal diferencia y se daba lugar a algunas confusiones como la que relataba Sabrina. Nombrar "trabajo" al sexo comercial puede ser una forma de re-nombrar algo cuyo nombre habitual implica un estigma. Pero la dificultad para designarlo en su especificidad y diferenciarlo de otros trabajos -cuando Sabrina dice no trabajar "de... coso"- expone las tensiones subyacentes que atraviesan las concepciones sobre la sexualidad de las entrevistadas.

Muchas mujeres me decían, en las entrevistas y en charlas, respecto a su propia percepción del sexo comercial y sobre cómo tenían sexo con los clientes: “lo tomo *como* un trabajo”. En esa frase, que una y otra vez escuché repetir, se hace visible el hiato entre las construcciones y sentidos sobre el trabajo y sobre el sexo. Decir que se encara la actividad “*como* un trabajo” puede leerse entendiendo que a priori podría no serlo, algo que nadie pondría en duda respecto al ejercicio de la abogacía, la albañilería, o incluso el modelaje o el deporte profesional. El sentido habitual del sexo para muchas de las entrevistadas estaba ligado al placer, al amor y la intimidad. Desde allí se contraponía a la experiencia del sexo comercial que era “trabajo”. Pero ¿qué significa “trabajo”?

El concepto de “trabajo”, sus significaciones y valoraciones se han ido transformando históricamente. Annie Jacob (1995) muestra un recorrido histórico por algunos de los sentidos que se fueron volviendo hegemónicos señalando las variaciones en los distintos períodos. La concepción antigua del trabajo lo liga con el sufrimiento y lo valora negativamente, sea por la derivación etimológica del instrumento de tortura *tripalium* o por contraste con la virtud de la vida contemplativa o dedicada a rezar. Desde entonces las transformaciones incluyeron al trabajo como un sacrificio o servicio a Dios, ligado a su vez con una profesión en la ética protestante –como también ha señalado Max Weber (2003)–, y luego al trabajo como un valor moral, que se oponía a la pereza e indolencia de los “otros” colonizados. Si bien Jacob señala que el sentido actual de trabajo es en general ligado a “ganarse el pan”, mucho de esta historia que lo liga tanto al sufrimiento como al sacrificio y la moral persiste.

En las entrevistas el esfuerzo, la dignificación y la remuneración con dinero son algunos de los significados que las entrevistadas asociaban al “trabajo” en general. Sin embargo, el sexo comercial no se liga sencillamente con todos estos sentidos. El valor del esfuerzo en el trabajo –y la

aprobación social que puede ligársele— emerge cuando las mujeres que hacen sexo comercial intentan contestar una de las imputaciones que se les hace: la falta de empeño. La inculpación pesa sobre todos los sectores de clases más desposeídas, se les imputa ser “vagos”, no querer esforzarse lo suficiente como para tener un ingreso por medios socialmente aprobados.

Daniela: Yo sé que esto no está bien, pero es lo que me está tapando ahora a mí el agua. O sea, como que me está haciendo progresar un poco. No sé si... hasta dónde. No sé, por lo menos... por el día yo tengo lo que en otros trabajos no tengo.

Santiago: ¿Y por qué decís que no está bien?

Daniela: Porque... está mal visto por la sociedad, por la gente. No sé si está bien o está mal. Yo... o sea, está mal. Yo no lo veo... al contrario, yo antes decía: “Yo nunca voy a trabajar de esto”. ¿Por qué? “Porque a las minas les gusta la plata fácil”. Plata fácil no es, ¿por qué?... Porque el que te toca, porque el que te contagia... o uno que esté sucio o uno que esté enfermo... No... fácil no es, no es nada fácil. Entonces yo en mi ignorancia decía... “no, no voy a trabajar nunca, porque les gusta la plata fácil”. Fácil no es. Rápido sí... Pero fácil no. Es rápido. Por ahí... en una hora vos hacés 200 pesos. En un trabajo nadie te paga 200 pesos.

A Daniela la mirada moral de la sociedad la interpelaba y la hacía dudar del estatus de su actividad (y de la posibilidad de que sea “un trabajo” como los “otros trabajos”). Frente a la acusación de ser mujeres que gustan de la “vida fácil”, muchas aclararon que podían ganar “plata rápida”, pero no era “plata fácil”. De esta manera se resalta el esfuerzo, como aspecto que valoriza y moraliza al trabajo en general: el nivel relativamente más alto de ingresos y la velocidad con que se obtienen no es fortuito, sino fruto del empeño. Sin embargo, los intentos por santificar estos ingresos, evocando el esfuerzo y remarcando la penosidad de las tareas, chocan una y otra vez con las impugnaciones de la mirada social internalizada.

A mí no me gusta. Mirá, te voy a decir. Tengo trece hijos, lo tengo que hacer [...] Yo por ahí estaba en mi casa antes de trabajar en esto y pasaba y veía a las chicas trabajando en la ruta y decía “mirá si no van a poder ir a limpiar una casa, a ganarse la vida de otra manera”. El destino me jugó mal porque yo al final terminé haciendo esto. Y ahora sé que hay muchas chicas que tienen hijos y lo necesitan. Hay otras que no, que les gusta la plata fácil. (Mercedes)

Mercedes, que no llevaba mucho tiempo haciendo sexo comercial, había aprendido a relativizar la idea de que a las mujeres como ella “les gusta la plata fácil”, pero sólo para algunos casos, aquellos donde los hijos e hijas son la prueba irrefutable de la necesidad. En otros casos, aun sin que sea plata fácil, la posibilidad de ganar “plata rápida” directamente le quitaba su valor y anulaba el esfuerzo.

Algunas de las mujeres que participaban en AMMAR Capital, organización que se opone a la concepción del “trabajo sexual”, señalaban que no era un trabajo pues no tenían condiciones laborales como obra social o jubilación. Se expone así la asociación entre “trabajo” y unas determinadas condiciones que le darían ese estatus a una actividad. Así, a las impugnaciones morales, se podrían sumar otras impugnaciones por la precariedad a la que están sometidas las mujeres que hacen sexo comercial. También otras mujeres de esta organización señalaban que no era un trabajo pues no era un trabajo digno.

Se me salió de la cabeza que la prostitución se puede considerar como un trabajo, porque es mentira, porque no... está... Yo no veo... qué sé yo cómo... eso verlo como... Aunque yo lo tuve que hacerlo, no lo veo como un trabajo digno para ninguna familia ni para... Y menos para una sociedad entera, que sabemos que hay mucha discriminación. (Fernanda)

Cuando las entrevistadas señalaban la falta de “dignidad” del sexo comercial, esta aparecía ligada a las miradas reprobatorias de la sociedad y de sus familias. El nivel de

estigmatización, expresado en la discriminación, ponía en cuestión que el sexo comercial pudiera ser un trabajo, en tanto el trabajo se asocia a la dignidad.

Sobre la cuestión de la dignidad del trabajo Kathi Weeks (2011), señala que algunos discursos que defienden la idea del “trabajo sexual”, al paso que critican la estigmatización, pueden reestablecer una ideología que pone al trabajo como algo valioso en sí mismo. Cuando en estos discursos se hace hincapié sobre la elección voluntaria de las mujeres que hacen “trabajo sexual”, entendido como un contrato que omitiría asimetrías estructurales, o cuando se alude a la importancia de la función social que estas labores cumplen, para Weeks se cae en un discurso que por un lado cuestiona la moral sexual, pero por el otro repone la moral asociada al trabajo y su ética. A diferencia de estas posiciones –más cercanas por ejemplo a las activistas y trabajadoras sexuales de COYOTE– este punto es contestado desde los planteos de AMMAR CTA³, cuando se comprende al “trabajo sexual” como un trabajo de las clases obreras y por tanto sujeto a ciertos grados de explotación, posición que algunas entrevistadas sostenían. Aunque anteriormente en el discurso de AMMAR CTA la dignidad del “trabajo sexual” aparecía ligada con la posibilidad de obtener el sustento para los hijos en expresiones más recientes se niega el vínculo del trabajo sexual con la dignidad. Este corrimiento permite rebatir en el debate político la crítica de la dignificación por medio del trabajo, pero a la vez diluye la crítica sobre la moral sexual y aleja al “trabajo sexual” de las concepciones más comunes de “trabajo”.

3 “Nosotras sostenemos que la dignidad del trabajo no la da el tipo de trabajo, sino que son las personas quienes tienen dignidad [...] Nosotras, en primer lugar, estamos orgullosas de las personas que somos. Insistimos que la dignidad la portan las personas, porque obviamente también entre las trabajadoras sexuales hay personas buenas y malas, dignas e indignas. La cuestión de la dignidad no pasa por reconocernos o no como trabajadoras sexuales, sino porque ante todo somos seres humanos” (Elena Reynaga en Berkins y Korol, 2007: 14)

Si el esfuerzo está cuestionado y la dignidad impugnada, hasta aquí podríamos pensar que ninguno de los sentidos asociados al trabajo sería fácilmente asimilable con el sexo comercial. Pero también he dicho que la remuneración monetaria era para las entrevistadas un elemento que da significado al trabajo. En este punto la vinculación es simple y directa: el principal pago por el “servicio” es hecho en dinero. Aquí la impersonalidad del dinero –cuando recibido como pago de la tarifa– permite concebir al trabajo como una actividad delimitada, separada del mundo personal y orientada puramente por el beneficio económico. Esta concepción instrumental del trabajo, versión profana de la alienación, tiene una función vital pues habilita a la desimplicación respecto de las tareas como un modo de eludir la interpelación de “puta”. Fuera que las mujeres participaran o no de una organización, la mirada instrumental sobre el trabajo era muy frecuente en relación al sexo comercial, aunque aparecía más matizada entre algunas de las escorts.

Hacer y concebir al sexo comercial “como un trabajo” suponen un esfuerzo constante y un proceso paulatino. Aquí se debe enfrentar (y enfrentarse) –cuando se defiende la idea de “trabajo sexual” como disputa contrahegemónica–, o al menos eludir, el sentido hegemónico sexualizado y estigmatizante de la prostitución. En primera instancia, los aspectos prácticos de hacer sexo comercial como un trabajo están ligados a la fijación y sostenimiento de límites que vimos en el capítulo 5. Estos implican una forma de organizar la actividad (horarios, lugar de trabajo, tarifas, tiempo y prácticas sexuales involucradas en los encuentros), si bien siempre sujeta a las oscilaciones de un mercado plagado de asimetrías y en el límite de la legalidad. A la vez, la construcción discursiva del sexo comercial como “trabajo”, sea un discurso público u oculto, aparece para la mayoría de las entrevistadas como una forma de separarse de la posición de “puta” pues se busca decir (y sentir) que es sólo trabajo, y muchas aclaraban: “no es que me guste”.

Todo el andamiaje de límites y tácticas que se ponen en marcha con los clientes contribuyen a sostener esta visión del trabajo persiguiendo el dinero de forma puramente instrumental. Entonces, implicarse en el hacer de este trabajo será justamente desimplicarse en términos personales. Hacer el trabajo emocional de desligar el propio deseo, el placer sexual, y los sentimientos amorosos –el ponerse “el signo pesos en la cabeza”– y a la vez sostener una actuación que simula lo contrario, es para muchas de las entrevistadas ser una buena profesional. Esta desimplicación es tan potente y efectiva que aun en las entrevistas con mujeres que se reivindican como “trabajadoras sexuales” aparecía varias veces esta tensión caracterizada como una escisión subjetiva –como veremos más adelante–. También la misma concepción emergía en el relato de las que se autodenominaban “mujeres en situación de prostitución”, pero veían al sexo con los clientes “como un trabajo”, y hacían un uso frecuente de la denominación “trabajo” para referirse a ella.

Beatriz: Vos trabajás con la mente... Porque por más que esté el tipo encima, haciendo lo que tiene, el amor, qué sé yo, yo te voy a explicar así, porque en sí no hay amor... Claro, cuando el tipo está ocupado, está encima tuyo, vos estás pensando, yo, trabajás con la mente, estás pensando: “Ay, que se desocupe, cuánto me haré, que, que venga otro cliente, ay, que ya me faltan dos clientes, que vengan”, eso. Entonces no te da lugar a mentalizarte en el sexo ¿Me entendés? Eso, eso es muy... este, ¿Cómo te puedo decir? Eso es muy profesional en las mujeres cuando trabajan así, porque te imaginás que si tenés que tratar de tener con cada persona que pasa tener un orgasmo... Tenés, que siempre que tratar de separar. [...]

Santiago: Ahá... Y, vos me dijiste recién que era muy profesional ¿En qué iría el ser profesional en esto?

Beatriz: Es una forma de decir profesional.

Santiago: No, no, está bien.

Beatriz: En que vos no te enganchás en tener sexo, por eso te digo...

Santiago: Ahá ¿En disfrutar?

Beatriz: Claro, sexo, esto es trabajo, que ahora le decimos que

no es trabajo, es una forma de decir...

Santiago: Está bien, está bien.

Beatriz: Este es un trabajo y es un trabajo, estoy haciendo un trabajo, mi mente no tiene por qué estar, este... ahí, es así.

Beatriz muestra cómo concebir y practicar el sexo “como un trabajo” requiere un esfuerzo y la dedicación de energías para neutralizar otros sentidos. Aun militando en una organización que plantea que la “situación de prostitución” no es un trabajo, pensar al sexo comercial “como un trabajo” es una herramienta para poder organizar esta actividad y darse a sí misma una explicación plausible de qué sentido tienen esas prácticas (no) sexuales⁴. La idea de “trabajo” en este caso funciona como una forma de reconstruir sentidos para prácticas corporales cuyos sentidos más habituales son sexualizados.

Lograr la desexualización de las prácticas que se sostienen con los clientes es algo tanto más imperioso en cuanto estas mujeres se hallan interpeladas desde la posición estigmatizante de *puta*, pues la idea de que el sexo comercial sea un trabajo aparece cuestionada desde otros flancos (además de los discursos del feminismo radical). Varias mujeres relataban que algunos clientes, de la mano del sentido común inspirado en la moral sexual patriarcal y hegemónica, las ven como seres lujuriosos, perversos, es decir “putas”. Fernanda, que militaba en la misma organización que Beatriz, se sentía interpelada en ese sentido cuando algunos clientes indagaban los motivos por los que hacía sexo comercial. Ella sentía esto como un maltrato, suponía que el subtexto de esa pregunta era que a ella le gustaba lo que hacía

⁴ En el fragmento de la entrevista cuando Beatriz dice no engancharse en tener “sexo”, yo le repregunto por el “disfrute” y ella vuelve a decirme “claro, *sexo*”. Allí puede leerse, por un lado, la asociación directa entre sexo y placer, por el otro, una oposición entre el sexo y las prácticas que se llevan a cabo en el sexo comercial, no es “sexo” es “trabajo”.

y eso le resultaba inaceptable. También la cosificación fue lo que, luego de militar en la organización, le hizo cambiar de opinión:

En una época yo estaba equivocada, yo decía cuando salía... “Ah, llegó la hora, yo me tengo que ir a mi trabajo” Cuando bueno... después... con el paso del tiempo, como dice, la forma que yo sentía que me trataban..., sentía que no me trataban como persona, sino como una cosa [...] Ya cuando usas la palabra “te estoy pagando”, ya uno se siente... como un objeto. Ya uno no se siente como una persona. Entonces cuando yo me vine a dar cuenta de eso..., de ahí en adelante me fue cambiando el pensamiento. Entonces ya de ahí para mí, no era un trabajo, era una necesidad. Fue una opción..., una necesidad que me llevó a hacer eso. (Fernanda)

Las prácticas enajenantes de algunos clientes pueden sumarse a los cuestionamientos sobre este “trabajo”, siempre previa elaboración y reflexión colectiva (el “darse cuenta” y “cambiar el pensamiento” de Fernanda). Entonces, el esfuerzo que las mujeres hacen para “tomarlo como un trabajo” entra en tensión con las concepciones comunes del sexo como algo ligado al amor, al placer y a la intimidad, sino también contra diversos discursos (patriarcales y de ciertos feminismos). La desimplicación subjetiva –que aleja del estigma de “puta” dominada por la lujuria– puede transformarse en una objetificación difícil de sobrellevar para algunas según los contextos. Aquí el posicionamiento en términos de los vectores de opresión estructural no favorecían a Fernanda: migrante indocumentada, endeudada⁵, afrodescendiente, trabajando en un cabaret y “vieja” para el mercado sexual, subalterna en términos etarios,

⁵ Fernanda se encargó de aclarar que nadie la había obligado y había elegido “prostituirse”. Sin embargo, también mencionó que vino a Argentina con otras expectativas y que tuvo que tomar esa opción porque estaba empezando a endeudarse y no estaba pagando siquiera los intereses del préstamo que le habían hecho. Esto es lo que se denomina *debt bondage*, o sea un sistema de endeudamiento que puede ser una forma más efectiva de control y coacción

de clase, raza y género. En una situación diferente, Abril, por ejemplo, joven, blanca, escort independiente, sin hijos y con estudios terciarios, no tenía problemas en plantear no sólo que era un trabajo, sino que le gustaba su trabajo y que no veía la necesidad de tratar ni de ser tratada como un objeto, sólo negociar en términos claros. Tanto la posición en términos estructurales, de clase, raza, género y etarios, como las nociones de sexualidad y la capacidad de manejo de las emociones influyen en las concepciones de la actividad, de qué y cómo se comercializa, cómo se construye esa experiencia y de cómo posicionarse a nivel de las identificaciones.

Vender el cuerpo, el sexo, el tiempo, ser o tener una máquina

¿En qué consiste? Yo le ofrezco un servicio al cliente. Le cobro tanto por cierta cantidad de tiempo. Para mí... en vez de vender mi cuerpo, como para muchas... dicen que la trabajadora sexual o la prostituta vende su cuerpo, para mí yo estoy vendiendo mi tiempo. Yo con... negocio el tiempo con el cliente. (Inés)

Distanciándose del discurso que plantea que la prostitución es vender el cuerpo, al que su organización se opone, Inés evoca en su explicación uno de los sentidos modernos y capitalistas del trabajo: alienación de la fuerza de trabajo por un período de tiempo, sea una jornada laboral o un “servicio”. Hasta aquí nada diferenciaría a esta trabajadora de aquellos proletarios que venden su “fuerza de trabajo”, en términos marxistas. De hecho para el propio Karl Marx (2006 [1844]) la prostitución es sólo una forma específica de la prostitución general del proletario. Sin embargo, este autor no se ocupó de cuáles son las especificidades

que el uso de la fuerza física, pero que supone sólo una dependencia temporaria y por ende problematiza las dicotomías trata / migración ilegal (*trafficking* / *smuggling*) forzado/voluntario (O'Connell Davison, 1998).

en este trabajo⁶. Podemos entender esta venta de fuerza de trabajo como uno de los trabajos que Marx llama serviles o improductivos, que no producen una mercancía u obra, cuyo producto es inseparable del acto de producir⁷, pero hay una especificidad más en esta fuerza de trabajo. Otros pensadores reconceptualizando las formas del trabajo en el contexto postfordista han puesto atención en la afectividad y la subjetividad –Paolo Virno por ejemplo dedica atención al papel de la sonrisa en el trabajo–, pero parecen pasar por alto lo que pudiera tener que ver con la sexualidad. Beatriz Preciado (2008), siguiendo los planteos del colectivo “Precarias a la deriva”⁸, señala esta restricción de los teóricos del postfordismo, los operaístas italianos que prefieren hablar de “trabajo inmaterial”, o a lo sumo “biopolítico” donde aparece más implicado el cuerpo, pero deteniéndose al llegar a la cintura, un cuerpo desexualizado. Preciado conceptualiza la fuerza productiva del trabajo sexual como “*potentia gaudendi*” o “fuerza orgásmica”, es decir la capacidad de generar orgasmos, y una de sus características es que supone la alienación de órganos que “hasta ahora habíamos considerado como únicamente sexuales y, por tanto, privados, es decir, radicalmente no comercializables, pero que no son otra cosa que el tecnocuerpo sexual de la multitud” (2008: 211). Doris, con menos sofisticación teórica, planteaba: “para mí, en realidad, esto es un trabajo, tal vez, digo, no, tal vez no voy a decir, seguramente que no es lo mismo que cualquier trabajo ¿No? Pero simplemente porque trabajamos con los genitales, digo yo ¿No?”

6 Marx y Engels abordaron la prostitución sólo lateralmente, sea como expresión particular de la explotación capitalista, o como contracara de la monogamia, el matrimonio y las formas de la familia burguesa ligadas a la propiedad privada (Engels, 1997).

7 Virno, siguiendo a Marx, enumera: “pianistas, mayordomos, bailarines, docentes, oradores, médicos, sacerdotes, etc.” (2003: 53) Agradezco a Renata Hiller sus comentarios sobre esta mirada.

8 En este sentido se ubica también el enfoque que propone Agustina Iglesias Skulj (2012) aunque su trabajo orienta más a la reflexión sobre la legislación.

En las experiencias de varias de las mujeres que hacen sexo comercial, esto que Preciado elabora teóricamente y que Doris plantea con aparente simpleza –pero que también es fruto de la reflexión colectiva⁹–, no parece tan lineal ni sencillo. Preciado señala que el trabajo sexual –central para su concepción del capitalismo “farmacopornográfico”, sucesor del fordismo– funciona en condiciones de precarización, expulsando de la ciudadanía, pero no se pregunta cómo este régimen se articula con las concepciones y posicionamientos de los y las “trabajadoras sexuales”. Considerar este aspecto permite comprender por qué hacer sexo comercial requiere para muchas mujeres la fijación de fronteras para evitar que los sentidos habituales del sexo invadan su trabajo –proceso que, como hemos visto, toma la forma de una lucha incesante para la que no todas tendrán las mismas armas–.

Para la mayoría de las entrevistadas la forma básica de comenzar a comprender cómo se puede tener relaciones sexuales y que esto constituya un trabajo era crear una oposición entre sexo-servicio-trabajo y sexo-placer-amor. Esta frontera constituye una forma primigenia de organizarse y de comprender al sexo como una actividad laboral.

“Mi trabajo en sí consiste en dar placer al otro, no darme placer yo, eso está clarito [...] Porque yo cuando empecé a trabajar, yo me acuerdo que me agarró una compañera y me dijo: “Doris, esto se llama trabajo. No es para que vos vengas y te echés un [“polvo”]... no, Doris”, me dice ‘Vos no, son ellos’”. (Doris)

Construir lo que he llamado sexo-servicio y practicar el sexo comercial con una mirada laboral es posible a partir de esta oposición trabajo / placer-amor. Bataille (1997) considera que la repelencia entre el mundo del erotismo y el mundo laboral es estructurante de la civilización moderna.

⁹ Un planteo que le resulta posible tras haberlo discutido con sus compañeras de organización, pues según ella antes también se “auto discriminaba”.

El primero aparece como una fuerza que derriba las individualidades y el mundo del trabajo es racional e instrumental. Para Bataille, la prostitución moderna –que llama “baja prostitución”– constituye una degradación del sexo a la animalidad. Sólo algunas de las mujeres que entrevisté, especialmente las escorts jóvenes, estaban en condiciones de hacer sexo comercial en un terreno más movedizo entre el erotismo y el trabajo, según el esquema de Bataille. Para el resto la imposición de fronteras era la forma de eludir o limitar la degradación, y tener sexo con el carácter instrumental que Bataille asocia al mundo laboral. Si dije que las concepciones de trabajo suponen un esfuerzo, y la velocidad con que se gana el dinero podría impugnar este esfuerzo, también para muchas el sexo no debe ser placentero si se hace “como un trabajo”. Si se excluye el placer y se lo mantiene únicamente como una experiencia de los clientes –como había aprendido Doris–, es más viable resaltar el esfuerzo que hay presente en el “trabajo” de hacer un sexo-servicio.

Mirá, mi trabajo, cuando estoy trabajando, consiste en, nada, en brindarle lo mejor a la otra persona, ¿entendés? Ese es mi trabajo, hacer que se sienta bien y... que pase un rato agradable, para que el cliente obviamente vuelva, ¿entendés? Para mí es un trabajo común y corriente. Si vos trabajás de kiosquero, trabajás de almacenero, siempre vas a intentar venderle algo de buena calidad para que el cliente vuelva o le guste lo que vos le estás vendiendo. Bueno, yo hago lo mismo, cuando atiendo a un cliente trato de darle lo mejor y que se sienta bien para que pueda volver y yo pueda seguir continuando mi trabajo. De todas maneras yo me conscienticé siempre que esto es un trabajo, nunca me enganché con nadie del ambiente, que he conocido mucha gente, nunca me he enganchado con nadie, como te digo, siempre me conscienticé de que es un trabajo, como cualquier otro” (Yamila)

La performance que supone el sexo comercial conlleva siempre algún grado desvinculación afectiva. Yamila, que hacía servicios “onda novia” y podía “sentirse bien” con algunos clientes, señalaba la necesidad de “conscientizarse de que es un trabajo”. La separación que Yamila remarca al aclarar “cuando estoy trabajando”, supone una diferencia con otros espacios. El concebir “como un trabajo” al sexo que tiene con los clientes es para ella “no engancharse”, diferenciarlo del sexo como una experiencia personal ligada al amor. Pero el carácter que toma hacer sexo “como un trabajo” puede variar y el contraste con las relaciones íntimas puede performarse bajo formas corporal y emocionalmente distintas. Mientras Yamila “brindaba lo mejor” a sus clientes en un departamento céntrico en Buenos Aires, Vanesa desde la zona cercana a la terminal de Rosario –en una habitación montada en un espacio que parecía haber sido un garage y separada con un tabique de machimbre de la cama donde trabajaba su hermana– contrastaba su trabajo con su intimidad así:

Esto es una máquina que si me das 40 pesos hago lo que tengo que hacer y fue. Conforme o no conforme te doy mi tiempo. En mi casa tomáte todo el tiempo que quieras, relajémonos y vivamos el sexo. (Vanesa)

Convertir la performance en una maniobra precisamente calibrada habilita la tecnificación del sexo y su entrada en el mundo del trabajo. Hacer sexo comercial asimilándolo con el trabajo tal como se concibe en el marco de las sociedades modernas y capitalistas lleva, por ejemplo, a que se utilice la metáfora de la “máquina” –referida por varias entrevistadas– para describir un sexo maquinico y por tanto carente de emociones y sentimientos personales:

Vanesa: Yo tengo una máquina acá. ¿Entendés? Entra, le pido la plata. Se desviste, me desvisto, porque tengo muchas quejas, hay un libro de quejas (risa), eh... le pongo el preservativo, le hago el oral y después me... me penetra para... le doy 10

minutos, 15. O sea yo no... te acostumbrás. Soy... ya es, con todos los clientes es lo mismo. Pasa, la plata es antes. Primero el preservativo en la mano.

Santiago: ¿Y cómo es esto que decís “una máquina”?

Vanesa: Lo tomo como un trabajo. Es mi trabajo. Vivo de esto y sin esto no vivo.

Esta apelación a la metáfora de la máquina pone en cuestión, por un lado, la posición de André Gorz quien, desde la sociología del trabajo, niega que la prostitución pueda ser un servicio pues no podría “reducirse a una secuencia de actos tecnificados y estandarizados” (1997: 193)¹⁰. Y por el otro lado, la figura de la máquina introduce una nueva imagen para repensar la infra-animalidad vergonzante que Bataille le da a las prostitutas concebidas como parte del lumpenproletariado¹¹. Suena más ajustada

¹⁰ Según Gorz la prostitución presenta una contradicción entre el servicio que se vende y su “naturaleza”. Dos diferencias contrastan el servicio de la prostituta y el de la masajista: una legitimación médica y procedimientos técnicos, ambas impiden que el vínculo se torne una relación servil y ponen a salvo el “yo” de la masajista. Sin embargo el carácter de trabajo aparece negado en el caso de la prostitución, pues implica “actos que yo no puedo producir a voluntad ni por encargo”, estos actos esencialmente privados serían una dimensión inalienable de la existencia, donde la participación afectiva en la experiencia del otro me hacen “existir como sujeto absolutamente singular” (Gorz, 1997: 193). Gorz llama a poner límites a la mirada de la sociología y la economía sobre estas actividades no-mercantiles que constituyen el núcleo de la subjetividad. Esta concepción esencialista y naturalizada de la sexualidad como clave última de la subjetividad, es uno de los efectos de lo que Foucault (2002) llamó el dispositivo de sexualidad. Gorz, quien señala que la concepción que tenemos de trabajo es un invento de la modernidad, no otorga el mismo estatus para la sexualidad, la cual cae en las arenas de la naturaleza y fuera de la historia.

¹¹ Lo que Bataille llama “baja prostitución” –por oposición a la “prostitución religiosa”– aparece como ligado a la miseria económica y al abandono de las prohibiciones que distinguen lo humano de lo animal. “La miseria extrema desliga a los hombres de las prohibiciones que fundamentan en ellos la humanidad; no los desliga, como lo hace la transgresión: una suerte de rebajamiento, imperfecto sin duda, da libre curso al impulso animal.” (1997: 102). Pero como la prostituta no puede conseguir la perfecta indiferencia de los animales está en un estrato aun inferior para Bataille, y “también de ese mundo se excluye la clara limpieza del mundo del trabajo.” (1997: 103). Sin embargo, Bataille no sólo unifica los sentidos de la sexualidad en torno al

la caracterización de Preciado, que retoma el concepto de Haraway para concebir un devenir cyborg del trabajador sexual: “las tecnomáquinas sexuales del siglo XXI: cuerpos vivos a los que se les niega el acceso al espacio público, privados de discurso público y derecho de insumisión, despojados del derecho a sindicamiento, huelga, seguro médico y paro” (Preciado, 2008: 217).

Sin embargo, lejos de la politización “postporno” de la sexualidad, las concepciones de las mujeres a las que pude entrevistar en los contextos locales trazaban en su conjunto un zigzagueo propio de quien busca la elusión más que el espacio público. En primer lugar, pensar el aspecto técnico del sexo en un terreno comercial supone un esfuerzo de desplazamiento para muchas de estas mujeres. Si bien, en las últimas décadas los significados asociados a la sexualidad se han transformado, y por ejemplo aparece toda una faceta desligada de la reproducción, también otros aspectos muestran cierta permanencia. Antes de comenzar a hacer sexo comercial para muchas de las entrevistadas el sexo parecía estar ligado al afecto, la intimidad, el placer y el amor, todas estas esferas que se enlazan simbólicamente a lo sentimental-romántico y se oponen a la tecnicidad de lo laboral mercantil. En este sentido O’Connell Davidson (1996) argumenta que el sexo no termina de ser completamente mercantilizado. Podemos leer la imposición de límites utilizada por las mujeres que hacen sexo comercial como la en-carnación de esta no-completitud de la venta. Esto no significa dar un carácter ontológicamente fijo a la sexualidad, asociándole perpetuamente los valores románticos no comerciales.

erotismo, sino que desconoce que para las prostitutas (especialmente de aquél estrato que él llama “baja prostitución”) la rutinización de los actos habilita la posibilidad de reconcebirlos y por ello se reconocen en la figura de la “máquina” más que en la de la animalidad.

La(s) sexualidad(es) y las prácticas corporales que usualmente se comprenden como sexo pueden asumir una amplitud de significados, permitiendo cierto grado de desarticulación entre el cuerpo y las discursividades que dan significado a la sexualidad (Oerton y Phoenix, 2001). Noah Zatz reclama que para comprender al trabajo sexual: “Las teorías constructivistas de la sexualidad necesitan tener en cuenta a la vez que la sexualidad puede no ser genital, y que la genitalidad puede ser no sexual” (1997: 280). Sin embargo, esta perspectiva puede llevar a confundir las posibilidades significativas en abstracto con las posibilidades reales de construir significados que dependen de un complejo entramado de relaciones de poder históricamente materializadas. Excluir ciertas prácticas (sexuales) del intercambio comercial muestra la dificultad que supone pensar partes o usos del cuerpo desligado de la intimidad. Entonces tal vez sea más adecuada una visión de conflicto en torno a las posibilidades de definir los sentidos y los márgenes en los cuales el sexo, así como otras prácticas ligadas a la intimidad –tal como plantea Hochschild¹²–, serían comercializables (y bajo qué condiciones).

En cualquiera de los casos es crucial considerar las formas que asume este conflicto pues su tránsito en discursos públicos o en discursos ocultos marca distintos territorios (la calle, la habitación de un hotel o los medios de comunicación, el parlamento, etc.) y tácticas o estrategias (las que hemos visto o aquellas que movilizan las organizaciones para exigir el reconocimiento del “trabajo sexual” o la instauración de políticas públicas para solucionar la “situación de prostitución”). Pero, además, tanto la publicidad u ocultamiento de los discursos como la propia concepción del

¹² Arlie Hochschild (2008) señala el conflicto en torno a la “frontera de mercantilización” donde dos fuerzas que pugnan entre sí por los trabajos de cuidados y emocionales, una defendiendo el privilegio de la familia sobre estos y otra abriendo paso al mercado en este terreno. Resta aquí, a mi juicio, complejizar más la mirada sobre “el mercado” como un terreno heterogéneo.

sexo comercial “como un trabajo” tienen un vínculo con la configuración de identificaciones más o menos ambivalentes, como veremos a continuación.

No soy mi trabajo. Implicancias sobre las identificaciones

A partir de las concepciones de la actividad que acabo de analizar y tomando en cuenta las experiencias que he descrito en los capítulos anteriores, pretendo trazar algunas líneas para comprender los procesos de identificación de las entrevistadas y las tensiones que los atraviesan. Las identificaciones de las entrevistadas están, en mayor o menor medida, signadas por la ambivalencia. Por un lado, la forma en que se concibe al sexo comercial “como un trabajo”, en tanto funciona como forma de dessexualizar y desimplicarse, permite observar lo que tiene de específico la actividad (sexualización y estigmatización) que produce una marca diferencial respecto a otras identificaciones profesionales. Por otro lado, en sentido inverso, en la diversidad de prácticas que se ponen en marcha para eludir el estigma y ser una buena “profesional” podrían reconstruirse rasgos de identificación. No obstante, estos rasgos se ven obstaculizados por las formas de las relaciones entre las mujeres y por el peso de la interpelación de “puta” que lleva a que predominen otras identificaciones las cuales operan como refugios. Consideraré en el último apartado la principal identificación que aparecía en las entrevistas siempre en contrapunto con la de prostituta: la de “madre” o “mujer normal”. A partir esta caracterización global, para pensar desde experiencias diversas, recuperaré analíticamente los procesos de identificación de las cuatro mujeres referidas al comienzo de la tesis (Abril, Doris, Betty y Mabel) como forma de exponer distintas respuestas subjetivas frente a las interpelaciones estructurales.

¿Deseo?, ¿orgullo?, trabajo...

Vimos que algunos de los sentidos que históricamente se asocian al trabajo son el esfuerzo y el sufrimiento ¿Cómo se puede pensar el trabajo más allá del puro sufrimiento, de la alienación? François Vatin (2004) plantea una dualidad del trabajo entendido por un lado como la actividad técnica y por otro como la fatiga que produce dicha actividad al trabajador. Este primer elemento le permite ir más allá del trabajo como pura alienación y hacer hincapié en los aspectos técnicos que involucra el trabajo, donde hay un esfuerzo y un producto, una obra. Dejando este último punto de lado –pues, como vimos de la mano de los teóricos del postfordismo, hay algunas formas de trabajo que no generan un producto separable–, para Vatin la forma de reducir la alienación tiene que ver con la reconsideración de la técnica ligada a la producción, y por ello a la necesidad y el deseo de trabajar. Este deseo además se liga con la propia identidad: “el trabajo asalariado por más alienado que sea, nunca es reductible a esa alienación. Salvo en casos extremos, el deseo de hacer bien persiste, ya que su presencia es vital para la identidad del propio trabajador” (Vatin, 2004: 18). Deberemos pensar si el sexo comercial constituiría uno de esos “casos extremos” que señala Vatin, pues el aspecto técnico, en tanto ligazón con el deseo y la identificación, puede ser un punto problemático en el caso del sexo comercial.

Encontrar el “deseo de hacer” supone ir a contramano del primer movimiento que permitiría concebir al sexo comercial “como un trabajo” desligando las performances sexuales del propio deseo y el placer –y en última instancia de la propia intimidad–. Las performances de las mujeres que hacen sexo comercial desafían a quienes –como Gorz– niegan la posibilidad de tecnificar el sexo, pero también se corren del planteo de Vatin que liga la técnica con el deseo y la identidad de los trabajadores. La posibilidad de encontrar

el placer del esfuerzo en el trabajo que señala Vatin¹³ es acechada por la moral sexual y por la propia especificidad del concebir al sexo comercial “como trabajo”. Por ello reencontrar el deseo de trabajar puede ser particularmente difícil para la mayoría de estas mujeres y esta vía de ligarse identitariamente con la actividad permanecerá, como mínimo, cuestionada. Cuando este deseo aparece, más que a la faceta técnica del trabajo, está ligado al dinero, sea para su propio consumo o para dedicarlo a las y los hijos. Y era especialmente cuando aparecía la mediación de la familia o los/as hijos/as que el dinero, como el principal producto valioso del “trabajo”, podía ligarse al deseo y a una identificación, pero ya no como “trabajadoras” o prostitutas, sino como “madres”, identidad en la que muchas se reconocen y desean ser reconocidas como veremos más adelante.

Lograr alterar las formas de alienación / identificación de las mujeres que se dedican al sexo comercial no sólo sería algo complejo, sino que habría que evaluar en qué casos y contextos esto sería algo deseable y tácticamente efectivo para ellas, por ejemplo, en términos de lidiar cotidianamente con la estigmatización. En muchos de los testimonios de mujeres que hacen sexo comercial la identificación sostiene un carácter ambivalente que se advierte en las prácticas de desdoblamiento y ocultamiento que hemos visto en el capítulo 4. Luli delimitaba su identificación como “prostituta de profesión” exclusivamente en el ambiente del sexo comercial,

No, gracias... soy... prostituta de profesión y afuera soy una chica normal. O sea, yo no me considero una chica... Yo soy así de la puerta para adentro y en el horario de trabajo... y en el departamento donde yo trabajo. Fuera de ese departamento, soy una chica normal, corriente como cualquier otra. (Luli)

¹³ Citando a Navel, se refiere al trabajo del terraplenero donde prestando atención al gesto, a la técnica, encuentra “por lo menos una hora en la jornada en la que el cuerpo es feliz” (Vatin, 2004: 19).

La delimitación entre el sexo comercial y el resto de sus vidas –donde Luli se identificaba como “chica normal” en oposición a la supuesta anormalidad de su identificación laboral– forma parte de las prácticas habituales por las que las mujeres se posicionan y llevan a cabo sus performances en el sexo comercial.

Otra de las posibilidades que pueden “suturar” identificaciones –usando la terminología de Hall– entre quienes trabajan, son los hábitos y prácticas compartidas, lo que podríamos entender como una cultura del trabajo¹⁴. Pero ¿cómo pensar la cultura del trabajo en un trabajo que está en el margen de la cultura legítima e incluso su estatus como trabajo es puesto en cuestión? Parte de lo que podríamos llamar la cultura del trabajo en el sexo comercial implica paradójicamente un distanciamiento que, frente a la mirada estigmatizadora, permite separar el “hacer” del “ser”. En el epígrafe de este capítulo una frase de Mirta explica sintéticamente esto, tanto con lo que dijo como con su silencio al no nombrarse en relación al sexo comercial: “más allá de que para la gente tenga mala influencia y que nos discrimina porque *nos discrimina por ser... lo que una hace, pero... es un trabajo*”.

Concebir al sexo con los clientes “como un trabajo”, al operar como una forma de eludir la estigmatización y desimplicarse subjetivamente, no se liga a la formación del sentimiento de orgullo que puede caracterizar a muchos/

¹⁴ El uso que hago acá de la noción de “cultura del trabajo” supone un distanciamiento de las apreciaciones morales sobre los llamados valores del trabajo –que siempre aparecen como algo “perdido” en el discurso que pretende moralizar a las clases trabajadoras. Entiendo a la cultura del trabajo simplemente como el conjunto de prácticas y normas habituales que rigen el desarrollo de una actividad entendida como laboral. Es importante reflexionar sobre esta noción partiendo de una pluralidad de culturas del trabajo: “el concepto de culturas del trabajo sugiere por lo menos dos cosas: a) que el trabajo sigue siendo central en la vida social. El trabajo no sólo produce mercancías, sino que produce y reproduce cadenas de sentido, subjetividades; b) que existe una fuerte fragmentación de las prácticas respecto al trabajo y, a partir de ésta, existen un sinnúmero de sentidos dados a esa práctica.” (Drolas, *et al.*, 2002)

as trabajadores/as. Más aún esta concepción del “trabajo” busca la des-identificación respecto a la identidad estigmatizada de la “puta”. Esto pone en una situación más compleja a quienes militando en una organización se reivindicarían públicamente como “trabajadoras sexuales”. Así como antes vimos que Beatriz, aun militando en una organización que sostiene que la prostitución no es un trabajo, volvía a usar la concepción del sexo comercial “como un trabajo”, ahora Inés, activista pro-trabajo sexual, no puede evitar desdoblarse y circunscribir su identificación como “trabajadora sexual” contraponiéndola a la de “mujer normal”.

Se termina ahí, a las cuatro de la tarde dejo de hacer el trabajo sexual y después vuelvo a mi casa y soy ama de casa, mamá. [...] Yo soy normal, o sea, yo llego a mi casa y no me estoy acordando de todos los tipos con los que me encamé... eh... la plata que hice... eh... se termina. Salgo de ahí y se terminó, no soy más la trabajadora sexual, la prostituta, la patín, la puta. Ya no lo soy más. Lo soy cuando estoy en esa esquina ¿Me entendés? Pero después es una mujer como cualquiera, que va a la puerta del colegio, que lo busca al nene, que va a mi casa, que limpia, que lavo, que lo atiendo a mi hijo, que lo baño a mi hijo ¿Me entendés? Cosas normales que hacen la... las demás mujeres.” (Inés)

Inés apela a ser una “mamá”, “ama de casa”, “limpiar” y “lavar” para ubicarse como “normal” –algo que muchas hacen, sean militantes o no–. Pero, además, tal vez sin notarlo, iguala los términos: “puta” = “patín” = “prostituta” = “trabajadora sexual” y desactiva la crítica de la estigmatización que su organización enarbola con la categoría de “trabajadora sexual”. A pesar de estar muy implicada en la militancia, ella tampoco había comunicado a su entorno más cercano que era una “trabajadora sexual”. Si bien muchas mujeres pueden aprender tácticas para eludir la estigmatización, enfrentarla (enfrentarse) y sostener un discurso que cuestione abiertamente sus fundamentos ideológicos resulta mucho más complejo. Un “discurso oculto” no siempre

es un discurso de resistencia y su paso al terreno público para postularse como contrahegemónico implica algo más que una correlación de fuerzas favorable: supone un trabajo consciente sobre las contradicciones y su valor político. La relativa efectividad del desdoblamiento y el ocultamiento en el ámbito familiar, puede tener efectos paradójales cuando se traslada a un discurso público que formaría parte de una lucha contrahegemónica.¹⁵

Trabajo precario, trabajo sucio. Estigma e identificación

Las mujeres que hacen sexo comercial no son las únicas que tienen una identificación problemática o ambivalente con su rol laboral. Algunos estudios han abordado los procesos que se dan en contextos de precarización laboral y el resquebrajamiento de identidades y trabajos “estables” (ver por ejemplo el análisis de Svampa, 2000). Sin desconocer que algunos factores que afectan los procesos de identificaciones en las y los trabajadores precarizados pueden intervenir también para el caso del sexo comercial, este presenta singularidades que complejizan más aún las identificaciones.

El sexo comercial tiene varias características que permiten calificarlo como un trabajo precario, especialmente su estatus informal cuasi ilegal que redundo en condiciones laborales de desprotección, más aún para aquellas que trabajan en relación de dependencia o son explotadas sexualmente. Pero si nos interesan los procesos de identificación en relación al sexo comercial caracterizarlo como un trabajo precario no es suficiente, sino que es crucial considerarlo en el contexto de la implantación del dispositivo

¹⁵ Incluso, cuando las mujeres se reúnen en organizaciones para reclamar frente al estado la identificación, sea como “mujeres en situación de prostitución” o como “trabajadoras sexuales”, se vuelve una necesidad. Los estudios sobre estas organizaciones han señalado el papel que tiene el estigma como obstáculo para dicha identificación (Irrazabal, 2006; Justo von Lurzer, 2004; Mathieu, 2003). Ahora bien, para identificarse personalmente el estigma no es el único obstáculo, sino que, como venimos viendo, también se ponen en juego las concepciones ideológicas sobre la sexualidad y la moral.

de sexualidad (Foucault, 2002). El sexo comercial, o “la prostitución” –para nombrarla en los términos del discurso ideológico–, tendría la singularidad de producir una interpelación hacia las “putas” en tanto sujetos perversos, algo que no necesariamente ocurre en otros trabajos precarios. En términos de la producción y reproducción de la vida social, la estigmatización –para el caso del sexo comercial pero probablemente también para otros trabajos estigmatizados– opera como uno de los mecanismos ideológicos que colaboran en la reproducción de las relaciones de producción en sentido marxista.

La especificidad de la sexualización y la estigmatización también interviene en los procesos de identificación en relación al sexo comercial, lo cual me obliga a agregar una reflexión aparte a los análisis de las identificaciones laborales, aun cuando estas sean concebidas como inestables en contextos actuales. El uso de una figura compartida por dos estudios me servirá para explicar este punto.

Oswaldo Battistini (2009) a partir del estudio de trabajadores en fábricas automotrices propone pensar la identidad como algo no necesariamente estable. Una de las formas en que concibe esta inestabilidad es en el juego entre la identidad y los procesos de reflexividad. Battistini se referirá a la reflexividad con la figura del “espejo” como un reflejo heterotópico y utópico que me permite pensarme e imaginarme. Esta figura del espejo puede resultar útil, releída en el marco de la estigmatización para comprender como se alteran las posibilidades identitarias en el sexo comercial. Dolores Juliano (2002) analiza el papel que la estigmatización de la prostitución tiene en relación al control sobre la sexualidad y el comportamiento de las mujeres (inclusive aquellas que no son prostitutas). El estigma de la prostitución funciona según Juliano como un atemorizador “espejo oscuro” y el insulto de “puta” como una injuria que obstaculiza una identificación positiva con la posición de prostituta. La reflexividad que propicia el espejo cuando

este, asimetrías de sexo-género de por medio, se ha tornado “oscuro” puede también oscurecer las identificaciones en el caso de un trabajo estigmatizado.

Ashforth y Kreiner (1999), a partir de la categoría de “trabajo sucio” (*dirty work*) del interaccionista Everett Hughes (1958)¹⁶ y retomando las concepciones de Mary Douglas, han abordado la cuestión de la identificación positiva en los trabajos estigmatizados. Para estos autores en primer lugar la prominencia del estigma pone de relieve una interpelación negativa sobre la identidad asociada a este trabajo. En este sentido habría ya una diferencia particular con los procesos de identificación que se dan en otros trabajos precarizados. Si bien hay algunos rasgos compartidos que afectan a los procesos de identificación, como la inestabilidad y las malas condiciones laborales, otros trabajos precarios –pero no estigmatizados– no implican una interpelación negativa sobre la identidad de los sujetos¹⁷. Ashforth y Kreiner explican los procesos que permiten que los/as *dirty workers* logren construir una identificación positiva con su trabajo por medio de un fortalecimiento de la cultura ocupacional o del grupo de trabajo, sea cuestionando o

¹⁶ Hughes propone tres tipos de “suciedad” en los trabajos: los trabajos que son físicamente desagradables –por ejemplo, aquellos asociados a la basura–, los que implican símbolos degradantes o desvalorización social –por ejemplo, aquellos que tienen connotaciones serviles o que se asocian con otras personas estigmatizadas (estigma de cortesía)– o aquellos que están reñidos con la moral –por ejemplo, los que emplean métodos violentos hacia otras personas–. En muchos empleos pueden darse combinados los distintos tipos de suciedad. Hughes plantea que, como la “suciedad” de las tareas suele asociarse a los/as trabajadores/as, los trabajos sucios son usualmente delegados en otros/as para que así algunos puedan mantener su pureza.

¹⁷ Podemos tomar por ejemplo la investigación de Mariana Busso (2009) que analiza las construcciones identitarias en los trabajadores de ferias. En ese contexto hay elementos de inestabilidad y precariedad que, como la autora señala, inciden en diferentes narrativas y posicionamientos de los actores. Sin embargo, no aparece definido un estigma asociado al ser “feriante”, permitiendo que se desarrollen más fácilmente las identificaciones y los sentimientos de orgullo asociados a estas posiciones, aún siendo un trabajo en condiciones precarias.

eludiendo los discursos que los estigmatizan y/o a quienes los profieren, y/o generando sus propias ideologías acerca de la ocupación.

Varias de las características que estos autores proponen como condiciones que permiten explicar la emergencia de una identificación positiva con el trabajo sucio no aparecen, o aparecen muy débilmente en los relatos de las mujeres que entrevisté. Principalmente, aunque hay una cierta segregación –condición que favorece los lazos entre trabajadores/as según Ashforth y Kreimer–, no se constituyen con frecuencia grupos de trabajo. Como vimos en el capítulo 4, las relaciones entre las mujeres están muchas veces signadas por la competencia individual, en duplas o grupos muy pequeños. La alta rotación en las calles sumada a las condiciones de mayor explotación y competencia entre las que trabajan puertas adentro –donde podrían consolidarse grupos más fácilmente por el doble efecto de la segregación y el contacto– socavan la formación de lazos entre las mujeres y por ende las ideologías ocupacionales no logran fortalecerse para contestar la estigmatización. Si bien es cierto que el enfrentamiento con la policía fortalece las relaciones más solidarias e incluso la organización colectiva, estas no emergen como una respuesta a la estigmatización, sino en el nivel más básico de la propia supervivencia.

Pero hay aún un elemento más que es crucial en relación al sexo comercial y que Ashforth y Kreiner no toman en cuenta –tal vez por analizar la generalidad de las ocupaciones estigmatizadas como conjunto, o por no considerar las relaciones de poder que subyacen a la estigmatización–. El sexo comercial se encuentra en el cruce de dos grandes estructuras de interpelación: la esfera laboral y la sexualidad. El trabajo ha sido y aún continúa siendo, aunque cada vez con mayor inestabilidad, una plataforma para las identificaciones de los individuos. Asimismo, la sexualidad es una forma de definir identidades para las personas. Considerar la especificidad de esta doble interpelación y su carácter estigmatizante es clave para comprender mejor cómo

funciona y desde dónde se articula la categoría de “trabajo” como término nativo para concebir al sexo comercial. Por ello se puede comprender que en buena parte de los discursos de las mujeres que entrevisté la caracterización del sexo comercial “como un trabajo” no implica el auto-reconocimiento directo como “trabajadoras”, pues funciona más bien como una concepción que permite desexualizar –en tanto deserotización y a la vez separación del afecto y el amor– y busca distanciarse, desimplicarse a nivel de la interpelación sexual de la actividad. Aun en los pocos casos en que la concepción de “trabajo” no apuntaba tan directamente a una desexualización de las tareas y una desidentificación –fundamentalmente entre las escorts– la dinámica del secreto, aislamiento y despolitización impide consolidar la crítica al estigma y hace re-aparecer constantemente la dualidad. En todo caso el auto-reconocimiento en la posición de “prostituta” aparece profundamente atravesado por las ambivalencias que se expresan en el desdoblamiento y la constitución de identificaciones opuestas (madre-puta).

Moralidades e identificaciones ambivalentes

A lo largo de los capítulos precedentes hemos visto las distintas experiencias de las mujeres en el sexo comercial, sus carreras y cómo en estos procesos se forjan un conjunto de prácticas más o menos compartidas. Estas son experiencias colectivas, o mejor dicho potencialmente colectivas, pues este colectivo en buena parte está oculto y sus relatos circulan mayormente por los estrechos senderos de relaciones tensionadas entre el secreto, la competencia individualista y las relaciones de protección. La estigmatización, el ocultamiento, así como las condiciones opresivas, de clandestinidad y alta rotación con que funciona el mercado sexual complican la participación en las organizaciones y la comprensión de las experiencias individuales en términos colectivos.

En los relatos de las entrevistadas aparecen dos estructuras que producen interpelaciones hacia las mujeres que hacen sexo comercial, la moral sexual y la violencia encarnada en la ley. Empecemos por la segunda. Los códigos contravencionales y otras legislaciones que sancionan la prostitución reproducen y fijan los sentidos delictivos e inmorales de esta actividad. Sin embargo, las mujeres que hacen sexo comercial no se limitan a aceptar esos sentidos. En el capítulo 4 he descrito cómo la violencia policial (y también la de algunos maridos-proxenetas) hacia estas mujeres estaba, paradójicamente, ligada al surgimiento de organizaciones que habilitan un re-posicionamiento subjetivo. Involucrarse en organizaciones implicó para las protagonistas reconsiderar su autopercepción y muchas veces re-valorizar lo que se “aprende en la calle”:

La calle te enseña a ser dura... a ser sincera con otra persona, a valorar tus propios tus propios derechos, tu propia persona ¿Entendés? Te induce... a cada vez que va pasando los años... a que vos te quieras un poquito más. Que te hagas respetar tus demandas. Eso lo aprendí todo de la calle. Yo no tengo escuela, ni mi vieja nunca me enseñó. (Úrsula)

Sin hacer alusión a un orgullo en relación al sexo comercial, el relato de Úrsula –quien se enfrentó varias veces a la policía y junto a otras mujeres impuso respeto frente a los proxenetas– desafiaba las narrativas homogeneizantes donde las prostitutas son meras víctimas pasivas de la dominación masculina. El caso de Úrsula, y de otras mujeres que participaban en organizaciones, permite plantear otras alternativas. Los procesos organizativos abren las posibilidades de producir identificaciones procesadas política y colectivamente. Sea desde el repertorio victimizante –como mujeres víctimas que demandan derechos–, o intentado reivindicar al sexo comercial como “trabajo sexual”, estas posiciones que se politizan y se hacen públicas contrastan con otras donde prevalecen las tácticas de elusión individual. El ocultamiento y los intentos por eludir, sin

cuestionar, la interpelación que produce la ley mantienen las experiencias en el terreno individual y en ese sentido constituyen tácticas que no favorecen la contra-estrategia de las organizaciones.

Pero la respuesta frente a la ley y la represión policial no es necesariamente equivalente con la respuesta frente a la interpelación de “puta” que produce la moral sexual. La posición de Sabrina, quien tenía contacto con mujeres de organizaciones, pero no militaba activamente, permite observar esta diferencia. Ella, tras largas charlas con sus compañeras, cuestionaba el estigma asociado al sexo comercial diferenciándose de los delincuentes, contestando los discursos jurídicos y estereotipos que desde hace siglos asocian prostitución y criminalidad.

Prefiero... como quien dice, que me miren mal, que no me interesa, que me miren que estoy sentada o parada ahí... Qué sé yo que estoy trabajando y que no estoy haciendo nada malo. Que no estoy robando ni nada por el estilo. Estoy trabajando, al que le gusta bien... y al que acepta mi trabajo... magnífico... Y el que no... que se fije lo que hace en su casa. Nadie tiene derecho a juzgar a nadie. (Sabrina)

Sabrina tenía claro que no era una “ladrona”, y aunque otros la “miren mal” ella no sentía que estuviera haciendo algo “malo”, sino “trabajando”. Pero también en este fragmento se deja entrever que para ella los juzgamientos son cuestión individual, y reenvía el problema moral a la esfera más íntima (“que se fije lo que hace en su casa”). Más adelante pondrá bien claro cuál es el registro para su discurso sobre el “trabajo” que había aprendido de sus compañeras para superar sus propios cuestionamientos morales:

Ojo, me costó asumir que era un trabajo. Porque yo siempre decía: No, ¿qué hago? Estoy haciendo cualquiera, decía yo, ¿viste? Y después ellas [sus compañeras] me decían: “Pero es un trabajo”. Es como que ellas me llevaron a la asociación, ¿viste? Me decían: “Pero vos no tenés que estar mal, porque

esto, que el otro, que el trabajo, no estás robando a nadie ni nada. Además lo hacés por tu voluntad, no te cobran... ¿O te cobran?" [...] Ahora sí lo tomo como un trabajo, pero tampoco..., digamos, lo tomo como un trabajo... pero... no es que digo... [públicamente] como hay muchas chicas, [de la organización] que digamos, se animan a salir en la tele... y todas esas cosas. No, yo no. (Sabrina)

Sabrina no quería hacer pública su posición como “trabajadora sexual” y se abstenía de una militancia más activa fundamentalmente para evitar que supieran sus hermanos varones menores que ella. Sentía que si supieran a qué se dedicaba hubiera perdido toda autoridad moral frente a ellos, pues no podría explicarles ni evitar sus cuestionamientos.

Las construcciones morales sobre la sexualidad asociadas al “estigma de puta” (Pheterson, 2000) son también parte del desafío que estas mujeres, frente a distintas presiones estructurales, enfrentan al comenzar sus carreras en el sexo comercial. Pero esto no implica abandonar completamente sus concepciones sobre sexualidad, pues ello demandaría la construcción de una moral sexual diferente. Juliano, retomando un estudio de Negre, planteará que “a diferencia de los delincuentes masculinos, ellas no reivindican, en la mayoría de los casos, unos códigos de conducta alternativos, sino que leen su actividad profesional con los mismos patrones de moralidad de la sociedad que las estigmatiza” (Juliano, 2002: 49). Para las autoras esto se debe a la falta de un modelo positivo de trasgresión para la mujer y la ausencia de una moral sexual alternativa. Ambas socavan la posibilidad de una identificación positiva con el rol de prostituta.

Entre varias de las entrevistadas muchas veces la moral sexual que se pondría de lado al hacer sexo comercial reaparece, exaltada, por fuera del trabajo. A veces se cuestiona a las mujeres “supuestamente normales” pero que transgreden las pautas de la sexualidad monogámica. Por ejemplo Mónica decía con tono entre irónico y enojada: “las

personas normales, viste, las mujeres normales, sos taan normal... te cogés hasta el sodero... yo no lo voy a hacer, ah, pero la anormal soy yo”¹⁸. A diferencia de otras investigaciones que revelan desarrollo de críticas profundas a la moral sexual entre las trabajadoras sexuales (Bernstein, 2007b), los discursos de la mayor parte de las entrevistadas no expresaban una moral sexual alternativa instituida entre las mujeres que hacen sexo comercial. Sí aparecían lo que podríamos considerar modificaciones *ad-hoc* a la moral sexual hegemónica.

Este es uno de los sentidos que adquieren los límites sobre las prácticas sexuales en las relaciones de sexo comercial. Como vimos, estos límites son muchas veces planteados como un rasgo identitario, algo que define a las mujeres que hacen sexo comercial (por ejemplo, Vanesa me explicaba sobre el límite de usar preservativos con los clientes me decía “una prostituta sin un preservativo no es prostituta. Como una panadería sin pan”, también las restricciones de besar a los clientes o involucrarse amorosamente con ellos, muchas veces eran enunciadas desde un “nosotras”). Estos límites implican distinciones respecto del lugar de “puta”, pero sin que emerja una moral sexual alternativa. La dificultad de expresar una sexualidad femenina alternativa se percibe cuando incluso aquellas pocas que se permiten o buscan el placer sexual con algunos clientes –probablemente el elemento más disruptivo– lo hacen desde la identificación con una sexualidad masculinizada.

En ausencia de una concepción de sexualidad que cuestione directamente la figura de la “puta”, para la mayoría la clave consiste en separar la “puta” de la prostituta. Aquí el modelo de construcción identitaria no escapa a la necesidad de generar unas “otras” que funcionan como exterior constitutivo. Así, como vimos en el capítulo 4, muchas mujeres

¹⁸ La moral sexual y los juzgamientos también se dirigen a los clientes a quienes en ocasiones se considera perversos o con algún tipo de patología, especialmente cuando solicitan prácticas como la sodomización pasiva.

señalan que hay “otras” que lo hacen “porque les gusta”, “por la droga”, aceptan hacer cualquier práctica sexual, no tienen el mismo “nivel”, etc. Lo que distinguiría a la “puta” para varias de las entrevistadas es el deseo desbordante de tener sexo y disfrutar teniendo relaciones sexuales con extraños aceptando cualquier práctica sexual y sin poner condiciones. Por lo cual la “puta” puede hacer sexo comercial “porque le gusta”, permitirse elegirlo porque le gusta la “plata fácil” o simplemente “regalarse” a cualquier hombre.

Como vimos en el tercer capítulo, previamente a hacer sexo comercial, la mayor parte de las entrevistadas comparían una mirada estigmatizante hacia las personas dedicadas a esta actividad. Esto es algo que logran transformar, en parte, tras su propia incursión y el conocer casos de otras mujeres que atraviesan la misma situación que ellas.

Luli: Mis amigos de la infancia... y están criados como yo, por militares, que tienen la misma manera de pensar que yo tenía antes. Entonces no.

Santiago: ¿Y cómo cambiaste vos tu manera de pensar?

Luli: No la... la cambié en el sentido de que conocí muchas personas. Conocí buena, como conocí gente mala. Conocí gente que... realmente está en ésta por un par de... de... tiritos... eh... que el día que hacían plata, desaparecían dos o tres días y volvían arruinados porque se las pasaron de gira. Personas que no, personas como yo, que realmente la necesitaban porque estaban solas y no tenían nada y tenían una familia...

La desidentificación de la figura estigmatizante de la “puta” se expresa también, como muestra Luli, en la justificación a partir de la necesidad económica que aparece como un rasgo compartido por muchas de las mujeres que hacen sexo comercial. A su vez, en esta justificación que emerge contra el estigma, el principal fin del dinero –único interés legítimo posible en el sexo comercial– será sostener a los/as hijos/as (o a los padres), lo cual reinserta a las mujeres como madres en el marco familiar y en la

“normalidad”. Entonces, sin cuestionar la división patriarcal entre putas y santas –y por ello Luli duda sobre si cambió o no su forma de pensar–, emerge una división entre las que lo hacen “por los hijos” (prostitutas-madres) y aquellas que lo hacen realmente “porque les gusta” (putas). Para algunas entrevistadas esta desidentificación del ser “puta” requiere constantes aclaraciones ante el menor corrimiento del lugar de víctima y el sacrificio. Daniela al tiempo que me contaba las dificultades que tuvo, la culpa y la vergüenza que sentía al principio aclaraba: “como que empecé mal, mal... Bueno y después me superé con el tiempo. Me superé un poquito. *Pero tampoco me gusta...*”.

Sólo una de las entrevistadas, que trabajaba como escort, fue enfática al sostener que le gustaba y disfrutaba su trabajo. Entre las escorts la identificación y el desplazamiento de la interpelación de “puta” también asumía otras formas. La elusión del estigma de puta radicaba en la exclusividad de su modalidad de trabajo, la capacidad de filtrar clientes cobrando una tarifa elevada y brindar otro tipo de servicio que realza las conversaciones, las cenas, viajes, el saber comportarse como una “dama”. Pero si bien algunas de estas entrevistadas se reconocían bajo denominaciones como “escort” o “dama de compañía” –eludiendo el estigma vía distinción de clase– la mayoría prefería no nombrarse en relación a la actividad y/o el desdoblamiento. Este era un punto común a todas las entrevistadas que en escasas ocasiones se autodenominaban en relación al sexo comercial. Como vimos más arriba, los silencios a la hora de enunciarse (“soy...”) eran muy comunes. Estos silencios, o enunciaciones demoradas o complementadas (“soy... pero sólo en x momento”) también manifiestan la complejidad y la ambivalencia que atraviesa las identificaciones.

Para la mayoría de las entrevistadas la identificación con el rol profesional era menos problemática cuando se referían a aspectos más desexualizados del sexo comercial, como “hacer de psicólogas”. Estos aspectos, aun cuando implicaran mayor trabajo emocional, eran valorados junto

con la experiencia de conocer “muchos tipos de personas” y el entablar los vínculos con los que llamé clientes-amigos, pues el trato afectuoso les permite correrse del lugar de “puta” e incluso del estereotipo de prostituta. Pero la baja frecuencia de este tipo de vínculos –sobre todo para las que no eran escorts– pone en entredicho la potencia de la identificación positiva.

A veces una identificación temporaria se hacía posible cuando era manifiestamente efímera. Entre algunas de las entrevistadas más jóvenes emergían estos tipos de identificaciones donde la transitoriedad las distanciaba.

En este momento es mi trabajo, lo apoyo a morir, porque es lo que me da de comer, para vivir, y para comprarme lo que yo quiero. De acá a futuro lo veo diciendo: “algo que yo hacía”, de acá a futuro no lo veo como que era mi trabajo, era algo que yo hacía y que en su momento me sirvió (Yamila)

Sin embargo, en la mayoría de los casos estas identificaciones compartimentalizadas, efímeras, emergían en el contexto de las entrevistas tras haberles mostrado que mi mirada no tenía la carga estigmatizante que suelen leer en los demás. Lo más usual era la táctica del desdoblamiento y el ocultamiento de la identidad desacreditable frente a los/as otras/os. Los rasgos que pueden producir una identificación positiva o al menos una identificación que evite el estigma están siempre en riesgo. La competencia y el control de los proxenetas que hacen primar el individualismo; la violencia policial; los clientes que las “tratan como objeto”; la inestabilidad de los límites y la dificultad de sostenerlos frente a la necesidad económica; entre otros, producen un recuerdo constante de las interpelaciones estigmatizantes frente a las cuales la táctica de desdoblamiento y ocultamiento intenta preservarlas.

Distintas autoras plantean la idea de que la prostitución “roba” la identidad de las mujeres, algo que se expresaría por ejemplo en el cambio de nombre (ver por ejemplo

Mackinnon, 2001; o Galindo y Sánchez, 2007, entre otras). Este planteo supone que la identidad es una propiedad personal, más que un resultado de interpelaciones y respuestas coyunturales, y a la vez que es única. Si aceptamos que pueden coexistir múltiples identidades en un individuo, podemos comprender las tácticas de desdoblamiento y ocultamiento como la configuración de otra identidad en la búsqueda de la protección frente al estigma. Esta nueva identidad estratégica, montada en la escena del sexo comercial, no necesariamente anula otras. Sin embargo, sí podemos decir que, en tanto es una identidad cuestionada socialmente, mantenida en secreto, y en cuanto no se articula con una crítica profunda de los fundamentos de la estigmatización –algo que no depende de la voluntad individual, sino de transformaciones en el contexto social más amplio– la convivencia de las múltiples identidades puede ser problemáticas y alimentar la ambivalencia.

La contracara: Madre-mujer

“No somos extrañas, somos iguales a cualquier otra persona, con angustias, alegrías, ilusiones y, por sobre todas las cosas, Madres.” Carta de las mujeres de AMMAR a los compañeros de la CTA, 1996

Para Mirta su peor experiencia fue que la llevaran presa para el día de la madre. Úrsula propuso como primera actividad para reunir a las mujeres y comenzar a organizarse, festejar el día de la madre con un té por la tarde. Aun cuando el vínculo con los/as hijos/as –descrito en el capítulo 4– resultaba problemático, para todas las entrevistadas la maternidad y las tareas domésticas relacionadas tienen un valor simbólico superlativo.

El día domingo somos las señoras que están en casa. Nos dedicamos a pasear con los chicos, a mirar las carpetas, a bañarlos, de repente, aunque algunos se bañan solos, a cocinar una comida distinta, porque es domingo, hay que estar con la familia. (Nelly)

“Las obligaciones de la casa, ¿viste?, son sagradas. Entonces... por más que trabajés en el trabajo que trabajás, no... no podés descuidar la casa, los chicos, nada”. (Úrsula)

No sólo las mujeres mayores como Nelly o Úrsula, también las más jóvenes, relataban el lugar primordial que ocupaba la maternidad y la domesticidad en sus vidas. Transversalmente, sea para las que trabajaban en la calle, en privados, o como escorts, todas privilegiaban los quehaceres maternos frente a su trabajo. Muchas declaraban con orgullo que dejaban de trabajar un día a la semana (además del “domingo familiar” que describe Nelly) para dedicarlo completo a estar con sus hijos/as aun cuando esto significaba perder la oportunidad de ganar una buena cantidad de dinero.

Algunos estudios sobre mujeres de clase baja han señalado que adherir a un ideal de feminidad hegemónica puede ser su única forma de obtener respeto¹⁹. Según varias investigaciones realizadas en Argentina, entre mujeres de sectores populares existe una asociación directa entre la maternidad y el ser mujer (Marcús, 2006). Entre las mujeres que entrevisté buena parte de la respetabilidad se asociaba con dedicarse a las tareas que históricamente se han ligado a las mujeres, la domesticidad y la maternidad. En términos

¹⁹ En ausencia de otros capitales (simbólico, cultural o económico) estas mujeres invierten en capital corporal y la idea de glamour les permite desidentificarse de la posición degradada que se asocia en las imágenes sobre las mujeres de clase baja (Skeggs citada en McNay, 2005). En el caso de las mujeres que hacen sexo comercial, el capital corporal es valioso en el terreno del mercado sexual, pero entonces lleva consigo la pérdida de capital simbólico. Situarse en la posición más tradicional ligada a la maternidad y la domesticidad supone para muchas la mejor apuesta por recuperar ese capital perdido.

de identificaciones el “ser madre” aparecía en los relatos de las entrevistadas como la contracara del “ser prostituta” y la búsqueda por desidentificarse del “ser puta”. En sus formas de autodenominación se puede apreciar claramente esta contraposición. Si las mujeres evitaban nombrarse en relación a la actividad, las veces que lo hacían –incluso cuando usaban la etiqueta de “trabajadora sexual” como vimos en el caso de Inés más arriba– era siempre contraponiéndolo a su papel como “mujeres normales” y especialmente como “madres”. Algunas veces se compartimentaba, se fracturaba y se oponía la identidad de prostituta y la de madre, como en el caso de Beatriz. Otras veces se señalaba una persistencia de la identidad de madre, que siempre aparece en sus discursos como más profunda, más duradera o real que la “careta” usada en el sexo comercial:

Es un mundo, es como que vivís adentro de una lata de durazno, salís de la zona... Y, bueno, después sí, llego a la puerta de mi casa y soy una mamá, una señora como cualquier otra persona, pero es como que te ponés la careta cuando te vas y te la sacás cuando venís. (Beatriz)

“Perdí muchas cosas, pero ahora me doy cuenta, o sea, pero yo sigo siendo una mamá, que soy un ser humano...” (Mabel)

Lo único que me afecta [este trabajo], es la confianza de mis hijos. Todo el tiempo sé que les estoy mintiendo en algo. Todos los días me levanto a las 8.30, hago los mandados, los llevo al colegio, hago la comida, lavo la ropa, soy igual, soy una madre. Después que a la noche me transforme en esto, es por ellos. (Mercedes)

Las que son madres se reconocen y desean ser reconocidas en tanto tales²⁰. Pero, si la maternidad es la justificación simbólica para hacer sexo comercial la figura de la madre no está divorciada de la prostituta, como podemos leer en el relato de Mercedes. En los discursos de las entrevistadas ser madre es la identificación que tiende un puente hacia la normalidad de “la mujer”, incluso hacia la humanidad, alejándola de la “puta”, pero el desdoblamiento y el ocultamiento muestran lo incompleto de ese acercamiento. En ese intersticio aparece su identificación como prostitutas, sin ser “putas” ni mujeres completamente “normales”.

La figura de “madre” devuelve a todas estas mujeres algo de ansiada normalidad e incluso el orgullo, pues liga su “trabajo” con valores que aparecen como incuestionables²¹. Aucía (2008) señala que parece incomprensible el orgullo de las que se llaman “trabajadoras sexuales”, pero en su apreciación sólo considera la degradación que la cultura hace de la prostitución y no toma en cuenta el rol de madres proveedoras. Si bien he dicho más arriba que las mujeres muy pocas veces se sentían orgullosas de las tareas que realizaban en el sexo comercial, su rol como madres les devolvía el sentimiento de orgullo, de ahí la ambivalencia de su identificación.

²⁰ Según los testimonios de algunos clientes ese papel les es reconocido, pues ellos admiten que son buenas madres y “tal vez las mejores” (Das Biaggio, *et al.*, 2008: 74). Sin embargo, para los clientes las prostitutas-madres son madres sexuales, posibilidad que se habilitaría pues no son las madres de sus hijos.

²¹ El concepto de maternidad y los valores que se le asocian se han transformado históricamente. Desde la modernidad y en los comienzos del siglo XX comienza a haber una valoración del rol materno. “En la cultura de la madre idealizada, las creencias llevan implícita la identificación entre mujer y madre. La maternidad es el objetivo central en la vida de las mujeres y la naturaleza femenina es condición de la maternidad (Molina, 2006: 97). Los modelos de maternidad y de mujer se han transformado en las últimas décadas, espacialmente en relación a la inserción laboral de las mujeres. “Sin embargo no está claro que se haya desvanecido la identidad madre-mujer o que se la haya liberado de demandas milenarias”. (Molina, 2006: 102).

Ser madre se constituye como el escudo más efectivo frente a la interpelación de puta y es una identidad muy referida en los casos de apariciones públicas (Nencel, 2000). La identificación como madre combina dos características deseables para buena parte de estas mujeres: ser amorosas y ser asexuadas. Como contracara de la hipersexualización de la “puta” y el interés monetario de la prostituta, el amor desexualizado y desinteresado de la madre. Si las ideologías de la maternidad y del amor romántico dictan, respectivamente, que la crianza y el sexo deben darse gratuitamente, identificarse como madres permite a las mujeres que venden sexo reconciliarse parcialmente con estos ideales de feminidad. Giddens señala los vínculos que se tejen entre maternidad, amor romántico y sexualidad femenina:

La idealización de la madre fue una etapa en la construcción moderna de la maternidad e indudablemente alimentó directamente alguno de los valores propagados en relación con el amor romántico. [...] El elemento distintivo y nuevo es aquí la asociación de la maternidad con la femineidad, como cualidades de la personalidad de la mujer –cualidades que una vez infundidas contribuyeron ampliamente a sustentar las concepciones de la sexualidad femenina. (Giddens, 1998: 28)

La construcción de la mujer como un ser esencialmente amoroso y doméstico, ha sido profundamente criticada desde algunas vertientes feministas como una forma de lograr el sometimiento (Beauvoir, 1997; Firestone, 1971; Rich, 1977). Desde este punto de vista, el trabajo doméstico y maternal, ambas tareas no remuneradas y fruto del amor, juegan un papel clave en la reproducción de las estructuras que sostienen la dominación patriarcal. Sin embargo, ser madres y amas de casa era para muchas de las entrevistadas una forma de contrapesar la devaluación simbólica de su rol como prostitutas y de mostrar su “normalidad”. Salir

de la calle, del departamento en el caso de Luli, es entrar en su identidad de mujer y con una sexualidad normalizada:

Afuera no... no estoy conquistando a nadie, no estoy buscando que nadie me toque... Soy muy estricta, me valoro muchísimo como mujer afuera, no es que salgo a bailar... y... por bailar dos temas con un tipo me voy a un telo... No me vas alcanzar con nada... No me vas alcanzar con nada..., no me tocás ni por debajo de la cintura, ni por debajo de la ropa... Me cuido muchísimo..., nada que ver a lo que es acá. Acá no me puedo hacer eso. En mi trabajo no me puedo poner en actitud de que... “no, yo soy señora, tengo un hijo” (Luli)

“No me lo llevo en el colectivo, no me lo llevo a ningún lado, yo salgo de trabajar y soy otra persona. Soy mamá y cuando tengo que estar con la persona que yo amo soy una mina normal, enamorada” (Yamila)

Formulada como contracara de la identidad de prostituta, la madre, la “mujer normal”, conviven en una tensión que se expresa en los discursos de las entrevistadas cuando la mención de la normalidad es siempre en una contraposición respecto al ser prostituta. Ello implica que las identificaciones en relación al sexo comercial se manifiesten como un desdoblamiento. En este sentido podemos interpretar la campaña de arte callejero “mamás de la esquina”, lanzada por la organización AMMAR CTA.

Imagen 3. Campaña “Mamás de la esquina”.²²

Más allá de la finalidad que tiene esta campaña –orientada a lograr el respeto y el apoyo de la población hacia las trabajadoras sexuales–, en términos del análisis que vengo desarrollando resulta significativo la forma en que se representa la maternidad asociada al “trabajo sexual”: doblando la esquina. Esto puede interpretarse como una proximidad (a la vuelta de la esquina) y, a la vez, como la imposibilidad de juntar en un mismo plano las dos identidades (esto se puede apreciar mejor en las fotografías más pequeñas que muestran que desde cada uno de los lados no puede percibirse al otro).

Para concebir más claramente la especificidad de la (des)articulación de las identidades maternas y laborales en el sexo comercial podemos trazar un contraste con

²² La leyenda del costado dice: “El 86 % de las trabajadoras sexuales somos madres. Necesitamos una ley que regule nuestro trabajo. www.ammma.org.ar Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina”. Imagen tomada de <https://bit.ly/3xHh82B>.

otras mujeres trabajadoras. Estudios sobre mujeres trabajadoras en Latinoamérica han mostrado la búsqueda que estas llevan a cabo para integrar sus identidades laborales y aquellas más tradicionales ligadas a la familia (Godoy y Stecher, 2008; Guadarrama Olivera, 2008). Para las trabajadoras asalariadas²³ comenzar a trabajar es un hecho que se torna central en su biografía y el trabajo les otorga mayor independencia económica, reconocimiento social, redes de sociabilidad, adquisición de capacidades y la mejora de su autopercepción. De todas formas, la familia sigue siendo un referente identitario y el rol como madre influye en los significados de las experiencias e identidades que se construyen alrededor del trabajo. Más aún, trabajar es visto como una expresión de amor maternal y, aunque resta tiempo de permanencia junto a los/as hijos/as, da la posibilidad de suplir mejor sus necesidades y ser mejores madres. Este trabajo, que también es visto como un sacrificio, es reconocido como un esfuerzo válido y emerge la imagen de la “mujer luchadora”

en esta imagen de mujer luchadora se inscriben y articulan, en una narrativa común, tanto el trabajo asalariado como el trabajo doméstico, los que más allá de sus diferencias, parecen ser la expresión concreta de esa lucha por salir adelante y sostener a sus familias, y que constituye un referente central de sus identidades de género. (Godoy y Stecher, 2008: 205)

Los procesos identitarios en las mujeres que hacen sexo comercial, especialmente para aquellas que tienen hijos/as, también se encuentran frente a una tensión entre los roles maternal y del sexo comercial, sin embargo, la resolución es diferente. En primer lugar, si bien hacer sexo comercial supone una marca en la biografía de estas mujeres, su centralidad está puesta en entredicho por las tácticas

²³ La investigación de Lorena Godoy y Antonio Stecher toma los casos de obreras que trabajaban en empresas del sector industrial y empleadas no calificadas del sector servicio y comercio.

de ocultamiento, así como también se hallan cuestionadas las otras cualidades señaladas más arriba (reconocimiento social, mejora de la autopercepción, redes sociabilidad) excepto la independencia económica²⁴. Luego, aunque la motivación para hacer sexo comercial sea lograr el sostenimiento de la familia, resulta complicado ver como extensión del asexuado amor maternal a una actividad que, aun cuando performada “como un trabajo”, es socialmente catalogada como actividad sexuada. La ausencia de una figura que permita una legitimación simbólica a la de la “mujer luchadora”²⁵ se liga con la desarticulación y el desdoblamiento identitario entre el rol desempeñado en el sexo comercial y aquel que se liga a la identidad de madre. Es entonces la ambivalencia la que permite comprender ambas identificaciones, una como contracara de la otra; sin poder separarse tampoco pueden integrarse, tal como en la figura de las “mamás de la esquina” no parece haber aún la posibilidad de construir una ochava²⁶, o un mismo plano, para visibilizar estas identidades.

Protagonistas (*bis*)

En las identificaciones en relación al sexo comercial prima la ambivalencia, sustentada con el manejo de la información para ocultarse, las fronteras en sus vínculos afectivos y límites en sus vínculos con los clientes. Sin embargo, no es posible comprender todos los recorridos y posicionamientos en

²⁴ Aunque hay que considerar aquí las distintas condiciones de explotación según las modalidades y los proxenetas y la polución simbólica que adquiere el dinero obtenido en el sexo comercial, tal como vimos en el capítulo 3.

²⁵ La categoría de “trabajadora sexual” puede ser vista como un intento en este sentido, sin embargo, pocas entrevistadas usaban esta denominación y sólo una se identificaba de esta forma e integraba una narrativa con los otros roles (Doris, cuyo caso veremos al final de este capítulo).

²⁶ Una ochava o chaflán es según el diccionario de la Real Academia española “un plano que, en lugar de esquina, une dos parámetros”. Como recurso urbanístico, unir con una línea oblicua los lados de las esquinas haciéndolas desaparecer, tiene el objetivo de mejorar la circulación y su visibilidad y ampliar los cruces.

un único modelo. La cantidad de factores que se conjugan en estos procesos incrementan la complejidad de las respuestas. Retomando sintéticamente lo expuesto hasta aquí, para elaborar una comprensión profunda de las experiencias e identidades de las mujeres que hacen sexo comercial deberíamos tomar en cuenta, en primer lugar, las construcciones sociales, culturales históricas y el estatus legal del sexo comercial en cada ciudad, y luego en las experiencias: las modalidades de ingreso al sexo comercial, sus distintas carreras, los procesos de vinculación con otras compañeras, con las organizaciones, con la policía o con proxenetas, las relaciones con su familia y si hubiere con sus hijos/as y con su(s) pareja(s), el tránsito de información y de dinero o bienes entre ellos/as, y finalmente los distintos tipos de vinculaciones con los clientes, con el dinero y los regalos fruto de esos vínculos donde emergen las concepciones de sexualidad sus relaciones con el amor y con el placer. Tomando en cuenta estos factores, como mínimo, se podría comenzar a comprender los procesos que gestan identificaciones en las mujeres que hacen sexo comercial. Por supuesto sería una reducción comprenderlos bajo un único patrón.

Para ver los distintos procesos que pueden suscitarse en diversos contextos, retomemos brevemente los derroteros identitarios de las cuatro mujeres que presenté al comienzo. Los dos primeros expresan las posiciones con menor ambivalencia, menos frecuentes entre las entrevistadas, pero de dos formas distintas pues una de ellas es escort, trabaja en San Juan y no tiene vínculo alguno con organización, mientras que la otra siempre trabajó en la calle y desde hace algunos años es una ferviente militante de una organización en Buenos Aires. Los dos casos restantes muestran las expresiones más fuertes de la ambivalencia, ambas comenzaron en el sexo comercial con maridos-proxenetas, sin embargo, sus posicionamientos serán divergentes en relación a cómo conciben al sexo comercial y de qué forma estructuran sus identificaciones.

Abril no relata ninguna “historia triste”, no se victimiza, no justifica su entrada en el sexo comercial en relación a su familia (no tiene hijos/as), ni tampoco busca politizar su inserción en el sexo comercial. Joven, estudia y trabaja como escort exitosa, dice disfrutar su trabajo y los vínculos que entabla, distinguiéndolos de la prostitución callejera. Abril no se identifica plenamente con el sexo comercial, pero disfruta sexualmente y se identifica con su vocación en los aspectos en los que “hace de psicóloga”. Ella intenta plantear que no vive su vida como atravesada por una división fundamental. Donde más segura se siente es en el distanciamiento del esquema amoroso romántico y en su independencia económica. Abril desea evitar la ambivalencia y eludir la interpelación del dispositivo de sexualidad: “dime cómo tienes sexo y te diré quién eres” (Foucault y Sennett, 1982), que en este caso funciona con la adición: “dime si cobras y te diré quién eres”. Sin embargo, la narrativa del desdoblamiento está allí acechando en su discurso.

Vos no llegás a tu casa pensando que vas a seguir trabajando. Yo igual. Salgo de mi trabajo... hago mis cosas, mi trabajo es mi trabajo, fuera de mi trabajo soy yo, sigo siendo yo, y dentro de mi trabajo también [apurando el ritmo], con la diferencia que cobro. (Abril)

La torsión del relato de Abril muestra las dificultades que emergen para desestimar la interpelación de “puta” y posicionarse desde otro lugar que no sea el de víctima, tal como intentaba ella. Al no vincularse con sus compañeras, queda recluida en el ocultamiento, pues, aunque no le preocupa demasiado que se revele su implicación en el sexo comercial, no puede salir del secreto ni comunicarlo a su familia ni a sus amigos. El contexto social del conservadurismo sanjuanino ya la ha aleccionado en esto.

El modelo que representa Doris también atenúa la identificación ambivalente que opone entre puta / madre, pero desde una posición de clase y edad distinta, con

caminos y objetivos muy diferentes de los de Abril. Doris es mayor de edad y ya está finalizando su carrera en el sexo comercial al que entró únicamente por la presión económica para mantener a sus hijos. En realidad, hay para ella otro factor que explica su entrada: el desenamoramiento de su ex esposo. También el desengaño amoroso del vínculo con un cliente, como relaté más arriba, será el que produzca la interpelación prístina de prostituta o “puta” para Doris:

Ahí también me desperté quién era yo, qué es lo que estaba haciendo, viste, como que desperté todo ahí. En realidad, yo pienso que me metí dentro de un trabajo no sabiendo realmente lo que estaba haciendo, ahí sí me desperté, ahí sí me desperté y dije: “Yo soy una prostituta”, trabajadora no decía en esa época, “soy una prostituta más, soy la que siempre la gente lo discrimina”. (Doris)

El quiebre de la vinculación entre sexo y amor será para Doris el que habilite una ruptura cuando luego conozca la organización. Entonces podrá comenzar a discutir y a cuestionar abiertamente la mirada “discriminadora” de “la gente”. Allí en el vínculo con sus compañeras, en la lucha política por sus derechos contra el avasallamiento policial, abrazará profundamente la identidad de “trabajadora sexual” como identidad profesional y política. El de Doris se vuelve un discurso politizado y público, es la única de entrevistadas que mencionó haber hablado directamente con sus hijos sobre la actividad que llevaba a cabo.

También militante, pero de otra organización, Betty encarna una experiencia de sufrimiento y con una identificación ambivalente. Obligada por su marido y confundida por el enamoramiento y su propia ignorancia según ella, Betty comenzó un tortuoso camino en el sexo comercial. Pudo librarse de su marido-proxenetista y disfrutar la independencia económica. Esta independencia y el enfrentamiento con la policía y otros proxenetistas la llevaron a estrechar lazos con otras mujeres y comenzar a participar de los procesos de organización política. Otras que ya se han

retirado hace mucho tiempo de la actividad pueden identificarse posicionándose plenamente como víctimas. Pero Betty aún cercana a la experiencia del sexo comercial por momentos necesita recurrir al modelo de las fronteras y la compartimentación de su vida –especialmente por ser muy “enamoradiza”–. Así va tensando su discurso, el de una mujer que hizo (o hace, pero desearía dejar de hacer) como una “buena profesional” un trabajo que no es un trabajo para la mujer que ella es “en realidad”.

Una forma de ambivalencia, aunque distinta, también está presente en el relato de Mabel. Ella comparte algunos rasgos con Betty, como haber sido explotada por un proxeneta, sin embargo, no se posiciona en ningún momento como una víctima. Habitué del ambiente nocturno y con vínculos estrechos con sus compañeras, aprende el oficio de distanciarse y crear una ilusión para vender a los clientes. Tres muertes impactan en las construcciones de su identificación, por un lado, la de su esposo que significará dejar de lado la identificación romántica. Luego, el hostigamiento policial, el hito de la muerte de Sandra Cabrera y de una compañera con VIH inscriben en su discurso la lucha contra el sida y la defensa de sus derechos. Sin embargo, Mabel no es ni “mujer en situación de prostitución”, ni “trabajadora sexual”, no es orgánica en su militancia, pero lucha abiertamente. Ya hace tiempo renunció al ocultamiento, pero no lucha desde una identificación clara. Se aúna como “madre” con una familia de “gente de la noche”, donde hay travestis, gays y otros marginales y donde ella misma se reconoce, con tensiones, para reclamar sus derechos y el respeto de los demás.

Recapitulación

En este capítulo he partido del análisis de las concepciones que sostenían las entrevistadas sobre su actividad, para luego pensar sus identificaciones. Aquí vimos los desajustes entre el sexo comercial y algunas de las ideas y valores asociados al “trabajo” en general: esfuerzo, dignidad. Pero también la instrumentalización en la concepción sobre el sexo con los clientes “como un trabajo” permite ligar por vía del dinero la actividad con otro sentido asociado al trabajo: remuneración.

La comprensión de este “trabajo” como un trabajo alienado, tal como los de otros/as trabajadores/as en el capitalismo, permite la desimplicación. La performance de un sexo maquinizado se corre de los carriles de la dicotomía de “placer o peligro” que planteaban las feministas en las *sex wars*. La intención de esta performance es desligar la propia subjetividad de esa actividad sexual. Esto supone un doble desafío pues, por un lado, cuestiona la repelencia entre el sexo y el mundo de lo laboral/instrumental y, a la vez, podría ser una forma de eludir las interpelaciones del dispositivo de sexualidad que construyen sujetos desde sus prácticas sexuales. Sin embargo, resulta arriesgado leer en esta forma de performar el sexo comercial una intención política de disputar sentidos sobre la sexualidad, en tanto sean mantenidas bajo el velo del secreto, o incluso si la performance es vista como no-sexual y la sexualidad “verdadera” resulta reenviada a la intimidad romántica.

La transformación del sexo que se tiene con los clientes en un sexo maquinico era lograda frecuentemente por muchas de las entrevistadas –a excepción de las escorts– vía imposición de límites a las prácticas sexuales y restringiendo el placer. El sexo performado “como trabajo” plantea, en cierta medida, una concepción de la corporalidad distinta, pero sin poner en cuestión la moral sexual se puede tornar una relocalización de las zonas interdictas. Así se produce un desplazamiento respecto de las concepciones

hegemónicas de corporalidad y sexualidad, pero distinto del que plantean las activistas norteamericanas de COYOTE. Como señala Bernstein (2007b), en estos otros planteos hay una crítica profunda a la moral sexual burguesa y se reivindica el valor del trabajo sexual (muchas veces como terapéutico). Sin embargo, estas activistas que acuñaron la idea del *sex work* como forma de enfrentar la estigmatización, mantienen la ligazón entre la sexualidad y la subjetividad intacta.

El desafío de comprender cómo las mujeres que hacen sexo comercial en nuestro contexto local generan concepciones sobre “trabajo” y cómo se valen de ellas para pensarse a sí mismas, implica no sólo un enfoque laboral ni tampoco una mirada centrada únicamente en las relaciones de género. Es decir, hace falta, por un lado, repensar acerca del trabajo y salir del modelo clásico del trabajador asalariado. Y, por otro lado, considerar los dispositivos que producen cuerpos sexuados inscribiéndolos en un sistema que no sólo es heteronormativo y patriarcal, sino que también recluye al sexo en la intimidad, permitiendo su tránsito comercial pero siempre marginado de la esfera pública y política, mantenido en el secreto (excepto bajo la figura testimonial de la víctima).

En este contexto, las identificaciones con la posición de prostituta quedan atravesadas por las ambivalencias. Más allá de precariedades e inestabilidades laborales, la identificación a partir del deseo por el hacer resulta inviable. Algunos indicios de identificación positiva pueden emerger en los vínculos con las compañeras, en el marco de las organizaciones y el enfrentamiento de la violencia, desde la fijación de límites que funcionan como pautas de trabajo, o por la diferenciación de las “putas” y las “otras” –aunque esta diferenciación puede volverse ideológicamente peligrosa pues retoma la descalificación hacia determinadas pautas sexuales–. Todos estos elementos están sujetos a los vaivenes de las relaciones de poder en cada interacción

–cuya capacidad de hacer tambalear las endebles identificaciones positivas se multiplica dada la posición de subalternas de estas mujeres–.

Pero además, estos núcleos de identificación no implican la concepción de una moral sexual alternativa, es por ello que se amplifica la ambivalencia de las identificaciones y la creación de una identidad positiva se hace más compleja que en otros casos de trabajos estigmatizados y/o precarios. La resolución del cuestionamiento moral mediante el desdoblamiento complejiza la identificación y potencia la ambivalencia. Por dentro del sexo comercial hay un “nosotras” que deja de ser “putas”, pero sin poder alcanzar completamente el estatus de “mujeres normales”.

La identificación como madre, que se liga con la de “mujer normal”, aparece contrapuesta. Ser madre no es un complemento de identificación de prostituta, sino como un desdoblamiento que muy pocas logran articular –en parte debido al quiebre narrativo y experiencial obligado por el ocultamiento y el secreto, en parte por los propios cuestionamientos morales–. Recuperando el planteo de Bhabha (2002), podríamos pensar que la ambivalencia y el lugar intersticial de la “prostituta” puede servir para poner en cuestión tanto el estereotipo de la “puta” –sexualmente insaciable, puro placer, y desprovista de cualquier valor moral– como el de la buena madre y esposa –asexuada o con una sexualidad reproductiva y encerrada en ámbito de lo doméstico, ajena al mundo público–. Pero explotar el potencial de estos cuestionamientos implica la ruptura del ocultamiento y la puesta en cuestión de las concepciones sobre la sexualidad. Esto muy costoso dadas las condiciones estructurales de dominación que sufren las mujeres y, en especial, las condiciones materiales precarias²⁷ de la mayor parte de las que hacen sexo comercial. La dificultad de

²⁷ El artículo de Ilan Kapoor (2003) sobre la noción de agencia en la teoría de Bhabha marca justamente la necesidad de resituirla no sólo considerando la semiótica, sino en términos materiales.

rearticular críticamente la ambivalencia de estas identificaciones y recurrir a la figura de la “madre” como única forma de reclamar “normalidad” ponen de relieve las complejidades que supone desafiar (no eludir) la interpelación de “puta”, acaso la principal herramienta de control patriarcal sobre la sexualidad de las mujeres.

Conclusiones

En estas últimas páginas quiero recuperar el argumento central de la tesis, luego ensayar relecturas y finalmente dejar planteados algunos interrogantes que han surgido de este trabajo.

A partir de los relatos de las entrevistadas hemos podido comprender cómo el espacio del sexo comercial articula un conjunto de funcionamientos en términos del mercado sexual con algunos sentidos y valores morales-sexuales. La prostitución emerge como un dispositivo que produce y consume cuerpos, deseos y dineros marcados diferencialmente en términos de género, clase, edad y raza/nacionalidad. Este dispositivo opera en un terreno indeterminado respecto de la legalidad, pero que en todo caso desoye y desprotege a estas mujeres, y está signado por la abyección.

Al comienzo de esta tesis me preguntaba cómo las mujeres lograban habitar o transitar este lugar inhóspito de la prostitución atravesado por las vulnerabilidades y asediadas por el estigma de puta. Una de las respuestas a esta pregunta se liga a la concepción del sexo comercial, el sexo que venden a los clientes, como un trabajo. Esta concepción es compartida por todas las mujeres entrevistadas y para todas implica buscar la forma de obtener el mayor rédito económico posible. Luego, para algunas esto entraña negar el carácter sexual a las prácticas que tienen con los clientes, para otras pocas sigue siendo sexo pero con una faceta comercial y para muchas esto supone poner límites a determinadas prácticas, al tiempo y al espacio donde se trabaja. Esta concepción del sexo como trabajo se liga íntimamente con otra de las respuestas al interrogante inicial: los procesos de desdoblamiento y ocultamiento. El desdoblamiento forma parte de las tácticas fundamentales para las mujeres que hacen sexo comercial. Aunque apunta mantener a la desarticulación entre los mundos fuera y dentro del “ambiente”, el secreto responde a la misma estructura de fronteras que las que permiten concebir

como un trabajo al sexo. El lugar limítrofe de la prostitución se habita construyendo fronteras. Pero este no es un proceso sencillo ni lineal, por el contrario, encuentra diversos obstáculos, atraviesa contradicciones y reversiones. En este escenario, las respuestas de las entrevistadas muestran algunos matices que nos permiten comprender con mayor profundidad los alcances de estas construcciones de sentidos.

La experiencia de comenzar a hacer sexo comercial aparece narrada desde lugares marginales, sea con mayor o menor capacidad de agencia. El relato de esa experiencia la muestra como un efecto de condiciones materiales apremiantes y un mercado laboral restringido. Aunque hemos visto que los modos de entrada al mercado sexual pueden ser diversos –bajo presiones, engaños y/o protecciones de distintos actores–, la prostitución aparece como un lugar ajeno donde muy pocas logran reconocerse. Cuando aparece este reconocimiento está signado por un carácter expresamente coyuntural –sobre todo entre las más jóvenes y las escorts en particular– o por la ambivalencia que se manifiesta incluso entre las que se autodenominaban “trabajadoras sexuales”.

Desde esa experiencia de entrada, más o menos consciente para ellas, las mujeres comienzan a aprender la dinámica del mercado del sexo a partir de sus propios cuerpos. Esto supone una actualización de las pautas de valor erótico en términos del mercado sexual. Si bien algunas mujeres pueden ser conscientes de su capital erótico (e incluso utilizarlo fuera del mercado sexual, por ejemplo, para conseguir favores), en el sexo comercial deben traducir este valor monetariamente y comprender cuánto dinero puede producir el propio cuerpo y en qué condiciones. La estructura del mercado sexual implica que para la difícil tarea de lograr capitalizar el dinero se requiere de un rápido aprendizaje –para aprovechar el valor erótico de la juventud– y de ciertos recursos para lograr la autonomía.

La incursión en el sexo comercial podría funcionar como intento de fuga de la disciplina y resignación que el mercado laboral les impone a las mujeres, especialmente a las de las clases populares. Pero la estigmatización viene a reasegurar que

la ganancia de capital económico sea compensada por la pérdida de capital simbólico, amenaza de pérdida multiplicada si se atreve a salir de la invisibilidad. Así las ganancias costosamente obtenidas aparecen como dinero difícil de manejar, cuya suciedad simbólica inicial complejiza la administración e impone su secreto. Sin embargo, también vimos que esta no es una propiedad intrínseca ni ad infinitum del dinero, pues luego también el dinero circula como regalos o como “ayudas” hacia ellas o de ellas hacia sus familias. Es el pago por la “salida” el que lo marca como “dinero sucio” cuando las mujeres comienzan a hacer sexo comercial. Luego, la redistribución de este dinero hacia la familia y en especial hacia los hijos/as, permite redimir el origen ilegítimo del mismo, o al menos lo silencia.

Entonces la entrada en el sexo comercial supone aprender a manejar no sólo el propio cuerpo –desplegando tácticas para rentabilizarlo–, sino también los mundos de relaciones con las compañeras, con los proxenetas, con la policía y con las propias familias. Para las que entran en el sexo comercial en el marco de la relación de amor-coacción que plantean los maridos-proxenetas los mundos dentro y fuera del ambiente se articulan bajo el signo de la explotación intrafamiliar. Sin embargo, el carácter más explícitamente expoliativo y violento de estos vínculos habilita muchas veces un alejamiento, de la mano de la desaparición del velo romántico. El esfuerzo que requieren estas separaciones no parece posible sin el apoyo de otras compañeras. Para las que no tienen un marido-proxeneta los vínculos familiares van a estar signados por la dinámica del secreto, que también influirá en el aislamiento de las compañeras.

En torno al secreto y la efectividad de las tácticas de desdoblamiento, como en relación a las posibilidades de cierta autonomía, se expresan las variaciones más importantes entre las ciudades incluidas en esta tesis. Hacer sexo comercial en Buenos Aires, Rosario o San Juan implica diferencias a nivel de las formas de inserción en el mercado sexual –sobre todo a causa de la diversa legislación y del accionar de la policía– y a nivel de

las relaciones con los grupos familiares y los otros significativos –especialmente por las variaciones en la visibilidad y las posibilidades de sostener el ocultamiento–.

A su vez, esto último puede ligarse también a las complejidades que supone la organización en las ciudades de menor tamaño. Los procesos de organización y las solidaridades entre las mujeres que hacen sexo comercial se enfrentan no sólo a las diversas violencias (física, simbólica, económica) del mercado sexual, las dinámicas de atomización, competencia y la re-estigmatización entre compañeras, sino también a la invisibilidad que impone el secreto como forma (infra)política. El intento de segregar los mundos dentro y fuera del “ambiente” tiene un costo monetario, el silencio intrafamiliar se paga con los aportes económicos, y otro costo político donde la elusión del estigma se paga con el aislamiento respecto de las compañeras y especialmente de las organizaciones.

Si el desdoblamiento y el secreto son parte de las formas de transitar la experiencia de hacer sexo comercial, otra clave es la forma en que se manejan las relaciones sexuales. Esto supone la concepción del sexo comercial “como un trabajo” y la construcción de los límites que organizan el sexo-servicio. En la delimitación de zonas o las modalidades para trabajar, los horarios, la seducción-indagación y el control del tiempo de los encuentros, se ponen en marcha límites y tácticas para intentar ganar dinero y eludir la violencia física y simbólica.

Buena parte del esfuerzo por poner límites en el sexo comercial se funda en la necesidad de continuar siendo una “mujer normal” y que el salto de la barrera moral de entrada en la prostitución no implique caer al vacío. Tener sexo para ganar dinero, sin amor ni un vínculo de pareja, se permite bajo condiciones especiales, pues no se busca poner en cuestión la frontera que distingue entre “mujeres” y “putas”, sino simplemente desplazarla unos metros. El placer sexual, los enamoramientos y acceder a tener cualquier práctica sexual con los clientes o con otras mujeres, aparecen como las nuevas barreras que demarcan la aparición de las verdaderas “putas” (las “trolas de alma”).

Los límites a las prácticas sexuales construyen otro mapa del cuerpo para el sexo comercial y al mismo tiempo intentan rescatar provincias para el amor. Por un lado, un movimiento desterritorializa prácticas sexuales (especialmente el sexo oral y el coito vaginal con preservativo) de la codificación sexo-amorosa. Por otro lado, estas prácticas son reterritorializadas en la codificación sexo-mercantil donde se tasan en relación al capital erótico y otras variables más coyunturales (las tarifas de la zona o de las otras compañeras, las necesidades económicas). Las que recurren a este nuevo mapeo delimitan otras zonas interdictas (la boca en el beso, el contacto sin preservativo, el ano, entre las más comunes). Los dos sentidos en que las entrevistadas hacían trabajo emocional reflejan estos dos movimientos. Hacia adentro, la inhibición del placer y el enamoramiento, emociones que sólo deben aparecer en la intimidad, lejos de las relaciones comerciales. Hacia afuera, la inhibición del asco y las performances románticas cargadas de simpatía, excitación o afecto, entre aquellas que hacían servicios “onda novia” como forma de incrementar ingresos, obtener pagos “extras” o lograr transformar un cliente en “fijo”.

Estos límites no son (y no pueden ser) barreras fijas. Fruto del esfuerzo performativo e iterativo, objeto de batallas marcadas por las asimetrías, los límites muestran sus fallas, sus desplazamientos, sus borrones, tránsitos y redefiniciones. Tanto las divisiones que separan la carrera en el sexo comercial de otros trabajos; aquellas que mantienen aparte a las familias o del “puterío”, o las que intentan segregar sexo comercial y dinero de los afectos, la intimidad y el placer; todas estas fronteras son a la vez cuidadosamente trazadas, sostenidas con esfuerzo y burladas, removidas o redibujadas, pero difícilmente ignoradas.

Aun cuando concebir las prácticas que se tienen con los clientes como “trabajo” implica ciertos desplazamientos, esto no necesariamente supone cuestionar las concepciones asociadas al sexo, especialmente aquellas que lo asocian a la intimidad, al amor y a lo no-comerciable (pues a veces la concepción del “trabajo” implicaba que el sexo-servicio era pensado como un no-sexo). En los relatos de las entrevistadas muchas veces las posibilidades de resignificación de las relaciones con los clientes aparecen en las márgenes del sexo comercial, donde se desdibujan las fronteras que oponen matrimonio y prostitución. El matrimonio por un lado y el sexo comercial por el otro constituyen regulaciones de los intercambios sexuales económicos, en uno parece primar una lógica estatal-religiosa y en el otro la lógica mercantil, pero esta división no impide fugas y tráficos de sentidos¹.

Las fronteras que delimitan el sexo comercial y los vínculos puramente mercantiles que este supone son demarcaciones porosas. Los vínculos sexuales que entablaban las entrevistadas mostraban un abanico de posibles relaciones que estructuraban circulaciones de distintas prácticas sexuales-corporales, emociones y afectos, y dineros o bienes bajo diversas modalidades.

¹ Me permito un breve comentario respecto a esto. En el marco del matrimonio, sustentado en el discurso del amor romántico, aparece más clara la intervención del afecto y el sexo suplantando la circulación del dinero por los llamados “bienes gananciales”. El matrimonio se plantea así como una instancia que se diferencia del mercado –y por ello la ley indica que no puede haber compra venta entre los cónyuges–. No obstante, el mercado y su lógica se hacen presentes, tanto en los comienzos de esta sociedad conyugal, donde existen los contratos prenupciales –descendientes modernos del matrimonio morganático–, como en los finales donde los juicios por divorcio muestran la desaparición del marco amoroso y el enfrentamiento descarnado por los bienes.

En el siguiente cuadro he organizado, esquemáticamente, estas relaciones como forma de sintetizar lo planteado anteriormente.

	Intercambio económico	Intercambio Sexual	Duración	Exclusividad	Intercambio emocional
Cliente nuevo u ocasional	Pago "salida"	Sexo-servicio con límites	Efímera	Ninguna	Ninguno
Cliente-Amigo	Pago "salida" + Ayudas + Regalos	Sexo relajado (-límites y puede incluir placer)	Larga	Depende del arreglo con las compañeras	Afecto e intimidad pero no amor
Amante-Renta	Ayuda + Regalos	Sexo relajado	Larga	Apariencia de exclusividad	Amor material / Performance romántica
Novio	Regalos pero no dinero	Sexo con placer	"Hasta tanto"	Fidelidad coyuntural	Amor contingente
Pareja	Manutención	Cariño (más que placer sexual)	"Para toda la vida"	Fidelidad	Amor material
Marido-proxeneta	Explotación	1° sexo con placer 2° Evitar el sexo	Hasta la emancipación	Ninguna	Amor Romántico

Cuadro 2. Relaciones sexo-económicas y afectivas.

Lejos de representar un modo unívoco de intercambios los relatos de las experiencias de las mujeres que hacen sexo comercial muestran un abanico de relaciones (entre las cuales también surgen encabalgamientos). Los diferentes tipos de vínculos nos muestran que el sentido denigratorio de la venta de sexo puede llegar a ser negociado mediante la imposición de límites para preservar ciertas porciones de identidad libres de polución (y la implementación de tácticas para incrementar las ganancias). Pero este sentido desvalorizante puede ser también redefinido donde aparecen vínculos de larga data, que, sin borrar asimetrías ni intereses económicos, incorporan afectos y permiten poner entre paréntesis la devaluación simbólica. Esto muestra que dichas construcciones simbólicas y los valores que se les asocian son fruto de relaciones sociales inscriptas en la historia y en las estructuras sociales, que son relaciones de clase, de género, etc., pero cuyos sentidos no están escritos de una vez y para siempre. A su vez esto implica un punto importante: las resignificaciones y revaloraciones del sexo comercial no dependen únicamente de los procesos de reconstrucciones o críticas que las mujeres puedan llevar a cabo –participando en organizaciones o fuera de ellas–, sino también de las posiciones que asuman quienes compran sexo.

Quiero hacer un señalamiento que retoma un detalle pequeño pero significativo.

Las entrevistadas llamaban simplemente “amigos” a algunos clientes que yo he denominado clientes-amigos. El objetivo de esta denominación fue distinguirlos de aquellos que eran únicamente amigos. Esta distinción permite ver otra arista de la frontera que separa la vida privada del sexo comercial. Hemos visto cómo una relación puede transformarse y un cliente puede devenir un cliente-amigo o incluso una pareja. Sin embargo, en los relatos de las entrevistadas el tránsito no ocurre en sentido contrario (es decir que un amigo o una ex-pareja pase a ser un cliente). Incluso cuando lo plantee como mera posibilidad las mujeres veían como insostenible

este pasaje. Esto muestra que tampoco las permeabilidades borran la frontera que impide comercializar el sexo a cualquier persona. Aunque sea difícil sostener la barrera (como en el caso del enamoramiento o cuando se tiene una pareja y se continúa haciendo sexo comercial) también es difícil hacerla desaparecer.

Si en las relaciones intersticiales con los clientes-amigos algunas podían sentir que no estaban “trabajando”, en otras oportunidades la concepción del sexo comercial como un “trabajo” refuerza la estructura de desdoblamiento. Aquí “trabajo” equivale a desimplicación subjetiva. Los contenidos de “esfuerzo” y “dignidad” que se asociaban al trabajo eran más o menos problemáticos para su articulación con la prostitución, la remuneración y el dinero como intercambio impersonal y fin último de la actividad permite entender cómo se piensa el sexo “como un trabajo”.

En términos políticos esta concepción pone en una situación difícil a las organizaciones. Por un lado, el uso universal de la denominación “trabajo”, así como su efectividad en términos pragmáticos, implica fuertes contradicciones para las organizaciones que se oponen al enfoque laboral. Si la narrativa de la victimización puede ser una de las ordenadoras de las experiencias en la prostitución, esta se carga de ambivalencia cuando las mujeres siguen “trabajando” e incluso sostienen las pautas que distinguen a las buenas “profesionales”. Pero, por otro lado, las buenas profesionales –en las concepciones de la mayoría de las entrevistadas, a excepción de algunas escorts– son las que no se implican personalmente en el trabajo, especialmente las que ponen límites, no sienten placer y mantienen su intimidad aparte. Tras estas barricadas sigue acechando la “puta”, entonces la identificación como “trabajadora” resulta mucho más problemática y sólo posible bajo una fuerte ambivalencia.

Sin una crítica de las concepciones de sexualidad la identificación con las tareas realizadas es muy difícil. Identificarse como “prostituta” podía ser un efecto de diferen-

ciación de las “putas”, aquellas que se entregan al placer y/o se enamoran y “se regalan”. Pero en este caso, las consecuencias en términos de micropolítica son peligrosas pues continúan afirmando la moral sexual que sanciona a algunas mujeres como “putas”. Si la idea de “mujer” está marcada por su sexo, la “puta” aparece como un exceso de mujer que la anula. Allí donde el amor y la inscripción en la familia inscriben el sentido moral del sexo, la “puta” es el desborde, sobresexualización que será sancionada como “mala mujer”. La construcción ambivalente de las identidades en torno a la prostitución articula varias interpelaciones además de la de prostituta/puta, mujeres, consumidoras, y entre ellas destaca el binomio prostituta-madre. Aquí, la maternidad aparece como intrínsecamente valiosa y es abrazada por casi todas más allá de las edades, las clases y otras diferencias. “Ser madre” es esgrimido como una legitimación incuestionable que parece desterrar todas las ambivalencias de su seno (o al menos mantenerlas silenciadas por el terror que despiertan, recordemos aquí el pánico frente la mirada de los hijos e hijas como jueces implacables, ¿o es que aceptan algún soborno?). La figura asexualada de la “madre” sirve como contrapeso de la hipersexualización de la “puta”, pero en ningún caso pone en cuestión el valor significativo de la denominación de “puta”, ni aparecen elementos que apunten a una posible desarticulación.

Las tácticas de desdoblamiento pueden ser más o menos efectivas contra la estigmatización, pero implican una doble estructura que se carga de ambivalencia. El desdoblamiento que atraviesa las experiencias de las mujeres que hacen sexo comercial puede remitirnos a la noción de habitus desgarrados. Bourdieu plantea que estos habitus emergen en posiciones sociales que reflejan un bajo grado de “cristalización” del estatus ocupado, corresponden “a posiciones contradictorias, aptas para ejercer sobre sus ocupantes ‘dobles coerciones’ estructurales” (1999: 210). Estos son habitus “divididos contra sí mismos, en negociación permanente consigo mismos y con su propia ambivalencia,

por lo tanto condenados a una forma de desdoblamiento, a una doble percepción de sí y también a las sinceridades sucesivas y la pluralidad de identidades” (Bourdieu, 1993: 446).

Sin embargo, también podemos interpretar esta ambivalencia como una potencial crítica. He señalado, siguiendo a Bhabha, la ambivalencia y la mímica que se articulan en las identificaciones subalternas como prostituta-madre, una que performa el sexo pero “como un trabajo” y otra que cuida de sus hijos/as como si fuera una “mujer normal” pero con el dinero de la prostitución. Ambas podrían cuestionar los estereotipos montados en torno a una y otra figura: la “normalidad” y “santidad” o asexualidad de las madres, así como la “perversión” y lujuria de las prostitutas. También cuando se contrastan las posiciones con aquellas que ocupan las esposas emerge una crítica del supuesto desinterés de la unión matrimonial en el marco del amor romántico, tal como varias entrevistadas dejaban entrever. En términos más generales, el cuestionamiento podría extenderse a diversos nudos simbólicos: los controles y estructuras –tanto del mercado sexual como matrimonial o románticas– que producen y regulan sexualidad y deseo, la falta de deseo en el trabajo capitalista, y la división público/privado que deja al sexo del lado de la intimidad y lo supone aislado de la mercantilización. No obstante, estos cuestionamientos podrían hacerse efectivos bajo la condición de que se abandone el ocultamiento, el secreto y la estructura de desdoblamientos, para poder mostrar la coexistencia de ambas identificaciones y hacerlas estallar. El secreto opera aquí como táctica que elude la sanción, pero también evita discutir los sentidos sobre la prostitución, o mejor dicho, silencia las voces de las principales implicadas.

Preguntas abiertas

Una de las preguntas que surge de los problemas abordados en esta tesis vuelve sobre una discusión importante para el feminismo. Para transformar el conjunto de tácticas elusivas y de supervivencia en una resistencia que busque disputar la hegemonía de los sentidos estigmatizantes de la prostitución, ¿es necesaria una política de identidad? Aun dejando en suspenso esa pregunta, que ya ha suscitado grandes debates, es posible pensar lo problemático de intentar una lucha contrahegemónica, que implica una disputa abierta y en el espacio público, a partir de formas de identificación cuya característica es el ocultamiento. Entonces resulta importante reflexionar sobre las posibles estrategias políticas de los movimientos de mujeres tomando en cuenta las características locales de las mujeres que se hallan implicadas.

Del trabajo de esta tesis emergen también algunos señalamientos a nivel teórico. La mirada del interaccionismo simbólico no suele hacer foco en el peso de los factores más estructurales, sin embargo, ha sido útil para sostener un enfoque no esencialista sobre las identidades. Algunas lecturas del enfoque interaccionista desarticulan esta potencia anti-esencialista (ver por ejemplo Brook, 2009, que interpreta los conceptos de Hochschild leyendo al trabajo emocional como una simulación que se opone a un yo verdadero). Si bien Goffman no se posiciona explícitamente al respecto, puede hallarse una clave para esta cuestión en sus descripciones de los vaivenes de la incredulidad a la creencia y de la sinceridad al cinismo con que los actores interpretan papeles. Este punto, así como la concepción del sí mismo como efecto dramático, habilitan lecturas que descentran el sujeto y su identidad. Mi propia interpretación y uso de esta teoría en esta tesis ha partido de comprender que no es posible una distinción clara y estática entre un yo y las performances dramáticas, pues caemos en el riesgo de una mirada esencializante y reduccionista.

Varias investigaciones sobre mercados sexuales muestran la irrelevancia de la “autenticidad” de las emociones que entran en juego, pues las performances muchas veces producen desplazamientos desde lo ilusorio a lo afectivo. En este sentido, creo que en el cruce entre los estudios de la subalternidad y el interaccionismo puede construirse una herramienta teórica, ciertamente compleja, pero potente para el análisis. Aquí emerge un campo de interrogación que requiere investigación teórica para continuar potenciando esta articulación de enfoques.

Otro de los puntos a señalar surge a partir de la investigación de esta tesis. La escasa producción local hace manifiesta la necesidad de llevar a cabo más investigaciones empíricamente enraizadas y en mayor diversidad de mercados sexuales. A fin de lograr una mejor comprensión de las características variables que asume el comercio sexual sería importante investigar en particular sobre las modalidades de “escorts”, la prostitución de varones, y además conducir investigaciones de mayor extensión que permitan conocer y dimensionar mejor la economía política de la prostitución en el contexto argentino.

Al mismo tiempo, el análisis sobre la noción de trabajo ha puesto de relieve la especificidad local de las formas de pensar el “trabajo sexual” que, como señalé, se diferencian del *sex work* de las activistas norteamericanas. Esta especificidad supone no sólo la necesidad de realizar una investigación comparada que permita destacar las particularidades de la noción de “trabajo sexual” en las reapropiaciones locales, sino que de la mano con ella emerge una necesidad de generar nuevas formas de comprender la prostitución y, más generalmente, la sexualidad y el amor por fuera de las miradas que podríamos llamar “humanistas”. Varias/os autoras/es vienen sosteniendo que es necesario comprender a la prostitución dentro de un continuo de intercambios económico sexuales. Pero resta profundizar sobre las formas de pensar las sexualidades que ocurren en estos distintos intercambios. Buena parte de ellos reclama pensar la

sexualidad como una producción maquínica, como apunta Perlongher, esta es una producción difícil de comprender bajo los criterios de peligro o placer. Las formas de sexualidad que se apartan de la matriz normativa, ya no por el costado del sexo-género, sino por la ausencia de deseo sexual (y que por ello aparecen como no-sexuales), implican esfuerzo, desarrollo de técnicas, y se calibran entorno a los márgenes de rentabilidad o explotación. Y estas formas de sexualidad merecen ser atendidas en sus particularidades.

Bibliografía

- Abal Medina, Paula (2007). Notas sobre la noción de resistencia en Michel de Certeau. *Kairos, Revista de Temas Sociales*, 11(20), 1-11.
- Abu-Lughod, Lila. (1990). The romance of resistance: tracing transformations of power through Bedouin women. *American ethnologist: the journal of the American Ethnological Society*, 17, 41-55.
- Adelman, Miriam. (2011). Por amor ou por dinheiro? Emoções, Discursos, Mercados. *Contemporânea – Revista de Sociologia da UFSCar*, 2, 117-138.
- Adler, Patricia y Adler, Peter. (1994). Observational Techniques. En N. J. Denzin y Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of Qualitative Research. Context and Method*. Thousand Oaks, London, New Delhi: Sage Publications.
- . (2001). The Reluctant Respondent. En J. F. Gubrium y J. A. Holstein (Eds.), *Handbook of Interview Research. Context and Method*. Thousand Oaks, London, New Delhi: Sage Publications.
- Agustín, Laura. (2000). Trabajar en la industria del sexo. *Mujeres en Red, Junio* [on-line] <https://bit.ly/3nQWQz9>
- . (2004). Lo no hablado: deseos, sentimientos y la búsqueda de pasárselo bien. En R. Osborne (Ed.), *Trabajador@s del sexo: derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI*. Barcelona: Bellaterra.
- . (2005a). The cultural Study of Commercial Sex. *Sexualities* 8(5), 618-631.
- . (2005b). Helping Women Who Sell Sex: The Construction of Benevolent Identities. *Rhizomes, Neo-Liberal Governmentality: Technologies of the Self and Governmental Conduct* (10).

- . (2006). The disappearing of a migration category: migrants who sell sex. *Journal of ethnic and migration studies*, 32(1), 29-47.
- . (2012). Sex as work and sex work. *The Commoner*, Winter (15), 262-277.
- Alberoni, Francesco. (1983). *Falling in love*: Random House New York.
- Allan, Kenneth. (2006). Arlie Hochschild: The Presentation of Emotion. En *Contemporary social and sociological theory: Visualizing social worlds*: Pine Forge Press.
- Allen, Betania; Cruz-Valdez, Aurelio; Rivera-Rivera, Leonor, et al. (2003). Afecto, besos y condones: el ABC de las prácticas sexuales de las trabajadoras sexuales de la Ciudad de México. *Salud pública de México*, 45 Supp 5, 594-607.
- Araújo, Rogério. (2006). *Prostituição: artes e manhas do ofício*. Goiânia, Goiás: Editora da UCG: Cânone Editorial.
- Ariès, Philippe; Béjin, André y Foucault, Michel. (1987). *Sexualidades occidentales*. México, D.F.: Paidós.
- Ashforth, Blake E. y Kreiner, Glen E. (1999). "How Can You Do It?": Dirty Work and the Challenge of Constructing a Positive Identity. *Academy of Management Review*, 24(3), 413-434.
- Atkinson, Paul y Coffey, Amanda. (2001). Revisiting the Relationship between Participant Observation and Interviewing. En J. F. Gubrium y J. A. Holstein (Eds.), *Handbook of Interview Research. Context and Method*. Thousand Oaks, London, New Delhi: Sage Publications.
- Aucía, Analía. (2006). Mujeres, Sexo y Dinero. El desafío de pensar por fuera de la antinomia trabajo sexual/servidumbre sexual. *Revista Informativa CLADEM*(7), 40-51.
- . (2008). "Trabajo sexual": dificultades en concebir como trabajo aquello que la cultura degrada. *Mora (Buenos Aires)*, 14, 147-151.
- Bach, Ana María. (2010). *Las voces de la experiencia: el viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Biblos.

- Barnard, Marina A. (1993). Violence and vulnerability: conditions of work for streetworking prostitutes. *Sociology of health & illness*, 15(5), 683-705.
- Barrancos, Dora. (2007). "Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)" Mirta Zaida Lobato (reseña). *Revista de Trabajo*, 3(4), 217-220.
- . (2008). Feminismo, trata y nuevos tratos. *Mora* (Buenos Aires), 14, 161-164.
- Barrancos, Dora y Ceppi, Ricardo. (2005). Sexo-s en el lupanar: un documento fotográfico (circa 1940). *Cadernos Pagu*, 357-390.
- Barrón López, Sara. (2012). Entre calzas y propinas: sexualización y violencia laboral. En D. Jones, C. Figari y S. Barrón López (Eds.), *La producción de la sexualidad: políticas y regulaciones sexuales en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Barry, Kathleen. (1988). *Esclavitud sexual de la mujer*. Barcelona: LaSal.
- . (1996). *The Prostitution of Sexuality*: New York University Press.
- Barthes, Roland. (2008). *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Barton, Bernardette. (2007). Managing the Toll of Strip-ping: Boundary Setting among Exotic Dancers. *JOURNAL OF CONTEMPORARY ETHNOGRAPHY*, 36(5), 571-596.
- Bataille, Georges. (1997). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Battistini, Osvaldo. (2009). Ser estable: ¿una necesidad en las construcciones identitarias? En Battistini, Bialakowsky, Busso y Costa (Eds.), *Los trabajadores en la nueva época capitalista. Entre el ser y el saber*. Buenos Aires: Teseo.
- Bauman, Zygmunt. (2005). *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Beauvoir, Simone de. (1997). *El segundo sexo*. México: Siglo Veinte: Alianza.
- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elisabeth. (1995). *The normal chaos of love*. Cambridge, UK; Cambridge, MA, USA: Polity Press; Blackwell.
- Becker, Howard S. (1967). Whose Side Are We On? *Social Problems*, 14(3), 239-247.
- Bejczy, István. (1997). Tolerantia: A Medieval Concept. *Journal of the History of Ideas*, 58(3), 365-384.
- Berkins, Lohana. (2012). *Travestis: una identidad política*. Ponencia presentada en Pensando los feminismos en Bolivia, La Paz.
- Berkins, Lohana y Korol, Claudia. (2007). *Diálogo: prostitución/trabajo sexual: las protagonistas hablan*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- Bernstein, Elizabeth. (1999). What's Wrong with Prostitution? What's Right with Sex Work? *Hastings Women's Law Journal*, 10(1), 91-119.
- . (2001). The meaning of the purchase: Desire, demand and the commerce of sex. *Ethnography*, 2(3), 389-420.
- . (2007a). The Sexual Politics of the "New Abolitionism". *Differences.*, 18(3), 128-151.
- . (2007b). *Temporarily yours: intimacy, authenticity, and the commerce of sex*. Chicago: University of Chicago Press.
- . (2010). Militarized Humanitarianism Meets Carceral Feminism: The Politics of Sex, Rights, and Freedom in Contemporary Antitrafficking Campaigns. *Signs*, 36(1), 45-71.
- Besse, Juan. (2001). Psicoanálisis y Geografía. Una excursión al discurso de Giddens. *Debate Feminista*, 12, 311-338.
- Bhabha, Homi. (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Blanchette, Thaddeus Gregory y Silva, Ana Paula da. (2009). *Amor um real por minuto*. Ponencia presentada en Diálogo Latino-Americano sobre Sexualidade e Geopolítica Rio de Janeiro.[on-line] <https://bit.ly/3tfo1Vm>

- Blázquez, Niceto. (1986). Ética pastoral de la Iglesia sobre la prostitución. *Studium, Revista de Filosofía y Teología*(26), 379-426.
- Bourdieu, Pierre. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- . (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- . (2011). La ilusión biográfica. *Acta Sociológica, septiembre – diciembre*(56), 121 – 128.
- (Ed.). (1993). *La miseria del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bourgois, Philippe I. (2006). *In search of respect: selling crack in El Barrio*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bradley-Engen, Mindy S. y Hobbs, Carrie. (2010). To Love, Honor, and Strip: Romantic Relationships and Adjustment Strategies in Adult Careers. En M. H. Ditmore, A. Levy y A. Willman (Eds.), *Sex work matters: exploring money, power, and intimacy in the sex industry*. London; New York: Zed Books.
- Brents, Barbara G y Hausbeck, Kathryn. (2010). Sex Work Now: What the Blurring of Boundaries around the Sex Industry means for Sex Work, Research and Activism. En M. H. Ditmore, A. Levy y A. Willman (Eds.), *Sex work matters: exploring money, power, and intimacy in the sex industry*. Zed Books.
- Brewis, Joanna y Linstead, Stephen. (1998). Time After Time The Temporal Organization of Red-Collar Work. *Time & Society*, 7(2-3), 223-248.
- . (2000a). 'The Worst Thing is the Screwing' (1): Consumption and the Management of Identity in Sex Work. *Gender, Work and Organization*, 7(2), 84-97.
- . (2000b). 'The Worst Thing is the Screwing' (2): Context and Career in Sex Work. *Gender, Work and Organization*, 7(3), 168-180.
- Brook, Paul. (2009). The alienated heart: Hochschild's 'emotional labour' thesis and the anticapitalist politics of alienation. *Capital & Class*, 33(2), 7-31.

- Brubaker, Rogers y Cooper, Frederick. (2001). Más allá de 'identidad'. *Apuntes de Investigación, CECYP*, V(7), 30-67.
- Bruckner, Pascal. y Finkielkraut, Alain. (1995). *El nuevo desorden amoroso*: Anagrama.
- Buchanan, Ian. (2007) Certeau, Michel De. En G. Ritzer *Encyclopedia of Social Theory*. SAGE Publications.
- Bullough, Bonnie y Bullough, Vern L. (1996). Female prostitution: Current research and changing interpretations. *Annual Review of Sex Research*, 7(1), 158-180.
- Busso, Mariana. (2009). Cuando el trabajo informal es espacio para la construcción de identificaciones colectivas. Un estudio sobre ferias comerciales urbanas. En J. C. Neffa, E. De la Garza Toledo y L. Muñiz Terra (Eds.), *El mundo del trabajo en América Latina: permanencia, diversidad y cambios*. Buenos Aires: CLACSO/CEIL-PIETTE/Trabajo y Sociedad.
- Butler, Judith. (1991). Disorderly Woman. *Transitions* 1(53), 86-95.
- . (1994). Sexual Traffic: Judith Butler Interviews Gayle Rubin. *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, 6(2-3), 62-99.
- . (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- . (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Cabezas, Amalia L. (2004). Between love and money: Sex, tourism, and citizenship in Cuba and the Dominican Republic. *Signs*, 29(4), 987-1015.
- Cahen, Gérald (Ed.). (1997). *História do beijo: primeiras lições de amor*. Lisboa: Teorema.
- Campaña ni una mujer más víctima de las redes de prostitución. (2008). Una perspectiva abolicionista sobre la prostitución y la trata. Buenos Aires.
- Canal, María Inés García. (1996). Género y dinero en la vieja ecuación del poder. *LA VENTANA*, 3(Julio), 144-157.

- Carline, Anna. (2011). Criminal justice, extreme pornography and prostitution: Protecting women or promoting morality? *Sexualities*, 14(3), 312-333.
- Ceil-Piette/CONICET. (2007). *Estudio Social en trabajadoras sexuales*. Buenos Aires.
- Corso, Carla. (2004). Desde dentro: los clientes vistos por una prostituta. En R. Osborne (Ed.), *Trabajador@s del sexo: derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Costa, Sérgio. (2006). ¿Amores fáciles? Romanticismo y consumo en la modernidad tardía. *Revista Mexicana de Sociología*, 68(4), 761-782.
- Covre, Pia. (2004). ¿De prostitutas a sex workers? En R. Osborne (Ed.), *Trabajador@s del sexo: derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Chapkis, Wendy. (1997). *Live sex acts: women performing erotic labor*. New York: Routledge.
- . (2005). Soft Glove, Punishing Fist: The Trafficking Victims Protection Act of 2000. En E. Bernstein y L. Schaffner (Eds.), *Regulating sex the politics of intimacy and identity*. New York: Routledge.
- Chejter, Silvia. (2001). *La niñez prostituida: estudio sobre explotación sexual comercial infantil en la Argentina*. Buenos Aires: Unicef Argentina.
- . (2009). El camino de Buenos Aires: Prostitución, ayer y hoy. *Mora (Buenos Aires)*, 15, 97-102.
- . (2011). *Lugar común: la prostitución*. Buenos Aires: Eudeba.
- Chowdhury, Reshmi. (2006). "Outsiders" and identity reconstruction in the sex workers' movement in Bangladesh. *Sociological Spectrum*, 26(3), 335-357.
- Daich, Deborah. (2012). ¿Abolicionismo o reglamentarismo?: Aportes de la antropología feminista para el debate local sobre la prostitución. *Runa*, 33, 71-84.

- Dain, Mariana; Otero, Romina y Vassallo, Jaqueline. (2003). *Las metáforas de la tolerancia: construcciones discursivas acerca de la prostitución, Córdoba 1883-1910*. Córdoba: Ed. de la Municipalidad de Córdoba.
- Das Biaggio, Nora; Vallejos, Adriana; Lenarduzzi, Zulma y Firpo, Isela. (2008). *Las relaciones de género en la prostitución: construcción social de nuevas subjetividades*: Universidad Nacional de Entre Ríos.
- Davis, Kingsley. (1937). The sociology of prostitution. *American Sociological Review*, 2(5), 744-755.
- de Certeau, Michel. (1999). *La invención de lo cotidiano: habitar, cocinar*. México, D.F.: Universidad Iberoamericana.
- De Zalduondo, Barbara y Bernard, Jean Maxius. (1995). Meanings and consequences of sexual-economic exchange. En R. Parker y J. Gagnon (Eds.), *Concieving sexuality*. Nueva York: Routledge.
- Denzin, Norman K. y Lincoln, Yvonna S. (2003). Introduction: The Discipline and Practice of Qualitative Research. En N. K. Denzin y Y. S. Lincoln (Eds.), *Strategies of Qualitative Inquiry*. Thousand Oaks, London, New Delhi: Sage Publications.
- Derrida, Jacques. (1995). Retóricas de la droga. *Revista colombiana de Psicología*, 4, 33-44.
- Di Liscia, María Herminia; Billorou, Maria Jose y Rodríguez, Ana María (1999). Prostitutas. Registros y fotos. En D. Villar (Ed.), *Historia y género*. Buenos Aires: Bibliós.
- Di Liscia, María Herminia y Rodríguez, Ana María. (2004). El cuerpo de la mujer en el marco del estado de bienestar en la Argentina. La legislación peronista (1946-1955). *Boletín americanista*(54), 63-85.
- Ditmore, Melissa Hope (Ed.). (2006). *Encyclopedia of prostitution and sex work*. Westport, Conn.: Greenwood Press.
- Doezema, Jo. (2000). Loose Women or Lost Women? The Re-emergence of the Myth of White Slavery in Contemporary Discourses of Trafficking in Women. *Gender Issues*, 18(1), 23-50.

- Douglas, Mary. (1973). *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI de España.
- Douglas, Mary y Isherwood, Baron. (1990). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México: Grijalbo-CNCA.
- Drolas, María Ana; Lenguita, Paula; Montes Cató, Juan y Wilkis, Ariel. (2002). *Una aproximación teórica a la relación entre trabajo y cultura*. Ponencia presentada en 2º Jornadas Patagónicas de Comunicación y Cultura, Neuquén
- Duncombe, Jean y Marsden, Dennis. (1996). Whose Orgasm is this Anyway? 'Sex Work' in Long-term Heterosexual Couple Relationships. En J. Weeks y J. Holland (Eds.), *Sexual cultures: Communities, values and intimacy*. Basingstoke: Macmillan.
- Dworkin, Andrea. (1993). Prostitution and male supremacy. *Michigan Journal of Gender & Law*, 1(1), 1-12.
- Edlund, Lena y Korn, Evelyn. (2002). A Theory of Prostitution. *The Journal of Political Economy*, 110(1), 181-214.
- Elias, Norbert. (1993). *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico.
- Engels, Friedrich. (1997). *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* (Vol. 2). Madrid: Editorial fundamentos.
- Ezeta, Fernanda. (2006). *Trata de personas: Aspectos básicos*. Organización Internacional para las Migraciones.
- Farley, Melissa. (1996). Prostitution is a hate crime. En J. du Plessis (Ed.), *Prostitution perspectives: A collection of pragmatic and authoritative essays*. Hillbrow, Johannesburg: The House.
- Farley, Melissa; Baral, Isin; Kiremire, Merab y Sezgin, Ufuk. (1998). Prostitution in Five Countries: Violence and Post-Traumatic Stress Disorder. *FEMINISM AND PSYCHOLOGY*, 8(4), 405-426.

- Farley, Melissa y Barkan, Howard. (1998). Prostitution, violence, and posttraumatic stress disorder. *Women & health*, 27(3), 37-49.
- Farley, Melissa y Kelly, Vanessa. (2000). Prostitution: A critical review of the medical and social sciences literature. *Women and Criminal Justice*, 11 (4), 22-64.
- Farley, Melissa; Lynne, Jacqueline y Cotton, Ann. (2005). Prostitution in Vancouver: Violence and the Colonization of First Nations Women. *transcultural psychiatry*, 42(2), 242-271.
- Ferguson, Ann. (1984). Sex War: The Debate between Radical and Libertarian Feminists. *Signs*, 10(1), 106-112.
- Ferguson, Juan. (2010). Imagen fotográfica, prostitución y control estatal: las fotografías del Registro General de Prostitutas de la Intendencia Municipal de Tandil (1926-1928). *SINAIS – Revista Eletrônica. Ciências Sociais*, 1(07), 175-195.
- Fernández, Josefina. (2004). *Cuerpos desobedientes. Travestismo e identidad de género*. Buenos Aires: Edhasa.
- Figari, Carlos. (2007). *Sexualidad, religión y ciencia. Discursos científicos y religiosos acerca de la sexualidad*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- . (2008). *Carreras desviantes y outsiders: una aproximación a la homosexualidad en la Escuela de Chicago*. Ponencia presentada en V Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales, La Plata
- . (2009). Las emociones de lo abyecto: repugnancia e indignación. En C. Figari y A. Scribano (Eds.), *Cuerpo(s), subjetividad(es) y conflicto(s): hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*. Buenos Aires: CLACSO: Ediciones CICCUS.
- . (2011). *Conocimiento situado y técnicas amorosas de la ciencia. Tópicos de epistemología crítica*. Ponencia presentada en Coloquio internacional de filosofía y teoría jurídico-social “Enrique Marí”, Buenos Aires

- . (2012). La identidad de género: entre cortes y suturas. En C. Von Opiela (Ed.), *Derecho a la identidad de género: Ley N° 26.743*. Buenos Aires: La Ley.
- Firestone, Shulamith. (1971). *The dialectic of sex: the case for feminist revolution*. New York: Bantam Books.
- Fonseca, Claudia. (1996). A Dupla carreira da mulher prostituta. *Estudos feministas*, 4(1), 7-33.
- Fontana, Andrea y Frey, James H. (1994). Interviewing: the art of science. En N. Denzin y Y. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research*. Thousand Oaks: Sage Publications.
- Fontenla, Marta. (2008). La prostitución, la trata de mujeres y niñas, y la ley: ¿derechos de las humanas o seguridad del estado? *Mora (Buenos Aires)*, 14, 152-155.
- Foucault, Michel. (1988). El sujeto y el poder. *Revista mexicana de sociología*, 50(3), 3-20.
- . (2002). *Historia de la sexualidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Foucault, Michel y Sennett, Richard. (1982). Sexuality and solitude. En *Humanities in Review vol. 1*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fraser, Nancy. (1993). Beyond the Master/Subject Model: Reflections on Carole Pateman's Sexual Contract. *Social Text*(37), 173-181.
- Freitas, Renan Springer de. (1985). *Bordel, bordéis: negociando identidades*. Petrópolis: Vozes.
- Galindo, María y Sanchez, Sonia. (2007). *Ninguna mujer nace para puta*. Buenos Aires: Lavaca Editora.
- Gall, Gregor. (2007). Sex worker unionisation: an exploratory study of emerging collective organisation. *Industrial Relations Journal*, 38(1), 70-88.
- Gallin, Dan. (2003). Note on the international sex workers' movement. *Global Labour Institute*. [on-line] <https://bit.ly/3ecqcom>
- García Canclini, Nestor. (1995). El consumo sirve para pensar. En *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.

- Gaspar, Maria Dulce. (1985). *Garotas de programa: prostituição em Copacabana e identidade social*. Rio de Janeiro: J. Zahar.
- Giddens, Anthony. (1998). *La transformación de la intimidad*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- . (2000). *Sociología*. Madrid: Alianza editorial.
- Glasser, B. y Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory*. Chicago: Aldive.
- Godoy, Lorena y Stecher, Antonio. (2008). La experiencia de mujeres asalariadas en Santiago de Chile: Sentidos del trabajo e identidades de género. En B. Espinosa (Ed.), *Mundos del trabajo: pluralidad y transformaciones contemporáneas*. Quito: FLACSO.
- Goffman, Erving. (1979). *Relaciones en público: microestudios del orden público*. Madrid: Alianza.
- . (1986). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- . (1992). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- . (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goldman, Emma. (1911). *The Traffic in Women*. En *Anarchism and Other Essays*. New York: Mother Earth Publishing Association.
- Gómez, Gregorio Rodríguez; Flores, Javier Gil y Jiménez, Eduardo García. (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*: Aljibe.
- González, Magdalena. (2005). Consumo de mujer. *Topia*. [on-line] <https://bit.ly/3394Jqh>
- Gorz, André. (1997). *Metamorfosis del trabajo: búsqueda del sentido: crítica de la razón económica*. Madrid: Sistema.
- Grammático, Karin. (2000). Obreras, prostitutas y mal venéreo: Un estado en busca de la profilaxis. En F. Gil Lozano (Ed.), *Historia de las mujeres en la Argentina, 2*. Buenos Aires: Taurus.

- Green, Adam Isaiah. (2013). 'Erotic capital' and the power of desirability: Why 'honey money' is a bad collective strategy for remedying gender inequality. *Sexualities*, 16(1-2), 137-158.
- Guadarrama Olivera, Rocío. (2008). Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Propuesta para un debate desde el campo de la cultura y las identidades laborales. En B. Espinosa (Ed.), *Mundos del trabajo: pluralidad y transformaciones contemporáneas*. Quito: FLACSO.
- Guber, Rosana. (2001). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- . (2004). *El Salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guy, Donna J. (1994). *El sexo peligroso: la prostitución legal en Buenos Aires 1875 - 1955*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Hacking, Ian. (2004). Between Michel Foucault and Erving Goffman: between discourse in the abstract and face-to-face interaction. *Economy and Society*, 33(3), 277-302.
- Hakim, Catherine. (2010). Erotic capital. *European sociological review*, 26(5), 499-518.
- Hall, Stuart. (2003). Introducción: ¿Quién necesita la 'identidad'? En S. Hall y P. Du Gay (Eds.), *Cuestiones de Identidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hamilton, Cicely. (1909). *Marriage as a Trade*. New York: Moffat, Yard and Company.
- Hiller, Renata; Mallimaci, Ana y Moreno, Aluminé. (2007). Enlazadas. En L. Berkins (Ed.), *Cumbia, copeteo y lágrimas: informe nacional sobre la situación de las travestis transexuales y transgéneros*. Buenos Aires: Asociación de Lucha por la Identidad Travesti-Transexual, A.L.I.T.T.
- Hirschfeld, Magnus. (1960). A vida e o amor. En *O corpo e o amor*. San Pablo: Piratininga.
- Ho, David Yau-fai. (1976). On the concept of face. *American journal of sociology*, 81(4), 867-884.

- Hochschild, Arlie Russell. (1979). Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575.
- . (2008). *La Mercantilización de la vida Íntima: apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires; Madrid: Katz.
- Hughes, Everett Cherrington. (1958). *Men and their work*. Glencoe, IL: Free Press.
- Humphreys, Laud. (1974). *Tearoom trade: Impersonal sex in public places*: Aldine Publishing Company.
- Illouz, Eva. (2006). Romantic Love. En S. Seidman, N. Fischer y C. Meeks (Eds.), *Handbook of the New Sexuality Studies*. New York: Taylor & Francis.
- . (2009). *El consumo de la utopía romántica el amor y las contradicciones del capitalismo*. Madrid; Buenos Aires: Katz.
- Irrazábal, María Gabriela. (2006). *Herramientas para el estudio de la prostitución femenina*. Tesis de licenciatura, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Jackson, Stevi. (1993). Even Sociologists Fall in Love: An Exploration in the Sociology of Emotions. *Sociology*, 27(2), 201-220.
- Jacob, Annie. (1995). La noción de trabajo. Relato de una aventura socio-antropo-histórica. *Sociología del trabajo (CEIL-PIETTE)*, 4, 1-14.
- Jeffreys, Sheila. (2004). Prostitution as a harmful cultural practice. En R. S. Whisnant, Christine (Ed.), *Not for Sale: Feminists Resisting Prostitution and Pornography*. North Melbourne, Vic: Spinifex Press.
- . (2009). *The industrial vagina: the political economy of the global sex trade*. London; New York: Routledge.
- Jones, Daniel. (2010). *Sexualidades adolescentes. Amor, placer y control en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: CICCUS/CLACSO.
- Jones, Daniel; Manzelli, Hernán y Pecheny, Mario. (2007). La Teoría Fundamentada: su Aplicación en una Investigación sobre Vida Cotidiana con VIH/Sida y con

- Hepatitis C. En A. L. Kornblit (Ed.), *Metodologías Cualitativas en Ciencias Sociales. Modelos y Procedimientos de Análisis* (Vol. 47-76). Buenos Aires: Biblos.
- Juliano, Dolores. (2002). *La prostitución: el espejo oscuro*. Barcelona: Icaria.
- . (2003). Prostitución: el modelo de control sexual femenino a partir de sus límites. En R. Osborne y O. Guash (Eds.), *Sociología de la sexualidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI.
- Justo, Carolina y Morcillo, Santiago. (2011). Posiciones de sexo/género en la configuración de un campo de investigación. *Revista Encuentros Latinoamericanos*, 11/12(5), 1-8.
- Justo, Carolina y Morcillo, Santiago (2008). *Regímenes del placer. Prostitutas, sacerdotes y médicos*. Ponencia presentada en V Jornadas de Sociología y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales, UNLP, La Plata.
- Justo von Lurzer, Carolina. (2004). *Putas. El estigma. Representaciones y organización de las mujeres que ejercen la prostitución en la Ciudad de Buenos Aires*. Tesina de Licenciatura, Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- . (2011). *La prostitución en escena. Narrativas televisivas en primera persona*. Tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Kapoor, Ilan. (2003). Acting in a tight spot: Homi Bhabha's postcolonial politics. *New Political Science*, 25(4), 561-577.
- Kempadoo, Kamala. (1996). Prostitution, marginality and empowerment: Caribbean women in the sex trade. *Beyond Law*, 5(14), 69-84.
- . (1998). Una reconceptualización de la prostitución. *Lola Press*, 9. [on-line] <https://bit.ly/2QKpJkC>
- . (2005). Mudando o debate sobre o tráfico de mulheres. *Cadernos Pagu*(25), 55-78.

- Kesler, Kari. (2002). Is a Feminist Stance in Support of Prostitution Possible? An Exploration of Current Trends. *Sexualities*, 5(2), 219-235.
- Klesse, Christian. (2011). Notions of love in polyamory—Elements in a discourse on multiple loving. *Laboratorium*(2), 4-25.
- Kong, Travis. (2006). What It Feels Like for a Whore: The Body Politics of Women Performing Erotic Labour in Hong Kong. *Gender, Work and Organization*, 13(5), 409-434.
- . (2009). More Than a Sex Machine: Accomplishing Masculinity Among Chinese Male Sex Workers in the Hong Kong Sex Industry. *Deviant Behavior*, 30(8), 715-745.
- Kontula, Anna. (2008). The Sex Worker and Her Pleasure. *Current Sociology*, 56(4), 605-620.
- Kornblit, Ana Lia (Ed.). (2007). *Metodologías cualitativas en ciencias sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- Kulick, Don. (1998). *Travesti: sex, gender, and culture among Brazilian transgendered prostitutes*. Chicago: University of Chicago Press.
- . (2005). Four Hundred Thousand Swedish Perverts. *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, 11(2), 205-235.
- Kulick, Don y Willson, Margaret. (1995). *Taboo: sex, identity, and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. London; New York: Routledge.
- Kuosmanen, Jari. (2010). Attitudes and perceptions about legislation prohibiting the purchase of sexual services in Sweden. *European J. of Social Work European Journal of Social Work*, 1-17.
- Kurke, Leslie. (1997). Inventing the “Hetaira”: Sex, Politics, and Discursive Conflict in Archaic Greece. *Classical Antiquity*, 16(1), 106-150.
- LaCapra, Dominick. (2006). *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Lacombe, Andrea. (2009). "Tu é ruim de transa!" ou como etnografar contextos de sedução lésbica em duas boates GLBT do subúrbio do Rio de Janeiro. En M. E. Díaz-Benítez y C. Figari (Eds.), *Prazeres dissidentes*. Rio de Janeiro: Garamond Universitaria.
- Lahitte, Leticia. (2012). *Cuerpo, relaciones de género y tensiones sociales presentes en mujeres de situación de prostitución callejera en un barrio de la ciudad de Buenos Aires*. Tesis de maestría, FLACSO, Buenos Aires.
- Laite, Julia Ann. (2008). The Association for Moral and Social Hygiene: abolitionism and prostitution law in Britain (1915-1959). *Women's History Review*, 17(2), 207-223.
- Lamas, Marta. (1990). Contra el amor natural. Lo que no se tiene. *NUEVA SOCIEDAD*(109), 171-173.
- . (1993). El fulgor de la noche: algunos aspectos de la prostitución callejera en la ciudad de México. *Debate feminista*, 4(8), 56-87.
- le Goff, Jacques; Truong, Nicolas y Pinto, Josep M. (2005). *Una historia del cuerpo en la Edad Media*. Barcelona: Paidós.
- Leigh, Carol (1997). Inventing sex work. En J. Nagle (Ed.), *Whores and other feminists*. New York: Routledge.
- Linhart, Robert. (2008). *L'établi*. Paris: Les Éditions de Minuit.
- Lipszyc, Cecilia. (2003). Mujeres en situación de prostitución: esclavitud sexual o trabajo sexual? En CLADEM (Ed.), *Prostitución ¿Trabajo o esclavitud sexual?* Lima: CLADEM.
- Lobato, Mirta Z. (2004). *La vida en las Fábricas. Trabajo y protesta política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Luhmann, Niklas. (1985). *El amor como pasión: la codificación de la intimidad*. Barcelona: Península.
- MacKinnon, Catharine. (1982). Feminism, Marxism, Method, and the State: An Agenda for Theory. *Signs*, 7(3), 515-544.

- . (1987). *Sexuality*. En *Toward A Feminist Theory of the State*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- . (1993). Prostitution and Civil Rights. *Michigan Journal of Gender & Law*, 1, 13-31.
- . (2001). *Sex equality*. New York: Foundation Press.
- . (2009, Febrero). 'Criminalising the client will cause prostitution to drop by 80%' (entrevista por Rashme Sehgal). *InfoChange News & Features*.
- . (2011). *Trata, Prostitución y Desigualdad*. Ponencia presentada en Encuentro Internacional sobre Violencia de Género, Buenos Aires.
- Maffía, Diana H y Moretti, Celeste. (2012). Reflexiones sobre la prohibición del rubro 59 de avisos clasificados. *Investigaciones: Secretaría de Investigación de Derecho Comparado*, 16(1), 27-35.
- Mallimaci, Fortunato (Ed.). (2013). *Atlas de las creencias religiosas en la Argentina*. Buenos Aires: Biblós.
- Manning, Philip. (2005). Reinvigorating the tradition of symbolic interactionism. *Symbolic Interaction*, 28(2), 167-173.
- Marcus, George y Okely, Judith. (2007). How short can fieldwork be? *Social Anthropology/Anthropologie Sociale*, 15 (3), 353-367.
- Marcús, Juliana. (2006). Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad. *Revista argentina de sociología*, 4, 99-118.
- Markowitz, Fran. (2003). Sexualizando al antropólogo: implicaciones para la etnografía. En J. A. Nieto (Ed.), *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural*. Madrid: Talasa Ediciones.
- Marrero-Guillamón, Isaac. (2012). Descentrar el sujeto. Erving Goffman y la teorización del sujeto. *Revista internacional de sociología*, 70(2), 311-326.
- Marx, Karl. (2006 [1844]). *Manuscritos económicos-filosóficos*. Buenos Aires: Colihue.

- Mathieu, Lilian. (2001). An unlikely mobilization: the occupation of Saint-Nizier church by the prostitutes of Lyon. *Revue française de sociologie*, 42, 107-131.
- . (2003). The emergence and uncertain outcomes of prostitutes' social movements. *European Journal of Women's Studies*, 10(1), 29-50.
- . (2004). The debate on prostitution in France: a conflict between abolitionism, regulation and prohibition. *Journal of Contemporary European Studies*, 12(2), 153-163.
- Mauss, Marcel. (1979). Técnicas y movimientos corporales. En *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos.
- McClintock, Anne. (1993). Maid to Order: Commercial Fetishism and Gender Power. *Social Text*(37), 87-116.
- McNaught, Carmel y Lam, Paul. (2010). Using Wordle as a supplementary research tool. *The qualitative report*, 15(3), 630-643.
- McNay, Lois. (2005). Agency and experience: gender as a lived relation. *The Sociological Review*, 52(s2), 173-190.
- Mead, George H. (1972). *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Meccia, Ernesto; Metlika, Ursula y Raffo, María Laura. (2003). *Callejear los márgenes. Trayectorias de vulnerabilidad de travestis y prostitutas en el Sur del Gran Buenos Aires*. Ponencia presentada en 6º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires
- Moffatt, Peter G y Peters, Simon A. (2004). Pricing personal services: An empirical study of earnings in the UK prostitution industry. *Scottish Journal of Political Economy*, 51(5), 675-690.
- Mohanty, Chandra Talpade. (2003). *Feminism without borders: decolonizing theory, practicing solidarity*. Durham; London: Duke University Press.
- Molina, María Elisa. (2006). Transformaciones Histórico Culturales del Concepto de Maternidad y sus Repercusiones en la Identidad de la Mujer. *Psyke (Santiago)*, 15, 93-103.

- Morcillo, Santiago. (2010). ¿Ir de putas? Reflexiones en torno a las dimensiones sexuadas de la investigación. *Kula. Antropólogos del Atlántico Sur*, 3, 7-13.
- (2011). De cómo vender sexo y no morir en el intento. Fronteras encarnadas y tácticas de quienes trabajan en el mercado sexual. *Revista Latinoamericana de Cuerpos Emociones y Sociedad*, 7(3), 17-28.
 - (2014a). 'Como un trabajo'. Tensiones entre sentidos de lo laboral y la sexualidad en mujeres que hacen sexo comercial en Argentina. *Sexualidad, Salud y Sociedad (Rio de Janeiro)*, 18, 12-40. doi: <https://bit.ly/3oSwGwN>
 - (2014b). Entre sábanas y bambalinas. Ilusiones de intimidad, performances y regulación de emociones en mujeres que hacen sexo comercial en Argentina. *Revista Ártemis*, 18(2), 42-60. doi:10.15668/1807-8214/artemis.v18n1p42-60
 - (2015a). Entre el burdel, la cárcel y el hospital. Construcción socio-médica de la "prostituta". *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, 24 (2) (Abril-Junio), 299-316.
 - (2016). A la caza de un demonio de carne y hueso. Las concepciones del feminismo radical sobre prostitución. In E. P. Aravena, L.; Sánchez L. y Vaggione, J.M. (Ed.), *Parate en mi esquina. Aportes para el reconocimiento del trabajo sexual*. Córdoba: Ed. Facultad de Filosofía y Humanidades-UNC.
 - (2017a). Contrabando de afectos, fugas de capitales y otros desplazamientos. Relaciones de sexo comercial más allá de las fronteras de la prostitución. *Cadernos Pagu*, 49. doi: <https://bit.ly/3nJliCT>
 - (2017b). Las joyas de la familia. Secretos, género y dineros en los vínculos afectivo familiares de mujeres que hacen comercio sexual. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 29, 48-67.
 - (2017c). Mujeres invisibles. Políticas del ocultamiento entre mujeres que hacen sexo comercial. *Trabajo y sociedad*, 29, 41-60.

- (2018a) Estigma, individualismo y organización. Micro-política de los vínculos entre mujeres que hacen comercio sexual en Argentina. *Revista de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica*; n° 162(4), 59-75
- (2018b) Money talks? Secrecy and money management in the family affective bonds of women who perform sex commerce in Argentina, en Dewey, S. et al (Ed.) *International Handbook of Sex Industry Research*, Routledge.
- Morcillo, Santiago y Justo von Lurzer, Carolina. (2012). “Mujeres públicas” y sexo clandestino: ambigüedades en la normativa legal sobre prostitución en la Argentina. En D. Jones, C. Figari y S. Barrón López (Eds.), *La producción de la sexualidad: políticas y regulaciones sexuales en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Múgica, María Luisa. (2001). *Sexo bajo control: la prostitución reglamentada. Un escabroso asunto de política municipal—Rosario entre 1900 y 1912*. Rosario: UNR Ed.
- (2009). La prostitución en Rosario: un análisis histórico sobre un nuevo/viejo problema. *Revista Itinerarios-Anuarios del CEEMI*, 3(3), 155-180.
- Nencel, Lorena. (2000). *Mujeres que se prostituyen: género, identidad y pobreza en el Perú*: Flora Tristán, Centro de la Mujer Peruana.
- Newton, Esther. (1996). My Best Informant’s Dress: The Erotic Equation in Fieldwork. En L. Ellen y L. William (Eds.), *Out in the Field*. Chicago: Urbana
- Nicolás Lazo, Gemma. (2007). *La reglamentación de la prostitución en el Estado español: Genealogía jurídico-feminista de los discursos sobre prostitución y sexualidad*. Tesis doctoral, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- Nicholson, Linda (Ed.). (1992). *Feminismo / Posmodernismo*. Buenos Aires: Feminaria.
- Nilan, P. M. (2002). ‘Dangerous fieldwork’ re-examined: the question of researcher subject position. *Qualitative Research*, 2(3), 363-386.

- Nuñez, Fernanda. (2001). El papel del hospital en el control sanitario de la prostitución. *Elementos: Ciencia y cultura*, 8(42), 55.
- Nuñez, Leonor. (2002). *Salud, trabajo y prostitución*. Ponencia presentada en Foro Internacional de Mujeres Contra la Corrupción: Los derechos de las mujeres y la corrupción, Buenos Aires
- O'Connell Davidson, Julia. (1998). *Prostitution, power, and freedom*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- . (2008). If no means no, does yes mean yes? Consenting to research intimacies. *History of the Human Sciences*, 21(4), 49-67.
- O'Connell Davidson, Julia (1996). Prostitution and the contours of Control. En J. Holland y J. Weeks (Eds.), *Sexual cultures: communities, values and intimacy*. London: Macmillan.
- . (2002). The Rights and Wrongs of Prostitution. *Hypatia*, 17(2), 84-98.
- Obregon, Diana. (2002). Medicos, prostitucion y enfermedades venereas en Colombia: (1886-1951). *História, ciências, saúde-Manguinhos*, 9(supl), 161-186.
- Oerton, Sarah y Phoenix, Joanna. (2001). Sex/Bodywork: Discourses and Practices. *Sexualities*, 4(4), 387-412.
- Ogien, Ruwen. (2012). *Le corps et l'argent*. París: La Musardine.
- Olivar, José Miguel Nieto. (2013). *Devir puta: políticas da prostituição na experiências de quatro mulheres militantes*. Rio de Janeiro: EDUERJ.
- Oliveira, Alexandra. (2004). *As vendedoras de ilusões: estudo sobre prostituição, alterne e striptease*. Lisboa: Editorial Notícias.
- Overall, Christine. (1992). What's Wrong with Prostitution? Evaluating Sex Work. *Signs*, 17(4), 705-724.
- Parent-Duchâtelet, Alexandre Jean Baptiste. (1845). *Prostitution in Paris considered morally, politically, and medically: prepared for philanthropists and legislators from statistical documents*. Boston: C.H. Brainard.

- Parker, Richard y Aggleton, Peter. (2003). HIV and AIDS-related stigma and discrimination: a conceptual framework and implications for action. *Social Science & Medicine Social Science & Medicine*, 57(1), 13-24.
- Pasini, Elisiane. (2000). Limites simbólicos corporais na prostituição feminina. *Cadernos Pagu*, 14, 181-201.
- . (2009). Sexo com prostitutas: Uma discussão sobre modelos de masculinos. En M. E. Díaz-Benítez y C. Figari (Eds.), *Prazeres Dissidentes*. Rio de Janeiro: Garamond Univesitaria.
- Pateman, Carole. (1983). Defending Prostitution: Charges Against Ericsson. *Ethics*, 93(3), 561-565.
- . (1995). *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos.
- Pecheny, Mario. (2003). Identidades discretas. En L. Arfuch (Ed.), *Identidades, sujetos y subjetividades: narrativas de la diferencia*. Buenos Aires: Prometeo.
- . (2008a). Introducción: Investigar sobre sujetos sexuales. En M. Pecheny, C. Figari y D. Jones (Eds.), *Todo sexo es político: estudios sobre sexualidades en Argentina*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- . (2008b). *Proyecto: Trabajando con la Industria de camiones en Argentina para reducir el rol del sector transporte en la transmisión del VIH*. Buenos Aires: BM/DVCN.
- Pecheny, Mario; Figari, Carlos y Jones, Daniel (Eds.). (2008). *Todo sexo es político: estudios sobre sexualidades en Argentina*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Pecheny, Mario; Manzelli, Hernán y Capriati, Alejandro. (2010). *El papel de los varones en la investigación sobre salud sexual y reproductiva*. Ponencia presentada en IV Congreso ALAP: Condiciones y Transformaciones Culturales, Factores Económicos y Tendencias Demográficas en Latinoamericana, La Habana
- Pecheny, Mario y Petracci, Mónica. (2006). Derechos humanos y sexualidad en la Argentina. *Horizontes Antropológicos*, 12, 43-69.

- Penttinen, Elina. (2008). *Globalization, prostitution and sex-trafficking: corporeal politics*. London; New York: Routledge.
- Perlongher, Néstor. (1993). *La prostitución masculina. El negocio del deseo*. Buenos Aires: De la Urraca.
- Pheterson, Gail. (1989). *Nosotras, las putas*. Madrid: Talasa.
- . (2000). *El prisma de la prostitución*. Madrid: Talasa Ediciones.
- Piscitelli, Adriana. (2005). Apresentação: gênero no mercado do sexo. *Cadernos Pagu*, 25, 7-23.
- . (2006). Estigma e trabalho sexual: comentários a partir de leituras sobre turismo sexual. En C. F. Cáceres, G. Careaga, T. Frasca y M. Pecheny (Eds.), *Sexualidad, estigma y derechos humanos: desafíos para el acceso a la salud en América Latina*. Lima: FASPA/UPCH.
- . (2007). Shifting Boundaries: Sex and Money in the North-East of Brazil. *Sexualities*, 10(4), 489-500.
- . (2008). Industria del sexo y mercado matrimonial: La migración brasileña hacia Italia en el marco del “turismo sexual” internacional. En G. Herrera y J. Ramírez (Eds.), *América Latina migrante: Estado, familias, identidades*. Quito: FLACSO, Sede Ecuador.
- . (2011). Amor, apego e interesse: trocas sexuais, econômicas e afetivas em cenários transnacionais. En A. Piscitelli, G. d. Oliveira Assis y J. M. N. Olivar (Eds.), *Gênero, sexo, amor e dinheiro: mobilidades transnacionais envolvendo o Brasil*. Campinas, SP: Unicamp/PAGU.
- Piscitelli, Adriana; Oliveira Assis, Glaucia de y Olivar, José Miguel Nieto (Eds.). (2011). *Gênero, sexo, amor e dinheiro: mobilidades transnacionais envolvendo o Brasil*. Campinas, SP: Unicamp/PAGU.
- Potenzianni, Julio. (2006). Enfermedades de transmisión sexual. *VITAE, Medicina en el tiempo*(26), 1-19.
- Pratesi, Ana Rosa. (2001). La práctica de la prostitución. Un estudio relacional. *Gazeta de Antropología*, 17, 1-12.
- Preciado, Beatriz. (2008). *Testo yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.

- Puglia, María. (2012). *La categoría de trabajo sexual en la prostitución sindicalizada: un problema etnográfico*. Ponencia presentada en VII Jornadas de Sociología, La Plata
- Raffo, María Laura. (2012). *Marginalidad económica y segmentación ocupacional: un estudio en torno a la prostitución de mujeres y travestis residentes en un área segregada con alta concentración de pobreza*. Tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Raymond, Janice. (2003). Ten Reasons for Not Legalizing Prostitution and a Legal Response to the Demand for Prostitution. *Journal of Trauma Practice*, 2(3/4), 315-332.
- Raymond, Janice G. (2004). Prostitution on Demand: Legalizing the Buyers as Sexual Consumers. *Violence Against Women*, 10(10), 1156-1186.
- Real Academia, Española. (2001). *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Editorial Espasa Calpe.
- Rich, Adrienne Cecile. (1977). *Of woman born motherhood as experience and institution*. London: Virago press.
- Rodríguez, Marcela V. (2012). Tramas de la prostitución y la trata con fines de explotación sexual. *Investigaciones: Secretaría de Investigación de Derecho Comparado*, 16(1), 37-59.
- Royo Brizuela, Sofía y Tumini, Lucía. (2008). Inequidades de género en el mercado de trabajo de la Argentina: las brechas salariales. *Revista de Trabajo*, 4(6), 53-70.
- Rossiaud, Jacques. (1986). *La prostitución en el medioevo*. Barcelona: Ariel.
- Rostagnol, Susana. (2004). Producidas para el amor: Estética corporal de las prostitutas callejeras. En A. VV. (Ed.), *Interdisciplinaridade em dialogos de genero: teorias, sexualidades, religioes*. Florianópolis: Mulheres.
- Rubin, Gayle. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. *Nueva Antropología*, VIII(30), 95-145.

- . (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En C. Vance (Ed.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Ed. Revolución.
- Ruiz, José Luis Solana. (2002). Cuestionando estereotipos sobre las mujeres prostitutas. *Gazeta de Antropología*, 18, 1-8.
- Russo, Gláucia Helena Araújo. (2008). *Rodando a bolsinha: dinheiro e relações de prostituição*. Ponencia presentada en Seminário Internacional Fazendo Gênero 8, Florianópolis/SC
- Sanders, Teela. (2002). The Condom as Psychological Barrier: Female Sex Workers and Emotional Management. *Feminism & Psychology*, 12(4), 561-566.
- . (2004). Controllable Laughter Managing Sex Work through Humour. *Sociology*, 38(2), 273-291.
- . (2005). 'It's Just Acting': Sex Workers' Strategies for Capitalizing on Sexuality. *Gender, Work and Organization*, 12(4), 319-342.
- . (2006). Sexing Up the Subject: Methodological Nuances in Researching the Female Sex Industry. *Sexualities*, 9(4), 449-468.
- . (2007). Becoming an Ex-Sex Worker. *Feminist Criminology*, 2(1), 74-95.
- . (2009). Kerbcrawler rehabilitation programmes: Curing the 'deviant' male and reinforcing the 'respectable' moral order. *CRITICAL SOCIAL POLICY*, 29(1), 77-99.
- Satz, Debra. (1995). Markets in women's sexual labor. *Ethics*, 106(1), 63-85.
- Scott, James C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia: discursos ocultos*. México: Era.
- Scott, Joan Wallach. (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En J. S. Amelang y M. Nash (Eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.
- . (2001). Experiencia. *La ventana*, 2(13), 42-73.

- Scoular, Jane y O'Neill, Maggie. (2007). Regulating Prostitution. *The British Journal of Criminology*, 47(5), 764-778.
- Scribano, Adrián; Magallanes, Graciela y Boito, María Eugenia (Eds.). (2012). *La fiesta y la vida: estudio desde una sociología de las prácticas intersticiales*. Buenos Aires: CICCUS.
- Schettini, Cristiana. (2013). *En busca del tráfico: trabajo, inmigración y derechos a comienzos del siglo XX*. Ponencia presentada en Reflexiones actuales sobre prostitución, Buenos Aires
- Schmukler, Beatriz y Di Marco, Graciela. (1997). *Las madres y la democratización de la familia en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Biblos.
- Sedgwick, Eve Kosofsky. (1990). *Epistemology of the closet*. Berkeley: University of California Press.
- Sganzella, Natália. (2009). *Entre cruzamentos e os becos sem saída: um estudo das relações noturnas entre mulheres prostitutas e travestis na cidade de Marília (SP)*. Ponencia presentada en VIII Reunión de Antropología del Mercosur (RAM), Buenos Aires
- Shaver, Frances. (2005). Sex Work Research: methodological and ethical challenges. *Journal of Interpersonal Violence*, 20(3), 296-319.
- Shrage, Laurie. (1994). *Moral Dilemmas of Feminism: Prostitution, Adultery, and Abortion*: Routledge, Chapman & Hall, Incorporated.
- Silva, Ana Paula da y Blanchette, Thaddeus. (2005). "Nossa Senhora da Help": sexo, turismo e deslocamento transnacional em Copacabana. *Cadernos Pagu*, 25, 249-280.
- Simmel, Georg. (1906). The Sociology of Secrecy and of Secret Societies. *The American Journal of Sociology*, 11(4), 441-498.
- . (1993). *Filosofia do amor*. São Paulo: Martins Fontes.

- Skulj, Agustina Iglesias. (2012). Prostitución y explotación sexual: la política criminal del control del cuerpo femenino en el contexto de las migraciones contemporáneas (El caso de España). *Investigaciones: Secretaría de Investigación de Derecho Comparado*, 16(1), 13-25.
- Soto, Estela Teresita. (1988). *Mujer, condiciones de trabajo y salud laboral*: Argentina. Ministerio de Salud y Accion Social.
- Stets, Jan E. y Turner, Jonathan H. (Eds.). (2006). *Handbook of the Sociology of Emotions*. New York: Springer.
- Suárez, Hugo José. (2012). Habitus clivé. Time in the theory of habitus in Pierre Bourdieu. *Revista Latina de Sociología*(2), 56-68.
- Sullivan, Barbara. (1995). Rethinking Prostitution. En B. Caine y R. Pringle (Eds.), *Transitions: New Australian Feminisms*. Sydney: Allen & Unwin.
- Svampa, Maristella (2000). Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal". En M. Svampa (Ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- Szasz, Ivonne. (2004). El discurso de las ciencias sociales sobre las sexualidades. En C. Cáceres, T. Frasca, M. Pecheny y J. V. Terto (Eds.), *Ciudadanía sexual en América Latina: Abriendo el debate*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.
- Tabet, Paola. (2004). *La grande arnaque: sexualité des femmes et échange économique-sexuel*. Paris: Harmattan.
- Tedesco, Leticia da Luz. (2008). *Explorando o negócio do sexo: uma etnografia sobre as relações afetivas e comerciais entre prostitutas e agenciadores em Porto Alegre/RS*. Tesis de maestría, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre/RS.
- Tiscornia, Sofia. (2004). Entre el imperio del "Estado de policía" y los límites del derecho. Seguridad ciudadana y policia en Argentina. *Nueva sociedad.*, 191, 78-89.

- Trochon, Yvette (2009). La prostitución femenina en Uruguay. *Revista Itinerarios- Anuarios del CEEMI*, 3(3), 101-120.
- Vance, Carole. (1989). El placer y el peligro: hacia una política de la sexualidad. En C. Vance (Ed.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Ed. Revolución.
- Varela, Cecilia Ines. (2013). Del tráfico de las mujeres al tráfico de las políticas. Apuntes para una historia del movimiento anti-trata en la Argentina (1998-2008). *PUBLICAR en Antropología y Ciencias Sociales*, 0(12), 35-64.
- Vatin, François. (2004). *Trabajo, ciencias y sociedad: ensayos de sociología y epistemología del trabajo*. Buenos Aires: Lumen: Asociación Trabajo y Sociedad.
- Virno, Paolo. (1992). Algunas notas a propósito del General Intellect. *Futur anatérieur*, N°10.
- . (2003). *Gramática de la multitud*. Buenos Aires: Colihue.
- Volnovich, Juan C. (2006). *Ir de putas: reflexiones acerca de los clientes de la prostitución*. Buenos Aires: Topía Editorial.
- Vox. (Ed.) (2007) *Diccionario Manual de la Lengua Española*. Buenos Aires.
- Walby, Kevin. (2010). Interviews as encounters: issues of sexuality and reflexivity when men interview men about commercial same sex relations. *Qualitative Research*, 10(6), 639-
- Walkowitz, Judith R. (1980). *Prostitution and Victorian society: women, class, and the state*. Cambridge; New York: Cambridge University Press.
- Ward, Helen y Day, Sophie (1997). Health care and regulation: new perspectives. En G. Scambler y A. Scambler (Eds.), *Rethinking prostitution: purchasing sex in the 1990s*. London: Routledge.
- Weber, Max. (2003). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

- Weeks, Kathi. (2011). *The problem with work: feminism, Marxism, antiwork politics, and postwork imaginaries*. Durham: Duke University Press.
- Weitzer, Ronald. (2005). Flawed Theory and Method in Studies of Prostitution. *Violence Against Women*, 11(7), 934-949.
- . (2007). The Social Construction of Sex Trafficking: Ideology and Institutionalization of a Moral Crusade. *Politics & Society*, 35(3), 447-475.
- Weldon, Jo. (2010). Show Me the Money: A Sex Worker Reflects on Research Into the Sex Industry. En M. H. Ditmore, A. Levy y A. Willman (Eds.), *Sex work matters: exploring money, power, and intimacy in the sex industry*. New York: Zed Books.
- West, Jackie. (2000). Prostitution: collectives and the politics of regulation. *Gender, Work & Organization*, 7(2), 106-118.
- Wiley, Norbert. (2003). The Self as Self Fulfilling Prophecy. *Symbolic Interaction*, 26(4), 501-513.
- Williamson, Celia y Baker, Lynda M. (2009). Women in Street-based Prostitution A Typology of their Work Styles. *Qualitative Social Work*, 8(1), 27-44.
- Zatz, Noah D. (1997). Sex work/sex act: Law, labor, and desire in constructions of prostitution. *Signs*, 22(2), 277-308.
- Zelizer, Viviana A. (2008). Pagos y lazos sociales. *Crítica en desarrollo*, 2, 43-63.
- . (2009). *La negociación de la intimidad*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Zinni, Héctor y Ielpi, Rafael. (1992). *Prostitución y rufianismo*. Rosario: Ross.
- Zurita, Carlos V. (2007). Las afinidades electivas. Notas sobre mercado matrimonial y pulsión romántica. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 12(Amor), 223-230.

Anexo

Nombre	Edad	Ciudad	Modalidad	Relación con organizaciones	Años de trabajo	Nivel educativo	Hijos/as
Abril	25	San Juan	Escort	ninguna	7	Univ. Inc.	no
Anahí	24	San Juan	Teléfono	ninguna	1	Prim. Inc.	1
Antonia	50	Rosario	Callejero	ninguna	20	Prim. Comp.	3
Beatriz	51	CABA	Callejero	militante	32	Prim. Inc.	3
Carina	46	CABA	Escort	colabora	27	Prim. Comp.	no
Daiana	30	San Juan	Escort	ninguna	6	Secund. Comp.	1
Daniela	26	San Juan	Privado	ninguna	2	Secund Inc.	3
Deby	21	San Juan	Callejero	ninguna	6	Prim. Inc.	1
Doris	52	CABA	Callejero	militante	20	Prim. Inc.	2
Fernanda	37	CABA	Cabaret callejero	militante	12	Prim. Inc.	2

Nombre	Edad	Ciudad	Modalidad	Relación con organizaciones	Años de trabajo	Nivel educativo	Hijos/as
Inés	24	CABA	Callejero	militante	6	Univ Inc	1
Irene	49	CABA	Callejero	colabora	17	Prim. Comp.	4
Juana	36	San Juan	Cabaret callejero /	ninguna	13	Prim. Inc.	2
Kelly	31	Rosario	Privado	ninguna	1	Prim. Inc.	1
Lidia	34	San Juan	Callejero	ninguna	18	Second Inc.	7
Lorena	25	San Juan	Callejero	ninguna	7	Prim. Comp.	3
Luli	25	CABA	Escort	ninguna	3	Second. Comp.	1
Mabel	45	Rosario	Teléfono Callejero /	colabora	23	Second Inc.	2
María	31	San Juan	Escort	ninguna	8	Second. Comp.	1
Mariana	38	Rosario	Callejero	ninguna	22	Second Inc.	4

Nombre	Edad	Ciudad	Modalidad	Relación con organizaciones	Años de trabajo	Nivel educativo	Hijos/as
Marisol	45	Rosario	Cabaret callejero	/ militante	25	Secund Inc.	5
Mercedes	34	Rosario	Privado	ninguna	1	sin datos	13
Mirta	39	San Juan	Callejero	ninguna	13	Prim. Comp.	2
Mónica	39	CABA	Callejero	ninguna	20	sin datos	2
Nelly	43	CABA	Callejero	colabora	15	Secund Inc.	3
Pía	39	CABA	Callejero	colabora	21	Prim. Comp.	4
Rocío	38	San Juan	Callejero	ninguna	Sin datos	Prim. Inc.	1
Rosa	28	Rosario	Privado	ninguna	1	Prim. Inc.	4
Sabrina	21	CABA	Teléfono Callejero	/ colabora	3	Secund Inc.	no
Sonia	39	San Juan	Callejero	ninguna	14	Prim. Comp.	3
Susy	49	CABA	Callejero Privado	/ militante	32	Prim. Inc.	3

Nombre	Edad	Ciudad	Modalidad	Relación con organizaciones	Años de trabajo	Nivel educativo	Hijos/as
Úrsula	42	San Juan	Callejero	militante	24	Secund Inc.	5
Valeria	36	CABA	Callejero	colabora	18	Prim. Inc.	3
Vanessa	36	Rosario	Privado (propio)	ninguna	9	Prim. Comp.	6
Yamila	27	CABA	Escort / Cabaret	colabora	7	Secund. Comp.	1

